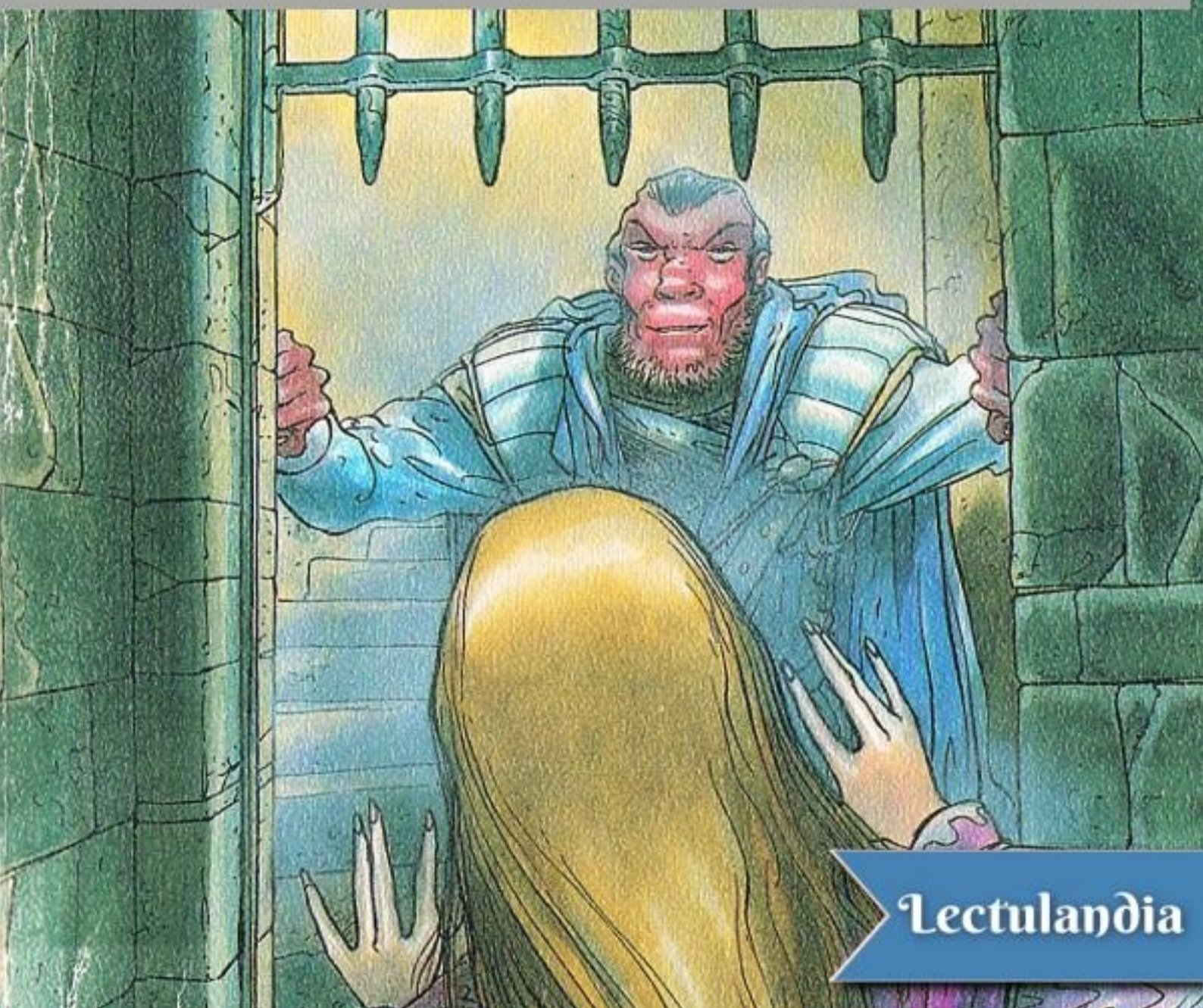


Stephen R. Donaldson

EL ACOSO DE MORDANT

Un nuevo paso en la escalada de emoción y aventura de la tetralogía más famosa de **Stephen R. Donaldson**



Lectulandia

Terisa Morgan necesitaba desesperadamente escapar. El maestro Gilbir intentaba matarla. El Castellano Lebbick deseaba violarla y torturarla. Y ella necesitaba encontrar a Geraden, que había desaparecido, nadie sabía donde, al otro lado de un espejo. Orison estaba siendo asediado por el ejército de Alend. Eremis, el traidor, estaba trabajando en contra de Mordant con Gilbur, coaligado con los odiados habitantes de Cadwall y el archi-Imagero Vagel. ¡Y las acciones del Rey Joyse, preocupado solamente por su juego del brinco, no podían ser explicadas de ninguna forma!

En un nuevo tour de force, Stephen R. Donaldson prosigue las aventuras que iniciara en Espejo de sus Sueños y Los Muros de Orison, los dos primeros títulos de esta tetralogía, presentados en esta misma colección. Emoción, intriga, acción y una compleja trama, que se va desarrollando lentamente ante nuestros ojos, confirmando una vez más la maestría del autor de la saga de la Tierra Enferma como uno de los mejores escritores de fantasía y ciencia ficción de nuestro tiempo.

Lectulandia

Stephen R. Donaldson

El acoso de Mordant

La necesidad de Mordant - 3

Ciencia Ficción - Grandes Éxitos (Ultramar) - 94

ePub r1.0

R 23.03.14

Título original: *Mordant's need: A man rides through*

Stephen R. Donaldson, 1987

Traducción: Domingo Santos

Ilustraciones: Antoni Garcés

Diseño de portada: Antoni Garcés

Editor digital: R

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Perryn Laura Donaldson:
por la luz del sol y las flores
allá donde las necesites
y por el amor
allá donde lo deseas.*

1

El asedio del príncipe

A la mañana siguiente, temprano, se inició el asedio de Orison.

La enorme y rectangular masa del castillo se alzaba en un terreno ligeramente bajo, rodeado por una extensión de tierra desnuda y dispersa hierba..., y rodeado también por el ejército de Alend, con su horda de apoyo de sirvientes y seguidores del campamento. Desde la perspectiva del Príncipe Kragen, Orison parecía demasiado enorme —y el anillo de atacantes a su alrededor demasiado pequeño— para que el asedio tuviera éxito. Sin embargo, comprendía los asedios. Sabía que sus fuerzas eran lo suficientemente poderosas como para tomar el castillo.

Sin embargo, el Príncipe no arriesgó ningún hombre. Sentía la presión del tiempo, por supuesto: casi podía oír al ejército del Gran Rey Festten saliendo de Cadwal contra él, una *sensación tan inquietante como un hedor nacido en los límites* de un fuerte viento. Y ese ejército era grande: el Príncipe lo sabía porque había capturado a un cierto número de los hombres heridos del Perdon en su camino a Orison y les había extraído la información. Compuesto la mitad por mercenarios, la mitad por sus propias tropas, el ejército del Gran Rey contaba al menos con veinte mil hombres. Y los hombres del Monarca de Alend apenas eran diez mil.

Así que Kragen tenía que apresurarse. Necesitaba tomar Orison y fortificarlo antes que aquellos veinte mil hombres de Cadwal cruzaran el Broadwine hacia el interior del Demesne. De otro modo, cuando el Gran Rey llegara, no tendría otra elección que retirarse ignominiosamente. A menos que estuviera dispuesto a perder todas sus fuerzas en un esfuerzo por ayudar a Joyse a mantener la Cofradía fuera de las manos de Cadwal. El plan de dama Elega para paralizar Orison desde el interior había fracasado, y ahora el tiempo no estaba del lado del Pretendiente de Alend.

Sin embargo, no arriesgó ningún hombre. Muy pronto iba a necesitarlos a todos.

En vez de ello, ordenó que sus catapultas fueran situadas en posición para lanzar sus rocas al deficiente muro cortina que protegía el agujero en el costado del castillo.

Había visto esa herida desde un punto ventajoso similar el día después de que el campeón loco de la Cofradía se abriera camino por aquel lugar hacia la libertad, el mismo día que, como embajador del Monarca de Alend, había partido formalmente de Orison: una humeante brecha con el aire de muerte en la pared de lisa piedra. El daño había sido impresionante entonces, visto contra un fondo de frío y nieve, como una herida fatal que humeaba porque el cadáver aún estaba caliente. Aquella visión había alegrado y estremecido a la vez el corazón del Príncipe Kragen, prometiéndole que Orison podía ser tomado..., que un poder que en su tiempo había gobernado

Mordant y controlado el antiguo conflicto entre Alend y Cadwal estaba condenado.

En algunos aspectos, sin embargo, la sede del Rey Joyse parecía más vulnerable ahora. Las imperfecciones del muro cortina eran tan simples que cualquier niño hubiera podido medirlas. Considerando sus circunstancias, el Castellano Lebbick lo había hecho bien..., muy bien, de hecho. Pero las excusas circunstanciales no podían ayudar a que la pared resistiera contra las máquinas de asedio. El capitán de catapultas del Príncipe estaba aceptando privadamente apuestas acerca de si el muro cortina podría sobrevivir o no más de un buen tiro.

No, la obvia cuestión a la que se enfrentaba el Príncipe Kragen no era si podía entrar por la fuerza en Orison, sino más bien cuánto podía resistir el castillo. Dama Elega había fracasado en su intento de envenenar a los guardias de Lebbick..., pero *había* envenenado el depósito de agua, situando el superpoblado castillo en un estado de severo racionamiento. Y en cuanto al Rey Joyse... No era exactamente el líder de su pueblo: era su héroe, el hombre que le había proporcionado identidad además de ideales. Ahora había perdido el juicio. Sin líder y desesperados, ¿hasta qué punto lucharían fieramente los de Mordant?

Podían hacerlo fieramente, si Joyse mantenía su palabra. Ciertamente había perdido el juicio, no cabía duda de ello. Sin embargo, se había enfrentado a la exigencia de Alend de rendirse con una amenaza que podía alentar los corazones de sus seguidores: *¡El Rey Joyse pretende liberar toda la fuerza de la Cofradía contra vosotros y barreros de la faz de la tierra!*

Elega no creía en aquello, pero el Príncipe carecía de su confianza. Si Joyse tenía realmente intención de *liberar la Cofradía*, entonces lo que le ocurriera al ejército de Alend podía ser peor que ser barrido de la faz de la tierra. Podía ser la ruina completa.

Así que el Príncipe Kragen mantuvo sus tropas alejadas de los muros de Orison. Con su casco crestado sobre su rizado pelo negro, con su bigote engominado hasta brillar con un resplandor que hacía juego con el de sus ojos, y su espada larga y su peto al descubierto por la forma negligente en que llevaba su capa de piel blanca, era la imagen de la seguridad y la vitalidad mientras disponía sus fuerzas, advertía a los seguidores del campamento que se retiraban, discutía pesos y trayectorias con su capitán de catapultas. Sin embargo, cada uno de los pensamientos de su cabeza estaba orlado con dudas. No tenía intención de arriesgar ningún hombre hasta que fuera necesario. Temía que pronto iba a necesitarlos a todos.

El terreno era ideal para las catapultas. Por un lado, era despejado. Excepto la confluencia de los tres senderos, el suelo no presentaba obstáculos; virtualmente todos los arbustos habían sido talados, e incluso las manchas de hierba que habían brotado en primavera estaban pasando una mala época a causa del frío y la falta de lluvia. Y los senderos no se hallaban en el camino de Kragen: confluían a una cierta

distancia fuera de las puertas de Orison en la parte nordeste del castillo, y la herida en la pared miraba más hacia el noroeste. Por otro lado, las inmediaciones de Orison estaban al mismo nivel o ligeramente más bajas que las posiciones del ejército de Alend. Como los maestros militares y consejeros del Príncipe Kragen le habían inculcado durante años, era excepcionalmente difícil apuntar las catapultas colina arriba. Aquí, sin embargo, el blanco que se presentaba a sus máquinas de asedio era fácil.

Dama Elegia acudió a su lado mientras era cargada la más poderosa de las catapultas. Su mente estaba preocupada; pero tenía la capacidad de conseguir su atención en cualquier momento, y la saludó con una sonrisa que era más cálida que sus distraídas palabras.

—Mi dama, vamos a empezar.

Apretando su manto en torno a su cuerpo, la mujer miró duramente su hogar.

—¿Qué ocurrirá, mi señor Príncipe? —murmuró, como si no esperara una respuesta—. ¿Resistirá el muro cortina? El Castellano es un viejo y astuto veterano. Seguro que ha hecho lo mejor que ha podido por Orison.

El Príncipe Kragen estudió su rostro al tiempo que el castillo. Puesto que la amaba, e incluso la admiraba —y puesto que se sentía reacio a reconocer que no confiaba enteramente en una mujer que había intentado tan tenazmente traicionar a su propio padre—, le resultaba difícil admitir que ella no lucía su mejor aspecto bajo aquellas condiciones. El frío y el viento le arrebatában la chispa a sus vividos ojos, convirtiéndolos en abotagados; la intensa luz del sol hacía que su aspecto fuera pálido, como sin sangre, como una mujer carente de corazón. Sólo era encantadora cuando se hallaba entre paredes, vista a la luz de las velas y la intriga. Sin embargo, su actual falta de belleza sólo hizo que el Príncipe la quisiera aún más. Sabía que tenía realmente un corazón. Los dedos que sujetaban cerrado su manto eran pálidos y urgentes. Cada palabra que decía, y cada rasgo que exhibía, le decían que estaba afligida.

—Oh, el muro caerá —respondió, en el mismo tono distraído—. Lo habremos derribado antes del anochecer..., quizás antes del mediodía. Fue levantado en invierno. Dejemos que Lebbick sea tan astuto y experimentado como quiera. —A Kragen no le gustaba demasiado el hosco Castellano—. No ha dispuesto de nada que pudiera usar como mortero. Aunque tomara toda la arena de la Cofradía, y luego matara a todos los Imageros para conseguir su sangre, seguiría siendo incapaz de sellar esas piedras contra nosotros.

La dama se estremeció ligeramente.

—¿Y cuando caiga? —preguntó, siguiendo una preocupación no formulada—. ¿Qué, entonces?

—Cuando lancemos este golpe —dijo él, bruscamente duro—, no habrá vuelta atrás. Alend estará en guerra con Mordant. Y no podemos aguardar que la sed y el miedo hagan el trabajo por nosotros. El Perdon es todo lo que se alza entre nosotros y el Gran Rey Festten. Tendremos que hacer la grieta tan grande como nos sea posible. Y luego nos abriremos camino luchando. —Un momento más tarde, sin embargo, sintió piedad de ella y añadió—: Pero Orison recibirá todas las oportunidades precisas de rendirse. No quiero ninguna matanza. Cada hombre, mujer y niño de ahí dentro serán necesarios contra Cadwal.

Elega le miró, con muda gratitud en su congestionado e hinchado rostro. Pensó unos instantes, luego asintió.

—El Castellano Lebbick nunca se rendirá. Mi padre nunca se ha rendido en su vida.

—Entonces deberá empezar ahora —restalló el Príncipe.

Ella le creyó. Creyó que el muro cortina no resistiría..., aparte la Imagería, por supuesto. Orison no tenía los recursos necesarios para resistir aquel asalto. Sin embargo, dudas que apenas podía nombrar aferraron la boca del estómago del Príncipe cuando ordenó al capitán que arrojara la primera piedra.

Al unísono, dos fornidos hombres golpearon sendos mazos contra otros tantos ganchos a cada lado de la catapulta; el gran brazo saltó hacia delante y golpeó contra sus topes; una piedra tan grande como un hombre partió trazando un arco de la cazoleta. El disparo alzó un grito de anticipación del ejército, pero el Príncipe Kragen lo observó hoscamente. El golpe seco de los mazos, el gruñir de la tensión en las maderas, el sordo sonido de los topes y la protesta de las ruedas: creyó sentirlo en su pecho, como si fueran golpes dados contra él..., como si pudiera decir simplemente por el sonido que la piedra iba a fallar su blanco.

Falló.

No enteramente, por supuesto: Orison era un blanco demasiado grande para eso. Pero la roca golpeó alta y a la izquierda, lejos del muro cortina.

El impacto dejó una cicatriz en la fachada del castillo. Aquello era trivial, sin embargo: el proyectil se hizo pedazos. El trapo púrpura liso de la bandera personal del Rey siguió agitándose en su mástil, intocado, despreocupado.

Kragen maldijo para sí mismo al viento, aunque sabía que no tenía nada que ver con el yerro. De hecho, era normal fallar la primera vez: un acierto a la primera hubiera sido de lo más poco común. El capitán de catapultas necesitaba unos cuantos tiros para ajustar su máquina, calcular el alcance. Sin embargo, el Príncipe Kragen sintió una punzada irracional, como si el fallo fuera una advertencia.

Quizá lo fuera. Antes de que los hombres del capitán pudieran empezar a tirar de

las cuerdas que volvían a montar el brazo de la catapulta, toda la fuerza de asedio pudo oír el clamor de una trompeta.

No era una de las fanfarrias familiares, anunciando mensajeros o desafío. Era un agudo y tembloroso gemido de una nota, como si el propio trompetista no supiera lo que estaba haciendo, sino que simplemente hubiera recibido instrucciones de llamar la atención.

Kragen miró a dama Elega, pidiendo implícitamente una explicación. Ella se encogió de hombros y señaló hacia Orison con la cabeza.

Desde su actual posición, el Príncipe no podía ver las puertas del castillo. Debían haberse abierto, sin embargo, puesto que un hombre a caballo rodeó el ángulo de la muralla y cabalgó en dirección a la catapulta.

Era un hombre pequeño..., demasiado pequeño para su montura, evaluó automáticamente el Príncipe Kragen. Y no acostumbrado a los caballos, a juzgar por la forma precaria en que se mantenía en su silla. Si llevaba alguna arma o armadura, estaban ocultas bajo su grueso manto.

Pero sobre los hombros, por encima del manto, llevaba la casulla amarilla de un Maestro. El viento hacía que los extremos de la casulla restallaran, de modo que no podían ser mal interpretados.

El Príncipe arqueó una negra ceja, pero no dejó traslucir nada más. Consciente de que todo lo que dijera sería oído y transmitido por todo el ejército, murmuró calmadamente:

—Interesante. Un Imagero. Un Maestro de la Cofradía. ¿Lo conoces, mi dama?

Ella aguardó hasta que no hubo posibilidad de error. Entonces respondió suavemente:

—Es Quillón, mi señor Príncipe. —Tenía el ceño profundamente fruncido—. ¿Por qué él? Nunca fue importante, ni para la Cofradía ni para mi padre.

El Príncipe Kragen sonrió hacia el Maestro que se aproximaba. De modo que sólo Elega pudiera oírle, comentó:

—Sospecho que dentro de poco conoceremos la respuesta.

El Maestro Quillón avanzó, con el rostro enrojecido y digno de risa sobre su montura demasiado grande. Sus ojos eran acuosos como si estuviera llorando, aunque no había pena en su expresión. Su nariz se fruncía como la de un conejo; sus labios dejaban al descubierto sus sobresalientes dientes. Pero cuando el Maestro detuvo su caballo delante del Príncipe Kragen y dama Elega —mientras Quillón desmontaba casi como si cayera, arrojado fuera de su silla por el viento—, el Pretendiente de Alend no tuvo dificultad en suprimir su regocijo. Independientemente del aspecto de Quillón, era un Imagero. Si hubiera tenido con él un espejo, quizás hubiera sido capaz

de efectuar un daño considerable antes de ser tomado prisionero o muerto.

—Mi señor Príncipe —dijo sin ningún preámbulo, sin una mirada a la hija del Rey Joyse o una inclinación de cabeza al hijo del Monarca de Alend—, he venido a advertirte.

Los hombres alrededor del Príncipe se envararon; el capitán de catapultas llevó su mano a la espada. Pero la actitud del Príncipe Kragen no dio indicación de ninguna ofensa.

—¿A advertirme, Maestro Quillón? —Su tono era suave, pese al penetrante brillo de su mirada—. Eso es una inesperada cortesía. Oigo claramente al Castellano Lebbick amenazar con «liberar toda la fuerza de la Cofradía» contra nosotros. ¿He entendido mal las intenciones de tu Rey? ¿Acaso no he sido ya advertido? ¿O —mantuvo firmemente la mirada de Quillón— es tu advertencia diferente en algún sentido? ¿Implica tu presencia aquí que la Cofradía no se halla ya bajo el gobierno del Rey?

—No, mi señor Príncipe. —El Imagero parecía tan asustado que la firmeza en su voz sonaba innatural, inesperadamente ominosa—. Te precipitas en tus conclusiones. Lo cual es una debilidad peligrosa en un líder de hombres. Si quieres sobrevivir a esta guerra, debes mostrar más cuidado.

—¿Debo? —respondió el Príncipe, aún con voz suave—. Te pido perdón. Me has desconcertado. Tu propia incauta osadía al venir a hablar conmigo ha inspirado mis incautas especulaciones. Si pretendes simplemente repetir las amenazas del Castellano, podías haberte ahorrado una incómoda cabalgada.

—No pretendo nada de eso. Vine a advertirte de que destruiremos esta catapulta. Si permaneces cerca de ella, puedes resultar herido..., quizá muerto. El Rey Joyse no desea verte muerto. Esta guerra no es obra suya, y no tiene interés en tu muerte.

Un frío y poco familiar hormiguelo recorrió el cuero cabelludo de Kragen y descendió por su nuca. *Destruiremos...* Como toda la gente a la que había conocido, temía a los Imageros, temía el extraño poder que tenían de producir atrocidades sin nada más que cristal y talento. Una consecuencia de esto era que había distorsionado la configuración de su asedio para evitar el cruce de caminos porque sabía por Elegia que el Perdon había sido atacado una vez por la Imagería en aquel lugar. Y la actitud de Quillón hacía que sus palabras sonaran locas..., impredecibles, y en consecuencia peligrosas. *El Rey Joyse no desea verte muerto.*

Al mismo tiempo, el hijo de Margonal era el Pretendiente de Alend, ocupaba una posición, y llevaba consigo una responsabilidad, a la que nadie le había obligado. En otras tierras, otros príncipes podían convertirse en reyes lo merecieran o no; pero el Trono en Scarab del Monarca de Alend sólo podía ser ganado, nunca heredado. Y Kragen deseaba ese Trono, tanto porque confiaba en su padre como porque confiaba

en sí mismo. Más que ningún otro que deseara gobernar Alend, creía en lo que su padre estaba haciendo. Y se sentía seguro de que ninguno de sus competidores estaba mejor cualificado que él.

Así que no había miedo en la forma en que miró a Quillón, o en la forma en que se irguió ante él, o en la forma en que habló. Sólo había cautela..., y un regocijo superficial que no pretendía engañar a nadie.

—Vaya, ¿ningún interés? —preguntó con voz intrascendente—. ¿Pese a que le he arrebatado su hija y he traído todas las fuerzas del Monarca de Alend a las puertas de Orison? Discúlpame si parezco escéptico, Quillón. La preocupación de tu Rey por mi vida parece ser, y no pretendo ofender, un tanto excéntrica. —Inclinó la cabeza, como si hiciera una reverencia; pero sus hombres le comprendieron y cerraron filas en torno a Quillón, bloqueando la retirada del Imagero—. Y corres un gran riesgo haciéndome partícipe de su preocupación por mí.

La mirada del Maestro Quillón fue a uno y otro lado, intentando observarlo todo a la vez.

—No tanto —comentó, como si no hubiera notado su propia ansiedad—. Sólo mi vida. Prefiero vivir, pero no se perderá nada importante si resulto muerto. Esta catapulta será destruida igualmente. Toda catapulta que intentes apuntar contra nosotros será destruida. Como he dicho, el Rey Joyse no tiene interés en tu muerte. Pero, si insistes en morir, él no te lo prohibirá.

»El riesgo de mi vida es tu seguridad de que digo la verdad.

—Fascinante —murmuró el Príncipe, arrastrando las palabras—. ¿Desde esta distancia vais a destruir mis máquinas de asedio? ¿Qué nuevo horror ha diseñado la Cofradía, que sois capaces ahora de proyectar la destrucción hasta tan lejos de vuestros espejos?

El Maestro no respondió a esta pregunta.

—Retírate o no, como elijas —dijo—. Mátame o no. —El fruncir de su nariz era inconfundiblemente conejil—. Pero no cometas el error de creer que se te va a permitir entrar u ocupar Orison. Antes que rendir su Trono a esta fuerza, el Rey Joyse permitirá que seas aplastado entre el martillo de Cadwal y el yunque de la Cofradía.

Dama Elega no pudo contenerse.

—Quillón, esto es una locura. —Su protesta sonó a la vez furiosa y desolada—. Eres un Imagero menor, un miembro inferior de la Cofradía. Admites que tu vida no tiene importancia. Sin embargo, te atreves a amenazar al Monarca de Alend y a su hijo. ¿Cómo has ganado tanta estatura, que afirmas hablar con la voz de mi padre?

El Maestro Quillón la miró por primera vez. De pronto su rostro se contorsionó, y una incongruente nota de ferocidad afiló su tono.

—Mi dama, la orden del Rey me ha dado mi estatura. Soy el mediador de la Cofradía. —Sin moverse, se enfrentó a ella, como si bruscamente se hubiera hecho más alto—. Al contrario que su hija, yo no le he traicionado.

Leales a su Príncipe, los soldados de Alend se tensaron; un cierto número de ellos llevaron las manos a sus espadas.

Pero Elega se enfrentó firmemente a la respuesta del Maestro. Tenía el orgullo de la hija de un Rey, así como la seguridad de la hija de un Rey en lo que estaba haciendo.

—Eso es injusto —restalló—. Él ha traicionado Mordant. No puedes estar ciego a la verdad. No puedes...

Deliberadamente, el Maestro Quillón se dio la vuelta, como si ella hubiera dejado de existir para él.

Sin ser oída, su protesta se arrastró hasta el silencio. De pronto pareció a punto de echarse a llorar en el helado viento primaveral.

El Príncipe Kragen controló dificultosamente su ira. La actitud del Maestro lo enfurecía porque la comprendía demasiado bien. De todos modos, resistió el impulso de derribar a Quillón. En vez de ello, murmuró entre dientes:

—Arriesgas más de lo que te das cuenta, Maestro Quillón. Quizá consideres que la muerte no tiene gran importancia, pero te aseguro que le concederás un significado mayor al dolor.

Ante aquello la cabeza de Elega se volvió bruscamente y sus ojos se abrieron mucho, como si se sintiera impresionada. El Príncipe y el Imagero, sin embargo, se miraron el uno al otro, ignorando su reacción.

Los ojos del Maestro Quillón parpadearon; su nariz se frunció. Tal vez estuviera al borde del pánico. Pero su tono contradujo esa impresión. Dijo, sin ningún temor:

—¿Es ésa tu respuesta a lo que no comprendes, mi señor Príncipe? ¿La tortura? ¿O infliges dolor por el simple placer de infligirlo? Déjame advertirte de nuevo, hijo del Monarca de Alend: estás siendo probado aquí, tan seguro como fuiste probado en Orison, en el tablero del brinco..., y en todos los demás lugares. Espero que no demuestres ser indigno.

Sin permiso del Príncipe Kragen, Quillón se marchó. Montó torpemente en su caballo, cogió las riendas. Fue rodeado por los hombres de Alend; sin embargo, cuando orientó la cabeza de su montura hacia Orison, los soldados parecieron abrir involuntariamente un paso para él, sin instrucciones de su capitán o de su Príncipe, como si fueran impulsados por la peculiar dignidad del Imagero.

Con un aspecto ligeramente ridículo —o quizá valiente— en su gran caballo, cabalgó de vuelta por donde había venido. Al cabo de poco tiempo doblaba el ángulo

de Orison y desaparecía de su vista.

Kragen se mordió el labio debajo de su bigote mientras se volvía hacia la dama. *Has sido probado aquí...* Le hubiera gustado poder preguntarlo. ¿Cuál era el significado de *aquello*? Pero la sombría oscuridad en los ojos de ella lo detuvo.

—¿Elega? —inquirió suavemente.

La mandíbula de la mujer se tensó cuando volvió la vista hacia él.

—¿«Dolor», mi señor Príncipe?

Su indignación hizo que Kragen sintiera deseos de gritarle: Estamos en *guerra* aquí, mi dama. ¿Crees que podemos luchar en una *guerra* sin herir a nadie? Sin embargo se contuvo, porque él también se sentía un poco avergonzado de haber amenazado al Maestro Quillón.

Era realmente cierto que, en los viejos días de la constante lucha entre Alend y Cadwal, ningún defensor o partidario del Monarca de Alend hubiera dudado en arrancar unos cuantos gritos de cualquiera de Mordant o Cadwal. Y los barones de los Feudos tendían aún a ser un tanto sanguinarios. Pero, desde su derrota a manos del Rey Joyse, Margonal no había dejado de observar que su oponente era *capaz* que gobernar Mordant con una considerable relajación, ganándose la lealtad antes que arrancándola. El Monarca de Alend, que nunca había sido un hombre estúpido, había experimentado con técnicas de reinado distintas a las basadas en el miedo, la violencia y el dolor, y se había sentido complacido por los resultados. Incluso los barones empezaban a ser un poco más fáciles de manejar.

Ésa era una de las cosas que había hecho Margonal en las que el Príncipe creía. Él también deseaba hacer más experimentos como aquellos.

De modo que, pese al hecho de que se sentía furioso y alarmado y lleno de dudas, bajó la guardia lo suficiente como para ofrecerle a Elega una muestra de difícil honestidad.

—Dije más de lo que pretendía decir. El Imagero te ofendió, mi dama. No me gusta que te ofendan.

Su explicación pareció proporcionarle a ella lo que necesitaba. Lentamente, su expresión se despejó; la humedad ablandó su mirada hasta que pareció casi como una promesa.

—No debería ser tan fácil ofenderme —respondió—. Seguro que es evidente que cualquiera que aún confíe en mi padre será incapaz de confiar en mí. —Luego, como si estuviera intentando igualar la sinceridad de él, añadió—: Sin embargo, te agradezco tu irritación, mi señor Príncipe. Es un consuelo que consideres que vale la pena defenderme.

El Príncipe Kragen la estudió por un instante, midiendo su ansia hacia ella contra

las exigencias de la situación. Luego inclinó la cabeza y dio media vuelta.

El viento parecía hacerse más frío. La primavera había llegado temprano..., en consecuencia era posible que el invierno volviera aún. Eso, pensó amargamente el Príncipe, sería exactamente lo que él y su ejército necesitaban: verse acampados y paralizados por el invierno en las afueras de Orison como perros en las afueras de un poblado, fríos y hambrientos, e incapaces de hacer nada excepto esperar los mendrugos de la mesa. Sí, eso sería perfecto.

Pero mantuvo su bilis para sí mismo. Dijo bruscamente a su capitán de catapultas, como si estuviera seguro de lo que estaba haciendo:

—Creo que haremos caso a la advertencia del Imagero. Haz retroceder a todos los hombres que sean innecesarios, y prepara a los demás para retirarse. Luego reanuda el ataque.

El capitán saludó, empezó a dictar órdenes. Los hombres obedecieron con nerviosa prontitud, artificialmente rápidos en demostrar que no estaban preocupados. Tomando a Elega de la mano, el Príncipe Kragen se dirigió hacia las tiendas de su padre hasta que hubo puesto un centenar de metros entre ellos y la catapulta. Entonces se volvió para mirar.

No tuvo que esperar mucho tiempo para que la amenaza del Maestro Quillón fuera llevada a término. El mediador de la Cofradía debía haber dado la señal casi tan pronto como entró en el patio del castillo. Momentos después de que el Príncipe empezara a estudiar el recio perfil gris de Orison en busca de algún indicio de lo que se preparaba, vio una forma amarronada, tan imprecisa como una bocanada de humo, alzarse de las almenas del muro noroeste.

Pareció como si fuera a disiparse al igual que el humo; pero se mantuvo. Daba la impresión de no ser más grande que un perro de buen tamaño, no más que dos veces la talla de un milano; sin embargo, el modo en que se alzó como un cohete en el cielo la hizo parecer tan peligrosa como un rayo. Un poco de humo amarronado... Como casi sus diez mil hombres y virtualmente todos los adheridos a su ejército, el Príncipe Kragen dobló el cuello y frunció los ojos para seguir el movimiento de la forma contra el opaco fondo de las nubes.

Tan alta que estaba casi con toda seguridad fuera de alcance de un tiro de flecha, incluso para las ballestas reforzadas con hierro que algunos de los hombres de Alend llevaban consigo, la amarronada forma picó hacia la catapulta y pasó por encima de ella y se alejó en dirección al castillo. El Príncipe creyó oír un débil y agudo grito, como el lamento de un ave marina.

Y de la masa de humo, mientras pasaba por encima de ellos, cayó en picado una piedra tan grande como la que la catapulta había lanzado contra Orison.

Potente con la fuerza de su *caída*, la piedra golpeó la catapulta e hizo pedazos la madera tan fácilmente como si la máquina hubiera sido construida con leña seca. Pernos y astillas volaron sueltos en todas direcciones; trozos de madera *trazaron* arcos alejándose del impacto y golpearon el suelo como cascotes. Dos de los hombres que huían de la catapulta fueron derribados, uno con una enorme astilla clavada en su pierna, el otro con el cráneo aplastado por un trozo del hierro de la máquina. Los demás tuvieron más suerte.

La vaga forma amarronada había desaparecido ya de la vista fuera de los parapetos del castillo.

Un grito brotó del ejército..., furia y miedo exigiendo represalias, pidiendo sangre. Pero el Príncipe Kragen permaneció inmóvil, con el rostro impassible, como si nunca en su vida se hubiera sentido sorprendido. Sólo las líneas blancas de su boca ocultas bajo su bigote traicionaban lo que sentía.

—Mi dama —le dijo a Elega, en un tono de hosca indiferencia—, has vivido durante años en las proximidades de los Imageros. Seguramente Orison ha estado siempre lleno de rumores relativos a la Cofradía. ¿Has oído hablar alguna vez antes de una cosa como ésta?

Ella negó aturdida con la cabeza y estudió los restos de la catapulta como si no pudiera creer en sus ojos.

—Es posible —murmuró él, sólo para ella— que durante la paz del Rey Joyse hayamos olvidado demasiado la abominación de la Imagería. Evidentemente, los Maestros no han permanecido inactivos bajo su gobierno.

»Mi dama —cerró los ojos sólo por un momento, y se concedió sentirse abrumado—, la Cofradía *no debe* caer en manos del Gran Rey Festten.

Entonces el Príncipe recuperó nuevamente el control de sí mismo y la dejó. Primero ordenó al capitán de catapultas que trajera otra máquina de asedio y lo intentara de nuevo, tomando todas las precauciones que fueran necesarias para proteger a los hombres. Después de eso, fue a hablar con su padre.

Las tiendas del Monarca de Alend eran suntuosas según sus estándares. A Margonal le gustaba viajar cómodo. También sabía que en ocasiones un gran despliegue público era bueno para la moral. Pese a todo, el Gran Rey Festten hubiera considerado los aposentos del Monarca como una choza. Alend carecía de los puertos de mar y en consecuencia del comercio de Cadwal. Comparado con Festten, Margonal no era más rico que uno de sus feudos. Si Mordant no se extendiera entre Cadwal y Alend —y si los Cares de Mordant no hubieran sido tan díscolos, tan difíciles de gobernar, una cualidad que los convertía en un freno efectivo—, el Gran

Rey y las fuerzas que sus riquezas podían procurarle hubieran engullido hacía mucho tiempo a su antiguo enemigo.

El Príncipe Kragen era consciente de esto, no porque se sintiera celoso de las riquezas del Gran Rey, sino porque se sentía agudamente vulnerable frente a Cadwal, mientras echaba a un lado la lona que cubría la entrada de la tienda y era admitido a presencia de su padre. Podía sentir el peligro para Alend en el frío viento que se enroscaba en torno a su cuello como un dogal.

El Monarca de Alend estaba sentado en el avance de la tienda, donde mantenía los consejos y las consultas. El Príncipe podía verle bastante bien: los braseros encendidos para proporcionar calor proporcionaban también una parpadeante iluminación que danzaba entre los postes de la tienda y en torno a las sillas reunidas. Pero no había ninguna otra luz. Las costuras de la tienda estaban selladas con faldones, y Margonal no permitía lámparas ni antorchas, ni siquiera velas, en su presencia. Para sí mismo, el Príncipe Kragen consideraba aquella arbitraria prohibición como un vestigio de la tiranía a la que su padre había estado anteriormente acostumbrado. Sin embargo, la aceptaba sin discusión. Como cualquiera que contemplara bajo una buena luz el rostro del Monarca de Alend podría ver, Margonal era completamente ciego.

Era inimaginable que ninguna visión pudiera penetrar la película blanca que cubría sus ojos como cortinas.

Evidentemente, sus batallas con el Rey Joyse no habían sido sus únicas pérdidas en la vida. Y había sido cuando había empezado a perder la vista cuando empezó también a buscar formas más seguras de gobernar, medios más seguros de conservar el reino para él y para su sucesor. Como había repetido una y mil veces hasta que todos a su alrededor empezaron a hastiarse de ello: «Las pérdidas enseñan muchas cosas». De nuevo para sí mismo —y sin que ello significara ninguna falta de respeto—, el Príncipe Kragen sustituía la palabra *pérdidas* por la palabra *miedo*. Un hombre que no podía ver a sus enemigos no podía golpearles. Por esa razón, tenía que hallar nuevas formas de protegerse. Kragen comprendía el miedo de su padre y lo respetaba. Un hombre inferior a Margonal se hubiera retirado sumido en el terror y la violencia.

Viejo y ya no fuerte, el Monarca de Alend estaba repantigado en la más confortable de las sillas, y volvió la cabeza hacia el sonido de la entrada de su hijo. Puesto que era puntilloso, no habló hasta que el Pretendiente de Alend hubo sido anunciado y lo hubo saludado del modo formal prescrito por la costumbre. Luego suspiró como si estuviera especialmente cansado.

—Bien, hijo mío. Mis guardias han estado ya aquí, susurrando espeluznantes informes que fueron incapaces de explicar. Quizá tú puedas decirme algo comprensible.

—Mi señor —respondió el Príncipe Kragen—, me temo que solamente puedo incrementar la amplitud de tu incomprensión. —Sucintamente, describió la visita del Maestro Quillón y la destrucción de la catapulta.

Cuando hubo terminado, le dijo a su padre lo que pensaba al respecto.

—Las acciones de la Imagería son extrañas, incuestionablemente. Pero, a mi parecer, el mayor misterio es que el Rey Joyse se comporta como si no se hubiera debilitado a sí mismo..., como si nosotros no fuéramos más que una molestia para un soberano en una posición invulnerable. Y es capaz de ordenarles a hombres como el Castellano Lebbick y el Maestro Quillón que conserven esa ilusión.

»Sin embargo, sabemos que *es* una ilusión. Cadwal avanza contra él. Tiene un agujero en su muro, pocos hombres para defenderle, y nada de agua para que beban. Pese a su control sobre la Cofradía, los Imageros que sirven a sus enemigos son más poderosos. Son capaces de golpearle a voluntad en cualquier parte de Mordant u Orison, pasando a través de un espejo plano como si fueran inmunes a la locura. Además, hay Maestros en la Cofradía que abandonarían su causa si pudieran. Hombres tales como Eremis pueden ser leales a Mordant, pero ya no se sienten atados a su Rey.

»Los señores no le ayudarán. El Armigite es un cobarde. El Termigan no valora nada excepto sus propios asuntos. Y el Perdon resiste ante Cadwal no por el Rey Joyse, sino por su propia supervivencia. De los Cares, sólo Domne, Tor y Fayle son realmente leales. Sin embargo, el Domne no lucha. El Tor es viejo, está empapado de vino..., y está *aquí*, desde donde no puede reunir a su gente. Y el Fayle no puede acudir en ayuda de Orison porque nosotros nos alzamos en su camino.

»Y, sin embargo, el Rey Joyse *sigue* tratándonos como si careciéramos de los medios necesarios para causarle algún daño.

Cuanto más pensaba en ello, más inseguro se sentía el Príncipe. Por un momento se mordisqueó el bigote, mientras sus dudas lo mordisqueaban a él. Luego concluyó:

—En realidad, mi señor, no puedo decidirme a pensar si esta audacia constituye extravío o una profunda política.

El Monarca de Alend suspiró de nuevo. Con una aparente irrelevancia, murmuró:

—He pasado una noche espantosa. La pérdida de la visión ha agudizado mis poderes de recordar. En vez de dormir, vi cada uno de los trucos y subterfugios que han llegado a ser practicados contra mí. Sentí cada uno de los golpes de nuestras batallas. Tales recuerdos encenderían la sangre de un soberano joven con unos ojos claros en su cabeza. Para mí, son fatales.

Mirando a su hijo como si pudiera verle, Margonal preguntó con voz ronca:

—¿Puedes pensar en alguna cosa, cualquier cosa, que un rey como Joyse pueda

ganar fingiendo debilidad..., permitiendo que los Imageros lancen atrocidades sobre las cabezas de su gente..., permitiendo que nosotros le atacemos cuando sus defensas son tan pobres?

—No. —El Príncipe Kragen agitó la cabeza en su propio beneficio—. Es una locura. Tiene que ser una locura.

—¿Y dama Elega? Es su hija. Le conoce mucho mejor que tú..., mucho mejor incluso que yo. ¿Puede pensar en algo que pueda ganar su padre?

—No —dijo de nuevo el Príncipe. Confiaba en ella, ¿no? Creía en lo que ella creía acerca de su padre, ¿no?

Bruscamente, el Monarca de Alend alzó la voz.

—Entonces es un loco, *un loco*. Tiene que ser arrancado de esta fortaleza, y hay que hacerle pagar por esto. ¿Me entiendes? ¡Es insufrible!

Como si no supiera lo que estaba haciendo, sus puños empezaron a golpear contra los brazos de su silla.

—Comprendo su deseo de arrebatarnos Mordant y gobernarlo a su manera. Fue capaz de hacerlo..., y en consecuencia lo hizo. ¿Quién no lo hubiera hecho? Y comprendo sus deseos de reunir todos los recursos de la Imagería para sí mismo. De nuevo fue *capaz* de hacerlo..., y en consecuencia lo hizo. ¿Quién no lo hubiera hecho? Y quizá comprendo también sus recelos cuando creó la Cofradía, su rechazo a utilizar su poder para la conquista. Eso no es lo que Festten hubiera hecho. No es lo que yo hubiera hecho. Pero quizá en eso se mostró más cuerdo que yo.

—¡Pero *esto...*! ¡Crear todo lo que ha creado, y luego abandonarlo a su destrucción! —Ahora el Monarca de Alend estaba gritando—. ¡Forjar un arma como la Cofradía, y luego hacerse vulnerable a cualquier ataque, olvidar su responsabilidad, volverse de espaldas a aquellos a quienes sirve y que confían en él, de modo que sus enemigos no tengan otra elección excepto intentar arrebatarle su arma para su propia supervivencia! —Margonal se levantó a medias de su asiento, como si tuviera intención de ir a pedirle al Rey Joyse en persona que recuperara sus sentidos—. ¡Digo que es *insufrible*! ¡No debe *continuar*!

Tan rápidamente como había surgido, sin embargo, su pasión le abandonó. Se derrumbó de nuevo en la silla y se pasó las manos por el rostro.

—Hijo mío —susurró roncamente—, cuando recibí tu mensaje pidiendo que emprendiéramos la marcha, mi corazón se heló. No he podido volver a calentarlo. *Conozco* a ese hombre. Me ha derrotado demasiadas veces. Temo que nos haya engañado a que vengamos hasta aquí para destruirnos..., que su debilidad sea una pose para tenernos a nosotros y a Cadwal dentro de su radio de alcance, a fin de que podamos ser aplastados a su antojo, en vez de enfrentarnos en una honesta batalla.

Dices que esto es imposible. Dama Elegia dice que no puede ser así. Mi propia razón me indica lo mismo..., aunque sólo sea por el hecho de que en cincuenta años nunca ha mostrado ningún deseo de aplastarnos. Y, sin embargo, eso es lo que temo.

»Me ha embrujado. Hemos venido aquí a nuestra condenación.

El Príncipe Kragen contempló lo que su padre estaba diciendo e intentó no estremecerse. El miedo enseña muchas cosas, pensó. ¿Hemos estado ciegos todos los demás? ¿Por qué nunca hemos creído que Joyse fuera maligno? Lentamente, respondió:

—Mi señor, da la orden, y nos retiraremos. Tú eres el Monarca de Alend. Y yo confío en tu sabiduría. Podemos...

—¡No! —La negativa de Margonal sonó más como dolor que como irritación o protesta—. No —repitió casi de inmediato, con un tono más firme—. He dicho que me ha embrujado. Y sólo estoy seguro de una cosa..., no puedo tomar decisiones en lo que a él se refiere.

»No, hijo mío, este asedio es tuyo. Tú eres el Pretendiente de Alend. He depositado nuestro destino en tus manos. —Un momento después añadió, como una advertencia—: Si decides retirarnos, asegúrate mucho de que puedes defender tu decisión ante los otros que buscan mi Trono.

El Príncipe asintió en silencio. Había notado el frío de Margonal desde mucho antes; mucho antes de aquella conversación, el frío del viento había reptado en sus partes vitales. Pero el Monarca de Alend había puesto nombre a sus dudas por él..., y el nombre parecía hacer que las dudas fueran más palpables, más potentes. *Hemos venido aquí a nuestra condenación.* Su padre preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —respondió, mordiéndose el labio.

—Elige pronto. —Ahora Margonal le habló secamente, del mismo modo que él había hablado secamente a dama Elegia—. Festten no se mostrará paciente con nuestra incertidumbre.

Como respuesta, Kragen envaró su espina dorsal.

—Quizá no, mi señor. De todos modos, nuestra condenación será también la de Cadwal. Hasta que veamos una salida, haré todo lo posible por mostrarle al Gran Rey mejores usos para su impaciencia.

Lentamente, el Monarca de Alend se relajó hasta quedar repantigado de nuevo en su silla. Inesperadamente, sonrió.

—He oído decir que Festten tiene muchos hijos. Yo sólo tengo uno. Me siento inclinado a pensar, sin embargo, que ya me ha superado en muchas cosas.

Puesto que no sabía qué otra cosa hacer, el Príncipe Kragen se limitó a inclinar profundamente la cabeza. Luego se retiró de la presencia de su padre y fue a observar cómo la vaga forma amarronada se alzaba por encima de los muros de Orison y destrozaba otra de sus mejores catapultas.

Afortunadamente, sus hombres escaparon esta vez sin ninguna herida.

Su rostro no mostraba nada excepto confianza cuando fue a consultar con todos sus capitanes.

Día de problemas

El Castellano Lebbick permanecía de pie con los tres Imageros en las almenas del muro noroeste y observaba mientras la amarrada forma que el Adepto Havelock había trasladado reducía a astillas y leña seca la segunda catapulta de Alend. Desde aquella elevación, tras el parapeto defensivo construido en la cara externa de Orison, tenía una buena vista pese a la distancia.

A juzgar por el viejo ceño fruncido tallado en los rasgos de su rostro, los anudados músculos de sus mandíbulas, el opaco brillo de sus ojos, no estaba impresionado.

Hubiera debido estar impresionado. No había tenido ni idea de que existiera aquel espejo..., o de que una criatura sin más definición que un denso humo pudiera ser trasladada y *controlada*, se pudiera conseguir que transportara rocas tan pesadas como un hombre a cualquier lugar que el Adepto ordenara. Y eso no era todo. Hablando en plata, no tenía la menor idea de que Havelock estuviera aún lo suficientemente cuerdo como para cooperar en la defensa de Orison..., que pudieran diseñarse planes sobre el supuesto de que el Adepto llevaría a cabo su parte en ellos. De alguna forma, el espíritu guerrero del Castellano estaba probablemente impresionado. Incuestionablemente, tenía que estarlo.

Sin embargo, no era consciente de ello. Y, por supuesto, no lo mostraba. La verdad era que sólo un recio acto de voluntad le permitía mantener su mente fija en lo que estaba haciendo, prestar alguna atención a la situación.

—Bien hecho —jadeó el Maestro Quillón mientras la forma volante regresaba al espejo de Havelock, dejándose arrastrar fácilmente por el viento—. Te sobrepasas a ti mismo, realmente te sobrepasas. —Y palmeó el hombro del Adepto como si fuera un viejo amigo..., lo cual hubiera sorprendido a Lebbick bajo otras circunstancias, puesto que el lunático carácter de Havelock había hecho que la amistad con él fuera algo imposible para cualquiera excepto el Rey Joyse. El cual, pensó lúgubrememente el Castellano, tampoco estaba particularmente cuerdo.

—Fornicación —respondió negligentemente el Adepto Havelock, como si normalmente realizara aquellas hazañas de Imagería parado sobre su cabeza—. Me meo en la puta. —Pese a su tono, sin embargo, estaba concentrándose tan duramente que sus extraviados ojos sobresalían de sus órbitas.

—Por supuesto —murmuró el Maestro Eremis—. Yo pienso exactamente lo mismo. —Era el único otro hombre cerca del espejo, aunque un cierto número de guardias y varios Adeptos estaban apiñados a corta distancia, observando embobados

—. Sin embargo, se me ocurre que has sido un poco tímido con tus talentos, Adepto Havelock.

Nominalmente, Eremis estaba allí sólo porque el Castellano no había acabado con él. Demasiadas preguntas quedaban aún por contestar. Sin embargo, su interés en lo que ocurría era intenso: su cabeza en forma de cuña lo seguía todo, estudiaba cada movimiento; sus ojos brillaban como si se lo estuviera pasando en grande.

—Si la Cofradía hubiera sabido de tus recursos, podríamos haber tomado decisiones completamente distintas.

El Maestro Quillón miró rápidamente hacia el alto Imagero.

—¿De veras? ¿cómo cuáles?

Como respuesta, el Maestro Eremis sonrió claramente al Castellano.

—Hubiéramos podido decidir defender nosotros mismos Mordant, antes que aguardar educadamente a que nuestro bienamado Rey cayera de la precaria percha de su razón.

Lebbick hubiera debido responder a aquel sarcasmo. Eremis parecía tener intención de provocarle..., y la provocación era su pan y su sal. Alimentaba los fuegos de la dedicación y el ultraje que lo mantenían en marcha, lo sustentaba a fin de poder seguir sirviendo a su Rey más allá del punto donde su sentido común se rebelaba y su instinto hacia la fidelidad se volvía contra él. Además, tenía trabajo que hacer en lo que al Maestro Eremis se refería..., cosas que resolver, explicaciones que obtener. Pero, esta vez, el sarcasmo del Maestro no le alcanzó. Su corazón estaba en otro lugar, y sin él era incapaz de pensar claramente.

Su corazón estaba en las mazmorras, donde había dejado a aquella mujer.

Maldita fuera, sí, *maldita* fuera. Ella era la fuente de todos los problemas, de ella era la culpa. Incluso estaba empezando a pensar que ella era la razón de la debilidad del Rey Joyse, pese a que el Rey había empezado a seguir aquel camino años antes de que ella apareciera por primera vez. Pero ahora Lebbick conseguiría extraerle la verdad. Le arrancaría los miembros uno a uno si era necesario, pero conseguiría extraerle la verdad. Le arrancaría la piel a tiras con sus propias manos...

Haría con ella todo lo que deseara. Había obtenido el permiso.

Ahora lo has hecho, mujer. Ahora has hecho algo tan odioso que nadie va a protegerte. Eso era cierto. El Tor lo había intentado..., y había fracasado. *Ayudaste a escapar a un asesino.*

Ahora eres mía.

Pese a que había sido advertido.

Mía.

Si sólo pudiera controlar la forma en que temblaba cada vez que pensaba en ella.

Respondió al Maestro Eremis sin ninguna razón excepto para enmascarar lo que le estaba ocurriendo, ocultar los temblores en sus músculos.

Pero no estaba pensando en lo que decía. No podía. Estaba demasiado ocupado recordando el tacto de los brazos de la mujer cuando había engarfiado sus dedos en ellos.

—No —la oyó susurrar. Su protesta era como el horror en sus suaves ojos castaños, como el temblor en su delicadamente hendida barbilla. Le temía, le temía profundamente. Su furia tocó un punto sensible en ella..., pudo verlo vívidamente, pese a que ella se le había enfrentado en el pasado, le había mentido, le había obligado a tragarse su pasión contra ella una y otra vez. Le temía como si mereciera sentirse aterrorizada, como si supiera ya que cualquier cosa que él pudiera hacerle era justificada—. No —susurró, pero no eran sus acusaciones lo que negaba; era *él*, el propio Castellano, su violencia y autoridad.

—Sí —respondió él entre apretados dientes, sonriéndole ferozmente como si aquello lo hiciera feliz por última vez en su vida.

Apretándola tan duramente como quería, sin tener en cuenta su dolor, sin tener en cuenta la forma como los Maestros y los guardias le miraban pese al caos del asesinato de Nyle y la desaparición de Geraden..., la escoltó personalmente a las mazmorras.

Durante el camino, ella no dejó de balbucear:

—No, no lo comprendes, es un truco. Geraden no mató a Nyle, por favor, escúchame, *escúchame*, fue Eremis quien lo hizo de algún modo, es un *truco*.

Le gustó aquello. Le gustó su miedo. Deseaba verla postrada frente a él. Al mismo tiempo, sin embargo, su reacción lo alteró. Por alguna razón, le recordó a su esposa.

Sin ninguna buena razón, evidentemente, puesto que su esposa nunca había balbuceado. De hecho, nunca había mostrado temor ante nada, no desde que el Rey Joyse los había rescatado del comandante de la guarnición de Alend que tan imaginativamente la había violado. No desde que él, Lebbick, había abierto en canal a aquel perro de Alend con sus dientes.

Pero antes de eso sí había tenido miedo. Sí, recordaba muy bien su miedo. Balbuceaba. Sí. La había oído —la había observado..., se había visto obligado a observarla—, y no había podido hacer nada al respecto, nada en absoluto. La había oído y la había visto hacer cosas terribles y desesperadas en su intento de conseguir que aquellos hombres pararan.

El Castellano Lebbick no iba a pararse. Nunca. Que balbuceara hasta quedarse sin

voz, que gritara, que aullara si quería hacerlo. Era *suya*.

Sin embargo, aquello lo inquietaba.

Cuando la arrojó al interior de la celda de modo que casi cayó en el camastro contra la pared del fondo, no tenía intención de detenerse. Pero no empezó de inmediato. En vez de ello, cerró la puerta de hierro tras él sin molestarse en dar vuelta a la llave, cruzó los brazos sobre su pecho para impedir que temblaran, y se enfrentó a ella más allá de la luz de la única lámpara. Había que sacar un poco más el pábilo; la llama temblaba alocadamente, haciendo que las sombras danzaran medrosamente sobre los pálidos rasgos de la mujer.

Aún sonriendo entre los dientes, preguntó:

—¿Cómo?

—No lo sé. —Balbuceando—. De algún modo. Para librarse de Geraden. Geraden es el único que no confía en él. —Aterrada—. Eremis y Gilbur trabajan juntos. Y Vagel. Mintió a la Cofradía. —Intentando distraerle—. Eremis trajo a Nyle a la reunión de la Cofradía. Dijo que Nyle probaría que Geraden era un traidor, pero eso era mentira. Lo planearon juntos. Ellos lo planearon. —Intentando crear la ilusión de que todo aquello tenía sentido—. Es una farsa. Lo prepararon todo. Tuvieron que hacerlo.

Sorda a lo ilógico de su propia defensa, insistió:

—Nyle aún está vivo.

Observándola, el Castellano sintió deseos de exultar de alegría.

—No, mujer. —Sus mandíbulas temblaron con el esfuerzo de no hundir sus dientes en ella—. Dime cómo. ¿Cómo escapó? ¿Cómo lo ayudaste a escapar?

Finalmente ella se recuperó, cerró la boca a su pánico. Las sombras parpadearon entrando y saliendo de sus ojos; su aspecto era tan deseable como el de una inmolación.

—Él no es Imagero —siguió Lebbick—. Y no hay ninguna forma en que pudiera abandonar esa habitación excepto por Imagería. Así que *tú* lo hiciste. Tú lo trasladaste a alguna parte.

»¿Dónde está, mujer? Lo quiero.

Ella le miró. Su desánimo parecía estarse convirtiendo en una especie de calma; se sentía menos frenética simplemente porque tenía tanto miedo.

—Te has vuelto loco —susurró—. Has perdido la cabeza. Ha sido demasiado para ti.

—No le haré ningún daño. —El rostro del Castellano parecía a punto de hendirse por la tensión—. En realidad, no es culpa *suya*. Lo sé. Tú lo sedujiste para que lo

hiciera. Hasta tu llegada, él no era más que otro hijo del Domne..., demasiado torpe para su propio bien, pero un chico decente. Todo el mundo le quería, aunque no pudiera hacer nada a derechas. Tú cambiaste eso. Tú lo implicaste en traiciones. Cuando ponga mis manos sobre él, ni siquiera lo castigaré. Sólo quiero que me diga la verdad.

De pronto, como una seca ráfaga abrasadora, Lebbick le gritó:

—¿Dónde ESTÁ?

Ella retrocedió, se acurrucó. Sólo por un segundo, él tuvo la impresión de que iba a responder. Pero, luego, algo dentro de ella se envaró. Alzó la cabeza y le miró fijamente.

—Vete al infierno.

Se echó a reír ante aquello. No pudo impedirlo: se echó a reír como si se le estuviera rompiendo el corazón.

—Pequeña puta —cloqueó—, no intentes *desafiarme*. No eres lo bastante fuerte.

Inmediatamente empezó a hablar con mayor precisión, con más formalidad, clavando las palabras en su miedo como los clavos de un ataúd.

—Empezaré arrancándote la ropa. Puede que lo haga gentilmente, sólo por diversión. Las mujeres son especialmente vulnerables cuando no tienen ninguna ropa que las cubra.

»Luego empezaré a hacerte daño. —Dio un paso hacia ella, pero no apartó los brazos de su pecho—. Sólo un poco al principio. Un pecho o el otro. O quizás unos cuantos ganchos clavados en tu vientre. Un trozo de áspera madera entre tus piernas. Sólo para llamar tu atención. —Deseó que ella pudiera ver lo que él veía: a su esposa siendo tendida en el suelo por aquellos hombres de Alend, sus miembros extendidos y sujetos de modo que no pudiera moverse, las cosas delicadas que el comandante de la guarnición le había hecho con pequeños cuchillos—. Luego empezaré a hacerte más daño.

»Me suplicarás que pare. Me lo dirás todo por tu propia voluntad, y me suplicarás que pare. Pero será demasiado tarde. Habrás perdido tu oportunidad. Una vez empiece a hacerte daño, ya no pararé. Nunca pararé.

Se mostró tan vívidamente abrumada, el terror en su rostro era tan rígido, que su visión le hizo perder momentáneamente el dominio de sí mismo. Sus brazos se agitaron fuera de control; sus manos aferraron los hombros de ella. La atrajo hacia sí, cubrió su boca con la de él, y la besó tan duramente como si fuera un golpe, ansiando consumirla con su pasión antes de que ésta lo desgarrara. Luego la abrazó, la abrazó con tanta urgencia que los músculos de sus hombros parecieron convertirse en hierro.

—Dime la verdad —tembló su voz, febril por la inquietud—. No me obligues a

hacerte daño.

Ella había situado los brazos entre los dos, con las manos contra su pecho. Pero no se debatió: se rindió a su abrazo como si toda resistencia le hubiera sido arrebatada, Si él la hubiera soltado de pronto, hubiera caído.

Sin embargo, cuando habló, todo lo que dijo fue:

—Por favor, no hagas eso. Por favor. —La forma en que él la sujetaba ahogó sus palabras en su hombro, pero pudo oírlas de todos modos—. Te suplicaré, si es eso lo que quieres. Pero, por favor, no me hagas eso.

Por un momento la penumbra de la celda se hizo inesperadamente oscura. Se alzó en torno al Castellano, rodeó su cabeza; emitió un sonido rugiente, como un torrente negro, en sus oídos. Luego se despejó, y le dolió el dorso de la mano. La mujer estaba tendida en el suelo; la pared apenas la sostenía en una posición semisentada. La sangre resbalaba como medianoche de la comisura de su boca. Sus ojos parecían velados, como si apenas estuviera consciente.

—Dama Terisa es demasiado educada —dijo alguien a sus espaldas—. Yo no hablaré tan cortésmente. Tu próximo golpe será el último. Si vuelves a golpearla, no descansaré hasta que seas enviado a galeras.

Tambaleante, el Castellano Lebbick se volvió y vio al Tor en la entrada de la celda.

—Mi señor Tor —croó el Castellano, como si se estuviera atragantando—. Esto no es asunto tuyo. Los crímenes cometidos en Orison son *mi* responsabilidad.

El viejo señor era tan gordo como un pavo de Navidad y su rostro parecía pasta de pan mal amasada. Sin embargo, sus ojillos relucían a la luz de la lámpara como si fuera *capaz* de matar. Bajo su grasa había una fuerza que le permitía sostener aquel inmenso peso.

—Entonces —respondió—, serás especialmente responsable por los crímenes cometidos por ti. ¿Y si ella es inocente?

—¿*Inocente*?

Lebbick se sintió avergonzado de oírse gritar la palabra como un hombre que está a punto de echarse a llorar. Con un esfuerzo salvaje, recuperó el control de sí mismo.

—¿*Inocente*? —repitió, con voz más firme—. Tú no estabas aquí, mi señor. Tú no viste a Geraden matar a su hermano. La atrapé ayudándole a escapar..., ayudando a escapar a un *asesino*, mi señor Tor. Tienes extrañas ideas respecto a la inocencia.

—Y tus ideas acerca de la culpabilidad te han costado la *razón*, Castellano. —El ultraje del Tor sonó tan agudo como el de Lebbick—. La acusas de ayudar a un asesino a *escapar*, no de derramar sangre por su propia mano. Cuando oí que la

habías traído aquí, apenas fui *capaz*, de creer a mis oídos. No tienes ni derecho ni *razón* de castigarla hasta que el Rey Joyse la haya juzgado y la haya encontrado culpable y te haya dado su consentimiento.

—¿Crees que me lo negará? —respondió el Castellano Lebbick, luchando por recuperar su autodomínio—. ¿*Ahora*, cuando Orison está sitiado y todos sus enemigos conspiran contra él? Mi señor, lo juzgas mal. *Esto* —hizo un gesto restallante en dirección a la mujer— es un problema que me dejará a mí.

—¿Vamos a preguntárselo? —restalló el Tor sin vacilación.

El Castellano no tenía elección; no podía negarse. Pese al dolor en sus huesos y al estremecimiento en sus vísceras, que parecían confabularse para darle la impresión de que se estaba muriendo de pie, se volvió de espaldas a la mujer y fue con el Tor a hablar con el Rey Joyse.

Cuando Lebbick solicitó la audiencia, el Rey respondió vestido con su camisa de noche.

En vez de admitir al Castellano y al Tor en su presencia, abrió la puerta de sus habitaciones formales y permaneció allí entre los guardias, parpadeando con sus acuosos ojos a la luz de la lámpara como si se hubiera vuelto tímido..., como si temiera no estar seguro en su propio castillo en mitad de la noche. No estaba durmiendo: había acudido demasiado rápido a la puerta para eso. Y olvidó o no le importó cerrarla tras él. El Castellano vio que el Rey Joyse tenía ya compañía.

Dos hombres estaban sentados frente a su chimenea, mirando hacia la puerta por encima del hombro.

El Adepto Havelock. Por supuesto. Y el Maestro Quillón, el recientemente designado mediador de la Cofradía.

El Maestro Quillón, que *accidentalmente* había ayudado a Geraden a escapar haciendo tropezar a Lebbick. El Maestro Quillón, que *erróneamente* le había dado a la mujer tiempo para ayudar a Geraden enviando a los guardias lejos de las estancias donde se guardaban los espejos.

El Castellano trituró maldiciones entre sus dientes.

El Rey Joyse miró con la boca abierta al Castellano Lebbick y luego al Tor, con una expresión estúpida en su rostro. Su barba estaba enmarañada en todas direcciones; su blanco pelo se asomaba alocadamente en torno al borde de su deshilachado y colgante gorro de noche..., un gorro, sabía Lebbick, que la Reina Madin le había regalado hacía casi veinte años. Sus manos estaban hinchadas por la artritis, y su espalda se encorvaba por la misma razón. El resultado era que parecía pequeño y un poco ridículo, demasiado reducido en estatura física y mental como

para ser un gobernante creíble para su pueblo.

Y, sin embargo, el Castellano lo quería. Mirándole ahora, Lebbick descubrió que lo que más había echado en falta no era el antiguo liderazgo de Joyse..., o su antigua confianza. Era la Reina: la sincera, hermosa, pragmática Madin. Ella había hecho todo lo que estaba en sus manos para impedir que el Rey Joyse se volviera mucho menos de lo que era. Ella no hubiera permitido que nadie le viera en estas condiciones.

Ese reconocimiento sorprendió al Castellano Lebbick y le hizo perder el pie del apasionado discurso que estaba preparado a lanzar. En vez de escupir sus amargas exigencias al rostro de Joyse, murmuró, casi gentilmente:

—Perdona la intrusión, mi señor Rey. ¿No podías dormir?

—No —asintió el Rey Joyse en tono vago—. Te dije en serio lo que te indiqué que dijeras a Kragen. Quiero utilizar la Cofradía. Pero no sabía cómo. Esto me mantenía despierto. Así que mandé llamar a Quillón. —Como si creyera que ésta era la razón por la que el Castellano Lebbick había acudido a él, preguntó distraídamente—: Si fueras ellos, ¿qué harías tú mañana?

Involuntariamente, Lebbick intercambió una mirada de incompreensión con el Tor.

—¿«Ellos», mi señor Rey? ¿Los Maestros?

—Los de Alend —explicó el Rey Joyse sin impaciencia—. El Príncipe Kragen. ¿Qué hará mañana?

Aquella pregunta no necesitaba pensarse.

—Catapultas. Intentará derribar el muro cortina.

El Rey Joyse asintió.

—Eso es lo que pensé. —Parecía demasiado soñoliento para concentrarse bien—. Quillón y Havelock van a hacer algo al respecto. —Como si se le ocurriera de pronto, añadió—: Necesitarán consejo. Y tú necesitas saber lo que hacen. Reúnete con Quillón al amanecer.

»Buenas noches —se volvió hacia el interior de sus aposentos.

—Mi señor Rey. —Fue el Tor quien habló.

El Rey alzó cansadamente las cejas.

—¿Hay algo más?

—Sí —dijo el Tor secamente, antes de que el Castellano Lebbick pudiera interrumpir—. Sí, mi señor Rey. Lebbick ha llevado a dama Terisa de Morgan a las mazmorras. La ha golpeado. Pretende interrogarla utilizando el dolor. Y puede... —el Tor miró a Lebbick y luchó por contener su furia—, puede que tenga también otras intenciones.

»Hay que detenerle.

El Castellano empezó a protestar, luego se lo pensó mejor. Ante su sorpresa, el Rey Joyse miró al Tor con ojos furiosos, como si de repente el viejo señor hubiera empezado a heder de alguna manera.

—¿Y qué te importa a ti eso, mi señor Tor? —dijo el Rey—. Nyle fue *muerto*. Quizá no te des cuenta de ello. El hijo del *Domne*, mi señor Tor..., el hijo de un *amigo*. —Habló como si hubiera olvidado por qué el viejo señor había venido a Orison—. Lebbick está haciendo simplemente su trabajo.

Como respuesta, la expresión del Tor se convirtió en náusea; su boca se abrió y cerró estúpidamente. Estaba tan asombrado que transcurrió un momento antes de que fuera capaz de respirar de nuevo; entonces dijo, como si estuviera reprimiendo un ataque de apoplejía:

—¿Te he comprendido bien, mi señor Rey? —Sus labios se tensaron en una delgada línea, dejando al descubierto sus dientes manchados de vino—. ¿Tiene el Castellano Lebbick tu permiso para torturar y violar a dama Terisa de Morgan?

Un músculo en la mejilla del Rey Joyse se crispó. De pronto, sus ojos dejaron de ser acuosos: llamearon fuego azul.

—¡Ya basta! —Ecos del hombre que había sido resonaron en las paredes cuando articuló claramente—: Maldito gordo, viejo e inútil estúpido, ya has interferido demasiado conmigo. Estoy harto de tu fariseísmo. Estoy harto de ser juzgado. El Castellano Lebbick tiene mi permiso para *hacer su trabajo*.

Tras su constante ceño fruncido, dentro de su estrujado corazón, Lebbick sintió deseos de echarse a reír.

El rostro del Tor se hinchó y se puso púrpura; sus ojos se desorbitaron. Alzó tembloroso los puños, como si estuviera a punto de sufrir un ataque..., como si al fin hubiera sido provocado lo suficiente como para golpear a su Rey. Cuando los bajó de nuevo, el acto le costó un supremo esfuerzo. Mientras la sangre abandonaba su rostro, su piel se volvió cerúlea.

—No te creo. Tú eres mi Rey. Mi amigo. —Su voz tembló en su garganta; su mirada ya no estaba enfocada en ningún sitio—. Yo también he perdido un hijo. No te creeré.

»Te lo advierto, Castellano. Sufrirás por ello, si le crees.

Su carne parecía colgar de sus huesos cuando se alejó y bajó lentamente las escaleras, arrastrando su cuerpo como si sus años lo hubieran vencido bruscamente y lo hubieran convertido en algo frágil.

En voz muy baja, tomando buen cuidado de no traicionar su júbilo, el Castellano Lebbick murmuró:

—Mi señor Rey.

El Rey Joyse se volvió de inmediato hacia él. Sus azules ojos aún seguían ardiendo, pero ahora estaban inesperadamente orlados de rojo.

—Esa mujer debe ser empujada a hablar —jadeó, como sin aliento—. Debe ser obligada a declarar su participación en todo esto..., o a descubrirse. —Luego avanzó un retorcido dedo hacia el rostro de Lebbick y gruñó—: Pero estate preparado para responder de todo lo que hagas.

Sin darle tiempo a Lebbick a responder, volvió a entrar en sus aposentos y cerró de golpe la puerta.

Puesto que los guardias estaban haciendo todos los esfuerzos posibles por no mirarle, el Castellano Lebbick clavó sus furiosos ojos en ellos para ocultar su satisfacción. No había olvidado el resto de su trabajo: el Maestro Quillón, el Maestro Eremis, Nyle; la organización y defensa de Orison. Pero esas cosas carecían de peso emocional para él ahora; se ocuparía de ellas simplemente para apartarlas de su camino. El Rey Joyse le había dado su permiso. Su Rey confiaba en él para que descubriera los secretos de aquella mujer.

La confianza de su Rey era la única respuesta que necesitaba. La respuesta para todo.

Posponiendo deliberadamente el placer que más deseaba, no regresó a las mazmorras. En vez de ello, fue en busca del Maestro Eremis..., y el cuerpo de Nyle. *Nyle aún está vivo*. Tenía tiempo antes del amanecer de permitirse el lujo de confirmar que la mujer había mentido.

Encontró al Imagero en el corredor que partía de la sección de Orison donde todos los Maestros tenían sus aposentos. Eremis avanzaba con paso firme en dirección a Lebbick, y saludó al Castellano diciendo sin ningún preámbulo:

—Nyle aún está vivo.

El Castellano Lebbick se detuvo en seco, apretó los puños contra sus costados, miró ferozmente al Imagero. Ahora que Eremis había conseguido su atención, recordó por qué odiaba tanto al alto y delgado Maestro. Odiaba la viva y sardónica superioridad de la mirada de Eremis, la combinación de inteligencia y ridículo en los modales de Eremis. Sobre todo, sin embargo, odiaba el éxito de Eremis con las mujeres. Mujeres cuyos rostros mostraban una burla implícita hacia el Castellano se abrían de piernas ante Eremis cada vez que el Maestro se limitaba a alzar una ceja hacia ellas. Probablemente no fuera extraño que la estúpida doncella Saddith se mostrara ansiosa del prestigio que podía obtener a través de un Maestro. Pero retorció las entrañas del Castellano captar la muda ansia que ocasionalmente había visto en la expresión de su prisionera ante la simple mención del Maestro Eremis.

El propio Lebbick se hubiera sentido tentado de matar a cualquier mujer que se ofreciera a él sin ser su esposa.

Desgraciadamente, no tenía tiempo para odiar a Eremis en aquel momento. Estaban ocurriendo demasiadas cosas; las palabras del Maestro parecieron abrir un abismo bajo sus pies.

—¿Vivo? —restalló—. ¿De qué estás hablando?

—Supuse que eso era posible —respondió el Maestro Eremis, como si el Castellano le hubiera formulado educadamente aquella pregunta—. Por eso me apresuré a llevarlo a mis aposentos. Nunca he visto a Geraden hacer nada bien, así que esperé que le resultara imposible matar con éxito a su hermano. Al parecer, su cuchillo no acertó el corazón de Nyle.

Inmediatamente, el alivio resonó en la cabeza de Lebbick. La mujer *estaba* mintiendo. Todavía le pertenecía. Por un momento, se sintió tan aturdido que no pudo reunir lo suficiente sus pensamientos como para hablar.

—Underwell está con él —siguió Eremis. Underwell era uno de los mejores médicos de Orison. De hecho, era el médico que el propio Castellano Lebbick hubiera elegido para ocuparse de Nyle—. Si puede salvarse, Underwell lo hará.

»Además, me tomé la libertad de hacer algunas peticiones a tus guardias. —Los ojos del Maestro brillaron con regocijo o malicia, como si pudiera leer claramente la confusión de Lebbick—. Si Geraden desea lo bastante la muerte de su hermano, puede intentarlo de nuevo. Parece claro que está coaligado con Gilbur además de con Gart..., y casi seguro que con el archi-Imagero también. Tal vez recuerdes que al parecer son capaces de ir y venir por Orison a su antojo. Así que insistí en ser obedecido por cuatro de tus hombres. Dos de ellos se hallan con Underwell y Nyle. Los otros dos custodian mi puerta.

»¿Apruebas mis disposiciones, buen Castellano? —El Maestro Eremis sonrió amigablemente.

Con una cierta dificultad, el Castellano puso un poco de orden a su tumulto interior. *Aprobaba* las disposiciones de Eremis. Eran correctas. No, más que eso; eran tan correctas que hacían que las acusaciones de la mujer contra el Maestro Eremis parecieran ridículas. Sólo por un segundo, se preguntó si Eremis la habría rechazado, si su comportamiento podía ser explicado por los celos. Pero las especulaciones como aquella sólo reavivaban el torbellino. Lo que necesitaba por el momento era olvidarla durante un tiempo.

—Servirán por ahora —respondió, hablando secamente porque sentía la necesidad de robarle a Eremis incluso aquella satisfacción—. Mientras tanto, quiero que vengas conmigo. Deseo algunas respuestas, pero no tengo tiempo de permanecer

aquí hablando.

El Maestro Eremis frunció el ceño, aunque sus ojos siguieron sonriendo. Con un asomo de acidez, dijo:

—Mi tiempo también es valioso, Castellano. Nuestro bravo Rey amenazó al ejército de Alend con las fuerzas de la Cofradía, ¿no? Y sin embargo no hemos hecho todavía planes para respaldar su amenaza. Parece probable que nuestro mediador convoque una segunda reunión de la Cofradía antes de que termine la noche. —El tono del Imagero no dejaba traslucir nada—. Si lo hace, debo asistir.

Lebbick consultó su reloj mental y respondió:

—No lo creo. No hay tiempo para ello. —Su irritación igualo la de Eremis—. He recibido órdenes de reunirme con Quillón al amanecer. Puedes hablar con él entonces.

»Ven conmigo.

Casi esperó que Eremis se negara. El Castellano hubiera disfrutado haciendo que el insolente Imagero fuera atado y arrastrado tras él. Por otra parte, tenía demasiadas otras cosas en su cabeza, y no hubiera podido dedicarle a una experiencia como aquella toda la atención que se merecía. Así que aguardó hasta que el Maestro Eremis accedió; entonces echó a andar.

Sus preguntas fueron las mismas suscitadas durante la desgraciada reunión de la Cofradía aquella tarde. ¿Cómo explicaba Eremis el hecho de que él era el único hombre en Orison que había sido consistentemente *capaz* de saber dónde estaba la mujer cuando el Monomach del Gran Rey la atacó? ¿Y por qué estaba intentando Gart matarla, si él y Geraden estaban complotando juntos y Geraden la amaba? ¿Y qué se habían dicho los señores de los Cares y el Príncipe Kragen cuando se habían reunido traidoramente a instigación de Eremis? ¿Y qué era aquella historia acerca de un ataque de la Imagería contra Geraden..., insectos trasladados intentando matarlo? ¿Con o sin el conocimiento de Eremis?

Por supuesto, el Maestro Eremis había respondido a todas aquellas preguntas durante la reunión. Pero al Castellano Lebbick no le habían gustado sus respuestas. Juntas, todas contenían un fallo fatal: todas presuponían que Geraden era un hábil y experto traidor; que no sólo poseía sino que ocultaba talentos sin precedentes; que se había aliado con Gart y Cadwal mucho antes de la traslación de la mujer a Orison; que toda su torpeza, su apariencia de ser un cachorro confundido, era fingida.

Lebbick consideraba aquella idea increíble.

Creía que Geraden había intentado matar a Nyle: lo había visto con sus propios ojos. Pero ¿Geraden complotando en secreto la caída de Mordant? ¿El hermano de

Artagel coaligado con Gart? ¿El hijo del Domne seduciendo a aquella mujer y arrastrándola a crímenes que de otro modo no hubiera cometido? El Castellano Lebbick no podía creer en aquellas cosas. No, los crímenes y los complots y la seducción eran de ella, no de Geraden.

Y Eremis era un estúpido culpándole a él. O de otro modo el Maestro todavía no había empezado a decir la verdad.

Así que, mientras se dedicaba a preparar Orison para enfrentarse al amanecer, el Castellano Lebbick hizo que el Maestro Eremis diera de nuevo todas sus explicaciones con mayor atención, con más detalle. Tras un día sin agua, el castillo estaba experimentando ya considerables inquietudes. El estricto racionamiento creaba centenares de situaciones tensas; docenas de personas engañaban —o intentaban engañar—, y había que ocuparse de ellas. Por otra parte, las dificultades eran mucho menores ahora de lo que serían pronto. La severidad era la única esperanza de Orison. En consecuencia, Lebbick dispensaba severidad allá donde iba. Y Eremis lo observaba. Respondía a sus preguntas. No traicionaba nada.

Quizá fuera por eso por lo que el Castellano Lebbick no pudo pensar en una contestación adecuada cuando Eremis proclamó su lealtad al Rey, sobre las murallas de Orison, después de que el Adepto Havelock hubiera demostrado la efectividad de su defensa contra las catapultas. El Maestro no había traicionado nada. *Hubiéramos podido decidir defender nosotros mismos Mordant, antes que aguardar educadamente a que nuestro bienamado Rey cayera de la precaria percha de su razón.* Era esencial alguna respuesta: Lebbick lo sabía muy bien. Pero no parecía capaz de extraer su anhelante espíritu tan lejos de las mazmorras. Sin prestar mucha atención a lo que decía, murmuró:

—Pruébalo. Consígueme agua.

No deseó volver a mirar a Eremis. La sonrisa del alto Maestro se había convertido bruscamente en intolerable: parecía demasiado regocijado, demasiado secretamente triunfante. En vez de ello, hizo todo lo posible por concentrarse en lo que estaban haciendo Havelock y Quillón.

A primera vista, el Adepto parecía hallarse en un estado de innatural dominio de sí mismo, pese a que las obscenidades que murmuraba mientras trabajaba eran tan extravagantes que hubieran podido conseguirle una ronda de aplausos de cualquier pelotón de guardias del Castellano. Lebbick no estaba acostumbrado a verle hacer lo que se le pedía. El loco y viejo chivo estrábico que saltaba y reía en la sala de audiencias —o que incineraba importantes prisioneros antes de que pudieran ser interrogados— era el Havelock que Lebbick conocía: el hombre que trabajaba con el Maestro Quillón era un relativo desconocido. Un retroceso al poderoso y astuto Imagero que había ayudado al Rey Joyse a fundar y asegurar Mordant. Sólo la

aparición del Adepto parecía no haber cambiado. No llevaba nada excepto un viejo y sucio sobretodo; lo que quedaba de su pelo brotaba de su cráneo en locos mechones. Entre la locura de sus imperfectamente enfocados ojos y la temblorosa y sibarítica carne de sus labios asomaba fieramente su nariz.

Pero una mirada más atenta mostraba el coste del autodomínio del Adepto Havelock.

Estaba sudando, pese a lo helado de la brisa. Todo su cuerpo se agitaba como si estuviera poseído por la fiebre..., como si el hecho de permanecer allí donde estaba y elaborar su Imagería requiriera un acto de voluntad tan grande que todo su cuerpo se rebelara contra él. Con una inesperada punzada de dolor, Lebbick observó que la sangre resbalaba por la barbilla de Havelock. El Adepto se había mordido el labio inferior hasta desgarrarlo en pedazos.

A todos los efectos prácticos, él era la única defensa de Orison contra las catapultas. El Maestro Quillón había dejado muy claro que la Cofradía no poseía otros espejos que pudieran ocuparse de aquella necesidad especial. Todo aquello a lo que había servido y le importaba al Castellano dependía ahora de Havelock..., y evidentemente Havelock no iba a durar mucho más tiempo.

—¡Por los meados de un perro! —Bruscamente, el Castellano Lebbick sujetó el brazo de Quillón, exigiendo la atención del Maestro—. ¿Cuánto tiempo podrá seguir resistiendo?

Antes de que Quillón pudiera responder, el Adepto se volvió de su espejo, cloqueando como un demente.

—¡El suficiente! ¡Jejee! ¡El suficiente! —Havelock blandió una boca llena de sangrantes dientes hacia Lebbick, pero ninguno de sus dos ojos consiguió fijarse en el Castellano. Su voz escaló tonos, temblando al borde de la histeria—. ¡Están arrojándole *pedras* a él, PIEDRAS PIEDRAS PIEDRAS PIEDRAS PIEDRAS! ¡Y nosotros somos los únicos amigos que él le ha dejado! ¡Somos los únicos amigos que él le ha dejado!

Avanzando demasiado rápidamente para ser detenido, se secó la sangre de su barbilla con las manos y pasó éstas por las mejillas de Lebbick, manchando de rojo los canosos pelos de las patillas del Castellano. —¡Y tú te has vuelto loco!

Repentinamente furioso, el Castellano Lebbick apartó los brazos de Havelock de un manotazo. Tiró de su espada, y apenas consiguió contenerse antes de lanzar un tajo y destripar al Adepto allí donde estaba de pie. Temblando tanto como Havelock, volvió a meter la hoja en su funda, luego cruzó apretadamente los brazos contra su pecho.

—Pedazo de idiota —murmuró entre dientes—. Tendrías que llevar años

encerrado.

Por un momento, el Adepto Havelock sonrió sangre al Castellano. Luego se volvió hacia el Maestro Quillón. Señaló a Lebbick con un dedo y dijo, como si nadie excepto Quillón pudiera oírle:

—¿Conociste alguna vez a su esposa? —Havelock enfatizó sugerentemente la palabra *conocer*—. Yo sí. —Sin advertencia previa, se puso a cloquear de nuevo—. Ella era mucho mejor hombre de lo que él será nunca.

Aún riendo, regresó a su espejo.

El Maestro Eremis también estaba riendo; sus ojos destellaban regocijo.

—Maestro Quillón —exclamó, ante la apenada consternación de éste—, somos realmente afortunados de que solamente uno de los últimos amigos del Rey haya perdido la cabeza.

Las fuerzas de Alend situaron en posición una tercera catapulta. El Adepto Havelock, el Esbirro del Rey, hizo que fuera destruida también. Después de eso, no fueron llevadas más catapultas ante el castillo durante un tiempo. Al parecer, el Príncipe Kragen había decidido reconsiderar sus opciones.

Pero el Castellano Lebbick no se quedó a verlo. La mención de su esposa lo había puesto tan furioso que apenas podía soportarlo..., y en cualquier caso sus guardias eran perfectamente capaces de informarle de cualquier cosa que ocurriera. Mientras la sangre se secaba en sus mejillas, volvió airadamente al interior de Orison y se encaminó a las mazmorras, llevando consigo al Maestro Eremis.

Al cabo de un momento, por supuesto, se dio cuenta de que lo último que deseaba era tener al burlón Imagero consigo cuando se enfrentara de nuevo con la mujer. Afortunadamente, fue capaz de desviar su camino antes de que Eremis pudiera sospechar a dónde se dirigía. En vez de exponerle su obsesión, condujo a Eremis hacia los aposentos de los Maestros para comprobar el estado de Nyle.

—Una buena idea —comentó el Maestro Eremis cuando resultó claro hacia dónde se encaminaba Lebbick—. Yo también deseo tener noticias del estado de Nyle.

—Por supuesto que sí —gruñó el Castellano—. Él es el único que puede probar tu inocencia. Iba a probar que su propio hermano es el auténtico traidor. ¿No es eso lo que dijiste?

—Por supuesto. —Evidentemente, Eremis no temía en absoluto a Lebbick—. Consideras imposible creer que estoy preocupado por él por su propio bien. Lo comprendo perfectamente. Teniendo en cuenta tu actitud hacia mí, me siento agradecido de que creas que deseo su restablecimiento por razones personales mías. —El sarcasmo del Maestro parecía contener una corriente subterránea de hilaridad;

sonaba como si estuviera intentando ocultar su risa ante un buen chiste—. Como dije, él es mi prueba de que soy inocente de las acusaciones de Geraden.

Lebbick siguió andando. Cuando respondió, apenas le importó si Eremis le oía o no. Sobre todo en su propio beneficio, murmuró en voz baja:

—Ríete ahora, chivo bastardo carroñero. Algún día sabré la verdad acerca de ti. Cuando lo haga, tendré una excusa para hacerte comer tus pelotas.

Se sentía tan tenso interiormente, tan obsesionado con sus propios pensamientos, que no esperó una respuesta. Después de que el Maestro Eremis hablara, el Castellano no estuvo seguro de haber oído correctamente a su acompañante:

—Inténtalo.

Tras su blanda sonrisa, Eremis parecía tan afilado como un hacha.

Rechinando los dientes, el Castellano Lebbick recorrió el pasillo en dirección a los aposentos del Imagero.

Llegaron junto a un corto tramo sin salida, con puertas de servicio a ambos lados y la entrada principal al extremo. La ostentosa puerta de palisandro del Maestro Eremis hizo sonreír a Lebbick; estaba tallada con un bajorrelieve del propio Imagero, representando claramente su sentido de su propia superioridad. Pero la puerta en sí no era importante; no cambiaba nada. No, lo que importaba —el Castellano Lebbick se aferró a lo que importaba con ambos puños— era que la puerta estaba convenientemente cerrada, y que dos guardias de confianza estaban vigilando en el pasillo, controlando el acceso a los aposentos del Maestro Eremis.

Los guardias saludaron, y Lebbick pidió un informe.

—Underwell y dos de nuestros hombres han estado dentro toda la noche, Castellano —dijo el guardia más antiguo—. Nyle debe seguir con vida, o de otro modo Underwell hubiera salido. Pero no hemos oído nada.

—Bien —dijo el Maestro Eremis, pero el Castellano lo ignoró. Pasó junto a los guardias y abrió de golpe la puerta.

Luego, durante un largo momento, se limitó a quedarse allí, contemplando alucinado el interior de la estancia, intentando comprender, como si toda su razón y su sentido común se hubieran evaporado, cómo los guardias no habían oído nada. Una carnicería así tenía que haber hecho algo de ruido.

Tras él, sus hombres lanzaron ahogadas maldiciones. El Maestro Eremis murmuró:

—¡Excrementos de cerdo! —y empezó a silbar suavemente entre sus dientes.

Había tres hombres en la sala de estar de Eremis, los dos guardias y Nyle. Los tres habían sido masacrados.

Bien, no *masacrados* exactamente. El cerebro de Lebbick luchó por funcionar. Los hombres muertos no habían sido en realidad despedazados. El daño no parecía como el que podía conseguirse utilizando cualquier tipo de hoja. No; en vez de ser víctimas de un matarife, un matarife humano, los hombres parecían simples carcasas de las que se hubieran estado alimentando aves carroñeras. Enormes aves carroñeras, con mandíbulas capaces de arrancar trozos de carne del tamaño de cráneos humanos del pecho y las entrañas y los miembros de sus guardias, *sus guardias*. Los cuerpos estaban tendidos en medio de un charco de sangre y entrañas y huesos astillados.

En cuanto a Nyle...

En algunos aspectos, estaba en mejores condiciones; en algunos otros, en peores. No había sido tan concienzudamente devorado como los guardias. Pero sus dos brazos habían desaparecido, uno a la altura del codo, el otro a la del hombro. Y su cabeza había sido abierta hasta el cerebro: todo su rostro había desaparecido. Era reconocible solamente por su altura y constitución general, y por su situación en el suntuoso diván de Eremis.

El Castellano empezó a sonreír. Deseaba echarse a reír. No podía impedirlo: la desesperación era el único chiste que conocía. Casi alegremente, dijo:

—No vas a poder seducir a ninguna mujer aquí por un tiempo, Imagero. No conseguirás eliminar tanta sangre. Tendrás que reemplazarlo todo.

Eremis no pareció oírle. Estaba llamando suavemente:

—¿Underwell? ¿Underwell?

Por supuesto, tendría que haber habido *cuatro* hombres allí: Lebbick sabía eso. Sus dos guardias. Nyle. Y Underwell. Con una sonrisa cruel, envió a un guardia a registrar las otras habitaciones. Todavía retenía el suficiente dominio de sí mismo. Pero estaba seguro de que el médico había desaparecido. ¿Por qué desearía Underwell quedarse y ser atrapado después de cometer semejante traición?

Por alguna razón, el hecho de que lo que había ocurrido debería haber sido imposible no parecía preocupar a Lebbick.

—Castellano —dijo el guardia más antiguo con voz ahogada, como si el aire estuviera escapando de sus pulmones—, nadie entró ni salió. Lo juro.

—Imagería. —El Castellano Lebbick se recreó en la palabra: le dolía tanto que parecía gozar con ella—. Debieron ser atacados demasiado rápido, demasiado violentamente. Quizá fuera ese felino de fuego. O esas cosas redondas con dientes de las que habló el Perdon. —El deseo de al menos reír era casi insoportable—. Ni siquiera tuvieron oportunidad de gritar. Imagería.

—Me temo que sí. —La actitud del Maestro Eremis era anormalmente apagada, pero sus ojos brillaban como cuentas de cristal—. Nuestros enemigos han sido

capaces de hacer estas cosas desde que dama Terisa de Morgan fue traída aquí.

—Y en tus aposentos, Imagero. —Lebbick seguía sonriendo—. A tu cuidado. Protegidos por las disposiciones que tú mismo tomaste.

Ante aquello, los ojos de Eremis se abrieron mucho; miró parpadeante al Castellano.

—¿Estás hablando en serio? ¿Me culpas por esto?

—Fue hecho por la Imagería. Tú eres un Imagero. Son tus aposentos.

—Estaba vivo cuando lo dejé —protestó el Maestro Eremis—. Pregunta a tus guardias. —Por primera vez, Lebbick lo vio preocupado—. Y he pasado todo el resto de mi tiempo contigo.

La argumentación del Maestro era razonable, pero el Castellano Lebbick la ignoró.

—Eres un Imagero —repitió. Mientras hablaba, su voz adquirió un ligero sonsonete, como si, muy profundamente dentro de él, estuviera intentando acunar su dolor como si fuera un niño enfermo—. Crees que eres bueno. ¿Esperas que crea que «nuestros enemigos» poseen un espejo plano que muestra tus aposentos y tú no sabes nada de él? ¿Lo hicieron y nunca lo utilizaron, nunca te dieron ningún indicio de su existencia, nunca hicieron nada que permitiera a un buen Imagero como tú sospechar su existencia? ¿Hablas en *serio*?

Ante su sorpresa, Lebbick descubrió que casi estaba llorando. Sus hombres nunca habían tenido la oportunidad de defenderse, y no había nada que pudiera hacer para ayudarles ahora, ninguna forma en que pudiera devolverles a la vida. Sonriendo tan duramente como pudo, retorció su voz hasta convertirla en un gruñido:

—No me gusta cuando mis hombres son masacrados.

—Un admirable sentimiento. —El rostro del Maestro Eremis estaba tenso; la preocupación en sus ojos se había convertido en ira—. Te acredita. Pero no tiene ninguna relevancia. *Nuestros* enemigos parecen tener espejos planos que los admiten en cualquier parte. Si supiera cómo hacer este truco, podría hacerlo yo mismo. Pero eso tampoco es relevante. Nyle estaba vivo cuando lo dejé. Un ciego vería que estaba contigo cuando fue muerto. No se me puede culpar por ello.

—Pruébalo —respondió el Castellano, como si estuviera recuperando su buen humor—. Sé que no lo hiciste tú mismo. Los traidores con los que estás aliado lo hicieron. Pero *tú* lo preparaste. Y *tú* lo hiciste. —Resistió con dificultad un tremendo impulso de golpear a Eremis unas cuantas veces—. *Todo* lo que hiciste fue traer a Nyle aquí para que Gart y Gilbur y los demás de tus *amigos* pudieran alcanzarle.

Deseaba rugir: *¡Todo lo que hiciste fue conseguir que masacraran a mis hombres!* Pero las palabras se aferraron a su garganta, ahogándole.

—Castellano Lebbick, escúchame. Escúchame. —El Maestro Eremis habló como si estuviera intentando conseguir la atención de Lebbick durante un cierto tiempo..., como si Lebbick estuviera apesadado por el delirio—. Esto no tiene sentido.

»Si crees que soy responsable de la muerte de Nyle, entonces es que crees que él no podía defenderme de las acusaciones de Geraden. En consecuencia, tienes que creer que no tenía ninguna razón para llevarlo a la reunión de la Cofradía. ¿Para qué, para que hablara en contra mía? Digo que esto no tiene sentido.

»Y si crees que soy responsable de su muerte, tienes que creer también que poseo los medios para abandonar Orison en cualquier momento que desee..., a través del mismo espejo que permitió a Geraden escapar. Entonces, ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué hice que Geraden se enfrentara a la Cofradía, cuando hubiera podido eludir tan fácilmente sus acusaciones? ¿Por qué me he sometido voluntariamente a este asedio? Castellano, esto *no tiene sentido*.

»No soy un traidor. Sirvo a Mordant y a Orison. No puede culpárseme de la muerte de Nyle.

Incapaz de pensar coherentemente, Lebbick gruñó de nuevo:

—Pruébalo. —Deseaba gritar que la argumentación de Eremis era demasiado persuasiva: no sabía qué era lo que había de malo en ella—. Hablar no conduce a nada. Puedes decir lo que quieras. —Y, sin embargo, tenía que haber algo malo en ella. *Tenía* que haberlo, porque lo necesitaba desesperadamente. Necesitaba hacer algo con su desesperación—. Simplemente pruébalo.

Desgraciadamente, el Maestro Eremis había recuperado su confianza. La expresión del Imagero estaba de nuevo llena de secretos..., hechos o intenciones ocultas, que hacían que Eremis sintiera deseos de echarse a reír, restablecían su actitud de inmaculada superioridad.

Sonriendo amistosamente, odiosamente, observó:

—Ya dijiste eso antes. Allá fuera, en las almenas. ¿No lo recuerdas?

La gentil sugerencia de que tal vez Lebbick no lo recordara —que tal vez no fuera demasiado consciente de lo que estaba haciendo— le enfureció lo suficiente como para restablecer algo de su autocontrol.

—Lo recuerdo —respondió secamente, aliviado al oír de nuevo su voz cortante y familiar—. Y entonces tampoco hiciste nada al respecto.

—No —admitió el Maestro—. Pero se me ocurrió una posibilidad. Iba a discutirla contigo cuando el Adepto nos ofreció otro de sus espectáculos. Eso me distrajo, y la olvidé hasta ahora.

»Mencionaste el agua.

Involuntariamente, el Castellano Lebbick se inmovilizó. ¡El agua! Complejas presiones se apoderaron de su corazón: apenas fue capaz de respirar.

—Puedo proporcionarla.

Orison necesitaba desesperadamente agua. La falta de agua afectaba a gran número de personas. Y era trabajo de Lebbick supervisar eso. A causa de sus deberes se sentía responsable, culpable, como si él fuera el causante del hecho.

Pero hubiera preferido ser destripado por prostitutas que aceptar cualquier ayuda vital del Maestro Eremis.

—Tengo un espejo —explicó Eremis— que muestra una escena en la que la lluvia es incesante. La Imagen muestra un estado de constante aguacero torrencial. Puedo llevar ese espejo al depósito y trasladar la lluvia para que vuelva a llenar nuestras reservas de agua. —Se encogió ligeramente de hombros—. Puede que el proceso necesite algún tiempo. El volumen de lluvia que puedo proporcionar en un instante preciso es limitado. Pero seguramente podrá aliviar la necesidad de racionamiento. Quizás en algunos días vuelva a llenar el depósito.

Sonrió deliberadamente, como si supiera exactamente las inquietudes que estaba suscitando en Lebbick.

—¿Probará eso mi lealtad, buen Castellano? ¿Demostrará la sinceridad de mis deseos de servir a Orison y a Mordant?

El Castellano Lebbick emitió un ruido resonante en lo más profundo de su garganta. El ofrecimiento de Eremis le resultaba tan amargo que corría el peligro de asfixiarse con él. Pero no podía negarse, y lo sabía. Era exactamente lo que el Rey Joyse había deseado siempre de la Cofradía, de la Imagería: la habilidad de curar heridas, de resolver problemas, de rectificar pérdidas sin cometer ninguna injusticia —real o teórica— a las propias Imágenes. Y era exactamente lo que Orison necesitaba.

Con agua suficiente para resistir, los defensores del castillo podían mostrarse lo bastante fuertes como para rechazar a Alend, aunque aquellas malnacidas catapultas de Kragen consiguieran abrir una brecha en el muro cortina.

El ofrecimiento tenía que ser aceptado. No había ninguna otra solución. El Castellano tuvo que tragarse *de* algún modo el orgullo, tuvo que sacrificarlo en aras de su deber. Pero no podía, *no podía* ahogar la mortificación. En vez de responder al Maestro Eremis, se volvió hacia el guardia más antiguo tan salvajemente que el veterano retrocedió unos pasos.

—Presta atención —restalló innecesariamente—. Se supone que debías proteger a esa gente, y no hiciste un trabajo demasiado brillante. Ésta es tu oportunidad de redimirte.

»Lleva a este Imagero al Rey. Haz que le cuente al Rey todo lo que ha ocurrido aquí. Asegúrate de que le dice al Rey todo lo que acaba de decirme. Sácaselo a golpes si es necesario. Luego llévale en busca de ese espejo suyo. Súbelos a ambos al depósito. Haz que haga lo que ha prometido.

»Utiliza a todos los hombres que necesites. Es tu problema hasta que el depósito esté de nuevo lleno.

»Hazlo ahora mismo.

—Sí, Castellano. —Shock, miedo y furia alentaron el celo del guardia. Feliz de tener algo físico y específico que hacer, cerró una mano en torno al brazo del Maestro Eremis—. ¿Vienes, o tendré que arrastrarte?

Como respuesta, la expresión del rostro del Maestro Eremis se volvió positivamente dichosa.

Tenía más fuerza de la que Lebbick sospechaba..., y una mejor palanca. Liberó su brazo de un tirón: un empujón hizo perder al guardia el equilibrio; una rodilla estratégicamente situada dobló al hombre sobre sí mismo. Con una sarcástica elegancia, Eremis ajustó su capa, enderezó su casulla. Luego, con un tono excesivamente educado, comentó:

—Buen Castellano, me temo que tus hombres no están lo suficientemente entrenados para este asedio.

Antes de que Lebbick pudiera hallar palabras para su furia, el Maestro se volvió hacia el guardia.

—¿Nos vamos? Creo que el Castellano desea que hable con el Rey Joyse.

Agitando los brazos en un floreo, abandonó el pasillo.

Paralizado por el dolor y la consternación, el guardia permaneció donde estaba. Al cabo de un momento, sin embargo, la mirada asesina del Castellano Lebbick lo envió cojeando tras el Maestro Eremis junto con su camarada.

Lebbick se quedó a solas. No contempló de nuevo el mutilado cadáver de Nyle o los cuerpos de sus hombres. Lenta y firmemente, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, golpeó su frente contra la pared, una y otra vez, hasta que recuperó el suficiente autocontrol como para llamar a más guardias sin aullar. Luego hizo que los muertos fueran sacados de allí y dio órdenes de que los aposentos fueran sellados, en caso de que Geraden o a sus aliados desearan utilizar de nuevo aquel camino para entrar en Orison.

Geraden no sólo era un asesino. Era un carnicero, loco de odio hacia su propio hermano, y nada tenía ya sentido.

Durante el resto del día, el Castellano Lebbick se concentró en mantenerse

ocupado, de modo que no tuviera que bajar a las mazmorras. La inocencia de Eremis parecía debilitarle en formas que no podía explicar, minaba su rabia bajo sus mismos pies. Temía que, si veía a aquella mujer ahora, terminaría suplicándola que le perdonara.

Mantenerse ocupado resultó fácil: tenía más trabajo del que podía desear. Mientras escuchaba los informes del estado del asedio, sin embargo, mientras aplacaba las disputas entre la atestada población de Orison o discutía alternativas tácticas en caso de que el Adepto Havelock se volviera ineficaz contra las catapultas de Alend, no dijo nada a nadie acerca del agua. No deseaba despertar ninguna esperanza hasta que el Maestro Eremis hubiera demostrado que podía hacer lo que había prometido. Sin embargo, envió hombres a ajustar todas las válvulas del sistema de agua, e incurrió en las maldiciones de centenares de sedientas personas usando la poca agua que había acumulado el arroyo del castillo para enjuagar cualquier posible residuo del veneno de dama Elegia de las conducciones.

Y, cuando uno de sus hombres le trajo finalmente la noticia de que el Maestro Eremis estaba trabajando ya en el depósito, fue a observar.

El Imagero estaba haciendo lo que había dicho que podía hacer. En la alta bóveda catedralicia del depósito, de pie en el borde de piedra del vacío contenedor, sujetaba su espejo inclinado hacia su interior. El espejo era casi tan alto como él, con un adornado marco; en consecuencia, era pesado: incluso un hombre con su inesperada fuerza no podría resistir su peso en esa posición durante mucho tiempo. Sin embargo, había resuelto el problema trayendo a dos Aprs para que le ayudaran. Uno sujetaba la parte inferior del espejo para mantenerlo firme; el otro retenía la parte superior mediante una cuerda atada a uno de los maderos que asomaban por entre la red de tuberías y pantallas encima del depósito. La ayuda de los Aprs permitía al Maestro Eremis concentrarse exclusivamente en su traslación.

Mientras acariciaba el marco y murmuraba las invocaciones que fuera que desencadenaban la relación entre su talento y el espejo, la lluvia brotaba en un pequeño torrente de la inclinada superficie del espejo.

Tenía *razón*: el proceso iba a tomar tiempo. Por torrencial que fuera la lluvia, la cantidad que podía ser trasladada a través del espejo era pequeña comparada con el tamaño del depósito y las necesidades de Orison. Sin embargo, el Castellano Lebbick pudo ver que el espejo proporcionaba significativamente más agua que el arroyo. Si el Maestro Eremis conseguía que siguiera fluyendo..., y si el agua era buena.

Lebbick comprobó aquella sospecha pidiéndole al Imagero que bebiera dos tazas del agua de lluvia..., lo cual hizo el Maestro Eremis sin ninguna vacilación apreciable. Pero un atento examen a su persona no hizo más que incrementar la otra

preocupación del Castellano.

El Maestro Eremis estaba sudando en el frío aire del depósito. Su respiración era profunda y afanosa, y sus rasgos tenían la tensa palidez de unos nudillos apretados. Su expresión era inusualmente simple: por una vez, lo que estaba haciendo requería que se concentrara de una forma tan aguda, que se esforzara de tal modo, que no le quedaba energía para los secretos.

Llevaba poco tiempo al trabajo, y el agotamiento ya había empezado a apoderarse de él. Para mantener su traslación en funcionamiento, iba a necesitar más que una inesperada energía. Iba a necesitar la reciedumbre de una barra de hierro.

El Castellano Lebbick no se preocupó en maldecir. Podía sentir que algo en su interior estaba fallando; el Imagero le estaba venciendo. Esto era simplemente perfecto. Eremis iba a salvar Orison..., pero eso no era suficiente para él, oh, no, en absoluto. Iba a salvar Orison *heroicamente*, agotándose con una traslación que no dejaría la menor duda en la mente de nadie acerca de dónde se alineaban sus lealtades.

Una curiosa debilidad se apoderó de los músculos de Lebbick. Tenía problemas en mantenerse erguido. Notaba las mejillas sorprendentemente rígidas; cuando las frotó, sangre seca se desmenuzó entre sus dedos. Quizá Havelock tenía razón respecto a él. Quizá se había vuelto loco. Dos de sus hombres y Nyle habían sido *masacrados*, y era culpa suya, no porque hubiera confiado en Eremis, al que odiaba, sino porque se había negado a creer que aquel brillante, torpe y confiable Geraden estaba poseído por el mal. Geraden había trasladado atrocidades para que se ensañaran con su propio hermano. O había hecho que alguien se ocupara de ello por él.

El Castellano deseó a su esposa. Deseó poder hundir su rostro contra el hombro de ella y sentir sus brazos rodeándole. Pero ella estaba muerta, y nunca iba a ser confortado de nuevo.

El Maestro Eremis no tenía frío ahora, pero se quedaría helado tan pronto como se detuviera para descansar. Mortificándose un poco más, el Castellano Lebbick pidió que le trajeran un catre y comida, ropas más de abrigo, un fuego al borde de la piscina, coñac. Luego, cuando hubo hecho todo aquello en lo que podía pensar en bien del salvador de Orison, volvió a sus deberes.

Durante la tarde, los de Alend trajeron una catapulta ante las puertas de Orison, el único otro lugar del castillo que podía resultar vulnerable sin un asalto prolongado. El Maestro Quillón despertó a Havelock de sus sonoros ronquidos, y los dos Imageros trasladaron el espejo del Adepto hasta la larga cara nordeste de Orison para proteger las puertas. El Castellano Lebbick, sin embargo, permaneció fuera de la vista encima

del muro cortina. Cuando varios centenares de hombres de Alend avanzaron de pronto corriendo y llevando consigo escaleras y útiles de escalada hacia el mal tapado orificio, el Castellano estaba preparado para recibirlos. Sus arqueros los obligaron a retirarse.

Ese éxito alivió algo su debilidad. Pero no era suficiente. Nada era ya suficiente. Para alejarse de su zozobra, se sumió de nuevo en la única instrucción clara y comprensible que había recibido de su Rey.

Hacer su trabajo.

Esa mujer debe ser empujada a hablar.

Después del anochecer, cuando la ausencia de luz alivió la amenaza de las catapultas, permitiendo a los guardias concentrarse en defender Orison de formas más simples de ataque, el Castellano Lebbick regresó a las mazmorras para hacer lo que el Rey Joyse le había ordenado.

3

Terisa tiene visitantes

Después de que el Castellano la golpeará y se fuera, Terisa Morgan permaneció apoyada contra la pared durante largo rato, mantenida en posición sentada más por la fría piedra que por ningún deseo de no derrumbarse.

Es un truco. Le había dicho esto, ¿no? Fue Eremis quien lo hito, de algún modo. Sí, se lo había dicho. Para librarse de Geraden. Le había dicho todo aquello. Incluso había intentado suplicarle..., había intentado apelar a aquella parte de sí misma que había balbuceado y suplicado a sus padres, a su padre. No, no hice eso, no fue culpa mía, no volveré a hacerlo nunca, por favor no me hagas esto. No me encierres en el armario. Ahí es donde me desvanecí. Está oscuro, y me sorbe lejos, y dejo de existir. Nyle aún está vivo.

Pero el Castellano no la escuchó. La sujetó por los hombros, y la besó, y su beso fue como un golpe. Luego la golpeó realmente; ella trastabilló contra la pared y cayó. Era la segunda vez que la golpeaba. La primera vez, ella había estado llena de audacia. Le había dicho que su esposa se hubiera sentido avergonzada de él. Casi pudo prever que la golpearía. Pero esta vez ella le estaba suplicando. *Por favor no me hagas esto.* Y él la golpeó de todos modos. Como su padre, no se detuvo.

La tercera vez iba a ser su fin. Estaba segura de ello. Le había prometido que le haría daño, e iba a mantener su promesa. *Sólo un poco al principio. Un pecho o el otro. O quizás unos cuantos ganchos clavados en tu vientre. Un trozo de áspera madera entre tus piernas.* Iba a golpearla y a hacerle daño hasta que ella se quebrara.

No comprendía por qué la había besado. No deseaba comprenderlo. *Vete al infierno.* Todo lo que deseaba era desvanecerse de allí. La celda era fría, y la lámpara la afligía con un parpadeo sobrenatural, como una promesa de que se apagaría en cualquier momento, sumiéndola en la oscuridad. Cuando era niña, la perspectiva de desvanecerse siempre la había aterrado. Aún seguía haciéndolo. Pero, pronto, el hallarse encerrada en el armario le había recordado la seguridad de la oscuridad, le había enseñado de nuevo que podía desvanecerse y escapar de estar sola y sin amor, apenas capaz de respirar. Si no existía, nadie podría hacerle daño.

Si no existía, nadie podría hacerle daño.

Vete al infierno.

Pero ahora, cuando más la necesitaba, aquella solución le era arrebatada. No podía desvanecerse: había perdido la habilidad de conseguirlo. El Castellano iba a hacerle daño de una forma que ella nunca antes había experimentado. No era como la relativamente pasiva violencia de ser encerrada en un armario. No era como ser

dejada sola para salvarse a sí misma de volverse loca. Era un nuevo tipo de dolor...

Y Geraden...

¡Oh, Geraden!

Necesitaba desvanecerse de allí, *tenía* que escapar, a fin de protegerle en caso de que aún estuviera vivo, en caso de que, de algún modo, hubiera conseguido realizar con éxito alguna otra traslación imposible. Desvanecerse era su única defensa contra la presión de traicionarle. Si ella desaparecía de allí, no podría decirle al Castellano dónde estaba él.

Y, sin embargo, él era la otra razón por la que no podía irse. Temía demasiado por él. No podía olvidar la forma en que lo había visto la última vez, la impresionante mezcla de angustia y férrea decisión en su rostro, la fatal autoridad en su voz y movimientos. El dulce joven de corazón abierto que ella amaba no había desaparecido. No. Eso hubiera sido bastante malo, pero lo que le había ocurrido era peor. Había sido fundido y forjado en hierro sin perder nada de su vulnerabilidad, de modo que la fuerza o la desesperación que lo habían conducido a arrojarse al interior de un espejo no eran una medida de lo mucho que se había endurecido, sino más bien del mucho dolor que sufría.

Ella había exclamado: *¡No soy una Imagera! ¡No puedo ayudarte!* Y él se había alejado de ella porque no tenía ninguna otra elección. Ella no era la respuesta a su necesidad. Se había lanzado al interior del espejo y había desaparecido, inalcanzable, tan lejos de cualquier esperanza o ayuda que ni siquiera había aparecido en la Imagen del espejo. Ni siquiera un Adepto podría hacerle volver.

Ésa era ahora su situación.

Si aún seguía con vida. Y si la traslación no le había costado su cordura.

Hubiera debido ir con él.

Sí. Hubiera debido ir con él. Ésa era otra razón por la que no podía desvanecerse: no podía olvidar que ya le había fallado. Y se había fallado a sí misma al mismo tiempo. Le quería, ¿no? ¿No era eso lo que había aprendido en sus últimos días juntos..., que él era más importante para ella incluso que el extraño poder del Maestro Eremis de extraer de su cuerpo una respuesta..., que creía en él y confiaba en él no importaba cuáles fueran las pruebas en contra..., que se preocupaba tanto por él que era incapaz de tomar partido por nadie excepto por él en las maquinaciones y traiciones que confundían Mordant? Entonces, ¿qué estaba haciendo *allí*? ¿Por qué se había quedado inmóvil y simplemente le había observado arriesgar su vida y su mente, sin hacer el menor esfuerzo por ir con él?

Hubiera debido hacerlo.

Estaba bloqueada de escapar dentro de sí misma por su miedo al Castellano. Por

su miedo por Geraden. Y por la vergüenza.

Al cabo de un rato, la espalda empezó a dolerle a causa de la pared. Los imperfectamente cortados bloques de granito se clavaban contra su espina dorsal, contra sus omoplatos. El frío parecía penetrar dentro de ella desde el suelo, pese a las cálidas ropas de montar que Mindlin había hecho para ella, pese a sus botas. Quizá fuera más juicioso levantarse e ir al camastro. Pero no tenía el valor ni la fuerza necesarios para moverse.

Ahora eres mía.

Geraden, perdóname.

—Mi dama.

No pudo ver a quien hablaba. Sin embargo, su voz no la sobresaltó, de modo que al cabo de un momento fue capaz de alzar la cabeza.

El Tor estaba de pie en la puerta de su celda. Su voz tembló cuando habló de nuevo:

—Mi dama. —Sus gruesos dedos aferraban los barrotes de la puerta como si fuera él quien había sido encerrado..., como si él estuviera prisionero y ella libre. Torpemente, Terisa observó a la luz de la lámpara las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Mi dama, ayúdame.

Su petición la alcanzó. Era su amigo, una de las pocas personas en Orison que parecían quererle bien. La había salvado del Castellano. Más de una vez. Mordiendo el gruñido que pugnaba por escapar de sus labios, se apoyó sobre manos y rodillas. Luego consiguió situar los pies debajo de su cuerpo y levantarse, tambaleante.

Oscilando y temerosa de desvanecerse, avanzó hacia la puerta. Por el momento, era lo mejor que podía hacer.

—Mi dama, tienes que ayudarme. —La voz del viejo señor temblaba, no a causa de la urgencia, sino porque estaba luchando con el dolor—. El Rey Joyse le ha dado a Lebbick permiso para hacer todo lo que quiera contigo.

Ella no comprendió. Como el beso del Castellano, aquello era incomprendible. De alguna forma, se halló sentada de nuevo en el suelo, inclinada hacia delante de tal modo que su enmarañado pelo caía en mechones sobre su rostro. *Permiso para hacer todo lo que quiera contigo*. El Rey Joyse le había sonreído a ella, y su sonrisa había sido maravillosa, un sol naciente que hubiera podido iluminar la oscuridad de su vida. Ella hubiera podido amar aquella sonrisa, como amaba a Geraden. Pero todo era una mentira. *Todo lo que quiera contigo*. Todo era una mentira, y no quedaba ninguna esperanza.

—Por favor —jadeó suplicante el Tor—. Mi dama. Terisa. —Apenas era capaz de contener su inquietud—. En nombre de todo lo que respetas..., de todo lo que puedas hallar de bueno y valioso en él, si no ha caído demasiado bajo. Dinos dónde ha ido Geraden.

Involuntariamente, Terisa alzó la cabeza. Sus ojos estaban llenos de sombras. ¿Tú también? La náusea aferró su estómago. ¿Tú también te has vuelto contra él? No pudo responder: no había palabras. Si intentaba decir algo, se echaría a llorar. O vomitaría. Tú *también* no.

—No le harás ningún daño, mi dama. —El Tor estaba suplicando. Era un hombre viejo, y llevaba hasta el último gramo de su peso como si fuera una carga insoportable—. No me importa su culpabilidad. Si vive, se halla muy lejos de aquí, a salvo del ultraje de Lebbick. Estamos sitiados. Lebbick no puede perseguirle. Y nadie más puede usar ese espejo. No se verá perjudicado si hablas.

»Pero el Rey Joyse... —La garganta del señor se cerró convulsivamente. Cuando fue capaz de hablar de nuevo, su voz resonó temblorosa en su pecho, con un asomo de mortalidad—. El Rey Joyse ha confiado demasiado en el Castellano. Y ya no es él mismo. No comprende el permiso que ha dado. No sabe que Lebbick está loco.

»Mi dama, él es mi amigo. Le he servido con mi vida, y con las vidas de todo mi Care, durante décadas, Ahora no es lo que era. Reconozco eso. Hubo un tiempo en que fue el héroe de todo Mordant. Ahora es lo mejor que puede hacer para defender inteligentemente Orison.

»Pero sólo se ha vuelto más pequeño, mi dama, no peor. Sus intenciones son buenas. Te juro por mi corazón que sus intenciones son buenas.

»Si desafías a Lebbick, el Castellano te hará lo peor que pueda imaginar. Y, cuando el Rey Joyse comprenda lo que te ha hecho su permiso, perderá lo poco de él que aún le queda.

»Ayúdame, mi dama. Sálvale. Dinos dónde ha ido Geraden, para que Lebbick no tenga ninguna excusa para hacerte daño.

Terisa no conseguía enfocar sus ojos. Todo lo que parecía ver era la luz reflejándose en las mejillas del hombre. Le estaba pidiendo que se rescatara a sí misma. Después de todo, tenía razón: si revelaba dónde estaba Geraden, el Castellano no tendría ninguna excusa para hacerle daño. Y, en el proceso, el Rey Joyse podría ser salvado de cometer algo cruel. Y el propio Tor —el único de los tres a quien ella importaba— conseguiría dejar de llorar.

Con más fuerza de la que creía tener, se puso en pie.

—El Rey Joyse es tu amigo. —Sonó seca y fría a sus propios oídos, vagamente sin corazón—. Geraden lo es mío. —Luego, intentando apaciguar la aflicción del

viejo, murmuró—: Lo siento.

—¿Lo sientes? —La voz del hombre se quebró momentáneamente—. ¿Por qué lo sientes? Sufrirás, y quizá mueras..., por lealtad a un hombre que ha matado a su propio hermano, y eso no le hará ningún bien. Quizá ni siquiera sepa lo que has hecho por él. Sufrirás lo peor que Lebbick pueda hacerte y no conseguirás nada. — Sus manos lucharon con los barrotes—. No tienes ningún motivo para sentirlo. En todo Orison, tú serás la única que pagarás por tu lealtad un precio más alto que el propio Rey Joyse.

»No, mi dama. Soy yo quien lo siente. —El temblor en el pecho del Tor hacía que cada una de sus palabras fuera dolorosa de oír—. Soy yo. Tú te enfrentarás heroicamente a tu agonía, y tal vez hablarás o te mantendrás callada, si eres capaz. Pero yo me quedaré viendo a mi amigo conducir a la ruina todo lo que ama.

»No he venido a ti inmediatamente. No pienses eso. Desde que el Rey Joyse dio sus órdenes he sufrido en silencio mi tormento, intentando buscar los medios de persuadirle, de emocionarle..., de comprenderle. He suplicado a su puerta. He amedrentado a servidores y guardias. No creas que te he traído mi dolor a la ligera.

»Pero no tengo a nadie más a quien dirigirme.

»Mi dama, tu lealtad es demasiado costosa.

»Haya hecho lo que haya hecho, lo he hecho en nombre de mi Rey. Él es todo lo que me queda. Te lo suplico..., no permitas que se destruya a sí mismo.

—No. —Terisa no podía soportar verle durante más tiempo, así que se volvió de espaldas al desánimo del Tor—. Geraden es inocente. Eremis montó todo eso. — Habló como si estuviera recitando una letanía, encajando piezas de fe en un esfuerzo por edificar convicción—. Falseó la muerte de Nyle para hacer aparecer a Geraden como culpable, porque él sabía que Nyle nunca iba a apoyar sus acusaciones contra Geraden. Si el Rey deja que me hagan daño por eso... —un momento de mareo giró a su alrededor, y estuvo a punto de caer—, entonces tendrá que vivir con las consecuencias. Geraden es inocente.

—No, mi dama —repitió el Tor; pero ahora ella oyó algo nuevo en su voz..., un tipo distinto de aflicción, casi una nota de horror—. En esto estás equivocada. No me importa en absoluto la culpabilidad de Geraden. Ya he dicho eso. Sólo el Rey me importa. Pero tú has situado tu confianza en algo maligno.

Ella permaneció inmóvil, notando el fuerte pulsar crecer en sus oídos y la duda acumularse en sus entrañas.

—Nyle está incuestionablemente muerto. —El señor sonaba tan enfermizamente alterado como ella se sentía—. Yo mismo he visto su cuerpo.

Incuestionablemente muerto. Aquello la hizo moverse. Tanteando, halló su

camino hasta el camastro. Olía a paja rancia y humedad vieja, pero se sentó agradecida en él. Luego cerró los ojos. Tenía que descansar un poco. Dentro de uno o dos minutos, cuando su corazón hubiera dejado de latir aceleradamente, podría responder al Tor. Seguro que sería capaz de pensar en una respuesta. Seguro que Geraden *era* inocente.

Pero, un momento más tarde, el pensamiento de que Nyle había sido realmente asesinado penetró en su cabeza, y todo dentro de ella pareció girar locamente. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, se tendió en el camastro y se cubrió el rostro con las manos.

Finalmente, el Tor renunció y se fue; pero ella no le oyó marcharse.

Al mediodía los guardias le trajeron la comida..., pan duro y un poco de guiso aguado. El pánico se apoderó de ella cuando los vio acercarse porque pensó que podía ser el Castellano; su alivio cuando vio quiénes eran la dejó demasiado débil para abandonar el camastro.

De hecho, se sentía demasiado débil incluso para comer, para ocuparse en ningún sentido de sí misma. Tan pronto como el Castellano Lebbick hablara con ella le diría todo lo que deseaba saber. Pero eso no lo detendría. No desearía detenerse. Ahora que tenía el permiso del Rey Joyse, nada podría detenerlo.

¿Dónde estaba la gente que le había demostrado cortesía o amabilidad, la gente que cabía suponer que tenía un cierto interés en ella? Eleg se había marchado con el Príncipe Kragen. Myste había abandonado Orison en una loca búsqueda para ayudar al perdido y rabioso campeón de la Cofradía. El Adepto Havelock estaba loco. El Maestro Quillón se había convertido en el mediador de la Cofradía porque eso era lo que el Rey Joyse deseaba..., y el Rey Joyse le había dado al Castellano permiso para hacer lo que quisiera con ella. ¿Saddith? Era sólo una doncella, pese a sus ambiciones. Quizás ella *hubiera* traicionado inadvertidamente a Terisa ante Eremis. Eso no significaba que hubiera algo que ella pudiera hacer para corregir la situación. ¿Ribuld, el hosco veterano, que había luchado por Terisa en más de una ocasión? Era sólo un guardia..., ni siquiera un capitán.

No podía apartar de encima suyo el peso de la necesidad de Mordant. Apenas era capaz de alzar la cabeza del jergón lleno de grumos que le servía como colchón. El Tor había visto el cuerpo de Nyle. El hermano de Festten estaba *incuestionablemente* muerto.

¿Por qué debía molestarse en comer? ¿De qué serviría?

Quizá, si se sentía lo bastante hambrienta, pudiera recuperar la habilidad de salirse de su propia existencia.

Intentó dormir —intentó relajarse de modo que la tensión y la realidad fluyeran fuera de sus músculos—, pero otro resonar de botas avanzó hacia su puerta por el corredor. Sólo un par: alguien venía en su dirección, solo. Un paso lento y arrastrante, como vacilante o frágil. Cerró deliberadamente los ojos de nuevo. No deseaba saber quién era. No deseaba ser distraída.

Por primera vez, la llamó por su nombre.

—Terisa.

No era buen presagio.

Sorprendida, alzó la cabeza y vio al hermano de Geraden en la puerta de su celda.

—¿Artagel?

Llevaba una camisa de noche y pantalones..., ropas que parecían incrementar su parecido familiar con Geraden y Nyle porque no eran las más adecuadas para un espadachín. Su atuendo y su forma de permanecer de pie, como si alguien acabara de clavar un cuchillo en su costado, dejaban claro que se suponía que aún debía permanecer en cama. Había estado demasiado débil ayer —¿había sido realmente ayer?— para apoyar a Geraden frente a la Cofradía, Evidentemente, estaba demasiado débil hoy para recorrer las mazmorras solo.

Sin embargo, estaba aquí.

Definitivamente, no era un buen presagio que la hubiera llamado *Terisa*.

Olvidando su propia falta de fuerzas, se levantó del camastro y fue hacia él.

—Oh, Artagel, me alegra tanto verte, tengo un problema tan grande, te necesito, necesito un amigo, Artagel, creen que Geraden mató a Nyle, creen...

La palidez del hombre la detuvo. El sudor del esfuerzo en su frente y el temblor del dolor en su boca la detuvieron. Sus ojos eran vidriosos, como si estuviera a punto de perder el conocimiento. Gart, el Monomach del Gran Rey, lo había herido seriamente, y sufría recaídas cada vez que saltaba fuera de la cama cuando hubiera debido permanecer descansando en ella. El hecho de que Gart le hubiera vencido; la traidora alianza de Nyle con el Príncipe Kragen y dama Elega; las acusaciones contra Geraden; cosas como éstas atormentaban al más famoso hijo del Domne, impulsándole a luchar contra su debilidad..., y contra su recuperación.

—Artagel —gimió ella—, no deberías estar aquí. Deberías estar en la cama. Vas a caer enfermo de nuevo.

—Ato. —La palabra brotó como un gorgoteo. Con un brazo apretó su otra mano contra su costado—. No. —Puesto que estaba demasiado débil para permanecer de pie sin ayuda, se reclinó en la puerta, apretando su frente contra los barrotes. Sus turbios ojos hacían parecer como si se estuviera volviendo ciego—. Fue cosa tuya.

Ella se sobresaltó; el dolor la atravesó como una quemadura.

—¿Artagel? —Después de todo, había más tipos de dolor en el mundo que ella ni siquiera había imaginado. Excepto Geraden, Artagel era el mejor amigo que tenía. Hubiera confiado en él sin pensar—. No lo dices en serio. —¿Creía que *ella* era la responsable?—. No puedes.

—No quería decir eso. —Tenía problemas con su respiración. Su aliento parecía luchar contra una obstrucción en su pecho—. No es por eso por lo que estoy aquí. Lebbick va a ocuparse de ti. Yo sólo deseo saber dónde está Geraden.

»Voy a perseguirle y arrancarle el corazón.

Repentinamente, ella se sintió inundada por un deseo de gemir o llorar. Le haría bien llorar abiertamente. Pero esto era demasiado importante. De algún modo, consiguió dominarse. Jadeando porque la celda era demasiado pequeña y si no conseguía más aire pronto iba a desvanecerse, protestó:

—No. Eremis lo hizo. Fue un truco. Te lo aseguro, fue un *truco*. El Tor dice que ha visto el cuerpo y que Nyle está realmente muerto, pero no lo creo. Geraden no tuvo nada que ver con esto.

—¡Ah! —jadeó Artagel, como si estuviera dolido y furioso—. No me mientas. No me mientas más. —Ahora sus ojos eran claros y ardientes, brillantes con pasión o fiebre—. Yo mismo he visto el cadáver.

Y, mientras ella sentía que todo giraba en su interior, prosiguió:

—Después de que Geraden lo apuñalara, aún estaba vivo. Eso es cierto. Eremis lo llevó apresuradamente a sus propios aposentos y consiguió un médico para él. Ésa era su única posibilidad de seguir con vida. Eremis le dio esa posibilidad. Luego Eremis situó guardias junto a él..., dentro de la habitación y fuera en la puerta. Por si acaso Geraden lo intentaba de nuevo.

»No funcionó. —La frente de Artagel parecía hincharse entre los barrotes; parecía como si estuviera intentando romperse el cráneo—. Lebbick los encontró. Los guardias habían sido muertos. Algún tipo de bestia los devoró. Geraden debió trasladar algo al interior de la estancia..., algo contra lo que no pudieron luchar.

»Nyle estaba muerto también. Lo que fuera devoró completamente su rostro.

Sólo por un segundo, aquella imagen golpeó a Terisa tan horriblemente que gimió. ¡Oh, Nyle! Oh, Dios mío. Una revulsión visceral se agitó dentro de ella, y sus manos corrieron a cubrir su boca. ¡Geraden, no!

Hubiera debido ir con él. Para impedir todo aquello.

Pero entonces vio hierro y angustia, y Geraden volvió a ella. Lo conocía. Y lo amaba. *Terisa, yo no maté a mi hermano*. Sin advertencia previa, se puso furiosa.

Años de ultraje que había ido almacenando en lugares secretos de su corazón saltaron bruscamente fuera, incendiándola toda.

—Di eso de nuevo —jadeó, casi sin aliento—. Adelante. Dilo.

Artagel estaba más allá de toda sorpresa. Exhibió sus dientes en una mueca y repitió:

—Nyle fue muerto. La bestia devoró completamente su rostro.

—¿Y tú crees que *Geraden* hizo eso? —Lanzó su protesta hacia él como un latigazo—. ¿Estás loco? ¿Se ha vuelto loco todo el mundo en este lugar?

Él parpadeó, desconcertado; por un breve momento pareció mirarla bajo una luz distinta. Casi de inmediato, sin embargo, su propio horror regresó. Sus piernas estaban fallándole. Lentamente, empezó a deslizarse a lo largo de los barrotes.

—Vi su cuerpo. Lo tuve entre mis brazos. Todavía llevo su sangre en mis ropas.

Aquello era cierto. Su lámpara brillaba aún lo suficiente como para revelar las manchas secas en su camisa de dormir.

—No me importa. —Estaba demasiado furiosa para imaginar lo que había sido aquella experiencia para él..., sostener el ultrajado cadáver de su hermano entre sus brazos y no tener ninguna forma de devolver su cuerpo a la vida—. *Geraden* es tu hermano. Lo conoces de toda la vida. Lo conoces mejor que eso.

Artagel siguió deslizándose. Le dolía demasiado el costado: al parecer, era incapaz de usar sus manos. Tendió las de ella entre los barrotes y sujetó su camisa de dormir para sostenerlo de algún modo; pero era demasiado pesado para ella. Finalmente dobló las piernas y apoyó su peso en sus rodillas.

—Te digo que vi su cuerpo.

Tiró de ella hacia abajo, con él, hasta que *Terisa* estuvo también de rodillas. Hirviendo furiosa en su rostro, ella jadeó:

—No me importa. *Geraden* no lo hizo.

—Y yo te digo que vi su cuerpo. —Pese a la debilidad y la fiebre, Artagel se enfrentó a su mirada con la misma pasión inflexible que lo había lanzado dos veces contra el *Monomach* del Gran Rey—. Tú lo niegas, pero eso no cambia los hechos. Un *Imagero* lo hizo. La traslación es la única forma en que una bestia pudo entrar en aquellos aposentos y volver a salir de ellos. Pero no fue *Eremis*. Él estuvo con *Lebbick* durante todo el tiempo.

»En estos momentos está arriba en el depósito, trasladando una nueva provisión de agua para *Orison*. Él es la única razón de que aún tengamos alguna esperanza. Yo me puse del lado de *Geraden* contra él... —La voz de Artagel parecía estar llena de densa sangre—, y me equivoqué. Él está *salvándonos*.

»Geraden mató a Nyle. Voy a seguir su rastro allá donde esté, me lo digas tú o no. La única diferencia es que va a tomar más tiempo.

—Y entonces le arrancarás el corazón. —Terisa no podía soportarlo más. Sentía deseos de gritar. Soltó su camisa de noche con un esfuerzo de voluntad, se alejó de él—. Sal de aquí —murmuró—. No quiero escuchar esto. —La imagen de lo que le había ocurrido a Nyle sorbía toda su concentración. Se apartó de la puerta empujándose con ambas manos—. Simplemente sal de aquí.

Entonces la visión de Artagel —feroz y dolorido, de rodillas contra los barrotes de la celda— la ablandó, y se calmó un poco.

—Deberías estar realmente en la cama. No vas a ir a perseguir a nadie por un tiempo. Si el Castellano no consigue arrancármelo, y si me deja vivir, te prometo que te diré todo lo que pueda cuando estés lo bastante recuperado como para hacer algo al respecto.

Él no alzó la cabeza durante largo rato. Cuando finalmente levantó la vista, la luz había desaparecido de sus ojos.

Tortuosamente, como un hombre viejo cuyas articulaciones han empezado a traicionarle, se izó con ayuda de los barrotes, se puso en pie.

—Siempre confié en él —murmuró, como si estuviera a solas, ciego y sordo a su presencia—. Más que en Nyle o en ningún otro. Era tan torpe y tan decente. Y más listo que yo. No puedo imaginarlo.

»Entonces viniste tú, y pensé que eso era bueno porque le proporcionaba algo por lo que luchar. Me daba una razón para que dejara de permitir que esos Maestros lo humillaran. Pero luego mata a Nyle, lo mata... —Artagel se estremeció, sus ojos se enfocaron en la nada—, y tú eres la única explicación en la que puedo pensar, de modo que pienso que tienes que ser un elemento maligno, de alguna forma terrible en la que no puedo pensar. Pero tú deseas que siga confiando en él. No puedo imaginarlo.

»Vi su cuerpo. —Como un viejo, se apartó de la puerta y empezó a arrastrar los pies por el corredor—. Lo cogí y lo sostuve entre mis brazos. —Frotándose las secas manchas de sangre de su camisa de dormir, fue más allá del ángulo de visión de Terisa. Sus botas siguieron sonando contra el suelo hasta que ya no pudo oírlas.

Terisa permaneció rígidamente de pie y contempló el vacío corredor por un tiempo, tan envarada como un testigo dando fe de lo que creía. Como el Tor, él había dicho que Nyle estaba muerto. Y no podía estar equivocado. Tenía que ser capaz de identificar el cuerpo de su propio hermano. Y, sin embargo, ella se sentía incapaz de retractarse. Inesperadamente, descubrió que la sostenía una furia que había mantenido durante toda su vida. Una infancia de castigos y olvido le habían enseñado muchas

cosas..., y sólo ahora empezaba a darse cuenta de lo que eran algunas de esas cosas.

Sus manos temblaron. Las controló tanto como pudo y empezó a comer el pan y el guiso que le habían traído, paseando arriba y abajo por la celda mientras lo hacía. Necesitaba fuerzas, necesitaba reunir todos sus recursos. El Rey Joyse le había dicho que pensara, que *razonara*. Ahora, más que en ningún otro momento de su vida, necesitaba las fuerzas y la determinación para pensar claramente.

En la medida en que era posible hacerlo, estaba decidida a desafiar al Castellano.

Cuando éste vino finalmente —varias horas y otra comida más tarde—, casi se alegró de verle. Sin duda aguardar era mucho más fácil que soportar la violación o la tortura, pero era más duro que el desafío. La soledad erosionaba el valor. Media docena de veces, durante aquellas horas, vaciló, sintió que la resolución la abandonaba. En una ocasión se sintió tan presa del pánico que después se halló sentada en el suelo en un rincón, con las rodillas apretadas contra su pecho y sin la menor idea de cómo había llegado allí.

Pero consiguió salirse del colapso nervioso gracias al hecho de que sabía cómo sobrevivir aguardando a solas en una fría y mal iluminada celda. Había recobrado la habilidad de eliminar la oscuridad y el miedo. Paradójicamente, la decisión de enfrentarse de cabeza al peligro restableció su capacidad de escapar. Y cuando se rindió al desvanecerse, redescubrió la seguridad oculta en él y se sintió mejor.

Para esto no necesitó ningún espejo. Los espejos la ayudaban a luchar contra la erosión de su existencia; no eran necesarios si deseaba ceder. Y estaba cediendo, no aferrándose desesperadamente, lo cual la había mantenido cuerda cuándo sus padres la encerraban en el armario.

Sin embargo, el tiempo y la espera, el frío y la inadecuada comida, se cobraron su precio. Había límites a lo lejos que podía tender su determinación. Casi la alegró verle cuando el resonar de sus botas anunció su llegada y el Castellano Lebbick apareció más allá de la esquina de piedra de la celda.

Ahora le haría tanto daño como pudiera. Y ella descubriría hasta dónde era buena.

Pero la vista del hombre la impresionó: no era la que había esperado. Se había preparado para la furia y la violencia, para una intensidad parecida al odio en su mirada y en sus agarrotadas *mandíbulas*, para la *muerte* potencial fuertemente enroscada en todos sus músculos. No estaba preparada para el hombre distraído, notablemente más bajo que ella, que entró en su celda sin ninguna decisión en sus hombros y ninguna autoridad en su rostro.

El Castellano se parecía a alguien que hubiera sufrido una derrota esencial.

Entró apáticamente en la celda. De nuevo no se molestó en cerrar la puerta a sus

espaldas. Él era suficiente para impedirle escapar. Y, aunque consiguiera eludirle y salir de la celda, ¿dónde podía ir? Podía correr por los corredores como una rata atrapada, pero no podría salir de las mazmorras sin pasar por la sala de guardia. El Castellano Lebbick no necesitaba cerrar la puerta.

Por un momento no la miró; echó un vistazo por toda la celda, recorrió su cuerpo con los ojos sin mirar en ningún momento su rostro. Luego murmuró, como si estuviera hablando consigo mismo:

—Estás mejor. La última vez que te vi estabas a punto de desmoronarte. Ahora parece como si desearas luchar. —Sin sarcasmo, comentó—: No tenía idea de que ser arrojada a una mazmorra pudiera ser bueno para ti.

Terisa se encogió de hombros, estudiándolo atentamente.

—He tenido tiempo para pensar.

Finalmente, él alzó los ojos hasta los de ella. Las llamas que estaba acostumbrada a ver en ellos se habían extinguido..., o disminuido, en cualquier caso. Parecía casi calmado, casi estable..., casi perdido.

—¿Significa eso —preguntó suavemente— que vas a decirme dónde está?

Ella agitó negativamente la cabeza.

En el mismo tono, el Castellano prosiguió:

—¿Vas a decirme lo que habéis estado planeando? ¿Vas a decirme por qué lo hizo?

Una vez más, ella agitó negativamente la cabeza. Por alguna razón, su garganta estaba seca. El poco característico comportamiento de Lebbick empezaba a asustarla.

—No me sorprende. —No parecía haber sarcasmo en él. Se dio la vuelta, empezó a caminar arriba y abajo frente a los barrotes. Su actitud era casi casual; parecía como si estuviera dando un paseo—. El Rey Joyse me dijo que te sacara todo lo que pudiera. Desea que lo declares todo. ¿Te sorprende eso? —La pregunta era retórica—. Debería. No es propio de él. Siempre fue capaz de conseguir lo que deseaba sin tener que golpear a las mujeres.

»He estado esperando todo el día este momento.

»Pero ahora... —Abrió las manos de una forma que casi daba la impresión de que pedía ayuda—. Todo está del revés. El torpe, decente, *leal* Geraden se ha podrido. El loco Adepto Havelock se ha pasado la mayor parte del día protegiéndonos de las catapultas. El Maestro Eremis está atareado volviendo a llenar el depósito de agua. —Al parecer, no sabía que había sido visitada por el Tor y por Artagel, que ya sabía todo lo que le estaba diciendo—. Y el Rey Joyse desea que te haga daño. Desea que descubra quién eres..., qué eres.

Un asomo de anhelo brotó en la voz de Lebbick, un leve rastro de nostalgia.

—A veces, hace mucho tiempo..., acostumbraba a dejar que me ocupara de sus enemigos. A veces. Hombres como aquel comandante de guarnición... Pero nunca me había dado permiso para hacerle daño a alguien como tú.

Entonces el Castellano se enfrentó a ella..., y siguió pareciendo casi casual, casi perdido.

—Debe temerte. Debe temerte más de lo que nunca ha temido a Margonal o a Festten o a Gart o incluso a Vagel.

»¿Por qué eso? ¿Qué es lo que eres?

Terisa se enfrentó a su extinguida e ilegible mirada y tragó saliva. No comprendía lo que le había ocurrido al hombre, lo que se había llevado el fuego de su interior o había ahogado su odio; pero aquélla era la mejor oportunidad que tendría nunca de distraerle, de desviar sus intenciones contra ella.

—No lo sé —dijo, tan firmemente como pudo—. Estás haciendo las preguntas equivocadas.

—¿Las preguntas equivocadas?

—No puedo decirte por qué el Rey Joyse me teme. *Si* me teme. Y no te diré dónde está Geraden. Porque él no lo hizo. No voy a traicionarle.

»Pero te diré todo lo demás que quieras saber.

—¿Todo lo demás? —El Castellano Lebbick apenas sonó interesado en la idea—. ¿Cómo qué?

Su actitud creó en ella un momento de pánico. Temía que se hubiera vuelto inalcanzable..., que, fuera lo que fuese lo que le estaba ocurriendo, lo hubiera llevado más allá del punto donde cualquiera podía hablarle, discutir con él, adivinar lo que haría a continuación. Inspirando profundamente para elevar su valor, respondió:

—Como la forma en que sobreviví cuando Gart intentó matarme la primera noche que estuve aquí. Como el motivo por el que utilicé aquel pasadizo secreto en mis aposentos. Como lo que ocurrió realmente la noche que Eremis tuvo su reunión con los señores y el Príncipe Kragen. Como lo que ocurrió la primera vez que Geraden fue atacado. —Su propia pasión ascendió contra la inexpresividad del Castellano—. Como la forma en que estoy segura de que Eremis miente.

Ante aquello, algo parecido a una chispa brilló en los ojos de Lebbick. Su postura no cambió, pero todo su cuerpo pareció ponerse innaturalmente rígido.

—Cuéntame.

—Todo ello encaja entre sí —respondió ella. El Rey Joyse le había dicho que *razonara*, y la *razón* era la única arma de que disponía—. Incluso puedo decirte por

qué temen a Geraden..., Vagel y Eremis y Gilbur..., por qué intentan tan obcecadamente apartarlo de su camino.

Lebbick no parpadeó.

—Cuéntame —repitió.

Así que se lo dijo. Tan claramente como pudo, le contó cómo el Adepto Havelock la había salvado del Monomach del Gran Rey. Describió cómo Havelock y el Maestro Quillón habían utilizado el pasadizo oculto detrás de su guardarropa. Relató todos los detalles que pudo recordar de la reunión clandestina de Eremis con los señores de los Cares, incluido el papel de Artagel en salvarla a ella. Y luego le contó al Castellano las conclusiones que extraía de todo ello.

—La primera vez que Gart intentó matarme, evidentemente no conocía el pasadizo secreto. La última vez, sí. ¿Cómo lo descubrió? Tú sabías que estaba allí. Myste y Elegia también. —Lebbick no reaccionó ante aquella revelación—. Quillón y Havelock, por supuesto. Geraden lo sabía igualmente. Y Saddith, mi doncella. Pero Myste y Elegia y Havelock y Quillón sabían de él desde mucho antes de que yo llegara aquí. Podrían habérselo dicho a Gart aquella primera noche. Así que olvidémoslos. ¿Qué hay respecto a Geraden? Él no sabía nada cuando me trasladé por primera vez a aquellos aposentos. Y piensas que está con Gart. Bien, le hablé de él a la mañana siguiente. Después de hablar contigo. ¿Por qué debería aguardar todo ese tiempo antes de dejar que Gart supiera el mejor camino para matarme?

»Por otra parte —estaba decidida a no retener nada que pudiera ayudarla—, Saddith y Eremis son amantes. Ella pudo hablarle del pasadizo..., y puede que transcurriera algún tiempo antes de que lo hiciera.

»Ella pudo decirle a él dónde estaba yo aquella primera noche.

—Sé todo eso —murmuró el Castellano, sin ninguna inflexión—. Cuéntame algo que no sepa. Háblame de por qué Eremis te rescató. Gart apareció a través del pasadizo, y Eremis hubiera podido librarse de los dos al mismo tiempo. ¿Cómo explicas eso?

Puesto que sólo era una suposición, Terisa hizo todo lo posible por sonar convincente.

—Porque había testigos. Si Gart simplemente me mataba, Geraden hubiera visto que Eremis permitía que ocurriera. Y si Gart intentaba acabar con nosotros dos, los guardias de fuera hubieran podido descubrirlo. Todo lo que tenían que hacer era abrir la puerta. De cualquiera de las dos formas, todo el mundo sabría que Eremis era un traidor.

»Lo que pensó más adecuado —se obligó a sí misma a decir también aquello— fue hacerme el amor. Y luego, mientras yo estaba dormida o distraída, Gart podría

deslizarse subrepticamente y matarme. Y nadie sabría nunca que Eremis había estado allí.

»Pero no contó con que Geraden interrumpiera.

El Castellano siguió sin mostrar lo que estaba pensando. Todo lo que dijo fue:

—Adelante.

Hoscamente, Terisa prosiguió:

—Eremis controló todos los detalles de aquella reunión con los señores. Dispuso el lugar, la hora, quiénes iban a estar allí. Arregló dónde iba a estar yo luego. Geraden no podía saber nada de sus planes. Lo único que Eremis no arregló fue Artagel. No arregló las cosas para que yo fuera salvada.

»Cuando Gart atacó, evidentemente entró y salió a través de un espejo. No sé cómo hizo eso sin perder la razón..., pero Artagel y yo supusimos dónde estaba el punto de traslación, el lugar en la Imagen. Él y Geraden y yo fuimos a examinar el lugar de nuevo, y el mismo espejo trasladó aquellos insectos. Artagel te habló de ello. Casi estuvieron a punto de matarnos a los tres.

»Eremis dice que fue una finta, un truco para hacer que Geraden pareciera inocente, pero eso es una tontería. Si Havelock no lo hubiera rescatado, hubiera muerto. Y nadie podía predecir que el Adepto se presentara allí para ayudarnos. Y Eremis lo sabe todo al respecto, pese a que no estaba allí y nadie se lo dijo. Afirma que yo lo hice, pero no es cierto. Debía estar al otro lado del espejo, observando.

Lebbick había empezado a fruncir el ceño. Sus ojos despidieron destellos de fuego oscuro. Para lo mejor o para lo peor, Terisa estaba despertando los rescoldos en él y haciendo brotar las llamas. Si era un error, estaba sellando su propio destino. De todos modos, siguió:

—Quieren a Geraden muerto o desacreditado porque es realmente un Imagero..., un tipo de Imagero que nadie ha visto antes.

Oblicuamente, se le ocurrió que hubiera debido comprender aquello antes. Pero no se había obligado a sí misma a pensar en ello hasta ahora. Y debido a eso Geraden estaba pagando un terrible precio. Por el momento, sin embargo, no tenía tiempo para lamentarse. Estaba demasiado ocupada defendiéndose a sí misma del Castellano.

—Por eso no es capaz de reconocer por sí mismo lo que es. Puede efectuar traslaciones que no tienen nada que ver con la Imagen en su espejo. Me sacó de un espejo que mostraba al campeón que deseaba la Cofradía. Y Eremis sabía que eso iba a pasar. O Gilbur, al menos. Él enseñó a Geraden cómo hacer ese espejo. Hubiera debido ver que Geraden no lo hacía correctamente. Cuando el espejo fue hecho mal y sin embargo mostró la Imagen con el campeón, Gilbur debió darse cuenta de lo que Geraden podía hacer.

»Si alguna vez llega a darse cuenta de cuál es su poder o de cómo usarlo, será el Maestro más poderoso que jamás haya existido. Y es leal al Rey Joyse. Aunque las acciones de éste destrocen su corazón. Gilbur y Vagel y Eremis tienen que librarse de él antes de que aprenda cómo luchar contra ellos.

»Por eso lo atacaron con insectos, intentaron matarlo. Y por eso prepararon las cosas de modo que pareciera que él *había matado a Nyle*. Le temen. Y él está *intentando ponerlos* al descubierto. Necesitan librarse de él de una forma que haga que ellos aparezcan inocentes.

»Nyle no está en realidad muerto. No puede estarlo. Eremis no hubiera podido usarlo de esta forma sin su cooperación..., y él no hubiera cooperado si pensara que iban a matarlo.

Claramente, el Castellano dijo:

—Mierda de cerdo. —Los músculos temblaron a lo largo de su mandíbula; sus ojos brillaron ominosamente—. Mis hombres están muertos, y yo vi su cuerpo. Todo su rostro había sido devorado hasta el cerebro. —Consiguió sobreponerse al ultraje—. Eremis está en estos momentos en el depósito de agua, *salvándonos*. Es el héroe de Orison. Nadie creerá una palabra de lo que dices. —Alzó los puños frente al rostro de ella, golpeó el pasivo aire—. Ese hijo de puta de médico nos traicionó, *¡y dos de mis hombres están muertos!*

Ahora fue el turno de Terisa de mirarle, abrumada por la sorpresa.

—¿Médico? Artagel no mencionó ningún médico.

—¡*Underwell*, zorra! El mejor médico de Orison. Eremis lo hizo todo perfectamente. Llevó aprisa a Nyle a sus aposentos. Mandó llamar a Underwell. Apostó guardias. Mientras tú estabas ayudando a Geraden a escapar y ese imbécil de Quillón se metía en mi camino, Eremis estaba intentando *salvar a Nyle*.

Terisa hubiera debido sentir miedo ante su nueva ira, pero no fue así.

—¿Un médico? —En vez de ello, estaba asombrada por la repentina claridad de sus pensamientos—. ¿Qué le ocurrió? ¿No vio lo que atacó a tus hombres y a Nyle?

—¡*Escapó!* —gruñó Lebbick—. ¿Qué piensas? ¿Acaso esperabas que se quedara allí y aguardara a que lo cogiésemos? —La furia hinchó los tendones de su cuello—. Fue trasladado lejos de allí, del mismo modo que la sanguinaria criatura de Geraden fue trasladada dentro de la estancia.

—Pero ¿por qué?

—¿Cómo quieres que lo *sepa*? Nunca miré dentro de su corazón. Quizá simplemente odiaba a Nyle. Quizá Festten le ofreció riquezas. Quizá Gart tomó a sus familiares como rehenes. No lo sé ni me importa. En lo que a mí se refiere, simplemente *lo hizo*.

—No —dijo Tensa, como si ahora no tuviera nada que temer—. No es eso lo que quiero decir. ¿Por qué lo hizo de esa forma? ¿Por qué matar a los guardias? ¿Por qué...? —¿Por qué hacerle aquello tan horrible a Nyle?—. Hubieran podido verse interrumpidos. Hubieran podido ser atrapados. ¿Qué hay del ruido? ¿Acaso el ser atacados por algún tipo de bestia como aquélla no produce ruido..., el suficiente como para alertar a los guardias de fuera? ¿Por qué correr el riesgo?

Hirviendo de rabia, el Castellano empezó a escupirle una explicación. Pero ella no deseaba oírle decir nada más contra Geraden. Lo ignoró.

—Él es médico —dijo—. El mejor médico de Orison. No necesitaba ninguna ayuda para librarse de Nyle. Y no necesitaba hacerse identificar como un traidor. ¿Acaso no lo comprendes? —La lentitud de Lebbick en captar las implicaciones la sorprendió casi tanto como su propia seguridad—. Todo lo que tenía que hacer era *fracasar*. Dejar morir a Nyle. Poner algo tóxico en la herida y cubrirla con vendajes. Nadie lo hubiera sabido nunca. Nadie hubiera sospechado nunca.

»¿Por qué correr el riesgo estúpido, *estúpido*, de todo aquel derramamiento de sangre?

El Castellano Lebbick la miró como si estuviera viendo algo nocivo crecer delante de él.

—Así que quizás él no lo hizo —murmuró.

—Entonces, ¿dónde está?

—No hubiera dejado que mataran a Nyle sin intentar detenerles..., sin intentar pedir ayuda. —Lebbick estaba haciendo un visible esfuerzo por comprenderla—. Quizá lo mataron también, y se llevaron el cuerpo con ellos.

—¿Por qué? —repitió ella—. ¿Por qué molestarse? ¿Para crear la ilusión de que tenían un cómplice que no necesitaban? ¿Para hacerte creer que Underwell era culpable cuando en realidad no lo era? ¿Qué conseguirían con ello? ¿Qué buscaban?

—*¡Exacto!* —El Castellano cerró furioso ambos puños—. *¿Qué buscaban?*

Y Terisa seguía sin tener miedo. *Todo su rostro fue devorado...* Calmadamente, preguntó:

—¿Qué aspecto tenía Underwell?

Lebbick emitió un sonido estrangulado.

—¿Aspecto?

—Comparado con Nyle —explicó ella—. ¿Eran aproximadamente de la misma estatura? ¿El mismo peso? ¿El mismo color de piel?

—¡NO! —gritó el Castellano, como si ella hubiera ido demasiado lejos, como si aquella vez lo hubiera empujado finalmente más allá del punto donde no podía

retener sus manos. Y entonces, un instante más tarde, lo que ella estaba intentando decir le golpeó, y se detuvo.

Dijo, con un hilo de voz:

—Sí. Más o menos iguales.

Suavemente, como si en ello no hubiera nada personal, ella prosiguió su argumentación:

—Si pusieras a Underwell las ropas de Nyle, ¿serías *capaz* de reconocerle? Si le produjeras heridas como las que se supone que recibió Nyle, y lo desfiguraras lo suficiente, y cubrieras el resto con sangre..., ¿serías *capaz* de reconocerle?

El Castellano Lebbick la miró con asomos de apoplejía en su rostro.

—Creo que Nyle está vivo —terminó ella, no porque creyera que el Castellano seguía sin entenderla, sino simplemente porque tenía que decir algo para controlar el silencio, impedir que él estallara—. Creo que el hombre muerto fue Underwell.

Con un esfuerzo, Lebbick consiguió extraer algo de aliento entre sus apretados dientes.

—Todo esto —masticó casi las palabras—, piensas todo esto, y ni siquiera has puesto un pie fuera de esta celda. ¡Por todas las ovejas en celo! ¿Cómo lo haces? ¿Qué utilizas para razonar así? ¿Qué tienes como prueba?

Ahora que había llegado a su conclusión, Terisa perdió su invulnerabilidad. Él estaba empezando a asustarla de nuevo.

—Ya te lo he explicado. —Estaba decidida a no permitir que le temblara la voz—. Eremis desea desviar las culpas hacia Geraden. En parte para quitarlo de en medio, de modo que no pueda comprender su talento y empezar a utilizarlo. Y en parte porque Eremis todavía no está preparado para traicionarnos. Quizá sus planes aún no estén ultimados. Si suelta su trampa ahora, el Príncipe Kragen puede apoderarse de Orison. Alend echaría sus manos sobre la Cofradía. ¿No es así? Pero Eremis está con Gart..., con el Gran Rey Festten y Cadwal. Desea mantenernos seguros hasta que Cadwal llegue aquí..., hasta que Alend sea apartado también del camino.

»Si Geraden está trabajando con Gart, si realmente sirve a Cadwal..., no hubiera hecho nada de esto. No se hubiera arriesgado a acusar a Eremis, no hubiera hecho nada para minar Orison. Hasta que Cadwal hubiera llegado aquí. No hubiera arruinado su propia posición matando a su hermano.

Hubiera seguido, intentando edificar un muro de palabras entre ella y el Castellano, pero el hombre la cortó en seco.

—¡Ya basta! —restalló fieramente—. Todo esto no es más que palabrería. No es

ningún razonamiento. No es ninguna *prueba*. Has permanecido en esta celda todo el día. ¿Qué te hace creer que sabes lo que está ocurriendo? Dices que él está actuando así porque es culpable..., pero haría exactamente las mismas cosas si fuera inocente. Quiero *pruebas*. Si esperas que arreste al «héroe de Orison», tendrás que proporcionarme *pruebas*.

Sólo por un segundo, Terisa estuvo a punto de hundirse. Pruebas. Su mente se oscureció; una tapa se cerró sobre su valor. ¿Qué tipo de pruebas *había* allí, en un mundo como aquél? Si tuviera a Underwell tendido desnudo ante ella no sería capaz de señalar la diferencia entre él y Nyle. No conocía a los hombres. Sólo las características físicas más evidentes le hubieran permitido distinguir entre él y, digamos, Eremis. O Barsonage.

Luego, bruscamente, la respuesta llegó a ella. Con un repentino y mareante alivio, dijo:

—Pregúntale a Artagel.

—¿Artagel? —exclamó el Castellano suspicazmente—. ¿El hermano de *Geraden*?

—Y de Nyle —contraatacó ella—. Haz que examine el cuerpo. Quítale las ropas y haz que lo examine. Tendría que ser capaz de reconocer el cadáver de su propio hermano.

Lebbick la miró como si considerara aquella idea ofensiva. Bajo uno de sus ojos, un músculo dio unos tirones, proporcionando a su mirada una cualidad maníaca. Terisa había ido demasiado lejos, había dicho algo equivocado, había convencido accidentalmente al hombre de que sus argumentaciones eran falsas. Iba a hacer con ella lo que había venido a hacer. Iba a hacerle daño.

No lo hizo. Dijo:

—De acuerdo. Probaré esto.

»Es una lástima que Underwell no tenga familia aquí. Hubiera sido mejor examinar la cosa desde ambos lados. Pero probaré con Artagel.

Terisa notó que se desvanecía. Deseó poder sentarse. El fruncido ceño del Castellano, sin embargo, aún estaba clavado en ella. No hizo ningún movimiento para irse. Al cabo de un momento dijo:

—Mientras estoy fuera, recuerda algo. Aunque ése *sea* el cadáver de Underwell, eso no prueba que Nyle esté vivo. No prueba nada respecto a *Geraden* o *Eremis*. Todo lo que prueba es que algún busc mierda está completando aún algo. Si quieres que arreste al mujeriego «héroe de Orison», no me muestres que Underwell está muerto. Muéstrame que Nyle está vivo.

Entonces se fue. La puerta de la celda resonó tras él; la llave chirrió en la

cerradura, los pesados tacones de las botas resonaron con mil ecos en las piedras del corredor.

Terisa se sentó en el camastro, apoyó la espalda contra la pared, y se dejó evaporar por un tiempo.

Extrañas elecciones

Los barrotes de la celda eran de viejo y áspero hierro, toscamente fundido y forjado. Pequeñas marcas de óxido marcaban el metal como viruela; parecía antiguo y corrupto. Sin embargo, los barrotes seguían intactos, pese a su edad. Contra la mordedura del óxido, el tosco trabajo y el agravante de la húmeda atmósfera, el hierro se había defendido con generaciones de sebo y miedo humanos. Desde que fueran construidas las mazmorras, docenas o centenares de hombres y mujeres y quizá niños habían permanecido en aquella celda, aferrando los barrotes porque no tenían otra cosa que hacer con su necesidad. Y ahora el rezumar del sudor y el polvo dejados atrás por sus doloridas, crispadas y condenadas manos protegía el metal de sus años acumulados. Si Terisa las frotaba con la manga de su nueva blusa, podía hacer que algunas partes del hierro brillaran débilmente.

Sí. Él tenía razón. Aquello no demostraba que Nyle estuviera vivo. No podía discutir aquello.

Así que el Castellano volvería.

Se preguntó si los lugares donde la gente sufría se hacían siempre más fuertes a través de los residuos del dolor. Y —no por primera vez—, se preguntó cuántos tipos distintos de dolor era posible sentir.

Cuando él volviera, todo lo que le hiciera estaría fuera de su control. Había usado todas sus armas. Ella no era Saddith: no podía utilizar su cuerpo para proteger su espíritu, pese a que él, aparentemente, la deseaba. Incluso aunque hubiera estado dispuesta a efectuar el intento —una cuestión puramente retórica—, carecía del conocimiento y la experiencia necesarios. Y en alguna parte entre los polos del amor y la violencia el Castellano Lebbick había extraviado su camino. Tal vez ya no fuera capaz de distinguir entre ellos.

Hubiera debido irse con Geraden.

Hubiera debido llegar a sus propias conclusiones acerca de él antes, mucho antes.

Hubiera debido hundir un cuchillo en el cuerpo del Maestro Eremis cuando había tenido la oportunidad. Si, de hecho, había tenido esa oportunidad.

El Castellano volvería.

¿Qué esperanzas le quedaban a ella ahora? Sólo una: que Artagel pudiera examinar el cuerpo y estuviera seguro que no era el de Nyle. Si ocurría esto —si se demostraba que ella tenía razón en este punto—, el Castellano podía dudar lo suficiente de su propia ira como para tratarla más cautelosamente. Podía. Tenía que

esperar *algo*, ahora que no podía esperar ser dejada a solas.

Tenía que esperar que el talento de Geraden fuera lo suficientemente fuerte como para salvarla. De alguna forma, había doblado su espejo fuera de su Imagen a fin de aparecer en su apartamento y trasladarla a Orison. Eso era una cosa. Pero doblar el mismo espejo de modo que funcionara como si fuera plano..., eso era algo muy distinto. Un intento mucho más arriesgado. Y, sin embargo, tenía razones para creer que estaba dentro de sus habilidades. Con ese mismo espejo, la había llevado a ella a un escenario que no tenía ningún parecido con la Imagen, un escenario que él había llamado «El Puño Cerrado», en el Care de Domne, y ella no se había vuelto loca. Si él podía hacer aquello para ella, seguro que podía hacerlo también para sí mismo.

¿Seguro?

Oh, Geraden.

La verdad era que no estaba segura de nada. No estaba acostumbrada a la confianza que había proyectado frente al Castellano Lebbick: era más fácil olvidar que sostener. Desgraciadamente, no había nada inevitable en la explicación de los acontecimientos que le había presentado. Como su capacidad para el amor, era algo puramente teórico. Sabía lo que se reiría el Maestro Eremis, si alguien le contara lo que había dicho. En el fondo, su defensa de sí misma se apoyaba completa y exclusivamente en la convicción de que Geraden era inocente. Si estaba equivocada acerca de eso...

Las implicaciones eran intolerables, así que intentó cerrar su mente a ellas. Puesto que no sabía si el Castellano volvería pronto o tarde —y en cualquiera de los dos casos podía significar cualquier cosa, buena o mala—, hizo un esfuerzo por distraerse contando los bloques de granito que formaban las paredes de su celda.

Las dos paredes de los lados habían sido construidas del mismo modo. A primera vista, la construcción parecía descuidada: bloques que encajaban mal habían sido simplemente amontonados unos encima de otros. De modo que era posible soltar algunos, especialmente cerca del techo. Pero el tiempo y el uso habían desgastado los ásperos bordes, dejando una superficie que no podía lastimar. Como contraste, la pared del fondo de la celda era de piedra plana y sin uniones..., cortada, no amontonada. Sin duda el trabajo había sido hecho por los esclavos de Alend y Cadwal nacidos en Mordant, durante los largos años de conflicto entre esas potencias.

Y ahora ella estaba prisionera del mismo conflicto. En cierto sentido, las mazmorras nunca soltaban a sus víctimas. Los rostros y los cuerpos cambiaban —morían y eran retirados—, pero la vieja piedra se aferraba a su finalidad, y la angustia de los hombres y mujeres encerrados en ellas jamás cambiaba. El Rey Joyse no había ido lo bastante lejos cuando había alterado Orison para convertirlo en un lugar de paz. Gran parte de las enormes mazmorras había sido entregada a la Cofradía para

convertirla en su laborium: eso estaba bien..., pero no era suficiente. Todo el lugar hubiera tenido que ser empleado para otra cosa. Entonces quizás el Castellano no hubiera pasado tantos años pensando en las cosas que podía hacerle a la gente que le ofendía.

No sabía qué decirle cuando volviera.

Nunca había sabido qué decirle tampoco a su padre. Hasta ahora, sin embargo, había tenido más suerte con el Castellano. Pero eso había terminado. Había hecho todo en lo que podía pensar. Ahora se hallaba a merced de acontecimientos y actitudes que no podía controlar. Hombres que se volvían locos, hombres que odiaban, hombres que...

—Veo que estás profundamente sumida en tus pensamientos, mi dama —dijo el Maestro Eremis—. Esto te hace especialmente encantadora.

Se volvió, con el corazón palpitando en su garganta, y lo vio en la puerta de su celda. Con una mano retorció negligentemente los extremos de su casulla. Su relajado porte sugería que la llevaba observando desde hacía unos minutos.

—Eres absolutamente notable —prosiguió—. Normalmente, las meditaciones en una mujer sólo producen fealdad. ¿Estabas pensando en mí?

Ella abrió la boca para pronunciar su nombre, pero no pudo hacer descender su corazón; latía demasiado fuerte. Mirándole como si hubiera sido cogida por sorpresa, dio involuntariamente un paso atrás.

—Eso explicaría esta increíble belleza..., el que estuvieras pensando en mí. Mi dama —sonrió como si ella estuviera desnuda delante de él—, puedes tener la certeza de que yo sí he estado pensando en ti.

—¿Cómo...? —Luchó por recuperar su voz—. ¿Cómo has entrado aquí?

Él se echó a reír ante aquello.

—Sobre mis piernas, mi dama. Caminando.

—No. —Terisa sacudió la cabeza. Lentamente, su inmediato pánico recedió—. Se supone que debes estar arriba, en el depósito de agua. Salvando Orison. El Castellano Lebbick jamás te dejaría venir caminando hasta aquí.

—Desgraciadamente, no —admitió el Maestro. Su tono se volvió marginalmente más sobrio—. Me vi obligado a utilizar un poco de marrullería. Un poco de ají en mi vino para producir sudor, de modo que se sintiera impresionado por mis esfuerzos. Una suave poción en el coñac que ofrecí a los hombres que él dispuso para protegerme, a fin de que durmieran un poco. Un pasadizo que fue construido secretamente desde mis aposentos de trabajo en el laborium hasta una parte no utilizaba de las mazmorras..., una tremenda previsión por mi parte, ¿no crees?, considerando que nunca me fue posible estar seguro de que Lebbick te arrestara.

Terisa ignoró el ají y la poción; no significaban nada para ella. Pero un pasadizo secreto que conducía fuera de las mazmorras, una forma de escapar... Tuvo que contenerse sujetándose con ambas manos para no temblar incontrolablemente ante la repentina e irracional esperanza.

Luchando por dominar el temblor en su voz, dijo:

—Te tomaste una gran cantidad de molestias. ¿Qué es lo que quieres? ¿Esperas que te diga dónde está Geraden?

El Maestro Eremis se echó a reír de nuevo.

—Oh, no, mi dama. —Terisa empezaba a odiar aquella risa—. Me lo dijiste hace ya mucho tiempo.

Cuando dijo eso, una punzada de pánico la atravesó..., un miedo distinto de todos sus demás temores y alarmas. Olvidó el pasadizo secreto; era secundario. Sintió deseos de gritar: No, no lo hice, ¡nunca hice eso! Pero tan pronto como él lo dijo supo que era cierto.

Se lo había negado al Tor y a Artagel y al Castellano Lebbick..., pero Eremis ya lo sabía.

—Entonces, ¿qué? —preguntó, como si fuera genuinamente capaz de beligerancia—. ¿Has venido a matarme? ¿Deseas impedir que hable con el Castellano? Has llegado demasiado tarde. Ya se lo he dicho todo.

—¿«Todo»? —La oscura mirada del Imagero destelló como si ya no se sintiera tan divertido como aparentaba—. ¿Qué «todo» es ése, mi dama? ¿Le dijiste que tuve tus suaves pechos entre mis manos? ¿Le dijiste que saboreé tus pezones con mi lengua?

El recuerdo crispó su estómago. Más furiosa, respondió:

—Le dije que fingiste la muerte de Nyle. Tú y Nyle preparasteis ese ataque contra Geraden. Para que nadie creyera las cosas que decía acerca de ti.

»Le dije que Nyle sigue vivo. Emboscaste a Underwell y a esos guardias para que todo el mundo pensara que Geraden había vuelto y lo había matado, pero aún está vivo. Lo mantienes oculto en alguna parte. Conseguiste convencerle de alguna manera que se pusiera de tu lado, quizá odie a Geraden por detenerle cuando intentó ayudar a Eremis y al Príncipe Kragen..., y ahora lo guardas a buen recaudo en algún lado.

»Eso es lo que le dije al Castellano.

A la incierta luz de la lámpara, la sonrisa del Maestro Eremis pareció hacerse más dura, más acusada.

—Entonces me alegro de que nunca fuera mi intención hacerte ningún daño. En

caso contrario, todo el mundo supondría que había alguna justicia en tus acusaciones.

»Pero no te guardo ningún rencor por ello. Demostraré —dijo con voz suave— la injusticia de esas acusaciones.

—¿Cómo? —respondió secamente ella, intentando afirmar su valor..., intentando no pensar en el hecho de que ella había traicionado a Geraden *al* Imagero—. ¿Qué nuevas mentiras tienes en mente?

La sonrisa de Eremis llameó como una hoja.

—Ninguna mentira en absoluto, mi dama. No volveré a mentirte de nuevo. ¡Observa! —Hizo un floreo con una mano, y extrajo una larga llave de hierro de la manga de su capa—. He venido para sacarte de aquí.

Ella se lo quedó mirando; el shock la hizo desear tenderse en su camastro y cerrar los ojos. Él tenía una llave de la celda. Deseaba sacarla de aquí, ayudarla a escapar..., deseaba librarla de las garras del Castellano. Se sintió demasiado confusa, no pudo pensar. Empieza todo de nuevo. Él tenía una llave de la celda. Deseaba... No tenía ningún sentido.

—¿Por qué? —murmuró, formulándose a sí misma la pregunta, sin esperar a que él la contestara.

—Porque —dijo él claramente— tu cuerpo es mío. Lo he reclamado, y tengo intención de conseguirlo. No acepto que mis deseos se vean frustrados o rechazados. Otras mujeres tienen tu misma piel y sus mismas caderas, tus mismos pechos..., pero no prefieren a un larguirucho, estúpido e inepto Apr después de que yo me haya ofrecido a ellas. Cuando concibo un deseo, mi dama, lo satisfago.

—No —dijo ella de nuevo—. No. —No porque quisiera discutir con él, sino porque le había dado algo en que pensar—. Nunca correrías ese riesgo. No querrías arriesgarte a ser descubierto aquí. Deseas utilizarme para algo.

Entonces se le ocurrió.

—¿Realmente te asusta tanto Geraden?

La sonrisa del Maestro Eremis se retorció y se borró de su rostro; sus ojos la miraron ardientes.

—¿Has perdido el sentido, mi dama? ¿Asustarme? ¿Geraden? Disculpa mi franqueza..., pero si crees que Geraden Pietorpe me asusta en algún sentido es que te has vuelto loca. Lebbick y sus mazmorras te han hecho perder la cabeza.

—No lo creo así. —De una forma que se parecía sorprendentemente a la del Castellano, Terisa apretó los puños y los golpeó contra los lados de sus piernas como para remarcar el ritmo de sus pensamientos, su inevitabilidad—. No lo creo así.

»Tú sabes lo que él es capaz de hacer. Finges que no es así, pero sabes que puede

hacerlo mejor que cualquiera..., mejor que lo hace ahora. Gilbur lo observó hacer aquel espejo. Tú sabías que iba a ocurrir algo inesperado cuando la Cofradía decidió permitirle seguir adelante e intentar trasladar al campeón. Es por eso por lo que te pusiste en su contra. No estabas intentando protegerle. Deseabas impedirle que descubriera lo que es.

»La razón de que intentaras conseguir que fuera aceptado en la Cofradía era precisamente distraerle, confundirle..., hacer que le resultara más difícil comprender.

»Cuando Gilbur trasladó al campeón —golpeó con sus puños, duro, más duro—, nos dejaste a Geraden y a mí delante del espejo, *directamente* delante del espejo. Probablemente le empujaste. Deseabas que el campeón lo matara. —Que nos matara a los dos. El Maestro había intentado matarla también a ella desde un principio. Pero ése era el único fallo en sus convicciones, la única cosa que no tenía sentido: por qué alguien podía desear matarla a ella—. No hay ninguna duda al respecto. Definitivamente, le temes.

Esta vez el ladrido de la risa del Maestro Eremis carecía de todo humor, de todo regocijo.

—Me juzgas mal, mi dama. Me juzgas terriblemente mal.

Ella no se detuvo; era demasiado tarde para echarse atrás.

—Es por eso por lo que estás ahora aquí —dijo, golpeando las palabras contra sus muslos—. Por eso quieres sacarme de aquí. Quieres hacerme tu prisionera. Sabes que él se preocupa por mí —se *preocupa* por mí, ¡oh, Geraden!—, y deseas utilizarme contra él. Crees que si lo amenazas con hacerme algún daño él hará todo lo que tú quieras.

—Me juzgas mal, he dicho. No es miedo. ¿Miedo a ese cachorro? Antes perdería mi hombría.

Ella le oyó, pero no por ello dejó de hablar.

—Lo único —lo cual era una mentira, pero no tenía intención de decirle la verdad—, la única cosa que no comprendo es por qué simplemente no enviaste a Gart a matar a los señores de los Cares y al Príncipe Kragen. ¿Para qué otra cosa los reuniste? No deseabas ninguna alianza..., sabías que aquella reunión sería un fracaso. Simplemente estabas intentando minar a todos los enemigos de Cadwal al mismo tiempo.

»¿Por qué no terminaste el trabajo? Con los señores y el Príncipe Kragen muertos, Alend y Mordant e incluso Orison se sumirían en el caos. ¿Qué era lo que temías?

Bruscamente, el Maestro Eremis alzó sus puños y golpeó los barrotes tan duramente que la puerta resonó contra su cerradura.

—*No fue miedo. ¿Acaso estás sorda? ¿Tienes la arrogancia de ignorarme? ¡No fue miedo!*

»Fue *política*.

Terisa le miró desde el otro lado de los barrotes, más allá del conflicto de luces y sombras que producía la lámpara en su rostro, y murmuró suavemente, en reconocimiento:

—Oh.

—No envié a Gart contra los señores y Kragen —dijo Eremis roncamente— porque era imposible estar seguro de que tuviera éxito. El Termigan y el Perdon y Kragen son todos buenos luchadores. Kragen tenía guardaespaldas. Y cualquier hombre que mate al Tor puede ahogarse en su sangre derramada. También era demasiado pronto para arriesgarme a revelar mis intenciones. La jugada que elegí era más segura.

»Cuando Gilbur realizó su traslación, el campeón vino a nosotros tomando la dirección que yo deseaba que tomara..., hacia las partes más pobladas de Orison, las habitaciones y las torres, donde lo más probable era que el desastre que causara llevara a los señores y a Kragen a la ruina. Por eso lo deseaba, ésa fue la única razón por la que permití que se realizara la traslación.

»Por supuesto —dijo el Maestro, como una disgresión—, una vez trasladado, era necesario mantenerlo lejos de Lebbick. No podía permitir que algún extraño giro de los acontecimientos lo pusiera en alianza con Orison y Mordant. Había que dejarlo que vagara a su aire e hiciera tanto daño como pudiera, sin amigos ni comprensión. Eso también me servía. Pero mi objetivo principal era más inmediato.

»Deseaba que reventara Orison, destruyendo a la vez a todos mis principales enemigos. Si hubiera ido en aquella dirección, si tú no le hubieras hecho volverse, mi dama..., mi jugada me hubiera proporcionado grandes compensaciones.

»*Política*, mi dama. Si tiene éxito, yo tengo éxito también. Si fracasa, yo sigo para proseguir mis objetivos por otros medios.

»Y lo que hice respecto a Geraden es también *política*, no *miedo*. Él es mi enemigo..., y parece poseer un extraño talento. En consecuencia, lo destruiré. Pero lo destruiré de una forma que sirva a mis fines antes que ponerlos en peligro. No *temo* —exhibió con vehemencia sus dientes— a ese ignorante e imposible hijo de un cobarde.

Así que lo admitía. Había tenido razón respecto a él..., había razonado correctamente hacia la verdad. Ese descubrimiento la alivió y la aterró simultáneamente. Había tenido razón respecto a él, había tenido *razón*. Geraden era inocente, y ella había alcanzado la verdad sola, sin nadie que la ayudara o rescatara.

Era un intenso alivio recordar simplemente que él nunca había conseguido terminar lo que había empezado con ella: que no había conseguido matarla..., ni llevarla a su cama; que no había conseguido confundirla lo suficiente como para que le volviera la espalda a Geraden.

Por otra parte, no había testigos; nadie más excepto ella le había oído. Estaba sola con su conocimiento..., sola con él.

Y él tenía una llave de su celda.

Sin pretenderlo, ella misma se había despojado de su única protección..., la apariencia de incompreensión que le había permitido a él pensar que no constituía ninguna amenaza, que le había permitido creer que podía hacer todo lo que deseara con ella.

Presa de un repentino pánico, intentó montar una defensa.

—Demuéstralo —respondió, gruñendo interiormente por la forma en que tembló su voz—. Déjame aquí. Vuelve al depósito y salva Orison de Alend. Si no le temes, no me necesitas.

Su alarma era demasiado evidente: pareció restablecer su humor, su ecuanimidad. Empezó a sonreír de nuevo, vorazmente.

—Oh, vamos, mi dama —dijo con tono despectivo—, tú no deseas realmente eso. Te he acariciado en lugares que nunca olvidarás. Ningún hombre atesorará nunca el ardor de tus ingles o la súplica de tus pechos como yo..., y seguramente no ese estúpido de Geraden, cuya torpeza convertirá cada una de sus caricias en una desdicha para ti. Si consultas a tu corazón, me acompañarás voluntariamente.

»Si, además, resultas serme útil, ¿qué mal puede hacerte eso? Seguirás siendo mi dama. Y serás recompensada. Voy a *ganar* esta confrontación. El Rey Joyse lo considera un simple juego, un ejercicio de brinco, y ésa es una de las muchas razones por las que Mordant será derrotado. Alend será derrotado también, y Cadwal se verá consumido. Cuando yo haya terminado, no quedará ninguna potencia en todo este mundo que no sea *mía*. Entonces, la mujer que permanezca a mi lado tendrá riquezas y placeres más allá de su más loca imaginación.

»Lucirás bien en ese lugar, mi dama. Si me acompañas voluntariamente, será tuyo.

Terisa lo estudió duramente. No escuchaba lo que estaba diciendo; su oferta no significaba nada para ella. Pero el hecho de que la hiciera significaba algo. *Significaba* algo. Cuando él calló, ella murmuró:

—Toma a Saddith. Ella desea el trabajo. —Hablando con voz fuerte para que el sonido de sus propias palabras la ayudara a pensar—. Aún estoy intentando imaginar por qué te molestas en fingir seducirme. Tienes una llave. Eres más fuerte que yo.

¿Por qué no simplemente entras, me violas, me golpeas en la cabeza, y dejas que Gilbur o Vagel me trasladen a alguna otra mazmorra donde puedas usarme sin necesidad de ser amable conmigo?

—Porque —se había recuperado de la desagradable sorpresa que ella le había proporcionado; ahora estaba muy seguro de sí mismo— no es eso lo que deseas realmente, mi dama. Tu más profundo deseo no es desafiarme, sino abrirte a mí de modo que yo pueda enseñarte las alegrías de tu cuerpo..., y del mío.

Ella agitó negativamente la cabeza, sin apenas oírle. Cualquier explicación que él ofreciera era automáticamente falsa. De todos modos, para su propio beneficio, prosiguió:

—No sólo tienes miedo de Geraden. También tienes miedo *de mí*. —Sintió una creciente sensación de maravilla y desánimo—. Estás intentando engañarme por la misma razón que has intentado matarme. Tienes *miedo* de mí.

Esta vez, cuando el Maestro Eremis rió, su regocijo fue inconfundible y nada forzado.

—Oh, mi dama —se carcajeó—, eres un manantial de sorpresas. Te alabas a ti misma más allá de todo reconocimiento. Si no te mostraras tan ansiosa, creería que estás ebria de orgullo.

»Sin embargo, respetaré lo que dices. Quizá desees un poco de fuerza. Tal vez eso añada algo de picante a tu rendición final. Puesto que lo sugieres...

Con una risita final, metió la llave en la cerradura y la hizo girar.

Sin un segundo de vacilación, Terisa retrocedió hasta el fondo de la celda y gritó a todo pulmón:

—¡Guardias!

El Maestro Eremis se inmovilizó. Su mirada fue hacia el extremo del corredor, luego volvió de golpe a la repentina furia de ella.

Terisa puso todo su corazón en su grito:

—¡Guardias!

Una puerta resonó en la distancia. Un rumor de botas corrió por el corredor.

El Imagero dejó escapar una maldición.

—Muy bien, mi dama —siseó salvajemente—. Ésa fue tu última oportunidad, y la has perdido. —En un giro de oscuridad, se dio la vuelta para marcharse—. Ahora deberás enfrentarte a las consecuencias de tu estupidez. Cuando Lebbick haya acabado contigo —habló con voz lo bastante fuerte como para crear ecos a sus espaldas, a fin de que ella pudiera oírle mientras se marchaba—, espera cosas peores de mi parte.

Desapareció.

Su partida fue tan brusca —y la aproximación de los guardias sonó tan ominosa— que por un instante pensó que había cometido un error.

Esa preocupación, sin embargo, se evaporó casi inmediatamente: ardió con la rápida y ardiente consciencia de que prefería ser dejada a merced del Castellano. Era impredecible y violento, capaz de casi cualquier atrocidad cuando sus lealtades se veían ultrajadas. Sin embargo, era *fiel...*, de mucha más confianza que la gente en la que había depositado su fe. De hecho, esa discrepancia era lo que lo volvía loco. Prefería enfrentarse a un hombre como él, que era al menos leal a su Rey, que ser seducida por un hombre como el Maestro Eremis, que era falso para todo el mundo.

Los guardias llegaron a su celda y pidieron amenazadoramente una explicación, porque el Castellano Lebbick podía censurarles por cualquier cosa que hicieran respecto a ella. Por un momento Terisa estuvo a punto de decirles lo que había ocurrido. El Maestro Eremis había estado allí. Tenía una entrada secreta a las mazmorras. Era un traidor. Pero su instinto para el subterfugio le hizo tragarse sus palabras. No. Podía necesitarles. El Castellano iba a volver: podía necesitar todo lo que pudiera decirle.

Enfrentándose a los guardias con un repentino valor, respondió:

—Quiero verle.

Los dos hombres se la quedaron mirando con la boca abierta. Uno de ellos preguntó estúpidamente:

—¿A quién? ¿Al Castellano?

Asintió.

El otro se echó a reír.

—Un esfuerzo inútil. La última vez que una mujer deseó *verle*, la hizo desnudar y azotar y arrojar fuera de Orison. —Sonrió ante el recuerdo—. También tenía unas hermosas tetas. Hubiera salido mejor parada si hubiera acudido a mí.

Terisa cerró los ojos para controlar un acceso de repugnancia.

—Decídselo —indicó—. Simplemente decídselo.

Los guardias se miraron entre sí. El primero murmuró:

—No va a gustarle. —Pero el otro se limitó a encogerse de hombros.

Caminando pesadamente, se alejaron.

Terisa se sentó en su camastro e intentó creer que sabía lo que estaba haciendo.

No tuvo mucho tiempo para prepararse. Al cabo de poco rato de irse los guardias,

oyó la furia del Castellano Lebbick resonar a lo largo del corredor.

—¡No me importa una bosta de caballo a quién desee ver! ¡Vosotros dos, irresponsables hijos de una oveja, estaréis limpiando letrinas antes de que amanezca! ¡Vais a limpiar letrinas hasta que todo lo que comáis sepa a meados, y vuestras esposas e incluso vuestros hijos apesten igual que vosotros! ¿Quién os ha dado el jodido permiso de permitir que tenga *visitas*?

Entonces la puerta entre la sala de guardia y las mazmorras golpeó fuertemente contra su marco; y el resonar de las botas, duro como el odio, se acercó por el rezumante corredor de piedra.

Impresionada, Terisa se descubrió a sí misma murmurando impotente: Oh, no, oh, no, oh, no, al borde del pánico.

El Castellano se detuvo en seco frente a su celda, como un hombre con la idea fija del asesinato. El brillo de sus ojos era lo bastante feroz como para agostar el poco valor que le quedaba; sus mandíbulas estaban encajadas con violencia. Como un puñetazo, metió la llave en la cerradura, la hizo girar, y abrió de un tirón la puerta. La puerta golpeó tan duramente que los barrotes sonaron como un carillón.

—¡Maldita *zorra*! —Entró en la celda, avanzó directamente hacia ella—. ¡Me he roto las entrañas contigo todo el día, y tú no dejas de tener *visitas*!

Involuntariamente, Terisa se acurrucó en el camastro, protegiéndose contra la pared.

—¡El Tor! —exclamó, intentando impedir que él la golpeará—. ¡Artagel! Ellos vinieron aquí. Yo no pedí verles.

—¡No *tenías* que hacerlo! —Sus puños agarraron su blusa, la arrastraron tan ferozmente fuera del camastro que la costura de uno de los hombros cedió y la tela se rasgó con un gemido—. Artagel está aún demasiado enfermo para salir de la cama, y el Rey Joyse personalmente le dijo al Tor que me dejara a mí el trabajo contigo. En cambio, ambos vinieron a *verte*.

»¿Qué estáis completando? ¿Te contaron ellos lo que *tenías* que decirme? Tuvieron que hacerlo. Medio creí ese meado de perro de historia acerca de Eremis y Gart. No pudiste inventarla por ti misma..., no sabes lo suficiente. No, estáis haciendo esto juntos. Esos jinetes de pelaje rojo vinieron del Care de Tor. Artagel es el hermano de Geraden. —Presa de una convulsiva rabia, retorció la blusa de ella de tal modo que desgarró otra costura—. ¿*Qué estáis completando*?

—Nada. —Tenía que ser capaz de resistirle, pero sus fuerzas la habían abandonado—. Nada. —La furia del hombre estaba tan cerca de su rostro que Terisa apenas podía enfocar sus ojos en él, apenas podía verle; Lebbick era una oscura mancha rugiente frente a ella, aferrándola..., demasiado odio para soportarlo. No

podía hacer más que lloriquear su protesta—. Nada.

—¡Estás *mintiendo*! —Su intensidad parecía ahogarle—. ¡Me estás *mintiendo* a mí! —Su voz era como un aullido encallado en su garganta, demasiado congestionado para brotar—. Tienes amigos, aliados. Incluso mientras estás encerrada en las mazmorras. No puedo impedir que sigas complotando. ¡Pretendes *destruimos*! ¡Pretendes destruirme!

Sintió que acumulaba sus fuerzas como para consumirla; su visión se borró. Un espasmo de su presa casi dislocó sus hombros. Luego él la rodeó con sus brazos y empezó a besarla como si hubiera estado hambriento de ella desde hacía tanto tiempo que la presión de su necesidad hubiera hecho saltar su autocontrol.

Ella se hundió en su abrazo, en la oscuridad. Se dejó caer fláccidamente, de modo que apenas notó la violencia de sus besos, apenas notó el hierro de su peto contra su pecho. La oscuridad la absorbió, fuera de sí misma, fuera de la existencia..., fuera del peligro. La llevó hasta un lugar donde él no podía tocarla y estaba a salvo...

No. Desvanecerse no era la respuesta. Tenía que hacer algo mejor que aquello. No conseguiría nada. Oh, la mantendría segura, mantendría su espíritu oculto entre los secretos de su corazón..., pero su cuerpo sufriría pese a todo el daño. Y no quedaría nadie para ayudar a Geraden. No quedaría nadie para detener al Maestro Eremis. No quedaría nadie para empujar Orison contra su auténtico enemigo, contra el Maestro Eremis y su terrible alianza con el Maestro Gilbur y el archi-Imagero Vagel, con Gart y Cadwal. Finalmente recuperó sus sentidos. Myste había dicho: *Los problemas deben ser resueltos por aquellos que los ven*. No había nadie más.

Estaba aterrada..., pero el hecho de que fuera *capaz* de escapar le dio valor. Permaneció fláccida, inerte, hasta que el Castellano relajó su abrazo y deslizó las manos hacia el cinturón de sus pantalones, reclinándola de espaldas contra el camastro. Entonces abrió los ojos y le miró fijamente.

Ahora podía verle con claridad, la aflicción abultando la línea de su mandíbula, la pálida intensidad a cada lado de su nariz, la oscuridad como una manía en sus ojos. La asustó hasta lo más profundo de su alma, allá donde su miedo a su padre vivía y ardía aún, distorsionándola. Sin embargo, sujetó sus muñecas y las retuvo tan duramente como le fue posible, intentando detenerle.

Como si sus besos la hubieran vuelto lúcida y loca, inmune al temor, dijo:

—No les preguntaste por qué vinieron a verme. No te molestaste en hacerlo. No le pediste a Artagel que examinara el cuerpo de Nyle. Ni siquiera *intentaste* descubrir la verdad. Simplemente deseabas hacerme daño más que ninguna otra cosa en el mundo, y ellos finalmente te dieron una excusa.

Rugiendo casi silenciosamente tras la constricción de su pecho, él se desprendió

de ella y apartó su brazo. Iba a golpearla con la dureza suficiente como para aplastar su cráneo contra la pared.

—Vinieron a verme —dijo ella, lúcida y completamente fuera de contacto con la realidad de su situación— porque deseaban que te dijera dónde está Geraden.

Él se detuvo, con el brazo levantado y los dientes destellando. La sorpresa o la duda o el disgusto hacia sí mismo parecieron apoderarse de él, agarrotar todos sus músculos. Roncamente, jadeó:

—Estás mintiendo. Todavía sigues mintiendo.

—No. —Ella agitó calmadamente la cabeza. Era una locura mostrarse tan calmada—. ¿Es cierto que no le pediste a Artagel que fuera a examinar el cuerpo de Nyle?

El Castellano iba a golpearla. O de otro modo iba a desmoronarse allí mismo, delante de ella. Precariamente equilibrado entre ambos extremos, se atragantó:

—Se lo pedí. Tuvo otra recaída. Está demasiado mal para comprender la cuestión. Firme y sin ningún temor, ella apartó su decepción como si fuera algo trivial.

—No importa —murmuró. Parecía como si estuviera intentando consolar al Castellano Lebbick—. Tuve otro visitante. Uno del que tú no sabes nada.

»El Maestro Eremis estuvo aquí.

»Ahora puedo probar que es un traidor.

Un destello llameó en la mirada del Castellano. Envaró su espalda y se irguió sobre ella como si su cuerpo se hubiera convertido en piedra; se contuvo con un esfuerzo de voluntad tan salvaje que le hizo jadear en busca de aire.

—¿Cómo?

Con una quietud innatural y un refrenado salvajismo, Terisa y el Castellano se hablaron el uno al otro.

—Puso ají en su vino para hacerse sudar, para que tú creyeras que estaba agotado.

—Nunca probarás eso.

—Administró a tus guardias una poción para hacerles dormir, a fin de poder venir.

—Si están despiertos cuando lo compruebe, nunca probarás eso tampoco.

—Tiene un camino secreto hasta las mazmorras. Parte de su sala de trabajo en el laborium. Deberías ser capaz de descubrirlo sin demasiados problemas.

Cuando dijo eso, el Castellano Lebbick se echó hacia atrás. No liberó el control que mantenía sobre sí mismo, pero sus ojos traicionaron una enorme acumulación de dolor.

—Si vino aquí —preguntó, aún respirando pesadamente—, ¿por qué no te fuiste con él? ¿Por qué no escapaste?

Por alguna razón, aquella pregunta quebró la loca calma de Terisa. Tuvo la sensación de que se rompía como la cascara de un huevo. Sin transición, pasó de la lucidez al borde de la histeria.

—Porque... —su voz se quebró, y su corazón martilleó como si no pudiera seguir soportando la tensión—. Porque deseaba utilizarme contra Geraden. De la misma forma que utilizó a Nyle.

Un músculo empezó a pulsar en la mejilla derecha del Castellano. El tic se extendió hasta que todo aquel lado de su rostro reflejó el espasmo. Estaba perdiendo el control.

—Entonces, si estás diciendo la verdad... —por primera vez desde que lo había conocido, sonó como un hombre *capaz* de llorar—, Geraden ha sido siempre fiel al Rey Joyse. *Fiel*, cuando casi nadie lo es. Y tú eres fiel a Geraden. Y yo he estado causándole daño a mi Rey desconfiando de ti..., intentando protegerlo de ti.

Torpemente, Terisa asintió.

Sin ninguna advertencia, el Castellano giró en redondo.

—Voy a comprobar este «camino secreto» por mí mismo. —Cerró la puerta tan brutalmente que escamas de óxido se esparcieron por la piedra, y echó a andar por el corredor.

Casi inmediatamente su paso se convirtió en una carrera. Su voz resonó junto al sonido de sus botas mientras gritaba, como si le estuviera diciendo adiós a ella, o a sí mismo:

—¡Soy leal a mi Rey!

Absolutamente entumecida y apenas *capaz* de pensar en lo que acababa de ocurrirle hacía un momento, Terisa unió la desgarrada costura de su blusa de la mejor manera que pudo. El pesar amenazaba con abrumarla: el suyo; el del Castellano; el dolor y la tristeza de cualquiera que tuviese que soportar el declive del Rey Joyse. No, *declive* no era la palabra adecuada. Todavía sabía lo que estaba haciendo. Había conducido deliberadamente Mordant y Orison hasta aquel dilema. Embotadamente, pensó en aquello para impedirle considerar lo cerca que habían estado ella y el Castellano Lebbick de destruirse mutuamente.

Cuando finalmente alzó la vista de su fútil intento de hacer que su blusa tuviera un aspecto decente —o al menos la abrigara—, vio al Maestro Quillón inexplicablemente de pie fuera de los barrotes de su celda.

—Eso fue muy valiente, mi dama —dijo con tono distante—. Desgraciadamente,

fue un error.

Ella lo miró con la boca abierta; y la dejó abierta, sin que fuera capaz de hacer otra cosa.

—El Maestro Eremis te mintió. No hay ningún pasadizo desde su sala de trabajo hasta las mazmorras. Vino hasta ti por traslación.

»Cuando el Castellano descubra que no hay ningún pasadizo, no creará ninguna otra palabra que le digas. Su furia será tan grande que me temo que sea incapaz de contenerse y no matarte.

Aquello era demasiado. El miedo y la soledad llenaron el pecho de Terisa, y se echó a llorar.

Brinco

Al cabo de un rato, sintió una mano en su hombro.

Estaba llorando intensamente; pero el contacto fue inesperado, y la sobresaltó. Alzó la vista para descubrir al Maestro Quillón a su lado. Su nariz se fruncía, y sus ojos eran gentiles; evidentemente, intentaba consolarla.

—Mi dama —murmuró—, ha sido doloroso para ti, lo sé. Y debe parecerte injustificado. Tú no pediste nada de esto. Y, aunque nosotros tampoco te elegimos, no hemos dudado en utilizarte. Te proporcionaré toda la ayuda que me sea posible.

Ayuda, pensó ella entre sus lágrimas. Toda la ayuda que me sea posible. Era demasiado tarde. El Castellano era demasiado fuerte. Tenía demasiado poder. Ella no podía probar nada contra el Maestro Eremis. Nadie iba a poder ayudarla.

Pero el Maestro Quillón estaba de pie a su lado. Con una mano sobre su hombro. Dentro de la celda. Cuando consiguió aclarar sus ojos tras varios parpadeos, vio que la puerta estaba abierta.

El Imagero miró en la misma dirección y comentó, con un encogerse de hombros:

—Afortunadamente, el Castellano estaba en un estado tal de excitación que olvidó cerrar con llave. Dudo que ninguno de los guardias estuviera dispuesto a abrirla por nosotros cuando él se halla a ese nivel de ultraje.

Gradualmente, la puerta abierta y la inexplicada presencia del Maestro Quillón centraron su atención. La presión de los sollozos se alivió en su pecho; su respiración se hizo más regular. Sin enfrentarse a los ojos del Maestro, murmuró:

—¿Te ha enviado Havelock esta vez?

—Indirectamente —respondió Quillón—. Estoy aquí en su beneficio..., y por el Rey. Para salvar todo Mordant. Pero primero —la mano sobre su hombro se tensó un poco— tengo que sacarte de esta prisión.

¿Sacarme...? Sus ojos se alzaron bruscamente hacia él: le miró con fijeza, incapaz de controlar la forma en que su rostro ardió de pronto con ansia y esperanza. Su boca moduló palabras que no halló voz para expresar: ¿Vas a *liberarme*?

Bruscamente, el Maestro Quillón retiró la mano del hombro de ella y se sentó a su lado en el camastro. Ahora su mirada estudió el suelo en vez de enfrentarse a la de ella.

—Mi dama —dijo a las piedras—, me apena verte tan sorprendida. Me apena más incluso saber que merecemos tu sorpresa. No me gustan algunas de las cosas que te hemos hecho. Y yo carezco del talento del Rey Joyse para los riesgos. Merecemos

cualquier recriminación que puedas hacer contra nosotros.

Entonces su tono se volvió más sardónico.

—La verdad es que merecemos ser traicionados..., tanto por ti como por Geraden, si no por nadie más. Pero un ciego podría ver ahora que eres fiel a él, así que no vas a traicionarnos. En eso somos excepcionalmente afortunados. Quizá nuestra buena suerte sea tan grande como nuestra necesidad.

Terisa estaba demasiado confusa para seguir lo que él decía, de modo que preguntó:

—¿Pretende esto ser otro discurso?

El Maestro retrocedió ligeramente; quizá pensó que ella se estaba mostrando sarcástica. Pero siguió:

—No si tú no lo deseas, mi dama. Si me lo pides, mantendré mi boca cerrada. Simplemente te sacaré de aquí y te llevaré donde tú elijas sin discutir..., y sin ninguna explicación. Pero te diré claramente —la miró, dejando que ella viera el dolor en su rostro— que me herirás profundamente si no me permites explicarme. Y creo que incrementarás la dificultad de tus propias decisiones.

Ella apenas podía creer en lo que oía. Ser ayudada, ofrecerle explicaciones, ofrecerle la *libertad*... En vez de sentir resentimiento hacia él, como él al parecer esperaba, se sentía obligada a reprimirse para no volver a echarse a llorar agradecida.

Pero tenía que tener más autocontrol que *esto*. De otro modo todo en ella se perdería. Actuaría mal. Así que no se precipitó a aceptar su oferta. En vez de ello, se concentró en *pensar* de nuevo, en hacer que su cerebro reanudara su funcionamiento. Tentativamente, buscando lo que deseaba comprender primero, preguntó:

—¿Cómo sabes que el Maestro Eremis no tiene ningún camino secreto hasta aquí? ¿Cómo sabes lo que me dijo?

—Lo oí —respondió el Maestro Quillón, con repentina sequedad. No parecía gustarle lo que había oído—. Llevo oculto aquí abajo desde el mediodía, cuando el Príncipe Kragen dejó de enviar catapultas contra nosotros. Oí tu conversación tanto con el Castellano como con Eremis..., y con el Castellano de nuevo. —Hizo un esfuerzo por hablar más suavemente—. Así es como pude estar seguro de tu lealtad a Geraden.

Como si creyera que ella no estaba formulando las preguntas adecuadas —no estaba siendo lo bastante dura con él—, dijo casi inmediatamente:

—Preguntarás por qué no intervine cuando el Castellano te amenazó. Mi dama, por favor, cree que lo hubiera hecho. Pero tú misma hallaste tu propia respuesta a su violencia. Puesto que él no debe saber mi parte en todo esto, si puede evitarse, dejé que te ocuparas por ti misma de él.

—No —dijo ella reflexivamente, abstraída en su concentración. Él tenía razón: había algo que ella deseaba preguntarle, un tema que deseaba seguir. Pero todavía no —. Ya me hablarás más tarde de eso. —Primero lo primero. Tenía que poner un poco de orden en su mente—. Dijo que había construido un camino secreto desde su sala de trabajo hasta las mazmorras. ¿Cómo puedes estar seguro de que no es cierto?

El Maestro se frotó la nariz para hacer que dejara de fruncirse.

—Sería imposible hacer un trabajo así en secreto, con tantos Aprs por todas partes en el laborium. Independiente de esto, sin embargo, sé que Eremis no utilizó ningún pasadizo para llegar hasta aquí. Yo lo vi llegar y partir. Se trasladó.

—¿Quieres decir...? —¿Quieres decir que *él* también puede pasar a través de un espejo plano y no volverse loco? ¿Que *todo el mundo* puede hacerlo?—. ¿Quieres decir que tiene un espejo con estas mazmorras en su Imagen?

¿Cómo es posible luchar contra gente que puede pasar a través de los espejos planos sin volverse loca?

—Me temo que sí, mi dama. Sospecho que es el mismo espejo que trasladó a esos insectos perseguidores contra Geraden. Los pasadizos de Orison son confusos, lo sé, pero en realidad no nos hallamos lejos del punto de traslación que ellos utilizaron..., y que utilizó Gart cuando os atacó a ti y al Príncipe. Hay una considerable cantidad de piedra entre esta celda y ese corredor, pero por supuesto la piedra no es un obstáculo para una Imagen, si el foco de ese espejo puede ser desviado todo ese trecho.

»Incidentalmente, puede que te preguntes por qué vuestros enemigos no enviaron más de esos insectos contra ti mientras permanecías aquí indefensa. —En realidad, ella no se había preguntado nada al respecto, pero el Maestro Quillón siguió de todos modos—: La opinión del Adepto es que debe dárseles el aroma de su víctima antes de que puedan empezar su persecución. Para cualquiera asociado con la Cofradía sería fácil obtener algo perteneciente a Geraden: un objeto pequeño, un trozo de ropa. Pero las oportunidades de coger algo de tus habitaciones o guardarropa han sido más bien escasas. Sin tu aroma, es imposible enviar a los insectos contra ti.

Involuntariamente, Terisa se *estremeció*. *No deseaba pensar* en aquellas horribles...

El Maestro Quillón la salvó. Siguió hablando: —Teniendo en cuenta que Eremis te desea, quizá como rehén, quizá como amante..., te desea lo suficiente como para arriesgarse a venir hasta aquí, es una pregunta interesante por qué no ha utilizado este espejo para trasladarte fuera de aquí. Entonces estarías enteramente en su poder. Pero sospecho que el foco de ese espejo ha sido desviado ya hasta tan lejos como podía alcanzar.

»Debe hallar terriblemente exasperante que la solución perfecta a su dilema le sea negada por el pequeño hecho de que tú estás *aquí* en vez de ocho celdas más allá. Como he dicho, somos más afortunados de lo que merecemos.

El Maestro lo había hecho de nuevo, se había salido por la tangente, la había distraído. Una repentina frustración creció en ella.

—Entonces, ¿por qué no lo *detienes*? —Se volvió hacia Quillón, exigiendo una respuesta con todo su cuerpo—. Haz que el Castellano lo detenga. Que lo encierre en algún lugar seguro. Va a traicionar *a todo el mundo*. Es preciso *detenerle*.

—Mi dama —la voz del Maestro Quillón era suave, y sus ojos la estudiaron como si se preguntara cuánta verdad era *capaz* de soportar—, todavía es demasiado pronto.

¿Demasiado *pronto*? ¿Demasiado *pronto*? Le miró con la boca abierta, incapaz de hablar.

—No sabemos dónde se halla localizada su fuerza. No sabemos cómo efectúa su truco de traslación. No sabemos hasta cuán lejos se extienden sus alianzas, o cuántas potencias tiene preparadas para sacar de sus espejos y arrojar contra nosotros. No sabemos cuáles son sus planes..., cómo pretende destruirnos. Hasta que haga saltar el resorte de su trampa, no tenemos ninguna forma efectiva de devolverle el golpe.

Ella siguió mirándole con la boca muy abierta. Le daba vueltas la cabeza. Con un esfuerzo, preguntó débilmente: —¿«Nosotros»?

El maestro sonrió ligeramente, hoscamente. —Sí, mi dama. El Rey Joyse, en su mayor parte. Y el Adepto Havelock, cuando es *capaz* de ello. Sigo sus instrucciones. — Hizo una pausa mientras ella se volvía pálida por la impresión; luego admitió—: No es una cábala muy impresionante, *me temo*. Pero no tenemos a nadie más.

Un momento más tarde —quizá porque Terisa era incapaz de dejar de mirarle—, pareció compadecerse de ella.

—No podemos permitirnos aliados —explicó—. La esencia de la política del Rey es aparecer débil. Confuso en sus prioridades. Incapaz de alcanzar decisiones. Desinteresado de su reino. Y sería imposible crear esa apariencia si sus intenciones no fueran mantenidas secretas. Si la Reina Madin supiera la verdad, ¿le hubiera vuelto la espalda a su esposo en estos momentos de más grave peligro? Si el Tor supiera la verdad, ¿cómo podría representar su papel de amigo desdeñado y bravucón? Si el Castellano Lebbick supiera la verdad... No, sería desastroso. No hay subterfugio en él. Y nadie creería que el Rey Joyse había perdido su voluntad o su ingenio si Lebbick siguiera mostrándose confiado.

Nosotros, murmuró Terisa para sí misma, el Rey Joyse, como si las palabras no tuvieran sentido. No podemos permitirnos aliados. Todo era deliberado.

—El hecho —dijo Quillón— es que todo el mundo que ama al Rey se

comportaría de forma diferente si le comprendiera. Y así todo se quedaría en nada. Confía en mí solamente porque por todo Orison me conocen desde siempre tal como soy..., y porque el Rey Joyse necesita tener *un* amigo e Imagero en quien pueda confiar más que en el Adepto.

—Pero, ¿por qué? —Las palabras brotaron violentamente de boca de Terisa—. ¿Por qué? ¡Mordant se está haciendo pedazos! ¡Orison está asediado! ¡Todo el mundo que le ama o es leal a él se siente dolido! —Todo deliberado. Por supuesto. Ella sabía aquello. ¡Pero la razón...!—. Está destruyendo todo su mundo, el mundo que *él* creó. ¿Por qué debe hacer una cosa tan terrible?

Bruscamente, el Imagero se puso en pie. De pronto se mostró furioso; se estremeció de indignación. Suavemente, pero con tal intensidad que la hizo callar, impresionada, respondió:

—Para que él atacara aquí.

—¿Qué...?

—No sabíamos quién era, mi dama. Recuerda eso. No sabíamos quién era hasta la pasada noche, cuando cometió el error de hacernos creer que Geraden había matado a Nyle. Antes de eso sólo teníamos unas pocas sospechas..., y ninguna prueba. *No sabíamos quién era.* —Puntos rojos llamaron en las mejillas del Maestro—. Sólo sabíamos que era poderoso..., que tenía la habilidad, sin precedentes en la historia de la Imagería, de llevar sus traslaciones allá donde quisiera. No teníamos ninguna forma de encontrarle, ningún medio de combatirlo. No podíamos proteger Mordant de él.

»Pero, peor que el peligro para Mordant, era la amenaza para Alend y Cadwal, que no poseían Imageros que los defendieran. Eso que el Rey Joyse había conseguido con su ideal de la Cofradía y la paz era algo de lo que carecían Cadwal y Alend: estaban más indefensos que Mordant ante su enemigo. De eso se sentía responsable. Sus pasadas victorias habían dejado a Alend y Cadwal a merced de sus nuevos enemigos.

»En consecuencia —el Maestro Quillón rechinó los dientes para no gritar—, el Rey Joyse se propuso como misión salvar al mundo.

»Su debilidad es una pantalla. Engaña al enemigo para que golpee *aquí* en vez de en otro lugar..., para que lance sus ataques *aquí* en vez de hacerlo contra la gente a la que él mismo ha hecho vulnerable. Para que acose Mordant y asedie Orison antes que engullir primero Cadwal y Alend y en consecuencia hacerse demasiado fuerte como para ser derrotado. No sabíamos quién era.

Quillón se encogió espasmódicamente de hombros, intentando refrenar su furia.

—Ésa es la razón de todo lo que ha hecho el Rey Joyse. Eso..., y el augurio de la

Cofradía, y la extraña traslación de Geraden que te trajo a ti aquí. Cuando apareciste entre nosotros, tu importancia se hizo evidente al momento. Era a todas luces vital conseguir que fueras consciente del mundo al que habías entrado, de modo que pudieras elegir tu propio papel en la necesidad de Mordant. Incluso una buena persona puede causar daño debido a la ignorancia, pero sólo una persona destructiva puede causar daño a sabiendas. El augurio dejaba claro que debíamos confiar en ti o morir.

»Pero Geraden también corría peligro..., y su importancia resultaba igualmente clara en el augurio. Su única protección residía en la debilidad del Rey Joyse. Si a Geraden se le permitía actuar de una forma inteligente y decisiva en nombre de su Rey, el enemigo seguramente lo mataría. Además, la creencia de que tú ignorabas todo esto era una forma de protección para ti. Así que era vital desdeñar la lealtad de Geraden..., y luego conseguir que tú fueras consciente en secreto de la historia de Mordant.

»Mi dama, discutí esta decisión. Desde un principio hallé difícil confiar en ti..., una mujer de tal pasividad. Es por eso que el Adepto Havelock y yo te abordamos y hablamos contigo, haciéndote copartícipe del secreto del conocimiento cuyo acceso tanto la Cofradía como el Rey te habían negado.

Oh, por supuesto, ahora comprendo. Terisa se dio cuenta de que sonreía ante la ciénaga de su propia estupidez. ¿Había pasado realmente así toda su vida..., impotente, pasiva, incapaz de pensar?

—La traslación del campeón de la Cofradía —jadeó Quillón— presentaba un problema similar desde una óptica distinta. La importancia del campeón en el augurio es también evidente. En consecuencia, el Rey Joyse debía oponerse a esa traslación, a fin de aparecer decidido a su propia derrota. Y, sin embargo, debía mostrarse también lo suficientemente débil como para que su oposición no tuviera efectos. Y yo corrí un riesgo ahí, además de Geraden y tú misma. Mis lealtades tenían que quedar ocultas. Así que el Rey Joyse no tuvo otra elección que negarse a oír las advertencias *del Fayle...*, y asegurarse de que el Castellano Lebbick no supiera lo que ocurría hasta que la traslación ya no pudiera ser detenida.

»*Mi dama* —ahora el Maestro Quillón la miró directamente, y Terisa vio que algo de su furia iba dirigida hacia ella—, será más fácil para ti sentirte ultrajada por lo que hemos hecho. Ya has dicho que cualquiera que ame al Rey Joyse o sea leal a él ha resultado herido..., y tienes razón. Su política es peligrosa. En consecuencia, la única forma en que puede salvar a aquellos que le quieren es apartarlos de él..., hacer que se alejen por sí mismos de la sede de peligro que ha elegido para sí mismo. Consiguió eso con la Reina Madin. Pero su fracaso con hombres tales como el Tor y Geraden lo atormenta. Si sufren algún daño, el fracaso recaerá sobre su cabeza, pese a que hayan

sido ellos quienes hayan elegido libremente hacer lo que hagan.

»De todos modos, deberías comprender lo que hace antes de que plantees tus protestas. Se pone en peligro a sí mismo para que miles de hombres y mujeres, desde las montañas de Alend hasta las costas de Cadwal, se salven. Permite que su corazón se haga pedazos a fin de que la gente a la que ama sea salvada. Pone en peligro el reino que construyó con sus propias manos a fin de que sus enemigos tradicionales se salven.

»Si no puedes confiar en él o servirle, mi dama, al menos debes respetarle. Creó su propio dilema, y acepta sus consecuencias. Hace lo que es *capaz* de hacer, de modo que el daño que puedan causar sus enemigos sea sufrido por unos pocos en vez de por muchos.

Puesto que el Imagero estaba furioso con ella —y puesto que ella misma estaba furiosa y no sabía cómo ocultarlo—, se volvió de espaldas. La luz parecía estar muriendo; quizás el aceite de la lámpara se estaba agotando. La oscuridad se acumulaba en todos los rincones: fatales implicaciones se derramaban desde el corredor, más allá de los barrotes, hasta el interior de la celda. *Al menos debes respetarle*. Un hombre cuya idea de una política juiciosa era retorcer un cuchillo en el corazón de sus amigos y dejar a sus enemigos ilesos. Por supuesto que tenía que respetarle. Seguro.

Pudo oír al Castellano Lebbick gritar como un adiós: *¡Soy leal a mi Rey!*

Con más amargura de la que había creído que podía acumular, con más indignación de la que había sido nunca consciente de poseer, preguntó suavemente:

—¿Qué ocurre con el Castellano?

—¿Qué ocurre con él? —contraatacó el Maestro Quillón. Quizás estaba demasiado furioso para darse cuenta de lo que ella quería decir.

—Tal vez el Tor y Geraden hayan hecho sus propias elecciones. Son más estables que él. ¿Qué oportunidad le disteis *a él*? Si hubiera intentado dejar de servirle, el Rey Joyse hubiera tenido que detenerle. Toda su *política* —pronunció la palabra como una burla— depende del Castellano. Si no se mantiene fiel, si no hace todo lo posible por mantener a Orison fuerte mientras el Rey Joyse se preocupa de permanecer débil..., entonces todo el entramado se derrumbará. Cuando el Rey Joyse decida finalmente luchar, no va a tener nada con qué *hacerlo*. A menos que el Castellano le siga siendo fiel.

El Maestro Quillón asintió.

—Eso es cierto. ¿Qué quieres decir con ello?

—No tiene más que una elección, y ésa es *matarle*. —Una repentina piedad brotó a través de su amargura. El hombre que en su tiempo había sido Lebbick

probablemente no la hubiera tratado más que con un desprendido sarcasmo o amabilidad. Pero todo el peso de la *política* del Rey Joyse había recaído sobre sus hombros, y ahora apenas podía contenerse de violarla o matarla—. ¿Acaso no ves eso? Lo que estáis haciendo es costoso, y le estáis haciendo a él pagar por todo. —Sin advertencia previa, se echó a llorar de nuevo. Su aflicción y la del Castellano estaban tan íntimamente interconectadas—. Tú y tu precioso Rey lo estáis destruyendo.

Esperaba que el Maestro Quillón se pusiera a gritarle. Estaba preparada para ello: no le importaba lo furioso que se pusiera, lo que le dijera. De alguna forma, había ido más allá del punto en el que el mero ultraje podía amenazarla. Tenía su propia furia, y ya no la ocultaba. Si su padre hubiera aparecido ante ella en aquel momento y hubiera perdido la compostura, ella hubiera sabido cómo responderle.

El Imagero, sin embargo, no le gritó. No alzó la voz. Lentamente, se dirigió hacia la puerta de la celda. Quizá tenía intención de marcharse, renunciar: no lo sabía..., y no le importaba. Pero no hizo eso tampoco. Aguardó hasta que ella alzó la vista hacia él, levantó desafiante la cabeza y le miró furiosa a través de sus lágrimas. Entonces dijo suavemente:

—No sabíamos que fuera a ocurrir eso. Creímos que era más fuerte.

Sólo por un segundo, ella casi dejó de llorar y sintió deseos de echarse a reír. Era algo digno de imaginar. Un Rey envejecido y un loco y un Imagero menor reunidos para salvar el mundo..., y el mejor plan que podían elaborar exigía que condujeran al único nombre en Orison que sabía cómo luchar por ellos a la locura. Realmente, era divertido. Lo único que no comprendía era: ¿qué les hacía pensar que iba a funcionar? ¿Cómo podían creer...?

El sonido de una puerta resonó al fondo del corredor: el hierro golpeó la piedra de una forma tan salvaje que el eco pareció arrastrar consigo un asomo de restallar de bisagras.

—¡Maldita zorra! —aulló el Castellano—. ¡Voy a *abrirte en canal* por esto!

Sus botas resonaron hacia ella desde la sala de guardia.

Terisa quedó petrificada. El Castellano Lebbick iba a por ella. Iba a por ella, y no había nada que ella pudiera hacer. El Maestro Quillón dijo algo, pero no lo oyó. Mentalmente vio el corredor que conducía hasta allí desde la sala de guardia: una vuelta; otra; luego la larga hilera de celdas. El Castellano avanzaba aprisa, pero no estaba corriendo; quizá corriera cuando estuviese más cerca, pero ahora no estaba corriendo; estaba en la primera vuelta..., camino de la segunda. Alcanzaría su celda en medio minuto. A su vida le quedaban otros tantos segundos. No más.

—¿Estás sorda? —Quillón aferró su muñeca y tiró de ella fuera del camastro—. He dicho: *Ven*.

Ella no tuvo ninguna oportunidad de pensar, de elegir. La arrastró a través de la puerta abierta y por el corredor. Pero lo hacía demasiado violentamente, alejándose de la sala de guardia: se tambaleó contra la pared y cayó; su propio peso hizo que Quillón tuviera que soltar su muñeca.

Mientras ella se ponía de nuevo en pie, vio al Castellano Lebbick aparecer ante su vista pasada la segunda vuelta.

Él también la vio a ella. Por un instante, sus ojos se cruzaron a través de la distancia que los separaba, como si cada uno se sorprendiera de la presencia del otro.

Entonces el hombre dejó escapar un rugido de furia..., y ella echó a correr en dirección opuesta, con sus botas resbalando sobre la podrida paja.

Pudo oírle correr tras ella. Aquello era imposible; sus pies y sus jadeos y los gritos del Maestro Quillón hacían demasiado ruido. Sin embargo, su sensación de una rabia abrumadora, el anhelo de destrucción de él, hicieron que la persecución llenara su mente. Pudo sentir su odio alcanzarla...

Y, delante de ella, el Imagero estaba perdiendo terreno. Frenaba su huida; se tomaba el tiempo de volverse y hacerle frenéticas señas.

Un segundo más tarde, abrió de golpe la puerta a otra celda, se metió dentro.

Ella le siguió sin pensar. No tenía tiempo para ello. Reteniendo su impulso contra los barrotes, se metió en la celda más rápido de lo que se estaba moviendo el Maestro Quillón, y casi estuvo a punto de derribarle cuando éste se detuvo.

Rápidamente, el Imagero abrió una puerta en la pared lateral.

Estaba bien oculta; el muelle que la liberaba estaba tan hábilmente escondido que ella nunca lo hubiera hallado por sí misma; y hasta que él lo golpeó ella no fue capaz de ver la propia puerta. Luego se abrió de par en par, moviéndose silenciosamente, como si estuviera perfectamente equilibrada sobre sus bisagras y controlada por contrapesos. Debía haber sido construida al mismo tiempo que la celda.

Así era como el Maestro Quillón había penetrado en las mazmorras. Como había sido capaz de escuchar su conversación con Eremis y Lebbick. Otro pasadizo secreto. Pero no tenía tiempo para sorprenderse. Tan pronto como se abrió la puerta, Quillón tiró de nuevo de su brazo y la empujó hacia delante, hacia el oscuro pasadizo.

La siguió pisándole los talones. Intentando hacerle sitio sin adentrarse demasiado en la oscuridad, halló una pared y apoyó en ella su espalda. El Imagero sólo era una silueta contra el débil reflejo de las lámparas de las mazmorras. Inmediatamente pulsó el mecanismo que accionaba los contrapesos y cerraba y sellaba la puerta...

...y el Castellano Lebbick entró en tromba en la celda.

Demasiado tarde: no conseguiría impedir que la puerta se cerrara. Y, una vez

estuviera cerrada, tendría que hallar e muelle que la abría de nuevo.

Sin embargo, fue rápido, y su espada estaba ya en su mano. Se lanzó alocadamente hacia delante con la intención de ensartar a Terisa a través de la puerta que se cerraba, en un movimiento que casi le hizo perder el equilibrio.

El peso de la propia puerta desvió su golpe. La punta de su espada falló el cuerpo de ella por unos centímetros.

Luego la espada fue atrapada por la rendija. El acero resistió, encajando la piedra de tal modo que no pudo acabar de cerrarse.

El cuerpo del Castellano golpeó contra la puerta; retrocedió, tambaleante.

Un instante más tarde su voz llegó, ahogada, a la oscuridad:

—¡Guardias! ¡Guardias!

—¡Vamos! —siseó el Maestro Quillón. Sujetó una vez más a Terisa por la muñeca y tiró de ella, alejándola de la delgada línea de débil luz—. ¡Maldita sea! Tan pronto como lleguen sus hombres, será capaz de abrir esa puerta. Tenemos que escapar *ahora*.

Luchando por mantener el equilibrio, Terisa se apresuró por el ciego pasadizo tras su rescatador.

La piedra parecía girar en torno a su cabeza como una bandada de murciélagos, buscando alguna forma de golpearla. No había luz..., de ningún tipo. Excepto por la mano que la sujetaba, el Maestro Quillón había dejado de existir. Sus hombros golpeaban constantemente las paredes como si estuviera tambaleándose. No podía mantener su paso; no tenía ni idea de adonde conducía el pasadizo, ni de cómo salir de él.

—¡Un poco más despacio! —jadeó—. No puedo ver.

—No necesitas ver —restalló Quillón—. Sólo necesitas apresurarte.

Intentando aún frenar su velocidad, protestó:

—¿Durante cuánto tiempo?

Sin ninguna advertencia, él se detuvo. Al mismo tiempo, la soltó. Chocó contra él, rebotó de nuevo contra la pared, alzó los brazos para proteger su cabeza.

—No demasiado —murmuró el Maestro acerbamente—. Este pasadizo fue construido cuando fueron reconstruidas las mazmorras para proporcionar espacio para el laborium. En otras palabras, es relativamente reciente. Así que no conecta con el sistema más extenso de pasadizos.

Invisible al lado de ellas, accionó otro mecanismo, y la pared contra la que ella acababa de chocar se abrió dejando entrar aire fresco. Su desgarrada blusa no pudo impedir que se estremeciera.

El espacio al que daba paso la puerta estaba oscuro, casi en tinieblas; pero al cabo de un momento sus ojos se adaptaron, y vio frente a ella un corto pasillo truncado que conducía a un corredor más ancho. Linternas invisibles a lo largo del corredor, en una u otra dirección, proporcionaban la suficiente luz reflejada como para amortiguar la oscuridad.

Cuando contuvo el aliento para escuchar, el sonido que llegó hasta ella fue el delicado salpicar de agua goteando.

Frío y húmedo. Y un pasadizo lateral demasiado corto como para que valiera la pena iluminarlo con una linterna propia. Un pasadizo que parecía no conducir a ninguna parte, mientras aquella puerta permaneciera cerrada y oculta.

Pese a la distracción del miedo, el agotamiento y la sorpresa, sus nervios se convirtieron en hielo como si ya hubiera estado allí antes.

—Ahora, mi dama —susurro el maestro Quillon—, debemos actuar rápido y en silencio. Estos son los pasadizos no utilizados debajo de los cimientos de Orison, donde fuiste atacada dos veces. Ahora vuelven a estar en uso, albergando a nuestro incremento de población, pero esa no es nuestra principal preocupación. Esa gente estará dormida..., o demasiado confusa como para obstaculizarnos. No, la dificultad es que estos pasillos están ahora vigilados para mantener la paz..., patrullados con regularidad. Tenemos que evitar a los hombres del Castellano como sea.

No, pensó torpemente ella. Esto no es justo. Su cerebro era como roca, impermeable a la comprensión. Nunca había visto los corredores desde aquel lado, pero su aspecto era el mismo; el vello de sus antebrazos se erizó, como si fueran los mismos. Cuando el Maestro Quillon echó a andar, consiguió adelantar una mano y detenerle.

—No —susurro, y su voz fue casi un croar— este es el lugar. Estoy segura de ello.

Él se detuvo inmóvil, y la estudio atentamente.

—¿Qué lugar? —el aire se hizo más frío en la piel de Terisa mientras el hombre la miraba con fijeza.

—El punto de traslación. —El frío la hacía estremecer. Largos temblores parecían nacer en sus huesos y abrirse camino hacia fuera hasta que su voz tembló—. De donde salieron esos insectos para atacar a Geraden. Y Gart...

Cruzó los brazos sobre su pecho y los apretó fuertemente, en silencio.

—¿Qué, aquí? —preguntó el Imagero, sorprendido—. ¿Exactamente aquí?

Ella asintió tanto como pudo.

—No sabíamos eso —murmuró él; pareció pensar rápidamente—. Conocíamos la

zona en general, por supuesto. —Sus rápidos ojos estudiaron el pasadizo—. Pero el Adepto no observó la traslación en sí. Y no podíamos poner en evidencia nuestro interés preguntándote a ti o a Artagel que nos mostrarais específicamente el lugar donde se produjo el ataque.

Terisa ignoró lo que estaba diciendo el hombre; no importaba. Lo que importaba era el espejo que traía a Orison a la gente que deseaba matarla.

—No podemos ir ahí —jadeó, estremecida—. Yo no puedo ir ahí. Nos verán.

Vendrán tras nosotros.

—Bien pensado, mi dama. —La nariz del Maestro Quillón se frunció como si estuviera intentando olisquear algún camino de escape—. Si nos vieran en la Imagen..., y si estuvieran preparados esperando...

Un ruido gruñente, un sonido de tensión o protesta, recorrió todo el pasadizo desde la entrada a las mazmorras tras ellos.

El Maestro y Terisa se inmovilizaron.

—¡Apoyad vuestras espaldas en ella, lameculos! —La voz del Castellano Lebbick sonó oscurecida por la piedra y la distancia, pero era inconfundible—. ¡Abrid esa puerta antes de que los perdamos por completo!

Terisa sintió deseos de gemir, pero no pudo detener sus temblores.

—¡Cristales y astillas! —maldijo Quillón para sí mismo—. Esto sí es un apuro.

Un instante más tarde, sin embargo, la sujetó por los hombros y la sacudió para llamar su atención.

—Mi dama, escucha.

»El foco de ese espejo fue desviado. Vi a Eremis trasladado a las mazmorras. Le vi partir. Debió utilizar el mismo espejo que trajo hasta aquí a vuestros atacantes. ¿Por qué otro motivo me hubiera permitido oír todo lo que te dijo..., escucharle mientras revelaba sus intenciones? Si sus aliados me hubieran visto entrar en el pasadizo por este lugar, no hubieran tenido ninguna dificultad en encargarse de mí. En consecuencia, eso significa que no me vieron. En consecuencia, el punto de traslación de ese espejo ha sido cambiado.

—Pueden haberlo cambiado de vuelta —objetó ella.

—Podrían estarnos observando en este mismo momento —admitió él—. Pero, si eso es cierto, ¿por qué aún no han actuado?

El gruñir de cuerdas tensadas y contrapesos brotó suavemente de la oscuridad. Un hombre jadeó, y el Castellano Lebbick ladró:

—¡Adelante, lo estamos consiguiendo!

—¡Debemos correr el riesgo! —siseó el Maestro Quillón.

Terisa asintió de nuevo. Pero permaneció inmóvil, atrapada entre sus miedos. Gart, el Monomach del Gran Rey, estaba allí en alguna parte. Y desde aquel punto de traslación habían brotado cuatro asaltantes zombis que habían sido devorados vivos interiormente por las más terribles...

—¡Tú primero! —El rostro conejil de Quillón pareció ridículo en su urgencia—. El primero es el que está más seguro. Cualquiera necesitará un momento para reaccionar cuando nos vea.

»*Adelante.*

La empujó, y ella avanzó.

Dos torpes pasos hacia el corredor principal; tres; cuatro. Por alguna *razón*, las fuerzas habían abandonado sus piernas. Se sentía como una mujer sumida en una pesadilla, deseando frenéticamente correr, pero impotente de hacer nada excepto temblar de miedo mientras sus enemigos se lanzaban contra ella.

El Maestro Quillón llegó tras ella y la empujó de nuevo para que siguiera avanzando.

Por segunda vez, Terisa sintió *el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen.*

Corriendo ahora, pero apenas consciente de ello, apenas consciente de nada de lo que estaba haciendo, alcanzó el corredor principal y la luz, y se dio la vuelta a tiempo para ver al Maestro Quillón seguirla, y una sombra negra, con un rostro lleno de odio y júbilo, alzarse tras él, aferrando una larga daga dispuesta a golpear.

¡No, Quillón! ¡Quillón!

La sombra se alzó y se deslizó tras él mientras ella intentaba gritar una advertencia y no podía hacerlo con la suficiente rapidez: unos negros brazos se alzaron y luego descendieron fieramente, hundiendo la daga en la unión de sus hombros con tal furia que la sangre brotó como un torrente de su boca y la hoja asomó por su pecho, y se vio aplastado contra el suelo como si hubiera sido golpeado por una almádena.

—¡Te *atrapé*, estúpido roedor! —ladró el Maestro Gilbur con un triunfo gutural—. ¡Ésta es la *última vez* que interfieres en lo que queremos hacer!

Luego arrancó la hoja de la espalda de Quillón, mientras la sangre resbalaba por sus manos como agua.

¡Oh, Quillón!

Terisa recordó las manos del Maestro Gilbur. Parecían lo bastante fuertes como para doblar barras de hierro; lo bastante fuertes como para triturar huesos. Sus

hombros estaban cubiertos por su pelo negro..., un pelo que contrastaba escandalosamente con su barba blanca. La joroba en su espina dorsal no hacía más que incrementar su fuerza física: su rostro estaba retorcido en una mueca asesina.

Exultando malignamente, alzó los ojos del cadáver de Quillón.

—Mi dama —tosió, como una maldición— esto es fortuito. No había esperado tener el placer de matarte. Se suponía que eso era tarea de Gart, después de que Eremis hubiera terminado contigo. Pero mi vigilancia ha sido recompensada. Ni el perro de Festten ni el gallo de Eremis estaban conmigo cuando os descubrí en la Imagen.

Ella lo contempló como si fuera una serpiente, aguardó el golpe.

—Ha sido una delicia librar finalmente al mundo de Quillón. —Gilbur lamió un poco de saliva de sus gruesos labios y pasó por encima del cuerpo a sus pies—, pero retorcer mi cuchillo en tu suave carne será un auténtico éxtasis.

Adelantó su hoja y sus ensangrentadas manos, y la miró fijamente.

Terisa se dio la vuelta y echó a correr.

Esta vez corrió con todas sus fuerzas, poniendo todas sus energías en sus piernas. Pese a su retorcida espalda, el Maestro Gilbur era rápido. Su primer golpe casi la alcanzó. La distancia que abrió entre ellos mientras seguía corriendo era menos de un paso; luego dos; luego tres y un poco más. Instintivamente, había echado a correr hacia la izquierda; estaba siguiendo la misma dirección que ella y Geraden habían tomado cuando habían huido de los insectos.

Negros brazos se alzaron y luego cayeron... Ahora se hubiera sentido enormemente feliz —delirante de alivio— de encontrar a un guardia. Un viejo excéntrico en busca de los aseos públicos. Un sirviente. Cualquiera que pudiera ser testigo de lo que ocurría, que distrajera a Gilbur. Pero el corredor estaba vacío. El Maestro Gilbur escupía maldiciones mientras la perseguía. Ella era joven y corría para salvar su vida; lentamente, fue aumentando la distancia. Pero el aire se estaba convirtiendo ya en fuego en sus pulmones, y él no parecía cansarse.

Luego cayeron...

Por un lado, no tenía ni idea de adonde estaba yendo. No conocía aquellos corredores, nunca había estado allí sin un guía. El único pensamiento que ocupaba su mente era encontrar ayuda. Antes de derrumbarse. Podía notar cómo las fuerzas la abandonaban. Por otro lado, sin embargo, su sentido instintivo de la dirección era seguro, y lo estaba siguiendo sin vacilar. Para escapar del feroz Imagero, extrajo de sí misma recursos que no sabía que poseyera.

Tomó el camino hacia los aposentos del Adepto Havelock. Allí: el tercer corredor. Una gruesa puerta de madera, al parecer la entrada de un almacén. Sí, la entrada de

un almacén. Un almacén que no había sido considerado apropiado para ayudar a alojar la incrementada población de Orison. Abrió la puerta de golpe, la cerró a sus espaldas. Tenía un cerrojo interior. ¿No tenía un cerrojo? Tenía que tener un cerrojo —*tenía* que tenerlo—, pero no conseguía encontrarlo, no podía ver, no había luz en el almacén, ninguna iluminación excepto las pequeñas rendijas amarillentas en torno a la puerta.

La masa del Maestro Gilbur bloqueó incluso aquella luz...

...y sus dedos hallaron el cerrojo, lo corrieron de un golpe justo en el momento en que el hombre se estrellaba contra la puerta, intentando aplastar a Terisa con el peso de la madera y su propio impulso.

El cerrojo se retorció en sus fijaciones. Pero resistió.

No iba a resistir mucho, sin embargo. Gilbur golpeó de nuevo la puerta, maldiciendo la madera y a ella. Terisa no podía ver el cerrojo, pero podía oír el chillido metálico a medida que el oxidado hierro clavado a la madera era obligado a ceder. Las fijaciones iban a saltar. Era sólo cuestión de tiempo.

Ignorando su frenética necesidad de aire y descanso, tanteó en el almacén hacia la puerta oculta en la parte de atrás..., la entrada a las habitaciones secretas del Adepto Havelock.

Puesto que se movía por instinto antes que por consciencia, no recordó la posibilidad de que la puerta oculta pudiera estar cerrada por dentro hasta que la halló abierta. Probablemente el Maestro Quillón la había dejado así. Probablemente pensaba traerla hasta allí. Debilitada por el alivio y la necesidad, la cruzó y se apresuró por el iluminado pasadizo que conducía a los dominios de Havelock.

La primera habitación a la que llegó estaba atestada de espejos.

Nada había cambiado desde su última visita allí. El desorden estaba compuesto de espejos de cuerpo entero tan irregulares en forma y color que mostraban Imágenes que ni siquiera podía intentar interpretar; fragmentos de espejo plano que hubieran cabido en su bolsillo; espejos del tamaño adecuado para un tocador, pero apilados unos encima de otros y colocados de modo que impidieran a cualquiera ver lo que mostraban. Todos ellos habían sido recogidos por el Rey Joyse durante sus guerras y nunca devueltos a la Cofradía; todos ellos estaban enmarcados en elaborados marcos que reflejaban el olvido de sus actuales circunstancias. Y todos ellos eran inútiles. Los Imageros que los habían hecho estaban muertos.

No tenían nada que ver con ella. Pasó apresuradamente por su lado.

El pasadizo daba dos o tres vueltas, pero no perdió su orientación. Al cabo de un momento llegó a otra puerta. Creyó poder oír al Maestro Gilbur golpeando aún para abrirse paso al almacén —o quizás el sonido era simplemente causado por el pánico

que latía en sus oídos—, así que abrió la puerta de golpe y penetró tambaleándose en la amplia estancia cuadrada que el Adepto Havelock usaba como estudio, y que le daba acceso a la red de pasadizos secretos de Orison.

El aire era mohoso, estancado..., algo iba mal con la ventilación. Había demasiada gente en el castillo. El humo de las lámparas con pábilos que necesitaban ser recortados se enroscaba perezosamente en torno a la columna que sostenía el centro del techo.

El Adepto estaba allí, acurrucado como una araña en su locura.

El Maestro Quillón le había pedido a Terisa que creyera que Havelock había ayudado al Rey Joyse a planear la destrucción de Mordant. Quillón había esperado que ella le creyera..., había esperado que ella creyera que la vieja locura del Adepto no era un obstáculo para su sabiduría o astucia. Y quizá su muerto rescatador estaba en lo cierto. Quizá sólo un loco como Havelock podía haber concebido una estrategia que depositaba su única posibilidad de éxito en la estabilidad del Castellano Lebbick.

Sin embargo, Terisa no tenía ningún otro lugar al que dirigirse ahora. Seguramente Quillón la hubiera llevado hasta allí, de estar vivo. El Adepto tenía que ayudarla. La había ayudado en el pasado. Había intentado responder a sus preguntas. Y el Maestro Gilbur podía caer sobre ella en cualquier momento. Podía matar al Adepto también, si tenía la oportunidad. Y el Castellano estaba aún tras ella.

—¡Havelock! —jadeó, forzando sus pulmones para hacer brotar las palabras—. Gilbur ha matado al Maestro Quillón. Va tras de mí. Necesito ayuda. Tienes que ayudarme.

Tenía que seguir. Sabía que, tan pronto como dejara de moverse, no sería capaz de seguir en pie mucho tiempo.

El Adepto estaba de pie al lado de su mesa de brinco, inclinado sobre ella como si estuviera jugando una partida, estudiando intensamente el tablero, aunque no había fichas en él. No alzó la vista hasta que ella habló; entonces, sin embargo, alzó la cabeza y sonrió amistosamente. El humo trazaba volutas a su alrededor. Un ojo la estudió de forma casual; el otro empezó a escrutar la pared tras ella.

—Mi dama Terisa de Morgan —dijo, con un tono de ausente suavidad—. Qué agradable sorpresa. Fornicar entre los ojos. Espero que estés bien.

—*Havelock* —insistió ella—. Escúchame. Necesito ayuda. Gilbur ha matado al Maestro Quillón. Viene inmediatamente detrás de mí.

La sonrisa del Adepto dejó al descubierto sus dientes.

—Me alegra oír eso —respondió, como si ella acabara de decir una galantería—. Realmente *tienes* buen aspecto. El descanso y la paz hacen maravillas en la complexión de las mujeres.

»Ahora dime lo que quieres saber. Hoy estoy completamente a tu servicio.

El horror creció en ella; fue incapaz de controlarlo. La tensión de defender Orison había acabado con él. Estaba ido, completamente fuera de contacto con la cordura. El aire era demasiado denso para proporcionar a sus pulmones ningún alivio. Habían matado a Quillón, e iban a matarla también a ella, y el propio Adepto iba a resultar probablemente muerto también. No sabía cómo llegar hasta él. Casi llorando, suplicó:

—¿No lo comprendes? ¿No puedes oírme? *Gilbur acaba de matar al Maestro Quillón. Viene hacia aquí.*

Bruscamente el Adepto hizo girar los ojos, la miró con el que había estado contemplando la pared. Su nariz cortó el aire como el pico de un halcón. Por otra parte, su carnosidad no vaciló.

—Mi dama Terisa de Morgan —dijo de nuevo—, sería un gran placer para mí rasgar el resto de tus ropas y fornicarte en una pocilga. Hoy puedo responder preguntas. Pregúntame lo que quieras.

»Pero —comentó, como si aquel detalle en particular fuera trivial—, no puedo ayudarte. Hoy no.

Ella se detuvo y le miró, casi boqueando en busca de aire y ayuda. No puedo ayudarte. Hoy no.

¡Oh, Quillón!

—Casi todo el mundo —siguió él, en el mismo tono de relajado buen humor— desea saber por qué quemé aquella criatura de la Imagería que intentó matar a Geraden. Oportunidad, ésa es la respuesta. Simple oportunidad. No importa cuál sea tu aspecto. Ni siquiera importa cómo huelas. Cualquiera te lamerá el culo si consigues una buena oportunidad. Todavía no estábamos preparados. Si Lebbick descubriera a partir de esa criatura quiénes son nuestros enemigos, todo se derrumbaría. Seríamos demasiado débiles como para defendernos.

—¡*Havelock!* —Terisa deseó golpearle, maldecirle, arrancar su pelo—. ¡El Maestro Quillón era tu amigo! ¡Gilbur acaba de matarlo! ¿Acaso ni siquiera te importa?

Sin transición, el Adepto Havelock pasó de la lunática amabilidad a la loca furia.

—¡Cono miserable! —Blandió su mano derecha con un rugido, juntando los dedos como si sostuviera una pieza del brinco—. ¡Esto es lo que eres! —Se inclinó sobre la mesa, golpeó con la mano varias veces el tablero, haciendo saltar imaginarias piezas; luego hizo como si arrojara salvajemente el tablero al rincón de la estancia—. ¡Se ha ido! ¿Me comprendes? ¡*Se ha ido!*

»¿Crees que no *quiero* estar cuerdo? ¿Crees que no *quiero* ayudar? Él era el único que sabía cómo ayudarme *a mí*. ¡Pero me quemé por completo! ¡Esta mañana...

contra esas catapultas! *¡Me quemé por completo!*

Aturdida por el shock, Terisa se lo quedó mirando. Estaba demasiado lejos. No sabía cómo llegar hasta él.

Un instante más tarde, sin embargo, su furia desapareció tan repentinamente como había venido. Sus ojos parecieron velarse con el dolor, y se volvió lentamente de espaldas a ella.

—Hoy no puedo ayudarte —murmuró al vacío tablero—. Ve a enfrentarte tú misma a Gilbur.

Se dejó caer pesadamente en una silla al lado de la mesa. Sus hombros empezaron a temblar, y un leve y agudo gemir brotó de su estrangulada garganta. Al cabo de un momento Terisa se dio cuenta de que estaba sollozando.

Perdida y desconcertada, lo dejó a solas allí y fue a enfrentarse ella misma a Gilbur.

Se sentía tan aturdida por el temor y el desánimo y el dolor que ni siquiera se sobresaltó cuando oyó al Adepto correr el cerrojo de la puerta a sus espaldas, cerrándole cualquier posibilidad de escapar.

Como una sonámbula —como una mujer intentando localizarse a sí misma, descubrir quién era, en un espejo hecho con la arena pura de los sueños—, volvió a la habitación donde Havelock guardaba sus espejos.

El Maestro Gilbur estaba ya allí.

No la vio. Estaba demasiado maravillado ante lo que había descubierto: espejos que nunca había sabido que existieran, docenas de ellos; un tesoro inapreciable para cualquier Imagero con talento para utilizarlos, para cualquier Adepto. Hubiera podido intentar esconderse. La expresión en su rostro le hizo pensar que incluso tal vez pudiera deslizarse junto a él y escapar. Estaba tan absorto en lo que veía...

Con un desesperanzado encogimiento de hombros, tomó uno de los pequeños espejos apilados sobre una mesa de caballete a su lado y lo arrojó violentamente al suelo, haciendo saltar fragmentos en todas direcciones.

Una nube de polvo se alzó con el impacto, ablandando el sonido. Toda la habitación estaba llena de polvo; al parecer, los espejos no habían sido limpiados desde hacía décadas.

De todos modos, el sonido llamó la atención del Maestro. Giró en redondo para enfrentarse a ella, alzó sus enormes puños. Sus ojos ardieron; la furia pareció humear en su barba.

—¡Te atreves! —tosió—. ¡Te atreves a destruir esta riqueza, este poder! Por eso no solamente te mataré, sino que haré pedazos tu cuerpo.

—No, no lo harás. —Para su propia sorpresa, su voz era firme. Quizá se sentía demasiado aterida para seguir teniendo miedo. Como si hiciera constantemente este tipo de cosas, puso la mesa de caballete entre ellos, de modo que bloqueara su avance —. Si das un paso hacia mí, romperé otro espejo. Cada vez que hagas algo para amenazarme, romperé otro espejo. Quizá los rompa todos antes de que consigas poner tus manos sobre mí.

El sentirse aterida era un buen comienzo. Conducía al desvanecerse. Podía permanecer allí y enfrentarse al Maestro Gilbur con todo su odio como una mujer llena de valor..., y al mismo tiempo podía desvanecerse, evaporarse de aquel lugar. Renunciar a su existencia y seguir a la bruma y al humo hasta la seguridad. Cuando él consiguiera ponerle las manos encima —sabía que de algún modo iba a ponerle las manos encima—, ella ya se habría ido.

Y, mientras tanto, podía retrasarlo lo suficiente...

—¡No lo harás! —protestó Gilbur, momentáneamente sorprendido en medio de su furia.

Terisa cogió otro espejo y midió la distancia a la cabeza del Maestro.

—Pruébame.

Se sentía aterida. Se desvanecía.

Tiempo.

—No, mi dama. —Los rasgos del hombre se cerraron en su familiar ceño fruncido. Respiraba pesadamente, como si le doliera la espalda—. *Tú pruébame a mí.* Todos estos espejos son inapreciables..., en sentido abstracto. En la práctica, son inútiles. Un espejo sólo puede ser usado por el hombre que lo hizo. Hay nuevos talentos en el mundo, y el mío es uno de ellos. Puedo hacer espejos con una velocidad y exactitud que sorprenderían a la Cofradía, si esos pomposos estúpidos lo supieran. Pero sólo un Adepto tiene el talento de efectuar traslaciones con un espejo que no ha hecho él.

»Si crees que no voy a matarte, eres estúpida además de loca.

Dio un paso hacia ella.

Terisa arrojó el espejo en su dirección y cogió otro.

El delicado ruido tintineante del cristal roto envuelto en polvo llenó la habitación.

El Maestro se detuvo.

—Quizá nadie excepto Havelock tenga en la actualidad el talento —dijo ella; nadie excepto Havelock, para lo que le había servido—, pero tú te crees capaz de aprenderlo. Puede que sea una habilidad, no un talento. Nunca has tenido la oportunidad de descubrir la verdad porque otros Imageros no te han dejado

experimentar con sus espejos. Con éstos, puedes experimentar todo lo que quieras. Puedes aprender todo lo que haya que aprender.

Desvanecerse. Tiempo. Con su visión periférica captó el espejo que deseaba..., un cristal plano en un marco de palisandro, casi tan alto como ella. A través de una capa de polvo, su Imagen reflejaba una desnuda duna de arena, nada más. En alguna parte de Cadwal, supuso. Una de las partes menos hospitalarias del país del Gran Rey Festten. En la Imagen, el viento soplabla lo suficientemente fuerte como para alzar la arena de la duna como un chorro.

Cuidadosamente, se dirigió hacia él.

—Pero no voy a dejar que los tengas —siguió, sin hacer ninguna pausa—. No si intentas cogerme.

El Maestro Gilbur la miraba como si ansiara saltar sobre su garganta. Una mano aferraba su daga, la otra se crispaba en anticipación. Sin embargo, se contuvo.

—Un punto interesante —rió—. Eres más lista de lo que pensé. Pero todo esto es inútil. No puedes abandonar esta habitación sin ponerte a mi alcance. O sin situarte fuera del alcance de los espejos. En cualquier caso, mi cuchillo se hará cargo de ti inmediatamente. ¿Qué esperas conseguir?

Tiempo. Era sorprendente el poco miedo que sentía. Su sustancia estaba cediendo ante sus ojos, y él era ciego a ello. Ahora ella podía relajarse en la oscuridad en cualquier momento que deseara, y entonces no habría nada que él pudiera hacer para dañarla. Nada de lo que hiciera significaría ninguna diferencia. Todo lo que deseaba era tiempo.

Dio otro pequeño paso hacia el espejo que había elegido.

Luego se detuvo en seco porque creyó haber oído botas.

—No soy codiciosa. —Ahora su voz intentó temblar, pero no se lo permitió. En vez de ello empezó a hablar con voz más fuerte, haciendo todo lo posible por retener la atención del Maestro—. No deseo mucho. Simplemente deseo frustrarte.

»Tú y Eremis sois tan arrogantes... Manipuláis, matáis. No tenéis el menor interés en lo que le ocurre a la gente a la que hacéis daño. Estáis *enfermos* de arrogancia. Vale la pena romper unos cuantos espejos sólo para trastornarte.

De pronto, vio movimiento en el pasillo detrás de él.

Intentando ganar todo el tiempo posible —intentando lanzar algún golpe en nombre del Maestro Quillón, y de Geraden, y de ella misma—, arrojó el espejo que sostenía a la cabeza de Gilbur.

Éste eludió sin esfuerzo el golpe.

E incluso eso fue malo para ello. Su vida se había convertido en un desastre tal

que no podía ni siquiera arrojarle algo a un hombre al que odiaba sin salvarlo al mismo tiempo. Al eludir el espejo, el Maestro pivotó y saltó hacia la mesa para acercarse a ella. Como resultado de esta acción, el primer guardia que entró a la carga en la habitación falló su golpe.

Antes de que el hombre pudiera recobrase, el Maestro Gilbur lo derribó al suelo con un puñetazo de martillo pilón.

El segundo guardia tuvo el problema opuesto: tuvo que refrenar su espada para evitar herir a su compañero. Eso necesitó sólo un instante..., pero un instante era todo el tiempo que precisaba Gilbur para hundir su daga en la garganta del hombre.

El Castellano Lebbick entró en la habitación detrás de sus hombres, solo.

Llevaba su larga espada dispuesta; la punta de la hoja se agitaba inquieta. Miró a Terisa, luego volvió sus ojos hacia el Maestro. Estaba preparado para la lucha, tenso y peligroso. Terisa pensó que nunca lo había visto tan calmado. Aquello era lo que necesitaba: una posibilidad de luchar por Orison y el Rey Joyse.

—Así que esto es —comentó claramente—. La verdad al fin. La seductora de Geraden y un Imagero renegado, juntos. Y el pobre Quillón muerto en el corredor. ¿Intentó deteneros? Pensé que era él quien la había ayudado a escapar, pero debí equivocarme. La luz no era muy buena.

»Tienes suerte de estar vivo. Si ella no hubiera arrojado ese espejo, mis hombres te hubieran hecho pedazos.

El rostro del Maestro Gilbur se contorsionó en un acceso de risa.

Terisa estaba más allá ya de que le importara lo que el Castellano pensara de ella. Dio otro pequeño paso hacia el espejo que deseaba. Pese a la capa de polvo que lo cubría, la arena en la Imagen parecía real para ella, más sólida de lo que era ella misma.

—Deja caer ese pincho —gruñó Lebbick al Maestro Gilbur—. No va a servirte de nada. Échate en el suelo. Boca abajo. Voy a atarte. Debería mejor matarte, pero el Rey Joyse te querrá vivo. Quizá me deje interrogarte.

»Hazlo *ahora*. Antes de que cambie de opinión.

Como si la provocación hubiera sido demasiado grande para soportarla, Gilbur dejó escapar una risotada.

—Mi dama —dijo, frunciendo terriblemente el ceño—, dile a Lebbick por qué no vamos a dejar que nos coja prisioneros.

Ella fue a responder. Su sugerencia de que ella era realmente un aliado suyo casi quebró su cuidadosa decisión de desvanecerse de allí. Su furia brotó a la superficie, y deseó arrancarle al Maestro la piel a tiras.

Desgraciadamente, el truco del Imagero había cumplido ya con su propósito: había hecho que el Castellano Lebbick la mirara a ella.

Durante esa breve mirada, el Maestro Gilbur arrojó un puñado de polvo al rostro del Castellano.

Maldiciendo, el Castellano retrocedió; agitó defensivamente su hoja. Su equilibrio y sus reflejos eran tan buenos que casi lo salvaron. Sin visión, sin embargo, no podía contrarrestar la rapidez de Gilbur; no pudo impedir que Gilbur cogiera una de las espadas de los guardias caídos y le golpeará con ella, dejándole sin sentido.

Terisa se detuvo delante del espejo que había elegido. Su única esperanza racional había desaparecido. Ahora nada se alzaba entre ella y lo que el Maestro deseara hacer. Debería sentirse aterrada. Sin embargo, no era así. Su capacidad de rendirse a los acontecimientos la protegía. Las esperanzas que había depositado en el Castellano no habían sido esperanzas hacia ella misma, sino sólo esperanzas contra Gilbur. Ella no había perdido nada crucial. Dentro de sí misma estaba al borde de la extinción, y el Maestro Gilbur no tenía forma de detenerla. Cuando alzó la vista del cuerpo de Lebbick, preguntó:

—¿Por qué no lo has matado?

—Tengo una idea mejor —gruñó él con una sonrisa cruel—. Te llevaré conmigo. Cuando recobre el conocimiento, informará que somos aliados. Joyse y sus estúpidos no tendrán ni idea del auténtico peligro hasta que los destruyamos.

Estaba en lo cierto, por supuesto. El Castellano sería creído. El Maestro Quillón estaba muerto..., su único testigo de la admisión de culpabilidad del Maestro Eremis. Y, evidentemente, Quillón no había tenido tiempo de decirle a nadie lo que había averiguado. Gilbur saltaría hacia ella en cualquier momento. Podía detenerle temporalmente rompiendo algunos espejos más, pero eso lo único que conseguiría sería posponer lo inevitable. Él había ganado. Si podía llamarse ganar a aquello.

Deliberadamente, empezó a dejarse ir.

Sin embargo, exteriormente, siguió desafiándole.

—Alguien te detendrá —dijo, como si estuviera acostumbrada al desafío. Un desafío que traía como consecuencia ser encerrada en un armario—. Si Geraden no lo hace, yo lo haré. Serás detenido.

—¿Geraden? —escupió Gilbur—. ¿Tú? —Realmente era muy rápido. En el espacio entre un latido del corazón y el siguiente, se agachó por debajo de la mesa de caballete y volvió a alzarse, con el cuchillo apuntando hacia ella. Cada nudo y pliegue de su expresión prometían carnicería—. ¿Cómo vas tú a detenerme?

¿Cómo?

Así.

No necesitó decirlo en voz alta. Estaba aún avanzando hacia ella, con sus ensangrentadas manos tendidas hacia delante, cuando pareció tropezar con una pared. La sorpresa borró la violencia de su rostro: sus ojos se abrieron enormemente cuando vio lo que estaba ocurriendo en el espejo al lado de ella.

—Por las pelotas de Vagel —murmuró—. ¿Cómo has hecho *eso*?

Ella no miró. La última vez que había hecho aquello le había hecho enteramente por accidente, sin saber lo que estaba haciendo; ahora no intentó ejercer tampoco coerción. En cualquier caso, por el momento no le importaba si vivía o moría. Sólo le importaba escapar.

Aún asombrado, pero recuperándose rápidamente, el Maestro Gilbur tendió de nuevo las manos hacia ella.

Suavemente, Terisa cerró los ojos y derivó hacia atrás, hacia la oscuridad.

6

El beneficio de los hijos

Permaneció tendida, inmóvil, durante largo tiempo. El hecho era que deseaba dormir. Hacía dos noches, dama Elegia había envenenado el depósito de agua de Orison. La noche pasada, Geraden se había enfrentado al Maestro Eremis delante de la Cofradía, y ella, Terisa, se había convertido en la prisionera del Castellano. Y esta noche... Estaba agotada. El Maestro Gilbur había intentado cogerla, pero había fallado. Aunque tenía los ojos cerrados, sabía que la luz se había desvanecido Y, a medida que la luz se desvanecía, se había notado entrar en la zona de transición, donde el tiempo y la distancia se contra decían entre sí. Funcionaba: estaba siendo trasladada. A alguna parte.

Eso era suficiente. La sensación de que había dado un enorme y eterno salto en un abrir y cerrar de ojos había extraído de ella lo último de sí misma, había completado su autoborrado y durmió.

No fue el frío lo que la despertó. La celda había sido tan fría como esto. No, fue el débil y húmedo olor de la hierba, y la brisa enroscándose suavemente en el desgarrón de su blusa, y la aguda llamada de los pájaros, y la impresión de espacio Cuando abrió los ojos vio que estaba cubierta de horizonte a horizonte por el amplio cielo. Todavía era púrpura con el amanecer, pero los pájaros ya habían empezado a revolotear de un lado a otro, con un aspecto tan rápido y ansioso como sus propias canciones contra el cielo.

Entonces oyó el intenso rumor de agua corriendo.

Alzó la cabeza y miró por la ladera de la colina hacia un rápido arroyo. La nieve fundida de la primavera llenaba sus orillas y lo hacía apresurarse, ansioso por seguir su camino tierras abajo. En esa dirección, el agua corría hacia un valle aún envuelto por la noche que se alejaba; corriente arriba, descendía de una alta y oscura silueta que se alzaba contra el cielo púrpura y la lejana cadena de montañas.

El aire era tan frío como en la celda, pero no tan húmedo, tan opresivo; la vida no había sido estrujada de él por el gran peso y la sobrecargada ventilación de Orison. Inspiró profundamente, apoyó las manos en la nueva hierba para ponerse en pie, y se alzó.

Casi de inmediato, las montañas en la distancia parecieron cubrirse de luz. El sol estaba saliendo. Por ninguna razón excepto que era por la mañana y el aire era claro y ella estaba viva, su corazón empezó a cantar como los pájaros, y supo lo que iba a ver antes de que el sol alcanzara la maciza sombra de la que emergía el arroyo.

El Puño Cerrado.

Allí.

Empezando desde el oeste, la luz del sol se reflejó en el enorme pilar de piedra que protegía la aparición del arroyo de las colinas por aquel lado. Luego tocó el pilar oriental, y el desfiladero entre ellos apareció claramente, el estrecho y secreto corte desde el que el río Broadwine avanzaba hacia el corazón del Care de Domne.

El Puño Cerrado. Geraden había jugado allí cuando niño. El amasijo de rocas en el interior del desfiladero debía haber sido algo maravilloso para los niños, una fuente de interminables juegos de trepar y saltar y esconderse.

Y ella se había trasladado por sí misma hasta allí. Contra todas las posibilidades. Pese a su absoluta ignorancia de la Imagería..., y pese a todos los esfuerzos del Maestro Eremis por confundirla. Se había trasladado a la seguridad utilizando un espejo plano. Y no se había vuelto loca.

Bruscamente sus ojos se llenaron de lágrimas, y deseó echarse a llorar de alivio y alegría.

—Terisa.

Oyó el rumor de pies corriendo sobre la hierba. Por entre sus lágrimas vio una sombra, un hombre de silueta confusa por el llanto. Se volvió para enfrentarse a él — para enfrentarse al sol— y, mientras su clara y nueva luz brillaba a través de ella, se halló en brazos de Geraden.

—Terisa.

Oh, Geraden. Oh, amor.

—¡Gracias a las estrellas! Pensé que nunca más volvería a verte.

Estás aquí. Tú lo hiciste. Tú lo hiciste.

Luego se echó hacia atrás.

—Déjame mirarte.

Parpadeó para aclarar su vista, y le vio observándola ansioso a través de sus propias lágrimas.

—He estado esperándote, esperándote, desde casi cuando llegué aquí. Era la única esperanza que tenía. Sólo fui a Houseldon para decirle a mi familia lo que ocurría. No querían que volviera aquí solo, pero no podía hacerlo de ninguna otra forma. No podía soportar tener a nadie observándome esperar. Te dejé allí, con Eremis y Lebbick..., y pensé que nunca más volvería a verte.

Ella sintió deseos de decir: ¿Creíste que podrías mantenerme alejada? La alegría de él brillaba como el sol delante de ella. Era el mismo Geraden que siempre había sido, de corazón abierto, vulnerable, querido. Sus lágrimas lo hacían parecer apenas mayor que un muchacho. Su pelo castaño se rizaba en todas direcciones, lleno de

posibilidades encima de su fuerte frente; su brillante mirada y su abierto rostro eran como la canción de los pájaros en el aire primaveral. Luché contra Eremis y el Castellano y el Maestro Gilbur por ti. ¿Crees que podían mantenerme alejada?

Pero entonces él reparó en su desgarrada blusa, su desaliñado aspecto, la tensión en torno a sus ojos; y su rostro cambió.

Los huesos que formaban el armazón de sus rasgos parecieron convertirse en hierro; sus ojos parecieron captar y reflejar la luz como el hierro templado y pulido. Tan completamente como si hubiera sido trasladado, el muchacho había desaparecido, y en su lugar se erguía un hombre que ella apenas conocía, un hombre que se parecía más a Nyle que a Artagel..., Nyle cuando se había decidido a hacer algo que lo humillaría y llenaría de dolor a la gente que le importaba. El metal del carácter de Geraden había sido templado por la amargura, pulido por el desánimo. Cuando habló de nuevo, su voz sonó densa con reprimida fuerza..., y veladas amenazas.

—¿Por qué no te mató Eremis? Parece como si lo hubiera intentado.

Terisa adelantó los brazos hacia él; deseaba abrazarlo de nuevo, apretarlo contra sí, traer de vuelta al Geraden que había aprendido a amar. El Geraden que había aceptado voluntariamente tantos tipos de dolor por ella. Pero él se limitó a sujetar sus manos y mantenerlas inmóviles, exigiendo que permaneciera frente a él con todos sus sufrimientos expuestos.

Así que tenía que intentar ponerse a su altura, situarse en su mismo terreno. Sacudió la cabeza, no contradiciéndole, sino negándose el deseo de ser confortada, y dijo:

—Oh, lo intentó. O el Maestro Gilbur lo intentó por él. Pero fue el Castellano quien hizo esto.

Claramente, como el chasquido de una rama al partirse, él dijo:

—Lebbick. —La piel de su rostro era tensa sobre el hierro de sus huesos. Sus amenazas no iban dirigidas a ella—. Cuéntame.

Involuntariamente, Terisa dudó. Deseaba situarse en igualdad de condiciones que él —ser digna de él—, pero no podía hacerlo. Las lágrimas llenaron de nuevo sus ojos.

—Hay tanto...

—Terisa.

Al menos podía ser alcanzado. La rodeó de nuevo con sus brazos y dejó que ella se aferrara a él tan fuerte como era capaz. Luego murmuró:

—Tienes frío. Y parece que te iría bien un poco de comida. —No se había

ablandado: simplemente se estaba reteniendo. La hizo girar con un brazo en su cintura y la empujó suavemente colina arriba, en dirección a los pilares—. Mi campamento está ahí.

Ella asintió, incapaz de hablar..., incapaz de separar la alegría y el dolor de verle.

—Cuando pasé a través del espejo —explicó él con voz distante—, cuando descubrí que aún estaba vivo, planeé ocultarme aquí arriba. Es el mejor lugar en el que pude pensar. Y no deseaba poner en peligro Houselton, si Eremis intentaba atraparme de nuevo. Y ya te había perdido. Creí que iba a volverme loco si alguien te hacía daño por haber intentado protegerme.

»Pero finalmente imaginamos lo que está haciendo Nyle.

No hay ninguna forma en que pueda mantener a mi familia fuera de peligro. Así que no servía de nada ocultarse. Simplemente volví aquí porque alguien tenía que hacerlo..., en caso de que tú consiguieras cruzar de alguna forma y luego no pudieras encontrar Houselton..., y lo mejor era que fuese yo porque de todos modos iba a pasar todo el tiempo aguardándote.

El sol se había alzado más. El valle debajo del Puño Cerrado permanecería aún en sombras un cierto tiempo; pero ahora había suficiente luz como para revelar dos caballos atados cerca de las rocas allá al frente. Uno de ellos alzó los ojos a Terisa y Geraden. El otro siguió comiendo despreocupadamente hierba. Con un esfuerzo, Terisa carraspeó.

—Parece como si hubieras imaginado un montón de cosas.

Él bufó sardónicamente.

—Después de ese último día que pasamos juntos, supe que Eremis era un traidor. Cuando finalmente me di cuenta de que debo de tener un talento para la Imagería, un talento sin precedentes..., no resultó demasiado difícil extraer conclusiones. Entonces todo lo que tenía que hacer era esperar que tú tuvieras ese talento también, y lo descubrieras..., y fueras capaz de usarlo en un espejo.

»En conjunto, parecía más plausible que Eremis cayera muerto y nos salvara de ese modo, pero no me quedaba otra cosa.

Había un par de mochilas en el suelo cerca de los caballos, y un pequeño montón de mantas..., la cama de Geraden. Mientras él y Terisa entraban en las sombras de las rocas, dejó caer su brazo y se apresuró a recoger una de las mantas. La pasó inmediatamente por los hombros de ella.

—No tengo ningún fuego —murmuró—. No deseaba exponerme, en caso de que la gente equivocada fuera tras de mí.

Ella se encogió de hombros; la manta era suficiente. Agradecida por su calor, preguntó:

—¿Qué es lo que imaginaste acerca de Nyle? —Temía cualquier cosa que él pudiera decir sobre su hermano.

Sin cruzar su mirada con la de ella, Geraden se acuclilló junto a sus mochilas y empezó a sacar comida, una jarra, algo de fruta. Su tono era duro cuando respondió:

—Enamorarse de Elega y dejar que ella le convenciera de traicionar Mordant por el Príncipe Kragen..., eso ya fue bastante malo, pero en cierto modo tiene sentido. Quiss, es la esposa de Tholden, ¿sabes?, dice que Nyle lleva años siendo lo *bastante desgraciado como para* hacer algo así. No todo el mundo *está de acuerdo con ella* —*hizo una mueca*—, *pero yo sí*. Y *el Domne* también.

»Pero fingir su propia muerte para arruinarme y ayudar al Maestro Eremis, inmediatamente después de oírnos demostrar que Eremis era el único hombre en Orison que podía estar trabajando con el Monomach del Gran Rey..., *eso no tiene sentido*. No suena propio de él. Volvió y salvó mi vida, ¿recuerdas? Inmediatamente después de que se marchara cabalgando para traicionar Mordant. Ayudar a un traidor reconocido no es algo que él haría por su propia voluntad». Tuvo que ser empujado a ello.

Geraden puso queso, manzana seca y una loncha de carne de cordero sobre una rebanada de pan. Terisa lo aceptó y se sentó sobre la hierba para empezar a comer. Sin embargo, su atención estaba fija en él.

—Empujado, ¿cómo? —siguió Geraden—. ¿Qué tipo de soborno o amenaza podría obligarle a hacer algo así? ¿Qué cosa de valor podía ofrecerle Eremis..., o arrebatarle? —Hizo de nuevo una mueca. Se preparó comida también para él, pero no comió—. Su familia. ¿Qué otra cosa? Eremis tiene que tener un espejo que le da acceso al Care de Domne..., a Houseldon. Puede enviar a esos insectos aquí..., o criaturas de pelo rojo y demasiados brazos..., o incluso a Gart. Debió amenazar a Nyle con hacer algo así.

Una punzada de dolor atravesó el corazón de Terisa, y casi estuvo a punto de dejar caer su comida; le miró a través de la sombra.

—Entonces, aún están en peligro. Tu casa, toda tu familia..., puede atacarla en cualquier momento. Especialmente ahora..., ahora que yo he escapado de él.

»Sabe dónde estás. —Ella misma se lo había dicho a Eremis.

Geraden alzó bruscamente la cabeza.

—Puede sospechar que estás aquí —se apresuró a decir ella—. Vio aquel espejo cambiar..., el día que intentaste hallar una forma de devolverme a casa. El Maestro Gilbur vio lo que yo estaba haciendo. ¿Cómo pueden protegerse? ¿Qué están haciendo para protegerse?

Él se enfrentó directamente a su alarma. El abatimiento veló sus ojos, pero su voz

era hierro.

—Todo lo que pueden.

Su tono frenó algo el pánico de ella. Estaba aún asustada, sin embargo, y había tantas cosas que tenía que decir que podían hacerle daño. Intentando tragar su vergüenza, murmuró:

—Sabe realmente dónde estás. Lo siento..., es culpa mía. Nunca te dije... —La mirada de él le hacía difícil hablar, pero se obligó a ello—. Aquel día intentaste devolverme a mi apartamento. Cuando me trasladaste en tu espejo. Nunca me preguntaste dónde fui. No fui al campeón..., pero no fui tampoco a mi apartamento. Vine aquí. —Tuvo la sensación como si estuviera confesando una infidelidad esencial—. Nunca te lo dije, pero sí se lo dije a él.

Manteniéndose firme y neutral, él preguntó:

—¿Por qué?

Pese a su contención, acababa de poner el dedo en la llaga. Ella podía inventar excusas. Me hipnotizó. Fue el primer hombre al que conocí que realmente me deseaba. Pero Geraden se merecía algo mejor que aquello. Y ella era responsable por lo que había ocurrido. Nadie más.

—Me equivoqué —dijo—. Pensé que le deseaba.

Geraden guardó silencio hasta que ella alzó la vista de nuevo hacia él. Aún seguía siendo incapaz de leer su expresión, pero no parecía furioso. Su voz sólo sonó triste cuando murmuró:

—Me hubiera gustado que me dijeras que el espejo no te había llevado al campeón. Lo hubiera pasado mejor de lo que lo he pasado esperándote aquí. Hubiera tenido menos la impresión de que lo estaba estropeando todo.

Ella sintió el dolor de que él no expresara más agudamente lo que había en su interior. En un esfuerzo por justificarse, de algún modo, ofreció:

—Pero Nyle todavía sigue vivo. Estoy segura de ello. Ere-mis lo admitió.

Tan coherentemente como pudo, describió lo que les había ocurrido al médico y a los guardias que habían sido dejados con el supuesto cadáver de Nyle. El pensamiento de sus cuerpos devorados estrujó sus entrañas; se obligó a concentrarse en su razonamiento.

Geraden escuchó sin mostrar ninguna reacción. Estaba demasiado tenso para reaccionar. Cuando ella hubo terminado, dijo con aire ausente:

—Pobre Nyle. En estos momentos probablemente esté deseando hallarse realmente muerto. Ser usado así tiene que ser horrible para él. Mientras Eremis lo tenga en su poder, puede sufrir daño de nuevo. Puede ser usado otra vez contra

nosotros.

»Es culpa mía, por supuesto. Si yo no le hubiera impedido ir al Perdon..., si no hubiera intentado tomar decisiones por él, nunca se hubiera visto vulnerable a esto. No hubiera estado en las mazmorras, donde Eremis podía echarle la mano encima. — Geraden suspiró como si culpase a sí mismo fuera uno de los elementos que lo hacían fuerte—. No sé cuánto de todo esto podrá resistir.

Tenía que ser horrible. Eso era cierto. Terisa conocía la sensación. Ella misma había ido tan lejos en ello que no permitiría ser usada de nuevo contra la gente que le importaba.

Suavemente, preguntó:

—¿Qué vas a hacer cuando intentes luchar contra él, y te diga que te rindas o matará a Nyle?

Inesperadamente, Geraden bufó de nuevo. Si no hubiera estado tan furioso, quizá se hubiera echado a reír.

—No voy a luchar contra él.

¿Que no vas a hacer qué? Terisa le miró a través de la sombra como si él la hubiera golpeado. ¿No iba a luchar contra él? El mundo estaba lleno de diferentes tipos de dolor, formas de hacer y recibir daño..., más de las que ella había llegado nunca a imaginar. La desgarradora sensación que sintió ahora era nueva para ella. No voy a luchar contra él. Sólo por un segundo, su propia furia empezó a llamear, y deseó arrojarla sobre él.

Él, sin embargo, no había apartado su vista de ella. La miraba de frente como una dura pared; cualquier cosa que le arrojara simplemente rebotaría en él y caería al suelo. Tan duramente había sido herido; parecía ver las fuentes de su dolor como si la penumbra estuviera llena de ellas. Había sido golpeado por la desesperación que le había obligado a trasladarse fuera de Orison sin claras esperanzas de ser *capaz* de regresar alguna vez..., o de controlar adónde iba. Y por todas las implicaciones de lo que había descubierto acerca del Maestro Eremis. Por el hecho de que nadie en Orison confiaba en él o lo valoraba lo suficiente como para creer en él..., ninguno de los Maestros, ni el Castellano Lebbick, ni siquiera el Rey Joyse.

Por la amenaza a su hogar.

Y todo lo demás que había intentado hacer con su vida había fracasado. Incluso era el responsable del apuro en que se hallaba Nyle. ¿Cómo podía sentirse furiosa contra él ahora? ¿Qué le daba derecho a ello?

Tuvo que tragar la densa sensación de pesar en su garganta antes de ser capaz de hablar.

—¿Qué vas a hacer?

La quietud de ella pareció relajarle un poco. Su postura se volvió marginalmente menos rígida; sus rasgos se relajaron un poco. Con un débil eco de su anterior humor, dijo:

—Lo primero escuchar lo que te ha ocurrido a ti. Luego voy a llevarte a Houseldon para que te proporcionen una blusa decente.

Involuntariamente, ella hizo una mueca.

—Ya sabes que no es eso lo que quiero decir.

—De acuerdo. —El hierro volvió a su voz—. Voy a hacer un espejo. Cualquier espejo, no importa, mientras sea lo suficientemente grande..., mientras no sea plano. Ahora soy un Imagero. Sé cómo hacerlo. Siempre lo hice mal antes porque estaba haciendo lo equivocado, intentaba utilizar mal mi talento. Ahora tengo las ideas más claras.

»Voy a hacer un espejo. Y voy a matar a cualquier hijo de puta que aparezca por aquí e intente hacerle daño a mi familia.

Terisa contuvo el aliento para mantenerse completamente inmóvil.

Él se encogió rígidamente de hombros.

—¿Es eso lo que deseabas oír?

Oh, Geraden.

No sabía qué hacer por él..., pero tenía que hacer *algo*. No podía soportar verle así. Necesitaba una forma mejor de enfrentarse a lo que le habían hecho.

Esa realización le dio las fuerzas necesarias para empezar a hablar.

—Me has preguntado qué me ocurrió. Creo que será mejor que te lo cuente.

Fue más fácil de lo que había esperado: fue *capaz* de liberarlo casi todo. A un nivel práctico, ejerció una discreta censura sobre la información de que tanto el Tor como Artagel le habían pedido que lo traicionara. Él no necesitaba más de aquel tipo de dolor. Y, emocionalmente, pudo hablar como si la furia del Castellano y su propio terror no la hubieran alcanzado. En cualquier caso, no tenía un lenguaje para esas cosas..., o para la forma en que esas cosas la habían cambiado. En vez de ello, se concentró en el Maestro Eremis.

—Los tiene a todos engañados, Geraden —dijo, después de describir su permanencia en las mazmorras, las visitas del Castellano y Eremis y el Maestro Quillón, su huida con Quillón..., después de contarle lo de Gilbur y Havelock, y la muerte de Quillón—. Lo que hizo con Nyle es sólo un ejemplo. Ese médico, Underwell, está muerto, y todo el mundo piensa que tú eres un carnicero, y la única persona en Orison que parece inocente es el Maestro Eremis. Se está convirtiendo en un héroe volviendo a llenar el depósito de agua..., pero es sólo una excusa, sólo lo

hace para poder ir libremente de un lado para otro mientras todo el mundo piensa que está ocupado allá arriba. Está coaligado con Gart y Cadwal, y sólo espera a que sus planes estén maduros.

Política, mi dama. Si tiene éxito, yo tengo éxito también. Si fracasa, yo sigo para proseguir mis objetivos por otros medios. Pese a su determinación de mostrarse distanciada, el recuerdo la hizo estremecer.

—Va a accionar algún tipo de terrible trampa, y nadie sabe que es él quien está detrás de todo. El Maestro Quillón es mi único testigo, y está muerto. Puesto que el Castellano me vio con el Maestro Gilbur, piensa que yo maté a Quillón.

Su propia furia se acumuló mientras hablaba; estaba llena de ultraje acumulado. No deseaba aplicar ninguna presión sobre Geraden, deseaba persuadirle. Pero, simplemente, no podía pensar en Eremis sin echarse a temblar.

—Geraden, va a destruirlos *a todos*, y ellos ni siquiera saben que es él. Lo que está intentando hacer el Rey Joyse es una locura, pero además es inútil si nadie sabe quién es su enemigo. Todo por lo que ha luchado, todo lo que ha conseguido, Mordant y la Cofradía, todos sus ideales... —todo lo que te hace amarle—, Eremis va a destruirlo todo.

Fuera de la sombra de las montañas, Geraden hizo un gesto cortante, indicando que callara. Su rostro parecía de piedra.

—«Eremis va a destruirlo todo». Por supuesto. Y tú quieres que yo lo detenga. Crees que puedo hacer algo para detenerlo.

Ella se afirmó en sí misma, se obligó a hablar suavemente.

—Alguien tiene que advertirles —dijo—. De otro modo, no van a tener ninguna oportunidad.

¿Qué había del augurio? ¿Y la necesidad de Mordant?

Bruscamente, él se puso en pie. Por un momento se alejó de ella, como si nunca tuviera intención de volver; luego se giró secamente y regresó a su lado para mirarla fijamente sobre la nueva hierba y la comida olvidada.

—Quieres que les advierta —jadeó—. *¿Crees que no he pensado en ello?* Hablar es fácil. ¿Sabes lo *lejos* que está Orison de aquí? ¿Sabes el tiempo que me llevaría llegar hasta allí? El asedio ya ha empezado. Cadwal se halla en camino. Todo lo que él desea destruir estará en ruinas antes de que yo haya recorrido la mitad del camino. Llegaré como un buen chico, jadeante y desesperado, deseando algo que salvar, y él simplemente se me reirá a la cara.

»Él simplemente se me *reirá* a la cara.

»Terisa —se estaba controlando con un visible esfuerzo, refrenando el deseo de

gritarle—, estoy muy, muy cansado de que se me rían a la cara.

Todo dentro de ella le dolía mientras le miraba; la hacía sentirse tan triste que su furia se desvaneció, al menos temporalmente. No sabía qué decir. ¿Qué podía haber dicho? Comprendía; por supuesto que comprendía. Había sido derrotado, y estaba intentando aceptarlo. Pero el que ella comprendiera o no comprendiera no cambiaba nada. No le ayudaba en nada..., ni a él ni a Mordant. Sin embargo, tenía que proporcionarle algo. Si no lo hacía, iba a echarse a llorar de nuevo.

Suavemente, reprimiendo su infelicidad, preguntó:

—¿Qué es lo que quieres que haga?

Él había considerado también aquello.

—Eres una archi-Imagera —dijo rápidamente—. Como Vagel. Acabas de demostrarlo. Puedes pasar a través de un espejo sin cambiar de mundos. Y sin perder la razón. Pero eres más que eso también. Puedes cambiar las propias Imágenes. Puedes hacer lo mismo con un espejo plano que lo que yo hago con un espejo normal. Juntos, somos dos de las personas más poderosas de todo Mordant. Todo lo que necesitamos es práctica. Y espejos. Quiero que te quedes aquí y me ayudes a defender la única cosa que me queda por la que vale la pena luchar.

Con el mismo tono, ella preguntó:

—¿Tienes algún espejo?

—No, todavía no. Tenemos algo de equipo y tintes que mi padre confiscó a algún Imagero de poca monta allá en los primeros días de la paz de Mordant, pero nunca lo hemos utilizado.

»Estaba preocupado mientras tú permanecías allá en Orison, donde Eremis podía atacarte..., o hacer presión sobre ti para atacarme a mí. Pero, después de lo que acabas de decirme, no creo que necesitemos apresurarnos. En estos momentos no somos ninguna amenaza para él. Ha conseguido echarnos de Orison, y sigue pareciendo inocente. No podemos hacerle ningún daño desde aquí donde estamos. Y él tiene un montón de otras cosas en su mente. Tiene que preparar esa trampa suya..., sea la que sea. Creo que nos dejará tranquilos hasta que haya acabado con Orison. No se preocupará en solucionar unos problemas menores como nosotros hasta después.

Terisa suspiró suavemente.

—Somos «dos de las personas más poderosas de todo Mordant», pero únicamente somos un «problema menor».

—Todo lo que necesitamos es práctica —repitió él, como si aquello tuviera que tranquilizarla—. Cuando acuda a nosotros, estaremos preparados para recibirle. Si intenta tocar Domne, le arrancaremos la mano a partir de la muñeca.

Y, tras una pausa, terminó, como un hombre afirmando un artículo de fe:

—No hay ninguna otra cosa que podamos hacer.

Quizá fuera cierto..., ella no lo sabía. Había ido tan lejos como podía hasta el momento. Él suponía que podrían hacer lo que deseaba: eso era suficiente. Le proporcionaría tiempo para pensar. Tiempo para *descansar*. Necesitaba desesperadamente descansar. Con todo aún por resolver, alzó la vista hacia él y dijo:

—Hablando de Domne, creo que deberías llevarme a Houseldon. Me gustaría conocer a tu familia.

No pudo estar segura a la suave luz, pero tuvo la impresión de verle casi sonreír.

Por alguna razón, sin embargo, la aquiescencia de ella —y la idea de regresar a casa— no mejoraron su humor. Si sonrió, lo hizo de una forma que negaba la risa. Su amargura podía haberse difuminado un poco, pero el hosco humor que la reemplazó era igualmente duro hierro.

Con una recia precisión completamente contraria a la ansiosa actitud propensa a los accidentes que ella recordaba, empaquetó sus pertrechos, luego hizo beber a los caballos y los ensilló.

—Toma la yegua baya —dijo, señalando una de las monturas—. Quiss la ha entrenado para llevar mujeres embarazadas. La propia Quiss ha estado embarazada un montón de veces. Creo que Tholden quiere que tenga siete hijos también. —Su tono parecía más gentil cuando hablaba de esas cosas, pero esa impresión podía ser creada por lo que decía antes que por la forma en que lo decía—. Pero hasta ahora sólo ha tenido cinco, y dos de ellos son hembras.

El aire era más cálido ahora; sin embargo, Terisa mantuvo la manta por encima de sus hombros mientras subía a la yegua baya. Aquélla era su segunda experiencia con un caballo, y la silla parecía peligrosamente alta. Era dificultoso mantener la manta cerrada..., pero no tan dificultoso como mantener cerrada su desgarrada blusa. Lo último que deseaba en un momento como aquél era entrar cabalgando en Houseldon con el pecho al aire.

Cuando estuvo sentada en la silla, él ajustó sus riendas. Luego subió a su propia montura, un appaloosa con una expresión de inofensiva locura en sus ojos, y abrió camino.

La colina descendía suavemente desde el Puño Cerrado durante un cierto trecho, luego se volvía irregular, como una camisa arrugada. Incluso a la sombra de las montañas, la luz era lo suficientemente intensa ahora como para que pudiera ver las flores silvestres que crecían entre la hierba; pero no se dio cuenta de lo brillantes que eran —mucho más brillantes de como las recordaba— hasta que ella y Geraden penetraron bajo el sol directo. El color parecía estallar de la hierba mirara donde

mirara: azul y lavanda; malva; amarillo manchado con naranja; el intenso, intenso rojo de las amapolas. Había árboles en las laderas también, pero la mayoría de ellos crecían en los pliegues del terreno, a lo largo del río. Montañas aún con nieves en ellas se alineaban al norte y al este, así como al sur, de ellos, de modo que ella y Geraden parecían cabalgar por entre sus tendidos brazos. Tan lejos como podía ver hacia el nordeste, sin embargo, hacia el Care de Domne, las colinas estaban principalmente cubiertas por una gran extensión de hierba y flores silvestres.

Geraden tenía razón: la yegua baya era fácil de montar; su paso instilaba confianza. Él y Terisa estuvieron pronto entre las bajas colinas, y ella empezó a sentirse lo bastante segura como para iniciar un trote corto. Todo el conjunto de sensaciones —la yegua, el sol de la mañana, la presencia de Geraden a su lado— era mucho más agradable que la vez en que había cabalgado con él y Argus, y no pudo reprimir una sonrisa.

—Sí —le oyó murmurar a él, como si respondiera a una pregunta—. El Care de Domne es hermoso. Siempre es hermoso, no importa lo que le ocurra..., a él o a Mordant. No importa quién viva o muera, no importa lo que cambie. Algunas cosas... —Miró a su alrededor, en un esfuerzo por abarcarlo todo a la vez—. Algunas cosas permanecen.

Permaneció pensativo unos instantes, luego dijo:

—Quizá sea por eso que el Domne nunca se ha mostrado dispuesto a luchar. Y por lo que el Rey Joyse le sigue queriendo pese a todo.

—No lo entiendo.

Geraden se encogió de hombros.

—En cierto modo, mi padre es el Care de Domne. No necesita luchar por las cosas que más valora, porque no pueden ser dañadas.

Terisa se concentró en su silla mientras los caballos seguían trotando subiendo una ladera algo empinada. Después de aquello, el terreno parecía haber sido alisado por la mano del sol. No era llano, pero las laderas eran largas y cómodas, y la hierba parecía brotar por todas partes hasta el horizonte.

Ella probablemente debería estar pensando en su extraño talento para la Imagería. Tras todo número de negativas, había descubierto que su talento era real. Seguramente esto cambiaba su situación, sus responsabilidades. Pero no tenía la sensación de que hubiera cambiado nada. Ya había elegido sus lealtades en la lucha por Mordant, se había comprometido. Y, sin espejos, no había nada que ella pudiera hacer para explorar o definir sus habilidades..., fueran las que fuesen realmente.

Por el momento, no estaba interesada en ella misma. Estaba interesada en Geraden.

—Háblame de tu familia —sugirió—. Me has hablado de ella antes, pero parece como si hiciera mucho tiempo. Me gustaría saber a quién voy a conocer.

—Bueno, no vas a conocer a Wester —respondió con aire ausente Geraden, como si su familia no tuviera nada que ver con lo que estaba pensando—. Está fuera, haciendo el circuito de las granjas. Quizá sea mejor así. Es un hombre apuesto. Las mujeres no dejan de enamorarse de él. Pero romperá tu corazón. Lo único que le preocupa es la lana. Si la lana fuera cristal, sería el mejor Imagero del mundo. No estamos seguros de que sepa que existen las mujeres.

»Tholden es el mayor, por supuesto. Es el heredero..., será el Domne cuando nuestro padre muera, y se toma el asunto muy en serio. Desea *ser* el Care de la misma forma que lo es ahora nuestro padre. Y es bueno en ello. Pero sería mejor si confiara más en sí mismo y se relajara un poco.

»Él y el Domne pueden ser muy divertidos a veces. Es un fertilizador compulsivo..., desea que todo crezca locamente. Así que va arriba y abajo paleando estiércol a cualquier cosa que tenga un sistema de raíces. Y mi padre lo sigue con una sierra de podar, murmurando acerca de desperdicios y cortando todo lo que Tholden acaba de animar a que crezca.

Terisa vio en la distancia un rebaño de ovejas desparramándose suavemente como una mancha de espuma sobre el verde mar de la hierba. Dos perros pequeños y un pastor mantenían unido el rebaño sin demasiada dificultad: el día era tranquilo, y los animales parecían plácidos. Geraden y el pastor se saludaron, pero ninguno de los dos corrió el riesgo de sobresaltar al rebaño con un grito.

—Las ovejas están siempre fuera —comentó Geraden—. Podríamos llevarlas a Houseldon, pero ¿de qué serviría eso? Probablemente están más seguras cuanto más lejos de allí se hallen.

Cabalgó en silencio durante un rato antes de volver a la pregunta de ella.

—De todos modos, conocerás a la esposa de Tholden, Quiss. Y a sus hijos. Ella intentará que te sientas cómoda en Houseldon, o morirá en el empeño.

»Minick es el segundo hijo. También está casado, pero probablemente no verás a su esposa. Apenas abandona la casa. Es una lástima..., me gusta ella. Pero es tan tímida que se marcha corriendo apenas le sonríes un poco. Una vez arruinó su mejor vestido haciendo reverencias al Domne en medio de un charco de barro.

»También me gusta Minick, pero es un poco apagado. Es el único hombre que conozco que piensa que esquilar ovejas es divertido. Él y su esposa son perfectos el uno para el otro.

»Eso deja a Stead, el bribón de la familia. En estos momentos está en la cama con una clavícula rota y varias costillas astilladas. No podía quitarle sus manos de encima

de la esposa de un hojalatero ambulante, y el hojalatero expresó su desaprobación con el mango de una horca.

»Lo más extraño es que Stead es un buen chico. Trabaja duro. Es generoso. Cada día es un nuevo trabajo. Simplemente adora a las mujeres..., y no puede imaginar por qué todos los hombres no hacen el amor constantemente con todas las mujeres. Las mujeres son demasiado preciosas para pertenecer a nadie en particular. ¿Por qué deberían los hombres estar *celosos* de él?

»Aparte esto, sólo unas trescientas personas viven en Houseldon. Es la sede del Domne. Todo lo que sirve como gobierno en este Care está ahí. En cualquier otro lugar, Houseldon sería simplemente un pueblo más, pero en Domne es el mercado y la contaduría y el tribunal de justicia.

»También es el campamento militar. El Domne mantiene seis arqueros entrenados, principalmente por si algún oso o una manada de lobos baja de las montañas y empieza a atacar a las ovejas. Pero su trabajo es también hacer cosas como rescatar a Stead de ese hojalatero, o calmar a la gente que se muestra beligerante cuando ha bebido demasiada cerveza. En las raras ocasiones en las que el Domne decide que tiene que multar a alguien por algo, ellos se encargan de cobrar la sanción.

»Eso es lo que tenemos para defendernos —concluyó Geraden, como si aquella fuera la pregunta que Terisa le había hecho—. Seis arqueros, más los granjeros con horcas y los pastores con cayados..., tantos como Wester puede reclutar.

»Es por eso que Houseldon nos necesita.

La forma en que derivaba de su tema la inquietó. Siempre le había gustado oírle hablar de su familia. A veces, el contraste con su propia familia la había entristecido; hoy era un placer. Ansiaba ya conocer a su padre y hermanos. No estaba preparada para empezar a pensar de nuevo en los problemas que la habían conducido hasta allí.

Y lo que él sugería no sonaba bien, procedente de él. Renunciar a todo a lo que había aspirado siempre para no hacer más que luchar por su hogar: eso no sonaba propio de él. Como Artagel y Nyle en sus distintos aspectos, él nunca había sido capaz de permanecer en casa. Sentía demasiada inquietud hacia el resto del mundo, demasiado sentido de la posibilidad: no podía contentarse con Domne. Terisa nunca había dudado de su amor hacia Houseldon y el Care, hacia su padre y hermanos. Pero tenía la intensa sensación de que era el hombre equivocado para el trabajo que había elegido. Lo había elegido tanto por amargura como por amor: no encajaba en él.

Vio otro rebaño de ovejas. Luego el terreno se hizo más nivelado; aparecieron campos, regados por zanjas abiertas desde el río y estriados con los delicados brotes verdes del maíz nuevo; los caballos llegaron a un camino. Ella y Geraden eran las únicas personas en él, pero eso no representó ninguna sorpresa para Terisa. Todo el

mundo excepto los pastores estaba probablemente atareado preparando la defensa de Houseldon.

Entonces vio el propio Houseldon allá delante.

Había olvidado que Geraden lo había llamado una empalizada.

El pueblo en sí estaba rodeado por una valla de madera más alta que ella; desde el lomo de su caballo, apenas conseguía ver las techumbres de paja de las casas por encima de la empalizada. Los maderos habían sido clavados al suelo y luego unidos entre sí con lianas de algún tipo. Para ella, la idea de una empalizada no sonaba como algo especialmente impresionante; había crecido en medio del cemento y el acero. Pero cuando vio realmente aquel muro de madera, pensó que parecía notablemente recio. Unos simples hombres a caballo no conseguirían franquearlo. Las criaturas de pelaje rojo armadas con cimitarras y odio no conseguirían franquearlo. Necesitaría una catapulta o un ariete.

O fuego.

Pensando en el fuego, apretó la manta en torno a sus hombros y se estremeció.

La puerta, una enorme plancha de maderos reforzada con tiras de hierro, estaba abierta. Los hombres que la custodiaba] saludaron a Geraden de una forma que sugería que sabían dónde había ido, y por qué. Houseldon no era un lugar para l] gente amante de los secretos.

Mientras él y Terisa cruzaban la puerta, Geraden preguntó, a los guardias:

—¿Dónde está el Domne?

Uno de ellos se encogió de hombros.

—En casa, supongo. Con esa pierna, no va por ahí tan fácilmente como acostumbraba a hacerlo.

Terisa sintió deseos de preguntar qué le ocurría al Domne en la pierna, pero estaba demasiado ocupada mirando a su alrededor. La calle de tierra batida era poco más que un sendero; sin embargo, servía como vía pública tanto para los carros y el ganado como para las personas. Si la calle hubiera estado llena de gente, ella y Geraden hubieran tenido problemas en transitar por ella. Esta mañana, sin embargo, ellos eran los causantes de la mayor parte del tráfico existente: gente que había salido a ver a Geraden... y a ella.

En contraste con el sendero, las cuadradas fachadas de los edificios a ambos lados eran sustanciales: sólidamente erigidas, y amplias. Tenían cimientos de piedra, profundos porches, ventanas cubiertas con aceitadas pieles de oveja. A partir de las bastas maderas y el barro, los habitantes de Houseldon habían construido hogares diseñados para durar; y la paja característica de los techos había sido utilizada al parecer porque era práctica: fresca en verano, cálida en invierno, fácil de reemplazar,

antes que porque fuera barata. En ese sentido, las casas eran como la gente, que iba vestida en general con telas resistentes de corte sencillo, pensadas para durar.

Los espectadores miraron a Geraden y estudiaron a Terisa con franca curiosidad. Un espíritu atrevido —no pudo ver quién era— exclamó inesperadamente:

—Parece que has hecho una buena elección, Geraden. —Pero Geraden no reaccionó.

Realmente, no necesitaba defenderse. Varias voces murmuraron imprecaciones dirigidas al espíritu atrevido, y un viejo dijo claramente:

—Contén tu lengua, cachorro. Si tú tuvieras sus problemas, ya te habrías ahogado en el Broadwine.

Sólo por un segundo, la melancolía en el fondo de la expresión de Geraden pareció despejarse y sus ojos brillaron un poco.

Terisa se sintió abrumada al darse cuenta de que sus propias mejillas enrojecían.

Durante varios minutos, condujo su caballo más allá de un cierto número de calles y callejuelas transversales..., más allá de lavaderos públicos, uno o dos graneros, una tienda que vendía comida y utensilios, al menos seis comercios que trataban con lanas y pieles de oveja, y una taberna, indiscutible por el enorme cartelón encima de la puerta que anunciaba sucintamente: TABERNA. Luego, sin advertencia previa, Geraden se detuvo delante de una casa y bajó de su montura.

Aquel edificio era algo más grande que sus vecinos. Aparte su tamaño, sin embargo, el único rasgo que lo distinguía era la lisa bandera marrón y bermeja que se agitaba al extremo de un palo que brotaba de su techo de paja. Geraden ató las riendas de su caballo en la barandilla del porche, luego se volvió hacia Terisa para ayudarla a bajar, murmurando:

—Es aquí.

Había una mujer en el porche. Una cuerda iba de un extremo del porche al otro, y de ella colgaba una gran alfombra, tejida de una forma sencilla con largos mechones de lana. La mujer sujetaba un corto mayal en una mano, y el aire a su alrededor estaba lleno de flotante polvo: al parecer había estado sacudiendo la alfombra. Terisa se sintió inmediatamente impresionada por su sedoso pelo color maíz y sus ojos azul cielo, por el enrojecimiento del ejercicio en sus mejillas y la fuerza de sus manos. Tenía el pecho de una Madre Tierra y los hombros de un picapedrero, y se llevó las manos a las caderas para saludar a Geraden como si aún no estuviera completamente preparada para dejarle entrar en la casa.

Una niña apenas un poco mayor que un bebé gateante miró desde detrás de sus faldas, luego se ocultó de nuevo.

—Has tardado mucho —dijo la mujer, con una voz que contradecía directamente

la severidad de sus modales—. Papá estaba preocupado.

—Quiss —respondió él, como un hombre que ha olvidado como reír y no desea ponerse furioso—, ésta es Terisa. Dama Terisa de Morgan. Es una archi-Imagera. — Parecía temer que Quiss no se tomara a su compañera lo suficientemente en serio—. Después de Vagel, es la más poderosa Imagera de todo el país.

Quiss alzó sus azules ojos al rostro de Terisa. No sonrió, pero su mirada era tan amistosa como la luz del sol. Inmediatamente, Terisa dejó de sentirse tímida.

—También tiene frío y está cansada, y probablemente hambrienta —pronunció Quiss—. Y no está acostumbrada a los caballos. ¿A qué estás esperando? Llévala dentro.

Terisa no pudo evitar sonreír.

Geraden tendió su mano hacia ella. Sus ojos no dejaban traslucir nada: eran demasiado hierro para verse mellados por la actitud de Quiss. Terisa lo incluyó a él en su sonrisa, luego la perdió porque repentinamente empezó a añorar el Geraden que hubiera reído feliz ante la esposa de Tholden. Cuando él no respondió, ni a su sonrisa ni a su tristeza, inspiró profundamente para reunir valor y dejó que le ayudara a bajar de la yegua baya.

Sus piernas empezaron a temblar tan pronto como sus pies se apoyaron en el suelo —una consecuencia de su poca familiaridad a cabalgar—, pero después de dar uno o dos pasos el temblor disminuyó. Geraden tal vez deseara retirar su mano, pero ella no le dio la oportunidad; se aferró a él mientras subía las escaleras al porche.

Aún sin sonreír, Quiss sujetó inesperadamente a Terisa por los hombros y le dio un rápido abrazo y un beso en la mejilla.

—Bienvenida, Terisa de Morgan —dijo—. No sé nada respecto a la Imagería..., pero conozco a Geraden. Eres bienvenida aquí.

Terisa no supo qué responder. Transcurrió un incómodo instante mientras buscaba una forma de explicar lo alegre que se sentía de estar allí. Entonces la niña que se escondía detrás de las faldas de Quiss rompió el silencio.

—Mamá, la señora no huele bien.

Quiss empezó a darse la vuelta.

—No es «la señora», Ruesha. Es «la dama». Y ésa no es forma de hablarle a una dama.

Geraden, sin embargo, fue más rápido.

—¡Maldita mocosa! —ladró—. Ven aquí. Voy a ponerte el trasero tan rojo que no vas a poder sentarte en una semana.

Chillando con una evidente falta de miedo, la niña echó a correr al interior de la

casa. Geraden la siguió, haciendo resonar fuertemente sus botas en las tablas del suelo mientras fingía correr.

Esta vez Quiss sí sonrió, medio disculpándose, medio complacida.

—Ruesha dice lo que piensa, como demasiadas de sus tías —murmuró. Luego frunció humorísticamente la nariz—. Pero tiene razón, ¿sabes? No hueles bien. Deben haberte tratado más bien mal después de que Geraden se fuera.

Terisa estaba sonriendo también; un pequeño cascabeleo recorrió su corazón. Todavía había esperanza para Geraden. Quizá sólo por un segundo, se había visto sorprendido fuera de su derrota. Sonó incongruentemente feliz cuando respondió:

—Me metieron en una mazmorra.

Los ojos de Quiss adquirieron de nuevo su sobriedad azul cielo.

—Una mazmorra que no habían limpiado desde hacía décadas, al parecer. —La misma idea pareció disgustarla—. Ven. Te presentaré al Domne. Luego te acompañaré a que te bañes. Y te proporcionaré algo de ropa limpia. Esto le dará a su padre la oportunidad de intentar hacer entrar un poco en razón a Geraden.

Con un fuerte brazo rodeando amistosamente los hombros de Terisa, Quiss la empujó al interior de la casa.

La habitación en la que entraron era tan oscura que apenas pudo ver. La única luz procedía de las brasas de la chimenea, las apenas translúcidas cortinas de la ventana, y el reflejo de la luz del día a través de la puerta. Mientras sus ojos se adaptaban, sin embargo, empezaron a emerger formas de la penumbra: un ventrudo hornillo de hierro al lado de la chimenea, varias puertas a otras habitaciones, una mesa rectangular de madera lo suficientemente larga como para acomodar a diez o doce personas.

En la cabecera de la mesa estaba sentado un hombre con una pierna apoyada sobre un escabel.

—¿Has visto ya a Geraden, papá? —preguntó Quiss.

—Pasó por aquí —retumbó una cálida voz—. Estaba demasiado atareado intentando atrapar a tu chica pequeña para hablarle a su simple padre. Pero ha vuelto de una sola pieza..., y ha traído con él a una mujer. Supongo que algo bueno ha ocurrido.

—Creo que sí —dijo vivamente Quiss—. Papá, ésta es Terisa..., dama Terisa de Morgan. Tan pronto como le digas lo bienvenida que es aquí, voy a llevarla a que se dé un baño y a proporcionarle algunas ropas y comida. Mientras tanto... —Hizo una pausa significativa antes de añadir—: Ahora que ella está aquí, quizás él se tranquilice lo suficiente como para decirnos lo que está pasando.

»Mi dama Terisa de Morgan, éste es el Domne.

A través de la penumbra, Terisa vio que el Domne era un hombre alto, tan delgado y encorvado como el mango de un hacha. Tenía el rostro de Geraden, y el de Artagel, y el de Nyle, pero más reposado en algunos aspectos, como si todos ellos no fueran más que copias atractivas pero inexactas de él. El pelo que poblaba su cabeza era denso, pero no llevaba barba. Las franjas plateadas en sus sienes eran el único signo evidente de su edad. Quizá debido a que la luz era débil, no parecía ser ni la mitad de viejo que el Rey Joyse.

La pierna apoyada sobre el escabel estaba envuelta en vendajes. Tenía un par de muletas cerca, pero no hizo ningún intento de levantarse cuando Quiss lo presentó. En vez de ello, dijo:

—Mi dama —con una voz tan cálida como un abrazo—, eres bienvenida a Houseldon... y a mi casa. Si pudiéramos, organizaríamos una fiesta en tu honor, una celebración. Pero me temo que estamos un poco atareados. Geraden parece creer que podemos ser atacados. Eso no ocurre cada día, y tenemos que prepararnos.

»Pero no te preocupes ahora por ello. Llevo deseando que traiga a casa con él a una mujer desde hace mucho tiempo. Ese es el beneficio de los hijos. Cuando se casan, o sólo se enamoran, o simplemente flirtean un poco..., traen a casa con ellos a sus mujeres. Quiss es un buen ejemplo. Si ella fuera mi hija, y Tholden fuera el hijo de algún otro, ella hubiera abandonado esta casa para ir con él, y nosotros nos hubiéramos visto perdidos sin ella.

Ante aquello, Quiss bufó afectuosamente.

—Hijos, ¿eh? ¿Es por eso por lo que tratas a Ruesha como si valiera el peso de sus tres hermanos en fino coñac?

El Domne no se dignó reconocer la ironía. Observando la dirección de la mirada de Terisa, explicó:

—Un accidente de caza. Me temo que finalmente voy a tener que admitir que ya no soy joven. Ocasionalmente, algunos cerdos salvajes penetran en el Domne desde el Care de Termigan. No me importaría dejarlos vagar un poco por aquí, pero desgraciadamente pueden pisotear todo un campo de maíz de la noche a la mañana, así que nos vemos obligados a cazarlos. Esta vez, uno de mis hijos tuvo el mal sentido de sugerir que yo me estaba haciendo ya demasiado viejo para salir a cazar cerdos salvajes. A decir verdad, Quiss, fue Tholden. Naturalmente, insistí en dirigir personalmente la cacería.

»Cuando el cerdo cargó, mi tres veces maldito caballo se asustó y me tiró al suelo. Entonces, finalmente, tuve que admitir que realmente se han acumulado unos cuantos años sobre mis hombros desde mi juventud. Simplemente no fui lo bastante

rápido como para impedir que el cerdo clavara sus colmillos en mi pierna.

»Y, por desgracia, tarda en curar —suspiró—. Otro signo de la edad.

Casi de inmediato, Terisa descubrió que le gustaba el Domne. La forma relajada en que hablaba la tranquilizaba, la hacía sentir más bienvenida que cualquier elaborado discurso o festín; la hacía sentir en casa.

—Mi señor —dijo impulsivamente, porque no tenía otras palabras para expresar su gratitud—, me alegro de estar aquí.

—¿Mi señor? —murmuró el Domne humorísticamente—. Espero que no. La última vez que una mujer insistió en llamarme «mi señor», tuve que casarme con ella para conseguir que dejara de llamarme así.

Sonriendo, Terisa preguntó:

—¿Cómo debo de llamarte entonces?

—Papá —respondió él sin vacilación—. Probablemente sea presuntuoso por mi parte, pero me gusta. Mis hijos se niegan a hacerlo, por supuesto. Otro beneficio de los hijos..., me mantienen humilde. En nombre de mi dignidad. Si es que tengo alguna..., lo cual dudo, sentado aquí medio tullido porque no fui capaz de apartarme del camino de un cerdo. Pero el resto de mi familia no me llama de ningún otro modo.

—Papá —murmuró ella experimentalmente. Sonaba agradable. Nunca había llamado a su propio padre de ninguna otra forma excepto *padre*.

—Gracias —dijo el Domne, como si ella le hubiera hecho un favor.

—Vamos, Terisa. —Quiss apoyó de nuevo un brazo sobre sus hombros—. Si te dejas seguir aquí, te tendrá hablando hasta la hora de comer. Es un «beneficio de los hijos» que no menciona nunca. Cuando eran pequeños, siempre tenía a alguno para escucharle. Le enseñaron malas costumbres. Cualquier hija con un poco de sentido común en su cabeza hubiera actuado de otra forma.

El Domne asintió gravemente.

—Hablares más tarde, Terisa, cuando hayas tenido oportunidad de descansar un poco.

»Si encuentras a Geraden —añadió a Quiss—, dile que quiero verle. Me niego a ser ignorado toda la mañana simplemente porque Ruesha quiere jugar.

—Sí, papá —respondió Quiss, en tono de suave y burlona aquiescencia. Empujó a Terisa fuera de la habitación.

Casi inmediatamente encontraron a una sirvienta en el pasillo. Quiss le dio instrucciones de que trajera agua caliente para un baño, luego fuera a buscar a Geraden para el Domne. La muchacha asintió, y Quiss y Terisa siguieron su camino.

La casa era grande..., más grande de lo que Terisa había imaginado. Tras su amplia fachada delantera parecía extenderse hacia atrás por una distancia considerable. Más allá de la habitación donde se sentaba el Domne, las ventanas estaban abiertas, dejando entrar la luz y el aire primaveral al pasillo, y descubrió que podía ver las vetas de la pulida madera del suelo, las planchas bien encajadas de las paredes. Allí se dio cuenta por sí misma de lo fuerte que era el olor de la mazmorra en ella..., se dio cuenta de ello porque todo a su alrededor olía a jabón, cera y resina. Años de lavar y pulir habían hecho brillar las planchas del suelo a ambos lados del suelo del pasillo, y ese cálido reflejo parecía marcar el camino hacia delante como un sendero, una forma de asegurar que una no iba a perderse.

Quiss la llevó más allá de una puerta que permanecía ligeramente entornada. Cuando pasaban por delante de ella, una voz quejumbrosa llamó:

—¡Quiss! ¡En nombre de la decencia! —El tono de la súplica era a la vez lúgubre y regocijado—. Me estoy muriendo.

—Y a tiempo, además —murmuró Quiss sin detenerse..., ni dejar que lo hiciera Terisa.

—¿Quién era? —preguntó Terisa, sorprendida.

Luego se sorprendió aún más cuando vio que todo el rostro de Quiss enrojecía.

—Stead. Uno de los hijos que papá parece valorar tanto. No ha tenido a ninguna mujer desde que un hojalatero le partió la clavícula, y desea que me meta en la cama con él. Tan pronto como sepa que estás aquí, tendrá la misma idea contigo.

»Acepta mi consejo —siguió Quiss decorosamente—. No tengas nada que ver con él. Es el único de los hijos del Domne que no tiene ningún sentido. Personalmente, ni siquiera dejo que las sirvientas entren en su habitación. Un mozo y un esquilador se ocupan de él.

Terisa hizo un esfuerzo por no reír.

—¿Qué piensa que puede hacer... con una clavícula rota?

Quiss se detuvo en el pasillo y clavó en Terisa toda la fuerza de sus brillantes ojos azules. Suavemente, dijo:

—No debes de tener mucha experiencia con los hombres. No es lo que piensa que puede hacer. Es lo que piensa que puedes hacer tú.

Su expresión, sin embargo, sugería que no se estaba escuchando a sí misma..., que sus pensamientos habían ido en una dirección distinta. Su actitud se había vuelto grave, casi sombría; la perplejidad anudó sus cejas.

—Anteayer —murmuró—, ninguno de nosotros sabíamos que tú existieras. Entonces llegó Geraden surgido de la nada, jadeando fuego acerca de un posible

ataque y al mismo tiempo actuando como si todo valor y esperanza hubieran sido extraídos de su cuerpo. Dijo que había dejado atrás a una mujer que probablemente estuviera siendo torturada porque era amiga suya. Ahora que te veo, parece sorprendente lo poco que nos dijo realmente de ti.

»Nunca mencionó que podías tener a cualquier hombre que desearas.

Terisa mordió en sus labios el impulso de preguntar: ¿Es eso realmente lo que crees? Deseaba creer que era hermosa; y la opinión de Quiss parecía tener un tremendo valor. Pero la esposa de Tholden deseaba evidentemente obtener confirmación, no darla. Deseaba creer que Geraden no sufriría más daño. Deliberadamente, Terisa puso sus preguntas a un lado.

—Me metieron en las mazmorras —dijo— porque no quise decirles dónde estaba él. Él me rescató cuando mi vieja vida no iba a ninguna parte. Se arriesgó por mí un buen número de veces. Incluso intentó luchar por mí en una ocasión contra el Monomach del Gran Rey. —Quiss se mostró impresionada; pero Terisa no se detuvo—. Él es la única razón de que siga con vida..., la única razón de que esté aquí. Aunque no me gustara tanto como me gusta, no podría sentirme interesada por nadie más.

Ciertamente no Stead, que sonaba sospechosamente como el Maestro Eremis.

Eso era lo que Quiss deseaba oír. No sonrió —al parecer, raras veces sonreía cuando se sentía feliz—, pero la calidez se reflejó en toda ella.

—Entonces dejaré de preocuparme por él y te lo dejaré a ti. Si alguien puede sacarlo del lodazal en el que está metido, eres tú.

Bruscamente, empujó de nuevo a Terisa en dirección al baño.

Tres vueltas, dos puertas y otro largo pasillo las condujeron a un dormitorio con un camastro bajo y plano que contrastaba extrañamente con el resto del mobiliario: los pesados sillones y el recio lavamanos.

—Ésta es la habitación de Artagel —explicó Quiss—. Es relativamente privada, pero puedo proporcionarte una cama más blanda si este camastro te resulta demasiado duro. No sé cómo él puede dormir ahí. A veces pienso que es realmente tan duro como cree que es.

—Lo probaré y ya te diré algo —indicó Terisa. La cama en su antiguo apartamento tenía el colchón más duro que había podido encontrar.

—La ventaja —siguió Quiss— es que dispones de tu propio baño —señaló hacia la otra puerta en la habitación—. ¿Por qué no empiezas? Hay agua..., y el agua caliente tendría que llegar en cualquier momento. Iré a buscarte alguna ropa.

Terisa asintió agradecida. Tan pronto como la esposa de Tholden se hubo marchado, cerró la puerta del dormitorio, se quitó las botas y se dirigió al baño.

No había agua corriente —al parecer el Care de Domne no sabía tanto de cañerías como Orison—, pero había canalizaciones de arcilla en el suelo para llevarse el agua del baño y los residuos. Lo cual explicaba, ahora que pensaba en ello, por qué no había visto agua, sin mencionar aguas fecales, en las cunetas de las calles de Houseldon: cloacas subterráneas. Pensar en aquello le hizo reírse suavemente de sí misma. El tiempo que llevaba en Orison, y el intento de Elegia en el depósito, le habían enseñado algunas extrañas lecciones. La mujer que era antes jamás se hubiera fijado en tuberías o desagües o canalizaciones a menos que no funcionaran.

Como Quiss había dicho, sin embargo, había agua, cantidad de ella, en una gran cuba al lado de la bañera de madera.

En vez de llenar inmediatamente la bañera, sin embargo, Terisa volvió al dormitorio, se sentó en el duro camastro de Artagel, cerró los ojos, e intentó absorber el hecho de que estaba allí y a salvo; que finalmente había conseguido llegar a un lugar donde podía sentir el calor del sol en la madera de la pared al lado de la cama, y donde la gente a su alrededor era impulsada por cosas sencillas como la familia y la amistad y la lana, en vez de por la traición, la ambición y la venganza.

Permaneció sentada allí, empapándose de la paz de la casa hasta que llegaron dos sirvientas con cuatro cubos de agua caliente entre las dos. Luego se concedió lo que le pareció e baño más lujoso que había tomado en toda su vida.

Algún tiempo más tarde, secó su enérgicamente frotado cuerpo y su ahora lustroso pelo, vació la bañera, y se probó las ropas que Quiss había dejado para ella.

La ropa interior era de lino fino; la blusa y la falda, de piel de oveja no tejida, suave y delicada contra su piel, y sin embargo notablemente resistente. La larga falda era amplia en su dobladillo, y tenía dos aberturas hasta la rodilla delante atrás, de modo que podía ser utilizada para montar; la blusa estaba decorada solamente con sus botones, que parecían pulidas piezas de obsidiana. Tanto la falda como la blusa encajaban perfectamente con sus botas de invierno.

Ahora todo lo que necesitaba eran unos pendientes que hicieran juego con los botones. Y un espejo, para poder hacer algo con su pelo.

Por supuesto, no deseaba en realidad un espejo..., no para algo tan simple como la vanidad. Lo que realmente deseaba era una posibilidad de ver cuál era su aspecto, a fin de poder empezar a creer en sí misma..., a creer que Geraden se daría cuenta suficiente de su existencia, y se preocuparía lo bastante por lo que veía como para permitirle llegar hasta él.

Sacarlo del lodazal.

No confiaba en ninguna de las conclusiones a las que él había llegado. Y no podía

soportar el verlo así.

Cuando vino Quiss para llevarla de vuelta con el Domne, la siguió, a la vez vacilante y ansiosa, insegura de sí misma, y sin embargo segura de que valía la pena intentar hacer lo que deseaba hacer.

—A papá le gusta comer temprano —explicó Quiss—, y no quiere admitir que está demasiado impaciente para aguardar mientras comes, así que pide que comas con él. También está allí Tholden, y estoy segura de que desea hacerte algunas preguntas. Si no te importa.

Terisa no pudo pensar en una forma rápida de describir lo importante que el Domne y sus preocupaciones eran para ella, así que respondió simplemente:

—No me importa.

En la habitación delantera, la luz había sido mejorada alzando las cortinas de la ventana y por el alterado ángulo del sol. Dos hombres estaban sentados a la mesa, y mientras Terisa entraba en la habitación no tuvo ninguna dificultad en ver que uno de ellos era el Domne... y que su compañero era tremendamente robusto.

—Ah, Terisa —dijo el Domne con su cálida y confortable voz—, me alegro que te unas a nosotros. Quiero a alguien que comparta mi comida. Y Tholden se siente impaciente por hablar contigo. —Hizo un gesto hacia el hombre robusto y añadió—: Terisa, éste es Tholden, mi hijo mayor. Otro de los beneficios de los hijos es que uno de ellos está destinado a ser el hombre adecuado para heredar el lugar de su padre. Tholden es el hombre adecuado para eso.

»Lo cual es una suerte, porque —el Domne rió suavemente— él es el único de mis hijos que desea la responsabilidad.

Tholden permanecía de pie junto a su padre como un oso; su hirsuto pelo casi rozaba las vigas del techo; su barba era tan larga y enmarañada que hacía que su pecho pareciera más recio aún..., y su pecho ya era lo suficientemente recio como para crear la ilusión de que sus hombros eran redondos e inclinados. Cuando hizo una leve inclinación de cabeza hacia ella, Terisa vio que sus manos estaban llenas de callos: parecían más herramientas de jardinero que manos normales.

También observó que tenía paja y algunas ramillas enredadas en su barba. Involuntariamente, sonrió. Luego, intentando recuperar sus modales, dijo:

—Me alegro de conocerte. Geraden habla mucho de ti.

Tholden sonrió..., una sonrisa que hizo alzarse su barba pero no suavizó su expresión.

—Estoy seguro de que lo hace. —Su voz era inesperadamente aguda y gentil; sonaba como la de un hombre que es incapaz de gritar—. Quiss y yo tuvimos el dudoso placer de criarle tras la muerte de nuestra madre. Probablemente recuerde con

agónicos detalles todas las palizas que se mereció.

Quiss fue al hornillo y empezó a servir la comida. Educadamente, Terisa respondió:

—No, nada de eso, en absoluto. Tiene de ti una opinión más alta de la que crees. —Luego preguntó—: Por cierto, ¿dónde está?

—Estaba por aquí —dijo el Domne—. Estuvimos un rato hablando...

—Luego lo envié a ayudar a Minick. —Tholden dejó caer su sonrisa—. Minick está intentando explicarles a un montón de granjeros, pastores, comerciantes y sirvientes cómo deseamos que defiendan la empalizada. Es el hombre más meticuloso de todo Houseldon, y ciertamente concienzudo, pero puede ser un poco lento, y sus explicaciones tienen tendencia a confundir a la gente. Geraden conseguirá más en menos tiempo, aunque haya perdido su sentido del humor.

Terisa miró al Domne, luego alzó la vista de nuevo a Tholden.

—En otras palabras, deseáis hablar conmigo a solas.

El Domne empezó a reír para sí mismo.

Desde el hornillo, Quiss dijo:

—Os advertí que las sutilezas eran tiempo perdido con ella. —Su tono dejó completamente claro que no se estaba riendo de Terisa.

—Cállate, mujer. —Sin siquiera dirigir una mirada a su esposa, Tholden hizo girar el brazo y consiguió darle una palmada en las posaderas—. No seas impertinente. Las mujeres tienen que verse pero no oírse. Tanto como sea posible.

En vez de responder, Quiss miró a Terisa e hizo girar los ojos en burlona desesperación.

Terisa, sin embargo, no se sentía divertida. Manteniéndose inmóvil, preguntó con voz neutra:

—¿Qué ocurre? ¿No confiáis en mí?

Tholden abrió la boca como si acabara de recibir un golpe; el Domne le hizo gesto de que callara.

—Terisa —dijo el viejo suavemente, y esta vez ella pudo oír los años en su voz—, vendería mi alma a una palabra de cualquiera de mis hijos. Incluso Nyle, que parece haber olvidado quién es. Pero este Geraden que llegó en tromba a Houseldon ayer, advirtiéndonos de una inminente destrucción..., ¿quién es? No es el Geraden que nos abandonó por Orison con más esperanza en su corazón que la que puede contener un cuerpo de carne y hueso. No es sólo que se haya vuelto duro. Le conozco mejor que eso, Terisa. Se ha vuelto cerrado. Habla de defender este lugar como si esa simple idea fuera algo terrible.

»Un cambio así —el Domne abrió las manos— puede significar cualquier cosa.

—Y tú deseas que yo lo explique —dijo rígidamente Terisa.

El señor y Tholden asintieron al unísono. Quiss observó en silencio desde el hornillo.

—Vendería mi alma por él ahora, si fuera necesario —murmuró el Domne—, sin más que palabra de ti..., o de él. Pero preferiría comprender en qué estoy confiando.

Sin ninguna advertencia previa, Terisa halló lo que deseaba decir: No es culpa tuya. No es nada que tú hayas hecho. Simplemente es que ha sido golpeado tan duramente... Te falló, les falló a Artagel y a Nyle, les falló a Orison y al Rey Joyse..., y ahora, cuando ya es demasiado tarde para que sirva de algo, descubre que es realmente un Imagero. Eso hubiera podido significar una diferencia. Pasó a través de todos esos años de humillación, y ahora es demasiado tarde.

Pero las palabras se negaron a ser pronunciadas. No era ella quien tenía que decirlas; era él. Podía notar en la habitación que ella era incapaz de explicarlo sin erigir un muro entre él y su familia..., un muro con la piedad a un lado y la soledad al otro. Cuanto más supieran acerca de este dolor, más difícil sería para ellos enfrentarse a él, desafiario. Ella misma estaba casi paralizada por el hecho de saber demasiado. Si él no hablaba por sí mismo, nunca volvería a ser completo de nuevo.

Así que dijo:

—Lo siento. Eso es algo entre tú y él. Tendrá que ser él mismo quien te lo diga.

Luego añadió:

—Pero yo confío en él.

Tholden tenía el ceño fruncido. Quiss se concentraba en sus potes y bandejas, como si temiera lo que podía decir si hablaba. Pero el Domne sonrió a Terisa con sol en sus ojos.

Claramente, Tholden preguntó:

—¿Te consideras amiga suya?

Casi sin interrumpir sus preparativos, Quiss clavó un codo en las costillas de su esposo. Luego, ignorando su ahogado gruñido y su aguda mirada, alzó dos bandejas llenas de comida y las llevó a la mesa.

—Siéntate, Terisa —dijo—. Come. —Colocó una bandeja frente al Domne, la otra delante de la silla junto a Terisa—. Si te he puesto demasiado, no te preocupes por ello. Estoy acostumbrada a cocinar para este gran buey y los granjeros con los que tiene tratos.

Con una expresión blanda en su rostro, Quiss apartó la silla y la sostuvo para Terisa.

En la bandeja, Terisa vio ñames fritos, pan de molde, verduras, algún tipo de carne cubierta con salsa, y lo que parecían manzanas fritas. Si comía toda aquello, sería incapaz de moverse en dos días.

—Lo siento —dijo Tholden. Con una mano como una pala hizo un gesto hacia la silla—. Por favor, siéntate. Come.

Cuando Terisa siguió sin moverse, añadió:

—No pretendo poner en duda tu integridad. Simplemente, estoy asustado. No me gusta la forma en que ha cambiado Geraden. No me gustan las noticias de Orison. No me gusta lo que él dice que significan. Houseldon nunca ha sido muy bueno en defenderse.

—Bastante bueno —contradijo suavemente el Domne.

—Hasta ahora —contraatacó Tholden—. Pero no quiero ver a la gente que he conocido y con la que he trabajado toda mi vida muerta porque algo horrendo le ha ocurrido a Geraden.

El Domne señaló la silla que Quiss seguía sosteniendo.

—Terisa, *siéntate*. No le he oído disculparse así desde hace veinte años. Si pasa otro minuto más, vas a herir sus sentimientos.

Terisa se sentó y dejó que Quiss ajustara la silla.

Ahora era su turno.

—Lo siento —dijo de nuevo—. Yo también estoy asustada. Y voy a tientas. Quiss dice que Geraden no os ha dicho mucho acerca de mí. No os ha dicho que soy nueva en todo esto. Nunca había estado en un lugar como éste. Nunca he conocido a gente como vosotros. —Nunca he sido *importante* antes—. Y no estoy acostumbrada a tener enemigos.

»Quiero ayudar. Haré todo lo que pueda. Simplemente, no deseo hablar de cosas que os tendría que decir el propio Geraden.

Tholden la estudió atentamente por un momento. Luego sonrió..., una nueva sonrisa que iluminó todo su rostro. Bruscamente, apartó una silla fuera de su camino y se sentó delante de ella.

—Cuando hayas terminado de comer, pásame la bandeja. Creo que me irá bien picar algo.

Desde el hornillo, Quiss lanzó a Terisa una mirada de grave regocijo azul cielo. Luego, secándose las manos en el delantal, se volvió al Domne.

—Papá, he oído el rumor de que algunas de las mujeres se están dejando llevar por el pánico. No saben dónde ocultar a sus hijas..., u ocultarse ellas mismas. Con tu permiso, iré a intentar meter algo de sentido en sus cabezas.

El Domne asintió.

—Por supuesto.

—Diles que vengan aquí si somos atacados —indicó Tholden—. Esta casa será nuestro último bastión, si todo lo demás va mal. Pondremos a las mujeres y a los niños en el sótano de la cerveza, y el resto de nosotros los protegeremos tanto como podamos.

Con una mano, Quiss situó un breve toque de afecto en el hombro de su esposo. Hizo una inclinación de cabeza hacia Terisa y abandonó la habitación y la casa.

Tranquilamente, como si todo fuera normal, el Domne tomó su cuchillo y su tenedor y empezó a comer.

Terisa estaba moderadamente hambrienta, pero no podía obligarse a comer todo lo que tenía delante. Aquella gente estaba considerando seriamente la necesidad de ocultar a sus mujeres y niños en el sótano de la cerveza mientras Houseldon era destruido. Mirando fijamente a Tholden, dijo:

—Pregúntame algo. Déjame ayudar.

Tholden la miró directamente a los ojos.

—Cuando Geraden vino aquí ayer, creía que íbamos a ser atacados casi inmediatamente. Ahora dice que tenemos tiempo para planear nuestra defensa. Desde que estás aquí, cree que el Maestro Eremis no tiene ninguna *razón para* atacarnos de inmediato. ¿Qué piensas de ello?

Sin vacilar, Terisa dijo:

—Creo que está equivocado.

El Domne enarcó una ceja. Preguntó, con la boca llena de ñames:

—¿Por qué?

—No creo que se dé cuenta de lo peligroso que él es. De lo peligroso que Eremis piensa que él es. Eremis lleva trabajando intensamente desde hace mucho tiempo para impedirle que comprenda su propio talento. Y ha intentado matarle. No creo que Eremis crea que está seguro hasta que Geraden esté muerto.

—Eso es especulación —murmuró Tholden.

—No lo es. —Terisa habló con la confianza de una mujer que ha sido *capaz* de pensar mejor que el Castellano Lebbick—. Eremis no puede saber qué es lo que siente Geraden. No puede saber que no hay espejos aquí. Ahora que Geraden sabe cuál es su talento, Eremis ha de temer ser atacado.

»Y eso no es todo. Geraden piensa que Eremis pospondrá atacar Houseldon hasta que haya acabado con Orison. Pero lo último que estaba haciendo en Orison era volver a llenar su depósito de agua. Eso no suena como un hombre con una trampa

lista para saltar. Suena como un hombre que desea ayudar a Orison a luchar contra el Príncipe Kragen hasta que Cadwal se halle en posición.

»Si estoy en lo cierto, Eremis tiene tiempo de atacarnos ahora mismo.

»Y sabe que yo estoy aquí. —Tenía que decir aquello, aunque le resultaba difícil. El Domne y su hijo necesitaban saber la extensión del peligro que corrían—. El Maestro Gilbur vio cambiar el espejo. Sabe que yo también he descubierto mi talento. Sabe que puedo ir a cualquier parte de Mordant, o de Cadwal, o de Alend, si es necesario, si tan sólo sé cuál es su aspecto. Si sólo sé cómo visualizarlo. Puedo aparecer en sus aposentos cualquier noche cuando esté dormido y clavarlo a la cama.

»No sólo le tiene miedo a Geraden. Me tiene miedo a mí también.

Necesita tenerme miedo. Voy a hacer que me tenga miedo. De algún modo.

El Domne siguió comiendo sin ninguna evidente preocupación; pero Tholden observó a Terisa con creciente pesar en su rostro. Cuando ella hubo terminado, murmuró, como si nadie le estuviera escuchando:

—Mierda de oveja. No estoy acostumbrado a estas cosas. No soy Artagel..., nunca deseé ser soldado. ¿Qué se supone que debo hacer?

El Domne dejó a un lado su tenedor y su cuchillo.

—¿Qué vas a hacer?

Tholden hizo un gesto elocuente.

—Tú lo sabes bien. Wester está enviando a los granjeros y a sus familias hacia aquí tan rápido como puede hablar con ellos. Cada cuba y cada barril vacíos que podemos conseguir están siendo llenados con agua y situados en torno a la empalizada, en caso de fuego. Cada horca y cada hoz y cada hacha de Houseldon están siendo afiladas. —Lentamente, una mirada frenética asomó a sus ojos, y sus manos se anudaron sobre la mesa frente a él; pero mantuvo su voz firme—. Todas las banquetas están siendo situadas en el interior de la empalizada, de modo que cualquiera con un arco tenga un lugar desde donde disparar. Minick, y Geraden, espero, están trazando líneas de retirada. Intentan explicar a los hombres con arcos cómo retirarse..., cómo utilizar las casas para cubrirse, cómo preparar emboscadas.

»Pero ¿de qué sirve todo esto contra la Imagería?

Escuchándole, Terisa comprendió cómo se sentía.

El Domne, sin embargo, no parecía desanimado.

—¿Quién sabe? —dijo calmadamente—. Yo no. No puedo ver el futuro.

»Pero sí puedo ver que tú eres el hombre adecuado para ese trabajo. Ya has pensado en cosas que a mí nunca se me hubieran ocurrido. Y pensarás en más. Si Artagel estuviera aquí, no hubiera podido defender mejor Houseldon.

Tholden no estaba convencido. Preguntó con un bufido:

—¿Es esto lo que llamas vender tu alma a una palabra de uno de tus hijos?

Ante aquello, el Domne se sentó erguido en su silla; sus ojos llamearon.

—Tholden, sé que te crees un hombre adulto, pero aún no eres lo bastante viejo como para no ser castigado por tu falta de respeto. Quizá yo sólo sea tu padre, y medio impedido además, pero aún soy lo suficientemente hombre como para podar tus albaricoqueros a menos de un centímetro de sus vidas. Ten en cuenta *eso* antes de arriesgarte a hacerte el gracioso conmigo.

Involuntariamente, Tholden sonrió. Su barba murmuró contra su pecho. Pese a todo, sus ojos siguieron llenos de turbación, y su sonrisa no duró mucho tiempo. Demasiado preocupado para seguir sentado donde estaba, se levantó de la mesa.

—Discúlpame, Terisa —murmuró—. Me temo que tendrás que acabarte tu comida sin mi ayuda. He perdido el apetito.

Con el paso elástico de un hombre que está acostumbrado a agacharse al cruzar las puertas y con los techos bajos, abandonó la casa.

El Domne lo contempló marcharse y suspiró.

—Tú no lo sabes, Terisa —comentó, una vez Tholden hubo desaparecido—, pero ésas son las palabras más tristes que nadie haya dicho en mi casa desde hace mucho tiempo. «He perdido el apetito». Espero que no tengas intención de decirme lo mismo.

Terisa estuvo tentada de decir: Sí. El montón de comida en su bandeja la atormentaba. El tamaño y las consecuencias del peligro que ella y Geraden habían traído a Houseldon la atormentaba. Sin embargo, la forma en que la miraba el Domne parecía tan cálida y amistosa, tan dispuesta a aceptar lo que fuera que ella representaba, que cuando abrió la boca la palabra que brotó fue:

—No.

Él sonrió aprobadoramente mientras ella alzaba el tenedor para probar el pan de molde y la salsa de Quiss.

Durante varios minutos, mientras ella comía un poco de todo de lo que había en la bandeja, él permaneció sentado en silencio, contemplando la luz del sol a través de la ventana más próxima. Terisa tenía la impresión de que estaba aguardando a que ella terminara; pero no parecía impaciente. De hecho, parecía completamente satisfecho con contemplar la calle y saludar amistosamente con la cabeza a cualquiera que captara su mirada. Si la guerra avanzaba contra Houseldon, no se reflejaba en el rostro del Domne. Geraden había dicho de él: *No necesita luchar por las cosas que más valora, porque no pueden ser dañadas*. Sin embargo, Terisa no estaba segura de que esto fuera cierto. Pese a su expresión satisfecha, creía que se preocupaba

profundamente de muchas cosas que podían ser dañadas muy fácilmente.

Cuando dejó a un lado sus cubiertos para indicar que había terminado, él la miró unos instantes, luego volvió de nuevo sus ojos a la ventana. De una forma relajada, como si estuviera continuando una conversación anterior, preguntó:

—¿Cuál fue tu impresión de Nyle?

Su estómago se contrajo en torno a la comida que acababa de tragar. Cautelosamente, respondió con otra pregunta:

—¿Qué te dijo Geraden?

La actitud del Domne desarmó su ansiedad.

—Que tú crees que Nyle aún está vivo. Que ese Maestro Eremis desea utilizarlo todavía contra nosotros. No es eso lo que deseo saber. ¿Qué piensas de él? ¿Cómo es?

Puesto que la respuesta era dolorosa, Terisa dijo sucintamente:

—Se siente miserable.

—Ah —suspiró el Domne, como si hubiera esperado y temido a la vez su respuesta.

Esta vez, Terisa se permitió decir:

—No le culpo. Todo lo que creía que lo había metido en problemas: todo lo relativo al Rey Joyse y Orison y Elega y el Príncipe Kragen, era plausible. El Rey Joyse lo ha estado trabajando durante años, preparando las cosas para ser traicionado. Nyle, simplemente, fue lo bastante desgraciado como para caer en la trampa..., la misma trampa en que cayó Elega. Él creía lo que su Rey deseaba que creyera.

Ignorando la reputación del Domne como uno de los amigos más queridos del Rey, prosiguió:

—En realidad, no es más que una víctima. Probablemente Eremis nunca hubiera conseguido echar sus manos sobre Nyle si Nyle no hubiera sido arrojado a las mazmorras sin nada hacia lo que dirigirse en busca de esperanza.

Si algo de lo que decía ofendió al Domne, éste no lo demostró.

—Familias —murmuró en voz muy baja—. Son interminablemente interesantes. Elega y su padre. Geraden y Nyle. A veces pienso que el destino del mundo depende de cómo se siente la gente respecto a sus familias.

»¿De qué tipo de familia procedes, Terisa? ¿Tienes hermanas? ¿No seis hermanas, por casualidad?

La idea era tan absurda que casi se echó a reír.

—No, papá. Fui hija única.

La miró de nuevo, más agudamente esta vez.

—¿Quieres decir que después de ti tus padres fueron capaces de contener su entusiasmo hacia los hijos? ¿Tan mala fuiste? ¿O fuiste tan buena que cualquier otro hijo hubiera sido una decepción?

—No —respondió ella, tan sinceramente como le fue posible—. Yo fui un accidente. Estoy segura de que mi padre no tenía tiempo para los hijos. Y no deseaba que mi madre tuviera tiempo tampoco.

—¿No tener tiempo? —Bruscamente, el Domne apartó su pierna mala del escabel. Hizo una mueca, cambió la posición del escabel de modo que pudiera mirar a Terisa más directamente, luego volvió a colocar la pierna encima. Erguido, con los codos sobre la mesa, preguntó:

»¿Qué trabajo vital y exigente hacía tu padre, que no tenía tiempo para los hijos?

Insegura del camino que había tomado la conversación —e incómoda porque siempre se sentía incómoda cuando hablaba de sus padres—, Terisa respondió brevemente:

—Hacía dinero.

Era extraño cómo ella y el Domne estaban hablando de su padre en pasado. Pero ella pensaba en él en pasado, como parte de algo que ya no era cierto.

—¿Con qué finalidad? —quiso saber el Domne.

Ella se encogió de hombros.

—Para hacer más dinero. No creo que tuviera ninguna otra *razón* para ello. Lo hacía porque era lo que sabía hacer mejor. —Pensó en conversaciones que había oído en el comedor mientras ella permanecía sentada oculta en las escaleras, escuchando cuando sus padres creían que había ido a la cama—. El dinero era la mejor forma de conseguir cosas que aún no había conseguido. Posición social. Influencia política. —Entonces recordó algunos criados que su padre había contratado. Músculo—. Hacía dinero porque creía que si podías conseguir eso podían comprar todo lo demás.

—Muy extraño —pronunció el Domne—. Hubiera tenido éxito en Cadwal.

»¿Y a qué se dedicaba tu madre mientras tu padre hacía dinero?

Con una repentina vehemencia que la sobresaltó, Terisa dijo:

—Creo que practicaba.

—¿Practicaba?

—Ser ornamental. Para que mi padre pudiera exhibirla siempre que estuviera de humor.

—¿Las mujeres tienen que verse pero no oírse? —El Domne no pudo reprimir un estallido de risa—. Eso explica de dónde obtuviste tu belleza. Terisa, no sé cómo decirte esto..., pero creo que ya has conocido al Gran Rey Festten. Aunque no lo

reconocieras si lo vieras ante ti.

Terisa intentó sonreír, pero no lo consiguió.

El Domne la estudió; la luz del sol de las ventanas se reflejó en sus ojos.

—De todos modos, eso plantea una fascinante pregunta. ¿Cómo llegaste aquí desde allí? ¿Cómo la hija de padres como éstos se convirtió en el tipo de mujer por la que mi hijo pequeño, quizá mi mejor hijo, estaría dispuesto a matar?

Ella deseó responderle. Al mismo tiempo, deseó dejar de hablar de sus padres. Bruscamente, le dijo algo que nunca le había dicho a nadie en Mordant, ni siquiera a Geraden:

—Cuando yo hacía algo que a mi padre no le gustaba, acostumbraba a encerrarme en un armario hasta que me asustaba lo suficiente como para dejar de llorar.

El Domne se la quedó mirando durante largo rato, sin expresión, como si la energía de la vida hubiera sido borrada de su rostro. Luego, lentamente, cuidadosamente, se volvió. Retiró su pierna del escabel a fin de volver a colocar éste en su posición anterior, hacia la ventana. Se acomodó de nuevo, con su pierna alzada y su espina dorsal apretada contra el respaldo de la silla; parecía como si se estuviera poniendo cómodo para dar una cabezada.

Después de esto, una después de otra, cogió sus muletas y las lanzó fuera por la ventana. La primera la atravesó limpiamente; la segunda chocó contra el marco y cayó junto a ella, fuera también.

Tan ferozmente que Terisa se echó hacia atrás, susurró:

—¿Qué me estás haciendo, Joyse? Todo el mundo que vale algo en tu reino está sufriendo, y yo estoy sentado aquí, impedido. ¿Qué estás *haciendo*?

No había nada que ella pudiera decir. Seguro que Geraden le había contado a su padre todo lo que ella sabía de las intenciones del Rey. No había nada más.

Brevemente, el Domne se cubrió el rostro con las manos, y sus hombros se envararon. Casi de inmediato, sin embargo, se frotó enérgicamente las mejillas, como si estuviera arrancando la pasión de sus rasgos; con un largo y lento suspiro, dejó que su furia se disipara.

—Es notable, ¿no crees? —murmuró—, que seamos tan buenos amigos, el Rey Joyse y yo.

»Por supuesto, ésa no es la razón de que nuestra amistad sea famosa. Es famosa porque me negué a luchar en ninguna de sus guerras. Me negué a dejar que me convirtiera en uno de sus soldados. La gente considera eso extraño. ¿Acaso creo que Mordant no merece que se luche por él? Por supuesto que sí. ¿Acaso no comulgo con su ideal de una Cofradía que convierta la Imagería en algo beneficioso por lo que

valga la pena luchar? Por supuesto que sí. Entonces, ¿por qué no lucho? ¿Qué es lo que ocurre conmigo?

»Pero creo que nuestra amistad es más notable que cualquier cosa que yo haya o no haya rechazado hacer en mi vida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Terisa, deseosa de que siguiera.

—Bueno... —el Domne abrió las manos—. Casi no tenemos nada en común. Por un lado, él tiene poco sentido del humor. Es incapaz de ver el lado alegre de las cosas. Simplemente piensa a escala heroica. Todo es serio..., todo es un asunto de vida o muerte. No tienes mucho tiempo para las bromas cuando estás atareado salvando al mundo.

»Terisa, *a mí* nunca se me ocurriría salvar al mundo. No pongo objeciones a que el mundo sea salvado. De hecho, deseo que sea salvado. Simplemente, no puedo imaginar que sea algo que tenga que ver conmigo.

»Hay un chopo río abajo. Perdió una rama en una fuerte nevada este invierno, y ahora la savia está empezando a rezumar por la herida. Si alguien no acude allí pronto, poda el tocón y lo cubre con brea, el árbol morirá. La enfermedad o los parásitos penetrarán en él por la herida.

»Eso tiene algo que ver conmigo.

»Uno de nuestros pastores posee una oveja hembra que no deja de abortar todas sus crías. *Eso* tiene algo que ver conmigo. Hay una mujer en una granja a unos cuantos kilómetros que sufre de una extraña fiebre, y la única cosa que la ayuda es un brebaje hecho con la corteza de un árbol que no crece en Domne. Crece en el Care de Armigite. *Eso* tiene algo que ver conmigo.

»Si me pidieras que salvara al mundo, no sabría cómo hacerlo.

»El Rey Joyse sí lo sabe. O cree que lo sabe, al menos.

Terisa pensó que quizás el Rey Joyse y su viejo amigo tenían más en común de lo que el Domne parecía darse cuenta. *Los problemas deben ser resueltos por aquellos que los ven*. Pero ella prefería la forma de hacerlo del Domne. Controlando su tendencia de ponerse furiosa cada vez que pensaba en el Rey, inquirió:

—Entonces, ¿por qué sois amigos?

—No estoy seguro de poder explicarlo —dijo el Domne, meditabundo—. Nos necesitamos el uno al otro.

»Cuando lo conocí, cuando echó al príncipe menor de Cadwal que había estado utilizando el Care de Domne como su vasallaje particular durante la mayor parte de una década y nos liberó..., no me creí capaz de negarle nada. Tenía tanto fuego en mi sangre como cualquier joven que acaba de ser liberado de un servilismo que odia, y

creo recordar que me mostré perfectamente dispuesto a empezar a aprender cómo utilizar una espada.

»Pero cuando realmente le conocí...

»Terisa, esa sonrisa suya penetró directamente en mi corazón. Como si bajara directamente desde el cielo sobre mí, supe que le quería. Y supe que él necesitaba algo de mí..., algo que no iba a poder conseguir de nadie más.

—¿Cómo qué?

—*Equilibrio* —respondió claramente el Domne—. Necesitaba *equilibrio*. Deseaba salvar al mundo. ¿Tienes alguna idea de lo peligroso que es eso? Los hombres que desean salvar al mundo y cometen unos cuantos errores se convierten en tiranos. Las cosas que realmente desean y aman se les escapan de entre los dedos, y terminan aferrándose al poder porque es todo lo que les queda. La posibilidad estaba escrita en todo él. Era el hombre más brillante y listo que yo jamás hubiera conocido, el tipo de hombre que de una forma natural te hace sentir deseos de echarle al suelo ante él..., y yo simplemente no podía soportar la idea de que pudiera ir demasiado lejos y convertir en podredumbre todo lo bueno que había en él.

»Todo eso me vino en un estallido, como el sol apareciendo al amanecer. Y me aterró, porque si lo rechazaba él simplemente se alejaría y dejaría al Care de Domne que siguiera por sí mismo. Pero era necesario. Nos necesitábamos el uno al otro.

»Entró cabalgando en Houselton, tan resplandeciente como un nuevo día, pero yo mantuve mi terreno como si tuviera derecho a él. “Bien, mi señor Domne”, me dijo con esa sonrisa suya, retorciendo mi corazón porque hasta que él llegó yo nunca había creído que pudiera ser el señor de mi propia tierra, “eres libre. Al menos por un tiempo. ¿Cuántos hombres puedes proporcionarme?”.

»“Ninguno, mi señor Rey”, le dije.

»“¿Qué, ninguno?”. Dejó de reír. Me parece recordar que llevó la mano a su espada.

»Me sentía aterrorizado, pero dije: “Ésta es la estación de la cría del ganado. Necesito a todos los hombres de que dispongo”.

»Se irritó, se puso furioso. Pero también estaba perplejo. “Déjame entenderte”, dijo. “Domne ha sido esquilado entre Alend y Cadwal desde hace generaciones. Tú mismo has sido vasallo toda tu vida hasta hoy. ¿Y de todo lo que te preocupas es de tus *ovejas*?”.

»Te juro, Terisa, que su furia casi me cegó. E iba a coger tortícolis mirándole. “No he dicho eso, mi señor Rey”, respondí. “Tú me has preguntado cuántos hombres puedo enviar para que sean muertos en tus guerras. La respuesta es: ninguno. Necesito ayuda con mis *ovejas*”.

»Realmente tiene muy poco sentido del humor. Pero tiene un maravilloso sentido de la alegría. O tenía. En vez de hendirme la cabeza con su espada, se echó a reír.

»Aquella noche tuvimos una de las mejores fiestas a las que nunca haya asistido. Pensé que él iba a estar riendo durante días. No dejaba de decir: “Ovejas. Ovejas”, y de caerse de su silla.

»Desde entonces hemos sido amigos.

Terisa se sorprendió de descubrir que sentía deseos de llorar. Sabía lo que era la sonrisa del Rey Joyse. Desde el principio había deseado gustarle, complacerle; había deseado servirle. El Domne le recordaba eso..., y el hecho de que era imposible. El propio Rey Joyse lo hacía imposible.

En voz muy baja, preguntó:

—¿Y ahora? ¿Seguís siendo amigos todavía? ¿Después de lo que les hizo a Nyle y a Geraden y a sus propias hijas? ¿Después de lo que le está haciendo a la Cofradía y a Mordant?

Lentamente, el Domne volvió la cabeza, desvió la vista de la ventana para mirarla a ella. Sus ojos parecían parcialmente ciegos..., ajustados al brillo exterior e incapaces de distinguirla con claridad.

—Él no es responsable de las elecciones de Nyle. Ni siquiera es responsable de la cordura del Castellano Lebbick. Los dos hubieran podido confiar en él. Al mismo tiempo, se tomó muchas molestias en manteneros a ti y a Geraden tan seguros como pudo.

»Sigue siendo mi amigo, Terisa. Nos necesitamos el uno al otro. ¿Deseas realmente que le vuelva la espalda?

Al cabo de un rato, ella descubrió qué era capaz de decir:

—No. —Pese a su furia, ella tampoco tenía intención de volverle la espalda al Rey.

Paz en Houselton

Estaba decidida a hacer algo por Geraden.

Desgraciadamente, no sabía qué.

De una forma extraña, su conversación con el Domne hizo cristalizar su resolución. Al mismo tiempo, las cosas que él le había revelado acerca de su familia y del Rey Joyse no habían arrojado ninguna luz útil. Así que deseaba ayudar a Geraden. Bien, ¿y qué? Cuando pensaba atentamente en ello, ¿qué podía decirle? ¿No te sientas tan dolido, no vale la pena? Tonterías. ¿Arráncalo de ti, sólo sientes lástima hacia ti mismo? Ridículo. ¿Estoy segura de que puedes vencer al Maestro Eremis si pones toda tu mente en ello? Perfecto.

Pensar en él le retorció el corazón, pero no sabía qué hacer.

Pronto el Domne empezó a ser cada vez de menor ayuda. Mirando por la ventana, con los brazos cruzados sobre su delgado pecho, se quedó bruscamente dormido. Después de todo, era más viejo de lo que parecía. Terisa estudió su postura por un momento para asegurarse de que no iba a caer de su silla. Luego se puso en pie; deseaba salir fuera y ver más de Houselton.

Antes de que alcanzara la puerta, ésta se abrió y un hombre entró desde el porche.

Era moreno: ésa fue su primera impresión. Años de trabajo al aire libre habían dado a su piel el mismo color profundo que su chaqueta de piel y sus pantalones. Su pelo era del color del barro fresco que cubría sus viejas botas. Y sus ojos tenían casi el mismo tono que su piel y su ropa; parecían perderse en el color general. De hecho, la mayor parte de los detalles de su rostro y expresión estaban como nublados. Detrás del moreno, parecía como un cruce entre un nabo y el poste de una cerca.

Pero entonces sonrió —tímidamente, casi deferentemente—, y su sonrisa definió todos sus rasgos. Inmediatamente quedó claro que era uno de los hermanos de Geraden.

Miró al Domne, vio que su padre estaba dormido. Hizo un gesto reclamando silencio, apoyó una mano sobre el brazo de Terisa y la llevó fuera. Tan pronto como alcanzaron el porche, sin embargo, la soltó como si tuviera la impresión de que su contacto era presuntuoso y sólo se había arriesgado a él para evitar molestar al Domne. Incluso retrocedió uno o dos pasos de ella.

—Hola, Terisa —dijo muy serio, sin mirarla directamente a los ojos—. Soy Minick. Geraden me envió a buscarte.

—Hola, Minick —respondió ella—. Me alegra conocerte.

Como si aquello le sorprendiera, preguntó:

—¿De veras?

Ella asintió.

—Me alegra conocer a la familia de Geraden. Me alegra estar en Houseldon..., en el Care de Domne. —Aquello era tan cierto que no sabía cómo explicarlo—. Hace mucho tiempo que deseaba conoceros.

Minick pareció reconocer la insuficiencia detrás de aquellas palabras.

—Bueno, a mí también me alegra conocerte. Antes no estaba seguro. No me gusta cuando Geraden es infeliz. Pero ahora sí.

Aquello la desconcertó un poco.

—¿Qué te hace sentirte seguro?

Él señaló la casa encogiendo un hombro.

—Estabas en la habitación con el Domne —explicó—, y ahora él está durmiendo. Confía en ti. Así que no hay nada malo en tu persona. No eres la razón de la infelicidad de Geraden.

La confianza de Minick era tan injustificada que Terisa se sintió impulsada a decir:

—Probablemente es más complicado que eso. A veces creo que soy la razón de su infelicidad..., más o menos. Tengo mucho que ver con gran parte de las cosas que le duelen.

—No. —Minick agitó suavemente la cabeza—. No es complicado. Eres como él. Él siempre piensa que las cosas son complicadas. Pero no lo son. Las cosas importantes son sencillas. Él necesita a alguien que le quiera. Es así de simple. El Domne confía en ti. Es así de simple. Así que ahora puedo sentirme contento de conocerte, cuando antes no estaba seguro.

Inesperadamente, Terisa se sintió relajada.

—Supongo que tienes razón. —Un mundo de dificultades pareció evaporarse cuando Minick las tocó—. No lo había pensado de este modo.

»Vayamos a ver a Geraden.

—Oh, no. —Minick se puso repentinamente serio—. No es eso lo que él quiere. Está demasiado ocupado. —Por un segundo, el moreno hombre casi se estremeció—. Cuando se pone así, le chilla mucho a la gente. Cree que todo el mundo es rápido. Él es rápido, y piensa que todos los demás también lo son. Pero no son rápidos. Sólo son granjeros y pastores. Son como yo. Les gusta que les expliquen las cosas.

El pensamiento de Geraden hirviendo de impaciencia era tan incongruente que Terisa casi se echó a reír. Al mismo tiempo, sintió una punzada. Pobre hombre, debía

estar a punto de perder la razón. Se controló deliberadamente.

—No lo entiendo. Pensé que habías dicho que él te había enviado a buscarme.

Minick asintió.

—Lo hizo. Creí que sólo era una excusa para enviarme lejos. Pero, puesto que tú estás contenta de estar aquí, supongo que estaba en un error.

»Me envió para que te enseñara todo esto. El Domne no puede caminar, no puede ir muy lejos, y Tholden está demasiado ocupado, y Quiss prefiere quedarse en casa con Ruesha. Geraden dijo: “A ella le gusta ver las cosas. Le gustará ver Houseldon”. Así que vine a buscarte.

Terisa aceptó la sugerencia, pese al espíritu vejado con que probablemente debía haberlo hecho Geraden. Comprendía cómo se sentía. Y deseaba ver más cosas de Houseldon. Sospechaba —de una forma enteramente no crítica— que no había demasiadas cosas que ver. Por otra parte, si el Maestro Eremis lanzaba pronto un ataque, quizá necesitara saber todo lo que pudiera averiguar acerca de la sede del Domne.

Ofreciéndole a Minick una sonrisa que hubiera asombrado al Reverendo Thatcher —o a su padre—, fue con él a explorar Houseldon.

De hecho, había más cosas que ver en Houseldon de las que había esperado.

En cualquier caso, Minick creía que había muchas cosas que ver. Y a ella le gustó verlas concienzudamente, con una atención al detalle que era a la vez cariñosa y analítica. Por ejemplo, Houseldon contenía nada menos que tres grandes establos, donde acomodar al gran número de personas que acudían allí desde todo el Care, así como desde otras regiones de Mordant. Cada uno de ellos era exactamente lo que proclamaba ser: un lugar donde se guardaban y cuidaban los caballos mientras sus dueños efectuaban sus negocios, visitaban a sus parientes, pedían justicia, aprendían oficios. Sin embargo, para Minick, cada uno era merecedor de un atento examen; cada uno tenía virtudes e inconvenientes propios que requerían evaluación; cada uno prosperaba o declinaba de acuerdo con factores que a él le costaba comprender.

Y era un auténtico filón de información. Sabía exactamente por dónde habían sido tendidas todas las conducciones de drenaje, y cuándo, y cuántos metros cuadrados se requerían para su lixiviación. Sabía quién había concebido la idea de entramar la paja de los techos de *aquella* forma en particular, y por qué era superior a la forma en que solía ser entramada. Sabía de dónde procedían las provisiones de sebo de Houseldon, y cuánto tiempo durarían en una emergencia. Y conocía a cada niño que veía por su nombre, padres y predilección para las travesuras.

Al cabo de poco tiempo, Terisa se dio cuenta de que sólo tenía dos elecciones. Podía interrumpir la visita ahora, antes de que él acabara de distraerla por completo, o

podía relajarse y dejar que él hiciera lo que deseara. Con él, no había término medio.

Bueno, eso encaja, pensó. En sus distintas formas, Geraden, Artagel y Nyle eran todos intolerantes ante las medias tintas. Se decía que Wester era un fanático de la lana. Stead no podía apartar las manos de las mujeres. Geraden había llamado a Tholden *un fertilizador compulsivo*. El propio Domne había dejado de lado las medias tintas en su primer encuentro con el Rey Joyse. ¿Por qué debería ser Minick diferente?

Sólo por un minuto consideró la posibilidad de detenerle..., de decirle que ya tenía suficiente, de seguir por su propio lado. Pero entonces observó que en su compañía había hecho muy poca cosa excepto sonreír; la llenaba alternativamente de regocijo y afecto. Era perfectamente capaz de distinguir exactamente entre la buena y la mala artesanía, entre un marido sensible y otro descuidado, entre la previsión y su ausencia; pero le gustaba todo a su alrededor; le encantaban los detalles que le iba desgranando. Cuanto más hablaba, más gentil y amistoso parecía. Y cuanto más escuchaba ella, más podía sentir el adormecimiento de sus tensiones y miedos.

En vez de detenerlo, se relajó y le dejó que siguiera mostrándose todo.

Como resultado de ello, el día pareció evaporarse del mismo modo que lo hacían las complejidades cuando él las analizaba. Empezó a mostrarle cosas un poco antes del mediodía..., y cuando se dio cuenta las sombras se estaban alargando hacia el final de la tarde, y sus piernas le dolían suavemente de tanto andar y pararse, y sus botas le habían hecho una pequeña llaga en uno de los dedos, y su corazón estaba lleno de descanso por primera vez desde que podía recordar. Minick no era sólo divertido, de confianza y meticuloso: era un sanador. Sabía que en alguna parte de Houseldon se estaban haciendo preparativos para la batalla..., pero no se acercaron allí; parecía llevar consigo la paz allá donde iba. Ahora, pensó Terisa, todo lo que necesitaba era una realmente buena noche de sueño, y luego estaría preparada para empezar a pensar de nuevo.

Así que, cuando él la llevó de vuelta a la casa del Domne y empezó a decirle adiós, ella no quiso que se fuera.

—¿Adónde vas? —le preguntó para anticipársele.

Esta vez su sonrisa fue tímida de una nueva manera, en relación a cosas que no habían surgido antes a la superficie.

—Me gusta ir a casa antes de cenar —murmuró—, y jugar un poco con los niños. Esto proporciona a su madre la oportunidad de cocinar algo. Y consume algo de sus energías, de modo que luego se van más fácilmente a la cama.

El pensamiento de aquel serio hombre moreno jugando con sus hijos la deleitó..., y le hizo recordar que durante toda la tarde no había dicho nada personal acerca de sí

mismo o de su vida. Quizás había considerado presuntuoso hablar de sí mismo. Impulsivamente, porque le había hecho tanto bien y no había pedido nada a cambio, se inclinó hacia delante y le dio las gracias con un rápido beso.

Los ojos de él se abrieron mucho; se la quedó mirando por unos instantes. Luego agachó la cabeza como si estuviera ruborizándose.

—Creo que no le diré a mi esposa que has hecho esto —murmuró suavemente—. Podría no sentirse contenta. —Era evidente que estaba muy complacido—. Me gusta que se sienta contenta. Es la única otra mujer que siempre ha sido paciente conmigo.

»Adiós, Terisa.

Después que se fuera, ella subió los escalones, cruzó el porche y penetró en el ajetreo de los cacharros de Quiss. Le dolían las mejillas de tanto sonreír. Evidentemente, aquellos músculos necesitaban ejercicio.

La escena en la habitación delantera la detuvo en seco tan pronto como cruzó el umbral.

Quiss estaba removiendo lo que parecía ser un guiso suficiente para alimentar medio Houseldon. Tenía las mejillas enrojecidas por el calor y el ejercicio; el sudor apelmazaba su pelo en mechones a ambos lados de su rostro. Tras ella, las sirvientas iban de un lado para otro, colocando platos, utensilios y jarras sobre la mesa, trayendo potes y soperas de una cocina en la parte de atrás que Terisa no había visto..., y hablando unas a otras con voz fuerte a través del ruido general. El Domne y Tholden estaban sentados juntos al extremo de la mesa, discutiendo intensamente algo, alzando sus voces para hacerse oír. En una esquina de la habitación, un muchacho de quizá quince años y una muchacha algo más joven discutían acaloradamente; pero la única parte de su discusión que Terisa pudo captar fue la que decía: Lo hiciste. No lo hice. ¡Lo hiciste! ¡No lo hice! Otro muchacho, éste no mayor de los ocho o nueve años, estaba sentado cerca de Tholden, intentando afilar una espada de madera con un trozo de teja como piedra de afilar. Un tercer muchacho, más joven aún, utilizaba un palo del tamaño de una maza para experimentar las cualidades resonantes de un barreño de hojalata.

Por un segundo, el clamor pareció tan intimidante, tan distinto de la paz que reinaba dentro de ella, que Terisa estuvo a punto de darse la vuelta. Nada en su vida con sus padres, o en su vida sola, la había preparado para un hogar donde la gente actuaba de aquel modo.

Pero entonces Quiss alzó la vista, vio a Terisa y sonrió.

El placer de Quiss cambió por completo el significado del estrépito. O cambió la forma en que Terisa lo veía. Todo aquel ruido y actividad no era furioso, tenso o alarmado, no representaba dolor: era simplemente fuerte. Tan pronto como Quiss

sonrió, Terisa supo que la esposa de Tholden estaba en su elemento, se sentía realizada precisamente porque su familia y su casa eran tan ajetreadas, tan ruidosas; tan llenas de cada uno y de todos. Y entonces Terisa comprendió que el tumulto era simplemente otra forma de paz..., estrepitosa y turbulenta, por supuesto; no particularmente relajante para una novicia como ella; pero completamente sin miedo.

Le devolvió la sonrisa a Quiss y avanzó al encuentro del ruido.

—Tengo entendido que pasaste la tarde con Minick. —Quiss casi gritaba, pero Terisa apenas podía oírla—. ¿Toda la tarde? ¿Dejándole que te lo enseñara todo?

Terisa asintió.

—Estupendo. Sabía que le gustarías apenas te vi. Tienes un amigo para toda la vida. Muy poca gente está dispuesta a escucharle tanto tiempo.

—Tendrían que intentarlo. —Terisa probó de hablar lo bastante fuerte como para ser audible—. Es encantador.

Ahora fue el turno de Quiss de asentir.

—Afortunadamente, sus sobrinos y sobrinas opinan también así. —Señaló hacia los niños al otro extremo de la habitación—. Quiero decir, afortunadamente para ellos.

»Si su esposa no fuera tan tímida, él estaría aquí esta noche. Sé que a veces le entristece no poder pasar más tiempo con nosotros. Pero creo que a esa pobre mujer le entra el pánico cada vez que pone el pie fuera de su casa. —Quiss se echó a reír, pero Terisa no pudo oír el sonido de su risa a través del ruido—. Tienen que haber tenido un noviazgo de lo más conmovedor.

Terisa sonrió de nuevo, luego alzó las manos para frotarse los músculos de las mejillas.

Una sirvienta apareció frente a ella, con una gran jarra rebosando espuma sobre una bandeja.

—¿Te apetece un poco de cerveza? Mi marido la elabora para el Domne. No encontrarás una cerveza mejor en todo el Care.

—Gracias. —Terisa no sabía nada de cervezas, pero sí sabía que estaba sedienta; aceptó la jarra y la probó. La sirvienta la observó mientras Terisa descubría que la cerveza tenía un punto que no era ni ácido ni amargo, pero que parecía ser ambas cosas. Tras probarla una segunda vez, sin embargo, el sabor había mejorado espectacularmente. Pronto se volvió maravilloso. Radió su aprobación, y la sirvienta se alejó, complacida.

—¡Terisa! —Tholden hizo un gesto en dirección a ella. Se dirigió hacia allá, y él retiró una silla para ella—. Siéntate. Quiero contarte lo que estamos haciendo para

prepararnos. Quizá tú puedas pensar en algo que hayamos olvidado.

El Domne parecía un poco escéptico; tal vez fuera sensible a su asombro general. Sin embargo, asintió como si él también deseara lo que ella tenía que decir. Inmediatamente, Tholden empezó a describir los arreglos específicos tomados ante la posibilidad de la batalla.

Ella fue incapaz de absorberlos. De hecho, sólo pudo oír una de cada tres palabras; el resto de su explicación se perdió en un coro dirigido al Domne: Ha sido culpa de ella. No, ha sido culpa de él. Ella lo hizo primero. ¡Él lo hizo primero! Y no pudo dejar de notar que incluso el Domne parecía más interesado en las peleas de los niños que en los preparativos de Tholden. Sintiéndose vagamente irresponsable — pero no lo bastante como para preocuparse por ello—, dijo en un momento determinado:

—Quizá las cosas estén más tranquilas después de cenar. —Y bebió un poco más de cerveza y dejó de intentar escuchar.

El caos de preparar la cena pareció acercarse a su clímax cuando una puerta interior se abrió de golpe y una bandada de chiquillos entró en la habitación. Todos eran más o menos del tamaño y la edad de Ruesha..., demasiados y demasiado próximos en edad para pertenecer a una sola familia. O a tres familias. Todos iban completamente desnudos, llenos de alegría y relucientes de agua. E iban seguidos por Geraden, que chorreaba también copiosamente. Llevaba un par de toallas en las manos, pero estaban demasiado mojadas para ser de ninguna utilidad.

—¡Volved aquí, pequeños monstruos! —rugió—. ¡Voy a restregaros con la toalla hasta que se os caigan las cabezas!

Chillando con deleite, los pequeños y desnudos cuerpos se dispersaron en todas direcciones.

Terisa no había visto a Geraden durante la mayor parte del día. Lo miró ansiosa, y vio de inmediato que aún estaba tenso y hosco, retorcido por dentro. Quizás en bien de los niños, sin embargo, había empujado toda su dureza hacia atrás. O quizás eran ellos quienes despertaban involuntariamente en él esta respuesta: quizás era algo que ellos hacían por él, en vez de él por ellos.

Era suficiente. Podía aguardar a por más hasta que tuvieran una mejor oportunidad juntos. Ofreciéndole su mejor sonrisa, la viera él o no, se relajó y dejó que el clamor siguiera creciendo en ella, como una hormigueante y vociferante forma de satisfacción.

Quiss, Tholden y las sirvientas agarraron indiscriminadamente a los mojados niños; pronto todas las víctimas de Geraden estuvieron atrapadas en brazos adultos. Reprimiendo la risa, Quiss dijo a una de las sirvientas:

—Vuestros chicos con los responsables de esto.

—Te pido perdón —protestó la mujer, sin poder ocultar su regocijo—. Estoy seguro de que Ruesha es la causa. Es la tunanta más célebre de todo Houseldon. Pregúntale a cualquiera.

—¡Son todos monstruos! —gruñó Geraden—. ¡Van a sufrir horribilmente cuando consiga echarles la mano encima! —Haciendo su mejor imitación de un gorila, empezó a perseguir niños.

Con la ayuda de tres o cuatro sirvientas, consiguió dirigir a sus fugitivos de la tortura de la limpieza fuera de la habitación.

Si no hubiese estado tan atareado —y si ella no estuviera tan cómodamente sentada delante de su jarra de cerveza—, Terisa hubiera ido tras él. Sintió un irreprimible deseo de besarle mucho más seriamente de lo que había besado a Minick.

Geraden volvió al cabo de un rato para reunirse con su familia —y media docena de hombres que llegaron mientras tanto— para cenar. Aquellos hombres eran los jefes de los equipos que se habían organizado para realizar las distintas funciones durante la defensa de Houseldon. Tan pronto como terminaron de cenar y fue despejada la mesa, la charla volvió al tema que parecía ocupar el lugar principal en la mente de todos, excepto la de Terisa: qué tipo de ataque se estaba preparando, y cuándo, y cómo enfrentarse a él.

Geraden describió alguno de los usos de la Imagería que el Maestro Eremis había practicado ya contra Mordant; y los hombres perdieron rápidamente la poca confianza en sí mismos que podían haber traído consigo a casa del Domne. Finalmente, uno de ellos preguntó, casi tímidamente:

—¿Hay alguna cosa que podamos hacer?

Geraden agitó la cabeza.

—No hasta con que tenga la posibilidad de hacer un espejo.

—Pero ¿cómo puede lucharse contra esas cosas? —preguntó otro hombre—. ¿Qué podemos hacer?

—Ya lo estamos haciendo —dijo llanamente el Domne, como si estuviera seguro de ello—. Todo lo que puede hacerse. Ya lo estamos haciendo.

Sin mirarla a ella, Geraden añadió:

—Simplemente esperemos que dama Terisa esté equivocada. Simplemente esperemos que él nos conceda algo de tiempo. Hoy nos hemos preparado. Mañana encenderé un horno y empezaré a mezclar arena.

Para su propia sorpresa, tanto como la de los demás, Terisa se puso en pie y

abandonó la habitación.

No deseaba escucharlo, eso era todo: simplemente, no deseaba escucharlo. Había venido demasiado recientemente de Orison..., de la desconfianza del Castellano y de los ardides de Eremis y de la violencia de Gilbur. No había dormido nada excepto el corto descanso tras su inesperada traslación en el espejo, debajo del Puño Cerrado. Y la sensación de paz dentro de ella era frágil; podía desmoronarse en cualquier momento si se dejaba atrapar por la ansiedad de los defensores de Houseldon, si se dejaba atrapar por su propia preocupación hacia Geraden. Dormir, eso era lo que necesitaba, no toda aquella charla. Por la mañana estaría más dispuesta..., quizá más valiente.

Saludando con la *cabeza a* las sirvientas que encontró por el camino, se retiró a la habitación de Artagel.

Estaba a oscuras. Por un momento pensó en pedirle ayuda a alguien; luego recordó donde estaba una de las lámparas de la habitación: sobre una pequeña mesa junto a la cabecera de la cama. Fue hasta allá a la luz de la abierta puerta, la tomó y la llevó hasta el umbral. Había otra lámpara colgada fuera en la pared; la utilizó para encender la que tenía en las manos. Cuando ardió brillantemente, entró de nuevo en la habitación y cerró la puerta.

Una segunda lámpara encendida con la primera ayudó a llenar la habitación de un confortable resplandor amarillo. Era sorprendente lo agradable que parecía el camastro de Artagel a aquella luz. Visitó el baño, luego se quitó las ropas y apagó la lámpara que había dejado al otro lado de la habitación. El frío de principios de primavera que flotaba en el aire la animó a meterse inmediatamente en la cama y cubrirse con las sábanas limpias y las suaves mantas.

Inmediatamente supo que había estado en lo cierto: aquello era lo que necesitaba. Tan pronto como su cabeza alcanzó la almohada, la paz dentro de ella pareció crecer e hincharse hacia fuera. Creció a través de toda la casa a su alrededor; alcanzó a Geraden y a los hombres que intentaban planear la supervivencia de Houseldon; alcanzó los profundos cielos y las llanuras del Care hasta llegar a las montañas de Domne.

El silencio y la quietud se extendieron hasta tan lejos en todas direcciones que la arrastraron consigo.

Se quedó dormida con una tan repentina satisfacción que olvidó apagar la lámpara de la mesilla en la cabecera de la cama.

Aquello fue lo que la salvó de poner en pie toda la casa y sentirse innecesariamente avergonzada, aquella lámpara olvidada. En la oscuridad hubiera

perdido la cabeza; hubiera gritado.

Por segunda vez en su vida, después de llevar un tiempo dormida, se sintió besada.

Una fuerte boca empezó a mordisquear sus labios; una lengua se deslizó entre ellos, buscando la suya. Una mano lo suficientemente fría como para despertar la atención halló su cadera debajo de las mantas, luego se alzó en una larga caricia a través de su vientre hasta sus pechos. Mientras la lengua sondeaba más profundamente su boca, la mano empezó a jugar con sus pezones.

Abrió bruscamente los ojos. En un rápido atisbo, vio el rizado pelo y los intensos ojos castaños del nombre arrodillado junto al camastro para abrazarla; vio que no era el Maestro Eremis ni el Castellano Lebbick, no era Gilbur ni ningún otro de los que la aterrorizaban. Así que no gritó. En vez de ello, lanzó sus brazos con todas sus fuerzas en un intento de apartarlo de sí.

Uno de sus codos le golpeó de lleno en la clavícula.

Con un gemido ahogado, cayó lejos de ella, despatarrado en el suelo. Sus brazos intentaron proteger los vendajes que cubrían sus costillas y rodeaban su hombro, pero la caída lanzó una fuerte sacudida a través de sus huesos fracturados. Por un momento, su espalda se curvó en auténtico dolor. Luego quedó inerte sobre las planchas del suelo.

Mirándola y jadeando cautelosamente mientras el dolor recedía, murmuró:

—Terisa, ¿qué haces? —Su tono era dolido—. Sólo quería hacer el amor contigo. No necesitas hacerme daño.

Ahora que ella podía ver su rostro, no pudo dejar de observar su parecido con el resto de los hijos del Domne. A juzgar por sus vendajes, sus astilladas o rotas costillas y clavícula y su crispado rostro, tenía que ser Stead.

Mirándole furiosa, dijo lo primero que pasó por su cabeza:

—Creí que tenías demasiados huesos rotos para levantarte de la cama.

Abandonó los sonidos lastimeros y experimentó en cambio con una sonrisa.

—Así era. Pero eso fue antes de que te viera en el pasillo..., al otro lado de mi puerta. Así que aguardé hasta que todo el mundo estuvo dormido. Entonces lo intenté. Supongo que un hombre puede soportar casi cualquier cosa si desea algo con la fuerza suficiente.

Cuando ella no respondió, preguntó:

—¿Por qué no me ayudas a levantarme? Me duele de veras, y el suelo es duro.

Afortunadamente, llevaba unos ligeros pantalones de dormir debajo de sus vendajes. Si hubiera estado desnudo, quizá Terisa hubiera tenido problemas en

mantener su compostura. Bajo las circunstancias, sin embargo, fue *capaz* de mirarle directamente y decir:

—Si intentas ponerte en pie, voy a patearte de tal modo que preferirás no haberlo hecho.

Pero, tan pronto como lo hubo dicho, casi se echó a reír. En una ocasión había amenazado con patear a Geraden. De hecho, lo *había* pateado. Para obligarle a dejar de disculparse.

—Eso no es amable de tu parte —protestó Stead. Su expresión fue lúgubre por un momento. Pero luego se le ocurrió otro pensamiento, y sonrió—. Por otra parte, puede que valga la pena. No podrás salir de esta cama para patearme sin dejarme ver cuál es tu aspecto. Por tu forma de caminar, apostarí a que debe ser glorioso. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Nunca he sido rechazado por una mujer que me haya permitido ver aunque sea sólo un atisbo de sus pechos.

—En ese caso —su deseo de reír se estaba haciendo más fuerte—, no te patearé. No voy a salir de la cama. —Stead se parecía sorprendentemente a Geraden cuando intentaba hacer una imitación del Maestro Eremis..., con un éxito limitado. Manteniéndose cuidadosamente cubierta con sus mantas, se sentó y señaló la lámpara—. Me limitaré a arrojar aceite encendido sobre ti.

Stead no pareció tomarse muy en serio su amenaza.

—No, no lo harás.

Con un esfuerzo por dominar su regocijo, ella le miró con ojos llameantes.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Realmente no deseas hacerme daño. —Sin ninguna arrogancia en absoluto, explicó—: Lo que realmente deseas es un hombre.

Ella le observó fijamente.

—¿De veras?

Él asintió.

—Todas las mujeres lo desean. Para eso están los hombres y las mujeres. Primero se desean unos a otros. Luego se meten en la cama y disfrutan unos de otros.

Aquello sonaba peligrosamente plausible. Contraatacó preguntando:

—¿Qué hay con Geraden? Después de todo, es tu hermano. Y yo vine aquí con él. ¿No lo consideras un hombre?

—Ah, Geraden. —La sonrisa de Stead pareció genuinamente llena de afecto—. Por supuesto que lo considero un hombre. Si deseas mi opinión, es el mejor de todos nosotros. Oh, no es ni la mitad de granjero que Tholden. No es ni la mitad de pastor que Wester. No es ni la mitad de espadachín que Artagel. Y, por supuesto, no sabe

nada de mujeres. Pero sigue siendo el mejor.

»Pero no es ése el asunto, ¿verdad? —prosiguió retóricamente. Era notable la poca arrogancia que había en él, su poca presunción de superioridad. No disminuía a nadie—. El asunto es: *tú* no lo consideras un hombre.

Terisa abrió mucho la boca. La cerró con un esfuerzo. Bruscamente, la situación había dejado de ser divertida.

—¿Yo no lo considero un hombre?

—Viniste aquí con él. Adora cada centímetro de ti. Si creyeras que es un hombre, en estos momentos estarías en su habitación. —Nada en el tono de Stead sugería la más ligera crítica hacia Geraden..., o hacia ella. Su visión de la situación era esencialmente impersonal—. Tiene que haber alguien más a quien desees.

Reteniendo su mirada, empezó a levantarse con lentitud del suelo. Cada movimiento era evidentemente doloroso para él, pero el dolor no hacía más que acentuar la atracción en sus ojos.

—Creo que me desees a mí —murmuró—. Yo ciertamente *te* deseo.

Había algo del Maestro Eremis en la forma en que la miraba, una intensidad de interés que hipnotizaba. Y tenía distintas ventajas sobre el Maestro. No la disminuía. No haría nada cruel.

—Empecé a desearte tan pronto como te vi —dijo, asentando los pies bajo su cuerpo—. Tus labios gritan pidiendo besos. Pechos como los tuyos deben ser acariciados hasta que cedan todas sus bendiciones. El lugar de pasión entre tus piernas arde por ser penetrado. Terisa, te deseo. Quiero gozar en ti hasta que tu goce sea tan grande como el mío.

De pie pese a la forma en que le dolían sus costillas y clavícula, avanzó suavemente hacia ella.

Tenía algo del magnetismo del Maestro Eremis. Y su deseo era menos amenazador que el del Maestro.

Al mismo tiempo, la obligaba a pensar en Geraden.

Si pensaras en él como un hombre...

Dejó caer las mantas. Los ojos de Stead se iluminaron y tendió la mano hacia ella, pero ella lo ignoró. Apartando su brazo, abandonó la cama y cruzó la habitación hacia sus ropas.

—¿Terisa?

La falda y la blusa que Quiss le había dado no eran lo bastante cálidas para alejar el frío. Pero servirían por ahora; no quería perder tiempo buscando una alternativa. Y las botas ayudaban.

Stead avanzó tras ella, apoyó las manos en sus hombros.

—¿Terisa?

Ella se volvió para mirarle de frente.

—Llévame a la habitación de Geraden.

Él frunció el ceño, desconcertado.

—¿La habitación de Geraden? ¿Por qué quieres ir allí? Él no te desea. Cree que sí, pero en realidad no es cierto. Si te deseara, ahora estaría aquí.

Terisa sacudió la cabeza; conocía a Geraden mejor que eso.

—Stead —dijo suavemente—, no voy a amenazarte. No voy a patearte..., o a arrojarte fuego por encima. Simplemente, no te deseo.

»Llévame a la habitación de Geraden.

Stead la miró parpadeante.

—No lo dices en serio.

Procurando no hacerle daño, ella le rodeó y se dirigió hacia la puerta. Fuera, las lámparas habían sido apagadas. Regresó a la mesa junto a la cabecera de la cama y tomó la suya.

—Ponte cómodo —dijo—. Si quieres, puedes dormir aquí. No volveré.

Estaba fuera y había empezado a cerrar la puerta a sus espaldas antes de oírle jadear:

—Terisa, espera. —Acudió tras ella, arrastrando los pies.

Sus heridas le impedían caminar rápido; necesitó unos instantes para alcanzarla. Se apoyó en la puerta e hizo una pausa para descansar. Su expresión no tenía sentido para ella. Tras la tensión del movimiento, parecía más triste de lo que ella había esperado..., y más feliz.

—Quiss siempre me rechaza —dijo, respirando cuidadosamente—. No lo comprendo. He intentado decirle lo mucho que la deseo. Eso es todo lo que importa. Pero ella siempre me rechaza.

»Tengo que admitir, sin embargo —gradualmente, la felicidad fue apoderándose de sus rasgos— que realmente me hace pensar bien en Tholden.

»La habitación de Geraden está por este lado. —Sonriendo, señaló pasillo abajo.

Ahora ella halló fácil devolverle la sonrisa. Para ayudarle a caminar, deslizó su brazo por su cintura. Esto pareció confundirle..., pero por supuesto no tenía ninguna forma de saber lo mucho que había mejorado en comparación con el Maestro Eremis. En cualquier caso, dejó que ella le ayudara, y recorrieron el pasillo como viejos amigos.

Pasados dos recodos y un largo pasillo, Stead se detuvo frente a otra puerta.

—Aquí —murmuró suavemente. Luego pasó su brazo por la cintura de ella y la abrazó suavemente. Rozando su oreja con la boca, susurró—: ¿Estás segura de que no preferirías venir conmigo? No importa lo mucho que te adore, no puede desearte más de lo que te deseo yo.

Suavemente, ella se soltó.

—Vete —respondió, tan amablemente como le fue posible—. Esto es demasiado importante.

Él suspiró, asintió, agitó desconcertado la cabeza. Pero no discutió. Un poco reluciente, se dio la vuelta y echó a andar con lentitud por el pasillo, sujetándose protectoramente las costillas con los brazos.

Ella aguardó hasta que hubo desaparecido de su vista tras un recodo. Luego, antes de que tuviera oportunidad de perder su valor, alzó la aldaba y se introdujo en la habitación.

A la luz de la lámpara vio que Stead la había conducido al lugar correcto. En la amplia cama contra la pared del fondo, Geraden dormía despatarrado entre las mantas. A juzgar por las apariencias, había perdido la feroz lucha contra ellas; ahora yacía derrotado, roncando ligeramente sobre el campo de batalla.

Dormido, su rostro había perdido su amarga dureza, el hierro de la desesperación. Parecía joven y vulnerable, e inexpresablemente digno de amor. Deseó acudir inmediatamente a su lado y rodearlo con sus brazos, apretarlo contra su corazón, apartar de él todo lo que le hacía daño. Al mismo tiempo, deseaba dejarle dormir..., permitir que descansara y soñara hasta que todas sus aflicciones estuvieran curadas. Cerró la puerta suavemente tras ella para no molestarle.

Pero la lámpara lo despertó. No se sobresaltó ni saltó fuera de la cama; simplemente abrió los ojos, y la luz amarilla se reflejó en ellos. Sin transición, ya no pareció joven o vulnerable. Pareció seguro de sí mismo y mortífero, como un predador herido.

El Maestro Eremis había comprendido desde un principio lo peligroso que era Geraden. Inmediatamente, la *política* del Maestro con respecto a él quedó clara a sus ojos.

—Geraden —murmuró, con una repentina confusión—. Lo siento, no quería despertarte. O supongo que sí. No sé por qué vine. No podía permanecer lejos.

Entonces, compasivamente, él se sentó, y el cambio de su posición cambió la forma en que sus ojos reflejaban la luz. Volvió a ser el Geraden que ella conocía: duro y dolido, cerrado como un puño en torno a las fuentes de su dolor; pero pese a todo humano, precioso para ella.

Inspiró profundamente para reafirmarse.

—Hay tantas cosas de las que necesitamos hablar.

Como Stead, iba vestido tan sólo con unos pantalones de dormir; al parecer, no sentía el frío tanto como ella. No saltó de la cama ni tendió la mano hacia ella. Sin embargo, cuando habló, su voz sonó como la voz que ella recordaba: capaz de ternura; accesible al dolor o a la esperanza.

—Después de cenar..., después de que te marcharas, fui a ver a Minick. Deseaba disculparme por haberle gritado. La gente no debería gritarle, aunque él nunca se enfada por ello.

»¿Sabes lo que me dijo? Dijo: “He pasado la tarde con tu Terisa. Es agradable. Si la haces infeliz, no volverás a ser bienvenido en mi casa”. Minick ha dicho eso, mi pacífico hermano que nunca se pone furioso.

Geraden se encogió de hombros.

—No le dije que ya te he hecho infeliz.

—No —respondió ella de inmediato—, eso no es cierto. —Reaccionando demasiado rápidamente—. ¿Cómo puedes decir eso?

Él la miró impasible.

—Te miro, Terisa. Veo la forma en que tú me miras.

—¿Y qué es lo que ves?

Él sostuvo sus ojos, pero no respondió.

—Me gusta tu familia —protestó ella—. Me siendo confortable en Houseldon. Desde que me propusiste abandonar mi antigua vida, has hecho más por hacerme feliz que ninguna otra persona que jamás haya conocido. ¿Cómo puedes...?

Se detuvo. Hubiera sido agradable si hubiera un fuego en aquella habitación: necesitaba una fuente externa de calor. La oscuridad más allá de la luz de la lámpara parecía llena de pesar. Haciendo un esfuerzo especial por hablar calmadamente, prosiguió:

—Geraden, creo que probablemente hubiera podido hacer que ese espejo me trasladara a cualquier lugar. A cualquier lugar que pudiera visualizar..., cualquier sitio lo suficientemente vivido en mi mente. —Y acabo de venir de Stead. Él tocó mis pechos. Deseaba hacer el amor conmigo—. ¿Por qué crees que estoy aquí?

Los ojos de él no vacilaron.

—Estás aquí porque piensas que estoy equivocado. Piensas que debería haberme quedado en Orison para luchar. Piensas que todavía hay cosas que puedo hacer contra Eremis.

Mientras él decía eso, ella supo repentinamente que tenía que ser muy cautelosa

con él. Quizás era cierto que se había convertido en hierro. Pero el hierro era quebradizo; podía partirse. Se estaba culpando a sí mismo... Sintió deseos de exclamar: Oh, Geraden, ¿te *culp*as a ti mismo? ¿Por Eremis y Gilbur? ¿Por el Castellano? ¿Por Nyle y Quiss? ¿Te estás *culpando* a ti mismo porque algunas de las mejores mentes a tu alrededor trabajaron tan duramente para impedirte comprender tu talento? Pero no podía decirle nada de esto. Él simplemente se alejaría. Más que nunca, no podía soportar la idea de que él se alejara.

Suavemente, preguntó:

—¿Por qué crees que pienso que estás equivocado?

—Te lo dije. —La gentileza había desaparecido de su voz—. Puedo verlo en tus ojos.

—¿*Qué* ves? —insistió ella—. ¿*Qué* es lo que ves en mis ojos?

Por un largo momento, él vaciló. Luego dijo con brusquedad:

—Dolor.

Ella pensó que tal vez se sintiera mejor si le golpeaba. Tal vez se sintiera mejor si lo rodeaba con sus brazos. Sin embargo, permaneció donde estaba, con la espalda contra la puerta, sujetando la única luz en la habitación.

—Así es como sé que soy real. El Maestro Eremis dice que fui creada por tu espejo, pero eso no puede ser cierto. Si no existiera, no podría sentir dolor.

—Terisa. —Geraden tragó dificultosamente saliva. Ella le había alcanzado: creyó poder ver el dolor agitarse tras las rígidas líneas de su rostro—. Nadie dice que tú no existas. Ni siquiera el Maestro Eremis. Estás aquí. Eres real. Todo lo que haces tiene consecuencias. La cuestión es: ¿Eras real antes de que yo te trasladara?

Automáticamente, ella deseó preguntar: ¿Has cambiado de opinión? ¿Sigues pensando que era real..., allá donde me encontraste? Pero sumergió esas preguntas en lo más hondo de ella misma.

—Tengo que haberlo sido —dijo. El Rey Joyse le había dicho que *razonara*—. Si el lugar del que vine sólo fue creado por el espejo en el que me viste, entonces eso tiene que ser cierto para todos los espejos, para cualquier Imagen. Así que, cuando miras a un espejo plano, realmente no ves un auténtico lugar. Ves una copia creada de un lugar auténtico. Así que, cuando me trasladé yo misma a la Imagen del Puño Cerrado, no hubiera debido llegar a un auténtico lugar. Hubiera debido llegar a la copia..., una copia distinta de la que llegaste tú. Hubiera debido dejar de ser real hasta que alguien me trasladara de nuevo fuera.

»¿No es eso correcto?

La luz de la lámpara era imprecisa, pero creyó ver el asomo de una sonrisa en las

comisuras de su boca. Las sombras allá se fueron haciendo más profundas a medida que la escuchaba. La visión hizo que su corazón se acelerara un poco.

—Eso es cierto —admitió él—. Me hubiera gustado elaborar yo mismo esa argumentación. Pero no creo que sea suficiente. Eremis se limitaría a decir: Es por eso por lo que las traslaciones a través de un espejo plano producen locura. La única traslación que puede hacerse con seguridad es una entre el mundo real y una Imagen creada. La realidad es demasiado poderosa para tolerar las manipulaciones de la Imagería. —Pese a su tensa condición, empezaba a sonar más como su antiguo yo mientras hablaba..., más como si estuviera interesado en la discusión por su propio bien—. Así que, cuanto más cerca está una Imagen creada de la realidad, más peligrosa se vuelve. Y cuando la Imagen copia la realidad, la realidad toma precedencia. Rasga la traslación de la Imagen, y la fuerza de esa distorsión es lo que causa la locura.

Ella se aferró al cambio en el tono de su voz, esperó a que continuara. Casi inmediatamente, sin embargo, él se cerró de nuevo.

—Terisa, no puedes acudir aquí en medio de la noche para debatir la ética de la Imagería.

—¿Es eso cierto? —Apenada al notar que el lado de él que deseaba alimentar se deslizaba hacia un lado, cometió un error—. Para ti es sólo un debate. Para mí es mi vida. No puedo extraer sentido de quién soy a menos que sepa la verdad.

Inmediatamente supo que se había equivocado: su mirada se desvió de la de ella; sus ojos se llenaron de sombras. No necesitaba que le recordaran que había otra gente que sufría: ya era demasiado sensible a ello; ya creía que la había hecho a ella infeliz. Pero Terisa se negó a retroceder. Había ido demasiado lejos para retirarse. En vez de ello, cambió de táctica.

—Si yo no era real hasta que tú me sacaste de ese espejo tuyo, ¿cómo me he convertido en una archi-Imagera?

Él no alzó la cabeza. Con voz ahogada, dijo:

—Sabes que yo no creo en eso. Es Eremis, no yo.

Inesperadamente furiosa, ella atacó:

—Despierta. ¿De qué crees que estamos hablando aquí? —Depositó la lámpara en una mesita cercana para tener las manos libres, como si se estuviera preparando para pelearse con él—. ¿Por qué crees que quién soy y de dónde vengo importa? Lo que él cree va a afectar todo lo que nos haga a los dos.

»Dime cómo me convertí en una archi-Imagera.

Ahora Geraden alzó los ojos. Estudiándola atentamente —y manteniéndose completamente inmóvil, como si temiera lo que ella podía hacer si se movía—,

respondió:

—Yo te creé. Cuando modelé mi cristal, te hice. —Casi silenciosamente, contuvo el aliento ante la sorpresa y el reconocimiento; las implicaciones lo cogieron por sorpresa—. Tengo la capacidad de crear archi-Imageros.

—No sólo archi-Imageros —corrigió ella por él—. Archi-Imageros que pueden desviar espejos de la misma forma que tú lo haces, archi-Imageros que pueden efectuar traslaciones que no tienen nada que ver con lo que ves en la Imagen.

—Podría crear todo un ejército de ellos. Todo un ejército de Imageros tan poderoso como Vagel. Él no tendría ninguna oportunidad. —La miró..., a ella, y a las ideas que proponía, y murmuró—: No me sorprende que me quiera muerto.

—Y eso no es todo. —Aferrándose a todo su valor, Terisa corrió el riesgo—. ¿Cómo sabe él que no tienes ningún espejo aquí?

Geraden echó la cabeza bruscamente hacia atrás, la miró con sorpresa o desánimo.

—¿Qué...?

—¿Cómo sabe él... —se obligó a sí misma a completar el pensamiento, pese a que la expresión de Geraden la hacía sentir que estaba consiguiendo precisamente lo opuesto de lo que deseaba— que no estás atareado creando un ejército de archi-Imageros en estos momentos?

Aquellas palabras lo horrorizaron. Vaya placer. Todo lo que ella deseaba era ayudarle —consolar o animar al Geraden que se había perdido y se había convertido en hierro— y, ¿qué había conseguido? Horror. Por un momento, se sintió tan impresionado que la luz de la lámpara lo hizo parecer tan pálido como huesos. Luego saltó fuera de la cama, corrió hacia ella y la sujetó por los hombros, gruñó entre dientes como si estuviera reprimiendo un gemido.

—Tengo que salir de aquí.

Ella le miró torpemente.

—Él enviará todo lo que pueda conseguir tras de mí. Si me atrapa aquí, reducirá Houseldon a escombros para atraparme.

Tenía que decirlo. Había ido demasiado lejos para echarse ahora atrás. Y éste era el punto fundamental, ¿no? La razón de que ella hubiera suscitado el tema. Claramente, observó:

—Lo intentará igual, no importa lo que tú hagas.

Él la miró, abrumado.

—Sabe que estás aquí —dijo ella—. Pero no lo sabrá cuando te marches. A menos que tenga un espejo que le permita verte aquí. Si huyes, él no lo sabrá hasta

que haya destruido Houseldon buscándote.

»Yo hice eso. —Por un momento, sus ojos se llenaron de lágrimas. Parpadeó ferozmente para apartarlas—. Es culpa *mía*. Cuando le dije haber visto el Puño Cerrado en tu espejo, te delaté.

»Tú no sabías que venías aquí. Se lo dije a él, pero no te lo dije a ti. Tú simplemente intentabas escapar..., y esperabas no terminar en algún lugar desde el que no pudieras volver. Él tiene que destruir Houseldon para detenerte, y yo lo puse sobre tu pista.

Geraden, no es *culpa* tuya. Nada de esto es *culpa* tuya.

El rostro de él estaba muy cerca del de ella, sus dedos estaban clavados en sus brazos; pero Terisa no podía leer su rostro. Su pasión formaba parte de su cráneo, se hallaba definitivamente debajo de sus rasgos; sin embargo, la carne que lo cubría estaba tan tensa que no podía distinguirlos.

Cuando habló, sin embargo, su voz la sacudió tan duramente como si la hubiera arrojado contra la pared. Era fuerte, compulsiva; tenía el poder de ordenarle.

—Terisa, gente a la que he conocido y amado toda mi vida van a morir porque yo vine aquí.

Juro que nunca dejaré que nadie a quien he amado muera de nuevo.

Pero no había nada que él pudiera hacer. Houseldon estaba ya tan bien preparado para defenderse como le era posible. Era impotente para salvarlo todo o a todos. Porque necesitaba tanto de ella, Terisa no lloró ni se disculpó ni se defendió ni se puso furiosa. Se enfrentó directamente a él y dijo:

—Creo que probablemente te sentirías mejor si me golpearas.

Él parecía como a punto de hacerlo: estaba lo suficientemente furioso o desesperado como para golpear algo.

—¿Por qué no me lo *dijiste*?

Ella agitó lentamente la cabeza. Al menos él ya no estaba cerrado. Al menos había conseguido esto. E incluso la furia era preferible a aquel rígido aislamiento, aquel mudo dolor.

—No es eso lo que importa —contraatacó—. No, no es eso. Cometí un error, eso es todo. No sabía lo importante que es todo esto. —Y más tarde se había sentido tan avergonzada por su sumisión al Maestro Eremis que había hallado imposible hablar—. Lo importante es que *tuve* una posibilidad. —Parecía absurdo hablar tan calmadamente cuando él se hallaba presa de una tal aflicción. Parecía absurdo preferir la furia de alguien—. Hubiera podido ir a cualquier parte. —Al mismo tiempo, su propia miseria empezó inexplicablemente a convertirse en otra cosa, en

algo que tenía un loco y sorprendente parecido a la alegría. Podía alcanzarle..., podía ponerle furioso. Gracias a eso, todo lo demás era posible—. *Elegí* venir aquí.

»Geraden, escúchame. ¿Por qué te opones a que yo *eligiera* venir aquí?

Estaba tan furioso, tan asustado por su hogar y su familia y sus amigos, que apenas podía contenerse. Involuntariamente, mostró los dientes. Sin embargo, seguía siendo Geraden, seguía siendo el hombre que siempre había hecho por ella todo lo que había podido imaginar. Jadeando ante el esfuerzo que hizo por contenerse, dijo:

—Dímelo tú. ¿Por qué?

—No. —Agitó de nuevo la cabeza—. Vamos, piensa en ello. ¿Por qué vine aquí?

A través de su pasión, él jadeó:

—No sabías ningún otro sitio donde ir. Para escapar.

—*No*. Oh, vamos, *piensa*. Hubiera podido ir a cualquier parte. El Príncipe Kragen se hubiera alegrado de tenerme. Todo lo que tenía que hacer era trasladarme fuera de los muros de Orison. A cualquier lugar fuera de sus puertas.

Ahora lo había atrapado. Era extraño todo el poder que tenía sobre él. Sus errores podían dar como resultado la completa destrucción de aquel hogar y aquella familia: las razones de Geraden para sentirse ultrajado eran así de fuertes. Y, sin embargo, se sentía impulsado a intentar comprenderla.

No la soltó, pero sus dedos dejaron de clavarse en sus brazos. Con menos furia, dijo:

—Deseabas advertirme.

—Sí. —No sonrió; sin embargo, la inexplicable alegría en ella empezó a cantar—. Deseaba advertirte.

»¿Por qué crees que me molesté? ¿Por qué supones que me importa lo que ocurra aquí? No conocía a tu familia. Nunca había estado aquí antes. ¿Por qué supones que estaba dispuesta a venir aquí y enfrentarme a ti cuando sabía que era culpa mía el que todos estuvierais en peligro..., cuando sabía que tú tenías todas las razones del mundo para sentirte furioso conmigo o incluso odiarme y no había nada que yo pudiera hacer para cambiar eso?

Oh, lo había atrapado. Lo tenía. Deseaba gritarlo en voz alta: lo *tenía*. Ahora ya no era hierro, cerrado y amargo. Su furia había recedido. La escrutaba intensamente: perplejo, casi atónito; fundamentalmente desconcertado por ella; alcanzado por la esperanza.

—*Piensa* en ello —murmuró ella, para impedirse exultar.

Él abrió la boca, pero no brotó ninguna palabra.

—Idiota. Lo hice porque te quiero.

Entonces alzó los brazos y rodeó su cuello y se izó de puntillas para besarle.

Él necesitó unos momentos para recuperarse del shock. Afortunadamente, no le tomó mucho. Antes de que ella pudiera liberar la excitación que cantaba en su interior, él la atrajo hacia sí y le devolvió su beso, como si su respuesta llegara desde lo más profundo de su alma.

La tela de sus pantalones de dormir era tan delgada que ella no pudo llamarse a engaño acerca de lo que él sentía por ella, pese a su inexperiencia. Le besó durante largo tiempo mientras los brazos de él se apretaban en torno a ella. Luego se apartó de su abrazo y empezó a desabrocharse la blusa.

Los ojos de él se oscurecieron, como si ardieran con sombras. Un poco torpemente, ella se sacó las botas de sendas patadas. Cuando deslizó la blusa de sus hombros y dejó caer su falda, él contuvo el aliento. Incluso el pelo de su cabeza parecía arder con deseo.

Bruscamente, dejó caer sus pantalones y la llevó a su cama.

Fue casi devoto en la forma en que la besó y acarició, desgarrado entre la maravilla y la alarma, como si la deseara tanto que no pudiera creer en sí mismo. Como resultado de ello, fue tentativo, cuando ella lo que más deseaba era que fuese seguro. El Maestro Eremis tenía razón. Durante la breve estancia del Maestro en las mazmorras, después de que la Cofradía llamara al campeón, le había dicho: *Cada vez que piensen en otro hombre, recordarás mis labios sobre sus pechos*. Eso era cierto: el contacto de Geraden le recordó el del Imagero..., su seguridad, su voluntad de tomar completa posesión de ella.

Y, sin embargo, Geraden transmitía una intensidad que la emocionó profundamente. Tuvo la sensación de que había pasado la mayor parte de su vida aguardando aquel momento en la cama con él. Podía hacerlo con seguridad. Aprenderían juntos todo lo que necesitaban saber.

Pero las cosas fueron mal, de la forma que todo iba mal con él. Había descubierto su talento para la Imagería demasiado tarde, cuando ya no era *capaz* de hacer nada con él. Ahora descubrió el amor de ella por él demasiado tarde, la retuvo entre sus brazos demasiado tarde: había perdido la habilidad de hacer nada con ella. Quizá su propia inexperiencia lo hizo demasiado ansioso. Quizá no podía dejar de preocuparse acerca de Houseldon y su familia. Ella no estuvo segura de cuál era la razón..., y en cierto sentido no le importó. Le importó solamente que él maldijera para sí y rodó alejándose de ella, y se quedó tendido de espaldas con los puños apretados a sus costados y los músculos agarrotados, intentando convertirse de nuevo en hierro.

Ella lo observó encerrarse de aquel modo fuera de ella, y su alegría empezó a

desmoronarse. Por un momento sintió deseos de echarse a llorar.

Luego tuvo una idea.

Con la yema de un dedo acarició la dura línea de su mandíbula.

—¿Sabes una cosa? —dijo, como si estuvieran prosiguiendo una conversación casual, incluso banal—. Acabo de pensar en una razón para creer que soy auténticamente real.

—Yo ya lo creo —murmuró él, desde el lado opuesto del mundo—. Lo sabes bien.

—Pero no sabes por qué —contestó ella alegremente—. Ése es el problema contigo. No tienes suficientes razones. Sólo tienes «intensos sentimientos»..., lo haces todo por la fe.

»Te daré una razón.

»La gente como Eremis dice que fui creada por la Imagería. Salí de ti y de tu talento cuando hiciste aquel espejo. Pero, si eso fuera cierto, ¿no crees que habrías creado a una mujer con la que pudieras hacer más fácilmente el amor?

Le cogió tan por sorpresa que no pudo impedirlo. Tan inesperadamente como un grito, estalló en una carcajada.

Inmediatamente después de echarse a reír, perdió el control.

—Eso es perfecto —jadeó, entre accesos de risa—. Me siento tan confuso que no puedo imaginar ni mi propio talento. No puedo ayudar a mi familia. O a mi Rey. O a la mujer a la que amo. Pero eso no es suficiente para mí. No me siento satisfecho sólo con eso.

Brevemente, ella oyó una nota de histeria en la risa de él, y casi se sumió en el pánico. Pero el simple acto de reír parecía eliminar el pesar y la autocompasión de él; cuanto más reía, más se relajaba.

—No. Me siento tan confundido, que cuando creé a una mujer a la que amar la hice tan perversa que ella accidentalmente traiciona toda mi vida. Entonces desea irse a la cama conmigo cuando estoy tan asustado que apenas puedo pensar.

»No necesito enemigos. Tan pronto como deje de reír, voy a matarme.

»Oh, Terisa.

Pronunció su nombre como si le doliera en lo más profundo. Rodó de nuevo hacia ella, apoyó las manos en sus mejillas para sujetar su rostro y empezó a besarla de nuevo.

Incuestionablemente, sus besos carecían de la firme pasión de los del Maestro Eremis. Pero eran dulces y apremiantes, como la recordada llamada de los cuernos. Y, cuando ella recordó los cuernos, la música volvió a su interior.

Esta vez, todo fue bien.

Fue bien hasta casi el amanecer. Cuando finalmente se durmió, siguió aferrada a él como una promesa de que nunca iba a dejarle marchar.

Al amanecer, la casa empezó a agitarse a su alrededor; pero ella y Geraden siguieron durmiendo.

Afortunadamente, Houseldon no confiaba en Terisa y Geraden para la vigilancia. Cuando se produjo el ataque, los hombres de guardia lo divisaron de inmediato y dieron la alarma.

Los gritos resonaron como gemidos entre las casas y las tabernas, los establos y los graneros. Tan pronto como pudieron saltar de sus camas, los hombres abandonaron sus casas, aferrando horcas y guadañas, almádenas, cuchillos y sierras, simples mazas, alguna espada ocasional, y más de un arco de caza. Los seis arqueros entrenados del Domne ocuparon casi inmediatamente sus posiciones de mando en torno a la empalizada. Pidiendo a gritos sus muletas, el propio Domne se arrastró fuera de sus revueltas ropas de cama.

Tholden iba por delante de su padre. La verdad era que había estado demasiado preocupado como para dormir. Después de intentar descansar inútilmente hasta después de medianoche, se había levantado y se había vestido. Si Quiss no lo hubiera contenido, hubiera salido a recorrer la empalizada sin ninguna finalidad. Pero ella le había obligado —casi por la fuerza— a sentarse y beber de un frasco de vino; le había masajeados los agarrotados músculos de su cuello y hombros y espalda hasta que le dolieron las manos; había hecho el amor con él. Después de eso, él fingió dormir hasta que ella abandonó su guardia. Entonces saltó de nuevo de la cama.

Estaba en la habitación delantera, removiendo el fuego, cuando oyó la alarma. Rugiendo con una voz que no estaba hecha para arrastrar furia o violencia, salió de la casa. Por un segundo giró sobre sí mismo, intentando localizar de qué dirección venía la alarma. Luego echó a correr, con su barba agitándose en la brisa del amanecer.

Terisa despertó de golpe, sobresaltada más por la forma en que Geraden estalló fuera de la cama que por los gritos. Pareció vestirse en un parpadeo mientras ella luchaba por seguirle, por atraparle; tenía abierta ya la puerta antes de que ella empezara a abrocharse su blusa.

No obstante, lo alcanzó. Fuera en el pasillo, Geraden tropezó con Stead y tuvo que detenerse para alzar a su herido hermano del suelo. Stead se aferró a él por un momento.

—Dame un cuchillo —jadeó—. No puedo correr a ninguna parte. Pero puedo

luchar aquí si hay que hacerlo.

—Se lo diré a Quiss —respondió Geraden mientras se alejaba.

Con Terisa a su lado ahora, alcanzó la habitación delantera, le gritó el mensaje de Stead a Quiss, luego salió corriendo de la casa.

—¿Dónde? —preguntó al primer hombre que encontró.

El hombre parecía demasiado asustado como para tener ninguna idea de lo que estaba haciendo.

—Al oeste.

—Al oeste —murmuró Geraden, pensando intensamente—. Así que no son soldados. Los soldados vendrían del norte. Del nordeste.

Terisa vio lo que quería decir con aquello; pero su corazón latía demasiado fuerte en su garganta, no podía hablar.

—Eremis está enviando Imagería contra nosotros.

Ella asintió. Corrieron hacia el oeste por entre los edificios.

Todo el mundo corría hacia el oeste. Las instrucciones de Tholden a Houseldon habían sido explícitas: mujeres y niños en casa; todo el mundo que fuera demasiado joven o demasiado frágil o estuviera demasiado enfermo para luchar, que se quedara en casa. Desgraciadamente, la gente de Domne había perdido la costumbre de recibir órdenes. Las calles estaban atestadas con gente que no debería estar allí. Algunos de los hombres que estaban preparados o equipados o al menos decididos a luchar tenían dificultades en abrirse camino por entre la multitud.

Pero Tholden había respondido a la alarma tan rápidamente que estaba ya a la cabeza de la gente; no sabía que estaba siendo imperfectamente obedecido. Alcanzó el puesto de guardia y trepó a la plataforma donde estaba de guardia el hombre que había lanzado la alarma a tiempo para ver claramente el conjunto del ataque.

Acudieron sin un sonido, excepto el rumor de sus patas y el seco murmullo de su respiración: extraños lobos con enhiestas espinas en sus curvados lomos, una doble hilera de colmillos en cada babeante mandíbula, y algo parecido a la inteligencia en sus alocados ojos. Sólo unas cuantas docenas de ellos, pensó Tholden cuando los divisó. Los suficientes para diezmar una manada de ovejas. O aterrorizar una granja. Pero no los suficientes para amenazar Houseldon. No iban a conseguir pasar la empalizada.

Entonces el líder de la manada saltó a la pared.

El lobo pareció dirigirse directamente contra él. Saltando al menos dos metros y medio en el aire, pasó sus patas delanteras por encima de la empalizada. Mientras sus patas traseras se agitaban para hallar el apoyo de la madera, sus mandíbulas se

tendieron hacia su rostro.

Por un instante más horrible que cualquier cosa que hubiera imaginado nunca, Tholden fue incapaz de moverse. Era un granjero, no un soldado: no sabía nada de lucha. En lo más profundo de su corazón, siempre había creído que había algo secretamente loco en la gente como Artagel, que iba a la batalla con feroz alegría. Los hombres de pie en la plataforma con él retrocedieron. Uno de los arqueros se apresuró a alzar su arco. Pero Tholden simplemente fue incapaz de moverse.

Entonces, una ardiente baba salpicó su rostro mientras los colmillos se le acercaban, y algo dentro de él se disparó. Aunque nunca pensaba en ello, era prodigiosamente fuerte, y su fuerza vino a su rescate. Adelantó bruscamente las manos, agarró al lobo por la garganta, y lo empujó con todas sus fuerzas hacia atrás.

Cayó entre el resto de la manada, rompiendo la carga, impidiendo que los lobos que venían tras él reunieran el impulso suficiente para saltar. La manada estalló en gruñidos..., un sonido ronco y rojo, ávido de sangre. Las mandíbulas chasquearon. Luego los lobos giraron en redondo para recobrar impulso y saltar.

—¡Arqueros! —gritó desesperadamente el hijo del Domne—. ¡Arrojad algunos dardos contra esas cosas! ¡Si saltan por encima de la empalizada...!

No fue lo bastante rápido. Tres lobos estaban saltando ya, cuatro, seis. Y, en vez de atacar directamente el puesto de guardia, se lanzaron hacia una parte de la empalizada donde no había defensores inmediatos.

Se sintió abrumado al darse cuenta de que aquellas bestias sabían lo que estaban haciendo. El momento en que eran más vulnerables era cuando intentaban cruzar por encima de la empalizada..., así que para hacerlo se situaban fuera del alcance de los defensores.

Pero una flecha se enterró con un ruido sordo en el pecho del lobo más cercano. Cayó, escupiendo sangre. Mientras el arquero cogía otra flecha, alguien debajo de la plataforma arrojó una hachuela que se hundió profundamente en medio de un par de brillantes y alocados ojos. Alguien más intentó usar una horca como si fuera una jabalina; sus aguzadas púas fallaron, pero el lobo se vio obligado a retroceder.

Tres abatidos.

Los otros tres cruzaron la empalizada.

Tholden vio a un granjero arrojar un hacha y fallar..., lo vio caer con la garganta destrozada tras una dentellada aparentemente sin esfuerzo del lobo. Afortunadamente, el hombre que estaba a su lado dejó caer un fuerte golpe con una maza, y el lobo se tambaleó. Mientras la bestia estaba aún vacilando sobre sus patas, un largo arco de una hoz lo abrió en canal.

Los defensores llegaban tan rápidamente como se lo permitían las estrechas calles

y la multitud. El segundo lobo que consiguió cruzar la empalizada se acurrucó entre dos mozos de cuadra —que casi se descerebraron mutuamente intentando golpearle—, destripó al mejor panadero de Houseldon antes de que éste pudiera alzar las manos, luego se arrojó hacia un grupo de muchachitos que habían escapado de sus madres. Pero cayó al suelo cuando una antigua espada en manos de un viejo que recordaba las viejas guerras se clavó profundamente entre las espinas que protegían su lomo.

El tercer lobo recibió una flecha en sus cuartos traseros de un joven y aterrorizado aprendiz de arquero. Mientras se estremecía de dolor, mató al joven, mordió la mano de otro hombre a la altura de la muñeca cuando éste intentó apuñalarlo con un cuchillo, luego echó a correr por entre los callejones hacia el corazón de Houseldon.

Al mismo tiempo, más lobos saltaron al ataque.

Sólo unas pocas docenas de ellos, pensó Tholden. Sintió deseos de arrancarse los pelos.

Un segundo arquero corrió hacia arriba desde el puesto de guardia donde había permanecido hasta entonces. Como su camarada, empezó a ensartar lobos tan rápido como podía encajar sus flechas en la cuerda del arco. Pero sólo eran dos. Cada vez que uno de ellos iba en busca de una nueva flecha, tres o cuatro bestias penetraban en Houseldon.

Reclamando frenéticamente ayuda, Tholden saltó de la plataforma.

Los otros arqueros estaban en camino, pero se veían impedidos por la multitud. Y los defensores en el lugar del ataque no sabían cómo luchar contra un enemigo como aquél; se obstaculizaban entre sí. En un sentido, los lobos estaban perdiendo. Finalmente todos resultarían muertos. Pero si los suficientes de ellos corrían sueltos por las calles, podían organizar una auténtica carnicería antes de ser abatidos.

Y, si mataban a los arqueros...

Quizá entonces no perdieran.

Tholden arrancó un hacha de manos de un hombre que evidentemente no sabía cómo utilizarla con eficacia. Se plantó en el camino de los lobos, empezó a hachearlos como si no fueran más que troncos. No tenía ni idea de qué otra cosa podía hacer.

Así que no vio lo que les ocurrió a las bestias que consiguieron pasar más allá de él. No vio la llegada de los restantes arqueros, ni los esfuerzos que hicieron por detener el ataque; no vio el muro de defensores desmoronarse y abrirse tras él cuando la gente fue presa del pánico y huyó en desbandada, e incluso hombres que sabían cómo manejar las armas caían bajo el ataque.

Por otra parte, fue una de las pocas personas que se hallaba en posición de ver que

los lobos eran sólo la vanguardia del auténtico ataque.

Nadie más sospechó aquello. Nadie más pensó en ello. Los lobos ya eran suficiente problema. Maldiciendo la estupidez que las había llevado fuera, las mujeres regresaron corriendo a sus casas, tirando de sus hijos tras ellas. Los hombres se apresuraron a esconderse. Bandadas de pollos revolotearon en una confusión de plumas y terror, corriendo alocadamente en todas direcciones o aleteando pesadamente su camino hasta las techumbres. Toda la parte oeste de Houseldon era una auténtica confusión, ignoradas instrucciones y defensas.

De pronto, la calle frente a Terisa y Geraden se despejó, y éstos se hallaron frente a un enloquecido animal con las mandíbulas llenas de sangre y una flecha asomando de sus cuartos traseros.

Las espinas a lo largo de su lomo le daban el aspecto de un puerco espín de monstruoso tamaño. La doble hilera de sus colmillos hacían que pareciera un enorme tiburón.

Terisa recordó los jinetes de pelaje rojo y demasiados brazos.

El lobo se detuvo, olisqueó el aire. Sus ojos parecieron arder con la posibilidad de inteligencia.

—Está persiguiéndonos —dijo ella. En cualquier caso, creyó haberlo dicho; no podía asegurar que lo hubiera pronunciado en voz alta.

—Cuando te dé un empujón —susurró Geraden—, ve hacia esa casa. —La empujó suavemente hacia el edificio más cercano—. Entra dentro. Cierra la puerta. Intenta correr el cerrojo, si lo hay.

El lobo empezó a gruñir, un gruñido que llegaba desde lo más profundo de su pecho..., un sonido como el distante retumbar de un trueno.

—¿Qué vas a hacer tú?

Debió preguntarlo en voz alta. De otro modo, él no hubiera respondido.

—Lo mismo, en dirección opuesta.

Ella asintió automáticamente, demasiado asustada para hacer alguna otra cosa.

Como si su asentimiento fuera una señal, el lobo saltó hacia ellos, babeando homicidamente.

Geraden empujó su hombro tan fuerte que Terisa tropezó y cayó.

Al menos cayó fuera del camino de la *carga* de la bestia. Intentando frenéticamente levantarse del suelo, agitó las piernas, saltó hacia el porche de la casa...

...se volvió para ver lo que ocurría con Geraden.

No había efectuado ningún intento de hacer lo que estaba haciendo ella. Después de empujarla a un lado, simplemente se había agachado. En el momento en que el lobo controló su salto, se apoyó en el suelo y dio la vuelta hacia él, y ahora estaba de pie enfrentado de nuevo a la criatura, preparado como si tuviera intención de partirle la cabeza.

—¡Geraden!

—¡Métete en la casa!

Tan rápido que Terisa apenas lo vio ocurrir, saltó de lado. El lobo pasó como un relámpago junto a él. Oyó el salvaje cliquetear de unas mandíbulas lo bastante fuertes como para destrozar el hueso sobre el que se cerraran. La manga de la chaqueta de Geraden estalló en jirones.

Pero no hubo sangre. Todavía.

Más rápido esta vez, porque su segunda carga había sido menos larga, el lobo se dio la vuelta y se lanzó de nuevo contra él.

Si hubiera tropezado, si hubiera perdido pie o calculado mal el asalto, hubiera podido morir en aquel momento. Nadie podía hacer lo que estaba haciendo, no por mucho tiempo. La flecha en los cuartos traseros del lobo no era suficiente para frenarlo. Sin embargo, lo esquivó por tercera vez..., se apartó del camino, se agachó y rodó sobre sí mismo, se puso de nuevo en pie para enfrentarse otra vez al lobo justo antes de que éste saltara.

Ciegamente, estúpidamente, Terisa volvió a la calle para ayudarle.

En aquel instante, una mujer salió de la casa, presa de mortal terror. Tan asustada que apenas podía controlar sus miembros, metió una horca entre las manos de Terisa. Luego cerró de un portazo tras ella e hizo resonar una barra contra la parte interior de la puerta.

Terisa tomó la horca sin pensar. Gimiendo como una loca para distraer al lobo, saltó fuera del porche e hizo todo lo posible por ensartar a la bestia entre las púas.

Falló. El lobo era demasiado rápido, demasiado listo para su inexperto ataque. Cuando giró contra ella, sin embargo, consiguió pincharle, casi por accidente; el animal retrocedió para evitar ser empalado por la horca.

Como surgida de la nada, la parte superior de una muleta silbó en el aire y fue a estrellarse en la base del cráneo del lobo.

Lanzando entre una tos y un aullido, la bestia giró y se lanzó contra el Domne.

Geraden aulló una impotente advertencia. Terisa se inmovilizó, sujetando su arma como si hubiera olvidado su existencia.

El Domne no podía ni correr ni esquivar el ataque. Con su pierna mala, apenas

podía cojear. Pero tenía otra muleta en su otra mano, y cuando la bestia saltó contra él la alzó, apuntándola directamente a su garganta.

Al mismo tiempo, Geraden pasó junto a Terisa, le arrancó la horca de sus manos en un solo movimiento, y la hundió en el lomo del lobo con todas sus fuerzas.

Clavada al suelo, la bestia se estremeció por unos instantes, gruñendo horriblemente y escupiendo sangre sobre las botas del Domne. Luego quedó inmóvil.

—Gracias, padre —jadeó Geraden—. ¡Cristales y astillas!, eso estuvo cerca. No deberías correr riesgos como éste.

El Domne se tambaleó inseguro sobre su pie bueno. Su rostro estaba blanco. Sin embargo, consiguió hablar calmadamente:

—Algún día —observó— me llamarás «papá». Estoy seguro de que te gustará.

Geraden sacudió la cabeza como si hubiera perdido la voz.

Con una muleta, el Domne movió el cuerpo a sus pies.

—¿Cuántos de ellos hay?

—Los suficientes para superar a Tholden, supongo —gruñó Geraden.

Terisa tuvo la vivida impresión de que estaba a punto de desvanecerse. Afortunadamente, Geraden se volvió y la sujetó antes de que sus rodillas se doblaran.

Cuando el último lobo cruzó por encima de la empalizada con una flecha en su corazón, el arquero en la plataforma del puesto de guardia chilló, casi aulló:

—¡Tholden! —Y Tholden jadeó una maldición, porque no había otra cosa que pudiera decir mientras intentaba recobrar el aliento.

La mitad de la manada había sido muerta delante de él. Los cuerpos yacían en un desordenado montón a los pies de la empalizada, a ambos lados de él, entre los cuerpos de los hombres muertos a sus espaldas. Su hacha estaba cubierta de sangre; sus manos y brazos chorreaban rojo; la sangre goteaba de su barba y empapaba su camisa. Sus ojos exhibían un salvajismo que no tenía ningún parecido con la feral inteligencia de los lobos. ¿Cuántos de ellos habían conseguido rebasarlo? No lo sabía. No sabía lo que estaba haciendo la gente de Houseldon para defenderse. Sólo sabía que el arquero en la plataforma sonaba frenético.

Había más. Los lobos eran sólo la vanguardia.

Obligándose a ponerse en movimiento, se tambaleó hacia el puesto de guardia, apoyó su peso en la escalerilla que conducía a la plataforma.

Cuando miró por encima de la empalizada y vio lo que señalaba el arquero, su primera reacción fue de hundimiento, casi de decepción.

Oh, ¿eso es todo?

Estaba contemplando, a través de una extensión desnuda de un centenar de metros, a un felino.

Simplemente un felino. Un solo felino. Nada más.

Sin embargo, lentamente, en su cabeza penetró la idea de que aquel felino era más voluminoso que él. Era al menos tan grande como un caballo. Al menos...

Entonces observó que, allá donde el felino apoyaba sus patas, la hierba nueva y las hojas secas se incendiaban. Había dejado ya tras él un rastro de llamas y humo hasta la distancia, siguiendo el mismo camino del que habían venido los lobos. Y se estaba acercando —no rápidamente, pero sin ninguna vacilación—, avanzando tan firme e inevitablemente como el frente de una tormenta.

—Tholden —murmuró el arquero, como una plegaria—, ¿qué es eso?

Evidentemente, era una locura. ¿Quién era él para pretender que podía llenar las botas de su padre, que podía tener éxito en ser el siguiente Domne? No sabía nada de Imagería. La única auténtica realización de su vida, desde su punto de vista, era calcular la mejor época del año y las mejores condiciones para fertilizar los albaricoqueros. A menos que contara el haberse casado con Quiss, o el haber tenido cinco hijos: su familia era también un logro que le llenaba de orgullo.

—¿Cuántas flechas te quedan? —preguntó al arquero.

—Ninguna. —Era una pregunta que el hombre sí entendía—. Tendré que ir a sacarlas de los lobos.

—No te preocupes. Ve. —Empujó suavemente al hombre—. Busca a hombres para que se sitúen junto a los barriles de agua. Si esa cosa no rompe la empalizada, la incendiará.

El arquero se apresuró a bajar la escalerilla y se alejó a toda prisa. Tholden se volvió hacia los otros arqueros, de espaldas al felino de fuego que avanzaba.

—Si habéis agotado vuestras flechas —dijo, como si le estuviera hablando a un pequeño círculo de amigos sobre un asunto de no demasiada importancia—, recorred Houseldon. Necesitamos ayuda.

»Si aún os queda alguna flecha, subid aquí.

A no más de cincuenta metros de distancia, el felino de fuego rozó un montón de mazorcas secas de maíz. Inmediatamente, el montón estalló en llamas y se consumió en arrugadas cenizas.

La plataforma se tambaleó cuando dos arqueros subieron precipitadamente a ella para reunirse con Tholden. Señalando con la cabeza al felino de fuego, les dijo:

—Apuntad a los ojos.

—¿Eso lo matará? —preguntó roncamente uno de los hombres.

—¿Quién sabe? ¿Tenéis alguna idea mejor?

El hombre sacudió la cabeza. Su rostro estaba tenso por el miedo, pero no retrocedió.

Los arqueros prepararon sus flechas, tensaron sus arcos. Casi simultáneamente, dispararon.

El felino de fuego echó negligentemente la cabeza a un lado. Las flechas se incendiaron y se convirtieron en negras masas antes de que sus puntas pudieran atravesar la piel del animal.

—Creo que necesitaremos alguna idea mejor —murmuró el segundo arquero, mientras él y su camarada preparaban otras flechas.

Como si estuviera perdiendo la cabeza, Tholden se volvió de nuevo y gritó:

—¡Geraden! ¿Dónde está *Geraden*?

Los primeros refuerzos habían empezado a llegar: hombres que no se habían encontrado con los lobos; otros que comprendían que se acercaba un gran peligro; algunos que estaban tan asustados que los arqueros tenían casi que empujarles. Nadie había visto a Geraden. Algunos de los defensores miraron a Tholden como si les estuviera hablando en una lengua extranjera.

—De acuerdo —gruñó éste—. Lo haremos por nosotros mismos. —El salvajismo de sus ojos se estaba haciendo peor. Repentinamente furioso, rugió—: ¡No os quedéis aquí! ¡Subid estos barriles de agua a las banquetas!

Galvanizados por la incongruente desesperación en su aguda voz, los hombres debajo de él empezaron a apresurarse.

Los arqueros agotaron sus flechas —sin resultado— y saltaron fuera del camino de los barriles de agua. El felino de fuego estaba tan cerca ahora que Tholden creyó poder sentir su calor. O quizás era sólo el sol. El cielo estaba claro y despejado hasta el horizonte, y el aire se estaba haciendo por momentos más cálido. Con la sangre chorreando por su rostro como sudor, ayudó a varios hombres a colocar en posición un barril de agua.

Justo a tiempo..., apenas a tiempo. El felino alcanzó la empalizada, se detuvo, probó la madera con su hocico. Unas instantáneas llamas brotaron hacia arriba, convirtiéndose rápidamente de una pequeña chispa en un salvaje rugir. Las manos y brazos que sostenían los barriles de agua fueron abrasados. Tholden perdió su barba y sus cejas; estuvo a punto de perder sus ojos.

Luego, dos medios barriles fueron arrojados por encima de la empalizada casi simultáneamente, y el agua chocó contra las llamas y el calor con un rugir como una

explosión.

El fuego en los maderos se apagó. Pero la concusión cuando tanta agua estalló en un chorro arrojó a los hombres fuera de la plataforma, fuera de la banqueta.

Tholden aterrizó sobre un hombro, medio de espaldas, medio de costado, y desperdició un atontado e inútil momento contemplando paralizado el cielo mientras todos sus músculos encajaban el golpe. Era posible que se hubiera roto el hombro. Parecía probable que jamás fuera capaz de volver a respirar. El intenso y ardiente vapor desapareció en el aire casi de inmediato, dejando el cielo azul y perfecto, sin tocar.

Tras un momentáneo retraso, la empapada madera de la empalizada empezó a ceder.

Tholden consiguió hacer entrar aire en sus pulmones y rodó de lado, se puso en pie.

Su hombro estaba entumecido. No podía mover aquel brazo.

Algunas llamas lamían aún la madera entre los troncos. Las correas que los mantenían unidos empezaron a restallar y a partirse.

Con un aullido de calor, la empalizada se incendió de nuevo y llameó como el estallar de un horno.

Tholden y sus hombres retrocedieron tambaleantes, contemplaron los troncos en llamas..., y al felino de fuego abrirse camino entre ellos como si no fueran más que trozos de carbón.

—¡*Tholden!* —aulló la gente.

—¡Ayuda!

—¡Dinos qué debemos hacer!

—¡No sabemos qué hacer!

—Correr —tosió débilmente Tholden. Nunca había presenciado un fuego tan intenso en su vida, nunca había visto nada que lo aterrara tanto como aquel felino de fuego—. Correr. —El calor hacía brotar lágrimas de sus ojos, como si estuviera llorando. Houseldon era todo de madera. El lugar entero iba a arder—. Apartaos del camino.

Automáticamente, sin pensar, se retiró para mantener el calor a distancia. El felino de fuego avanzó tras él con un paso elástico, casi casual, como si estuviera siguiendo a un indefenso y especialmente sabroso ratón.

Moviéndose como un loco, Tholden condujo al felino de fuego por entre los edificios.

El felino avanzaba por un lado de la calle mientras le seguía. El fuego prendió en

la pared de un granero; luego, con una detonación como un trueno, el propio grano se incendió. Fuego y humo y chisporroteante grano giraron una veintena de metros en el aire.

El propietario del grano vivía en la casa al lado. Era un hombre viejo con una enorme cantidad de grasa y ninguna reputación en cuanto a valor; sin embargo, salió furiosamente al porche y arrojó un cubo lleno de agua contra el felino.

El felino no pareció notar el ataque.

Casi instantáneamente, el fuego consumió al hombre.

Tholden se retiraba tan lentamente como le era posible, trayendo con él la destrucción de Houseldon.

Casi no notó lo que ocurría cuando el felino de fuego dejó escapar bruscamente un rugido de irritación —quizás incluso de dolor— y se echó hacia un lado. Una punta de llama se aferró a las almohadillas de una de sus patas delanteras. El animal inclinó la cabeza y se lamió la pata; su cola se agitó malignamente. Cuando avanzó de nuevo, parecía más furioso, más decidido; parecía como si tuviera intención de saltar sobre él sin más dilación.

Tholden abrió torpemente la boca, alucinado ante el incomprensible hecho de que la criatura se había hecho daño a sí mismo pisando un pequeño montón de excrementos de oveja.

Como si aquella información fuera demasiado para él, sus ojos giraron en su cabeza; su desnudo y abrasado rostro se tensó en un gemido; su brazo inútil golpeó contra su costado.

Torpemente, se dio la vuelta y echó a correr fuera del camino del felino de fuego, huyó entre las casas más cercanas como si los buitres aletearan en torno a él. La gente que lo vio huir así creyó que había perdido definitivamente la cabeza.

El felino no le persiguió. Iba detrás de otra presa.

Incendiando casas y tiendas de una forma casi casual mientras avanzaba, siguió su maligna andadura hacia el corazón de Houseldon.

Hacia Terisa y Geraden.

Terisa y Geraden y el Domne oyeron los gritos; vieron el humo y el fuego estallar en el aire.

—¡Cristales y astillas! —siseó Geraden entre sus apretados dientes—. ¿Qué es eso?

—Me temo que no son lobos —murmuró el Domne. Empujó el cadáver con el pie—. Incluso ese tipo de lobos no provocan incendios.

La alarma despejó el mareo en la cabeza de Terisa. Apoyó su peso sobre sus piernas e intentó pensar.

—¿Dónde está Tholden?

Geraden la miró. Él y el Domne no se miraron entre sí.

Uno de los arqueros apareció corriendo por la calle. Apartando a la gente ante él, se detuvo frente al Domne.

—Mi señor —jadeó, buscando urgentemente el aliento—, la empalizada ha cedido. Las casas están ardiendo.

—Puedo ver eso —respondió el Domne con poca característica aspereza—. ¿Cómo ocurrió?

—Una criatura de la Imagería. Un felino tan grande como una res. Prende fuego a todo.

»Viene hacia aquí.

Terisa sintió que una fría mano se cerraba en torno a su corazón. Prende ruego a todo.

—El Castellano Lebbick me habló de un felino así. Mató a sus guardias. —Envió fuera a quince hombres, y los mató a todos—. Cuando intentaban capturar al campeón de la Cofradía.

Geraden asintió hoscamente.

—Eremis no tiene suficientes hombres. O suficientes hombres que malgastar. O no puede trasladar el número suficiente de ellos aquí sin volverlos locos. Así que está utilizando la Imagería para atacarnos. Intentando matarnos en masa en vez de hacerlo individualmente.

Los fuegos se acercaban. Un almacén arrojó llamas en todas direcciones a medida que estallaban los barriles de aceite. La destrucción de Houseldon parecía hallarse ya fuera de control.

El Domne contempló a su gente huir por su lado como si aquella visión le hiciera sentir deseos de vomitar. Sin embargo, mantuvo su voz tranquila.

—Tú eres el único Imagero en la familia, Geraden. ¿Cómo podemos defendernos?

—Con espejos —gruñó Geraden. Terisa pensó que en aquel momento tenía exactamente el mismo aspecto que su padre..., tan tenso y horrorizado que parecía sentir deseos de vomitar—. Cosa que no tenemos.

Entonces Terisa captó el primer atisbo del felino de fuego. Involuntariamente, dio un paso atrás.

—¿Dónde está Tholden? —preguntó de nuevo. Repentinamente, temió que ya

estuviera muerto.

Tholden corría para salvar su vida.

Su hombro no estaba roto. Si estuviera roto, hubiera empezado a dolerle antes que esto. Sin embargo, seguía aterido; todavía no podía usarlo. Dificultaba su equilibrio, su avance. A causa de ello, corría como un jorobado.

Corrió por entre las casas y a lo largo de las calles de Houseldon como si estuviera aterrado.

Había olvidado los lobos..., los había olvidado por completo. Su desesperación no dejaba sitio para ningún otro peligro. Una de las casas junto a las que pasó tenía su puerta destrozada, colgando precariamente de sus bisagras, pero no se dio cuenta de ello. No oyó los agónicos lloriqueos de su interior, no vio la bestia masticando carne en el umbral. No tuvo ni idea de lo que estaba ocurriendo cuando el lobo abandonó al niño que estaba devorando y saltó hacia su cabeza.

Debido a su vacilante andar, la bestia falló su objetivo. Sin embargo, sus garras surcaron profundamente su espalda cuando cayó sobre él.

El dolor atrajo toda su atención. Él y el lobo giraron para enfrentarse; tan feroz como la bestia, Tholden miró a su atacante.

Babeando sangre, el lobo saltó de nuevo.

Tholden no tenía tiempo para el miedo y la previsión. De hecho, no tenía tiempo para el lobo. Dando un paso adelante en el momento en que la bestia saltaba, le lanzó una patada tan violenta contra la caja torácica que reventó su corazón.

Luego echó a correr.

Su espalda sangraba y le dolía como si estuviera en llamas. Tosiendo en busca de ayuda, corrió hacia el pozo de desechos más cercano, donde Houseldon acumulaba los fertilizantes para los campos y los huertos.

No quedaba mucho tiempo. La gente que huía a lo largo de la calle se había dispersado; Terisa, Geraden y el Domne podían ver ahora claramente al felino.

Y éste podía verles a ellos: eso era obvio. Sus ojos estaban clavados en ellos como si al final hubiera reconocido su auténtica presa.

Sí, por supuesto. Abrumada por el temor y la impotencia, Terisa se había visto reducida a hablar consigo misma. Eremis no confiaría en la violencia al azar para terminar con ellos. Y debía ser capaz de hablarle a esa cosa. De otro modo, ¿cómo podía llevarle a hacer lo que él deseaba? Hubiera podido atacar al campeón en vez de a los guardias del Castellano. Probablemente le había dado una descripción de la

gente a la que se suponía que tenía que matar.

Inútilmente, se preguntó qué tipo de descripción podía comprender el felino de fuego. ¿Era posible que Eremis hablara con él?

—Terisa. —Geraden apoyó una mano en su brazo; la sacudió—. Terisa, escúchame. Si esa criatura va tras de mí, tú puedes escapar. Tienes que escapar. Sal de aquí..., sal de Houseldon. Ve al norte. Al Termigan. Quizá él tenga algún espejo que puedas utilizar. Al menos puedes advertirle. Él te protegerá.

»Yo intentaré proporcionarte tanto tiempo como sea posible.

—Gracias. —¿De qué estaba hablando? No tenía la menor idea—. Aprecio eso. —Las palabras parecían salir de su boca sin pasar primero a través de su consciencia—. ¿Y si va tras de mí? ¿Cómo vas *tú a* escapar?

—Una cuestión interesante —intervino secamente el Domne—. Ya la discutiremos más adelante, ¿queréis? Ahora echad a correr, los dos. Si está ocupado destruyendo Houseldon, los dos podéis escapar. —Bruscamente empezó a gritar, haciendo restallar su orden como si fuera un látigo—: ¡He dicho que *echéis a correr!*

Tanto Terisa como Geraden asintieron.

Ninguno de los dos se movió.

Ella empezó a sentir el calor del fuego en su rostro. El felino de fuego estaba tan cerca ahora que hubiera podido alcanzarle con una piedra. No se apresuraba..., pero definitivamente avanzaba en línea recta hacia ellos. Sus ojos brillaban con malicia; su cola azotaba el polvo.

Ella y Geraden y el Domne se mantuvieron firmes en su lugar como si hubieran perdido la cabeza.

Y el felino de fuego se detuvo. Les miró cautelosamente. Actuaban como si no le tuvieran miedo. ¿Por qué? Terisa tuvo la extraña impresión de que sabía exactamente lo que estaba pensando el animal. ¿Por qué permanecían de pie allí, como si el fuego y los colmillos no pudieran hacerles daño? ¿Qué tipo de peligro representaban?

Incuestionablemente había perdido la cabeza, aunque los hombres que estaban con ella siguieran cuerdos. Mientras el felino de fuego los estudiaba, Terisa agitó una mano y dijo:

—Fuera de aquí. Vete. —Podía notar cómo su pelo se encrespaba ante el calor—. No te haremos daño. Si te marchas.

Bien. Brillante. En vez de retirarse, la criatura se agazapó para saltar.

Inesperadamente, Minick llegó corriendo al lado del Domne. Pese a su evidente prisa, no parecía respirar pesadamente..., de hecho, no parecía respirar en absoluto.

Cada una de sus fuertes y morenas manos sostenía un enorme cubo de madera.

Agua, pensó Terisa. Buena idea. Lástima que no funcionará. Seguro que el felino de fuego había caminado por la nieve cuando había atacado a los hombres del Castellano Lebbick.

Con toda precisión, como si estuviera siguiendo una elaborada lista de instrucciones, Minick depositó los cubos en el suelo a su lado.

Jadeando y resollando como si su pecho estuviera a punto de estallar, Tholden apareció en la calle. Casi chocó contra el costado del felino de fuego; el calor debía de ser tremendo.

Sujetaba uno de los barriles de agua fuertemente apretado entre sus brazos.

Lleno de agua, tenía que ser demasiado pesado para que un solo hombre lo alzara. Sin embargo, lo sostenía solo; se tambaleó hasta el centro de la calle con él, sin ninguna ayuda; allá, lo dejó caer pesadamente al suelo.

El sordo y seco sonido distrajo por unos instantes a la criatura. Giró de medio lado con la misma curiosidad que un cachorro, para ver lo que ocurría.

—¡Ahora! —croó roncamente Tholden.

Metió ambas manos en el barril de agua, extrajo un enorme puñado de excrementos de oveja, y los arrojó al rostro del felino de fuego.

Las duras pellas golpearon los bigotes del felino, sus mejillas, sus mandíbulas, sus ojos.

Golpearon, e hirieron.

Eran combustible; ardieron con una brillante llama. Pero no cayeron, como el agua y la madera e incluso el fuego caían. Se pegaron al pelaje y a la carne de la criatura.

Con un grito, el felino de fuego dio una vuelta en redondo sobre sí mismo. Inmediatamente empezó a frotarse el rostro con las patas delanteras, intentando desprenderse las ardientes masas.

En un instante, sus patas delanteras estuvieron recubiertas de fuego.

Minick era un poco más lento; incluso en una emergencia, no podía actuar sin sus habituales precauciones. En esta ocasión, sin embargo, fue lo bastante rápido. Antes de que el felino pudiera volverse de nuevo, avanzó un paso y arrojó contra él el contenido de su primer cubo.

Más excrementos de oveja.

Esta vez, el aullido de la criatura pareció surgir de la médula de sus huesos. Empezó a dar vueltas en círculo sobre sí misma, y se revolcó por el suelo en un intento de extinguir en el polvo el fuego de las pellas que ardían en sus costados.

Bruscamente, cinco o seis hombres más aparecieron en la calle, llevando cubos y

cestos y potes de excrementos de oveja: arrojaron más combustible a las llamas del felino. Incliniéndose sobre su cubo, Tholden siguió arrojando grandes puñados de pellas. Minick vació su segundo cubo en la creciente conflagración.

Luego todos los hombres tuvieron que detenerse, tuvieron que retirarse. La criatura había empezado a arder tan violentamente que no podían acercarse a ella. Terisa alzó las manos para proteger su rostro.

Con un sonido siseante como el de la carne en una parrilla, el del hierro al rojo en aceite, el felino de fuego murió horriblemente, consumido por su propio llamear.

Tholden se tambaleó, cayó de rodillas; su abrasado rostro sin barba contempló con la boca abierta la carbonizada carcasa.

Lentamente, el Domne cojeó en torno al círculo de calor hasta su hijo mayor. Minick, Geraden y Terisa le siguieron; estaban allí cuando el Domne apoyó sus brazos en la ensangrentada espalda de Tholden.

—Como he dicho siempre —murmuró el Domne, con una voz congestionada por el orgullo y el dolor—. El mejor hombre para el trabajo.

Antes de que Terisa pudiera pensar en ello, Geraden fue en busca de Quiss.

Quiss se ocupó sombríamente de su esposo. Como el Domne, sus emociones eran demasiado intensas —y demasiado confusas— para permitirle permanecer tranquila acerca de la condición de Tholden.

De pie en medio de la calle, con sus muletas sujetas bajo sus manos, el Domne reunió a sus arqueros y los puso a cargo de la caza de los lobos que quedaban.

Gentilmente, Minick ayudó a Stead a salir de la casa del Domne. Juntos, los hermanos se dispusieron a organizar la evacuación de Houseldon.

Los incendios provocados por el felino de fuego se habían asentado lo suficiente como para ser imposible combatirlos. Incluso sin la distracción y el daño de los lobos, sin nada que pensar excepto la seguridad de sus hogares, la gente del Domne tal vez hubiera sido incapaz de apagar aquel fuego. Pero, además, se hallaban seriamente distraídos por otras cosas, y terriblemente apaleados. Y podían producirse más ataques... Cuando Minick sugirió combatir las llamas, el Domne se lo prohibió tajantemente.

En vez de intentar salvar inútilmente Houseldon, todo hombre, mujer y niño que podía moverse por sí mismo, alzar un peso o aceptar una responsabilidad, fue puesto a trabajar reuniendo provisiones y posesiones, caballos y ganado, niños e inválidos, y sacándolos fuera de la empalizada.

Geraden ignoró toda esta actividad. Tomó a Terisa consigo y preparó un desayuno para ambos, luego encontró un rincón tranquilo en la casa de su padre donde pudieran

comer en paz.

Desconcertada, ella le preguntó qué creía que estaba haciendo.

—Ahorrar tiempo —murmuró él mientras masticaba un bocadillo de pollo frío—. Tenemos que comer algo. Mejor ahora que luego.

Aquello no arrojaba ninguna luz. Lo intentó de nuevo:

—¿Qué va a pasar ahora?

—Irán al Puño Cerrado y se ocultarán allí. Con todo lo que tienen que cargar, no van a llegar hasta dentro de dos o tres días. Pero no creo que importe. Si Eremis tuviera alguna otra cosa preparada para atacar, a esas alturas ya la hubiera empleado. Creo que el primer peligro ha pasado. Y, una vez se hayan atrincherado en aquellas cuevas y rocas, va a necesitar todo un ejército para sacarlos de allí.

Terisa no le comprendía en absoluto. Se le ocurrió vagamente que el Puño Cerrado tenía que ser un lugar imposible para hacer un espejo.

—No dejas de decir «ellos». ¿No piensas ir tú también?

Él negó con la cabeza e intentó ocultar el brillo en sus ojos.

Ella lo estudió como si se hubiera vuelto estúpida. El hogar de Geraden estaba en llamas a su alrededor. Pronto Houseldon estaría reducido a cenizas. Los supervivientes se veían obligados a ocultarse. Uno de sus hermanos había resultado seriamente herido. Gente a la que había conocido de toda su vida estaba muerta. Realmente, era sorprendente lo mucho que había mejorado su humor.

Era duro y fuerte, podía ver eso; pero el lúgubre hierro, la amargura, habían desaparecido. La última noche, él había recordado cómo reír. El brillo en sus ojos prometía que sería capaz de reír de nuevo.

Mirándole, el aterrimiento que demasiado miedo y destrucción habían depositado sobre su corazón empezó a desvanecerse. Casi sonriendo, como si ya supiera la respuesta, preguntó:

—¿Por qué no?

Él se encogió alegremente de hombros.

—He estado pensando en retrospectiva en todo esto. Mi instinto habitual para hacer mal las cosas. En un cierto sentido, lo que ha ocurrido hoy es una buena noticia. Lo que Eremis hizo hoy es una buena noticia. Significa que nos tiene miedo..., demasiado miedo para aguardar hasta que pueda golpear inteligentemente y estar seguro de poder matarnos. Piensa que podemos hacer algo que le haga daño.

»Si piensa eso, entonces probablemente tiene razón. Es demasiado listo para asustarse por nada. Todo lo que tenemos que hacer es descubrir de qué se trata.

Incongruentemente, mientras Houseldon ardía, Terisa sintió regresar a ella algo

de la alegría de la pasada noche.

—Quizá sus planes aún no estén dispuestos —dijo—. Tal vez aún tengamos tiempo de advertir a Orison.

—Exacto. Y, por el camino, podemos intentar advertir también a algunos de los señores. Cuando sepan lo que ocurre, quizás el Fayle o incluso el Termigan puedan ser persuadidos de hacer algo contra él.

No pudo impedirlo; saltó en pie y lo besó, lo abrazó contra ella tan fuertemente que pensó que sus brazos iban a partirse.

—Vamos, bobalicones —bufó Stead desde la puerta—. El fuego ya está al otro lado de la calle. Esta casa es la siguiente.

Como respuesta, Terisa y Geraden se echaron a reír.

Abandonaron Houseldon cogidos de la mano.

A media mañana, la sede del Domne era poco más que un cascarón ennegrecido.

Desde sus parihuelas, Tholden contempló las ruinas y lloró como si hubiera fracasado; pero su padre no se lo permitió.

—No seas estúpido, muchacho. Salvaste todas nuestras vidas. Las casas pueden ser construidas de nuevo. Serviste a tu *gente*. Yo lo llamaría una gran victoria. Nadie más hubiera podido hacerlo.

—Eso es cierto, papá —dijo Quiss, porque su esposo estaba demasiado emocionado para responder—. Estará de acuerdo contigo cuando haya descansado un poco. Si sabe lo que es bueno para él.

Ignorando todo azaramiento, Geraden besó a los tres. Quiss y el Domne besaron a Terisa. Luego Terisa y Geraden fueron a sus caballos, la yegua baya y el appaloosa que los habían traído desde el Puño Cerrado.

—Ahora es tu turno, Geraden —anunció el Domne frente a todos los habitantes de Houseldon—. Haz que nos sintamos orgullosos de ti. Consigue que lo que hemos hecho haya valido la pena. —Luego añadió—: Y, en nombre de la cordura, recuerda llamarme «papá».

Incapaz de otra cosa, Geraden enrojeció.

Terisa sintió deseos de echarse a reír de nuevo.

—No te preocupes, papá. No permitiré que lo olvide.

Cuando la gente del Domne empezó a vitorearles, ella y Geraden partieron para enfrentarse a la necesidad de Mordant.

Estados frustrados

Hacia el final del primer día de asedio —el día que finalmente condujo al asesinato del Maestro Quillón y la huida de Terisa—, el Príncipe Kragen señaló sus arruinadas catapultas y preguntó a dama Elega qué creía que debían hacer.

—Atacar —respondió ella inmediatamente—. Atacar y atacar.

Alzando una ceja, él aguardó una explicación.

—No soy una Imagera..., pero todo el mundo sabe que la Imagería requiere fuerza y concentración. Las traslaciones son agotadoras. Y en esto —hizo un gesto hacia las catapultas— sólo tienes un oponente. Sólo un Maestro puede utilizar el espejo que te está frustrando. A estas alturas debe estar debilitado. Quizás incluso ya haya agotado toda su resistencia.

»Si aplicas la suficiente presión, cederá. Entonces podrás derribar ese muro cortina. Orison quedará abierto para ti.

Pese a su actitud confiada, su aire de seguridad, el Príncipe Kragen no pudo evitar fruncir el ceño.

—Mi dama —preguntó suavemente, roncamente—, ¿de cuántas máquinas de asedio crees que dispongo? Son difíciles de mover. Si las hubiéramos traído de Alend aún estaríamos por el camino..., y la victoria de Cadwal no hubiera tenido competidor. Nos vimos obligados a confiar en lo que podíamos confiscarle al Armigite. —Pensar en el Armigite siempre hacía que Kragen sintiera deseos de escupir—. Me parece que podemos agotar todas nuestras catapultas antes de que ese maldito Imagero se halle realmente exhausto.

»Entonces, mi dama —casi involuntariamente, rodeó el brazo de la mujer con sus dedos y apretó para reclamar su atención, hacerle comprender las cosas que no decía —, nuestra primera, más rápida y mejor esperanza se habrá perdido.

—Entonces, ¿qué es lo que piensas hacer, mi señor Príncipe? —preguntó Elega. Al parecer, no le había oído. Quizá no podía—. ¿Estás preparado a simplemente *esperar* aquí hasta que llegue el Gran Rey para aplastarte?

El Príncipe Kragen alzó la cabeza. Demasiados de los suyos estaban observando. Con un acto de pura voluntad, alisó su fruncido ceño, compuso una seca sonrisa.

—Estoy preparado para hacer lo que deba.

Hizo una reverencia para ocultar lo furibundo de sus ojos y se alejó.

Aquella noche, envuelto en la oscuridad, envió un pelotón de zapadores para intentar cavar las piedras maestras del muro cortina.

Otro fracaso. Pocos momentos después de que sus hombres iniciaran el trabajo, los defensores de Orison derramaron aceite por el muro y le prendieron fuego. Las llamas obligaron a los zapadores a retroceder..., y proporcionaron suficiente luz para los arqueros de Lebbick, Menos de la mitad del pelotón consiguió escapar.

A la mañana siguiente, cuando tuvo tiempo de asimilar las últimas noticias, el Príncipe Kragen anunció que no iba a correr más riesgos.

No se retiró de su posición. Pasó todo su tiempo proyectando confianza a sus fuerzas, o diseñando planes de contingencia con sus capitanes, o consultando con el Monarca de Alend. Pero no corrió más riesgos, no incurrió en más pérdidas. Parecía como si estuviera aguardando la llegada del Gran Rey Festten para unirse a él en algún elaborado e inofensivo juego de guerra.

Elega comprendió por qué hacía esto. Él se lo dijo, pública y privadamente. Y sus explicaciones tenían sentido. Sin embargo, su pasividad la llenaba de confusión. A veces no podía enfrentarse a él bajo los ojos de sus tropas; a veces, apenas podía conseguir mostrarse amable con él en la cama. Deseaba *acción*: deseaba que el muro fuera derribado, unirse a la batalla; deseaba al Rey Joyse depuesto y al Príncipe Kragen en su lugar.

Deseaba que el hecho de haber traicionado a su propio padre significara algo. Mientras las fuerzas de Alend pasaran su tiempo entrenándose o descansando —gozando de la repentina y hermosa primavera— en vez de poner Orison de rodillas, todo lo que ella había hecho no servía para nada.

Mantecía el control de la sucesión de los días; casi mantenía el control de la sucesión de las horas, mordisqueándolas como si fueran un hueso seco. Era a última hora de la tarde del quinto día de inactividad de Kragen, el sexto del asedio, mientras aguardaba en su tienda a que el Príncipe terminara de discutir las actividades del día y sus planes con Margonal, cuando un soldado de uno de los puestos de centinela le trajo un visitante.

—Disculpa la intrusión, mi dama. —El soldado era un viejo y circunspecto veterano, y parecía inseguro de estar haciendo lo correcto—. No te hubiera molestado con ella, pero no intentó deslizarse furtivamente en el campamento. Se dirigió directamente al centinela y pidió verte. No lleva ninguna arma..., ni siquiera un cuchillo. Dije que la llevaría al Príncipe. O al menos al capitán de centinelas. Respondió que no creía que eso fuera una buena idea. Dijo que si la llevaba aquí tú podrías decidir qué hacer con ella.

Elega hizo un esfuerzo por ser paciente con todas aquellas explicaciones.

—¿De quién se trata?

El soldado se agitó incómodo.

—Dice que es tu hermana.

Elega le miró parpadeante mientras la sangre parecía huir de su rostro.

Cuidadosamente, de modo que su voz no la traicionara, respondió:

—Hiciste bien. Puedes dejarla conmigo. Ya decidiré qué hacer con ella cuando haya oído lo que tiene que decir.

El soldado se encogió ligeramente de hombros. Echó a un lado el faldón de la entrada de la tienda y dejó entrar a Myste en presencia de Elega.

Las dos hermanas se detuvieron una frente a la otra como si estuvieran sorprendidas y se miraron fijamente. El soldado las dejó a solas, cerrando tras él el faldón. Permanecieron inmóviles, mirándose.

Físicamente, Elega estaba en su elemento. Iba envuelta en una ropa diáfana que al Príncipe le encantaba. Las lámparas y la luz de las velas reflejaban el lustre de su corto pelo rubio, la belleza de su pálida piel, la intensidad de sus ojos violetas. Como contraste, Myste necesitaba la luz del sol para lucir mejor. En un interior, a la luz de los fuegos, tendía a aparecer melancólica o soñadora, y su mirada tenía una cualidad lejana que daba la impresión de que estaba inmersa en sus propios pensamientos..., menos interesada en los acontecimientos que la rodeaban de lo que se sentía Elega, y en consecuencia menos importante. Su gruesa capa estaba muy usada.

Sin embargo, Myste había cambiado..., Elega pudo comprobarlo de inmediato. Su actitud era más envarada; la posición de sus hombros y el ángulo de su barbilla la hacían parecer como una mujer que ha perdido sus dudas. Una cicatriz que parecía una quemadura curada iba desde su pómulos hasta su oreja derechos; en vez de estropear su belleza, sin embargo, tenía el efecto de incrementar su aire de convicción. Se había ganado por sí misma toda la certidumbre que sentía. Por primera vez en sus vidas, la simple presencia de Myste hizo que Elega se sintiera de algún modo empequeñecida, menos segura de sí misma.

Una rápida intuición le dijo que Myste había hecho algo que haría que sus propios esfuerzos por modelar el destino de Mordant parecieran triviales en comparación.

Myste se enfrentó a la mirada de Elega durante un largo momento. Luego, lentamente, empezó a sonreír.

Aquella sonrisa era demasiado; era la forma en que su padre acostumbraba a sonreír, allá en los días cuando aún era él mismo; una sonrisa como un amanecer. No podía soportarla; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, Myste —jadeó—. Me asustaste mortalmente, desapareciendo de aquella forma. Pensé que llevabas ya mucho tiempo muerta.

Inconteniblemente, abrió los brazos y apretó a su hermana en un fuerte abrazo.

—Lo siento —murmuró Myste mientras respondía al abrazo—. Sé que te asustaste. No tenía intención de hacerlo de ese modo. Pero no tenía otra elección.

Torpemente, Elega retrocedió unos pasos, se secó los ojos, halló un pañuelo y se sonó la nariz.

—Chiquilla malvada —murmuró, sonriendo animosamente.

Myste le devolvió la sonrisa y tomó el pañuelo una vez Elega hubo terminado con él.

—¿Lo recuerdas? —murmuró Elega—. Acostumbraba a llamarte así. Cuando éramos pequeñas. Cuando hacíamos algo prohibido y nos metíamos en problemas, acostumbraba a intentar echarle a ti la culpa. Incluso cuando aún eras tan pequeña que apenas sabías hablar, acostumbraba a intentar convencer a mamá de que tú me habías empujado a... lo que fuera. Le decía que eras una chiquilla malvada.

Myste se rió alegremente.

—No, no lo recuerdo. Era demasiado pequeña. De todos modos, no puedo recordar que nunca intentaras pasarle a nadie más la responsabilidad de lo que tú hacías. —Suspiró, como si la visión de su hermana le proporcionara un gran placer—. Y ahora, después de todos estos años, he demostrado que tenías razón.

—Sí, lo has hecho. —Elega sentía deseos de bromear, y de reír, y de gritarle a Myste, todo al mismo tiempo—. Completamente despreciable. —Intentó poner algo de organización a su cabeza, impedir que sus pensamientos giraran fuera de control—. Siéntate. Tomemos un poco de vino. —Señaló hacia un par de sillas de campaña de lona junto a una pequeña mesa de cobre—. En realidad, me siento encantada de verte. He estado tan sola... —Pero no pudo hacerlo; la inesperada aparición de Myste había hecho que su cerebro diera vueltas—. Oh, Myste, ¿dónde has estado?

Un asomo de timidez rozó la mirada de Myste. No, se dio cuenta casi de inmediato Elega, era más que timidez. Era cautela. Lentamente, la sonrisa de Myste se desvaneció.

—Es una larga historia —respondió suavemente—. He venido hasta ti porque debo tomar un cierto número de decisiones. Entre ellas está si debo contarte dónde he estado y lo que he estado haciendo.

Más que timidez. Más que cautela.

Desconfianza.

Elega sintió deseos de llorar de nuevo.

Al mismo tiempo, sin embargo, su propio instinto hacia la precaución despertó. El campamento de Alend era un lugar peligroso en más de un sentido; era especialmente peligroso para una hija del Rey Joyse que no había demostrado su lealtad al Príncipe

Kragen.

—¿Cuál es la dificultad? —preguntó cuidadosamente—. Soy tu hermana. ¿Por qué no deberías decírmelo?

¿De qué lado estás?

—Gracias. —La actitud de Myste era firme, sin dudas—. Tomaré un poco de vino. Como sabes... —dejó caer su capa, revelando una desgastada chaquetilla de piel y unos pantalones que aparentemente no tenían nada que ver en el mundo con amantes y dormitorios—, las amenidades han sido pocas en mi vida durante algún tiempo.

Pero Elega no pudo responder. Estaba demasiado ocupada luchando contra el impulso de preguntar: *¿De qué lado estás?*

—Elega —suspiró Myste—, no puedo contarte mi historia porque no sé por qué estás aquí. No sé cómo un ejército de Alend ha llegado a sitiar Orison. No sé —por un instante parpadeó para retener las lágrimas— si nuestro padre sigue aún vivo, o si todavía conserva su trono. O si aún parece loco.

»No puedo decidir nada juiciosamente sin obtener antes las respuestas a esas preguntas.

»Sabía que tú estabas aquí —explicó—. Te vi cabalgar con el Príncipe Kragen para acudir al encuentro del Castellano Lebbick el día que Orison fue sitiado. La distancia era considerable —admitió—, pero estuve segura de haberte visto. Necesité todo este tiempo, sin embargo, para persuadirme —sorprendentemente, dudó—, para persuadirme de abordarte.

Intentando a todas luces aliviar la tensión de Elega, pidió, suplicante:

—¿Puedo tomar un poco de vino?

—Por supuesto. Claro. —Elega se extrajo de su parálisis y fue hacia la mesa de cobre. Contenía una jarra y dos vasos. Pese a la posibilidad de que finalmente tuviera que explicarle al Príncipe cómo había sido usado su vaso en su ausencia, sirvió vino para ella misma y para Myste, luego se sentó y animó a su hermana a hacer lo mismo.

Myste aceptó la silla y el vino. Por encima del borde del vaso, mientras bebía, otro sol amaneció en sus ojos. Cuando bajó el vaso, sonrió melancólicamente más allá del hombro de Elega.

—Es bueno. Me encantaría poder llevarme un barrilito de él conmigo.

Unos cuantos sorbos de vino ayudaron a restablecer la compostura de Elega. Con mayor aplomo, preguntó:

—¿Por qué hablas de irte? Apenas acabas de llegar. Y —intentó su mejor sonrisa— todavía no has dicho nada siquiera que yo pueda comprender acerca de por qué

has venido.

Myste bebió de nuevo, luego sujetó el vaso entre las dos palmas y contempló sus profundidades.

—Vine a buscar respuestas a una serie de preguntas, a fin de que pueda tomar mis decisiones con una cierta esperanza de que conduzcan a algo bueno en vez de a algo malo.

—En otras palabras —Elega mantuvo su voz firme—, deseas que yo confíe en ti lo suficiente como para ayudarte a decidir si puedes confiar en mí. —Su pregunta se negó a ser rechazada—. Myste, ¿cuáles son tus alianzas ahora? ¿A quién sirves?

Los ojos de Myste se oscurecieron. De inmediato, la distancia que se reflejó en ellos abrumó a Elega. Myste era la pequeña de las hijas del Rey, y en algunos aspectos la menos respetada; sola en sus sueños románticos, con su extraña noción de que no había auténticos límites para las vidas de los hombres y mujeres ordinarios. Sólo su padre la había escuchado siempre con algo más que un amable desdén o una franca burla..., y ahora su reino estaba en ruinas, y la culpa era únicamente de él mismo.

Sin embargo, allí estaba ella, vestida más completamente con su propio valor que con el desgastado cuero que cubría su cuerpo. Era completamente posible que no estuviera bien de la cabeza. ¿De qué otra forma explicar el hecho de que estuviera aquí, de que considerara razonable simplemente penetrar en el campamento de Alend y pedir respuestas? Y, aunque estuviera cuerda, se había convertido en algo que Elega no sabía cómo evaluar o tocar.

Por otra parte, ¿qué daño podía hacer, una valerosa y estúpida hija de un Rey en desgracia? ¿Era concebible que de alguna forma se hubiera pasado a Cadwal? No. El ejército del Gran Rey estaba demasiado lejos..., y las fuerzas del Perdon todavía se hallaban en su camino. Entonces, ¿qué daño podía hacer?

Bien, ninguno.

No hizo ningún intento de responder a la pregunta de Elega. Tras un largo momento, Elega lo dejó correr. Sintiendo una inesperada simpatía —y un asomo de innombrable admiración— hacia su solitaria hermana, de pronto decidió, irracionalmente, seguir el juego.

—Muy bien —dijo. Después de todo, los riesgos eran algo más natural para ella que la cautela. La inactividad del Príncipe Kragen la tenía al borde de un ataque de nervios—. Pregúntame algo específico.

Sus palabras prendieron una chispa en los ojos de Myste.

Myste se llevó una semiinconsciente mano a su mejilla.

—De nuevo, gracias —murmuró—. Me será de gran servicio.

Casi inmediatamente, inquirió:

—¿Está bien nuestro padre? ¿Está —tragó rápidamente saliva— todavía vivo?

—Por todo lo que sé, sí. —Tan pronto como oyó la pregunta, Elega sintió que se le secaba la garganta—. Hace algunos días desde que hablé por última vez con él. — Ahora que había decidido seguir el juego, se dio cuenta de que su propia historia iba a resultar difícil de contar. Las premisas fundamentales de Myste eran tan diferentes—. De todos modos, emisarios y mensajeros como el Castellano y el Maestro Quillón se refieren a él sin ninguna vacilación. Sigue siendo el Rey en su propio castillo, aunque su gobierno sobre Mordant se ha colapsado.

Myste dejó escapar entre sus labios un suspiro de alivio.

—Me alegro —dijo, asintiendo para sí misma—. ¿Y Terisa? ¿Cómo está?

Elega ahogó ásperamente su inquietud.

—Me temo que dama Terisa ha caído víctima del instinto del error de Geraden.

—¿Cómo? —El tono de Myste sugería un asomo de alarma.

Recordando el depósito de agua, Elega dijo con voz lenta:

—Ha aprendido a cometer los mismos errores que él.

Myste asintió de nuevo; evidentemente, no comprendió lo que Elega quería decir..., y ésta no deseaba proseguir el tema. Pensó por un momento, luego preguntó lentamente, como si buscara palabras más precisas:

—Elega, ¿*por qué* estás aquí? Si nuestro padre sigue gobernando Orison, ¿cómo te has pasado al bando de sus enemigos?

Ahí estaba: el lugar donde todo lo que tenían en común se desmoronaba, el punto en el que nunca llegarían a comprenderse la una a la otra. Si la verdad golpeaba demasiado duramente a Myste, Elega podía verse forzada a llamar a los guardias y hacer que su hermana fuera entregada al Príncipe Kragen.

Sin embargo, siguió fiel al riesgo que había decidido correr. Secamente, respondió:

—Has planteado mal la pregunta, Myste. Deberías preguntar por qué el Príncipe y sus fuerzas están aquí. Mis razones dependen de las tuyas.

Myste la estudió intensamente.

—Eso sospeché. Por eso temía por nuestro padre. Pensé que los de Alend podían haber venido porque estaba muerto. Pero no deseaba ofenderte saltando a conclusiones erróneas.

»Cuando abandoné Orison, el Príncipe Kragen había sido insultado en la sala de audiencias. Sin embargo, el hecho de que se quedara me hizo pensar que no se le habían dado esperanzas de paz.

»¿Por qué *está él* aquí, intentando sacar al Rey de su trono?

—Porque —respondió Elega, preparándose para la reacción de Myste— yo le persuadí de que lo hiciera.

En cierto sentido, Myste no reaccionó en absoluto; simplemente permaneció inmóvil, como un animal oculto. El cambio fue tan poco propio de ella, sin embargo, que pareció tan vehemente como un grito. ¿Dónde había aprendido tanto autocontrol..., y tanta cautela?

—Entré en contacto con él después de su audiencia con el Rey. —Elega luchó por impedir que su voz adoptara un tono defensivo—. Me enseñó a creer en él cuando dijo que el deseo de paz de Margonal era sincero. Sin embargo, Alend se enfrentaba a un dilema que debía resolver. Cadwal no siente deseos de paz..., y las fuerzas del Rey se han vuelto claramente inadecuadas para impedir que la Cofradía caiga en manos de Festten. Alend debía tomar alguna acción, a fin de que el Gran Rey no tuviera toda la Imagería en sus manos.

»Primero le exigí al Príncipe alguna prueba de su buena fe. Respondió con la promesa de que si Orison caía en sus manos haría al Perdon Rey de Mordant..., que Alend no retendría nada para sí si la Cofradía quedaba a salvo de Cadwal.

»Entonces le persuadí de que este asedio era su mejor esperanza.

—Pero, Elega —protestó Myste—, eso no es cierto. Nuestro padre es el único hombre que ha tomado alguna vez Orison por la fuerza. Un asedio puede durar muy bien varias estaciones. Y seguro que el Gran Rey Festten no permitirá que pase ninguna estación antes de que llegue para impedir que el Monarca de Alend reclame la Cofradía para sí.

—*Es* cierto —insistió Elega. Honestamente, sin embargo, se obligó a admitir—: O, mejor dicho, *era*. Dos cosas lo hicieron así. En primer lugar, el muro cortina es frágil en el mejor de los casos..., y nadie podía prever que uno de los Maestros pudiera concebir una forma de defenderlo.

»Y en segundo...

Involuntariamente, se estremeció. Aquello constituía el núcleo de su deseo de acción, su deseo de ver que el asedio tuviera éxito. Era cosa suya: ella había convencido a Kragen que lo intentara.

Si él la consideraba responsable de su fracaso, no había dado ningún signo de ello. Quizás había aceptado los azares de lo que había hecho, y por eso no había recriminaciones. O quizás había hallado una nueva esperanza en las razones para su actual inactividad. En cualquier caso, ella se culpaba a sí misma lo suficiente por los dos. Segura de sí misma, decidida a salvar su mundo, había tomado el asedio no de Orison, sino de todo Mordant, en sus propias manos.

Y luego lo había dejado caer.

—¿En segundo? —animó Myste.

—En segundo lugar —dijo Elega, más secamente de lo que pretendía—, yo le propuse entregarle Orison con muy poco o ningún derramamiento de sangre.

Myste permaneció sentada completamente inmóvil; ni un músculo de su rostro se movió. Sin embargo, sus ojos parecieron arder con el ultraje.

—¿Cómo?

Los nudillos de Elega se crisparon sobre su vaso.

—Envenenando el depósito de agua. No de una forma fatal. Pero sí lo suficiente como para indisponer a los defensores hasta que el castillo hubiera sido tomado.

Sin variar en absoluto su expresión, casi sin mover la boca, Myste dijo:

—Eso hubiera debido ser suficiente. ¿Qué fue mal?

Deliberadamente, Elega se permitió una obscenidad que sabía que desagradaba particularmente a Myste. Luego dijo:

—Geraden y Terisa me descubrieron. Fueron incapaces de detenerme..., y por supuesto de capturarme. Pero advirtieron al Castellano. Nadie resultó indispuerto porque nadie bebió de aquel agua. La defensa se mantuvo..., y yo me vi obligada a huir.

Incapaz de contener su disgusto hacia sí misma, concluyó:

—¿Responde eso a tus preguntas? ¿Puedes tomar ahora juiciosamente tus decisiones?

Gradualmente, Myste se permitió moverse. Su mirada abandonó el rostro de Elega; alzó su vaso y lo vació. De forma automática, muy sumida en sus pensamientos, se sirvió más vino y bebió de nuevo.

—Ah, Elega. Qué terrible tiene que haber sido para ti..., intentar la traición a tu propia casa y familia, y fracasar.

—Es peor —respondió ferozmente Elega— no hacer *nada*..., dejar que todas las cosas buenas del mundo vayan a la ruina porque el hombre que las creó no puede ser impulsado a defenderlas.

Aún lentamente, aún mirando a la distancia, Myste asintió.

—Quizás. Ésa es una de las decisiones que debo tomar.

»Por favor, cuéntame. ¿Por qué no hace nada el Príncipe? Desde el primer día del asedio, no ha tomado ninguna acción que yo haya podido apreciar. Según todas las apariencias, simplemente está aguardando a que llegue el Gran Rey Festten y le destruya.

Bruscamente, como si una parte embotada de su mente acabara de ser despertada de un golpe, Elega se dio cuenta de que el Príncipe Kragen se estaba retrasando. Normalmente terminaba de discutir los asuntos del día con su padre y acudía a su tienda antes de aquella hora.

Si descubría a Myste aquí, no tendría ninguna otra elección más que hacerla prisionera. Su valor potencial como hija del Rey Joyse era demasiado grande para ser ignorado. Pero Myste era también la hermana de Elega..., y Elega todavía no estaba segura de cuál sería su propia decisión. La única cosa de la que estaba segura era de que Myste no iba a revelar ninguno de sus secretos como prisionera del Príncipe Kragen.

—Aguarda aquí —murmuró, y se puso en pie y se apresuró más allá de las cortinas de la parte de atrás de la tienda.

Allá, despertó a la muchacha de Alend que le servía como doncella.

—Apresúrate, muchacha —siseó—. Encuentra al Príncipe. Puede que aún esté con su padre, o de camino hacia aquí. Suplícale que me disculpe. Dile que no me encuentro bien. Dile que estoy medio ciega a causa de un dolor de cabeza..., pero que se me pasará si se me deja dormir.

»Ve rápido.

Empujó a la muchacha a la noche del exterior, hizo una pausa para acallar el martilleo de su corazón, luego regresó junto a Myste.

Myste la miró interrogativamente. Elega le explicó lo que había hecho..., y se sintió más aliviada de lo que consideró razonable cuando vio que Myste la creía. Así que la nueva cautela de Myste, su desconfianza, tenían sus límites. Pese a las cosas que Elega había hecho ya, Myste no esperaba que su hermana la traicionara.

En la parte de atrás de su mente, Elega empezó a preguntarse de qué lado estaba ella misma.

Se sentó de nuevo, sirvió más vino. Myste todavía estaba aguardando una explicación de la inactividad del Príncipe Kragen. Elega inspiró profundamente porque, por primera vez, lo que iba a decir podía ser interpretado como prueba de deslealtad. Luego preguntó:

—¿Recuerdas el día que conocimos a Terisa? ¿El día que el Perdon entró en tromba en Orison, pidiendo ayuda, y el Rey Joyse se la negó?

—Sí. —De nuevo la sobria mirada de Myste se clavó en el rostro de Elega.

—Creo que ya te hablé de ello. —Elega recordó vívidamente la furia del Perdon. *Dile esto, mi dama, le había rugido. Cada uno de mis hombres que caiga o muera defendiéndole en su ciega inactividad, lo enviaré aquí—*. Bien, está haciendo lo que dijo que haría. En pequeños grupos y pelotones, los hombres heridos o muertos y sus

familias llegan casi diariamente del Care de Perdon, enviados a la supuesta seguridad de Orison..., y como un reproche para el Rey Joyse.

»Ahora son prisioneros de Alend..., aunque sería más justo decir que se hallan bajo los cuidados de los médicos del ejército, y no se les permite marcharse. Hallándose heridos, agotados o desolados, pocos de ellos tienen la voluntad de negarse cuando son interrogados.

Myste observó atentamente el rostro de Elega y no dijo nada.

—Por ellos —suspiró Elega— hemos sabido que el ejército del Gran Rey no viene hacia aquí.

Los ojos de Myste se abrieron enormemente ante aquello.

—¿No? —susurró, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo—. ¿No?

Elega asintió.

—No directamente, en cualquier caso. Eso al menos es cierto. Las fuerzas de Festten avanzan a toda la velocidad que pueden a través de las colinas de Perdon..., a través de la resistencia de Perdon. Pero todos los informes recientes concuerdan en que los movimientos del Gran Rey no lo llevan más cerca de Orí son.

»Es por eso por lo que el Príncipe Kragen cree que puede permitirse esperar.

Finalmente, Myste sonó como si su autocontrol pudiera flaquear.

—Entonces, ¿adónde está yendo el Gran Rey Festten?

—Al sur y al oeste —respondió Elega—. Al Care de Tor.

»Los supervivientes del Perdon dicen que el ejército de Cadwal avanza por la mejor ruta que puede hallar hacia Marshalt, la sede del Tor.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Myste—. ¿Por qué ir *allí*? La Cofradía está *aquí*.

Elega no tenía la menor idea.

—He oído rumores —explicó, esperando ver cómo iba a responder Myste— de que el Castellano considera al Tor un traidor.

La cabeza de Myste se agitó.

—¿El Tor? Tonterías. —Pensó un momento, luego continuó—: Y, si *es* un traidor, eso sería aún menos razón para que el Gran Rey invadiera Tor. No tiene sentido.

»¿Qué está haciendo el Perdon?

Para conservar su compostura, Elega adoptó un frente duro.

—Al parecer, está más dedicado al servicio de Mordant de lo que su Rey merece. —La verdad era que cada vez que pensaba en el Perdon le dolía el pecho..., sentía deseos de gritar porque no había nada que pudiera hacer al respecto—. Festten no parece interesado en Orison. Pero, antes que aprovechar la oportunidad de huir,

quizás aquí, quizás hacia una dudosa alianza con el Armigite, o una algo más fuerte con el Fayle, el Perdon desvía sus fuerzas de modo que siempre se hallen en el camino de Cadwal. Empezó con escasamente tres mil hombres contra los al menos veinte mil de su enemigo. Si los informes son ciertos, ahora tiene menos de dos mil hombres, y su número se ve reducido cada día. Y, sin embargo, sigue luchando. Sacrifica cada vida a su mando simplemente para obstaculizar a Festten el acercarse hacia cuál sea el lugar al que desea ir el Gran Rey.

»Evidentemente, se halla empeñado en una lucha personal contra Cadwal. Si el Rey Joyse no le hubiera abandonado hace tanto tiempo, se hubiera podido salvar él mismo, y ayudado a Orison, viniendo aquí.

»¿Responde *eso* a tus preguntas?

Mientras Elega hablaba, la expresión de Myste cambió. Su mirada se volvió hacia Orison; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, padre —murmuró con voz densa—. ¿Cómo has llegado a esto? ¿Cómo puedes soportarlo?

El deseo de Elega de gritar se intensificó.

—Si lo hace —restalló—, quizás ahora consientas en responder las mías. Te he dicho lo suficiente como hacer que me decapitaran si no tuviera el favor del Príncipe. Me gustaría algo a cambio de este riesgo.

—Sí. —Repentinamente, Myste se puso en pie, mirando a través de la pared de la tienda hacia Orison, como si Elega no estuviera presente—. Ahora puedo tomar mis decisiones. Gracias.

»Tengo que irme.

Sin una mirada a su hermana, echó a andar hacia el faldón que cubría la entrada de la tienda.

Por un instante, Elega no se movió, atrapada entre reacciones contradictorias. Se sentía llena de ultraje; deseaba hacer preguntas mordaces que rasgaran a un lado la reticencia de Myste. Al mismo tiempo, el pensamiento de que su hermana iba a marcharse —sin confiar en ella, sin *confiar* en ella— se clavó en su corazón como una estaca.

Estaba a punto de gritar llamando a un soldado cuando un nuevo pensamiento destelló a su través como un rayo de iluminación.

Antes de que su hermana alcanzara el faldón de la tienda, dijo:

—Nuestro padre me envió un mensaje, Myste.

Myste se detuvo de inmediato; se volvió, regresó hacia Elega. Casi involuntariamente, preguntó:

—¿Cuál?

Demasiado absorta en la importancia de Myste para ser consciente de sí misma, Elega respondió:

—Lo traje el Castellano Lebbick. Según él, nuestro padre dijo: «Estoy seguro de que mi hija Elega ha actuado por las mejores razones. Lleva mi orgullo con ella allá donde vaya. Por su bien, así como por el mío propio, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores resultados».

Inesperadamente, Myste cerró los ojos. Las lágrimas brotaron debajo de los párpados y resbalaron por sus mejillas, pero por un largo momento no se movió ni habló. Luego miró radiante a su hermana, sonriendo como un nuevo día.

—Por supuesto —jadeó—. ¿Cómo no lo vi por mí misma?

Regresó inmediatamente a su silla. Sonriendo tan radiantemente que hizo saltar el corazón de Elega, dijo:

—Muy bien. Pregúntame algo específico.

Elega la miró con la boca abierta..., como un pez, hasta que Myste se echó a reír.

Elega no pudo impedirlo; se sintió repentinamente tan llena de alegría y alivio y confusión que ella también rió.

Al cabo de un momento, Myste se calmó un poco.

—Ah, Elega, no hemos hecho esto juntas desde que éramos niñas.

Imitando su propia dignidad, Elega respondió puntillosamente:

—No seas arrogante, muchacha. Ni siquiera eres lo bastante vieja como para ser llamada una mujer.

Myste rió alegremente. Por un momento, la única cosa que impidió que se pareciera a la Myste que Elega recordaba —romántica y adorable, vagamente loca, a la que no había que tomar en serio— fue la cicatriz en su mejilla.

Pero aquella cicatriz lo cambiaba todo. Hacía a la nueva Myste incapaz de ser ignorada u olvidada. Inspiró una oleada de confusión en Elega.

—Myste, ¿dónde *estuviste*? ¿Adónde fuiste? ¿Por qué te fuiste? Y estas *ropas*. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

—Elega —protestó Myste humorísticamente—, te dije: «Pregúntame algo *específico*». —Pero luego suspiró y, lentamente, la risa se desvaneció de su rostro—. Bueno, te lo contaré. —Su expresión se convirtió en algo que Elega no supo cómo interpretar: sobria y contemplativa; un poco triste; un poco excitada—. Si no te lo tomas bien, sin embargo, habrá problemas para todos.

»Abandoné Orison para ir en busca del campeón de la Cofradía.

Elega se sintió tan sorprendida que exclamó:

—¿Hiciste eso? —antes de poder contenerse.

La Myste que Elega conocía de siempre se hubiera encogido sobre sí misma o hubiera enrojecido; hubiera hundido la cabeza entre sus hombros o hubiera sonado defensiva. La nueva Myste no hizo ninguna de esas cosas. Se limitó a alzar ligeramente la cabeza, encajó un poco la mandíbula y repitió:

—Abandoné Orison para ir en busca el campeón de la Cofradía.

Un momento más tarde, añadió:

—Terisa me ayudó.

Tranquila. Elega no deseaba mostrarse como una estúpida, así que miró a su hermana y no dijo nada.

—Fui desde sus aposentos a través de los pasadizos secretos hasta la brecha que él hizo en el muro. Por aquel entonces no estaba muy bien custodiada, así que conseguí escapar sin ser vista. Desde allí, seguí su rastro en la nieve.

Elega siguió mirando, aguardando a que Myste dijera o hiciera algo que tuviera sentido.

—Finalmente —continuó Myste— lo alcancé. Estaba herido, no era capaz de avanzar rápido. De hecho, estaba tendido en la nieve, con su vida escapándose en sangre por dentro de su armadura.

»Lo sobresalté..., pensó que estaba siendo atacado de nuevo. —El tono de Myste siguió siendo suave y firme—. Me disparó. —Se tocó la mejilla—. Afortunadamente, el daño fue escaso. Luego vio que era una mujer, y dejó caer su arma. Conseguí acercarme a él.

Elega se obligó a parpadear, carraspear, sacudirse de la cabeza algo del asombro. Cuidadosamente, dijo:

—Vuelve al principio. Dime por qué.

—¿Por qué? —La mirada de Myste derivó de nuevo a la distancia—. ¿Por qué no? Había tantas razones. Estaba el extraño declive de nuestro padre, su impulso hacia la destrucción..., y nuestra impotencia, que no me gustaba más que a ti. Estaba Terisa, que se enfrentaba a un mundo que no conocía ni comprendía con más valor y recursos de los que yo podía encontrar en mí misma. Y estaba la deshonestidad de la acción de la Cofradía.

—¿Deshonestidad? —objetó Elega—. Los Maestros estaban intentando defender Mordant. La traslación de su campeón era la única acción que podían tomar capaz de ayudarnos.

—No. —Myste estaba segura de ello—. No hablaré de la cuestión ética..., si es o

no permisible imponer una traslación involuntaria a cualquier cosa viva. Pero los Maestros no fueron honestos consigo mismos. Afirman que trasladaron a su campeón en respuesta a la necesidad de Mordant, intentando hallar la esperanza de sus augurios..., pero ¿cómo esperaban que reaccionara a lo que hicieron? Estaba herido, él y sus hombres estaban enzarzados en una batalla por salvar sus vidas..., y de repente se encontró en otro mundo. —Su voz adquirió un asomo de pasión—. ¿Qué podía pensar? Seguro que no podía pensar nada excepto que aquel cambio no era más que otro ataque de sus enemigos.

»Si los Maestros hubieran sido honestos, hubieran admitido que la única forma en que un campeón así podía llegar a convertirse alguna vez en aliado suyo era acercándose a él pacíficamente, no amenazadoramente, antes que jugando sobre su instinto para la violencia.

En algunos aspectos, Elega halló la argumentación de Myste tan sorprendente como sus anteriores revelaciones. Lo que decía parecía perfectamente claro, eminentemente lógico. Elega no estaba acostumbrada a oír a su hermana razonar en tales términos.

—Nunca pensé en ello de esa forma —admitió. Luego añadió, casi acusadoramente—. Pero tú sí. Y decidiste hacer algo al respecto.

Myste se encogió de hombros como desechando la sugerencia de que había demostrado valor o iniciativa.

—El Fayle intentó advertir a nuestro padre de la intención de los Maestros. Cuando nuestro padre permitió que la traslación tuviera lugar, me di cuenta de que si permanecía donde estaba y no hacía nada empezaría a odiarle. Y, cuando concebí la idea de intentar ayudar al campeón, mi corazón se elevó.

Hablando secamente para controlarse, Elega dijo:

—Así que te pusiste tus ropas más cálidas y saliste a un duro invierno en bien de un guerrero que podía matarte tan pronto como te viera. Por ninguna razón en realidad, excepto que sentías pena por él.

Una pequeña sonrisa rozó los labios de Myste.

—Y lo encontraste y le ayudaste. ¿Cómo fue posible eso? ¿Había un hombre dentro de su armadura?

—Oh, sí. Diferente en algunos pequeños aspectos..., pero muy parecido a nosotros. Como nosotros en todo lo que importa.

Ante la renovada sorpresa de Elega, Myste enrojeció. Se apresuró a continuar:

—Como Terisa, habla nuestro idioma..., quizá debido a la traslación. Se llama Darsint —comentó, como incidentalmente—. Sus instrucciones me permitieron sacarlo de su armadura y cuidar de su herida. Su arma encendió fácilmente un fuego

para nosotros, y yo llevaba comida.

»Desde entonces hemos estado juntos, ocultándonos cuando podíamos, huyendo cuando debíamos. Hallar refugio e incluso comida ha sido muy fácil en los pueblos y granjas abandonados...

—Y, desde la llegada del ejército —interrumpió Elega, hablando precipitadamente para atrapar las implicaciones de lo que su hermana revelaba—, nos habéis estado observando. *Juntos...*, tú y el campeón de la Cofradía. Dijiste que te tomó varios días persuadirte a ti misma de acudir a mí. No fue *a ti a* quien hubo que persuadir, sino *a él*. Tú eres su conocimiento, su guía.

Inspirada por el fuego de las ideas en su cabeza, hizo una pausa para decir:

—Su amante. —La mente que apunta el arma. Luego se apresuró de nuevo:

»Ésa es la decisión que tenías que tomar. Eres la compañera del hombre más poderoso en todo el reino. Él te ama..., depende de ti. Y tú debes decidir cómo utilizar su poder.

Ahora fue el turno de Myste de mirarla fijamente. Incapaz de contener su repentina, su urgente esperanza, Elega se levantó de su silla para enfrentarse a su hermana.

—Myste, tienes que ayudarnos.

»Toda esa fuerza, todo ese poder, sólo aguardando a ser utilizado. Oh, hermana, ¿por qué te has retrasado tanto? Puedes poner fin a este asedio casi sin ningún esfuerzo. ¿No comprendes lo que hay que hacer? Debemos tomar Orison. Debemos poner fin a la estúpida resistencia del Rey, a fin de que la batalla contra los auténticos enemigos de Mordant pueda empezar mientras el reino y la Cofradía permanecen intactos.

—No, Elega. —Myste se puso rápidamente en pie, se enfrentó cara a cara a la pasión de su hermana—. Eso es lo que tú no entiendes. —Su cicatriz la hizo parecer feroz e indiscutible—. La cuestión que necesito resolver no es si debo ayudaros, sino si debo ayudar a Orison contra vosotros.

»Las fuerzas de Alend son demasiado numerosas para que incluso un hombre con las armas de Darsint pueda combatir las solo. Además, su fuerza escapa de él con cada uso. La palabra que él usa es “recargada”. Sus armas no pueden ser “recargadas” en este mundo. Por esa razón, debemos ser cautelosos. De todos modos, he estado pensando mucho e intensamente acerca del daño que puede causarle al ejército del Monarca de Alend. La verdad es que sólo me he retenido a causa de tu presencia..., y a causa de la inactividad del Príncipe Kragen.

Elega empezó a protestar, pero Myste la cortó en seco.

—Debo advertirte, Elega, ahora estoy más segura que nunca de que debo luchar

por nuestro padre y por Mordant. Si tú quieres que las armas de Darsint sean usadas, lo serán contra vosotros.

—Myste —jadeó Elega con desánimo—, ¿estás *loca*?

—Sólo si es una locura confiar en nuestro padre.

—¡Sí, es una locura! Lo viste por ti misma..., has hablado de su «extraño declive, su impulso hacia la destrucción». ¿Acaso no te escuchabas a ti misma? No hubieras abandonado Orison e ido a ayudar a ese Darsint si *confiaras* en nuestro padre.

—Sí. —Sin ninguna advertencia, la intensidad de Myste se quebró en una sonrisa. Pareció a la vez avergonzada y segura—. Y no. He pasado días en medio de la densa nieve. He atendido las heridas de un guerrero alienígena y lo he tenido en mis brazos. Y he oído el mensaje que nuestro padre te transmitió. El miedo y el agotamiento enseñan muchas cosas. También el amor. He aprendido a pensar de una forma diferente.

»Resulta difícil decir que confío en su declive. Pero he llegado a confiar en el hecho de que permitió que la Cofradía efectuara su traslación. Incluso he llegado a pensar que lo hizo por mí..., del mismo modo que insultó al Príncipe Kragen por ti. ¿No ves cómo nos ha hecho poderosas? Yo puedo guiar las elecciones de Darsint. Puedo pedir su ayuda. Y tú estás en situación de afectar las acciones de todo el ejército de Alend.

Estoy seguro de que mi hila Elega ha actuado por las mejores razones. Lleva mi orgullo con ella allá donde vaya. Por su bien, así como por el mío propio, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores resultados.

—Elega, estamos haciendo lo que él pretendía que hiciéramos. Tiene planes para nosotras. Quizá su propio declive sea sólo un acicate para obligarnos a hacer lo que podamos.

Elega forcejeó en la sonrisa de su hermana. Su optimista interpretación del comportamiento del rey era una locura.

—Myste, eres una estúpida —murmuró, como si estuviera hablando consigo misma—. Una estúpida. —El Rey Joyse había echado de su lado a su propia esposa antes que hacer el esfuerzo de defender su reino. O de explicarse. Pieza a pieza, había ido haciendo pedazos las esperanzas y la confianza del corazón de Elega—. ¿Acaso no te sientes herida? Las cosas que ha hecho, ¿no te causan ningún dolor?

—Por supuesto que sí. —La sonrisa de Myste se hizo afectuosa y triste al mismo tiempo—. Sólo digo que hay otra forma de contemplar lo que ha hecho. Nos preguntamos a nosotras mismas si merece nuestra fe. Pero no llevamos su carga. *Él* es el Rey. Creo que más bien deberíamos preguntar si nosotras merecemos su fe.

»Me parece que él ha elegido dejar que sepamos que él confía en nosotras.

»Elega, ¿nunca te has preguntado qué tipo de hombre debe ser, para depositar su confianza en la gente a la que más ha herido? Entre nosotras tenemos el poder suficiente como para destruirlo. Las armas de Darsint y el ejército del Príncipe podrían realizar eso. Y nuestro padre nos ha empujado a esta posición.

»O bien su locura es completa, o su necesidad de nosotras es tan desesperada que no puede explicar lo que desea sin hacer lo que desea imposible.

Inquisitiva, Elega preguntó:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué puedes querer decir?

Myste se encogió de hombros.

—Oh, no quiero decir nada. Sólo especulo. Pero supón —su mirada se enfocó en su hermana— que de alguna forma resulta vital para la defensa de Mordant por parte de nuestro padre que tú te ganes la confianza del Príncipe. ¿Cómo puede conseguirse una confianza así entre dos enemigos tan antiguos y mortales? Cualquier intento de engañar o confundir al Príncipe fallaría con toda seguridad. Tú, y perdóname por decirte esto, no eres muy buena mentirosa. No podrías persuadir al Príncipe de que creyera cualquier cosa en la que tú no creyeras.

—No. —Elega sacudió la cabeza, no como una negativa, sino exasperada—. Supones demasiado y demasiado rápidamente. ¿Cómo es posible que sea «vital» para nuestro padre que el Príncipe Kragen confíe en mí?

—Elega, *piensa*. Has llegado ya tan cerca de tu propia respuesta. ¿Qué consiguió nuestro padre negándose a reforzar al Perdon, cuando el Perdon acudió a Orison en demanda de ayuda?

—¿Qué *consiguió*?

—O, dicho de otro modo, ¿qué hubiera ocurrido cuando Cadwal hubiera avanzado si el Perdon se hubiera visto apoyado por varios miles de guardias? Como has observado, el Perdon se hubiera retirado *aquí*, para reservar sus fuerzas y defender a su Rey. Y el Gran Rey Festten no hubiera permitido que un enemigo tan fuerte se alejara, maniobrara libremente. Se hubiera visto obligado a seguirle.

»Negándose a reforzar al Perdon, nuestro padre hizo posible que los de Cadwal no acudieran aquí directamente.

»¿Sigues sin comprender, Elega?

—Tiempo —jadeó Elega. Finalmente parecía estar captándolo—. Puesto que Cadwal no está aquí, Alend puede permitirse esperar. Negándose a apoyar al Perdon, ganó tiempo.

—¡Sí! —exclamó Myste en un susurro.

—Y, empujándonos a nosotras a donde estamos ahora, también ganó tiempo.

Hizo posible que yo usara mi influencia con el Príncipe para animarlo a la inactividad. Pero primordialmente —Elega se sintió sorprendida de lo convincente que le parecía aquello—, y puesto que tú y yo somos hermanas, podíamos hallar una forma de mantener la violencia entre nuestras fuerzas al mínimo.

—Sí —repitió Myste. Su actitud empezó a relajarse.

—Pero, *¿por qué?* —Elega no sabía si echarse a reír o a gritar—. *¿Por qué necesita tiempo? ¿Qué está haciendo? ¿Cuál es su plan? ¿Cómo puede creer que puede salvarse Mordant mediante las cosas que ha hecho para destruirlo?*

Al parecer, Myste no sentía la necesidad de gritar. Riendo suavemente, dijo:

—Si yo supiera *eso...*, si pudiera tan sólo hacer una suposición inteligente..., yo misma se lo diría al Príncipe Kragen.

Inesperadamente, Elega estuvo riendo también.

—¿Así que todo esto es pura charla? ¿No puedes pensar en ninguna razón por la que nuestro padre puede necesitar tiempo..., en consecuencia en ninguna razón para creer que realmente necesita tiempo..., en consecuencia ninguna razón para confiar en ninguna de tus especulaciones?

Myste agitó alegremente la cabeza.

—En ninguna.

—Excepto —murmuró Elega al cabo de un momento— por el hecho de que todo parece demasiado bien montado como para ser un accidente.

La sonrisa de Myste era tan completa que hizo que incluso la quemadura en su mejilla pareciera una marca de belleza.

Elega suspiró. Lentamente, su inexplicable humor se desvaneció.

—Debo decir, Myste —comentó— que siento un poderoso deseo de hacer que le cuentes todo esto al Príncipe Kragen. Desgraciadamente, él te haría prisionera. Desearía utilizarte como una palanca contra nuestro padre..., o contra tu campeón.

—En ese caso —respondió Myste—, Darsint vendría a por mí. Dudo que se sintiera inclinado a dejar que me usaran como palanca.

—Y los de Alend resultarían muertos —añadió Elega—. Y la fuerza en sus armas podría agotarse. Y no se conseguiría nada.

—Ése —Myste sonrió bruscamente, como una mujer que ha aprendido a gozar de los riesgos— es el razonamiento que utilicé para persuadirle de que me dejara acudir a ti.

Como una sorpresa final en una velada llena de sorpresas, Elega se dio cuenta de que nunca había querido tanto a su hermana como la quería en estos momentos.

—En este caso —dijo lentamente—, me corresponde a mí, creo, ayudarte a

abandonar el campamento antes de que cualquier noticia de tu visita llegue a oídos del Príncipe Kragen. Ven, coge tu capa. Llevaremos unos cuantos pellejos de este vino con nosotras y saldremos por atrás.

Antes de marcharse, ella y Myste compartieron un fuerte abrazo, como si se hubieran reconocido por primera vez la una a la otra.

A la mañana siguiente, después de haber recibido los informes nocturnos de sus capitanes, el Príncipe Kragen llamó a Elega fuera de su tienda.

Ella nunca lo había visto tan furioso. Incluso su bigote parecía haber sido engominado de una forma ultrajante.

—Mi dama —dijo—, la pasada noche una mujer entró en el campamento. Afirmó ser tu hermana. Fue llevada a tu tienda.

Elega se enfrentó a él osadamente, ocultando el temor que anidaba en su corazón.

—Sí, mi señor Príncipe. Mi hermana Myste.

—La que desapareció después de que los Imageros trasladaran a su campeón. —Eso podía ser todo lo que sabía de ella—. ¿Dónde está ahora?

Recordando que era una mala mentirosa, Elega sostuvo su mirada y respondió:

—Estuvimos hablando largo rato. Luego la ayudé a marcharse sin tener que molestar a los centinelas.

—La hija del Rey Joyse. Una de las mujeres más valiosas de Mordant. La «ayudaste a marcharse». —El tono del Príncipe hizo que todos los soldados al alcance de sus palabras desviarán la cabeza—. ¿Por qué?

Elega hizo todo lo posible por sonreír de la misma forma que había sonreído Myste, como si gozara con los riesgos.

—Ven a mi tienda, mi señor Príncipe. Tengo una historia que contarte que te hará dudar de tu razón.

Por eso era por lo que lo amaba: pese al hecho de que ella era la hija de su enemigo —que había traicionado a su propio padre, y que en consecuencia podía ser capaz de traicionar a cualquiera, que había ayudado a otra de las hijas del Rey a escapar—, el Príncipe Kragen entró en su tienda y escuchó su historia.

Aproximadamente a la misma hora, Artagel obtuvo permiso para abandonar su cama por primera vez. Su costado se estaba curando bien, y no había tenido fiebre durante el tiempo suficiente como para tranquilizar a su médico. Además, desde su delirante visita a las mazmorras, había sido un paciente modelo. Así que le fue

aconsejado que se levantara de la casa para un pequeño y suave, repito, *suave* ejercicio.

Sonrió ante la severa actitud de su médico. Sonrió ante la desdentada doncella de la cocina que le trajo su comida. Sonrió al mozo que limpió sus aposentos. Pero no intentó levantarse y vestirse por sí mismo y caminar hasta que estuvo seguro de que no iba a ser interrumpido.

No deseaba ningún testigo mientras se probaba a sí mismo para ver lo débil que estaba.

El esfuerzo de ponerse una camisa suelta y unos pantalones le hizo sudar. Inclinar para meter los pies en sus botas le hizo sentir mareo. Simplemente alzar el peso de su espada le hizo temblar. Con cada movimiento, su herida tiraba como si estuviera a punto de volver a abrirse.

Sonriendo un inseguro desafío, abandonó sus aposentos —suave ejercicio, *suave*— y fue a ver al Castellano Lebbick.

Tenía un cierto número de razones para desear hablar con el Castellano. Una era que Lebbick había intentado verle *a él* hacía unos días, y había sido echado de sus aposentos a causa de su fiebre. Otra era que —si podía ser persuadido de hablar— el Castellano era la mejor fuente disponible de información acerca de varios temas que interesaban enormemente a Artagel: el asedio; los planes del Rey Joyse; los preparativos de la Cofradía; la búsqueda de Geraden.

Gracias al hecho de que la mayoría de sus amigos eran guardias, un cierto número de los cuales habían acudido a verle mientras estaba enfermo, sabía que el asedio había sido pasivo desde el primer día. Pero eso podía significar casi cualquier cosa; deseaba saber *qué* significaba. Por supuesto, la solución del Maestro Eremis al problema del agua era del conocimiento común. Además, Artagel había oído que el Maestro Quillón estaba muerto, y que el Maestro Barsonage había reasumido su lugar como mediador de la Cofradía. Había oído que Terisa había desaparecido. Incluso había oído que había una conexión entre la muerte de Quillón y la desaparición de Terisa. Y, en una ocasión, alguien —probablemente el propio médico de Artagel— había mencionado que aún había preguntas en el aire acerca de Underwell.

La curiosidad acerca de tales cosas hubiera sido suficiente para hacer que Artagel visitara al Castellano. Él y Lebbick eran viejos amigos, después de todo..., hasta el punto que podía decirse que el Castellano tenía amigos. De hecho, él había sido el maestro y comandante de Artagel hasta que Artagel había alcanzado el punto en el que ya no era razonable para nadie decirle lo que tenía que hacer. Debido a ello, se creía ampliamente —al menos entre los defensores activos del castillo— que él era el único hombre en Orison que podía acudir al Castellano y formularle preguntas y recibir realmente respuestas.

Sin embargo, Artagel tenía dos razones adicionales para desear una conversación con el Castellano, dos razones más apremiantes que cualquiera de las otras.

En primer lugar, había pensado mucho e inquisitivamente —no su forma favorita de ejercicio— en su última conversación con dama Terisa, y no le gustaba ninguna de las conclusiones a las que había llegado.

En segundo lugar, había oído de no menos que de seis amigos de confianza que a primera hora de la mañana, después de la desaparición de Terisa, el Castellano Lebbick había regresado a sus aposentos y había hallado a una mujer en su cama.

La antigua doncella de Terisa, Saddith.

La había golpeado hasta casi matarla.

Incluso ahora —¿qué era, cinco días después?—, su médico no estaba seguro de que la muchacha pudiera volver a usar sus manos. Y en cuanto a su rostro... Bien, nadie deseaba describir sus desfiguraciones.

Desde entonces, el Castellano no había salido de sus aposentos. Dirigía la defensa de Orison enteramente a través de un intermediario..., había elegido a un hombre para que le trajera toda la información necesaria y transmitiera sus instrucciones.

Por una coincidencia tan extraña que hacía que las tripas se le anudaran a Artagel, el hombre que había elegido el Castellano Lebbick era Ribuld, el veterano lleno de cicatrices que ocasionalmente había ayudado a proteger a Terisa como un favor a Geraden, y que había perdido a su mejor amigo, Argus, en un intenso fracasado de atrapar al Príncipe Kragen.

¿Por qué *Ribuld*, de entre toda la gente? Lebbick nunca lo había puesto en una posición de responsabilidad antes. De hecho, Ribuld podía decir que el Castellano nunca se había fijado en él excepto cuando había hecho algo mal.

Pese a que el esfuerzo de andar hacía que su corazón trabajara más aprisa y le dolieran todos los huesos, Artagel estaba decidido a enfrentarse al Castellano Lebbick y obtener algunas respuestas.

No le gustaba recordar la forma en que Terisa le había gritado: *¿Estás loco? Geraden es tu hermano*. En aquel momento, no la había comprendido. Bien, había estado delirante, emocional y moralmente enfermo por lo que le habían hecho a Nyle. Pero ahora sus palabras le golpeaban como una acusación.

Cuando llegó a los aposentos de Lebbick, se sorprendió ligeramente al descubrir la puerta custodiada. El Castellano nunca había sentido la necesidad de proteger sus propios aposentos antes. Sin embargo, Artagel no vaciló. Se dirigió al guardia de servicio, un hombre al que conocía desde hacía años, y preguntó:

—¿Sigue negándose a ver a nadie?

El hombre asintió. Pese a su evidente placer de comprobar que Artagel había podido levantarse finalmente de la cama, comentó:

—Y no va a hacer una excepción en tu caso tampoco.

Artagel sonrió. Probablemente era una buena cosa que no hubiera intentado traer su espada. Hubiera quedado como un estúpido desenvainándola..., y luego dejando que su peso lo arrojara de bruces al suelo. Como si nunca hubiera estado enfermo, sin embargo, dijo:

—Quiero entrar ahí. Estoy seguro de que no vas a cruzarte en mi camino.

—¿Vas a pasar por encima de mí? —bufó el guardia—. ¿En *tus* condiciones? —Pero luego alzó las manos—. Está bien, puesto que me obligas... Alguien tiene que meterle un poco de sentido común en la cabeza. Mejor que seas tú. Después de lo que le hizo a esa mujer... Si no reacciona pronto, vamos a tener un problema entre las manos. Demasiada gente que no tiene nada mejor que hacer está hablando ya al respecto.

»Si te golpea, gime, y te arrastraré de vuelta a tus aposentos.

Artagel amagó un golpe con una mano.

—Muchas gracias. Siempre reconforta saber que uno tiene un hombre como tú a sus espaldas.

—Lo sé —respondió el guardia—. Tan lejos a tus espaldas como sea posible.

Riendo, le abrió la puerta.

Convencido de que realmente no iba a ser capaz de seguir en pie mucho más tiempo, Artagel entró en los aposentos del Castellano.

La habitación delantera estaba mal iluminada, sin limpiar y sin decorar..., lo cual no había sido el caso cuando Artagel estuvo allí la última vez, algún tiempo antes de que la esposa de Lebbick muriera. Aunque no era dado a los lujos, el Castellano había reclamado una suite amplia para él y para su esposa; había insistido durante décadas en que tenían intención de tener hijos, independientemente de los daños que ella había sufrido como prisionera de Alend. Y ella le había seguido la corriente manteniendo sus aposentos como un hogar donde los hijos serían bienvenidos. Pero, desde su muerte, había despojado las paredes y los suelos de todo hasta dejarlos en piedra desnuda; había trasladado un duro camastro a la habitación delantera y había sellado el resto de las puertas: incluso en las atestadas condiciones actuales de Orison, aquellas habitaciones permanecían vacías. Y, desde la desaparición de Terisa, había prescindido evidentemente de cualquier pretensión de limpieza. La única lámpara en la mesa al lado de su camastro daba apenas la luz suficiente para mostrar que la habitación estaba tremendamente sucia.

Igual que él: no se había afeitado, ni lavado, ni cambiado de ropa desde hacía

días. Sus ojos estaban enrojecidos por el agotamiento y la malicia —o el dolor—, y sus manos crispadas ante él como si necesitaran terriblemente una espada.

Mirando a Artagel desde el borde de su camastro, gruñó distintamente:

—Destriparé al hombre que te *ha dejado* entrar.

El aire hedía a polvo, sudor rancio, comida agusanada. Artagel dominó una arcada. Fingiendo que su expresión de náusea era una sonrisa, respondió:

—No, no lo harás. —Deliberadamente, buscó una silla y se sentó en ella—. Si piensas hacerle algo, primero me lo tendrás que hacer a mí. Y no vas a hacer eso. No te atreverás. Soy el hombre más popular en Orison.

—Vómitos de cerdo. —El Castellano parpadeó malignamente—. Eremis es el hombre más popular en Orison. —Pese a su tono, sin embargo, no abandonó el camastro—. Tú no eres más que un inválido que todavía vive porque tuvo suerte la última vez que se enfrentó con Gart.

»Por eso probablemente te han enviado ellos. Creen que no voy a hacerle daño a un hombre tan débil que una mujer podría derribarlo con un simple golpe.

Fingiendo indiferencia, Artagel preguntó:

—¿«Ellos»?

—*Ellos*. El Tor. El Rey Joyse. La mitad de los perros en celo de este hediondo agujero. El bastardo que te dejó entrar. Los que creen que Eremis es lo mejor que ha ocurrido nunca desde que el Rey Joyse inventó la luz del sol. Los que creen que deberían castrarme porque abofeteé a un par de veces a esa jodida puta. *Ellos*.

»Quieren que salga de aquí para poder saltar sobre mí. Quieren que tú me hagas salir.

—Lo siento. —Artagel odiaba tener que tratar con Lebbick de aquel modo; hubiera preferido encontrarse con el Monomach del Gran Rey sin una espada en la mano. Como resultado de ello, sonó incongruentemente alegre, como si se lo estuviera pasando en grande—. Lamento contradecirte cuando estás de tan buen humor. Pero la verdad es que no tengo la menor idea de lo que estás hablando. Simplemente vine para decirte que Geraden no mató a Nyle.

—Yo ya lo sé —restalló Lebbick—. No me lo digas *a mí*. Díselo *a ellos*.

—Espera un minuto. —Artagel se hubiera sorprendido menos si el Castellano hubiera empezado a echar espuma por la boca—. Espera. ¿Qué quieres decir con que ya sabes eso? ¿*Cómo* lo sabes?

—Lo sé —el Castellano Lebbick miró a su visitante como si Artagel fuera un ser de apariencia horrible— porque esa furcia bebemeados estaba en mi cama. *En mi cama*.

Ahora fue el turno de Artagel de parpadear.

—Espera un minuto —repitió—. Espera.

Lebbick no esperó.

—Crucé esa puerta —señaló ferozmente hacia la puerta—, y ella estaba en mi *cama*. —Golpeó el camastro con un puño—. Desnuda como la mierda. *Sonriéndome*. Agitando las tetas. *Por supuesto* que Geraden no mató a Nyle.

Entonces su ferocidad disminuyó.

—Hubiera creído a cualquiera menos a esa mujer.

Artagel contuvo el aliento y no dijo nada.

—Ella me hizo pensar en ello una y otra vez. Me hizo volver una y otra vez al principio. Pero, cuando se equivocó respecto a aquel pasadizo secreto..., estuve *seguro*. Y la vi escapar, la vi. Con Quillón. El amigo del Rey Joyse. Luego encontré el cuerpo de él. Y vi al otro con ella. Estaba con Gilbur. Por supuesto que estaba *seguro*. Por supuesto que Geraden mató a Nyle. Ella tuvo que escapar con Gilbur, no con Quillón. Ella era una traidora, una asesina. Eso probaba que Geraden era culpable.

»¿No es eso lo que *ellos* te dijeron?

—No —murmuró Artagel—. No me han dicho absolutamente nada.

—Bueno, pues lo harán —gruñó Lebbick—. Dales una oportunidad. Todos hablan de mí. Susurran a mis espaldas. —Una sonrisa salvaje tensó su boca—. Eremis es un héroe. Todo lo que esa mujer dijo de él es una mentira. Geraden mató a Nyle. Ella lo empujó. Ella lo ayudó a escapar. Luego Gilbur la ayudó a escapar a ella. Ellos mataron a Quillón. Soy un monstruo. Nadie comprende por qué el Rey Joyse todavía no me ha hecho abrir en canal.

»Eremis es un héroe.

Buscando alguna medida de cordura en la conversación, Artagel dijo lentamente:

—Lo dudo. Terisa debió decirte que Nyle todavía está vivo. Intentó decírmelo a mí.

»No la creí —admitió—, pero desde entonces me he estado pateando a mí mismo por ello. —Generalmente, no se sentía tan inclinado a lamentarse; sin embargo, lamentaba intensamente las cosas que le había dicho a Terisa. Hubiera tenido que examinar más de cerca aquel cuerpo—. Finalmente imaginé lo que pudo haber ocurrido. —*Geraden es tu hermano. Lo conoces de toda la vida*—. Debieron cambiar los cuerpos. El de Underwell y el de Nyle. Por eso utilizaron la Imagería..., por eso permitieron que alguna criatura devorara los cuerpos. Para desfigurarlos. Para que pensáramos que Underwell era Nyle.

»Geraden no hubiera hecho una cosa así. Es imposible. Le conozco mejor que

eso.

Como si estuviera hablando del tiempo, Artagel añadió:

—Si *él* no lo hizo, entonces eso sólo deja a Eremis. No tenemos a nadie más a quien poder culpar.

—*Sé* eso. —El dolor crispó los rasgos del Castellano Lebbick. Suavemente, repitió—: *Sé* eso. ¿Por qué crees que le pegué tan fuerte a esa mujer? ¿Por qué crees que seguí pegándola? Estaba intentando conseguir que me dijera la verdad.

»*Fue* Quillón quien ayudó a escapar a esa mujer. Ésa es la verdad. Lo hizo porque el Rey Joyse le dijo que lo hiciera. Para apartarla de mí. Me ordenó que hiciera mi trabajo, y luego intentó apartarla de mí. Es por eso por lo que me deja solo ahora. No ha enviado a llamarme desde hace días. Sabe que yo sólo estaba siguiendo órdenes.

»Quiere quebrarme. Quiere que me oculte aquí abajo hasta que me pudra. Porque no confía en mí.

Artagel tuvo la frenética sensación de que no estaba yendo a ninguna parte. Se sintió tentado a salir de la habitación, poner alguna distancia entre él y la locura del Castellano. Pero su pesar era más fuerte que su alarma. Ya había abandonado a Terisa y a Geraden.

En vez de retirarse, intentó un enfoque distinto.

—Bueno, todavía debe confiar algo en ti. —Artagel hizo un esfuerzo por sonar confiado, sin demasiado éxito—. Todavía sigues al mando, ¿no? Aún sigues siendo el Castellano.

Lebbick asintió como si no hubiera oído la pregunta.

—Hablando de cosas de las que estás al mando, ¿cómo va la defensa? —prosiguió Artagel—. He oído el rumor de que Kragen no ha hecho más que arrojarnos un par de piedras desde el primer día. ¿Es eso cierto?

El Castellano asintió de nuevo.

—Ese hijo de puta de cachorro de Margonal —gruñó— se limita a permanecer sentado ahí fuera, mirándonos.

—¿Por qué? ¿Qué le hace pensar que puede salirse con bien de este modo? ¿Acaso no teme a Cadwal?

—Sólo puedo pensar en dos explicaciones. —Como por accidente, algo de la tensión en el rostro de Lebbick se aflojó. A algún nivel, Artagel lo había distraído—. Sabe que Festten no viene hacia aquí, por alguna razón..., y nosotros no porque no permite que las noticias lleguen hasta nosotros. O Alend y Cadwal han sellado una alianza.

Bien: eso era una mejora. Al Castellano Lebbick todavía le quedaba algo de

lucidez. Cuidadosamente, Artagel dijo:

—Entonces supongo que Cadwal no viene hacia aquí. Si Festten y Margonal hubieran sellado alguna alianza, el Príncipe no hubiera intentado atacarnos solo.

—Probablemente eso sea cierto —admitió morosamente el Castellano—. Festten no hubiera sellado una alianza a menos que estuviera seguro de que Margonal no echaría la mano sobre la Cofradía antes que él.

Artagel asintió. Al cabo de un momento, siguió:

—Hablando de la Cofradía...

Lebbick le interrumpió ominosamente:

—¿Lo estábamos?

Artagel frunció el ceño.

—¿Lo estábamos qué?

—Hablando de la Cofradía. ¿O simplemente me estabas sonsacando?

—Te estaba sonsacando —sonrió Artagel—. Y voy a seguir sonsacándote hasta que digas tres frases seguidas que tengan algo de sentido. Si no te recuperas, te *pudrirás*.

»Hablando de la Cofradía, ¿qué están haciendo acerca del pobre Maestro Quillón?

El Castellano Lebbick estudió a su visitante como si al final hubiera empezado a preguntarse por qué estaba Artagel allí.

—Nada —articuló—. Por todo lo que puedo decir, lo único que hacen durante todo el día es permanecer sentados zurrándose las posaderas los unos a los otros. Con lo cual quiero decir, por supuesto —empezó a sonar como si estuviera citando burlonamente las palabras de alguien— que están dedicando todos sus esfuerzos, día y noche, a descubrir cómo Gilbur y Geraden y esa mujer son capaces de utilizar espejos planos sin volverse locos.

»Ese ciego trozo de carne de Barsonage —el tono de Lebbick era salvaje— ha imaginado de pronto que el Rey Joyse tiene razón. Y se ha vuelto todo virtud y nobleza al respecto. Los espejos no crean sus propias Imágenes. Los lugares que muestran son reales. Así que no tenemos derecho a tomar nada que pueda notar la diferencia. Lo cual es una jodida forma de decir que no van a hacer nada para ayudarnos a defendernos. Se niegan a tocar la única cosa que podría hacernos algún bien.

El Castellano ladró sin ningún humor:

—En realidad es divertido. Descubren la pureza justo cuando el Rey Joyse la abandona. La única auténtica razón de que aún no hayamos sido invadidos es que

Kragen no puede usar sus catapultas. Cada vez que lo intenta, Havelock las destruye con alguna especie de pájaro de humo de uno de sus espejos.

Artagel empezó a confiar en que iba por el buen camino. El Castellano Lebbick parecía estar recuperando su autocontrol. Quizá ya fuera tiempo de arriesgarse a...

Puesto que era el tipo de hombre que corre riesgos, dijo, en tono conversacional:

—Eso está mejor. Lo estás haciendo mucho mejor. En cualquier minuto a partir de ahora volverás a ser el de siempre. Sólo hay una cosa más que desearía saber.

»Castellano... —inspiró profundamente—, ¿cuál, en nombre de toda santidad, es la conexión entre Saddith y Nyle? ¿Por qué el hecho de que ella apareciera en tu cama demuestra que Geraden no lo mató?

Por un largo momento, el Castellano pareció como si fuera a estallar. Un músculo se crispó en su mejilla. Su mirada ardía roja, atrayendo la oscuridad de la habitación a su alrededor; su expresión estaba llena de condenación.

Como un hombre masticando perdigones, dijo:

—No Saddith y Nyle. Saddith y Eremis. Ella es su puta.

Artagel aguardó.

—Él la envió. Eso es lo que intenté hacerle admitir. Por eso seguí golpeándola. Por eso no me detuve.

Artagel siguió aguardando.

—Eso es lo que él me hizo. —Sin advertencia previa, los ojos de Lebbick empezaron a derramar lágrimas. Resbalaron por su sucia barba, dejando claros rastros en la mugre de sus mejillas—. Yo estaba casi al límite. Esa mujer intentaba decirme la verdad, y yo no sabía cómo creerla. Y él me hizo eso a mí. Envío a su puta para darme el último empujón. Porque yo soy el único que le queda al Rey Joyse. Aunque él no confíe en mí.

»El Maestro fornicador Eremis —dijo el Castellano en medio de su pérdida— no me hubiera enviado su puta a mi cama si todo lo que esa mujer dijo de él no fuera cierto. Estaba intentando distraerme.

Artagel resistió con dificultad la tentación de silbar entre dientes. Esta vez hallaba comprensible el razonamiento del Castellano. Siempre había apreciado la franca sexualidad de Saddith; pero en estos momentos no estaba pensando en ella. Estaba pensando en que su aparición en la cama de Lebbick era lo peor que Eremis podía nacerle al Castellano.

Era casi como si Eremis y el Rey Joyse estuvieran conspirando juntos para destruirle.

Ásperamente, dijo:

—Eso tiene sentido. —Las palabras parecieron pegarse a su garganta; tuvo que esforzarse para hacerlas salir—. ¿Qué te dijo realmente Terisa acerca de nuestro héroe, Eremis?

El Castellano se restregó el rostro con las manos, embarrando lágrimas y suciedad.

—Lo mismo que te dijo a ti. —Halló en el camastro a su lado un trapo, con el que se sonó la nariz—. Debieron cambiar los cuerpos. Si Underwell quería realmente a Nyle muerto, hubiera podido conseguirlo sin correr el estúpido riesgo de todo aquel derramamiento de sangre. Pero si Geraden era inocente, Underwell debió descubrir de inmediato que Nyle no estaba herido. Así que hubo que matar a Underwell. Para proteger a Eremis.

»Probablemente Nyle aún está vivo. A menos que Eremis ya no lo necesite más.

»Eremis está atareado actuando como el héroe de Orison porque sus planes aún no están listos. Cadwal todavía no está preparado para atacar. Eso es evidente..., Cadwal ni siquiera está *aquí*. O está aguardando a que ocurra alguna otra cosa. No desea que Kragen se apodere de la Cofradía.

Artagel estuvo a punto de preguntar: ¿Por qué no le detienes? ¿Por qué no le arrancas el corazón, en vez de esconderte en este agujero como un perro apaleado? Afortunadamente, se contuvo a tiempo. Tan pronto como se le ocurrió la pregunta, captó un atisbo de cómo reaccionaría el Castellano Lebbick a ella. *Desean que salga de aquí a fin de que puedan saltar sobre mí. Él desea destrozarme. No confía en mí.*

A Artagel le gustaba vivir peligrosamente, pero no estaba dispuesto a arriesgarse a empujar a Lebbick de vuelta al torbellino.

No podía captar lo que estaba haciendo el Rey Joyse. Pero no era problema suyo: alguien tendría que desentrañarlo. Eremis, sin embargo, era otro asunto. Artagel estaba muy seguro de que deseaba oponerse u obstaculizar al Maestro de cualquier forma posible.

Mirando en torno a la estancia en busca de inspiración, aferró la primera idea que se le ocurrió.

—¿Sabes, Castellano? Si tu esposa hubiera visto esta pocilga, hubiera escupido granito.

Artagel era probablemente el único hombre en Orison capaz de mencionarle a Lebbick su esposa en su cara.

Por suerte o intuición, sin embargo, Artagel descubrió el enfoque adecuado. En vez de entrar en erupción, el Castellano pareció apenado.

—Lo sé —murmuró—. Voy a limpiarla un poco. Me ocuparé de ello ahora mismo.

El dolor en su rostro estrujó el corazón de Artagel. Sin premeditación, sin pensarlo siquiera, dijo suavemente:

—No te preocupes. Déjalo así. Yo tengo una habitación extra. Incluso tengo una cama extra. Ven e instálate conmigo.

El Castellano Lebbick le miró torpemente. Su boca se agitó como si Artagel acabara de pedirle que rompiera sus ataduras con la única cosa que aún lo mantenía de una sola pieza.

—Ella está muerta —dijo Artagel, tan suavemente como le fue posible—. Eso no puede remediarse. Ya no te necesita.

»Nosotros somos quienes te necesitamos.

Roncamente, luchando contra el colapso, el Castellano jadeó:

—¿«Nosotros»? ¿Quiénes son «nosotros»?

—Yo. —Artagel no dudó—. Geraden. Terisa. Cualquiera que piense que todavía vale la pena intentar salvar al Rey Joyse, aunque él actúe como si se hubiera metido la cabeza en el culo.

Lebbick pensó durante largo rato, con los ojos fijos en la semioscuridad que le rodeaba. Parecía un hombre perdido en sus recuerdos..., perdido en su amor, en antiguos instantes de violencia; un hombre que tal vez nunca fuera capaz de hallar su camino de vuelta. Pero luego sus hombros se hundieron y suspiró.

—De acuerdo.

—Bien. —Artagel suspiró también, dejó que la incertidumbre saliera tan bruscamente de él que el alivio le hizo estremecer—. Creo que es el momento.

Sin incertidumbre o dolor que lo mantuvieran firme, sin embargo, sus músculos se aflojaron y sus miembros se convirtieron en caucho. Reluctante, añadió:

—Puedes empezar ayudándome a volver allí. Me temo que me pasé un poco viniendo hasta aquí.

—Idiota —gruñó Lebbick. Lentamente, se puso en pie—. Se supone que tendrías que estar descansando. He visto maleza con más sentido común que tú.

—Eso es fácil. —Artagel hizo un decidido esfuerzo por no caerse de la silla—. Yo he visto maleza con más sentido común que cualquiera de nosotros.

»Sólo dime otra cosa. —Hizo una pausa para reunir sus dispersos pensamientos—. ¿Por qué Ribuld? No sabía que tuvieras tan buena opinión de él.

Casi gentilmente, el Castellano Lebbick ayudó a Artagel a ponerse en pie. Sosteniéndolo con su hombro, echó a andar hacia la puerta.

—Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar. Quiere a Geraden. Eso es todo lo que puede exigírsele para trabajar conmigo.

Artagel no pudo impedirlo; tenía que preguntarlo:

—¿Son tan graves realmente tus problemas? ¿Sólo a causa de Eremis y Saddith?

Los músculos a lo largo de la mandíbula de Lebbick se endurecieron. Sus ojos estaban llenos de tinieblas.

—Espera y verás.

En su camino de vuelta a sus aposentos, Artagel se dio cuenta de que estaba positivamente ansioso por ver a Geraden de nuevo. Deseaba tener a alguien que le dijera qué estaba ocurriendo.

Un viejo aliado del Rey

Aquel mismo día, Terisa y Geraden cabalgaron alejándose de las colinas sudoccidentales del Care de Termigan y empezaron a acercarse a Sternwall, la sede del Termigan y la principal ciudad de su Care.

El camino relativamente directo desde Houseldon, y la falta de lluvia, atípica en aquella época del año, habían hecho que el viaje fuera fácil, al menos para Geraden. Estaba acostumbrado a los caballos, habituado a buscar acomodo al lado del camino, experimentado en las acampadas. Y parecía seguro de sí mismo. Por primera vez en su vida, sabía exactamente lo que estaba haciendo. La única cosa que reducía su ansia por llegar hacia donde estaban yendo era el placer de tener a Terisa consigo.

La ansiedad de Terisa por alcanzar Sternwall era completamente distinta. Había perdido de una forma visceral su interés en Orison..., en el Maestro Eremis y en el Rey Joyse. Sus preocupaciones eran más inmediatas. Le dolían todas las articulaciones, el cansancio se infiltraba en sus huesos, estaba harta de caballos. Deseaba un baño caliente y sábanas limpias. Gracias a la por otro lado muy deseada forma en que Geraden utilizaba su peso por las noches, el duro suelo le había producido hematomas desde los omoplatos hasta la rabadilla. A veces, tenía la sensación de que hubiera sido capaz de matar para conseguir una almohada para sus riñones. Tras uno o dos días en la silla, cada movimiento de la yegua baya parecía triturar sus huesos unos contra otros. Un par de días después, apenas era capaz de impedir gruñir cada vez que Geraden la abrazaba.

Sin embargo, se aferraba a él tan fuertemente y tan a menudo como le era posible; cruzaba sus piernas contra el cuerpo de él y lo retenía encima de ella pese al dolor. Se sentía tan llena de amor que apenas podía apartar los ojos de él, apenas era *capaz* de mantener su piel fuera de contacto con la suya. Si era necesario, podía soportar unos cuantos hematomas más.

Tenía que admitir, sin embargo, que había aprendido a odiar los caballos. Cualquier cultura incapaz de diseñar un modo de transporte mejor que *ése* merecía realmente morir. Cuando Geraden anunció que estaban llegando a Sternwall, exclamó:

—¡Gracias a Dios! —con tanta sinceridad que él estalló en una carcajada.

Se sintió ofendida.

—Tú pensarás que es divertido —gruñó—. Nunca me he sentido tan miserable en toda mi vida, y tú crees que es algo para reírse. Juro que no sé lo que he visto en ti.

»Por supuesto —añadió consideradamente—, si lo *supiera* probablemente

desearía arrancarme los ojos.

—Ve con cuidado, mi dama —respondió él con tono agraviado—. Poseo una naturaleza sensible. Si me ofreces alguna excusa, *cualquier excusa*, empezaré a disculparme de inmediato.

—Oh, estupendo —gruñó ella, intentando sonar amargada aunque estaba sonriendo con todo su cuerpo—. La última vez que hiciste eso, no nos dormimos hasta después de medianoche.

Aquello le hizo reír de nuevo. Luego se inclinó en su silla y la besó espectacularmente.

—Ah, Terisa —suspiró, después de apartarse—, me haces tanto bien. Jamás hubiera creído que fuera posible. Después de todos esos años sirviendo a la Cofradía y fracasando, después de equivocarme deteniendo a Nyle en vez de concentrarme en el Príncipe Kragen, después de estropear nuestras posibilidades de detener a Elegia, después de conseguir que pareciera que era el asesino de mi propio hermano y luego tener que arrojarme a un espejo sin la menor idea de lo que iba a ocurrir... —la lista de desastres era realmente impresionante cuando la enumeraba de aquel modo—, nunca hubiera creído posible sentirme así de bien.

—¿Tenemos que ir mucho más lejos todavía? —preguntó ella, porque no tenía ninguna otra cosa mejor que decir—. Deseo una cama.

Geraden sonrió y le ofreció la mejor respuesta que tenía.

Era su cuarto día en el camino, y desde que habían dejado atrás las humeantes ruinas de Houseldon no habían visto ni la más ligera indicación de que Mordant estaba en guerra. Yendo casi directamente en dirección nordeste, habían cruzado el Broadwine en su camino este-nordeste hacia el Demesne, y habían seguido la ruta que conducía al Care de Termigan.

—El Termigan nos ayudará —había dicho confiadamente Geraden—. Es un viejo aliado del Rey. Corre la historia de que salvó la vida del Rey Joyse en la última de las grandes batallas contra Alend..., hará unos treinta años.

Terisa había asentido sin apartar los ojos del paisaje que les rodeaba. Había conocido al Termigan: tenía la impresión de que era un hombre en el que podía confiarse absolutamente..., pero sólo en sus propios términos.

Al norte y al este de Houseldon, el Care de Domne parecía estar compuesto casi enteramente por el tipo de fértiles colinas que hacían el cultivo difícil, pero que proporcionaban abundante y rica hierba para las ovejas. Hacia el sur y el oeste seguían siendo visibles las montañas, pero se hacían cada vez más difíciles de vislumbrar a medida que el camino serpenteaba fuera del Care. Geraden explicó que la frontera de Domne se extendía desde el punto más oriental de la estribación de

montañas al norte —un punto llamado la Boca del Pestil, porque era allí donde el río Pestil brotaba de las estribaciones— y a lo largo de una línea relativamente recta hacia un claramente divisable pico de la cordillera meridional, una enorme e inconfundible prominencia rocosa llamada, sin que se supiera la razón, Kelendumble. Esa línea separaba Domne del Care de Termigan al norte del Broadwine y del Care de Tor al sur.

Aunque la frontera era puramente teórica, el paisaje pareció cambiar después de que Terisa y Geraden entraran en Termigan. El paisaje se volvió más rocoso; la hierba y la maleza, las flores silvestres y los bosquecillos tenían un aspecto más resistente, como si estuvieran arraigados a una tierra menos fértil y tuvieran que soportar un clima menos benigno.

—El suelo es bueno para las viñas —explicó Geraden—, y no es malo para el lúpulo. Pero no sirve de mucho para el maíz, o el trigo, o el worren. —El worren era uno de los pocos cereales, de hecho, uno de los pocos alimentos, que Terisa había descubierto que eran propios de aquel mundo—. En Domne, es un chiste común el que todo el mundo que vive aquí desarrolla un caso permanente de dispepsia debido a la comida que come..., y que intenta mejorar su salud bebiendo demasiado.

»Por otra parte, he oído decir que el Gran Rey Festten no bebe nada excepto vino de Termigan.

A medida que cambiaba el suelo, lo mismo hacían las colinas: empezaron a parecer menos suaves, más accidentadas, como si hubieran sido cortadas por la erosión en vez de ser elevadas por los huesos subterráneos de la tierra. El camino serpenteaba por entre barrancas y desfiladeros en vez de suaves y poco profundos valles y hondonadas. Como contraste, sin embargo, el tiempo era más primaveral..., cálido al sol pese a las frías noches y a las sombras; lleno de aromas verdes y de flores; oliendo a humedad.

Terisa deseaba tan desesperadamente un baño que la simple idea hacía que le picara el cuero cabelludo.

Obligándose a sí misma a pensar en otras cosas, reflexionó ocasionalmente que los desfiladeros y barrancas eran lugares ideales para una emboscada. Tales cosas, sin embargo, parecían completamente irreales. Después de todo, Alend había enviado todas sus fuerzas al asedio de Orison. Y las fuerzas de Cadwal estaban en el extremo más alejado de Mordant, hacia el este. Así que el único peligro real podía proceder de la Imagería. Y cualquier ataque que cayera sobre ellos a través de la Imagería no necesitaría confiar en desfiladeros y barrancas para tener éxito.

Razonó que probablemente el Maestro Eremis no sabría dónde estaban. No podía saberlo, a menos que diera la casualidad de que pasaran junto a un lugar que se mostrara en uno de sus espejos..., y él estuviera mirándolo durante el breve tiempo

en que fueran visibles en él.

Pero no podía dejar de preocuparse por la posibilidad.

De hecho, ni siquiera recordaba lo que había dicho el Termigan acerca de los problemas en su Care hasta que Geraden la llevó a la vista de Sternwall, a última hora de la tarde de su cuarto día de camino.

La vista le hizo preguntarse cómo podía haberlo olvidado.

Pozos de fuego en el suelo, había dicho el Termigan.

Sternwall era una ciudad de piedra fortificada. Poseía una muralla almenada construida de granito; y, dentro de la muralla, todas las casas y demás edificaciones eran de piedra. Desde aquella distancia, el estilo básico de construcción parecía ser la argamasa de barro reforzada con cemento. La gente del Termigan podría haberse reído del ataque que había destruido Houseldon.

Sin embargo, Terisa estaba segura de que no se estaban riendo.

Incluso desde varios centenares de metros de distancia podía sentir el calor de la resplandeciente roca líquida que se agitaba y burbujeaba en largas charcas fuera de las murallas. Había media docena de ellas, todas instaladas en terreno alto que descendía hacia la ciudad, todas dispuestas como si fueran fluyendo lentamente, inexorablemente, hacia las murallas. Eremis había dicho: *Pozos de fuego aparecen en el suelo de Termigan..., casi dentro de las fortificaciones de Sternwall*. Debió de costarle refrenar su regocijo. Alimentados por la traslación, los pozos fundían el suelo entre ellos y la ciudad. Terisa no sabía cuánto tiempo llevaba produciéndose aquello, pero sospechaba que no continuaría mucho más. Las murallas de granito habían empezado ya a desmoronarse como cera caliente en cuatro puntos distintos; amplias secciones de la cara externa de la ciudad reflejaban rojizas el magma, como si estuvieran empapadas de sudor. La gente de Sternwall iba a terminar ardiendo en sus hogares. Una tonalidad rojo anaranjada brillaba en el cielo como un presagio de atardecer.

Geraden frunció amargamente el ceño ante aquella vista.

—¡Cristales y astillas! —murmuró—. Oh, Eremis. No me sorprende que el Termigan no confíe en los Imageros.

—No lo entiendo. —Terisa tuvo que tragar duramente saliva para conseguir emitir sus palabras—. ¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué hacerlo de esta forma? ¿Por qué no poner esta..., esta lava..., por qué no trasladarla directamente al interior de la ciudad y terminar de una vez con ello?

—Es más divertido de este modo —chirrió Geraden. Luego sacudió la cabeza—. No, no es eso. Probablemente el propio Sternwall no se halla en la Imagen. El espejo que están utilizando muestra probablemente un lugar en alguna parte arriba en la

colina. Esto es todo lo lejos que pueden ajustar el foco.

Había guardias recorriendo la muralla, sin acercarse demasiado a la fuente de calor. Terisa vio a dos hombres detenerse, señalar hacia ella y Geraden; uno de ellos abandonó la muralla. Supuso que, bajo las circunstancias, Sternwall no recibía muchos visitantes. Intentó hacer bajar el sabor a hiel que había subido a su garganta y puso de nuevo su montura en movimiento.

Hoscamente, ella y Geraden cabalgaron más allá de los pozos hacia la puerta en el extremo más alejado de la ciudad.

Cerca de la lava, Terisa pudo oír el líquido agitarse, un profundo y casi inaudible rumor que pareció crear ecos en la médula de sus huesos; el sonido de la tierra al ser devorada.

Pese a lo suave que era el ruido, sin embargo, pareció ensordecirla. Apenas pudo oír el solitario grito de una corneta alzándose de las murallas de la ciudad. Apenas pudo oír a Geraden decir:

—Parece que el Termigan envía algunos hombres a nuestro encuentro. Quizá no quiera correr el riesgo de dejarnos entrar hasta saber quiénes somos.

Hubiera debido estar preparada para ella. Estaban cerca de una Imagen: hubiera debido comprender que ella y Geraden corrían el peligro de ser descubiertos. Desgraciadamente, no pensaba con claridad. Estaba demasiado llena con el apuro de Sternwall como para pensar claramente.

Fue cogida completamente por sorpresa cuando *sintió el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen.*

Sin embargo, quizá fue la propia sorpresa lo que la salvó. No tuvo tiempo de sentirse asustada, paralizada. En vez de ello, aulló una advertencia y se dejó caer hacia un lado, fuera de la silla, fuera del camino.

Los afilados colmillos fallaron su presa. Estuvieron tan cerca, sin embargo, que desgarraron su blusa a la altura del hombro, casi arrancaron un trozo de su carne.

Golpeó torpemente el suelo, su rodilla se dobló dolorosamente, cayó de bruces. Desesperada, intentó ponerse en pie...

...justo a tiempo para ver una flecosa mancha negra del tamaño de un cachorro alzarse sobre sus patas y avanzar velozmente hacia ella. Sus salvajes mandíbulas ocupaban más de la mitad de su cuerpo; estaban tendidas hacia ella, ansiosas.

Ante su grito, Geraden había hecho girar su montura. Saltando de una invisible percha al otro lado de su traslación, una forma negra y redonda pasó volando junto a él. Se aferró con todas sus cuatro patas a la cabeza del appaloosa.

Sus mandíbulas abrieron con toda facilidad el cráneo del caballo. Derramando sangre como una fuente, el appaloosa se derrumbó como si hubiera chocado contra una pared. Geraden aterrizó duramente contra el suelo: quedó momentáneamente aturdido. Antes de poder recobrase, las convulsiones de su montura arrojaron la masa del caballo sobre sus piernas.

Devorando hueso y sesos, la criatura negra empezó a abrirse camino a través del caballo hacia él.

Otra feroz forma apareció de la nada..., y otra..., golpearon el suelo..., rodaron y se detuvieron...

Una de ellas se dirigió hacia Geraden. La otra se lanzó hacia Terisa.

Ésta no tenía elección, no tenía tiempo: cuando la criatura más cercana saltó hacia ella, se agachó y se echó a un lado. Geraden le había dado un cuchillo —para cocinar, le había dicho, burlándose de ella porque era él quien se encargaba de toda la cocina—, y lo agarró mientras se agachaba; lo sacó de un tirón de su funda, tajó alocadamente en dirección a su asaltante.

Sus golpes sólo encontraron aire. Desequilibrada, casi incapaz de sostener su peso con su rodilla doblada, se puso directamente en el camino de la segunda forma atacante.

Sus colmillos eran curvos y dentados, hechos para desgarrar. En un espejo, había visto a una criatura como aquélla arrancarle a dentelladas el corazón a un hombre. Iba a hacerla pedazos. Y había otra dando la vuelta para atacarla por detrás.

Geraden tendría unos pocos segundos más de vida que ella. La roja carne de su caballo había distraído a sus dos atacantes: estaban alimentándose vorazmente. Estaba seguro hasta que alcanzaran sus atrapadas piernas.

En aquellos momentos luchaba alocadamente por abrir las bolsas de la silla de su caballo.

La hoja que le había dado a Terisa era poco más que un simple cuchillo: un cazador hubiera podido usarlo para desollar un conejo. Pero era la única cosa que tenía para luchar; no le puso objeciones. Puesto que ya casi había perdido el equilibrio, dejó caer su peso en la dirección en la que estaba cayendo, al tiempo que su brazo y el cuchillo trazaban un amplio arco.

De alguna forma, su golpe alcanzó a la criatura antes de que la criatura alcanzara su rostro. La forma negra rebotó contra un lado, salpicando sangre verde por todas partes.

Intentó contener su caída, pero su rodilla le falló. Se derrumbó con un grito justo en el momento en que el segundo atacante saltaba hacia su espalda.

Los asaltantes de Geraden estaban acabando con los hombros del appaloosa.

De la bolsa más cercana, Geraden extrajo un saco lleno de harina de maíz y lo arrojó contra ellos.

El saco reventó contra los dientes de la primera criatura.

Con un sonido semejante al de una tela al ser rasgada, la forma estornudó.

Como sus mandíbulas y su apetito, su estornudo fue demasiado grande para su cuerpo. El estallido la arrojó hacia atrás, fuera del muerto caballo; ocultando sus patas contra su cuerpo, rodó sobre sí misma.

Otro estornudo; otro rodar.

Geraden buscó frenéticamente alguna otra cosa que arrojar.

Terisa había caído. No conseguía volver a ponerse en pie. Agitaba las piernas contra el suelo como si tuviera la espalda rota, pero no conseguía hallar el apoyo necesario para alzarse.

Una de las formas negras avanzaba hacia ella.

Como si captara su impotencia, la cosa dejó de apresurarse: sus pasos fueron casi cautelosos a medida que se aproximaba. Sus enormes mandíbulas se abrieron delicadamente. Cada uno de sus dientes parecía afilado exclusivamente para su carne.

Entonces, la saeta de una ballesta golpeó tan violentamente contra la criatura que la arrancó del suelo y la lanzó por el aire como si hubiera sido pateada por un gigante. Unas cuantas gotas de su verde sangre salpicaron el pelo de Terisa cuando pasó volando por su lado.

Como un clavo golpeado con una almádena, otra saeta clavó la devorante bestia a la carcasa del appaloosa. Sin un sonido, la criatura abrió enormemente la boca y murió, chorreando abundantes fluidos por entre sus colmillos.

Uno de los hombres del Termigan redujo a pulpa la última forma negra bajo los cascos de su montura.

Un momento más tarde, los tres hombres se detuvieron ante Terisa y Geraden. Les miraron desde sus altas sillas. Mostrando los dientes, uno de ellos preguntó:

—En nombre de toda la mierda de chivo y fornicación, ¿qué *eran* esas cosas?

Geraden no parecía darse cuenta de que había sido rescatado. Siguió trasteando en la bolsa de su silla, buscando inútilmente un arma.

—Ese bastardo —jadeaba entre dientes—. Ese bastardo. Si tuviera un espejo... —Su rostro estaba empapado de sudor o lágrimas—. Si tan sólo tuviera un espejo...

Terisa no conseguía levantarse. Notaba su rodilla entumecida, como muerta. Deseaba decir, insistir: Ayudadme, ¿está él bien, los habéis matado a todos? La única cosa que su garganta y su estómago conseguían hacer, sin embargo, era revolverse alocadamente. Tenía sangre verde en el pelo, y *hedía*..., olía como cadáveres

podriéndose en aguas fecales. La cabeza y la mayor parte de los hombros del caballo de Geraden habían desaparecido, devorados..., como los dos guardias del Castellano y Underwell. Las náuseas eran irreprimibles, pero no conseguía hacer aflorar nada por su boca.

Quizá Mordant no estuviera en guerra. Pero ella y Geraden sí lo estaban.

Oh, sí.

Los hombres del Termigan desmontaron. Dos de ellos alzaron la carcasa del appaloosa para liberar a Geraden; el tercero alzó en pie a Terisa. Eran hombres duros con bocas hoscas y ojos enrojecidos; habían pasado demasiado tiempo contemplando la destrucción de Sternwall, viendo acercarse su ardiente final.

—Está bien —dijo roncamente uno de ellos—, ya estáis a salvo. Nosotros os hemos salvado. ¿Quiénes sois? ¿Qué eran esas cosas?

—Imagería —jadeó Geraden—. Puede que haya más. Puede trasladarlos hasta aquí en este mismo momento. Tenemos que salir fuera de su alcance.

Los hombres deseaban respuestas..., pero también comprendieron a Geraden. Se miraron entre sí sólo por un segundo, vacilantes. Luego, el hombre que había ayudado a Terisa a ponerse en pie la tomó por la cintura y la alzó hasta su caballo.

Los otros dos montaron instantáneamente; uno de ellos tiró de Geraden para que montara tras él. Los caballos emprendieron un galope hacia las puertas de la ciudad, poniendo tanta distancia como era posible entre los jinetes y el punto de traslación.

Terisa tenía aún su cuchillo aferrado en la mano. Su mano y el *cuchillo estaban cubiertos por una horrible sangre verde*.

—¡Relájate! —rechinó a su oído el hombre que la sujetaba ante él en su montura—. Podremos mantener mejor tu equilibrio si te relajas.

No podía relajarse. No podía impedir los repetidos e infructuosos intentos de vomitar.

—¿Hasta dónde? —preguntó uno de los otros hombres a Geraden—. ¿Hasta dónde debemos ir para estar seguros?

Finalmente, Geraden empezó a reaccionar.

—No podemos estar seguros. —El golpeteo de los cascos ahogaba su voz—. Depende del tamaño del espejo. Y de lo lejos que esté ajustado el foco para alcanzarnos. —Un momento más tarde añadió—: Un centenar de metros deberían ser suficientes.

—¡Correcto!

Los de Termigan llevaron sus monturas hasta las puertas de Sternwall. Allí se arriesgaron a detenerse.

Terisa no sintió nada afilado o frío en el estómago. No sentía nada excepto náuseas. Ninguna otra forma flecosa, negra, saltó al aire desde la nada.

Ahora, en vez de desear vomitar, empezó a pensar que sería terriblemente agradable desvanecerse.

No tuvo oportunidad de ello. El hombre que la sujetaba la dejó deslizar al suelo, luego bajó de su silla a su lado. La presión de su mano hizo comprender claramente a Terisa que no tenía intención de soltarla. Uno de los otros hombres sujetó a Geraden mientras desmontaba.

El aire estaba lleno ya con el atardecer, además de con el resplandor de la lava. Los pesados maderos de la puerta estaban teñidos de carmesí; el rojo formaba estrías a lo largo de los bordes de los edificios. Los rostros de los hombres tenían una rojez de sangre.

—Está bien —repitió uno de los hombres—. Ahora decidnos quiénes sois. Antes de que decidamos cerrar la puerta y dejaros fuera.

Terisa aún podía oír el profundo y visceral hervir de la lava. Aquel ruido parecía minarlo todo a su alrededor; hacía que los hombres de Termigan sonaran malignos, llenos de retorcida malicia.

Pero Geraden asintió hacia ellos.

—Venimos de Domne —jadeó—. Soy Geraden, el hijo del *Domne*, Uno de sus hijos, al menos. Houseldon ha sido incendiado hasta sus cimientos.

Los hombres permanecieron inmóviles, atrapados entre lo que era y lo que decía. Una multitud empezó a reunirse junto a la puerta: más hombres de Termigan, mozos para hacerse cargo de los caballos, comerciantes, transeúntes. Todos tenían la misma luz roja en sus ojos.

Al cabo de un momento, uno de los hombres dijo evasivamente:

—Será mejor que nos cuentes quién es esa mujer. Y por qué fuisteis atacados.

Instintivamente, Terisa apoyó una mano en el brazo de Geraden, buscando protección contra una amenaza que no podía identificar.

Él también pareció sentir la amenaza. Su brazo estaba tenso; se mantuvo firme. Su mirada escrutó los rostros a su alrededor. Cuidadosamente, dijo:

—Muy padre ha sido un buen y leal vecino del Termigan toda su vida. La última vez que estuve aquí, dormí en la casa del Termigan como un huésped bien recibido.

Nadie se movió; ninguna mirada bajó. El hombre que parecía ser el jefe de los guardias apoyó deliberadamente una mano en su espada.

—Estoy seguro de que eso es cierto —gruñó—. Probablemente serás de nuevo un huésped bienvenido aquí esta noche. Pero no hasta que me digas quién es ella y por

qué fuisteis atacados.

El tono del hombre irritó a Geraden. Enderezó los hombros; su voz tuvo asomos de autoridad, como si estuviera acostumbrado a reclamar respeto.

—Ella es dama Terisa de Morgan, archi-Imagera y campeona augurada. Por esa razón, los enemigos de Mordant desean destruir...

No fue más allá. O, si lo hizo, ella no lo oyó. Alguien la golpeó en la nuca tan fuerte que el suelo pareció desaparecer bajo sus pies.

Mientras perdía el conocimiento, se dio cuenta de que el Termigan también estaba en guerra.

Más tarde, la guerra pareció asentarse en algún lugar entre su nuca y la parte frontal de su cráneo. Había una confrontación de dolor en pleno desarrollo. Su frente le dolía como si alguien en su interior estuviera martilleándola con un garrote; la nuca estaba dolorosamente rígida. Pero ¿quién ganaba? No deseaba pensar en ello.

Entonces recordó a Geraden.

Gruñó e intentó levantarse de la cama.

De inmediato, los dos bandos en guerra unieron sus fuerzas contra ella. Cada movimiento de cualquier parte de su cuerpo adquiriría una dimensión agónica.

Se sentó de todos modos y sacó los pies por el borde de la cama.

Su rodilla conmemoró la ocasión con un latigazo tan seco como un aullido. Dejó escapar un jadeo inarticulado. Por un momento tuvo que permanecer sentada sin moverse, permanecer sin hacer nada mientras intentaba recuperar algo de control.

El olor de la sangre verde aún se aferraba a su pelo. Seguía sintiendo náuseas.

Geraden, pensó.

¿Quién me golpeó?

Pese al dolor, obligó a sus ojos a enfocarse.

Estaba sentada en el borde de la cama en un dormitorio amplio pero más bien austero. Un cierto número de velas iluminaban las paredes de piedra y el techo de madera, las esteras de caña entretejida en el suelo; las enormes sillas, tan pesadas que podían haber sido diseñadas para acomodar al Tor; las oscuras planchas de madera de la puerta. Comparada con los lugares donde había dormido recientemente, la cama era lujosa.

No estaba sola.

Un hombre permanecía sentado al otro lado de la habitación, en una silla al lado de la puerta. Iba vestido con una camisa marrón lisa, pantalones y botas sencillas; no llevaba ningún arma que ella pudiera ver. Sus ojos eran planos; su pelo parecía no tener color. Las líneas de su rostro y los bordes de sus rasgos eran angulosos,

crudamente tallados. Tenía los brazos cruzados encima del pecho, como si estuviera preparado para aguardarla indefinidamente.

Lo reconoció.

El Termigan. El señor del Care.

—Así que has aparecido inesperadamente, mi dama —dijo el hombre, tras escrutarla por un tiempo.

Ella le devolvió la mirada, intentando luchar contra el dolor para poder pensar.

—La última vez que te vi —siguió el Termigan—, no estabas allí por ninguna buena razón excepto para demostrar que las cosas habían ido mal cuando la Cofradía intentó obedecer al Rey Joyse. Se suponía que nosotros debíamos creer que simplemente eras un accidente, una nulidad..., sólo una mujer. Ahora estás aquí, y Geraden dice que eres una archi-Imagera.

»Quiero una explicación.

Su postura sugería que nunca permitiría que ella abandonara aquella habitación hasta que le hubiera satisfecho.

Terisa hizo un esfuerzo por aclarar su garganta.

—¿Dónde está Geraden?

El Termigan se encogió ligeramente de hombros.

—En la puerta de al lado. Mis hombres no tuvieron el valor de golpear a un hijo del Domne, así que ha estado forcejeando y chillando desde que hice que te retiraran de su lado. Pero está encerrado, y no saldrá hasta que yo decida permitirle que te vea.

—¿Cuándo será eso?

El señor se encogió de nuevo de hombros. Su plana mirada no se apartó del rostro de Terisa.

—Lo decidiré cuando haya oído lo que tengas que decirme.

Ella no pudo impedir que su voz temblara.

—Tus hombres no golpearon a Geraden. ¿Por qué me golpearon *a mí*? ¿Golpeas a las mujeres como un asunto de política general, o he hecho personalmente algo que te haya ofendido?

El sarcasmo no tuvo ningún efecto en el Termigan.

—Mis hombres —explicó con voz llana— no sabían que yo te conocía. Simplemente oyeron a Geraden decir que eras una Imagera. No me gustan los Imageros, mi dama. Cuando mi padre resultó muerto en las guerras, y yo me convertí en el Termigan, luché al lado del Rey Joyse durante años porque no me gustan los Imageros. Durante toda mi vida, la mayor parte de la gente a la que valoro ha

resultado muerta por Imageros. O gente de Alend. Nunca he permitido que Havelock penetrara dentro de estas murallas. Ni siquiera cuando no estaba loco.

»Ahora estamos siendo atacados por la Imagería. Sternwall caerá pronto, y no hay nada que podamos hacer para defendernos. Mis hombres tienen órdenes estrictas de reducir a la impotencia a cualquier Imagero que llegue hasta aquí y formular luego las preguntas.

»Mi dama, ¿cómo te convertiste en una Imagera? O, ¿cómo convenciste a Eremis y Gilbur de que eras una Imagera? O... —su tono se hizo más afilado—, ¿por qué ellos nos mintieron acerca de ti?

El Termigan estaba definitivamente en guerra.

Terisa apartó la vista. Buscando los medios de controlar su furia y su dolor —y sus náuseas, y el hedor de su pelo—, escrutó la habitación. No me gustan los Imageros. Casi inmediatamente, descubrió un frasco de vino y un par de vasos en una mesa cercana a la cama, al lado de una bandeja que contenía lo que parecía ser una colación fría. Cuidadosamente, moviendo su cabeza y cuello tan poco como le fue posible, se puso en pie, cojeó hasta la mesa, se sirvió un poco de vino. Reducirlos primero y hacer las preguntas después. Por otra parte, el Termigan no tenía intención de dejarla morir de hambre. Los temblores recorrieron sus brazos a partir de los hombros, pero fue *capaz* de conservar la mayor parte del vino dentro del vaso. Lo alzó con las dos manos y lo vació.

Sólo por un segundo, su estómago se agitó locamente y su cabeza resonó como un tambor; pensó que acababa de cometer un estúpido error. Luego, sin embargo, empezó a sentirse un poco mejor.

Deliberadamente, se enfrentó al Termigan. En efecto, había tomado prisionero a Geraden. Geraden probablemente estaba enfermo de preocupación por ella. Y él también era un Imagero. ¿Qué haría el Termigan si supiera que el hijo del Domne era también un Imagero? Era capaz de mantenerlo encerrado durante todo el resto de la guerra..., hasta que Sternwall cayera, y Mordant fuera destruido, y el Maestro Eremis hubiera matado a todo el mundo que se interpusiera en su camino. La furia le dio las fuerzas que necesitaba.

—Mi señor, nos mintieron a ambos. Prácticamente todo lo que nos dijeron fue una mentira.

El Termigan no se movió; apenas parpadeó.

—¿Por qué deberían mentirte a *ti*? Tú eres uno de *ellos*.

Ella le miró unos instantes con la boca abierta. Su cerebro era lento en reaccionar; transcurrió un momento antes de que fuera capaz de decir:

—No, no lo soy.

»Ni siquiera descubrí que tenía el talento hasta —contó rápidamente hacia atrás— hace cinco días. ¿Cómo podía ser uno de *ellos*? Ellos no querían que yo supiera que tenía ningún talento. Por eso me mintieron. Por eso siguen intentando matarme. Por eso ardió Houseldon. Estaban intentando matarnos. Piensan que soy alguna especie de amenaza para ellos.

—¿Qué tipo de amenaza?

—No lo sé —admitió amargamente. Deseaba a Geraden con ella. No le gustaba el riesgo de hablar por ella misma al Termigan—. Pero estamos intentando descubrirlo. Mientras tanto, deseamos crearles tantos problemas a Eremis y Gilbur como podamos. Por eso estamos aquí.

Bruscamente, el señor asintió.

—Ahora empiezo a creerte. Quieren matarte. Tú quieres crearles problemas. Todo esto —su actitud se refería a algo más que sólo los pozos de fuego en las afueras de Sternwall— es sólo otra confrontación entre Imageros. Nosotros somos las víctimas —ahora se refería a la gente de su Care—, pero realmente no somos lo más importante.

»Lo más importante es el *poder*.

La había entendido mal. Terisa hizo un esfuerzo por explicarse.

—No es eso lo que quiero decir. Estamos intentando defender Mordant. Es al Rey Joyse a quien Eremis y Gilbur desean destruir. Nosotros somos secundarios..., Geraden y yo nos hemos interpuesto en su camino, eso es todo. Es el Rey Joyse quien necesita nuestra ayuda.

Sin ningún cambio en su expresión o inflexión, el Termigan respondió:

—Mierda de cerdo.

Terisa se detuvo y lo estudió, intentando ver más allá de su rostro, a lo más profundo de su mente. Pero estaba tan cerrado como un trozo de pedernal. En un esfuerzo por centrarse, se sirvió un poco más de vino, luego regresó a la cama y se sentó en ella de nuevo.

Lentamente, dijo:

—No te gustan los Imageros, ¿no?

—Joyse necesita mi ayuda, estoy seguro de ello —respondió él—, pero no porque tú lo pidas. A ti él no te importa. Deseas que yo haga algo que te ayudará contra Eremis y Gilbur. Si eso ayuda hoy al Rey, ayudará a destruirlo mañana.

—¿Dices esto porque soy una Imagera? —preguntó Terisa, hablando casi para sí misma—. Tiene que ser así. Todo el mundo que conoce al Domne confía en sus hijos.

—Lo único que tú deseas es librarte de *él*. Sólo hay un motivo por el que estéis

unidos. Él es el único hombre que ha conseguido nunca *controlarte*.

—Entiendo. —Terisa había aprendido mucho del Castellano Lebbick: había aprendido cómo hablarles duramente a los hombres irritados—. Crees que un Imagero no puede ser honesto. Crees que el talento, un accidente de nacimiento, excluye la lealtad. O la compasión. O incluso la ética.

El Termigan siguió sin moverse de su silla; no alzó ni la cabeza ni la voz.

—En resumidas cuentas —articuló llanamente—, ningún Imagero es leal a nadie excepto a sí mismo. Ésta es la naturaleza del poder. Seduce..., exige. Un Imagero puede parecer leal sólo en tanto que su poder y su lealtad no entren en conflicto. La única cosa, mi dama —ahora, sólo por un momento, alzó la voz—, la *única* cosa que nos ha salvado durante los últimos diez años, ha sido la locura de Havelock. Si Vagel no le hubiera arrebatado su mente, se hubiera librado del Rey Joyse tan pronto como la Cofradía hubiera estado completa. Hubiera establecido una tiranía en Mordant que hubiera hecho que las atrocidades de Margonal y Festten parecieran como niños arrancándoles las alas a las mariposas.

La virulencia, no de su tono, sino de sus creencias, impresionó a Terisa.

—¿Crees realmente eso? ¿Pese a que Havelock fue el amigo y el consejero del Rey durante..., cuánto fue..., durante más de cuarenta años? ¿Pese a que renunció a su *cordura* por su Rey? —El dolor y los efectos residuales de haber estado a punto de morir hicieron que su voz adquiriera una nota de salvajismo—. ¿Qué hubiera tenido que hacer para que tú confiaras en él? ¿Acabar con todos los Imageros apenas nacer? ¿Exterminar todo el talento del mundo?

El señor echó a un lado su protesta con un ligero movimiento de su cabeza.

—Ni siquiera eso hubiera sido suficiente. El Imagero en el que confío es aquel que simplemente se suicida.

»Si me dices la verdad, lo cual siempre es posible, supongo..., no hace mucho que conoces tu talento. Sólo has tenido unos cuantos días para descubrir lo que es *capaz* de hacerte. Mi dama, te diré lo que hace.

»Te enseña..., no, te *obliga*, a creer que eres más importante que los demás. Porque puedes hacer *más*. Si eres lo bastante listo, y lo bastante fuerte, y nadie se interpone en tu camino, puedes cambiar el devenir del mundo. Puedes remodelar Mordant a tu propia imagen. Así que, ¿cómo puedes permitir que nadie se interponga en tu camino? ¿Cómo puedes permitir que nadie te diga lo que debes hacer? ¿Cómo puedes someterte a ningún tipo de control?

»No puedes, mi dama. Descubrirás que no puedes.

»Y, cuando descubras eso, descubrirás que Joyse es tu enemigo. Yo soy tu enemigo. Aunque pienses que eres honesta, y leal, y de confianza, aprenderás que nos

deseas a todos muertos. Aprenderás que es mejor trasladar pozos de fuego para asarnos a todos a menos que huyamos de nuestras casas que correr el riesgo de que nos interpongamos en tu camino.

Terisa se sentía algo más que impresionada: se sentía abrumada. *¿Cómo puedes permitir que nadie se interponga en tu camino?* El Termigan tenía razón: ella conocía a Imageros que encajaban con aquella descripción. Y más que eso: conocía a personas que hubieran encajado con aquella descripción si hubieran sido Imageros. Su padre era una de ellas.

Si él fuera la hija de su padre, podría ser también uno de ellos.

—Ahora, mi dama —dijo el Termigan como una piedra afilada—, dime lo que crees que puedo hacer para ayudar a mi Rey.

Afortunadamente, no tuvo posibilidad de responder. Una llamada en la puerta la salvó de balbucear incoherentemente. El Termigan volvió la cabeza, gruñó:

—Entre —y uno de sus soldados penetró en la habitación.

—Mi señor —dijo el hombre, con voz pálida. Su rostro era ceniciento, pero sus ojos aún conservaban el resplandor rojo de la lava—. Las cosas se están poniendo peor.

—¿Peor? —preguntó el señor, sin moverse.

El soldado asintió con una sacudida de su cabeza.

—Están trasladando más lava. Podemos verla derramarse desde el aire. Está avanzando más rápido hacia nosotros. Dos de los pozos se han unido. —Vaciló, luego dijo—: Parte de la muralla acaba de ceder.

Una punzada de alarma atravesó a Terisa. Medio involuntariamente, dijo:

—Eso es porque nosotros estamos aquí. Somos demasiado peligrosos.

Y porque se estaban acercando a la crisis..., el punto en el que el Maestro Quillón había dicho que Eremis sería más vulnerable. *A fin de atacar aquí.* El punto en el que el Rey Joyse pretendía devolver el golpe. Si de hecho había tenido alguna vez la *política* que Quillón le atribuía..., o seguía siendo lo suficientemente Rey como para llevarla adelante. Eremis necesitaba matar o paralizar a los aliados del Rey antes de ese momento, a fin de que el Rey Joyse no tuviera ninguna fuerza con la que golpear.

Probablemente era cierto —aunque el pensamiento la ponía enferma— que Eremis no intentaría matarles tan obcecadamente a ella y a Geraden si ella no hubiera convencido al Maestro de que el Rey Joyse sabía lo que estaba haciendo, que las elecciones del Rey eran deliberadas, tenían una finalidad concreta, antes que ser pasivas o accidentales.

—¿«Nosotros»? —preguntó el Termigan. Sonaba fatalista..., demasiado tranquilo

para el extremismo de su ultraje y su desánimo—. ¿Una nueva Imagera y un Apr fracasado? No lo creo.

—Deberías. —Terisa no podía soportarlo. Sternwall iba a ser destruido. Como Houseldon. A causa de ella y de Geraden—. Él también es un Imagero. Incluso es más poderoso que yo. Déjale hacer un espejo, y te libraré de toda esa lava.

»Eremis nos desea muertos. No puede correr el riesgo de que consigamos convencerte de que nos ayudes.

Entonces cerró los ojos, intentando descansar su cabeza de aquella prolongada lucha contra el dolor; intentando creer que no había condenado a Geraden y a ella misma a pasar el resto de sus cortas vidas en las mazmorras del Termigan.

Esperó que el señor hiciera algo vehemente; saltara en pie, se lanzara a pasear arriba y abajo por la habitación, quizá ordenara que la aherrojaran. Sin embargo, no hizo ninguna de esas cosas. Murmuró algo a su soldado, y el hombre abandonó la habitación. Luego siguió sentado, inmóvil, estudiando llanamente a Terisa; su mirada era tan inescrutable que cuando ella cruzó finalmente sus ojos con los de él sintió deseos de gritar.

Unos momentos más tarde el soldado regresó, trayendo a Geraden a presencia del Termigan.

Después de eso, el hombre se fue.

Geraden miró a Terisa, luego al señor. Dijo:

—Mi señor Termigan. —Secamente, su única concesión a las formas. Se dirigía ya apresuradamente hacia Terisa—. ¿Estás bien? —preguntó en voz baja—. Te golpearon tan fuerte que creí que te habían partido el cuello.

Ella consiguió esbozar una torcida sonrisa, un rígido asentimiento con la cabeza. Apoyó su mano sobre la de él y se puso en pie.

—La lava es cada vez peor —dijo, hablando cuidadosamente para no empezar a gritar—. Creo que es otra forma de atacarnos. —Se enfrentó al Termigan, aunque siguió hablándole a Geraden, sosteniendo su mano; deseaba con todas sus fuerzas que el señor no le hiciera ningún daño a Geraden—. Y creo que Eremis teme al Termigan. Tiene que haber algo que podamos hacer para luchar contra él. —Porque deseaba que el señor comprendiera que le estaba amenazando, concluyó para Geraden—: Le he dicho que eres un Imagero.

Y Geraden —sin ninguna vacilación, casi sin estremecerse— la apoyó, aunque probablemente no tenía la menor idea de lo que ella pretendía hacer.

—Es cierto —dijo—. Si tienes algo de arena aquí, algún tipo de horno de cualquier clase, puedo ser capaz de hacer un espejo. Y trasladar lejos ese fuego.

Terisa apretó fuertemente su mano y contuvo el aliento.

Por primera vez, vio que el Termigan reaccionaba claramente. Un músculo se contrajo en su mejilla; sus cejas se anudaron en un dolido fruncimiento. La emoción que notó que lo bañaba de pies a cabeza no era de furia o siquiera de disgusto; era de dolor.

Con voz quebrada, dijo:

—No. Aunque estés diciendo la verdad, no tengo nada de eso. No permito la Imagería aquí.

Su propia severidad le costó su esperanza, Geraden dejó escapar un suspiro; pero, pese a todo, no vaciló.

—Entonces, mi señor —dijo claramente—, sólo hay una cosa que puedas hacer por tu gente. —Terisa se maravilló ante él..., ante la fuerza de su voz, ante la seguridad con la que se enfrentaba a un dilema que a ella la había confundido—. Evacúa Sternwall. Reúne a tus hombres. Ve a luchar por el Rey Joyse. Antes de que sea demasiado tarde.

No funcionó.

—¿Evacuar Sternwall? —escupió el Termigan, como si acabara de descubrir un trozo de espejo en su comida—. ¿Abandonar a mi gente? ¿Abandonar mi Care? —Suavemente, pero con tanta intensidad que sonó como un grito brotado de lo más profundo de su corazón, preguntó—: *¿Por qué?*

—Por Mordant —respondió Geraden—. Por la paz.

El Termigan no respondió, así que Geraden prosiguió:

—Orison está bajo asedio. El Príncipe Kragen trajo el ejército de Alend contra nosotros..., al menos diez mil hombres. Y Cadwal avanza también. El ejército del Gran Rey es aún mayor..., no sé cuánto tiempo podrá resistírsele el Perdon. En estos momentos, el Monarca de Alend puede hallarse en la extraña posición de tener que defender Orison contra Cadwal.

»No creo que puedas hacer nada respecto a eso. No creo que dispongas de los hombres suficientes.

»Pero puedes atacar directamente a Eremis. —Soltó la mano de Terisa para poder acercarse al Termigan, enfrentarse más directamente al señor—. Se halla confabulado con el Gran Rey Festten. Pero Cadwal tiene que luchar contra Alend y Orison. Así que el lugar donde Eremis mantiene sus espejos es vulnerable..., el lugar desde donde hace las traslaciones como ésta, la que está destruyendo Sternwall. El lugar donde él y Gilbur y Vagel se ocultan para complotar y modelar sus espejos.

»Puedes atacarles allí. En el Care de Tor. En su hogar. Esmerel.

¿Esmerel? Terisa se sorprendió. Aquello no tenía sentido.

—¿Qué hay de sus padres..., de sus hermanos? —preguntó estúpidamente. Le hubieran traicionado desde hacía mucho—. No puede utilizar Esmerel.

Geraden se volvió hacia ella. Frunciendo el ceño ante la distracción, dijo:

—Eremis no tiene ninguna familia. Toda ella murió en un incendio hace años. Algunos de sus sirvientes en Orison son gente que había servido a su padre. Les he oído hablar de ello.

Así que eso también era una mentira, simplemente otro de los intentos de Eremis de manipularla. Rechinó los dientes.

Repentinamente, sintió un feroz deseo de hacer lo que Geraden estaba proponiendo: cabalgar hacia el Care de Tor, cabalgar hasta Esmerel, atacar... Acabar de una vez con aquel bastardo.

Pero el Termigan no pareció conmovido.

—¿Salvará eso Sternwall? —preguntó a Geraden con una voz como un viento invernal.

—Probablemente no —admitió Geraden—. Tomará demasiado tiempo. Sternwall está probablemente condenado..., a menos que ocurra algo bueno que haga cambiar las cosas. A menos que ocurra algo que distraiga a Eremis o Gilbur y les impida seguir trasladando esa lava.

—Entonces, repito —rechinó el señor—, ¿para qué?

Esta vez, Geraden dijo simplemente:

—Tal vez consigieras salvar al Rey Joyse.

El Termigan masticó aquello por un tiempo. Luego dijo secamente:

—¿Crees que hay algo que valga la pena salvar? ¿No crees que el Rey Joyse simplemente se ha vuelto pasivo o senil? —Había sido empujado demasiado lejos; estaba perdiendo la calma, su inhumana contención—. ¿Crees que existe alguna razón por la que deba permitir que esos comemierda de Imageros le hagan esto a mi Care?

—Sí —dijo inmediatamente Terisa, antes de que el dolor y la aflicción del señor se hicieran demasiado para ella—. No me gusta mucho. No creo que sea lo bastante buena. Pero *hay* una razón.

En unas pocas y rígidas frases, mientras el Termigan la miraba como si ella estuviera librándose de todos sus parásitos, le explicó lo que el Maestro Quillón le había contado acerca de las razones del Rey Joyse.

El señor saltó en pie; casi antes de que ella hubiera terminado, restalló:

—¿Es eso *todo*? Se volvió de espaldas a nosotros, dejó que su reino se pudriera,

permitió que los Imageros hicieran lo que quisieran con su gente..., ¿sólo para que fuera atacado Mordant, en vez de Alend o Cadwal?

Su pasión detuvo la voz de Terisa. Asintió torpemente.

Sin advertencia previa, el Termigan dejó escapar una estruendosa carcajada. La luz de las velas se reflejó en sus ojos como un eco de la lava.

—Brillante. Destruir a tus amigos para salvar a tus enemigos. Completamente brillante.

—De todos modos, necesita la ayuda, mi señor —murmuró Geraden—. No importa lo artero que parezca, la posibilidad de que sepa lo que está haciendo es la única esperanza que nos queda. Podrías hacerle algún bien golpeando Esmerel.

Por un momento, el señor permaneció inmóvil, reprimiéndose como si una tempestad estuviera agitándose dentro de él. Luego, bruscamente, alzó los puños y rugió:

—¡No!

»¡Decidió sacrificar Sternwall sin consultarme! ¡Que pague en carne propia el resto de sus razonamientos!

Cuando abandonó la habitación, cerró la puerta tras él con tal violencia que saltaron astillas de la parte del cerrojo, y uno de los travesaños crujió. Geraden miró a Terisa con ojos turbios.

—Bien —dijo finalmente—, al menos no he perdido mi talento para estropear las cosas.

Ella se acercó a él y lo abrazó.

—Espera y veamos —murmuró secamente—. Si no nos ata y nos arroja a la lava, habrás conseguido de él más de lo que conseguí yo.

Eso hizo que Geraden riera quedamente.

—¿Quieres decir —preguntó— que, si simplemente sobrevivimos a esta experiencia, se supone que debo considerarla un éxito?

—Espera y veamos —repitió ella. No sabía qué otra cosa ofrecerle.

Esperaron.

Finalmente, un sirviente les trajo agua caliente, tras lo cual Geraden colocó una silla apuntalada contra la puerta y se bañaron el uno al otro. Bebieron el vino y comieron la comida; aprovecharon la cama. Incluso durmieron un poco.

A la mañana siguiente respondieron a una llamada a su puerta, y otro sirviente entró en la habitación trayendo su desayuno.

Un soldado los visitó también. Bruscamente, como si no tuviera tiempo para ello, preguntó a Terisa y Geraden qué necesitaban para el viaje.

Se mostraron sorprendidos..., pero no tan sorprendidos que Geraden no pudiera pensar en una lista. Después de todo, el Termigan tenía una reputación de fidelidad. Podía odiar a los Imageros y haber perdido la confianza en su Rey, pero aparentemente no podía olvidar sus lealtades de toda una vida. Al Domne, por ejemplo. Y Geraden y Terisa habían perdido sus caballos y provisiones delante de las puertas de Sternwall; necesitaban todo lo que el señor pudiera proporcionarles. Así que Geraden habló con el soldado durante varios minutos; y cuando él y Terisa hubieron terminado con su desayuno, el hombre regresó para informarles que sus nuevos caballos y sus provisiones de reserva estaban ya dispuestos.

De hecho, el Termigan los envió a seguir su camino mejor pertrechados de lo que lo estaban cuando llegaron a su Care. Además de los caballos, les proporcionó abundante comida, pellejos de vino, utensilios para cocinar, una espada corta para cada uno de ellos, y útiles de dormir que parecían lujosos en comparación con las delgadas mantas con las que habían abandonado Houseldon. Incluso les proporcionó un tosco mapa que mostraba una ruta directa a través de la región hacia el Care de Fayle y Romish.

Pero no hizo nada para ayudar al Rey Joyse.

Consiguiendo apoyo

Según el mapa, Romish estaba situado cerca de la punta sudoriental del Care de Fayle, donde la frontera entre Fayle y Armigite se unía con la frontera entre Termigan y Fayle.

Terisa y Geraden deseaban apresurarse. Desde una cierta perspectiva, el ataque a Sternwall era una buena señal: implicaba que el Maestro Eremis aún aguardaba a que sus planes maduraran, aún era vulnerable. Desde todas las demás perspectivas, sin embargo, el apuro del Termigan era causa de alarma. Hasta ahora, Houseldon había sido incendiado hasta sus cimientos; Sternwall estaba cayendo en un pozo de fuego. El Armigite había llegado a un acuerdo con el Príncipe Kragen. El Perdon estaba solo contra todo el poder del Gran Rey Festten. ¿Quién venía a continuación? Si este proceso seguía mucho tiempo, era posible que pronto no le quedara a Mordant nada que salvar.

Terisa y Geraden tenían razones para apresurarse.

Desgraciadamente, el terreno no se lo permitía.

Hicieron un buen progreso durante un día después de que abandonaran Sternwall, pero eso fue solamente porque consiguieron mantenerse en el camino que conducía finalmente al Demesne y Orison. El segundo día, su ruta exigía que se apartaran de la carretera, encaminándose más hacia el norte mientras la carretera giraba hacia el este. Y esta parte de Termigan era el terreno más abrupto que hubieran visto en Mordant.

—Bien, si esto fuera Armigite... —jadeó Geraden mientras tiraba de su caballo, un larguirucho animal de color gris con una cabeza como un mazo, por una interminable ladera demasiado pedregosa para subirla cabalgando—. Armigite en primavera es algo digno de ver. El suelo es tan fértil que dicen que sólo tienes que agitar unas cuantas semillas aplastadas sobre él para que las plantas trepen al momento hasta tus caderas. En estos momentos ya debe estar brotando el primer heno..., huele tan fresco que desearías ponerte a bailar sobre él. Y las mujeres... —Miró a Terisa y sonrió—. Una tierra tan rica y un paisaje tan agradable hacen su trabajo tan fácil que en realidad no tienen nada mejor que hacer que sentarse y ponerse espléndidas.

Terisa bufó suavemente. En aquellos momentos le hubiera encantado estar en Armigite. Que las mujeres allí se pusieran tan espléndidas como quisieran. En lo que a ella se refería, la única cosa peor que montar a caballo era tirar de él intentando por pura fuerza hacerle subir una colina que el animal no deseaba subir, cuando su rodilla aún le dolía. Generalmente, se sentía contenta con la montura que le había

proporcionado el Termigan, un capón ruano con un paso decente y nada de malicia. En las actuales circunstancias, sin embargo, hubiera dejado caer alegremente al maldito animal en uno de los pozos de fuego de Eremis.

Sin embargo, no sugirió que ella y Geraden olvidaran al Fayle; que regresaran al camino y se dirigieran directamente hacia Orison. El Fayle era el único señor que quedaba del que podían obtener apoyo para el Rey.

Y la Reina Madin vivía en Fayle, en Romish. Myste había mencionado una propiedad justo en las afueras de Romish.

Tenía la intensa aunque irracional convicción de que la Reina Madin tenía derecho a saber lo que estaba haciendo realmente su esposo. De otro modo, la Reina podía irse a la tumba creyendo que el Rey Joyse había perdido su interés por la vida, su compromiso hacia Mordant; su amor por ella.

Era típico del estado de ánimo de Terisa —su alma impresionada por el peligro de Sternwall, sus turbados pensamientos por las ramificaciones de lo que estaba haciendo el Maestro Eremis, y pese a todo ello su corazón lleno de Geraden— que considerara los sentimientos de la Reina Madin al menos tan importantes como la necesidad de ayuda del Rey Joyse.

Así que tiró de su ruano colinas arriba, lo cabalgó precariamente bajando las hondonadas, y trotó inexpertamente en él por las llanuras, no precisamente sin quejarse, pero sí sin sentir demasiada lástima de sí misma.

El Care de Termigan, como explicó Geraden, no estaba muy poblado. Y la mayor parte de ciudades y pueblos estaban dispersos a lo largo del río Broadwine, lejos del Pestil y Alend. Después del segundo día, los dos jinetes parecieron estar solos en un desolado paisaje. Terisa empezó a pensar que Termigan había perdido ya todo lo que había llegado a contener y por lo que valía la pena luchar.

Durante tres días nubes oscuras cerraron el cielo, amenazando con lluvia. Agua y barro hubieran perfeccionado el placer de su viaje; sin embargo, deseaba un poco de lluvia. Orison siempre podría usar un poco más de agua. Y el barro haría más difíciles los movimientos de los ejércitos.

Pese a la feroz forma en que miraban al suelo, sin embargo, las nubes sólo fueron capaces de escupir unas cuantas gotas antes de alejarse. El propio clima parecía estar a favor de los intereses del Maestro Eremis.

Por otra parte, mientras las nubes se alejaban, el terreno empezó a mejorar, como si la luz del sol tuviera un efecto realizador en las laderas y el suelo. Los árboles se hicieron más comunes: pronto los aislados ejemplares de Termigan empezaron a acumularse en largos bosquecillos de saúcos y sicómoros, fresnos y acacias.

—Nos estamos acercando —comentó Geraden—. Fayle es conocido por su

madera.

»En realidad, ésa es una de las razones de que Alend ataque tradicionalmente a través de Termigan o Armigite antes que de Fayle. Y es por eso por lo que el Fayle es el segundo aliado del Rey Joyse, después del Tor. Puedes hacerte viejo intentando llevar una campaña militar a través de los bosques de Fayle. El Care tiene más historia de resistencia, o quizá debería decir de éxitos en la resistencia, que la mayor parte del resto de Mordant.

»Eso probablemente explica —concluyó humorísticamente— de dónde obtuvo el Fayle su lealtad..., y la Reina Madin su testarudez.

Terisa tuvo la sensación de que, aunque nunca volviera a ver otra colina cubierta de tojos y ortigas, podía morir feliz.

—¿Falta mucho todavía?

Geraden consultó su mapa.

—Dos días, si tenemos suerte. Es fácil perderse entre los bosques. Y nunca antes había estado en Fayle. En realidad, Batten, en Armigite, es lo más cerca que he estado nunca de Romish.

»Pero la buena noticia —miró a su alrededor— es que deberíamos empezar a volver a ver gente pronto. Según el mapa, tenemos que pasar por varios pueblos. Técnicamente, algunos de ellos aún son Termigan. Pero, a todos los efectos prácticos, en estos momentos estamos entrando en el Care de Fayle.

Simplemente porque él acababa de decir aquellas palabras, Terisa miró más atentamente hacia delante..., y divisó lo que parecía ser una mancha contra el horizonte.

Con el ceño fruncido, intentó forzar su vista para obtener un mejor enfoque.

Geraden observó la dirección de su mirada.

—¿Qué es lo que ves?

—No lo sé. ¿Humo?

Él frunció también los ojos, luego agitó la cabeza.

—No puedo decirlo. —Terisa no necesitaba decir nada; los dos tenían los mismos recuerdos. Tras examinar de nuevo el mapa, él añadió—: En realidad eso tendría que ser el primer pueblo. Un lugar llamado Aperyte. A menos que esté equivocado respecto a dónde estamos. Si hay una herrería, la fragua debería echar humo.

—Vayamos a averiguarlo —dijo ella con voz contenida.

Casi sin darse cuenta, él aflojó la espada en su funda. Luego dio un tirón a las riendas y animó al trote a su caballo.

El capón de ella le siguió. Estaba mejorando en conseguir decirle lo que debía

hacer.

Entre los árboles, el terreno estaba cubierto por extensiones de hierba y helechos. Los primeros asomos del atardecer estaban en el aire, pero ella no los notó; estaba concentrada al frente, intentando ver más allá de un cierto número de bosquecillos de acacias. Las acacias tenían brillantes flores amarillas que crecían en racimos como las de las mimosas. El terreno se elevaba; si se hubiera vuelto en su silla, hubiera visto el panorama desenrollarse tras ella. Pero había visto arder Houseeldon; no tenía intención de apartar su atención de delante.

La distancia era mayor de lo que había esperado. Empezó a pensar que la mancha que había visto era un truco de la luz.

Luego, bruscamente, un conjunto de matorrales dejó paso a un claro.

Un corral con una cerca de troncos partidos longitudinalmente por la mitad llenaba la mayor parte del claro. No era tan grande como parecía al principio; pero evidentemente era lo suficientemente grande como para albergar a diez o quince caballos. Terisa —que tenía la sensación de que se estaba convirtiendo en una experta en excrementos de caballo— estuvo segura de que el corral había estado lleno de caballos.

Recientemente.

Pero no ahora.

Geraden se detuvo. Estudió el claro.

—Es extraño —murmuró.

—¿Qué es extraño?

—La puerta del corral está cerrada.

Aquello era cierto: la puerta no sólo estaba cerrada; estaba fuertemente atada.

—¿Por qué? —murmuró Geraden suavemente—. ¿Por qué sacar todos tus caballos y luego cerrar así la puerta?

Ella bajó la voz.

—¿Por qué no?

—¿A quién se le ocurriría hacerlo? —murmuró él.

Terisa no tenía la menor idea.

Al cabo de un momento, él dijo en voz baja:

—Vamos —y se deslizó de su silla al suelo—. Echemos un vistazo.

Cuando ella hubo desmontado, él llevó los dos caballos hacia un lado hasta que quedaron ocultos entre los matorrales, fuera de la vista del claro. Ató los caballos a un árbol; pero no aflojó las cinchas ni soltó las bolsas de las sillas.

Tomando a Terisa de la mano, avanzó silenciosamente hacia el pueblo.

Terisa, con la atención centrada en ver lo que tenía delante, en mirar por entre los árboles, tenía dificultades en ver donde ponía los pies. Geraden, por su parte, no tropezó ni se tambaleó ni una sola vez. Por un momento ella no pudo imaginar cómo sabía él hacia donde iban. Luego se dio cuenta de que estaba siguiendo una serie de huellas marcadas en el suelo..., una especie de sendero abierto por el paso de gente y animales desde sus casas hacia sus distintos destinos o a la inversa.

La llevó a la parte de atrás de un cobertizo de madera y barro. En realidad, era poco más que un refugio destinado a proteger la paja para los caballos de la intemperie.

Más allá se extendía el pueblo.

A primera vista Terisa pudo ver quizá una docena de cabañas, todas construidas con madera y barro, todas con techumbres hechas con lo que parecían ser puñados de hojas de plátano. Entre ellas se alzaba una estructura de lados abiertos que podía servir como lugar de reuniones. El tamaño del espacio despejado daba la impresión de que había más casas y edificios fuera de la vista detrás de los más cercanos.

De alguna parte entre ellos brotaba una columna de delgado y sucio humo.

El pueblo estaba inquietantemente tranquilo. Nadie se gritaba cosas. No se veía a nadie, Ni perros. Ni pollos arañando el polvo. Ni niños lloriqueando o jugando en la distancia. La brisa *alzaba* un pequeño remolino de polvo a lo largo del apelmazado suelo entre las casas, pero no producía ningún ruido.

—Oh, mierda —gruñó suavemente Geraden.

—Quizás estén trabajando —murmuró ella—. En los campos o algo así.

Él sacudió negativamente la *cabeza*.

—Un pueblo así nunca está vacío. No de este modo.

—¿Una evacuación? ¿Quizás el Fayle se los llevó a todos lejos?

Él pensó por unos instantes.

—Esa idea me gusta más. —Luego dijo—: Mientras estamos hablando, vayamos a ver si realmente se han ido.

Penetraron juntos en el pueblo.

Los habitantes, realmente, se habían ido.

Lo mismo que todo el ganado y aves de corral; los animales de carga; los domésticos. Terisa tuvo la impresión de que incluso los insectos habían desaparecido.

Las sombras se alargaban en el desnudo suelo. El ocaso parecía acumularse en las cabañas y asomarse a sus abiertos portales, a sus ventanas como ojos sin pupilas. La brisa tenía el sabor de algo frío, un asomo de algo podrido.

Tuvo miedo de preguntarle a Geraden si lo reconocía.

El pueblo contenía efectivamente una herrería, pero su fragua estaba fría. El humo procedía de alguna otra parte.

Tardaron poco tiempo en descubrir su fuente. En el extremo norte del pueblo, tres cabañas situadas muy juntas estaban ardiendo.

Llevaban ya algún tiempo ardiendo..., casi se habían consumido por completo. Sólo sus ennegrecidos armazones se mantenían aún en pie. Pequeñas llamas brotaban lamiendo los caídos restos de las techumbres; el humo que derivaba hacia arriba tenía un olor amargo.

Las tres estaban llenas de cadáveres.

Terisa apenas pudo dominar las arcadas cuando vio los muñones de los carbonizados brazos y piernas, las cabezas asomando por entre las cenizas.

—¿Son todos ellos? —se atragantó—. ¿*Todos* ellos?

—No. —Geraden tenía problemas para respirar—. Probablemente sólo unas cuantas familias. Todo el pueblo no cabría aquí. Ésos son los que no se fueron.

Inspirada por la náusea —y por el extraño aroma de la brisa, que no tenía nada que ver con la madera quemada y los cuerpos carbonizados—, Terisa murmuró:

—O los que lo hicieron.

Él le lanzó una mirada como un latigazo.

Ella oyó un débil ruido susurrante..., pies desnudos deslizándose sobre el suelo. Miró a su alrededor; su visión periférica creyó captar un atisbo de algo que se deslizaba entre las sombras del atardecer. Luego desapareció. No pudo estar segura de haber visto realmente algo.

Sin embargo, un estremecimiento recorrió su espina dorsal cuando recordó lo que el Maestro Eremis había dicho de los señores de los Cares. *Todo Mordant está siendo asaltado. Extraños lobos han destrozado al hijo del Tor. Lagartos devoradores hormigean por los almacenes del Demesne. Pozos de fuego aparecen en el suelo de Termigan.*

Pero eso no era todo. Ahora recordaba exactamente.

Los devoracadáveres merodean por los pueblos de Fayle.

—Geraden... —carraspeó a duras penas—. Salgamos de aquí.

Él seguía contemplando las cabañas; no oyó lo que ella dijo. Pero asintió ausentemente.

Sin ninguna razón aparente, extrajo su espada mientras echaban a andar de vuelta hacia los caballos.

Ella esperó que no tuviera ninguna razón para ello. Sin embargo, se alegró de que fuera armado..., y de que se mostrara decidido, si no hábil. Permaneció cerca de él durante todo el camino a través del pueblo y más allá del corral.

Sus botas hacían demasiado ruido contra el apisonado suelo: no podía oír ningún ruido suave que se produjera a su alrededor. Pero dos veces creyó ver movimiento en el corazón de las sombras, en las profundidades de una cabaña, como si la oscuridad estuviera naciendo a la vida.

Se sintió irracionalmente aliviada al encontrar los caballos allá donde ella y Geraden los habían dejado..., y encontrarlos vivos. Ambos estaban inquietos; el gris de Geraden sacudía temeroso la cabeza; el ruano no dejaba de hacer girar los ojos. Quizás olían el mismo aroma que la ponía a ella tan nerviosa. Resultaron difíciles de manejar al principio, hasta que se dieron cuenta de que ya no estaban atados al árbol.

Respetando la intranquilidad de los caballos —y su propia inquietud—, Geraden condujo a Terisa en un amplio círculo más allá del pueblo vacío antes de regresar a la ruta marcada en el mapa del Termigan.

Hasta que la caída de la noche les obligó a detenerse, pusieron tanta distancia como les fue posible entre ellos y Aperyte. Terisa no deseaba detenerse; pero, por supuesto, no podían hallar su camino con seguridad en medio de la oscuridad. Una linterna hubiera sido útil. Una *gran* linterna. Seguro, murmuró hoscamente para sí misma. Y, ya que estaba en ello, ¿por qué no un tanque para viajar en él? ¿O incluso un avión para dejar caer unas cuantas bombas estratégicas sobre Esmerel? ¿Sobre el ejército del Gran Rey Festten?

Todo lo que Geraden necesitaba era un espejo.

Podía hacerlo, si conseguía llegar hasta su cristal..., el que la había traído a ella hasta aquí.

Seguro.

Cuando establecieron el campamento, ella le ayudó a encender el fuego más grande que pudieron. Se alejó tanto como se atrevió recogiendo leña para alimentarlo. Luego, mientras cenaban, comentó morosamente:

—No sé qué me hizo decir eso.

Geraden la miró a través del pote del que estaba comiendo su guiso.

—Tú dijiste que eran los que no se habían ido —explicó ella—. Yo dije que eran los que sí lo habían hecho. No sé por qué lo dije.

Él intentó sonreír, sin demasiado éxito.

—Esperemos que fuera tan sólo tu imaginación morbosa. —La luz del fuego

reflejada en su rostro la hacía recordar al Termigan.

Ella tampoco pudo sonreír.

—¿Por qué —prosiguió, intentando exorcizar las imágenes que la atormentaban — todas las cosas que llegan aquí por traslación son tan destructivas? ¿Por qué es tan fácil hallar cosas terribles en los espejos? ¿Es realmente tan maligno el universo?

—Realmente espero que no. —En un claro esfuerzo por tranquilizarla, Geraden hizo una mueca más bien lúgubre. Luego se dedicó a ofrecerle una respuesta.

»Probablemente sea cierto que todo mundo tiene sus predadores. Pero, aunque un mundo no contuviera ninguna violencia en absoluto, sus criaturas o poderes seguirían siendo destructivas si fueran trasladadas..., si fueran arrancadas de su lugar natural. No hay nada inmoral acerca de un pozo de fuego..., siempre que lo dejes allá donde pertenece. Lo que es realmente destructivo es el nombre que lo traslada a algún otro lugar.

»¿Llamarías a un zorro destructivo? Después de todo, caza gallinas. Y la gente necesita esas gallinas. Aun así, no hay nada malo en el zorro.

»Por todo lo que sabemos, el felino de fuego que incendió Houseldon podía ser algo parecido a un zorro en su propio mundo. Podía ser cualquier cosa. Podía ser incluso un administrador de caridad.

Un administrador de caridad. Sólo por un momento, Terisa se tomó en serio la idea. Alguien que dirigía una misión, por ejemplo. Luego, sin embargo, se vio asaltada por el pensamiento del Reverendo Thatcher yendo por aquel mundo incendiando ciudades. Bajo sus propios términos, eso le complacería. Pero incendiar *literalmente* ciudades...

Involuntariamente, sonrió. Cuando Geraden volvió sus ojos a ella, empezó a reír.

Se sintió como una estúpida..., como si estuviera perdiendo la cabeza. Pero siguió riendo, y después de un rato se sintió un poco mejor.

Sin embargo, no durmió muy bien aquella noche. No dejó de esperar que los caballos bufaran y relincharan..., no dejó de esperar oler algo frío y ligeramente podrido en la oscuridad. Y, por alguna razón, Geraden pasó la mayor parte de la noche roncando como una sierra mecánica. Cuando lo despertó con un ligero codazo en las costillas al primer gris del amanecer, a fin de poder seguir su camino, se sintió fría y vagamente estúpida, como si la materia dentro de su cráneo hubiera empezado a volverse rancia.

El día empezó bien. El aire era limpio y diáfano, y los caballos avanzaban fácilmente a lo largo de caminos cada vez más marcados. Y, antes del mediodía, ella y Geraden llegaron a un pueblo que no tenía nada de malo en él.

Es decir, nada excepto la ansiedad. Cuando la gente del pueblo oyó lo que Terisa y Geraden habían encontrado en Aperyte, murmuraron nerviosamente y escrutaron los bosques alrededor de sus casas y empezaron a hablar acerca de marcharse.

—Devoracadáveres —pronunció una mujer, confirmando la suposición de Terisa—. No sé qué otra cosa llamarlos. Nunca hemos visto ninguno..., pero el señor envió hombres a advertirnos. Atacan al anochecer o al amanecer. Son criaturas pequeñas, casi como niños. Verdes y malolientes.

»Devoran cualquier tipo de carne. Ni siquiera dejan la grasa y los huesos. Eso es lo que dijeron los hombres del señor.

Geraden frunció el ceño como si le doliera algo.

—Por eso la puerta de la cerca estaba cerrada —murmuró—. Los caballos no llegaron a salir nunca. Fueron devorados allí mismo, en el corral.

Terisa estaba pensando: *Ellos son quienes lo hicieron*. Escaparon al interior de sus cabañas y de algún modo sellaron sus puertas. Y luego fueron incinerados en sus propios hogares.

Eremis.

Estaba empezando a comprender por qué el Rey Joyse había luchado durante veinte años para despojar Alend y Cadwal de Imageros y crear la Cofradía. Deseaba impedir que criaturas como los devoracadáveres fueran trasladadas al mundo.

A través de una bruma de ira y náusea, preguntó a uno de los del pueblo:

—¿Qué vais a hacer?

—Lo que los hombres del señor nos dijeron —le llegó la respuesta—. Si oímos cualquier rumor de devoracadáveres por los alrededores, si vemos alguna señal, partiremos hacia Romish tan rápido como podamos.

—*Bien* —dijo Geraden ferozmente.

Él y Terisa siguieron cabalgando.

Ella todavía tenía la sensación de que la sustancia de su cerebro se estaba descomponiendo. Aunque aquellos aldeanos estuvieran a salvo, no podía librarse de la impresión de que el día estaba empeorando. ¿Cuántos devoracadáveres había trasladado ya Eremis al Care de Fayle? ¿Cuántas de las fuerzas del Fayle habían sido devoradas ya?

¿Cómo podía ayudar al Rey Joyse y defender a su propia gente al mismo tiempo?

Practicó diciéndose a sí misma *oh, mierda* hasta que empezó a parecerle más natural.

—Aquí hay más buenas noticias —observó Geraden la siguiente vez que estudió el mapa—. Al ritmo que estamos yendo, se supone que llegaremos a otro pueblo justo

al atardecer. Un lugar llamado Naybel.

Oh, mierda.

Hoscamente, hizo un esfuerzo por pensar.

—Quizá debiéramos permanecer alejados de él. Tal vez esas cosas nos estén siguiendo.

Él la miró fijamente.

—*Tienes* una imaginación morbosa —dijo. Al cabo de un momento, añadió—: Si estamos siendo seguidos, debemos advertir al pueblo. No podemos conducir a los devoracadáveres más allá de Naybel y esperar que lo dejen tranquilo.

El día, definitivamente, estaba empeorando.

La tarde fue avanzando, tan miserable y prolongada como un dolor de muelas. Finalmente, Terisa llegó a la conclusión de que después de todo había cosas peores que pasar tanta parte del día a caballo. No podía apartar aquel *olor* de su mente...

Sin ninguna decisión explícita de apresurarse, ella y Geraden empezaron a animar a sus caballos a ir más aprisa. Deseaban alcanzar Naybel antes del anochecer.

La mala suerte siguió persiguiéndoles. Debido a que se apresuraron, entraron en el pueblo precisamente en el momento en que el sol empezaba a hundirse tras el horizonte. A un paso más lento, no hubieran llegado hasta que fuera totalmente oscuro.

La decisión de cruzar el pueblo también fue una que no tomaron de forma explícita; lo hicieron simplemente porque la necesidad de advertir a la gente de Naybel cubrió todas las demás consideraciones. Como resultado de ello, estaban ya entre las casas, en su camino hacia el centro del pueblo, cuando se dieron cuenta de que Naybel estaba tan vacío como Aperyte.

Geraden retuvo el paso de su caballo. La cabeza del animal se alzó y bajó como un martillo, luchando contra las riendas. El capón de Terisa tenía las orejas pegadas hacia atrás. Donde la luz del sol penetraba por entre los árboles, las sombras de las casas eran tan afiladas como hojas.

—Geraden —murmuró Terisa—, hemos llegado demasiado tarde. *Salgamos* de aquí.

Geraden dudó, volvió la cabeza para mirar a su alrededor..., y perdió el control de su montura. El caballo apretó el bocado entre sus dientes y saltó.

Terisa no pudo impedir que su ruano lo siguiera.

Casi inmediatamente, oyó el chillido de un cerdo. Geraden casi cayó de la silla cuando su gris saltó bruscamente a un lado para evitar la colisión con el gordo animal. Inmediatamente el caballo se metió en medio de un chillar y revolotear de

pollos. Terisa lo siguió a través de plumas y sombras.

Hacia el centro del pueblo.

Como Aperyte, Naybel tenía un lugar de reunión abierto por los lados en medio de sus casas.

Había allí un grupo de hombres..., seis u ocho. Llevaban botas pesadas y correajes de batalla; iban armados con espadas, picas y arcos largos.

Tan pronto como vieron a Geraden y Terisa empezaron a chillar, agitando locamente los brazos.

—¡Estúpidos!

—¡Fornicación!

—¡Marchaos!

—¡Alto!

Al parecer, varios de ellos deseaban alejar los caballos. Afortunadamente, un hombre tuvo una idea distinta. O se dio cuenta de que el animal de Geraden iba desbocado. Con la facilidad de alguien que ha trabajado con caballos toda su vida, saltó a la cabeza del gris y agarró las riendas. El animal giró y se detuvo tan en seco que Geraden estuvo a punto de saltar de su silla.

Más por evitar chocar contra el otro caballo que por cualquier cosa que hubiera hecho Terisa, el capón se detuvo también en seco.

—¡Estúpidos! —exclamó un hombre—. ¡Os van a matar!

Terisa intentó mantenerse inmóvil, pero todo el pueblo parecía girar a su alrededor. Una sombra tan nítida como un cuchillo cruzaba la cabeza del ruano. Los hombres del lugar de reunión entraban y salían de las sombras, sus armas desaparecían, captaban un rayo de sol, desaparecían de nuevo. Geraden casi había atropellado a un cerdo. Y pollos. Naybel no estaba vacío, no como Aperyte.

Entonces, ¿qué...?

Era cierto: podía oler algo frío, algo que había empezado a pudrirse; algo como la exhalación de una tumba olvidada.

De una casa más allá del lugar de reunión salió un niño pequeño. *Pensó* que era un niño pequeño, extrañamente desnudo. Una sonrisa hendía su rostro, dejando un hueco enorme, vacío. No abandonó las sombras; debido a la escasa iluminación, transcurrió un momento antes de que Terisa se diera cuenta de que llevaba un pollo en sus manos.

El pollo se estaba fundiendo. Se deshacía entre sus dedos como cera caliente. Pero nada de él goteaba al suelo. En vez de ello, a medida que rezumaba era absorbido por su carne.

Entonces se dio cuenta de que todo el cuerpo del niño estaba cubierto de una especie de lodo. Quizá las sombras estaban jugándole malas pasadas a sus ojos. El niño parecía *verde*...

Un ronco grito brotó de los hombres. Dos de ellos habían alzado ya sus arcos, con las flechas preparadas. Arcos como aquéllos podían atravesar fácilmente con sus flechas las paredes de aquellas casas. Las dos flechas que atravesaron al niño lo clavaron al suelo.

Terisa oyó claramente un sonido como un pop, un ruido de ruptura; escuchó un breve quejido arañar el aire.

Al instante, otros tres niños verdes aparecieron en las sombras al lado del primero. Sonrieron mientras empezaban a alimentarse.

En alguna parte, fuera de su vista, el cerdo chilló..., un chillido de agonía porcina. El capón eligió aquel momento para arrojar a Terisa fuera de su lomo. Con un relincho como un lamento, galopó a toda velocidad fuera del pueblo.

Terisa aterrizó pesadamente, y el golpe vació su pecho de aire. En la distancia, Geraden gritó su nombre, pero no pudo reaccionar a él. El impacto la había aturdido. Una lanza de luz solar cayó sobre su rostro: alzó la vista y vio a uno de los devoracadáveres de pie en las sombras, a no más de uno o dos metros de distancia. Pudo *olería*. Era una niña...

De hecho, el olor no era particularmente fuerte. Sin embargo, era insidioso, y su sutilidad parecía hacerlo más nauseabundo, más corrosivo, que cualquier hedor más intenso. Oliéndolo, contemplando a la niña pequeña que le sonreía como si fuera un bocado apetitoso, Terisa decidió que el lodo que cubría la piel de los devoracadáveres era ácido. Reducía la carne a una especie de sebo que podía ser absorbido a través de sus poros. Y cuando alguien intentaba escapar atrancando la puerta de una casa, el ácido probablemente incendiaba la madera.

La devoracadáveres estaba tan hambrienta que salió de las sombras hacia la luz que cubría el rostro de Terisa.

Geraden saltó sobre ella y decapitó a la niña con un largo arco de su espada.

El sonido como un pop, el ruido de ruptura; un fino y agudo grito.

Dos, tres, no, al menos otros seis devoracadáveres aparecieron a la vez para alimentarse de su caída hermana.

En torno al lugar de reunión se estaba librando una extraña batalla. Superficialmente, era una lucha desigual: los hombres terminaban con los devoracadáveres con relativa facilidad. Espadas, picas, flechas, incluso piedras arrojadas con la fuerza suficiente..., todo funcionaba. Jadeando, maldiciendo, los hombres hendían, cortaban, tajaban, decapitaban a los devoracadáveres tan rápido

como era posible. Sólo eran niños, tan fáciles de matar como cualquier niño.

Pero eran tantos...

No, no eran tantos como eso. La verdad era más compleja. Tan pronto como uno de ellos conseguía la comida suficiente, la criatura se escindía, se convertía en dos. Y cada vez que uno de ellos moría, su cuerpo proporcionaba alimento suficiente para que tres o cuatro de otros devoracadáveres se multiplicaran.

Y, con cada gemido de muerte, más criaturas hormigueaban fuera de las sombras.

Además, las armas de los hombres no duraban mucho. Cada flecha que alcanzaba su destino se incendiaba; cada hoja que cortaba se mellaba y debilitaba; cada pica que atravesaba un devoracadáveres perdía su punta.

Geraden intentó arrastrar a Terisa hacia el lugar de reunión, hacia el centro relativo de la batalla, donde los hombres se vigilaban mutuamente las espaldas. Ella creía que debía ayudarle, pero no conseguía ponerse en pie; la caída del caballo parecía haber roto la conexión entre lo que su cerebro sugería y lo que sus músculos hacían. Deseaba decir: Agua. Probad con agua. Quizás el ácido pueda ser lavado de esa forma. O diluido. Desgraciadamente, todo lo que brotaba de entre sus labios era un ronco jadeo en busca de aire.

Y el aire estaba lleno de gemidos y de muerte; hedor de podredumbre; hombres maldiciendo por sus vidas; anochecer.

Luego, tan repentinamente que su sonido casi relajó lo suficiente su pecho como para permitirle respirar, oyó una trompeta.

Aquella alta y penetrante llamada pareció cambiarlo todo.

A su señal, veinte o treinta hombres cargaron a través del pueblo a lomos de sus caballos.

Sabían lo que estaban haciendo: no arriesgaron ninguna de sus monturas en un intento de pisotear a los devoracadáveres. En vez de ello, llevaban luces de todo tipo: antorchas, linternas, gavillas llameantes, incluso lámparas de aceite. Brillando como una hueste gloriosa, los jinetes entraron en tromba en la noche de Naybel.

Oblicuamente, Terisa observó que uno de ellos era el propio Fayle. Lo reconoció por su edad, su delgadez, su larga y pesada mandíbula.

No tuvo las fuerzas de preguntarse qué estaba haciendo allí. Se hallaba demasiado ocupada observando.

La luz parecía herir a los devoracadáveres más que la propia muerte: los paralizaba. Perdían sus sonrisas, su hambre, su capacidad de movimiento. Y, cuando no podían moverse, no podían alimentarse unos de otros; no podían multiplicarse.

Evidentemente, los hombres del Fayle sabían que eso iba a pasar.

Inmediatamente, lo aprovecharon.

Con hosca concentración, como si nunca hubieran sido capaces de reconciliarse a matar criaturas que parecían niños, empezaron a hacer pedazos a los devoracadáveres y a arrojar los trozos a una fogata que prepararon rápidamente.

Utilizaron tenazas de hierro y palas para amontonar los desmembrados cadáveres de modo que las llamas se alimentaran de ellos. Al poco rato, la fogata al lado del lugar de reunión de Naybel se hizo tan grande que sus llamas parecieron alcanzar el oscurecido cielo. Después que los últimos rayos del sol desaparecieron, no quedó otra luz en el poblado excepto aquel fuego.

El ardiente fuego y el humo acre se llevaron lentamente el frío y podrido olor del aire. Un soplo de viento arrastró el humo a los ojos de Terisa; las lágrimas resbalaron por sus mejillas como si estuviera llorando. Pero fue capaz de respirar de nuevo, *capaz*, de llevar de nuevo el aire hasta el fondo de sus pulmones, *capaz* de mover su hombro. Así que era por eso, pensó deliberadamente, distrayéndose de la carnicería que acababa de presenciar para no sentirse abrumada por ella; así que era por eso que los cuerpos en aquellas cabañas incendiadas en Aperyte no se habían consumido, cuando todas las demás formas de carne en el pueblo habían desaparecido. Una vez el ácido había prendido la madera, las llamas habían arrojado la luz suficiente como para mantener alejados a los devoracadáveres.

Al cabo de uno o dos minutos, se dio cuenta de que Geraden aún la rodeaba con sus brazos. Como ella, había recibido el humo en su rostro; como ella, parecía estar llorando. La luz de los niños ardiendo se reflejaba en sus ojos.

Se abrazó a él, se apretó fuertemente contra él. No sabía cuánto más podría soportar.

Intentando recobrar la compostura, Geraden murmuró:

—Nunca le hablaré a Quiss de esto. Nunca, mientras viva.

Terisa tosió en el humo, se aclaró la garganta. Recordando la forma en que él la había mantenido cuerda cuando el campeón de la Cofradía había desplomado el techo de la gran sala sobre ella, hizo un esfuerzo por devolverle el favor:

—Probablemente sea una buena idea. Si no lo hubiera visto yo misma, no desearía que nadie me lo contara.

En el mismo tono, como si estuviera hablando de lo mismo, él dijo:

—Si alguna vez pongo mis manos encima del Maestro Ere-mis, te juro que lo mataré.

Claramente, para que no pudiera haber ninguna duda al respecto, ella respondió:

—Para eso tendrás que atraparlo antes que yo.

Geraden la estudió a través del anochecer y la luz de la fogata. Entonces, sólo por un momento, sonrió.

—Si supiera que estamos tan furiosos contra él, empezaría a sudar.

Consiguió que ella sonriera también.

—¿Sabes? —murmuró Terisa, muy cerca de su oído—, hasta que te conocí, nunca se me ocurrió que algún día pudiera ser capaz de hacer sudar a mis enemigos.

—¿Tus enemigos, mi dama? —Geraden le dio un abrazo extra—. Me haces sudar a mí.

Cuando Terisa vio que el Fayle cabalgaba hacia ella, se dio cuenta de que ahora era capaz de enfrentarse a él.

El hombre desmontó cuidadosamente y le ofreció la leve y quebradiza inclinación de cabeza de un viejo.

—Mi dama Terisa —dijo, con una voz como hojas secas—, me sorprendes. Cuando nos vimos por última vez, creí que el Maestro Eremis era la fuente de mi sorpresa, pero ahora puedo ver que estaba equivocado. La sorpresa venía de ti.

»Esta trampa fue preparada para los devoracadáveres, mi dama. Nunca fue mi intención mezclarte en ella..., poner en peligro tu vida.

—Por supuesto que no, mi señor Fayle. —No sabía qué tipo de reverencia hacerle. Afortunadamente, él no parecía esperar ninguna—. Simplemente ocurrió... —Se recompuso, hizo un esfuerzo por hacer las cosas una a una—. Mi señor, éste es Geraden.

El Fayle miró a Geraden.

—El hijo del Domne —murmuró—. El trasladador de dama Terisa de Morgan. Una figura prominente en el augurio de la Cofradía sobre la necesidad de Mordant. —Hizo una nueva inclinación—. Eres bienvenido al Care de Fayle.

Geraden devolvió la inclinación. Terisa se preguntó si él —si ella misma— serían aún bienvenidos si el señor supiera de sus talentos; pero no tuvo oportunidad de explorar aquella posibilidad. Sin ninguna pausa, el Fayle prosiguió:

—Debemos salir de este humo. Nuestro campamento está a poco más de un kilómetro de aquí. Allá podré ofreceros comida caliente y un lecho seguro. Si aceptáis acompañarme, oiremos vuestra historia en un ambiente más confortable.

»Por la mañana, los del pueblo regresarán a limpiar sus casas, y cabalgaremos para intentar de nuevo esta táctica en algún otro lugar. Seréis bienvenidos si deseáis acompañarnos.

—Gracias, mi señor —respondió inmediatamente Geraden—. Nos encantará acompañarte..., al menos por esta noche. Tenemos muchas cosas que contarte.

—Estoy seguro de que sí —dijo el Fayle—. Quizá podáis decirme si el Maestro Eremis es honesto..., si me equivoqué traicionando sus intenciones con respecto al Castellano Lebbick.

»Venid.

Como si le dolieran todas las articulaciones, volvió a montar en su caballo.

Probablemente le dolían todas las articulaciones. Terisa no hubiera dudado en pensar que era demasiado viejo para emboscadas y batallas. Para sí misma, se preguntó qué lo impulsaba a ello.

También se preguntó cuánto sería seguro decirle. Ella y Geraden habían llegado muy cerca del desastre contándole demasiado al Termigan.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarse qué había sido de su ruano, uno de los hombres del Fayle se lo devolvió; lo había hallado entre los árboles. Pronto ella y Geraden cabalgaban entre los compañeros del Fayle hacia su campamento.

Tras el tumulto y la agitación de la batalla, la cabalgada pareció relajante y pacífica, demasiado breve. Al cabo de poco tiempo desmontaban delante de un brillante fuego cerca del centro de un claro. Alrededor de Terisa había sirvientes y carros de provisiones, sacos de dormir instalados en el suelo, más hombres, caballos de repuesto; algunos de los habitantes de Naybel habían acudido a oír lo que había ocurrido en su pueblo. Un camarero trajo un frasco de vino caliente para el Fayle, luego se apresuró a alejarse en busca de más para los inesperados huéspedes del señor. La forma en que la miraban los hombres le recordó a Terisa que no se había dado un baño decente desde hacía días. Su pelo parecía probablemente un nido de ratas, y sus ropas estaban sucias. Desgraciadamente, no había nada que ella pudiera hacer al respecto por el momento. En vez de ello, intentó ignorar las miradas de los hombres del Fayle.

Fue traída una silla plegable para el señor, y éste se sentó cerca del fuego, como si estuviera helado. Casi inmediatamente, aparecieron más sillas plegables para Terisa y Geraden. Se sentaron, aceptaron sendos vasos de vino caliente. Terisa dio un sorbo, luego olvidó toda timidez —olvidó que al menos treinta personas la estaban observando— el tiempo suficiente como para lanzar un largo suspiro de agradecimiento. El vino estaba aromatizado con canela y naranja, un bendito antídoto para el olor de los devoracadáveres. Si hubiera tenido el suficiente para beber, quizás hubiera conseguido sacarse completamente el hedor de su mente.

Deseó poder pasar un tiempo saboreando la sensación de que se hallaba segura.

Pero Geraden estaba ansioso por hablar.

—Mi señor Fayle —dijo, antes de que ella estuviera preparada—, hemos recorrido un largo camino para decirte que el Maestro Eremis no es honesto. Es él

quien traslada esos devoracadáveres a tu Care..., él y el Maestro Gilbur, y probablemente el archi-Imagero Vagel.

»Hemos venido a decirte que el Rey Joyse necesita ayuda. Si no la consigue, el Maestro Eremis puede destruirle.

Por fuerza o por costumbre, el Fayle se sentaba erguido en su silla. Sus ojos eran profundamente azules; su mirada precisa. Observándole, Terisa se sorprendió ante el extraño pensamiento de que él no había sido nunca capaz de hacer lo que el Rey Joyse había hecho..., parecer débil y estúpido durante años. Nadie que se enfrentara a la mirada del Fayle podía dudar de que éste sabía lo que estaba haciendo.

—Es reconfortante saber —murmuró secamente el Fayle— que el Maestro Eremis merecía ser bloqueado. Discutiremos esto con mayor extensión. De todos modos, esta deshonestidad hace poco para explicar cómo llegasteis a caer en una trampa que yo había preparado para los devoracadáveres.

—En realidad lo explica mucho, mi señor —respondió Geraden—. El resto son sólo detalles. —Por razones que Terisa comprendía perfectamente, estaba siendo cauteloso—. Cabalgamos hasta aquí desde Sternwall. El Termigan no se mostró especialmente alegre de vernos.

»Como el tuyo, su Care está siendo duramente golpeado por una de las traslaciones de Eremis. Le dijimos lo mismo que acabamos de decirte. El Rey Joyse necesita ayuda. No pareció importarle. Creo que fuimos afortunados de que nos dejara marchar.

»Mi señor, no deseo que eso ocurra de nuevo. Dama Terisa y yo vamos a luchar por el Rey. Aunque tengamos que hacerlo solos, vamos a hacerlo. Si tú te interpones en nuestro camino, tendremos que luchar también contra ti.

—Antes me cortarían las manos.

Todos los hombres en torno al campamento estaban escuchando. Algunos de ellos fingían atarearse con sus armas o sus sacos de dormir, pero todos estaban escuchando. Un denso silencio lo cubría todo excepto los bufidos y el agitar de los caballos.

El Fayle miró fijamente a Geraden.

—Tenéis que haberle dicho al Termigan algo que él especialmente no deseaba oír. Geraden asintió.

—¿Qué fue? —preguntó el Fayle—. ¿Qué pudisteis decirle que hiciera que un leal aliado de confianza del Rey sospechara de vosotros?

Geraden interrogó a Terisa con la mirada.

Simplemente porque los ojos del señor eran tan azules, tan precisos, ella asintió a

correr el riesgo.

—Le dijimos la verdad —respondió Geraden al Fayle—. Los dos nos hemos convertido en Imageros. Terisa es una archi-Imagera. Los devoracadáveres han empezado a mostrarse peores que nunca, ¿verdad? Sólo recientemente.

Ahora fue el turno del Fayle de asentir.

—Eso se debe a nosotros. Eremis sabía que veníamos aquí. O lo imaginaba. Estuvimos primero en Houseldon. Luego estuvimos en Sternwall. ¿A qué otro sitio podíamos ir?

»Desea matarnos antes de que hallemos una forma de hacerle daño.

—¿Y habéis encontrado esa forma? —preguntó fríamente el Fayle.

—Lo hemos estado intentando. Por eso fuimos a Sternwall..., por eso hemos venido aquí. Hemos estado intentando conseguir apoyo para el Rey. —Geraden inspiró profundamente—. Y, si no podemos conseguir eso, deseamos encontrar a alguien que pueda ayudarme a hacer un espejo.

—¿No tienes ningún espejo? —La mirada del Fayle era aguda.

Geraden envaró los hombros, y Terisa creyó oír un distante eco de fuerza en su voz, una extraña amenaza.

—Mi señor —dijo—, un cierto número de cosas serían diferentes si tuviéramos tanto como un espejo pequeño entre nosotros. Por una parte, hubiéramos podido ayudarte a luchar contra esos devoracadáveres. —Estaba hablando con los dientes apretados—. Para eso sirven nuestros talentos.

Al cabo de un momento, sin embargo, la amenaza se desvaneció de su tono.

—Desgraciadamente, somos impotentes. Hasta ahora.

El Fayle estudió a Geraden y Terisa por un tiempo. Se volvió para pedir comida y más vino. Luego comentó:

—Quizá debierais contarme ahora vuestra historia. Mientras comemos.

Geraden miró de nuevo a Terisa. Ella asintió sin vacilar. Recordaba la forma en que el viejo señor había abandonado la reunión que el Maestro Eremis había dispuesto entre los señores y el Príncipe Kragen. *La Reina Madin es una mujer formidable*, había explicado en un tono de disculpa e incluso vagamente tonto. *Cualquier elección que haga aquí, deberé justificarla ante ella*. Sus picudos hombros y su alargada cabeza debieran haberle hecho parecer estúpido mientras se alejaba del complot de Eremis. Y, sin embargo, no fue así. Su clara lealtad lo había hecho admirable.

Bajo las circunstancias, ella no sabía qué esperar del Fayle. De todos modos, estaba dispuesta a confiar en él.

Al parecer, Geraden sentía lo mismo. Tan pronto como fue tomada la decisión de hablar libremente, empezó a relajarse.

Sin embargo, no intentó incluirlo todo. Aún deseaba una respuesta del Fayle. Así que solamente describió las líneas generales de lo que él y Terisa habían averiguado, de lo que habían hecho. El Fayle se estremeció ante la noticia de lo que le había ocurrido a Houseldon, de lo que le estaba ocurriendo a Sternwall; pero Geraden siguió hablando. Cada vez que el señor le interrumpía con una pregunta, sin embargo, respondía dando más detalles.

La mayoría de los hombres escuchaban abiertamente ahora. Unos cuantos de ellos acariciaron sus armas con furia o miedo. Pero, debido a que su atención no estaba centrada en Terisa, ésta podía ignorarles.

Mientras Geraden y el señor hablaban, ella siguió bebiendo su vino, comió la comida situada frente a ella, e hizo unos cuantos cálculos retrospectivos. Aquello la llevó a la inesperada conclusión de que habían pasado trece días, *trece*, desde su traslación desde Orison. En trece días podía haber ocurrido cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. El Príncipe Kragen podía haber tomado el castillo..., y la Cofradía. El Gran Rey Festten podía haber tomado el castillo y la Cofradía y al Príncipe Kragen. Por otra parte, el Castellano Lebbick podía haber clavado un silencioso cuchillo en la espalda del Maestro Eremis.

—El problema —intervino cuando Geraden hizo una pausa— es que llevamos demasiado tiempo lejos de Orison. —Bruscamente, se convirtió en el foco de la atención. Tragando una oleada de timidez, se obligó a sí misma a decir—: Trece días en lo que a mí respecta. Catorce para él.

»No tenemos ninguna forma de saber lo que ha ocurrido mientras tanto.

—Así que quizá —murmuró lentamente el Fayle— esta extraña *política* del Rey haya llegado realmente a su crisis. Quizá ya haya salido victorioso. O quizá ya haya sido derrotado y muerto.

—No podemos saberlo —admitió ella—. Todo lo que podemos decir es que, cuando abandonamos Orison, Eremis aún seguía afanándose en aparecer inocente. Y, desde entonces, ha estado trabajando duro para matarnos. Aún teme que podamos hacerle daño de algún modo. —Se encogió de hombros—. No es mucho. Pero, mientras siga temiéndonos, nos queda algo en lo que confiar.

—Hay algo más que podríamos conseguir si dispusiéramos de un espejo —añadió Geraden—. Obtener una Imagen de Orison. Ver lo que está ocurriendo.

El Fayle miró agudamente a Geraden. Luego miró a Terisa, la escrutó. Al cabo de un momento, abrió las manos. El gesto era pequeño, pero parecía lleno de resignación.

—No tengo ningún espejo, ni ninguna forma de fabricarlo. No poseo Imageros..., ¿de qué me servirían los espejos? Cada producto o herramienta de la Imagería que ha sido hallado en el Care de Fayle ha sido enviado inmediatamente al Rey Joyse y al Adepto Havelock.

Gradualmente, su mirada derivó hacia el fuego.

—Sin Imageros, mi Care es impotente contra esos devoracadáveres. Vosotros lleváis lejos de Orison trece o catorce días. Yo no he visto Romish desde el día en que volví de la reunión con el Maestro Eremis. He estado en mi silla, en los pueblos de mi Care..., luchando...

Terisa nunca lo había oído sonar tan viejo.

—No puedo ganar esta lucha. Al final, fracasaré. —No miraba a sus hombres. Sus hombres no lo miraban a él. Ninguno le contradijo—. Visteis que fracasé en Aperyte. Es sólo uno entre los muchos pueblos muertos, desiertos...

»Esos devoracadáveres son demasiados. Apenas poseo los suficientes hombres entrenados para cuatro grupos como éste. Debo fracasar.

—Entonces, mi señor —dijo Geraden suavemente, formalmente, apuntando una cierta autoridad—, lucha de otra forma. Reúne a tus hombres. Golpea a Eremis en Esmerel. Mientras todavía queda alguna esperanza.

El viejo señor estudió el corazón del fuego. Su postura erguida no varió, no se hundió, pero sus manos colgaron entre sus rodillas como si fueran inútiles. Al cabo de un momento susurró:

—No.

—Mi señor... —empezó a decir Geraden.

—No —susurró de nuevo el Fayle—. Joyse es mi Rey..., y el esposo de mi hija. Le quiero. No comprendo su *política*. No me gusta. Sin embargo, le quiero.

»Pero él *nunca*... —Una mano se convirtió en un puño, cayó de nuevo—. En todos sus años de guerra contra Cadwal y Alend y la Imagería, *nunca* ha pedido ayuda a un señor cuando el Care de ese señor estaba bajo ataque. Él vino *a mí*, liberó a *mi* gente. No me pidió ninguna ayuda hasta que mi Care estuvo a salvo.

»No me la pedirá ahora. No siente deseos de romper mi corazón.

Geraden lo intentó de nuevo:

—Mi señor...

—No. —El Fayle no sonaba furioso: sonaba triste—. Hoy salvamos Naybel. Vosotros fuisteis testigos. Mañana, o dentro de cinco días, o dentro de *cincuenta* días... —ahora sus dos manos eran puños, golpeando uno contra otro al ritmo de sus palabras—. Soltaremos otra trampa, y ésa tendrá éxito. Gente que moriría si la dejo a

merced de esos devoracadáveres vivirá.

»¿Me oyes, Geraden? ¿Cabalgó tu padre fuera de su Care? ¿Lo hizo el Termigan?

»No abandonaré a mi gente para que muera sin ser defendida.

—Comprendo, mi señor. —La voz de Geraden era tan suave y triste como la del señor, pero no había amargura en ella—. No importa lo desesperado que esté el Rey Joyse, él no quería que tú abandonaras tu propio Care. Él no creó Mordant o la Cofradía porque estuviera desesperado. Los creó porque cree en las mismas cosas que tú.

El Fayle miró al fuego, asintió varias veces. Con una voz como una brisa de invierno, suspiró:

—Gracias.

Geraden dudó unos momentos, luego se aventuró a decir:

—Desgraciadamente, eso no cambia nuestro problema. ¿Hay algo que puedas hacer para ayudarnos a Terisa y a mí?

El señor giró la cabeza y su mirada azul se clavó en el rostro de Geraden. Por un instante, Terisa creyó que estaba furioso. Luego, sin embargo, vio el asomo de una sonrisa rozar su vieja boca.

—Eso es cierto, Geraden —dijo—. Mi testarudez no cambia en nada vuestro problema. Tú y dama Terisa sois Imageros, y el mal de la Imagería debe ser confrontado y respondido por Imageros. Ése es vuestro «Care», por decirlo de algún modo.

»Os daré provisiones. Si lo necesitáis, os facilitaré un mapa. Y os proporcionaré dos hombres para que cabalguen con vosotros hasta tan lejos como decidáis..., hasta Orison, incluso hasta Esmerel. No os servirán de nada contra los Imageros, pero sabrán cómo usar sus espadas para proteger vuestras espaldas y despejar vuestro camino.

Antes de que Geraden pudiera responder, Terisa preguntó:

—¿Pueden llevarnos hasta la Reina?

Geraden se mostró sorprendido: al parecer, no había pensado mucho en la Reina Madin. El Fayle alzó una ceja; pero esta vez su sonrisa fue amplia.

—Un buen pensamiento, mi dama —murmuró—. Se me hubiera ocurrido en un momento. Ciertamente, mis hombres pueden llevaros hasta la Reina. Tiene todo el derecho a saber lo que su esposo ha estado haciendo. —Su sonrisa se desvaneció ante el recuerdo—. Después de todo, ella se ha sentido profundamente herida por su *política*. Y es posible que desee hacer alguna cosa al respecto.

Como respuesta, Terisa tragó saliva y dijo:

—Gracias. Aprecio esto. —La fuerza de su alivio la abrumó. Había sabido que deseaba conocer a la Reina, pero no se había dado cuenta antes de lo terriblemente que se hubiera sentido si ella y Geraden hubieran recorrido todo aquel camino y luego se hubieran marchado sin tomarse el tiempo de compartir lo que sabían con la esposa del Rey Joyse.

Geraden la miró, pero no discutió; no dijo: Eso es un retraso que no necesitamos, un día que podemos emplear mejor en el camino a Orison. Afortunadamente, su instinto de confiar en ella estaba aún intacto. Al cabo de un momento, abandonó el asunto y se concentró en su cena.

Sin embargo, más tarde, aquella misma noche, mientras ella y Geraden estaban en la cama juntos, a corta distancia de los hombres del Fayle, él dijo en voz muy baja:

—No sabía que desearas conocer a la Reina Madin. ¿O es en Torrent en quien estás interesada?

Terisa no respondió directamente. Tras meditar unos instantes, murmuró:

—¿Recuerdas lo que le dijo el Castellano a Elega..., el mensaje que dijo que el Rey Joyse envió para ella? —En caso de que él no lo recordara, le refrescó la memoria—: «Estoy seguro de que mi hija Elega ha actuado por las mejores razones. Lleva mi orgullo con ella allá donde vaya. Por su bien, así como por el mío, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores resultados».

—Sí —respondió Geraden—. Sigue sin tener sentido. Sigue sin encajar con lo que te dijo el Maestro Quillón.

—Espera un momento —dijo ella, para mantenerlo tranquilo—. ¿Recuerdas la charla que tuve con el Adepto Havelock, mientras tú y Artagel estabais al otro lado de la columna..., después de que él nos rescatara de aquellos insectos?

Obedientemente, Geraden asintió.

—Habló acerca de Myste —susurró ella— y del campeón de la Cofradía. Dijo que él había hecho un augurio sobre el Rey Joyse, y que una de las Imágenes mostraba a Myste y al campeón juntos.

Obedientemente, Geraden no interrumpió.

—Siempre me he preguntado por qué nos dijo eso. Si no era simplemente porque está loco. Y siempre me he preguntado por qué el Rey Joyse se trastornó tanto cuando le mentí acerca de Myste..., cuando le dije que volvía con su madre. Por qué se mostró aliviado cuando le dije que la ayudé a ir tras el campeón.

Geraden aguardó pacientemente en silencio. Finalmente, sugirió:

—¿Por qué no me dices lo que piensas?

—Pienso... —Terisa contuvo la respiración, luego siguió adelante—. Pienso que hay más en los planes del Rey Joyse de lo que nos dijo el Maestro Quillón. Pienso que sus hijas son importantes..., pienso que toda su familia es importante, de algún modo. Pienso que deseaba unir a Elega y al Príncipe Kragen. Pienso que deseaba que Myste fuera tras el campeón.

—¿Piensas que deseaba que nosotros habláramos con la Reina Madin y Torrent? ¿No es eso un poco cogido por los pelos? Después de todo, él no sabía que ninguno de nosotros tuviera ningún talento. No hay ninguna forma en la que pudiera haber predicho que nosotros llegaríamos a estar en algún momento aquí.

Aquello era cierto. Y lo hacía todo mucho más peligroso. Sin embargo, Terisa insistió:

—Pienso —dijo— que yo deseo ir a hablar con la Reina Madin y Torrent. Sólo por si acaso. —Al cabo de un momento, añadió—: Él tenía razones para pensar que nosotros *podíamos* tener algún talento.

Pudo sentir a Geraden sonreír en la oscuridad.

—Mi dama, tienes una mente notablemente sutil. O una indigestión... No puedo imaginarme cuál de las dos cosas.

Ella metió una mano bajo su chaquetilla y le puñeó las costillas hasta que él se disculpó.

Luego le puñeó por disculparse.

Con tantos espectadores potenciales cerca, ella y Geraden durmieron más de lo habitual. Y, al día siguiente, dos de los hombres del Fayle los condujeron a Romish.

La sede del Fayle estaba situada en una fértil llanura sorprendentemente —para aquel Care— desprovista de árboles. A lo largo de dos o tres kilómetros en todas direcciones, la tierra había sido despejada para dejar sitio a los campos que alimentaban la ciudad. Pero Terisa no vio más del propio Romish que la muralla en terraplén que la rodeaba. Como Myste había dicho, la Reina Madin y Torrent vivían en una propiedad fuera de la ciudad.

La Propiedad, la Casa del Valle, que un antiguo príncipe de Cadwal se había hecho construir para proteger sus pobres *relaciones* mientras gobernaba Fayle, estaba encajada en un pliegue entre pequeñas colinas quizá a un kilómetro corriente arriba del pequeño río Kolted que proporcionaba la mayor parte del agua para Romish y los campos. Como posición defensiva —Terisa se sorprendió pensando en esas cosas—, la localización de la Casa del Valle dejaba mucho que desear: a plena luz del día, un jinete podía probablemente llegar a menos de veinte metros del edificio sin ser observado. Por otra parte, la Casa era fácilmente alcanzable desde Romish, y estaba

tan reciamente construida que probablemente no corría el menor peligro la mayor parte del tiempo. Sus paredes eran de piedra —fuerte contra los devoracadáveres—, y las maderas de sus puertas estaban reforzadas con hierro.

A través del largo crepúsculo de la llanura, los hombres del Fayle guiaron a Terisa y Geraden por entre las colinas hasta la Casa del Valle. Desmontaron delante de las altas puertas. Los hombres del Fayle dijeron a los sirvientes que salieron que trajeran antorchas para iluminar y mozos para los caballos; también que avisaran a dama Reina Madin. Las ventanas de la Casa se iluminaron brillantemente cuando dentro fueron encendidas lámparas y linternas. Al cabo de poco tiempo, una mujer cruzó el porche hasta los escalones con una intensa iluminación a sus espaldas, tan regia como si gobernara el mundo.

Los hombres del Fayle inclinaron respetuosos la cabeza y se retiraron.

—Mi dama Reina —Geraden se inclinó también, tanto que estuvo a punto de caer de bruces. Había un asomo de lágrimas en su voz. Madin era una soberana para él, después de todo..., y la esposa del Rey al que amaba—. Hace bien a mi corazón verte de nuevo.

—Geraden. —El tono de la Reina Madin daba la inmediata impresión de que sabía cómo decidirse—. Es una auténtica sorpresa. Pero buena..., por ahora. —No sonaba dura, y ciertamente no fría; sólo sonaba rápida en sus elecciones. La decisión era un poder que ejercía sin apenas darse cuenta de ello—. Me alegra ver un rostro amigo de casa. Y me alegrará oír tus noticias, sean cuales sean. —Un momento más tarde, añadió—: Pero si ese viejo estúpido de Joyse te ha enviado aquí para defender su caso, puedes olvidarlo ahora mismo y regresar. No te escucharé.

—Mi dama Reina —repitió Geraden. Se inclinó de nuevo, esta vez para cubrir una sonrisa—. Ésta es dama Terisa de Morgan.

—Ah. —La reina Madin se volvió hacia Terisa, pero Terisa seguía sin poder ver su rostro; oscuro contra el resplandor de la casa, sus rasgos eran indescifrables—. Dama Terisa. Mi padre te mencionó, tras su regreso de Orison.

»Mi dama, Geraden..., sois bienvenidos a la Casa del Valle. Por favor, entrad.

Se volvió y caminó de vuelta a la luz.

Geraden cogió a Terisa del hombro, la empujó hacia los escalones y el porche. La luz brilló en su rostro, y por un momento ella se vio llena con la inesperada convicción de que habían hecho lo correcto viniendo allí. Él nunca había parecido más alto; su mirada nunca había parecido más firme. Aquella era la forma en que debería haber aparecido cuando se detenía delante del Rey Joyse..., si el Rey no se hubiera dedicado tan concienzudamente a quebrar su lealtad.

Deslizó su brazo en el de él y lo apretó, de modo que subieron al porche y

penetraron por la alta puerta de la Casa del Valle unidos.

Siguieron a la Reina y a un obsequioso sirviente a lo largo de un vestíbulo con tapices y retratos en las paredes, varias puertas a cada lado, y una amplia escalinata al final. La Reina Madin eligió una puerta a su izquierda; el sirviente la mantuvo abierta para Terisa y Geraden, y ambos se hallaron en lo que parecía una amplia sala de estar. Una llameante chimenea dominaba la pared exterior, y dos profundos sofás y cuatro o cinco mullidos sillones formaban un semicírculo delante del hogar, con sus respaldos vueltos al panelado del resto de la habitación. La Reina Madin envió al sirviente a por algo de vino, luego hizo un gesto a sus huéspedes hacia las sillas; pero ella permaneció de pie al lado de la chimenea.

Ni Terisa ni Geraden se sentaron. Hubieran podido permanecer de pie por pura cortesía, pero los pensamientos de Terisa estaban en otra parte. Al fin podía ver claramente a la Reina Madin, y lo que vio la mantuvo en pie.

Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que esperaba que la Reina se pareciera a Elega. Desde el punto de vista de Terisa, Myste se parecía a su padre: la risa de Myste era tan parecida a la sonrisa del Rey Joyse que la semejanza parecía más importante que cualquier otra diferencia. Simplemente sobre esta base, y porque el contraste entre Myste y Elega era tan pronunciado, Terisa había supuesto que la Reina Madin demostraría ser el progenitor al que Elega se parecía.

Resultaba claro ahora, sin embargo, a la luz del fuego y el brillante candelabro y las lámparas que les rodeaban, que las suposiciones de Terisa estaban equivocadas. Una buena mirada a la Reina dejaba claro que tanto Elega como Myste se parecían de hecho a su padre. Madin era aún una mujer luminosa, pese a sus años; su mirada era fuerte, y los años no le habían costado a su porte ninguna pérdida discernible de firmeza. Pero sus rasgos eran a la vez demasiado firmes y demasiado directos para ser el modelo para los rostros de Myste y Elega.

Lo que mantenía a Terisa de pie, sin embargo, no era el aspecto de la Reina, sino más bien su porte: permanecía de pie de la forma en que debería hacerlo una reina, como si no sólo su autoridad sino también su juicioso uso de ella acudieran de una forma tan natural que ambas cosas se hallaran más allá de toda cuestión. Era la hija del Fayle en más de un sentido; incluso reflejaba un asomo del mismo pesar que atormentaba al viejo señor. Sin embargo, quizá porque la estructura de su cuerpo estaba más sólidamente construida que la de él, proyectaba más fuerza de personalidad, más habilidad y deseo de conseguir que las demás personas hicieran lo que ella deseaba.

Su fracaso en conseguir que el Rey Joyse abandonara su pasividad y se convirtiera en un gobernante decente para Mordant debió haber sido más abrumador que cualquier otra herida que hubiera sufrido en toda su vida.

Pero, evidentemente, no era una mujer que se compadeciera mucho a sí misma, y no se compadecía de sí misma en estos momentos. Estaba estudiando tanto a Terisa como a Geraden con intenso interés. Y parecía encontrarle a él especialmente intrigante, pese a que era Terisa la que había llegado a Mordant desde un mundo alienígena. Al cabo de un momento, explicó su atención diciendo:

—Geraden, has cambiado.

La reacción inmediata de Terisa fue: No, no lo ha hecho. Desde su perspectiva, había vuelto a su yo esencial de hierro y desesperación. La observación de la Reina Madin le hizo pensar de nuevo, sin embargo. De hecho, *sí* había cambiado. No había perdido simplemente su torpeza: había perdido su expresión de cachorro, su apariencia de ser un muchacho oculto dentro de un hombre. Su espalda era recta y fuerte, y a Terisa le costó imaginarlo cometiendo ahora un error.

Como para demostrar el cambio, Geraden sonrió casi sin embarazo.

—Es la influencia de Terisa, mi dama Reina. Ella me hizo dejar de disculparme.

—No —respondió firmemente la Reina Madin—. La diferencia es que estás más en paz contigo mismo. —Estaba segura de su propio juicio—. Te has convertido en un Imagero.

Como respuesta, él se encogió modestamente de hombros; pero sostuvo la mirada de la Reina.

—No sabía que se notara.

—Oh, se nota, Geraden —afirmó la Reina—, se nota. Nadie podría confundirte ahora con el viejo Apr fracasado dispuesto siempre a servir a la Cofradía.

»En cuanto a ti, mi dama —continuó, volviéndose hacia Terisa—, me resultas menos clara. Tus sorpresas están mejor ocultas, creo. Ambos tenéis mucho que contarme.

—Eso es cierto, mi dama Reina —dijo de inmediato Geraden. Su comprensión de lo difícil que iba a resultar el trabajo se reflejó en la forma en que preguntó—: Pero ¿y tú? ¿No nos contarás primero cómo estás? ¿Y Torrent?

La Reina agitó la cabeza.

—Lo que te cuente de mí dependerá enteramente de si habéis sido enviados aquí por ese viejo chocho del Rey. Os he preguntado eso ya una vez, pero no me habéis respondido claramente.

Por un momento, Geraden midió su respuesta. Luego dijo llanamente:

—El Rey Joyse no nos ha enviado. Creo que se mostraría *sorprendido* si supiera que estamos aquí.

La Reina Madin pareció recibir aquella información como si le infligiera un

profundo daño que no tenía intención de mostrar. Mientras hablaba, sin embargo, no pudo ahogar la aspereza en su voz:

—En ese caso, Geraden..., Torrent y yo estamos bien. Pero no tan bien como lo estaríamos si nuestra familia se hallara completa de nuevo. Las aberraciones del Rey ejercen un precio sobre todos nosotros.

»¿No queréis sentaros? —prosiguió, extrayéndose de sus pensamientos—. Aquí llega el vino. —El sirviente había vuelto a entrar en la habitación con una bandeja de plata—. Y estoy segura de que Torrent estará pronto con nosotros.

»Ah —concluyó, cuando la puerta se abrió de nuevo—, aquí la tenemos.

Terisa se volvió a tiempo para ver a la segunda hija del Rey Joyse y la Reina Madin cerrar la puerta a sus espaldas y acercarse al fuego.

La actitud de Torrent y su mirada baja y sus modestas ropas proporcionaban dos impresiones casi simultáneas: primera, era tan tímida que hacía que Myste y Elega parecieran tan extrovertidas como un charlatán de feria; y segunda, pese a su timidez, era casi la imagen de su madre. Podría haber sido la sombra de la Reina Madin; eran tan parecidas como un reflejo la una de la otra. Sólo que le faltaban la decisión de su madre, la seguridad de su madre.

—Torrent —dijo la Reina—, aquí están Geraden y dama Terisa de Morgan. Tienen muchas cosas que contarnos. Ella ha conseguido algo que todos los Maestros juntos de la Cofradía no lograron hacer. Lo ha convertido en un Imagero.

Torrent se detuvo entre las sillas. La mirada que alzó por debajo de sus pestañas era a la vez tan vacilante y tan llena de maravilla que Terisa enrojeció involuntariamente.

—Bajo las circunstancias —murmuró humorísticamente Geraden..., quizá en beneficio de Torrent, quizá de Terisa—, no creo que esto sea exactamente un cumplido. El único beneficio que he conseguido con el cambio ha sido que ahora hay gente que desea matarme.

»Mi dama Torrent —prosiguió—, me alegra verte. Cuando tú y la Reina abandonasteis Orison, no creí poder volver a tener este privilegio.

—Oh, «privilegio», Geraden —murmuró Torrent, como si ella también estuviera enrojeciendo; sin embargo, sus mejillas siguieron pálidas—. Te estás burlando de mí.

Antes de que él pudiera responder —quizá para que no tuviera la oportunidad de responder—, Torrent se volvió bruscamente hacia Terisa. Mirando a Terisa como si el hecho de mantener alzada la barbilla fuera un acto de valor, dijo:

—Estoy segura de que mi madre te ha dado la bienvenida, mi dama, pero permíteme que te la dé yo también. Mi abuelo, el Fayle, nos contó todo lo que sabía acerca de ti, pero sólo nos hizo sentir más curiosas. Me temo que te agotaremos con

nuestras preguntas.

—Por favor —Terisa no tenía ni idea de que estaba enrojeciendo. Hizo un esfuerzo especial para hablar tranquilamente, confortablemente, para relajar a Torrent—. Llámame Terisa. Tanto Myste como Elegia lo hacen así.

Eso trajo una sonrisa al rostro de Torrent, una ligera disminución de su timidez.

—¿Conoces a Myste y Elegia? Supongo que sí, puesto que has estado en Orison. ¿Sois amigas? ¿Cómo están? —Al cabo de un instante de vacilación y una rápida mirada a la Reina Madin, preguntó—: ¿Y mi padre? ¿Cómo se encuentra?

—Torrent —dijo la Reina, amable pero firmemente—, debemos sentarnos. Si no lo hacemos, Geraden y dama Terisa permanecerán de pie toda la noche.

Con una convincente imitación de una mujer sin voluntad propia, Torrent se sentó inmediatamente en la silla más cercana.

La Reina Madin tomó un sillón cerca del fuego. Geraden y Terisa se acomodaron juntos en un sofá entre la Reina y su hija. Inmediatamente, el sirviente trajo vasos de vino en una bandeja, luego depositó la jarra cerca de Torrent y se retiró.

—Estaréis cansados de vuestro viaje —dijo la Reina Madin después de probar el vino—. Dentro de poco podréis bañaros y comer. Se os proporcionará todo el descanso que necesitéis. Pero debéis comprender que estamos hambrientas de noticias. A la Casa del Valle no nos llegan ni siquiera los rumores de Romish, sin mencionar los de Orison. ¿Cómo *están* Elegia y Myste? —Sólo por un momento, su garganta se cerró—. ¿Cómo se encuentra el Rey?

Ahora Geraden vaciló; el cambio que la Reina Madin había observado pareció abandonarle momentáneamente. Lo cual tenía perfecto sentido para Terisa. Sintió encogerse su corazón, y una punzada de dolor la envolvió. Era posible que la Reina y Terisa aceptaran de buen grado las noticias del Rey Joyse: posible, pero muy improbable.

—Es difícil —murmuró torpemente Geraden—. Realmente, no puedo decirte nada sin contártelo todo..., y no sé por dónde empezar. No puedo pensar en ninguna forma de decir esto sin que duela.

Torrent estudió sus manos, pero Terisa pudo ver que estaba respirando profundamente para tranquilizarse. La Reina Madin, por su parte, se enfrentó a la inseguridad de Geraden sin parpadear.

—Dinos la verdad —indicó llanamente—. Las especulaciones serán más dolorosas para nosotros que cualquier noticia.

De todos modos, Geraden siguió dudando.

Hoscamente, porque lo único peor que el conocimiento era la ignorancia, Terisa

dijo:

—El Rey sabe lo que está haciendo. Lo hace a propósito.

Torrent no alzó los ojos; pareció quedarse helada en su silla.

—A propósito —hizo eco lentamente la Reina Madin—. Mi dama, debes explicar esta observación.

—Desgraciadamente, es cierta —intervino rápidamente Geraden—. Terisa sabe más que nadie acerca de las razones e intenciones del Rey Joyse. Ha tenido varias charlas con él..., él le ha respondido preguntas. Se ha salido de su camino para darle explicaciones. Creo que es debido a la forma en que ella llegó a Orison. Una traslación imposible..., o que todos pensamos que era imposible hasta que me di cuenta de que puedo hacerla todas las veces que quiera. Ella era tan obviamente importante. Se halla implicada en el augurio de la Cofradía. No sabíamos cuál era su talento, pero resultaba evidente que tenía que poseer algún tipo de poder sin precedentes.

Bruscamente, se obligó a detenerse. Hablando con voz muy clara, dijo:

—Por lo último que he oído, Elega está bien. No sabemos nada de Myste.

—Es una trampa, mi dama Reina —intentó explicar Terisa—. El Rey está preparando una trampa para sus enemigos, para los enemigos de Mordant. Eran demasiado poderosos..., y él no sabía quiénes eran. Y temía que se fueran haciendo más y más fuertes..., que pudieran devorar Alend o Cadwal, o ambos a la vez, y dejarlo a él solo mientras se hacían más y más fuertes, hasta que fueran demasiado fuertes para él, demasiado fuertes para cualquiera. Temía que, si no descubría quiénes eran sus enemigos y los detenía, lo perdería todo.

—Eso era cierto —intervino crispadamente la Reina—. Cualquier tonto puede verlo.

—Así pues —siguió Terisa, con un gruñido para sí misma—, se hizo débil.

La Reina Madin la miró.

—No te creo. ¡Qué tontería! ¿Para qué sirve la debilidad? ¿Cómo puede usarse contra Imageros y ejércitos?

Hubiera podido decir más, pero Geraden intervino. La inesperada autoridad en la forma en que alzó la cabeza la detuvo.

—Escúchanos, mi dama Reina —jadeó suavemente—. Por favor, escúchanos.

—Lo siento —murmuró Terisa—. Es la verdad. Es todo lo que tenemos.

»Paralizó su propia fuerza. Hizo imposible que la Cofradía hiciera nada efectivo. Minó al Castellano. Abandonó al Perdon sin refuerzos. Insultó al Príncipe Kragen..., probablemente el Fayle te lo contó. Se hizo aparecer como un estúpido. Hizo —su

voz se detuvo un instante— todo lo posible por alejar de su lado a su familia. — Pensó que debía mencionar al hijo del Tor, pero no tuvo valor para ello—. Prácticamente castigó a la gente como Geraden por ser leal.

La Reina Madin permaneció sentada sin mover ni un músculo, escuchó sin ninguna reacción excepto un lento enrojecimiento de sus mejillas. Torrent respiraba tan pesadamente que casi estaba jadeando.

—Mi dama Reina, se convirtió a sí mismo en un *blanco*. Para que sus enemigos lo atacaran *a él*, en vez de devorar lentamente Alend y Cadwal y Mordant hasta hacerse demasiado fuertes para ser vencidos. Todo fue un ardid, un truco para hacer que sus enemigos intentaran destruirle a él antes de hacerse lo bastante fuertes como para sentirse seguros.

El Domne había puesto su dedo en la llaga. El Rey Joyse deseaba salvar al mundo. Había hecho daño a toda la gente a la que más amaba porque salvar al mundo era más importante para él que cualquier otra cosa.

Aquel era un terrible peso que soportar.

Por otra parte, tampoco era exactamente sencillo para la gente a la que amaba.

Sin advertencia previa —y casi sin transición, como si hubiera estado secretamente de pie todo el rato—, la Reina Madin se levantó.

—¿Por qué? —preguntó, con una voz que hizo que Terisa sintiera deseos de esconderse debajo del sofá—. Si eso es cierto, ¿por qué no me lo dijo? —No gritó, pero su tono tuvo el impacto de un grito—. ¿Acaso no confiaba en mí? ¿Acaso creía que yo no lo comprendería..., que no lo *aprobaría*?

Geraden se puso también en pie para enfrentarse a ella.

—Mi dama Reina —preguntó suavemente, intensamente—, ¿qué hubieras hecho tú si él te lo hubiera dicho?

—No hubiera *venido aquí*. —La Reina hubiera podido estar muy bien gritando—. Hubiera permanecido a su lado, en vez de permitir que todo el mundo pensara que había perdido mi amor por él y sus ideales y el reino.

Geraden lanzó a Terisa una mirada llena de dolor y de pena, una mirada que la hizo levantarse y situarse a su lado, pero no retrocedió.

—Ése es el problema, mi dama Reina. Hubieras seguido a su lado. Y mientras hubieras permanecido allí, nadie hubiera creído que se estaba derrumbando. No realmente. O, aunque lo hubieran creído, hubieran sabido que tú seguías allí para tomar decisiones por él. La Reina Madin, la hija del Fayle, la mujer más formidable de Orison. Su trampa hubiera fracasado. Nadie hubiera caído en ella.

»¿Y si él te hubiera pedido que te fueras? —siguió Geraden—. ¿Si te hubiera

explicado su trampa y te hubiera pedido que cooperaras abandonándole? ¿Hubieras cedido? ¿Hubieras podido permanecer así con los brazos cruzados durante..., cuánto hace ya, dos años..., mientras él arriesgaba su vida y todo aquello en lo que ambos creéis?

Tenía razón: aquello era doloroso en extremo. Sin embargo, Terisa estaba segura de que aquellas cosas debían de ser dichas. Se sintió agradecida de no ser ella quien las estuviera diciendo.

Y la Reina Madin estaba dolida: eso era inconfundible. Había recibido un golpe que la había agitado hasta los huesos.

—Mi dama Reina —concluyó Geraden, con voz densa por el pesar—, si esa política tiene éxito, si hay alguna posibilidad de salvar Mordant..., ¿qué otra cosa podía haber hecho?

—Oh, padre. —Torrent estaba tan afligida que observó abiertamente el rostro de Geraden, sin timidez, sin vergüenza—. ¿Qué he hecho? Hubiera debido quedarme contigo. Como Myste y Elegia.

—No, Torrent. —La Reina Madin intentó hablar como si las lágrimas no resbalaran por sus mejillas, como si no hubiera ningún dolor en su pecho—. Hubiéramos roto su corazón. Ya fue bastante difícil para él echarnos de su lado. Hubiera sido terrible intentar echarnos de su lado y fracasar..., y perder así la posibilidad de salvar su reino.

—Pero ha causado todo este dolor, y nosotros lo abandonamos para que lo soportara solo. —Sentada, Torrent parecía pequeña e indefensa, demasiado niña para comprender o ser consolada—. Yo lo abandoné. Él no quería causar ningún dolor. Su corazón ya está roto, o de otro modo no hubiera hecho algo tan desesperado...

Pese a su propio dolor, la Reina ofreció a su hija una respuesta consoladora:

—Tranquila, niña. No nos precipitemos en llamarle desesperado. Tu padre siempre ha sabido calcular bien los riesgos. No debemos creer en lo peor hasta que haya sido demostrado.

Entonces se secó los ojos y se enfrentó directamente a Geraden y Terisa.

—Ahora —dijo, con un tono de apenas oculta ferocidad—, tenéis que decirnos cuáles han sido los resultados de la debilidad del Rey.

Geraden asintió. Terisa murmuró:

—Sí.

A retazos, yendo hacia delante y hacia atrás a medida que se les ocurrían los detalles y desarrollos, contaron su historia de una forma tan coherente como les fue posible.

Y, mientras la contaban, la Reina Madin se convirtió en otra mujer ante sus ojos. Pareció hallar sostén en los acontecimientos que describían, las implicaciones que examinaban. Ella conocía, por ejemplo, lo del desastre del campeón de la Cofradía, así como el extraño intento del Maestro Eremis de conseguir una alianza de los señores de los Cares, el Príncipe Kragen y la Cofradía: el reavivar de esa información no tuvo ningún efecto sobre ella ahora. Pero la presencia —y la libertad de movimientos— del Monomach del Gran Rey en Orison hizo que sus hombros se enderezaran. La forma en que el Rey Joyse trató al Perdon y al Príncipe Kragen pareció fortalecer sus huesos. La loca y galante persecución por parte de Myste del campeón hizo brillar sus ojos. Y el complot de Elegá con Nyle y el Príncipe Kragen para traicionar Orison —que Geraden explicó con considerable dificultad porque él también se sentía herido por ello— pareció traer un fluir de juventud a las mejillas de la Reina.

—Valiente Elegá —murmuró, como si ella hubiera hecho lo mismo en el lugar de su hija. Pero, cuando oyó que Orison estaba sitiado, restalló como un soldado:

—Entonces, ¿qué estáis haciendo vosotros *aquí*? ¿Por qué no estáis *allí*, luchando por el Rey Joyse y Mordant?

—Mi dama Reina —respondió Geraden—, aún tenemos mucho que explicarte.

Sólo por un segundo, la Reina hizo una pausa..., no dudando, sino simplemente dando tiempo a las fuerzas dentro de ella para que se recuperaran. Luego, sorprendentemente, dijo:

—Eso tendrá que esperar. Hasta la cena, quizá. No tengo tiempo para ello ahora.

Inmediatamente dio dos palmadas, llamando a un sirviente.

Casi de inmediato, el sirviente que había traído el vino entró en la habitación. Sin dirigir una mirada a sus huéspedes, la Reina ordenó:

—Por favor, conduce a Geraden y a dama Terisa a sus habitaciones. Proporcionales agua caliente para bañarse y ropas limpias. Anuncia la cena para ellos para dentro de una hora. Luego tráeme a los hombres del Fayle.

»Ven, Torrent. Tenemos que prepararnos.

Mientras el sirviente hacía una inclinación de cabeza, la Reina Madin se dirigió hacia la puerta tan regiamente como si llevara tras ella toda una procesión.

Con expresión enrojecida, Torrent saltó en pie y se apresuró detrás de su madre.

Las miradas de Geraden y Terisa se cruzaron en rápida aprensión; luego él reunió toda su temeridad para preguntar:

—Mi dama Reina, ¿qué piensas hacer?

La Reina Madin se detuvo en la puerta.

—¿«Hacer», Geraden? Mi esposo y mi hogar se hallan sitiados. Una de mis hijas se ha aliado con los de Alend. Otra, si aún vive, se ha embarcado en una loca búsqueda tras un campeón de otro mundo. No voy a permanecer alejada de todo esto. Regreso a Orison.

»Tengo intención de llegar allí en tres días.

Abandonó la habitación con Torrent casi jadeando a sus talones.

Durante un largo momento, Terisa y Geraden permanecieron allí donde estaban, inmóviles, como si esperaran que el techo se derrumbara sobre ellos. Luego, ella se recuperó, hizo un esfuerzo por sacudirse la sorpresa de su cabeza. Para romper el shock, murmuró:

—Bueno, al menos nos va a dar tiempo para tomar un baño y comer algo.

Él bufó.

—Hubiera debido sospechar que ocurriría algo así. Hace mucho tiempo que la conozco.

»La verdad —se encogió impotente de hombros— es que siempre me ha gustado.

Terisa se sintió levemente inquieta al descubrirse pensando en su propia madre, que no se había parecido a la Reina Madin en ninguna forma significativa. Y ella, Terisa, hubiera podido convertirse tan fácilmente en la imagen de su padre: pasiva y vana, con toda su pasión mantenida secreta. Si Geraden no hubiera acudido a por ella...

Deslizándolo su brazo como una promesa bajo el de él, lo acompañó fuera de la sala de estar.

Cenar en la larga mesa del comedor formal de la Casa del Valle fue una extraña experiencia.

Una abundancia de velas hacía resplandecer los pandeados y los ornamentos. Había una gruesa alfombra bajo sus pies, abultados almohadones en las sillas. La comida era buena, mejor que cualquier cosa que Terisa y Geraden hubieran comido últimamente; el vino era casi igual a la comida. Y la sensación de sentirse limpios de nuevo de pies a cabeza, de hallarse envueltos en ropas limpias, de poder pensar en una buena cama, era un lujo tan grande que parecía prácticamente indecente.

Además, Torrent se sentía fascinada por el lado personal de la historia de Terisa y Geraden. Antes de que terminaran la sopa, estaba tan prendida en lo que oía que olvidó toda su timidez. Se mostró indignada ante las manipulaciones del Maestro Eremis, horrorizada por el asesinato del Maestro Quillón. Los repetidos rescates de Terisa de los intentos de asesinato de Gart la emocionaron. Mostró su pena por el Castellano Lebbick, y sin embargo no pudo contener un estremecimiento ante las

cosas que el Castellano le había hecho a Terisa. Las heridas de Artagel y la infelicidad de Nyle abrumaron su corazón. El descubrimiento del talento en sus huéspedes la llenó de maravilla. Escuchó la destrucción de Houseldon y el peligro de Sternwall con labios entreabiertos y mejillas encendidas.

Sin pretenderlo, sin darse cuenta de ello, ayudó a hacer la cena tan agradable como era posible para sus huéspedes.

Fue la Reina Madin quien proporcionó la nota con su extraña conducta. No pareció oír ni una palabra de lo que Terisa y Geraden dijeron.

No se mostró vaga o desconcertada: simplemente estuvo ausente. Su atención estaba tan intensamente centrada en otra parte que no le quedaba nada para perderla en detalles tan comparativos como la mendacidad del Maestro Eremis o las acumuladas aflicciones del Castellano Lebbick.

Como resultado de ello, ni Geraden ni Terisa fueron capaces de relajarse. Inesperadamente, Terisa se halló pensando que la Reina era una mujer más bien vieja para intentar algo tan arduo como un viaje a toda prisa hasta Orison. Así que decidió hablar en privado con Torrent después de la cena, para preguntarle si había alguna cosa que Torrent pudiera hacer para disuadir a la Reina.

Desgraciadamente, cuando la Reina Madin anunció el final de la cena, se llevó de inmediato a Torrent con ella. En vez de decir buenas noches, informó a sus huéspedes que los hombres que los habían traído hasta allí irían en busca de un grupo de caballos a Romish.

—A fin de que no tengamos que detenernos tan a menudo por el camino. Partiremos tan pronto como las monturas sean capaces de ver donde pisan. —Luego se llevó con ella a Torrent.

Terisa regresó con Geraden a su habitación, turbado por la sensación de que aquella visita a la Reina no estaba produciendo los resultados que había esperado. Hubieran sido ésos cuales hubieran sido.

Cuando estuvieron a solas, le preguntó a Geraden:

—¿Es esto una buena idea?

—¿Qué? —respondió él distraídamente—. ¿Esa prisa por alcanzar Orison en sólo tres días?

Ella le dio un golpe en el hombro para llamar su atención.

—Por supuesto, idiota. ¿De qué otra cosa crees que estaba hablando? ¿No es un poco extraño intentar algo así?

Él dejó escapar una risita.

—Dile *tú* que es demasiado vieja..., si te atreves. —Antes de que Terisa pudiera

golpearle de nuevo, sin embargo, intentó darle una respuesta seria—. No es el camino lo que me preocupa. O bien puede hacerlo, o bien no. En cualquier caso, es algo que no está en nuestras manos. Lo que me preocupa es el asedio. El Príncipe Kragen y sus diez mil hombres. O, peor aún, el Gran Rey Festten y su número doble de hombres de Cadwal.

»¿Cómo se propone entrar en Orison a través de ellos? Suponiendo que el castillo aún no haya sido tomado. Cuando descubran quién es, no van a echarse exactamente a un lado para dejarla pasar. Es el rehén perfecto. El Rey Joyse puede haber sido capaz de volver sus espaldas al Perdon. Puede incluso haber conseguido tragarse lo que le ocurrió al hijo del Tor. Hasta puede haber dejado marchar a Myste y Elegia. Pero no será *capaz* —Geraden pronunció claramente las palabras, como redobles de tambor— de permanecer sentado mientras alguien como el Gran Rey amenaza a su esposa.

»Ella es la única arma que Alend o Cadwal necesitan para vencerle.

Terisa sintió que se le revolvía el estómago ante el pensamiento.

—Oh, estupendo —murmuró—. Me alegra tanto que me lo hayas dicho.

—Duerme bien —respondió él con una sonrisa maliciosa, y se volvió del otro lado.

Ella tuvo que puñearle varias veces para conseguir que se volviera del lado que le correspondía.

Por una variedad de razones, ninguno de los dos durmió mucho. Bastante antes del amanecer se levantaron, se vistieron, y acudieron a ayudar a los preparativos para el camino.

Fuera de las protectoras piedras de la casa, el aire parecía más frío que en los últimos días. Incluso a la grisácea luz de antes de la salida del sol, el día tenía una claridad casi presciente, una dimensión de precisión visual que hizo estremecer a Terisa. Apretó en torno a sus hombros la media capa que le había dado el Termigan, e intentó no pensar en lo cansada que estaba.

Las tablas del porche crujieron bajo sus pies.

Desde el porche de la Casa del Valle, las colinas que rodeaban el río Kolted parecían alzarse más grandes de lo que habían parecido la tarde anterior. Eran oscuras al penumbroso preaviso del amanecer, llenas de potencial: todo un mundo se extendía tras ellas, completamente oculto. Le recordaban que la Casa del Valle podía ser fácil de emboscar.

Por otra parte, una emboscada no parecía muy probable en aquellos momentos. Incluso los villanos y traidores que se respetaban estaban aún en la cama a aquellas

horas. Y los dos hombres del Fayle se hallaban ya allí, junto con el mozo que habían traído de Romish para ocuparse de los caballos y un sirviente para atender a las necesidades de las damas Reina Madin y Torrent. En cuanto a los caballos...

Debía haber dieciséis o diecisiete de ellos, llenando la hondonada entre la casa y el río. Las monturas de Terisa y Geraden. Caballos para los cuatro hombres y las dos damas. Varios animales para cargar con las provisiones. Y una segunda montura para cada uno, a fin de que los caballos permanecieran descansados mientras la Reina seguía avanzando.

Golpeteaban sus cascos contra el suelo, agitaban sus crines; dos o tres de ellos resoplaron desconsoladamente. Los adornos de las guarniciones tintineaban suavemente, ahogados por el cuero. El mozo se movía entre ellos, colocando las sillas a aquellos que iban a ser montados primero, apretando las cinchas. El sirviente de la Reina Madin estaba atareado contemplando de nuevo el contenido de sus provisiones.

Puesto que hacía frío y tenía que hacer algo, Terisa preguntó a Geraden:

—¿No crees que deberíamos intentar detenerla?

Él se encogió de hombros; la penumbra ocultó su expresión.

—Lo intentaré. Pero no confíes demasiado en ello.

El cielo que se extendía por encima de las colinas empezó a adquirir un color perlino, pero sin su cualidad nacarada: era a la vez profundo e impenetrable. Si acaso, la proximidad del amanecer hacía las colinas más oscuras; se cerraban en torno al río y la Casa del Valle, como si meditaran. Sin embargo, un tramo de agua cerca de la curva junto a las colinas captó el reflejo del aire y brilló plateado.

Terisa deseó poder dejar de temblar.

Al cabo de un momento, la Reina Madin salió al porche, con Torrent a sus talones. La luz iba mejorando: Terisa vio que ambas damas iban envueltas en cálidas capas; botas de montar protegían sus pies y tobillos; llevaban pañuelos atados en torno a sus cabezas para mantener el aire fuera de sus rostros.

—¿Estamos listos? —preguntó la Reina a quienquiera capaz de contestarle—. ¿Podemos irnos?

—Dentro de un momento, mi dama —respondió el mozo. Estaba inspeccionando los cascos de los caballos.

Geraden carraspeó.

—Mi dama Reina, ¿estás segura de que es prudente esto? Tengo recelos al respecto.

—Geraden... —la Reina Madin no le miró, sus ojos estaban fijos en la nítida silueta de las colinas—, me subestimas si piensas que cualquier «recelo» tuyo se

interpondrá entre yo y mi esposo.

Geraden dejó que su voz adquiriera una cierta dureza:

—Quizá *tú* me subestimes *a mí*, mi dama Reina. No sabes cuáles son mis recelos.

—¿De veras? —Seguía sin mirarle—. Estás preocupado de que pueda convertirme en un rehén a manos de las fuerzas que asedian Orison.

—Sí —admitió él. Su tono le dijo a Terisa que se sentía un tanto estúpido.

—Ésa es una importante preocupación. No tengo intención de permitir que Alend o Cadwal me utilicen contra el Rey. —Hizo una pausa, luego dijo—: Será tu deber ayudarme a asegurarnos de que esta dificultad no se produzca.

—Sí, mi dama Reina —murmuró hoscamente Geraden.

Terisa apoyó una mano en el brazo de él y le dio un pequeño apretón de consuelo.

—Ya está, mi dama Reina —anunció el mozo por encima del ruido de los cascos de los caballos—. Puedes montar cuando desees.

Torrent dejó escapar un jadeo ahogado.

—Un momento —dijo rápidamente—. He olvidado algo. —Antes de que nadie pudiera reaccionar, se apresuró de nuevo al interior de la casa.

En voz muy baja, de modo que nadie excepto Terisa y Geraden pudiera oírla, la Reina murmuró:

—Probablemente una de sus muñecas. No le gusta dormir sin sus muñecas. —Su tono era afectuoso, pero sugería que no comprendía cómo había llegado a producir una hija como Torrent.

Era sorprendente lo nítido que resultaba todo para Terisa. Cada una de las colinas al otro lado del río tenía una forma particular, un carácter individual. Cada una de las montañas miraba en una dirección distinta, testarudamente decidida a ver la vida desde su propio ángulo. Geraden mantenía la cabeza alzada como si hubiera atrapado algo de la actitud y el estado de ánimo de la Reina. La propia Reina Madin era un nudo de controlada impaciencia. El mozo y el sirviente aguardaban. Los hombres del Fayle habían empezado a moverse hacia el porche a fin de ayudar a montar a las damas.

Y sintió el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen.

—¡Geraden! —gritó, casi gimió, porque su desesperación fue tan repentina—. ¡Viene una traslación!

Como si ella y Geraden compartieran una misma mente, una misma voluntad, aferraron a la Reina Madin por los brazos, uno a cada lado, y prácticamente la arrojaron fuera del porche, escalones abajo, por entre los bruscamente alocados

caballos.

Terisa tuvo tiempo de oír a uno de los hombres maldecir como si hubiera sido pateado por uno de los caballos. Registró el rápido jadeo de sorpresa de la Reina, su rápido autocontrol. Sintió, antes que ver, las aún atadas monturas retorcer sus grandes cuerpos a su alrededor, chocar entre sí, tropezar, iniciar un pánico.

Luego se volvió a tiempo para ver una lluvia de rocas aparecer de la nada en medio del vacío cielo y caer pesadamente contra el techo de la Casa del Valle.

Una lluvia de rocas tan enorme como una avalancha. Seguida de un resonar como de truenos, el desprendimiento de toda una ladera de una montaña.

Las tejas y las vigas no podían resistir aquello, ni siquiera podían soñarlo. Casi sin transición, todo el piso superior de la casa se combó y se hundió, sumergiéndose hasta el nivel donde se hallaban los dormitorios.

—¡Torrent! —gritó la Reina Madin. Sin pensar, se retorció entre los brazos de Terisa y Geraden, intentó correr hacia la casa—. *¡Torrent!*

Terisa ayudó a Geraden a arrastrar a la Reina hacia atrás.

Un caballo enloquecido les golpeó con sus cuartos traseros y les hizo perder el equilibrio. Cayeron.

La caída de rocas siguió con un sonido como si las propias colinas hubieran empezado a retumbar y a desmoronarse. El nivel de los dormitorios de la casa resistió hasta que demasiadas toneladas de cascotes se acumularon sobre él; entonces, una habitación tras otra, fueron cediendo hacia el piso bajo.

Rebotando como pelotas, enormes piedras cayeron del montón a la hondonada. Un caballo chilló horriblemente; otros relincharon, agitándose en alocados círculos. Estaban atados, no tenían forma de escapar. Detrás de Terisa, el mozo fue mortalmente pisoteado. No supo cómo ninguna de las piedras la alcanzó a ella. La caída, el derrumbe y los caballos hacían tanto ruido que no pudo oír ninguna de las piedras que chapotearon en el río; no pudo oír ningún grito, ninguna orden, ninguna advertencia.

Lentamente, la avalancha fue disminuyendo. La caída de rocas se convirtió en grava, luego en polvo.

Terisa miró alucinada mientras el tronar recedía y enormes nubes de polvo se alzaban en el amanecer.

El hecho de que no se estaba moviendo casi la mató.

Había hombres a caballo en medio del caos, al menos media docena de ellos. Agitaban sus animales en medio de las monturas atadas.

Uno de ellos derribó a Geraden al suelo de un golpe; éste nunca llegó a verlos

venir. Otro derribó a Terisa en medio de un torbellino de cascos agitados por el pánico.

Y, sin embargo, de alguna forma, antes de que se protegiera la cabeza y se hiciera un ovillo para protegerse de ser pisoteada, tuvo tiempo de ver a tres hombres saltar de sus monturas y agarrar a la Reina.

Tuvo tiempo de ver que iban armados y vestidos como los hombres del ejército del Príncipe Kragen.

Eran hombres de Alend.

Luego, los cascos danzaron a todo su alrededor, golpeando el suelo, martilleando contra su vida, y ella no podía hacer nada excepto aferrarse a sí misma y mantener los ojos fuertemente cerrados hasta que los caballos la mataran o retrocedieran.

Retrocedieron. Geraden estaba de pie: gritaba a los caballos, los palmeaba desesperadamente hasta que se retiraron. Inmediatamente, se inclinó y la puso en pie.

—¡La Reina! —jadeó, como si algo se hubiera roto dentro de su pecho—. ¿Qué le ha pasado a la Reina?

Al mismo tiempo, otra mujer gritó desde lo más profundo de su corazón:

—¿Madre? ¡Madre!

Tambaleante, Terisa se volvió; arrastró a Geraden con ella.

Torrent estaba de pie en medio de las ruinas del porche, como si nunca hubiera sido tocada. Sus brazos estaban tensos y rígidos a sus costados; una de sus manos aferraba un cuchillo. No miraba a la hondonada, a los caballos, a Terisa y a Geraden; su rostro estaba alzado al cielo.

—¡Madre!

Terisa avanzó en aquella dirección, saliendo de la confusión de los caballos, intentando alcanzar a la hija de la Reina antes de que Torrent se volviera loca. Con Geraden tras ella, trepó entre las astillas de lo que quedaba del porche.

—¡No ha resultado muerta! —respondió al gemido de Torrent, gritando para hacerse oír por encima del recuerdo del trueno—. ¡Se la llevaron! ¡Ha sido secuestrada!

El Maestro Eremis había soltado otra de sus imponderables trampas. Pero ésta lo cambiaba todo. ¡Hombres de Alend! ¿Estaba coaligado con Alend? ¿Además de con Gart y el Gran Rey? En nombre de los cielos, ¿qué estaba *pasando*?

El grito de Terisa hizo que Torrent bajara la cabeza, trasladó su frenética mirada del cielo al rostro de ella.

—¿Qué?

Y Geraden preguntó ferozmente:

—¿Qué? ¿Secuestrada?

—Vinieron soldados. —Terisa era casi incapaz de distinguir entre su propia voz y el largo y profundo retumbar que aún resonaba dentro de su cabeza—. Soldados de Alend. Se la llevaron. Por eso ocurrió todo esto. Para que tuvieran la oportunidad de llevársela.

—¿Soldados de *Alend*? —Geraden empezó a gruñir obscenidades muy poco características de él, que Terisa nunca le había oído emplear.

—¿Por qué? —preguntó suavemente Torrent, como si se estuviera hendiendo en dos.

—¡Porque es tan importante! —jadeó de inmediato Geraden—. El Rey Joyse hará cualquier cosa para salvarla. Rendirá Orison y la Cofradía y a cada uno de nosotros para salvarla.

Lentamente, Terisa alzó su cuchillo, lo miró.

—Es culpa mía. —Terisa se sorprendió de que Torrent no estuviera llorando. La hija de la Reina sonaba como si estuviera llorando—. Deseaba coger un cuchillo. Para así ayudar a defendernos. Elegía lo hubiera hecho. Myste lo hubiera hecho. Pero yo lo olvidé. Así que corrí a la cocina. —Volvió la hoja a un lado, luego al otro, como si acariciara la idea de apuñalarse a sí misma—. Si yo hubiera estado con ella..., si no lo hubiera olvidado..., hubiera podido salvarla. Hubiera podido intentar salvarla.

No había duda en la mente de Terisa: Torrent se estaba volviendo loca.

Si hubiera ido a su dormitorio, como creía su madre, en vez de a la cocina, hubiera muerto casi instantáneamente.

—¡No! —respondió Terisa, tan fuerte como pudo, intentando poner convicción en su voz en medio del creciente sentimiento de horror—. Ninguno de nosotros hubiera podido salvarla. Nos cogieron por sorpresa. Los caballos crearon demasiada confusión. Los hombres...

Bruscamente, dio media vuelta para ver lo que les había ocurrido al mozo, al sirviente, a los hombres del Fayle.

El amanecer era más brillante ahora: no creaba mucho color, pero permitía verlo todo claramente.

Un casco había aplastado la cabeza del mozo: yacía en el suelo como si se estuviera humillando. Uno de los hombres del Fayle se aferraba una enorme herida incapacitadora en el hombro izquierdo; el otro había sido acuchillado también y yacía muerto. Caballos muertos y moribundos se extendían por todas partes, algunos aún estremeciéndose. Quizá diez de los animales permanecían aún vivos, pero de ellos la mitad al menos mostraban heridas de uno u otro tipo.

En medio de aquella carnicería, el sirviente de la Reina Madin estaba arrodillado al lado de su montura, gimoteando por su vida.

Tragándose la náusea, Terisa giró de nuevo bruscamente para enfrentarse a Terisa.

—Ninguno de nosotros hubiera podido salvarla —repitió roncamente.

—Entonces —la voz de Torrent tembló alocadamente, pero consiguió dominarse como si de repente se hubiera convertido en una mujer distinta—, debemos rescatarla.

Terisa la miró, sorprendida por la extraña sensación de que podía ver al Rey Joyse en los ojos de Torrent.

—¿Cómo? —Con un visible esfuerzo, Geraden se obligó a hablar de forma suave y razonable—. No tenemos ningún tipo de armas..., y no somos suficientes. Cuando consigamos ayuda de Romish, ellos ya estarán muy lejos. Tendrán todo el tiempo que quieran para borrar su rastro.

Torrent sacudió la cabeza.

—No Romish. —Inspiró profundamente varias veces, como si estuviera hiperventilando, con el resultado de que luego fue capaz de dominar el temblor en su voz—. Debéis conseguir ayuda de Orison.

Tanto Geraden como Terisa se la quedaron mirando con la boca abierta.

—No ocultarán su rastro de mí. Yo los seguiré y dejaré uno nuevo tras ellos. No puedo ayudar en nada más, pero eso sí puedo hacerlo. Él —señaló al hombre con la enorme herida en el hombro— irá a buscar apoyo para mí en Romish. Pero vosotros debéis cabalgar a Orison. Debéis advertir a mi padre.

Había perdido la cabeza. No había duda acerca de ello.

Torrent no dominó por completo su creciente histeria.

—¿No lo entendéis? ¡Es nuestra única esperanza!

Terisa y Geraden la miraron, abrieron la boca, contuvieron el aliento..., y de pronto él jadeó:

—¡Tiene razón! —Aferró el brazo de Terisa, haciéndola girar hacia los caballos—. ¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí!

Terisa se inmovilizó; se sentía incapaz de dar un paso. Salir de allí. Por supuesto. ¿Por qué no había pensado en ello? Cabalgar como locos atravesando medio Mordant hasta Orison, mientras ella va detrás de esos hombres de Alend y su madre, *sola*. Has hecho esto mismo una vez antes. ¿Acaso no lo recuerdas? Enviaste a Argus detrás del Príncipe Kragen, y lo mataron. Y detener a Nyle no nos sirvió de nada.

—Terisa —dijo él—. Te lo repito, ella tiene *razón*. Es nuestra única esperanza.

—¿Qué...? —No podía hacer funcionar su garganta. Una avalancha había estado

tan cerca de caer sobre ella. Como el derrumbarse de la sala de reuniones de la Cofradía—. ¿De qué estás hablando?

Como respuesta, Geraden hizo uno de sus supremos y generosos esfuerzos de controlarse en bien de ella. Intensamente, dijo:

—Su única esperanza es saber lo que le ha ocurrido a ella antes de que la gente que la ha secuestrado sepa que él lo sabe. Antes de que puedan decírselo. Antes de que empiecen a intentar usarla contra él. Durante este lapso, si podemos concederle un lapso, entre el momento en que él lo sepa y ellos sepan que él lo sabe..., todavía podrá actuar. Podrá hacer algo para salvarla. O salvarse a sí mismo.

—Sí —jadeó Torrent—. Esto es lo único que yo puedo hacer.

Bruscamente, saltó de las ruinas del porche y se encaminó hacia los caballos. Mantenía todavía el cuchillo firmemente sujeto en su puño.

Como si fuera su madre, ordenó al hombre herido:

—Toma un caballo, cabalga hasta Romish. Serás atendido allí. Explícales lo que ha ocurrido. Diles que necesito ayuda. Dejaré un rastro para ellos. —Luego su tono se ablandó—. Sé que estás gravemente herido. Pero no puedo hacer nada por ayudarte. Debo intentar salvar a la Reina..., y el reino de mi padre.

Como si estuviera acostumbrada a decisiones extremas —sin mencionar los caballos—, eligió uno de los animales, lo soltó y saltó a la silla.

Terisa hubiera intentado detenerla, pero la aquiescencia de Geraden la detuvo.

—Geraden —murmuró, suplicándole—. Geraden...

—Terisa —respondió él, tan lleno de certidumbre que ella no pudo discutir con él —, tiene razón. Tengo la más intensa sensación de que tiene razón.

—Adiós, Geraden —interrumpió Torrent—. Adiós, mi dama Terisa. Salvad al Rey.

»Hacedlo, y juntos rescataremos a la Reina Madin.

Geraden se volvió para ofrecerle a la hija del Rey una reverencia formal.

—Adiós a ti también, mi dama Torrent. Esta historia llenará al Rey Joyse de orgullo, le llegue como le llegue. —Un momento más tarde añadió—: Y tanto Myste como Elega van a sentirse *impresionadas*.

Eso casi hizo sonreír a Torrent.

A solas, cabalgó fuera de la hondonada en dirección al sendero tomado por los secuestradores de la Reina Madin.

Terisa aplicó el mejor torniquete que pudo en el hombro del hombre herido. Rechinando los dientes, Geraden abofeteó un poco de sentido común en el tembloroso sirviente de la Reina, luego le dio instrucciones de que se asegurara de

que el hombre del Fayle llegaba a Romish.

Después de esto, seleccionaron los dos mejores caballos, cargaron un tercero con provisiones, y emprendieron la marcha hacia el Demesne y Orison.

Equilibrados para la victoria

El ejército de Alend no se movía.

No se había movido desde hacía días.

Oh, el Príncipe Kragen mantenía a sus hombres bastante ocupados: estaba decidido a hallarse preparado para cualquier cosa. Pero no malgastó otra catapulta; no arriesgó ningún tipo de incursión, y mucho menos un ataque masivo; no hizo nada más que esfuerzos encubiertos de espiar dentro del castillo. De hecho, lo único que al parecer hizo para adelantar el asedio fue impedir completamente que nadie entrara o saliera de Orison: aisló al Rey Joyse de cualquier fuente concebible de noticias. Aparte esto, él y sus fuerzas pudieran estar muy bien de maniobras.

En otros sentidos estaba atareado, por supuesto. Por ejemplo, tenía un abundante número de hombres fuera todo el tiempo, buscando furtivamente algún signo del campeón de la Cofradía. Sabiendo lo que el campeón le había hecho a Orison, el Príncipe Kragen sentía una positiva aversión hacia la perspectiva de ser atacado por detrás por aquel luchador solitario. Además, pasaba bastante tiempo, tanto a solas como con su padre, intentando comprender a las hijas del Rey Joyse.

Pero las advertencias del Rey Joyse le atormentaban..., y las del Maestro Quillón. No tomó ninguna acción directa para apresurar la caída de Orison.

Eso cambió durante la noche que Terisa y Geraden pasaron con la Reina Madin.

Naturalmente, el Príncipe Kragen no tenía ninguna forma de saber dónde estaban Terisa y Geraden. Ni siquiera podía saber que habían abandonado Orison..., o que la necesidad de Mordant estaba llegando a una crisis a su alrededor.

Por otra parte, estaba alerta a cualquier signo externo de lo que estaba ocurriendo en el castillo.

Cuando los hombres que tenían el deber de vigilar las murallas más atentamente después del anochecer le informaron de que habían oído gritos y agitación, y visto luces al otro lado del muro cortina, no dudó: envió media docena de exploradores elegidos para que se arrastraran lo más cerca que pudieran del muro, treparan a él si era necesario, y descubrieran qué estaba ocurriendo.

Las noticias que trajeron de vuelta tensaron la excitación o el temor en torno a su corazón.

Se estaban produciendo disturbios al otro lado del muro cortina.

Al parecer, la superpoblada y excesivamente nerviosa población de Orison estaba iniciando una rebelión activa contra el Castellano Lebbick.

Al cabo de un tiempo el ruido menguó, como si los disturbios estuvieran trasladándose hacia la parte principal del castillo. Pero siguió viéndose luz en los bordes del muro, llameando intermitentemente, como un fuego fuera de control. Y, cuando llegó el amanecer, el Príncipe vio sucias nubéculas de humo enroscarse hacia arriba desde la herida en el costado de Orison, proporcionando al castillo una apariencia de muerte que no había tenido desde el día en que el campeón le causó aquella primera herida.

De nuevo, el Príncipe Kragen no vaciló: había pasado la noche preparando su respuesta. A su señal, cincuenta hombres cargando un ariete y protegidos por un armazón corrieron a probar las puertas. Las paredes y el techo del armazón, tras recibir la lluvia de flechas de los defensores, hizo que el ariete pareciera tan erizado como un puerco espín; pero el uso del armazón podía ser una táctica efectiva, siempre que la puerta cediera antes de que los defensores tuvieran tiempo de preparar un contraataque..., o siempre que se vieran distraídos por problemas en algún otro lugar.

Como distracción, el Príncipe Kragen envió varios cientos de soldados con escalerillas de cuerda y garfios al asalto del muro cortina.

Desgraciadamente, los guardias de Orison demostraron estar a la altura de las circunstancias. Un barril de aceite para lámparas y una gavilla encendida convirtieron el armazón protector del ariete en un infierno. Y el Castellano —o quien fuera que había tomado el mando después del disturbio— había esperado obviamente el ataque contra el muro cortina; así que las defensas allí habían sido reforzadas.

Cuando el Príncipe Kragen supo que sus hombres estaban recibiendo más bajas de las se podía aceptar sin conseguir nada, se mordisqueó el bigote, maldijo, agitó sus puños al cielo..., todo ello interiormente, en la intimidad de sus pensamientos, para que nadie fuera testigo de su frustración. Luego ordenó la retirada.

Más bien tentativamente, como si deseara comprobar el estado de ánimo del Príncipe, uno de sus capitanes comentó:

—Bueno, en *algún* momento se les acabará el aceite.

El Príncipe Kragen maldijo de nuevo..., esta vez en voz alta. Luego dio instrucciones al capitán de que efectuara incursiones por los pueblos y bosques de los alrededores en busca de madera: deseaba más arietes, más armazones protectores. Y, mientras se realizaban esas incursiones, se preparó a usar todos los arietes y armazones de que ya disponía.

Si los defensores hubieran dejado que cualquiera de los arietes que envió ahora contra ellos alcanzara las puertas, pronto hubieran sabido que ninguno de ellos llevaba hombres suficientes como para ponerlas ni siquiera en peligro. Esta vez, sin embargo —¡por una sola vez!—, su táctica funcionó. Los defensores hicieron arder concienzudamente todos los arietes y sus armazones hasta convertirlos en carbón.

El Príncipe sonrió hoscamente bajo su bigote. Al parecer, el Castellano Lebbick —o quienquiera que lo hubiera reemplazado después de los disturbios— era aún lo suficientemente humano como para ser engañado de tanto en tanto.

Los disturbios que se produjeron aquella noche en Orison fueron graves.

Había un cierto número de excusas. Realmente, el castillo estaba superpoblado, terriblemente superpoblado..., un detalle que empezaba a ser cada vez más oneroso para todo el mundo a medida que se prolongaba el asedio. Y, por supuesto, el asedio se había iniciado a finales de un duro invierno, antes de que la primavera pudiera haberle sido de ningún bien a nadie; así que las provisiones eran relativamente escasas, y todo, desde la comida y el agua hasta las mantas y el espacio, estaba estrictamente —un número creciente de personas decían *duramente*— racionado. Por el Castellano Lebbick, naturalmente. Pese al heroico relleno del depósito por parte del Maestro Eremis.

Y el excedente de población de Orison no tenía nada que hacer. Nadie en realidad tenía nada que hacer. Mientras el ejército de Alend se limitara a sentarse con todas las cabezas clavadas en el culo del Príncipe —como apuntó un viejo y cansado guardia—, nadie tenía ninguna salida para aliviar su creciente miedo.

¿Por qué el Príncipe Kragen no *hacía* algo?

¿Dónde estaba el Gran Rey Festten?

E, incidentalmente, ¿dónde estaba el Perdon?

¿Cuánto tiempo más iba a durar aquello?

Los temperamentos empezaban a deteriorarse; la hostilidad era alimentada por la frustración y la inutilidad; los agravios se multiplicaban en todas direcciones. Las cloacas de Orison no dejaban de cegarse porque los campos de drenaje no eran adecuados para la población actual. Y los líderes de Orison, los hombres al mando —el Rey Joyse, el Castellano Lebbick, el Maestro Barsonage— no hacían nada para aliviar la presión. Todos ellos proseguían sus vidas en el más absoluto aislamiento, como si la creciente miseria sellada dentro de aquellos muros fuera algo inmaterial para ellos. Incluso los habitantes del castillo que estaban en situación más cómoda —los hombres de posición, las mujeres de privilegio— estaban de un terrible humor; y el descontento iba extendiéndose.

Pero ni siquiera ese descontento podía funcionar en el vacío: necesitaba un foco, un blanco.

Necesitaba al Castellano.

Hubiera sido un candidato probable en cualquier caso. Después de todo, la responsabilidad de decidir y distribuir las aflicciones de Orison descansaba sobre sus

hombros. Los comerciantes y granjeros habían tenido tiempo de amargarse sobre la confiscación de sus artículos. Las madres con niños enfermos tenían causa de queja sobre el racionamiento de las medicinas. La gente con una necesidad normal de actividad —e intimidad— no tenía a nadie más a quien culpar de la falta de esas necesidades.

Los guardias, sin embargo, eran leales a su comandante. La mayoría de ellos habían tenido años para familiarizarse con sus lealtades..., hacia ellos tanto como hacia el Rey Joyse. Y estaban acostumbrados a recibir sus órdenes. De una u otra forma, trabajaban para controlar la creciente presión contra el Castellano.

Como resultado de ello, no hubo ningún disturbio —ningún brote serio de resentimiento— hasta que alguien arrojó una chispa sobre la leña del sombrío humor de Orison.

Ese alguien fue Saddith.

Ahora ya estaba en pie, capaz de ir de un lado para otro. Pese a la pérdida de unos cuantos dientes, y al más bien espectacular daño sufrido en el resto de su rostro, era capaz de hablar. Y eso fue lo que estuvo haciendo desde que se sintió lo bastante fuerte como para levantarse de la cama: ir de un lado para otro, hablando.

Había empezado con todos los hombres de Orison que la habían visitado alguna vez entre sus piernas..., o le habían dejado saber que les gustaría visitarla. Les había contado a esos hombres lo que el Castellano le había hecho, y por qué: ella se había metido en su cama por simple lástima de su soledad, por simple compasión ante las presiones a las que estaba sometido; y él la había golpeado espantosamente *aquí*, y *aquí*, y *aquí*. Pero, a medida que sus fuerzas regresaban, fue ampliando su campo. Mostraba sus heridas en público en cualquier parte: su mano izquierda rota e inútil, la derecha casi; su rostro tan magullado que nunca recobraría su forma anterior, un pómulo aplastado, un ojo incapaz de cerrarse correctamente, cicatrices en todas direcciones. Llevaba sus blusas desabrochadas hasta mucho más abajo que antes, permitiendo al mundo ver lo que Lebbick le había hecho allí.

Y, a cualquier parte donde iba, su mensaje era siempre el mismo.

Vosotros, desagradecidos, que fuisteis rápidos en fornicarme cuando tenía toda mi belleza. Si fuerais realmente hombres, ahora las pelotas del Castellano Lebbick colgarían al extremo de un palo.

Su violencia no había tenido ni razón ni justificación: había sido tan insensata como brutal. Tan insensata como todas las demás pequeñas brutalidades que había cometido por todo el castillo.

¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que alguna otra mujer indefensa recibiera el mismo tratamiento? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la brutalidad se convirtiera

en el principio que gobernara Orison?

¿Cuánto tiempo vosotros, estúpidos jodeovejas, permitiréis que esto continúe?

Por supuesto, cuando hablaba a las mujeres —cosa que hacía a menudo, más cada día—, sus palabras eran diferentes. Su mensaje, sin embargo, seguía siendo el mismo.

Sus desfiguraciones, tanto como su intensidad, hacían imposible que los ojos se apartaran de ella. Atraía las miradas y la piedad; la náusea y la indignación. Era imposible mirarla y no sentir miedo.

Debido a la forma como hablaba, y a la forma que los hombres que se habían recreado alguna vez con ella hablaban, y a la forma en que las mujeres que se sentían aterrorizadas por el mismo destino hablaban, su miedo tomó la forma de una llamada a la justicia, una apenas oculta demanda de retribución. Con Alend justo al otro lado de las murallas, la violación y el asesinato estaban en las mentes de todo el mundo.

Por aquel entonces, poca gente tenía ninguna noción de cómo podía traducirse aquella demanda en acción. Un día, la gente se gruñían los unos a los otros, murmurando vagas amenazas que no tenían auténticas intenciones de llevar a la práctica: al día siguiente, parecían filtrarse por todas partes rumores acerca de que había que alzar la voz, exigir justicia; tomar acción. Se celebraría una reunión aquella tarde en la sala de baile no utilizada, el gran salón donde el Rey Joyse y la Reina Madin se habían casado, y donde se había celebrado la paz de Mordant.

Oh, ¿sí? ¿Qué idea era aquélla?

Nadie lo sabía.

Estamos sitiados. ¿Es realmente una buena idea desafiar al Castellano en unos momentos como éstos?

Quizá no. Pero la cosa ha ido demasiado lejos para detenerla. Mejor apoyarla, asegurarnos de que tiene éxito, que correr el riesgo de que él sea capaz de aplastarla..., el riesgo de que sea dejado libre para hacer alguna cosa peor la próxima vez.

Sí. De acuerdo.

Así que aquella tarde la multitud empezó a reunirse en el alto, enorme y polvoriento salón. Al principio fue claramente una multitud antes que una turba, pese al hecho de que su número se incrementó rápidamente a varios cientos: el miedo que amenazaba con convertirse en violencia fue equilibrado por la incertidumbre; por los hábitos mentales aprendidos durante los muchos años del gobierno pacífico del Rey Joyse; por la perfectamente razonable idea de que era peligroso debilitar Orison durante un asedio; por la manifiesta presencia de los guardias del Castellano Lebbick a todo alrededor de la sala. Sin embargo, a medida que la oscuridad aumentaba a través de las ventanas, la única luz procedió de las antorchas que alguien había traído

previsora, y la errática iluminación de las llamas tuvo un efecto inquietante sobre los rostros y la racionalidad. La gente empezó a parecer extravagante los unos a los otros, loca y extraña; el aire estaba lleno de sombras grotescas; la atmósfera parecía parpadear. Y, a través de las sombras y de la luz amarillo-anaranjada, apareció Saddith, girando y girando en torno a la sala de baile, mostrando sus heridas, hablando de ultraje. El hirviente murmullo de varios cientos de voces tomó forma en puños y estallidos cuando más y más gente halló ocasión de pronunciar un nombre: *Lebbick*.

Lebbick.

Y el capitán de los guardias al que se le había encargado mantener el orden cometió un error.

Era un viejo y duro luchador, con una insondable determinación y no mucha inteligencia; y, durante una de las batallas del Rey Joyse, el Castellano había salvado a toda su familia de ser despedazada cuando fue atrapada en el camino de una incursión de Alend. Oyó a todos aquellos gimoteantes culos de mierda — prácticamente estaban lloriqueando de autocompasión— empezar a murmurar: *Lebbick, Lebbick*, como si tuvieran razón, y decidió que la multitud tenía que ser dispersada.

Aunque las posibilidades estaban contra él, hubiera podido tener éxito si hubiera sido capaz de empujar a la gente fuera de la sala de baile y de vuelta a los salones y pasillos públicos. Desgraciadamente, fracasó en conseguir esto. Alguien con más presencia de ánimo —o quizá solamente con un sentido del humor más perverso— que el resto de la turba fue a la entrada que conducía al laborium y pidió que todos le siguieran.

El miedo al Castellano y el miedo a los Imageros formó una poderosa combinación. Varios centenares de personas se lanzaron en aquella dirección como si hubieran perdido la capacidad de pensar.

De alguna forma, forzaron a los guardias a retroceder. De alguna forma, penetraron en el laborium, donde *la* gran mayoría de ellos nunca habían puesto el pie en sus vidas. De alguna forma, se hallaron apretujados en el arruinado espacio donde la Cofradía había celebrado sus reuniones hasta que el campeón había abierto una brecha al mundo.

Los hombres cerraron las puertas contra los guardias, corrieron los cerrojos. Las antorchas rodearon los muñones de los pilares que antes habían sostenido el techo. Debido a que el muro cortina no sellaba completamente el agujero hecho en el costado de Orison, la sala se hallaba teóricamente expuesta a los guardias que defendían la muralla. La muralla, sin embargo, había sido construida para proteger contra un asedio antes que contra un tumulto: sus posiciones defensivas miraban

hacia fuera en vez de hacia abajo, al interior de la sala de abajo. Sólo los arqueros hubieran podido tomar alguna acción. E incluso los más acérrimos defensores de Lebbick tenían mejor juicio que empezar a matar habitantes de Orison.

Lebbick. Hombres y mujeres gritaban de un lado para otro, lanzaban amenazas. *Lebbick.* Su actitud se hacía más violenta por momentos. Empezaban a exigir sangre.

Lebbick ¡Lebbick!

Apoyado contra la pared, cerca de una de las puertas, permanecía de pie un hombre alto que no gritaba, que no hacía ninguna exigencia. Envuelto en su capa color azabache, era casi invisible entre las sombras. Pero la capucha de su capa no podía ocultar la forma en que sus ojos captaban los reflejos de las antorchas, y la forma en que sus dientes brillaban cuando sonreía.

—Muy bien hasta ahora —dijo en tono conversacional, porque absolutamente nadie podía oírle—. Ha llegado el momento. Haz lo que te dije.

A su alrededor, la confusión empezó a cambiar. Algo atrajo la atención de la turba, la enfocó.

Entre las antorchas, Saddith se subió a la tarima de los Maestros.

Era justo lo suficientemente alta como para ser vista por encima de las cabezas de la gente agrupada a su alrededor.

—¡Escuchadme! —No quedaba nada de su belleza: era toda desfiguración y rabia. Su voz resonó contra las piedras, resonó contra la turba—. ¡Miradme!

Alzó las manos a la luz.

—¡Miradme!

La turba gruñó.

Apartó el pelo de su rostro.

—¡Miradme!

La turba siseó.

Desgarró su blusa, dejó al descubierto sus lisiados pechos.

—¡Miradme!

La turba gritó.

—¡Lebbick hizo esto! ¡Él me hizo todo esto a mí!

La turba rugió.

—Sí, mi pequeña y querida puta —comentó el hombre de la capa azabache—. Y tú te lo mereciste. Quizás eso te enseñará la locura de traicionar mis secretos.

—Ahora él os ha amenazado a vosotros —siguió Saddith, tan feroz como su desnudez—, ¡sin ninguna otra razón excepto que pensáis que no hubiera debido

hacerme esto!

¡Lebbick! ¡Lebbick!

—¡Fui a él porque sentí piedad! —gritó—. ¡Fui a ofrecerle mi amor cuando era hermosa y todos los hombres me deseaban! ¡Éste es el resultado!

—No —dijo el hombre de la capa azabache, sin que nadie le oyera—. Fuiste a él porque eras ambiciosa. Y fuiste cuando yo te dije que fueras. Yo comprendí su necesidad mucho mejor que tú.

La voz de Saddith pareció convertir la luz de las antorchas al color de la sangre.

—*¡Debe pagar por esto!*

¡Lebbick! ¡Debe pagar! ¡Lebbick!

—Piensa en este gambito, Joyse. —El hombre de la capa azabache ya no sonreía—. Sálvalo si puedes. Detenme si puedes. Pensaste en jugar este juego contra mí, pero te he ganado.

Entonces frunció sorprendido una ceja y miró por encima de las cabezas de la multitud, mientras una figura envuelta en una capa azul saltaba inesperadamente a la tarima al lado de Saddith.

Iluminada por las antorchas, y con el aspecto de una imagen surgida de un sueño, la figura se volvió bruscamente; la capa pareció girar en el aire y flotar, alejándose, arrojada mientras el hombre al que cubría se revelaba.

El Castellano Lebbick.

Llevaba la banda púrpura de su autoridad sobre su cota de malla, la banda de su posición anudada en torno a su corto pelo gris. Llevaba una espada larga en una vaina en su cadera, pero no la tocó; no parecía necesitarla. Su familiar ceño fruncido respondió tenebrosamente a las antorchas. Alzó la cabeza, echó hacia delante su mandíbula, los movimientos de sus brazos y hombros estaban tensos con pasión y mando. No era alto, pero hacía creer que era el más alto de todos los reunidos allí.

Nunca había parecido más un hombre que pega a las mujeres.

—De acuerdo —resonó su voz; prometía violencia, como un martillo arrancando esquirlas de piedra—. Esto ha durado ya demasiado. Salid de aquí. Volved a vuestras habitaciones. A los Maestros no les gusta que se invada su precioso laborium. Si deciden defenderlo ellos mismos, pueden trasladaros a todos vosotros, sabandijas, a la no existencia.

Una interesante amenaza, pensó el hombre de la capa azabache..., completamente hueca, pero interesante. Sin embargo, todo el mundo tenía los ojos fijos en el Castellano. Había hecho callar a la turba. La sorpresa y el antiguo respeto y una alarma innata habían hecho más que cincuenta guardias.

Saddith ignoró aquellas amenazas. Ignoró su aparición, su probada capacidad para hacer daño. Después de lo que le había costado, ya no le quedaba nada que perder, ninguna razón más para tener miedo. Y le odiaba..., oh, cómo le odiaba. Su rostro era un amasijo de costras e hinchazones retorcido por el odio cuando escupió su nombre:

—*Lebbick*.

Pese a su autoridad y su furia, el hombre se volvió para mirarla como si ella tuviera el poder de arrastrarle.

—¿Qué quieres aquí? —preguntó con voz espesa—. ¿Has venido a regocijarte? ¿Has venido a comprobar lo bien que hiciste tu trabajo? ¿Estás orgulloso de él?

—No. —Su voz era tranquila, pero pudo oírse a través de toda la sala—. Me equivoqué.

—¿Te equivocaste? —exclamó ella.

—No fue culpa tuya. Probablemente ni siquiera fue idea tuya. No hubiera debido emprenderla contigo.

En un momento más calmado, la multitud quizá se hubiera mostrado absolutamente asombrada de oír al Castellano Lebbick decir algo que sonaba tan parecido a una disculpa, casi a una humillación. Pero la gente allí no pensaba como individuos: sentía como una turba, a un nivel destructivo y extremo. *Lebbick*, murmuró alguien; y otro: *Lebbick*... Se inició una especie de canto, muy en lo profundo de las gargantas, a través de los dientes, un gruñir rítmico: *Lebbick, Lebbick*.

—¿Te equivocaste? —repitió Saddith. Respiraba pesadamente, intentando acumular el aire suficiente para sus vituperaciones—. ¿Admites que te *equivocaste*? —Sus dañados pechos brillaban con el sudor—. ¿Crees que eso me *curará*? ¿Piensas que un pequeño fragmento de mi dolor se verá reducido, que una pequeña cicatriz será eliminada? —Sus brazos se agitaban al ritmo de su respiración, marcando el compás de la turba, *Lebbick, Lebbick*—. ¡Te lo digo, pagarás con *sangre*!

»¡Sangre! —aulló, siguiendo el ritmo de la sala—. ¡*Sangre*!

Y la turba respondió:

—¡*Lebbick! ¡Lebbick!*

El hombre de la capa azabache sonrió con no disimulado regocijo.

Sin embargo, el Castellano Lebbick no parecía preocupado. Quizá ni siquiera se sentía temeroso.

—¡Oh, callaos! —restalló por encima del violento grito, como si la gente que le rodeaba no fuera nada más que niños malos y él no tuviera tiempo para sus travesuras

—. ¿Pensáis que todo esto me sorprende? Sabía que iba a ocurrir. Llevo preparado para ello desde hace *días*.

Su voz tenía las suficientes características de un látigo como para restallar por entre el batir de su nombre, el ultraje. Hombres y mujeres dudaron, empezaron a escuchar.

—Os he conducido hasta aquí para poder hacer lo que deseaba hacer con vosotros. No sabíais que yo estaba aquí. No sabéis cuántos de mis hombres están aquí con vosotros. Bien, os lo diré. Noventa y cuatro. Todos disfrazados. Todos fingiendo ser uno de vosotros. La persona de pie junto a vosotros, gritando *Lebbick, Lebbick* como un perro con sarna, es probablemente uno de mis hombres. Si alguno de vosotros alza una mano contra mí, será degollado allí mismo donde se encuentre. ¡Y el resto de vosotros lo *recordaréis!*

Era un notable farol. El hombre de la capa azabache estaba virtualmente seguro de que era un farol, de que el Castellano no estaba realmente protegido, que era tan vulnerable como siempre; pero eso no cambiaba nada. Funcionaba. Como el agua sobre unos carbones encendidos, transformaba la furia de la turba de nuevo en miedo.

Todos los gritos cesaron. Hombres y mujeres se miraron unos a otros, intentaron apartarse unos de otros. Cuando el Castellano ladró:

—Ahora salid de aquí. Abrid las puertas y salid de aquí. Ya habéis cometido demasiadas estupideces para una sola noche —la gente que estaba al lado de las puertas descorrió los cerrojos, y la multitud empezó a moverse.

Aquello era demasiado para Saddith..., como sabía que lo sería el hombre de la capa color azabache. Por supuesto, se había sorprendido como todos ante la aparición del Castellano Lebbick en la sala; y se había sentido más vejado que la mayoría, aunque no lo mostró. Desde un principio, sin embargo, había estado preparado para la posibilidad de que ella pudiera fallar..., de que la multitud se negara a reunirse, de que no se convirtiera en una turba, de que la turba no sintiera sed de sangre. Entonces ella acabaría de romperse. Y el odio dentro de ella se negaría a seguir siendo contenido.

Por eso le había dado el cuchillo.

Lo tenía en la mano ahora, y gimió en una aguda y estridente voz mientras se lanzaba contra Lebbick.

Quizás él no estaba tan preparado como pretendía estar. O quizás algo lo había distraído. O quizás aquello era lo que había tenido en mente todo el tiempo. Fuera cual fuese la razón, fue lento en volverse, lento con sus manos; demasiado lento para impedir que Saddith lanzara su hoja contra su garganta.

Sin embargo, apenas hizo más que rozarla.

Mientras se lanzaba contra él, Ribuld saltó al estrado en una carga frontal que la ensartó de parte a parte con su espada, al tiempo que los arrojaba a los dos contra la multitud al fondo de la sala mientras caían al suelo.

Sólo por un segundo, los rasgos del Castellano parecieron desmoronarse, como si se sintiera decepcionado. Casi inmediatamente, sin embargo, extrajo su propia espada y se situó junto a Ribuld para evitar que nadie intentara atacar al guardia que le había salvado la vida.

El hombre con la capa azabache se sintió ligeramente divertido al oír al Castellano Lebbick gruñir a Ribuld:

—La próxima vez, procura no apresurarte tanto.

El tiempo empezaba a precipitarse junto con la multitud. Si el hombre de la capa azabache se entretenía, podía verse empujado cuando la partida de la turba se convirtiera en huida, gente apresurándose y luego corriendo para alejarse del Castellano y de los problemas. Con un encogimiento de hombros, salió de la sala.

A la mañana siguiente, sin embargo, se sintió recompensado al oír que algunos de los partidarios de Saddith habían sido lo suficientemente sinceros en su ultraje como para quemar todo lo inflamable que pudieron encontrar antes de que llegaran los guardias suficientes para echarlos del laborium. La muchacha se merecía al menos este reconocimiento. Se había vuelto demasiado horrible para seguir viviendo, por supuesto; pero, mientras había durado, había valido la pena correr el riesgo de conocerla. Aunque no se sentía exactamente apenado por su pérdida, admiraba el juicio estético del hombre u hombres que habían intentado conmemorar su muerte causando un poco de daño trivial al laborium.

Por otra parte, se sintió sorprendido y más bien divertido cuando transcurrió la mayor parte del día antes de que alguien descubriera que, durante el disturbio, alguien había forzado su entrada a la madriguera de estancias donde se guardaban los espejos de la Cofradía y había destrozado varios de ellos.

La traición estaba en todas partes, parecía. Qué vergüenza.

Mastica eso, Joyse, viejo chivo. Espero que te atragantes con ello.

A la mañana siguiente, con Orison lleno de noticias de las que se suponía que se había enterado honestamente, el Maestro Eremis fue a visitar al mediador de la Cofradía.

Tenía un cierto número de asuntos que deseaba tratar con el Maestro Barsonage. Había estado retrasándolos durante días, en parte porque no había deseado llamar la atención sobre sí mismo, en parte porque había estado ocupado con otras cosas. Pero había llegado el momento de efectuar un poco de sondeo. Quizá consiguiera

averiguar algo útil..., y mostrar un asomo o dos de incertidumbre en el proceso.

Retorciendo los extremos de su casulla, cruzó la torre que albergaba los aposentos privados del Rey Joyse. De hecho, había convertido en una costumbre pasar por allí a menudo, fuera cual fuese su destino. Si alguien le hubiera preguntado por qué ocasionalmente caminaba una distancia considerable e innecesaria a fin de cruzar la sala de espera frente a las escaleras que subían a los aposentos del Rey, hubiera respondido que siempre esperaba oír algo..., cualquier chismorreo o rumor que pudiera revelar dónde se hallaba él en relación a su soberano.

Después de todo, el Rey Joyse no le había dicho absolutamente nada, ni en persona ni por mensajero, después de su solución al problema del abastecimiento de agua de Orison. Puesto que lo que había hecho era a todas luces el tipo de cosa que el Rey Joyse había pedido siempre a sus Imageros, él, el Maestro Eremis, podía ser perdonado por interferir de forma ruidosa con el silencio del Rey. ¿Acaso éste no confiaba en Eremis? ¿Estaban sus enemigos hablando contra él? ¿Había ofendido el aparente deseo del Rey Joyse de traer el colapso al reino? ¿O era cierto que la insistencia del Rey acerca de un uso ético de la Imagería nunca había sido sincera?

Seguro que el interés del Maestro Eremis en cualquier noticia que de algún modo pudiera emanar del Rey era comprensible. Bajo las circunstancias, ¿cómo podía confiar en que su vida no estaba en peligro, pese a que había salvado a Orison de un terrible sufrimiento y una inevitable derrota?

Esta explicación —aunque el Maestro Eremis la hubiera proporcionado con una perfecta seguridad— no era más que un retorcimiento de la verdad.

La verdad era que había pasado por allí por accidente hacía varios días, y había visto por casualidad al Tor aguardando en la sala de espera.

El viejo señor estaba solo, por supuesto. La sala de espera estaba casi siempre vacía, ahora que el Rey Joyse había dejado clara su escasa inclinación a responder inteligentemente —si respondía— a las peticiones de sus súbditos. Era posible que el Tor llevara allí horas solo..., y seguiría solo muchas horas más.

Estaba dormido en el suelo, con el rostro apretado contra la esquina entre el suelo y la pared; su grasa formaba una temblorosa montaña, y roncaba como una sierra mecánica; estaba tan borracho que el Maestro Eremis hubiera sido incapaz de despertarlo con una trompeta. El hedor que exhalaba de él era tan fuerte que simplemente respirarlo hacía que el Maestro Eremis se sintiera achispado.

Mientras la gruesa carne del viejo señor se agitaba al compás de su áspero roncar, el Maestro Eremis hizo una pausa para pensar. Consideró aprovechar aquella oportunidad para deslizar un discreto cuchillo entre las costillas del Tor. Eso hubiera sido una ventaja..., no en aquel momento, por supuesto, pero sí más tarde. Vagel lo hubiera hecho sin vacilar; Gilbur, con deleite. Por otra parte, no hubiera sido en

absoluto divertido. Eremis deseaba humillar al Tor antes de matarle.

Además, sólo había un señor al que el Maestro Eremis temiera menos, y ése era el Armigite, que ya había vendido su Care al Príncipe Kragen para comprarse una seguridad temporal para sí mismo y sus mujeres y sus nuevos muchachos. Reflexionando sobre esto, Eremis abandonó la posibilidad del asesinato.

Pero no lo olvidó.

Si el Tor podía hallarse ocasionalmente en la sala de espera a solas y borracho y dormido, entonces era posible que pudiera ser hallado también allí a solas y borracho y despierto. Lo bastante despierto como para hablar..., y demasiado borracho como para ser cauteloso.

El Maestro Eremis creía que las oportunidades eran como las mujeres: se presentaban a los hombres que sabían cómo cortejarlas.

Como regla, se sentía más inclinado a los destellos de inspiración que al trabajo duro. Era por eso por lo que necesitaba —y también Vagel— al Maestro Gilbur. Sin embargo, empezó a cortejar asiduamente su oportunidad. Se aseguró de pasar junto a la sala de espera más a menudo que cualquier otro hombre en Orison.

Hoy, en su camino para hablar con el Maestro Barsonage, su diligencia halló su justa recompensa. El Tor estaba sentado en uno de los vacíos bancos, tan borracho que apenas podía hallar su cabeza con ambas manos. Sus ojos estaban enrojecidos y miserables, y exhalaba un olor acre a sudor y vómitos ácidos. Lo que quedaba de su pelo colgaba en mechones sobre su rostro.

Claramente, la larga y extraña espera mientras el Príncipe Kragen aguardaba fuera de Orison y no hacía nada había empezado a dar sus frutos. Disturbios contra el Castellano Lebbick, qué vergüenza. Espejos rotos en el laborium. Y el más viejo amigo del Rey reducido a esto, bebiendo hasta matarse a plena vista de cualquiera que quisiese darse cuenta de ello.

Era extraño y sorprendente que el hombre que se molestaba en observar esto no fuera en absoluto el Rey, no fuera a quien iba dirigido todo aquel despliegue. En vez de ello, era el Maestro Eremis.

—Mi señor Tor —dijo amablemente el Maestro—, esto es fortuito.

Lentamente, como si estuviera poniendo de nuevo en servicio músculos largo tiempo olvidados, el Tor alzó la cabeza; miró a Eremis a través de una bruma de alcohol. Sin parecer darse cuenta de ello, eructó.

Luego dijo, con una voz sorprendentemente clara:

—¿Tienes algo de vino?

El Maestro Eremis sonrió por entre sus dientes.

—Deseaba hablar contigo, mi señor. Grandes acontecimientos transpiran en Orison.

El viejo señor consideró fláccidamente esa afirmación. Tras un momento, dejó caer la cabeza: osciló pesada sobre su cuello. Sin embargo, cuando habló de nuevo, cada palabra era tan clara como un trozo de cristal: roto y exacto como un augurio.

—Demasiado lejos para ir. Demasiadas escaleras.

Ercutó de nuevo, sin objetivo preciso.

—Hemos tenido disturbios contra el buen Castellano —explicó el Maestro Eremis—. Y puede que hayan sido premeditados. Mientras los guardias estaban distraídos con el tumulto, varios de los espejos de la Cofradía han sido destruidos.

La cabeza del Tor siguió balanceándose hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, como si estuviera acunándose para dormir.

—Y ahora, como un hombre que sabe lo que ocurre dentro de nuestros muros, el Príncipe Kragen nos ataca al fin..., aunque debo confesar que estoy menos impresionado por la audacia de su asalto que por su circunspección.

Y ojalá prosigan los ataques, deseó el Maestro, desafiando al destino a contradecirle. Son una admirable distracción.

Simplemente porque estaba tan decidido a perseguir sus metas aunque todo fuera contra él, se sentía confiado de que el destino respaldaría de hecho sus deseos.

El Tor respondió a las observaciones del Maestro Eremis con un bufido; podía ser incluso el inicio de un ronquido. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, sin embargo, y parpadeó con sus enrojecidos ojos.

—Vino —pronunció, como si esperara que ante él apareciera mágicamente una garrafa.

El Maestro Eremis tuvo dificultades en reprimir una carcajada. Ciertamente, algunos de los partidarios del Rey Joyse estaban demostrando tener más recursos de lo que Eremis hubiera predicho. Otros, en cambio, sólo se salvaban de aparecer patéticos siendo ridículos.

—¿Qué es lo que haces con todo eso, mi señor Tor? —preguntó con amable buen humor—. ¿Dónde están las fuerzas de Cadwal? ¿Dónde está el Perdon? ¿Cómo se ha atrevido el Príncipe Kragen a dejarnos resistirle tanto?

Sin alzar la vista, el Tor contestó con aire ausente:

—¿Te dije que mi hijo fue muerto?

—Parece claro, ¿no crees? —en aquel momento, Eremis estaba encantado de no haber acuchillado al viejo señor—, que el Príncipe y su ilustre padre saben algo que nosotros no. —Aquella conversación era demasiado divertida para perdersela—. No

hubieran malgastado ni un día en vacilaciones, a menos que tuvieran alguna razón para creer que el Gran Rey Festten no llegará contra ellos. ¿Qué conclusiones extraes, mi señor?

El Tor parecía sufrir la ilusión de que estaba participando realmente en la conversación.

—¿Te dije —replicó— que le dio a Lebbick permiso para torturarla?

Aquello era una interesante revelación; pero el Maestro Eremis podía adivinar demasiado fácilmente el resto como para proseguirla. En vez de ello, inquirió:

—¿Qué conclusiones puedes extraer? Sólo hay dos. La primera es que Festten y Margonal se hallan aliados..., y que Festten confía lo suficiente en Margonal como para concederle tiempo para que capture por sí mismo la Cofradía. Y, si tú eres capaz de creer eso, me temo que no tenemos nada más que decirnos.

—*Torturarla* —repitió el Tor—, pese a su obvia decencia..., y a su probado deseo de ayudarle.

—La segunda —continuó el Maestro Eremis, sonriendo— es que el Príncipe nos ha cortado el acceso a una información que él sí posee..., y según cuyo conocimiento no nos hallamos en absoluto amenazados por Cadwal. El Gran Rey Festten tiene otras intenciones. Ha reunido su ejército, no contra nosotros y Alend, sino para emprender otra guerra completamente distinta. Y, si tú eres capaz de creer eso, me temo que no tienes nada más que decir a nadie.

—Se lo supliqué a ella. —Gruesas lágrimas rodaron por las agraviadas mejillas del viejo señor—. Hubiera debido suplicárselo a él, por supuesto, pero él se halla ya más allá de oírme. Así que se lo supliqué a ella. Traiciona a Geraden. Para que así él no sea responsable de lo que haga Lebbick. Para que así no la tenga a ella sobre su conciencia. —Parecía no darse cuenta de que estaba llorando. Su habilidad de hablar con tanta exactitud cuando apenas estaba lo suficientemente sobrio como para evitar que sus ojos se cruzaran era deliciosa, incluso entretenida, como un truco hecho por un charlatán—. Pero ella sólo tiene su leal corazón puesto en Mordant. No traicionará a Geraden, ni siquiera para salvarse de Lebbick.

El Maestro Eremis estaba tan complacido que apenas podía contener su satisfacción. Puesto que su exuberancia necesitaba absolutamente tener alguna salida, hizo girar los extremos de su casulla como molinetes.

—Mi señor Tor —preguntó intrascendentemente, llegando al fin a lo que le interesaba—, ¿qué ha estado haciendo todo este tiempo, mientras su pueblo se alborota, y los espejos son destrozados, y las mujeres son mutiladas y asesinadas? ¿Qué ha estado haciendo el buen Rey Joyse?

Como si la palabra brotara de su boca por sorpresa, el Tor respondió:

—Practicando.

—¿Practicando? —Una breve risita estalló en la boca del Maestro; no pudo reprimirla—. ¿Qué, el brinco? ¿Todavía? ¿Aún no ha abandonado esta locura?

El viejo señor sacudió la cabeza, tan adusto como un plato con las patatas frías y la salsa congelada.

—Esgrima.

Aquello cortó en seco la risa del Maestro Eremis: le hizo mirar involuntariamente, como si el Tor, de alguna forma, milagrosamente, hubiera abierto un pozo de víboras a sus pies..., o le hubiera contado un chiste tan divertido que no pudiera creerlo, no pudiera reírse de él hasta haber pensado en él por unos minutos. ¿*Esgrima*? ¿*A su edad*? ¿Le quedaban todavía las fuerzas suficientes como para *alzar* una espada?

—Mi señor Tor —dijo casualmente, para ocultar la intensidad de su atención—, estás bromeando conmigo. Nuestro bravo Rey no puede agitar una espada. Ni siquiera puede *permanecer en pie* sin ayuda.

Bruscamente, con un esfuerzo que parecía hacer que todo su cuerpo gorgoteara, el Tor se levantó. No había mirado al Maestro Eremis desde el inicio de la conversación. Apagadamente, como si estuviera perdiendo su sentido de la pronunciación, anunció:

—Voy a buscar vino.

Agitando vacilante las gruesas piernas bajo él, se alejó.

El Maestro Eremis estuvo a punto de saltar tras él, de hacerle retroceder, extraerle una explicación, cuando el auténtico sentido del chiste le golpeó. El Rey Joyse pretendía luchar..., y habían pasado años o incluso décadas desde el tiempo en que era lo bastante fuerte como para hacerlo. Aquello arrojaba una nueva luz sobre todo..., sobre cada signo de que el Rey sabía lo que estaba haciendo, que había hecho lo que había hecho con una política deliberada en vez de con una locura petulante. Pretendía luchar porque no sabía o no podía admitir que ya no poseía la fuerza necesaria. No era autodestructivo o apático: simplemente era ciego a la edad y al tiempo. Arriesgaba su reino en un esfuerzo por demostrarse a sí mismo que aún era *capaz* de salvarlo.

Eso era un auténtico chiste, demasiado auténtico para un burdo despliegue de carcajadas. En vez de reírse en voz alta, Eremis silbó alegremente a través de sus dientes mientras seguía su camino para ver al Maestro Barsonage.

El mediador respondió a su llamada a su puerta con sólo una toalla anudada en torno a su cintura..., un estilo de vestir que enfatizaba sus dimensiones a costa de su dignidad. El agua brillaba en su piel color pino, su calvo cráneo: al parecer, el

Maestro Eremis lo había sorprendido bañándose, y sus sirvientes estaban fuera. Su piel no colgaba sobre él como lo hacía la del Tor, sin embargo; su masa era sólida, firmemente apretada sobre músculos y huesos. No pareció especialmente azarado de recibir al Maestro Eremis en aquella húmeda y medio desnuda condición.

De hecho, sonó casi amistoso cuando dijo:

—Maestro Eremis, buenos días tengas. Entra, entra. —Se apartó de la puerta, agitó un goteante brazo—. Es un honor ser visitado por el hombre que ha salvado Orison. Esperemos que nos hayas salvado permanentemente. ¿Te has recobrado de tu dura prueba? Tienes buen aspecto.

El Maestro Eremis rió suavemente ante la poco característica efusión de Barsonage.

—Buenos días a ti también, Maestro Barsonage. Veo que he venido en un momento inoportuno. Puedo volver más tarde.

—Tonterías. —El mediador cogió a Eremis por la manga de su capa, lo animó a entrar en la habitación—. Orison está bajo asedio. En un sentido, todos los momentos son inoportunos. En otro, el momento actual es siempre mejor que cualquier otro. ¿Un poco de vino?

Pensando en el Tor, el Maestro Eremis dijo deliberadamente:

—Con placer.

Aceptó un vaso de una cosecha del Armigite francamente mediocre, luego se sentó en la silla que el Maestro Barsonage le indicó. Había visitado los aposentos del mediador un buen número de ocasiones —disputas privadamente arbitradas en un extremo, fiestas formales de bienvenida de nuevos Maestros en el otro—, pero siempre que venía allí se tomaba unos momentos para admirar el mobiliario.

Todo había sido fabricado por el propio Maestro Barsonage.

Eremis tenía que hacer la justicia de admitir que el mediador era un competente Imagero. En particular, la preparación y la ejecución del más importante augurio de la Cofradía había sido efectuada diestramente por él. Por otra parte, era mucho más que competente con la madera. Era universalmente reconocido en torno a la Cofradía que sus marcos eran mejores que los de cualquier otro: más bien hechos, más adaptados; completamente precisos. Y sus muebles hubieran podido realzar el salón más elegante de Orison..., o de Carmag, por citar otro sitio. El sobre de su mesa había sido tan bien modelado y pulido que parecía brillar desde dentro; los brazos de sus sillones fluían de una forma tan natural con las vetas de la madera que era sorprendente hallarlos además confortables.

Secretamente, Eremis se reía del Maestro Barsonage por dedicarse a esos talentos menores..., por malgastar su tiempo con la Imagería cuando hubiera podido

contribuir con algunas auténticas bellezas para el mundo en otro sentido.

Y deseaba reírse aún más ahora. En vez de abandonar la habitación para ponerse al menos una bata, Barsonage se sentó tal como iba, bebió de un trago su vino, se secó el agua de sus rígidas cejas y empezó a charlar.

—Eres muy admirado en estos momentos, Maestro Eremis. Por supuesto, siempre has sido admirado. Pero no te sorprenderá oír que no siempre has sido querido. Eres demasiado capaz, demasiado rápido. Y te burlas de la gente. No te has hecho fácil de querer.

»Ah, pero ahora... El volver a llenar el depósito de agua fue una hábil acción, además de valerosa. No, no lo niegues —dijo, aunque Eremis no había movido un músculo—. El agotamiento de una traslación tan prolongada. Si yo hubiera hecho ese intento, mi corazón me hubiera fallado. Sin embargo, tú no vacilaste en correr el riesgo de una completa postración. Y, como he dicho, fue hábil. Tu reputación no ha sido la única beneficiaria de tu acción. Tu heroísmo y la horrible muerte del Maestro Quillón se han combinado para elevar la estima en que es tenida toda la Cofradía.

»¿Debo darte un ejemplo? Mis sirvientes ya no se ríen de mí cuando los pongo a trabajar.

Sonriendo, el Maestro Eremis alzó las manos para detener el aluvión de palabras.

—Maestro Barsonage, por favor. No he venido aquí para ser halagado. Soy muy consciente de mis propias virtudes, y no merecen esta alabanza.

—¿De veras? —volvió a la carga el mediador—. Creo que eres demasiado modesto. —Sus ojos eran tan blandos como cuentas de cristal—. Pero si las alabanzas te resultan ofensivas, las olvidaré. Por supuesto que no has venido para ser halagado. ¿En qué puedo servirte?

—Como ves, en estos momentos estoy bien descansado —respondió Eremis—. Y otro asunto que requería mi atención ha llegado a su fin. No es ningún secreto que la doncella Saddith era mi amante. —Habló con una admirable sinceridad—. Después que recobré mis fuerzas, pasé mucho de mi tiempo con ella. Necesitaba amigos...

Hizo una mueca.

—Desgraciadamente, no quiso ceder en su odio hacia nuestro buen Castellano. No hubo nada que yo pudiera hacer al respecto. —El dolor no era su mejor pose, pero proyectó tanto como le fue posible. Como si pusiera a Saddith y su muerte tras él con un esfuerzo de voluntad, dijo—: Maestro Barsonage, estoy preparado.

El mediador alzó una ceja. A medida que su piel se secaba, parecía más y más como pino recién cortado.

—¿Preparado?

—He oído decir que los Maestros están atareados..., que desde la muerte de Quillón habéis redescubierto vuestro sentido de la finalidad. Estoy preparado para reanudar nuestro trabajo dentro de la Cofradía.

—¿Nuestro trabajo? —Los rasgos del Maestro Barsonage no reflejaron nada—. ¿A qué trabajo te refieres?

El Maestro Eremis tuvo dificultades en reprimir una sonrisa. El mediador era casi ridículamente transparente. Clavando en él una chispeante mirada que pretendía expresar indignación tanto como penetración, Eremis respondió lentamente:

—Así que es cierto. Sigue sin confiarse en mí. Ésa es la razón de que no haya sido convocado a ninguna de vuestras reuniones..., a ninguno de vuestros trabajos. He salvado Orison de una rápida caída en manos de Alend. Hice todo lo que haría cualquier hombre por mantener a Nyle con vida..., y fui el único hombre aquí que hizo tanto como intentarlo. He estado luchando con diligencia para hallar algún medio de eludir el destino de Mordant. No fui yo quien desbandó la Cofradía. Y sigue sin confiarse en mí. Ese cachorro asesino, Geraden, arroja unas cuantas aspersiones sin base sobre mi buen nombre, y de pronto nada de lo que hago es suficiente para redimirme.

—Oh, no, Maestro Eremis. —Barsonage alzó una gruesa mano como protesta—. Me has entendido mal. Nos has entendido mal a todos. —Con un tono tan blando como su expresión, explicó—. Creo que no has conseguido captar lo alto que ha llegado a situarse tu posición. El hombre que volvió a llenar el depósito de agua..., el hombre que hizo tanto para salvar a Nyle..., no es alguien que deba ser «convocado» a las reuniones como un Apr. No puede ser puesto a trabajar como un caballo de carga. Has estado muy metido en tus propias preocupaciones..., y te has ganado el derecho de estarlo. La Cofradía no desconfía de ti. Simplemente respetamos tu alto status actual..., y tu intimidación.

Firmemente, Eremis resistió una irreprimible tentación de soltar un bufido. ¿Durante un *asedio*? ¿Con la caída de Orison atada como un nudo corredizo en torno a tu cuello, y ninguna esperanza en ninguna parte? ¿Me crees realmente tan estúpido como para tragarme esa mentira? El mediador, sin embargo, no parecía un hombre que tuviera una opinión formada acerca de la estupidez del Maestro Eremis, en uno u otro sentido. Parecía —su propia blandura lo traicionaba— como un hombre que ha pasado un cierto tiempo preparándose para este encuentro.

El Maestro Eremis se sentó hacia delante en su silla; su placer en aquella conversación se agudizó.

—Quizá —dijo, tan escéptica como lentamente—. Me disculparás si me reservo mi juicio sobre este punto.

»¿Resulta cierto, sin embargo, que ha habido reuniones a las que no he sido

invitado? ¿Que hay trabajos en progreso que no se me ha pedido que comparta? ¿Que la Cofradía ha redescubierto su finalidad?

El Maestro Barsonage asintió.

—Por supuesto. —Algo en él, quizá la forma en que se agitaban sus cejas, sugería una intensificación que su suave mirada contradecía—. Me alegra decir que ése es el caso.

—¿Se me permite preguntar cómo se llegó a ello?

—Evidentemente. Al fin fuimos capaces de ver claramente que dama Terisa es una Imagera.

Eremis frunció el ceño para ocultar el hecho de que no le gustaba lo que oía.

—Maestro Barsonage, ésta es una respuesta que no explica nada.

—Bueno, quizá no. —Al parecer, el mediador se había preparado a conciencia para aquel encuentro—. Un hombre de tu reputación y habilidad puede que tenga dificultades en comprender a unos hombres cuyo principal talento reside en su capacidad para la duda.

»Sin embargo, en la práctica, tan distinta de la teoría, la gran piedra que se ha interpuesto en el camino de la Cofradía y nos ha hecho tropezar a todos ha sido la cuestión de dama Terisa. ¿Qué significa? ¿Qué indica su presencia entre nosotros? ¿Existe una *razón* para su inesperada aparición, o Geraden fue simplemente el agente de un accidente monumental?

»Si fue un accidente, entonces toda la Imagería es accidental en último extremo, y nuestras investigaciones, como nuestra mortalidad, son mera estupidez. El papel de Geraden en el augurio no tiene significado.

El Maestro Eremis asintió como si la verdad le resultara obvia.

—Pero si —prosiguió el mediador— hay una *razón*, entonces son ineludibles dos conclusiones. Tan ineludibles —comentó, sin discernible sarcasmo o humor— que incluso nuestros miembros más disputadores las han aceptado. Primero, la responsabilidad que ella representa cae sobre nosotros. La Imagería es nuestra heredad. Segundo, puesto que el problema que ella representa existe, tiene que tener una solución. Lo que un Imagero puede hacer, otro puede comprenderlo y combatirlo.

»Ha sido demostrado —concluyó— que *hay* una razón. Ella es una Imagera. Podemos lamentar que haya decidido aliarse con el Maestro Gilbur y el archi-Imagero Vagel, pero no podemos rehuir ni la responsabilidad ni la esperanza que implica ese conocimiento.

—Sí, muy bien. —El Maestro Eremis hizo un gesto impaciente—. Todo eso es razonable por lo que es, pero aún no lo has explicado. ¿Cómo sabes que ella es una

Imagera? ¿Qué pruebas os ha dado? Lebbick informa que Gilbur la liberó de su celda. Mató a Quillón. Él la llevó a la habitación donde se guardan los espejos de Havelock. Lebbick los encontró allí. Después de que Gilbur derribara a Lebbick, ella y él desaparecieron de Orison. ¿Qué demuestra eso? La habilidad de Gilbur de ir y venir ha quedado tan bien establecida como la de Gart..., y es igual de inexplicable. No hay ninguna razón para atribuirle a ella Imagería.

El Maestro Barsonage se encogió de hombros, se rascó el pecho. Como para compensar su calvicie, su pecho estaba cubierto de un denso vello amarillento. El agua se aferraba a él como cuentas de savia.

—Eso es cierto —respondió, sin apresuramiento ni vacilación—. Por otra parte, puede argumentarse que el Maestro Gilbur y el archi-Imagero no tendrían razón alguna para liberarla, del mismo modo que *el* Monomach del Gran Rey no tendría razón alguna para matarla, *si no* fuera una Imagera. Hablando sólo por mí mismo, he examinado esta argumentación y la considero persuasiva. De hecho, me persuadió a aceptar de nuevo la posición de mediador de la Cofradía.

»Desde entonces, sin embargo, hemos obtenido pruebas en vez de argumentaciones, el tipo de pruebas que tú y algunos otros Maestros requerís.

Enloquecedoramente, hizo una pausa y miró a Eremis como si ya hubiera dicho lo suficiente.

El Maestro Eremis se obligó a inspirar profundamente, relajarse, dejar de rechinar los dientes. Cuando hubo recuperado la compostura dijo:

—Afirmas que no desconfiáis de mí. ¿Confías en mí lo suficiente como para decirme cuáles son esas pruebas?

—Por supuesto —respondió de nuevo el Maestro Barsonage.

»El Castellano es un hombre duro, difícil de derrotar. Había recuperado ya la consciencia cuando dama Terisa y el Maestro Gilbur abandonaron el almacén de los espejos del Adepto Havelock. Vio que no se marchaban juntos.

»Dama Terisa se desvaneció en un espejo. El Maestro Gilbur estaba demasiado lejos de ella para haberla trasladado él. Él abandonó la habitación por el mismo lugar por el que había entrado, el corredor.

El mediador dedicó al Maestro Eremis una sonrisa tan blanda como la leche.

Eremis tiró de las riendas de su contención. Sin embargo, traicionó una cierta sorpresa cuando protestó:

—Ésta no es la historia que cuenta Lebbick.

Estaba sorprendido porque no había esperado que Barsonage supiera tanto. Y un hombre que sabía más de lo que se esperaba que supiera también podía *hacer* más de

lo que se esperaba que hiciera.

Y, si realmente no confiaba en Eremis, como dejaba claro su actitud, ¿por qué le estaba revelando lo que sabía?

—No —corrigió amablemente el mediador a su visitante—, ésa no es la historia que el Castellano Lebbick ha contado en público. Supongo, por lo que he oído, que al principio estaba demasiado lleno de furia y desesperación por captar el significado de lo que había visto. Y desde entonces ha decidido guardarse sus pensamientos para sí mismo. Pero habló con Artagel. Y Artagel me contó la historia a mí. Creía, con mucha razón, que esta información era vital para la Cofradía.

En un tono que le hacía sonar como un simple, el Maestro Barsonage añadió:

—Me ha permitido unir a los Maestros por primera vez desde que fue creada la Cofradía.

El Maestro Eremis bebió más vino para ocultar el hecho de que todas aquellas sorpresas estaban empezando a afectarle. Lebbick se lo había dicho a Artagel. Artagel se lo había dicho a Barsonage. Pero Gilbur había jurado que Lebbick estaba aún sin sentido cuando él se fue. ¿Estaba simplemente intentando encubrir un error? ¿O estaba mintiendo Barsonage..., *Barsonage*, de entre toda la gente? ¿Estaba jugando a alguna especie de juego?

Eremis sonrió en torno al borde de su vaso. Aquello era mejor de lo que había anticipado, más divertido. Le gustaban los oponentes que eran capaces de sorpresas. Casi había llegado a sentir afecto por el Rey Joyse. Incluso Lebbick tenía su lado bueno. Geraden era casi digno de ser querido. Y en cuanto a aquello hacía su destrucción particularmente excitante. *Unid a los Maestros*, ¿no era eso? Entonces, habría que unirlos.

Hizo girar su vaso entre sus largos dedos.

—Gracias, Maestro Barsonage —dijo alegremente—. Ahora te comprendo.

»¿Qué trabajo está realizando la Cofradía con su redescubierta finalidad?

El mediador se encogió de nuevo de hombros. Un hilillo de agua descendió por entre el pelo de su pecho hacia su barriga.

—No te sorprenderá. Trabajamos para averiguar cómo es posible que hombres como el Monomach del Gran Rey, que no es un Imagero, y el Maestro Gilbur, cuyos talentos nos son conocidos, puedan ser trasladados dentro y fuera de Orison sin ningún coste para su cordura. La traslación a través de un espejo plano vuelve locos a los hombres. Eso ha sido cierto desde el amanecer de la Imagería. ¿Por qué, entonces, no resultan destruidos nuestros enemigos por las mismas armas que utilizan contra nosotros?

Ah. Ése era un tema que el Maestro Eremis había venido preparado a discutir.

Con un pequeño suspiro hacia dentro —alivio, quizás, o decepción—, dijo:

—Aquí tal vez pueda ayudaros. Tengo una idea que puede arrojar algo de luz.

Por primera vez desde que se inició la conversación, el Maestro Barsonage pareció interesado.

—Por favor, explícate —dijo de inmediato—. Sabes que el asunto es urgente.

—Por supuesto. —Poniéndose al nivel de la blandura del Maestro Barsonage, Eremis explicó—: Por todo lo que entendemos, como tú sabes muy bien, el peligro del espejo plano surge de la propia traslación, no del simple movimiento de lugar a lugar dentro de nuestro mundo. Dicho crudamente, la traslación es demasiado fuerte para el simple movimiento. La energía que hace posible el paso entre Imágenes enteramente separadas se vuelve contra el hombre trasladado porque no es necesaria.

Barsonage asintió.

—Apoyándonos en la suposición de que nuestra comprensión del hecho es exacta —siguió el Maestro Eremis—, mi idea *es ésta*. *Supongamos que se hacen dos espejos; uno plano, mostrando, digamos, una habitación no utilizada en Orison, el otro normal, mostrando una llanura árida y desierta. Supongamos entonces que el espejo plano es trasladado al interior del otro, de modo que queda instalado en la llanura de la Imagen, y el foco de la Imagen es ajustado de modo que el espejo plano llene el cristal. ¿No es concebible que el Imagero que modeló esos espejos pueda ahora pasar directamente a través de ellos, realizando en realidad dos traslaciones seguras en vez de una que podría volverle loco?*

El mediador estaba escuchando intensamente; parecía empaparse de las palabras de Eremis a través de todos sus poros. Suavemente, como si estuviera asombrado, jadeó:

—Es concebible.

—Por supuesto —prosiguió el Maestro Eremis, simplemente ganando tiempo mientras observaba la reacción del mediador—, la dificultad es que el Imagero que pasara a través de sí mismo no sería capaz de efectuar el movimiento a la inversa..., de volver. Y para enviar y luego recuperar a alguien por este método, necesitaría ser capaz de realizar ambas traslaciones simultáneamente. No tenemos forma de saber si una cosa así es posible. —Como la mayor parte de sus mentiras, ésta llevaba consigo un insidioso parecido a la verdad—. Aquí, Vagel está por delante de nosotros. Puede haber pasado quince años perfeccionando las traslaciones simultáneas.

»Pero ¿seguro que no podemos intentarlas? ¿No podemos averiguar por nosotros mismos si esta idea es de hecho posible además de concebible?

—Sí. —El Maestro Barsonage había perdido su aire de estudiada suavidad, de deliberada simplicidad. Sus ojos brillaban—. Podemos.

Se puso bruscamente en pie, como un nadador surgiendo de las olas.

—Podemos, y lo haremos. Hoy. Concédeme una hora para reunir a los Maestros. Ven al laborium. Empezaremos a experimentar. —Casi con la misma voz jadeante, añadió—: Es una brillante idea. Dos espejos..., traslaciones simultáneas. Aunque fracase, sigue siendo brillante. Brillante.

Tras haber lanzado el anzuelo, el Maestro Eremis procedió como si estuviera dejando al mediador actuar por su cuenta. Se mostró de acuerdo con todo, se puso en pie, empezó a marcharse, luego se detuvo junto a la puerta. Como si fuera inocente de toda malicia, dijo:

—Oh, Maestro Barsonage, otro asunto..., en caso de que lo olvidara más tarde. Hay el rumor de que algunos de nuestros espejos se han roto. ¿Puede ser eso cierto?

La actitud del Maestro Barsonage se volvió instantáneamente hosca: al parecer, estaba impresionado por lo que había ocurrido.

—Durante los disturbios contra el Castellano Lebbick —admitió—. Cinco espejos. —Agitó la cabeza—. Es evidente que alguien nos odia. Pero ¿por qué sólo cinco? ¿Y por qué esos cinco? Si uno estuviera lo bastante loco como para privarnos de los medios de defender Orison y defendernos nosotros mismos, ¿no hubiera roto todos los espejos que encontrara?

—Ciertamente. —El Maestro Eremis hizo un sincero esfuerzo por parecer también impresionado—. Desgraciadamente, las acciones insanas son por naturaleza propia insanas. ¿Cuáles espejos fueron rotos?

El mediador respondió de inmediato: de nuevo estaba preparado.

—El espejo con el que tú volviste a llenar el depósito de agua. Eso fue un ataque contra Orison. Y el espejo de Geraden, el que trajo a dama Terisa aquí. O él o ella se hallan definitivamente extraviados ahora, estén donde estén..., como lo está nuestro campeón perdido. Eso fue un ataque contra uno de ellos tres. Pero el tercero fue un espejo plano de Quillón, que muestra unos viñedos de Termigan. El cuarto fue uno con la Imagen de un cielo sin estrellas. El quinto, ése en el que puede verse esa gigantesca bestia como una babosa..., uno de los espejos que el Rey Joyse capturó en sus guerras. ¿Un ataque contra el vino? ¿Contra los cielos? ¿Contra los monstruos? No tiene sentido.

»Geraden y dama Terisa y nuestro campeón, si aún sigue con vida, pueden estar ahora eternamente perdidos al azar, a causa de alguien que no tenía la menor idea de lo que hacía.

Intentando sonar inquieto, quizá incluso preocupado, Eremis dijo:

—Mi espejo. Entonces debemos depender del tiempo para el agua. No puedo volver a salvarnos.

—Eso es cierto —respondió Barsonage—. La posición del Príncipe Kragen es ahora mucho más fuerte. Esperemos que no lo sepa.

El Maestro Eremis tragó una sonrisa final y salió de los aposentos del mediador. Deseaba alcanzar rápidamente sus propios aposentos, donde podría permitirse reír a carcajadas.

Se daba cuenta, por supuesto, de que se hallaba en una situación delicada. Pero era una situación que él mismo había diseñado. Gracias a las semillas que acababa de plantar, Barsonage y los demás Maestros podían pasar el resto de su tiempo hasta que murieran intentando hacer funcionar una traslación simultánea porque no sabían que era algo imposible. O, más bien, era algo trivial. El truco no residía en la traslación, sino en el cristal.

Para todos los efectos prácticos, había neutralizado a la Cofradía..., la única fuerza en Orison capaz aún de enfrentársele.

Por otra parte, tendría que ser muy cauteloso. Lebbick le había dicho algo a Artagel, el cual se lo había dicho a Barsonage. No algo acerca de Terisa: algo acerca del propio Eremis. El mediador le había mentado.

Para él, el truco consistiría de determinar exactamente cuál era esa mentira.

Pensar en cosas como ésta le hacía adoptar la apariencia de que iba a estallar en carcajadas de un momento a otro.

Conflicto en las puertas

—El asunto —dijo Geraden la primera vez que dejaron descansar los caballos— es no ser detenidos.

Habían cabalgado duramente durante la mayor parte de la mañana: el camino desde Romish era fácil, y él tenía prisa. Pero los caballos no podían mantener aquel paso indefinidamente.

—Oh, ¿de veras? —Terisa no se dio cuenta de lo lúgubre de su forma de hablar. Aún seguía pensando en Torrent: la idea de la tímida hija del Rey cabalgando sola en un loco y peligroso esfuerzo por rescatar a la Reina Madin se aferraba a su mente como una salpicadura de ácido—. Volvemos a Orison. Donde el Maestro Eremis desea echarnos la mano encima. ¿Por qué debería querer detenernos nadie?

Geraden la miró agudamente; por un momento, pareció inseguro de cómo responder. Como si no hubiera entendido, dijo:

—Hemos cabalgado durante tanto rato..., y me siento tan bien estando contigo... No dejo de pensar que conoces Mordant mejor de lo que lo conoces en realidad. ¿Te importaría mirar de nuevo el mapa?

Ella negó con la cabeza. No le importaba el mapa. No le importaba el ser detenidos. En aquel momento, ni siquiera le importaba el tener que enfrentarse a Eremis de nuevo.

Geraden, así es como fue muerto Argus.

—Bien —explicó él, aún sin entender—, realmente, sólo hay un camino rápido para llegar de Romish a Orison, y ése es siguiendo esta ruta..., el camino principal que cruza Armigite. Que resulta ser precisamente la ruta que utilizó el Príncipe Kragen. Es su enlace con Alend..., su línea de provisiones, su línea de retirada. Tiene que estar atestada con sus hombres.

»Además de eso, ni siquiera el Armigite puede ser tan estúpido como piensa la gente. Tiene que tener exploradores y espías por todas partes, especialmente a lo largo del camino. Necesita saber lo que está ocurriendo. Y en estos momentos probablemente desea uno o dos Imageros más que cualquier otra cosa en el mundo. Si sus hombres nos echan la mano encima, no van a dejarnos ir simplemente porque les sonriamos y digamos por favor.

Terisa miró a los árboles sin decir nada.

—Y encima de todo eso —el tono de Geraden se volvió ligeramente más duro—, supongo que Orison se halla aún bajo asedio. *Supongo* que no ha caído todavía, o no

habría ninguna razón para secuestrar a la Reina Madin. Si tenemos que entrar allí para ver al Rey Joyse, deberemos cruzar todo el ejército de Alend.

»Los hombres que se llevaron a la Reina eran de Alend. Parece como si todo eso fuera algún plan del Príncipe Kragen. Así que es de él de quien tenemos que preocuparnos. Y no va a permitirnos entrar en Orison hasta que él esté preparado..., hasta que su trampa esté preparada.

Eso sorprendió a Terisa, que retrocedió unos pasos.

—¿Crees realmente que eso es cierto? ¿Crees de veras que el Príncipe Kragen es el responsable de haber secuestrado a la Reina?

—¿Tú no? Fuiste tú quien dijo que eran hombres de Alend. Y se la llevaron hacia Alend.

El ácido en su mente se estaba convirtiendo en náusea.

—Pero si él es el responsable... —Hasta aquel momento no había considerado detenidamente la cuestión—. Eso significa que está trabajando con el Maestro Eremis. ¿De qué *otra forma* hubiera podido conseguir a un Imagero que pudiera trasladar una avalancha?

Geraden la observó y aguardó.

—Pero, si eso es cierto, ¿por qué volvió a llenar Eremis el depósito de agua? ¿Por qué simplemente no dejó que el Príncipe Kragen entrara en Orison?

—Una pregunta interesante —murmuró Geraden entre dientes.

Ella intentó imaginar una explicación; pero casi de inmediato otro aspecto de la cuestión la golpeó.

—Si lo hizo el Príncipe, entonces tuvo que hacerlo a espaldas de Elegá. Ella nunca aprobaría algo así.

Geraden asintió una sola vez, secamente.

Las implicaciones hicieron detenerse a Terisa.

—Elegá está siendo también traicionada. —Se enfrentó directamente a Geraden, le mostró su inquietud—. ¿Qué vamos a hacer?

La forma en que él le devolvió la mirada dio la impresión de que había conseguido su objetivo: había desviado la dirección de los pensamientos de Terisa.

—Seguiremos en el camino hasta que nos acerquemos a Batten —respondió—. Allí es donde lo toman los de Alend. Y allí gira hacia el sur para unirse con el camino que viene desde Sternwall. Podemos ir directamente hacia el sudeste en dirección a Orison. Ahorraremos algunos kilómetros..., y quizá no perdamos mucho tiempo.

»Cuando alcancemos el asedio, intentaremos llegar hasta Elegá antes de que el Príncipe se dé cuenta de lo que estamos haciendo. —Bruscamente sonrió..., una

aguda sonrisa sin nada de humor en ella—. Si ella sabe lo que le ha ocurrido a su madre..., si ha permitido que ocurriera, si lo aprueba..., entonces voy a sentirme muy *decepcionado* con ella.

—Y si no lo sabe —completó Terisa por él, intentando tranquilizarse a sí misma —, tal vez esté dispuesta a ayudarnos.

Él asintió de nuevo.

Al cabo de un tiempo, montaron en sus caballos y siguieron adelante.

Cabalgaron fuera de las últimas colinas de Fayle para *penetrar en una de las muchas y fértiles llanuras de Armigite* a lo que parecía un paso vertiginoso. Dejar los bosques detrás incrementaba la ansiedad de Terisa: Armigite parecía casi innaturalmente abierto, como si todo lo que lo cruzaba estuviera de alguna forma expuesto. Quizás era por eso por lo que el Armigite se había convertido en lo que era: tal vez su personalidad se había visto distorsionada por las presiones de hallarse tan expuesto. Pero en realidad había bastantes árboles por los alrededores, incluso en las tierras bajas, que evidentemente llevaban siendo cultivadas desde mucho antes de que el Príncipe Kragen y su ejército cruzaran el Pestil. Los lugares donde ocultarse eran escasos, pero había sombra disponible. Parcialmente por esa razón, y parcialmente a causa de la riqueza del suelo, las llanuras de Armigite no se parecían en nada a los áridos espacios de Termigan.

Terisa y Geraden hicieron buenos progresos, pese a la falta de monturas frescas. Geraden estudió repetidamente el mapa —estaban cruzando todavía una parte de Mordant donde él no había estado nunca antes—, y le aseguró a Terisa que su avance era bueno. Tal vez estuviera tan sólo intentando elevar su espíritu. Por alguna razón, el de él no parecía necesitar ningún apoyo: su entusiasmo sugería que le gustaba aquel avance veloz a través del paisaje, aquella clara y urgente sensación de finalidad; que estaba ansioso por regresar a Orison. Cuando la caída de la noche les obligó a detenerse y acampar, estaban cumpliendo las previsiones del viaje hasta Orison tal como lo había proyectado la Reina Madin, en tres días.

Cuanto más miraba él hacia delante, sin embargo, más volvía hacia atrás la atención de ella. Torrent la había emocionado inesperadamente, le había hecho darse cuenta de sus propias insuficiencias. A sus distintos modos, cada una de las hijas del Rey la había cautivado. Habían heredado más valor del que ella parecía poseer. Su determinación de oponerse al Maestro Eremis era poco más de un fingimiento, después de todo..., un fingimiento de que, de algún modo, podía trascender a su pasado.

Mientras miraba a través de la fogata a la abierta oscuridad de Armigite, murmuró:

—Geraden, hay algo que no comprendo.

—¿Sólo «algo»? —respondió él, haciendo un transparente esfuerzo por sacarla de su estado de ánimo—. Entonces eres maravillosa para mí, mi dama. *Mi* falta de comprensión no se detiene en «algo». Es tan enorme como el mundo.

Ella le miró. Su rostro era tan encantador como siempre. Y si algo podía decirse de él era que se había vuelto más atractivo; la excitación que había sentido desde que Torrent se fuera había sacado al exterior lo mejor de él a través de sus ojos, de las líneas de sus rasgos. No merecía su melancólico estado de ánimo. Por su bien, hizo un esfuerzo por sonreír.

—Eso es probablemente cierto. Pero apostarí a que conoces la respuesta a esto.

Él la miró fijamente y sonrió.

—Pruébame. —La danzante luz del fuego creaba la impresión de que su sonrisa iba todo el camino hasta los huesos.

Casi inmediatamente, ella descubrió que el peso que empujaba su espíritu hacia abajo no era en absoluto tan pesado como había creído.

—Creo que lo haré —dijo—. Pero primero deseo que me expliques algo.

El destellar en los ojos de Geraden se hizo más brillante mientras aguardaba a que ella continuara.

—Esa avalancha —dijo ella—. Tuvieron que usar dos espejos. ¿No es así? Uno para trasladarla de allá donde fuera que la hallaran. Y uno para trasladarla a la Casa del Valle.

—Sí —respondió de inmediato Geraden—. Pero eso es cierto también respecto a todo lo que hemos visto. Esos pozos de fuego en las afueras de Sternwall. Los devoracadáveres en Fayle. Incluso las criaturas que atacaron Houseldon. —Una sombra que muy bien pudiera ser pesar o rabia oscureció brevemente su mirada—. Todo ello ha necesitado dos espejos. Ése debe ser el secreto de Eremis. Así debe ser como es capaz de atacar tantos lugares distintos en Mordant sin tener que ir realmente a ellos. Y así debe ser como es *capaz* de trasladar a la gente dentro y fuera de Orison sin que eso les cueste su cordura.

»Ya hemos hablado de eso antes —añadió.

—Lo recuerdo. Es la única explicación que he oído que parece tener sentido. Dos espejos. Uno muestra una escena con un montón de deslizamientos de tierras. El otro es un espejo plano con la Casa del Valle en la Imagen. Eso significa —su corazón se contrajo al llegar a ese punto— que Eremis puede habernos visto en la Imagen. *Debe* habernos visto. Sé que yo estaba en la imagen. De otro modo no hubiera sentido la traslación.

»Eso significa que sabe dónde estamos.

»Y significa que somos responsables de lo que le ocurrió a la Reina Madin. Fue secuestrada a causa de nosotros.

—No. —Geraden rechazó la idea sin ninguna vacilación—. Eso no puede ser cierto. No fue a causa de nosotros.

—¿Por qué no?

—Es demasiado complicado. Tenía hombres preparados para ese ataque. Debían estar ya en camino mucho antes de que nosotros llegáramos siquiera a Fayle. Si tuviéramos algo que ver con ello, él hubiera tenido que saber que nosotros íbamos a ir ahí, y no a Romich, mucho antes de que lo supiéramos nosotros mismos. Y sus hombres no nos hubieran ignorado. Se hubiera sentido feliz ante la posibilidad de capturarnos.

»Ese ataque fue dirigido contra la propia Reina. La ocasión fue una pura coincidencia. Eremis no puede controlar las avalanchas en su espejo. Tenía que estar preparado para actuar en el momento en que se presentara la oportunidad.

Involuntariamente, Terisa sacudió la cabeza. No le gustaba lo que estaba pensando.

—No. Probablemente *puede* controlar las avalanchas. Quiero decir que puede causar una en el momento que desee. Todo lo que tiene que hacer es enfocar su espejo al tipo adecuado de ladera. Entonces, cuando desea un corrimiento de tierras, todo lo que tiene que hacer es trasladar a otro lado la roca que retiene toda la ladera.

Geraden la miró, con sus ojos despidiendo llamas.

—Tienes razón. Nunca había pensado en eso.

—El ataque no fue dirigido contra nosotros —asintió ella—. Pero él sabe que nosotros *estábamos* ahí. Pudo haber visto que sobrevivimos. Pudo habernos visto alejarnos a caballo. Pudo suponer dónde íbamos.

»Eso significa que no podemos advertir al Rey Joyse. No servirá de nada. No habrá ningún lapso entre el momento en que él sepa lo que le ha ocurrido a la Reina y el momento en que Eremis sepa que él lo sabe. No tendrá ninguna posibilidad de actuar. Lo que estamos intentando hacer no tiene ningún sentido.

Se detuvo y escrutó el rostro de Geraden, conteniendo el aliento como si temiera su reacción.

Se sintió aliviada al ver que él no se descorazonaba. Su expresión se volvió intensamente pensativa, pero no pareció especialmente alarmado; y, ciertamente, no horrorizado. Suavemente, comentó:

—Ya lo he dicho antes. Tienes una imaginación morbosa. No me extraña que

hayas estado tan deprimida todo el día.

»Esta vez —añadió al cabo de un momento— creo que estás equivocada.

Suavemente, ella dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Si Eremis nos vio —preguntó él, a guisa de explicación—, ¿dónde está Gart?

Terisa abrió mucho la boca. No era ella la única con una imaginación morbosa.

—Mientras estábamos hablando con Torrent —prosiguió Geraden—, mientras estábamos intentando ayudar al hombre del Fayle, mientras estábamos preparando nuestros caballos..., era la mejor oportunidad que tuvo nunca Gart de matarnos a ambos. Estábamos indefensos. ¿Por qué no se libró Eremis de nosotros mientras tenía la posibilidad?

»No creo que nos viera.

»*Pudo* habernos visto, por supuesto. Descubrimos eso en las afueras de Sternwall. Pero esta vez no creo que lo hiciera.

»Estoy seguro de que no lo hizo antes de la avalancha. Estábamos en el porche, debajo del tejado, y su espejo estaba enfocado en el aire encima de la casa. Después de todo, no deseaba matar a la Reina Madin. No le hubiera servido de nada muerta. Pero no es ése realmente el asunto. El asunto es que, si estás trasladando varios cientos de toneladas de roca fuera de un espejo y dentro de otro, ¿qué haces entre traslaciones? Si cometes incluso el más pequeño error, todas esas rocas destrozarán el segundo espejo, y te encontrarás con toda la avalancha sobre tus rodillas.

Pese a sí misma, Terisa dejó escapar una pequeña risa histérica. Hubiera sido de perfecta justicia si la avalancha que Eremis había planeado para la Casa del Valle hubiera caído sobre su propia cabeza.

Geraden le dedicó una rápida sonrisa.

—La solución —dijo— es aquella de la que hablamos en una ocasión..., hace un centenar de años o así, en Orison, cuando no sabíamos que éramos dos de las personas vivas más poderosas. Trasladar el segundo espejo dentro del primero. En efecto, las rocas van a parar directamente al interior del espejo plano.

»Pero —alzó una mano para impedir cualquier interrupción—. Esto es lo que nos salvó. Cuando haces una traslación así, cuando pones el segundo espejo dentro del primero antes de empezar..., ¿qué es lo que puedes ver? Puedes ver la ladera de la montaña. Puedes ver las rocas. Pero no puedes ver la Imagen del segundo espejo. El *dorso* del espejo plano es el que mira hacia ti, a fin de que la parte frontal pueda trasladar las rocas.

»Y una vez inicias un proceso así, tienes que mantenerlo en marcha hasta que se aclare el polvo y estés seguro de que estás a salvo. Si lo detienes mientras aún hay

cualquier posibilidad de que uno o dos peñascos caigan de la ladera de la montaña, el cristal plano puede verse hecho pedazos, y las rocas pueden terminar en tu cara. Así que no puedes apresurarte en trasladar el segundo espejo de vuelta fuera del primero y darle la vuelta a éste y reenfocarlo.

»Por eso tuvimos tiempo de alejarnos.

Escuchándole, Terisa sintió que un nudo en su interior se aflojaba al fin. Geraden tenía razón. Era posible que Eremis no les hubiera visto. De haberlo hecho, seguramente hubiera enviado un ataque tras ellos..., lobos o un felino de fuego, si no el propio Gart. Aún había esperanzas para el loco plan que Torrent y Geraden habían concebido.

Aquella noche, experimentó algunos de los beneficios del entusiasmo de Geraden. Ella empezó a sentirse también un poco entusiasmada.

Casi al mismo tiempo, cuando las ascuas se habían apagado ya y las nubes cubrían la luna, el Príncipe Kragen envió algunos hombres a limpiar los carbonizados restos de sus arietes y sus armazones protectores de las puertas de Orison. Deseaba que los nuevos arietes y armazones que estaban siendo terminados se lanzaran a un ataque que no encontrara obstáculos en su camino.

Y, a la mañana siguiente, preparó ese ataque.

Bueno, en algún momento se les acabará el aceite.

Parecía una táctica más bien endeble sobre la que gravitar las esperanzas de supervivencia de Alend, sin hablar de la victoria. Sin embargo, insistió. Simplemente, no tenía ninguna idea mejor. Con tiempo suficiente, hubiera podido permanecer sentado tranquilamente allá donde estaba, en plena seguridad, discutiendo asuntos de gobierno con su padre, o con dama Elega, entrenando a sus fuerzas..., y aguardando a que Orison se sometiera o muriera de hambre. Así era como se suponía que funcionaban los asedios. Pero nada que tuviera algo que ver con el Rey Joyse se desarrollaba nunca de la forma en que se suponía que tenía que hacerlo. Y en cuanto al Gran Rey Festten...

Si el Príncipe podía agotar las reservas de aceite para lámparas, aceite de cocinar, grasa inflamable, de Orison, quizá fuera capaz de lanzar con eficiencia sus arietes contra las puertas. Todo lo que necesitaba era conseguir abrir aquellas puertas.

Sabía que disponía de hombres suficientes para tomar el castillo, si sólo conseguía abrir sus puertas.

Hacia media tarde de aquel día, mientras el quinto de los arietes de fabricación casera del Príncipe Kragen ardía como una tea, Terisa y Geraden avistaron Batten y

abandonaron el camino para rodear la ciudad por el este.

Aquél era uno de los momentos difíciles, explicó Geraden. Tenían que cruzar la ruta de aprovisionamiento de Alend. El peligro de tropezar con soldados de Alend era ahora grave. Y los exploradores o espías del Armigite estarían seguramente concentrados a lo largo de las líneas donde eran esperadas las fuerzas de Alend. Geraden y Terisa disminuyeron su paso hasta casi andar; y Geraden se pasaba largos momentos en las crestas de cada nueva altura, tensando sus ojos hacia el horizonte. De tanto en tanto, hallaba un árbol y trepaba a él para estudiar el terreno desde aquella ventaja.

Sin ninguna buena razón excepto que no veía nada —ni siquiera las murallas de la ciudad, una vez ella y Geraden abandonaron el camino—, Terisa empezó a pensar que aquellas pausas cautelares eran innecesarias. Cruzaron la inconfundible porción de terreno que había llevado al ejército de Alend hasta el camino —inconfundible porque el suelo aún ofrecía las marcas de las ruedas, las huellas de los cascos, la presión de las botas—, pero no vieron ningún signo de los carromatos de provisiones de Alend o de los hombres del Armigite. Hubiera preferido el riesgo de la rapidez que la frustración de la espera.

Cambió de opinión, sin embargo, cuando él bajó de uno de los árboles tan rápido que casi estuvo a punto de caer como el torpe que había sido antes. Siseando rápidamente instrucciones, arrastró sus monturas hasta un bosquecillo cercano; con su ayuda, obligó a los animales a echarse al suelo, luego hizo todo lo posible por cubrir sus hocicos e impedir que se agitaran mientras los otros caballos llegaban cerca.

Un pequeño grupo de jinetes con ropas sucias y ojos malignos pasaron tan cerca que Terisa hubiera podido alcanzarles de una pedrada.

—Mercenarios —chirrió Geraden en voz muy baja, después de que los jinetes hubieran desaparecido—. Ese tipo de hombres..., si van con prisa, pueden degollarte *antes* de violarte.

»Pensé que todos los mercenarios del mundo trabajaban para Cadwal.

Terisa tenía problemas con su pulso. —Entonces, ¿qué están haciendo aquí? Él se encogió rígidamente de hombros, como si todos sus músculos estuvieran anudados.

—Trabajando para alguien distinto. O espiando para el Gran Rey. Si los Feudos envían refuerzos al Príncipe Kragen, Festten deseará saberlo. Puede que a estas alturas tenga hombres por toda esta parte de Mordant.

Oh, estupendo, murmuró Terisa para sí misma. Justo lo que necesitamos.

Ella y Geraden tuvieron que ocultarse dos veces más antes de terminar el día, pero en ambas ocasiones pudieron evitar el ser descubiertos con relativa facilidad. Los grupos de mercenarios esperaban muchas cosas, pero claramente no esperaban

encontrarse a un hombre y una mujer con tres caballos avanzando por terreno abierto en torno a Batten.

Aquella noche, en un campamento sin fuego en una pequeña hondonada, ella observó:

—No puedo vivir de este modo.

—¿Cómo, escabulléndonos así? ¿Rodeados de gente que nos abriría en canal a menos que tuviera el buen sentido de hacernos prisioneros si sólo supiera quiénes somos? ¿No bromeas? —Geraden bufó suavemente—. Terisa, me sorprendes.

En realidad, ella también estaba sorprendida de sí misma. Sin ninguna advertencia previa, de pronto se había visto inundada por la sensación de lo extrañas que eran sus circunstancias. ¿No era ella Terisa Morgan, la muchacha pasiva que había estado escribiendo cartas tristes para el Reverendo Thatcher hasta perder la fe en él y su misión? ¿No era ella la solitaria mujer que había decorado su apartamento con espejos porque no sabía ninguna otra forma de demostrar que existía?

Así que, ¿qué estaba haciendo *allí...*, rodeada, como había observado Geraden, de enemigos; afanándose por campo abierto a lomos de un caballo en un casi loco esfuerzo para advertir al Rey Joyse de que su esposa había sido secuestrada; tan furiosa contra el Maestro Eremis que no podía pensar en él sin echarse a temblar? ¿Qué estaba *haciendo*?

—Yo también me sorprendo —murmuró; pero Geraden había hablado bromeando, y ella lo decía en serio. Por todos lados, la noche parecía a la vez enorme y sutil, demasiado grande para enfrentarse a ella, demasiado hábil para escapar a ella. Y las estrellas... Sabía en sus huesos que la ciudad donde estaba su apartamento no tenía nada parecido a aquel número de estrellas contemplándola—. En este preciso momento, parece como si no hubiera ningún otro lugar en el universo más alejado de donde acostumbraba a vivir que éste.

—¿Tienes miedo? —preguntó él gentilmente—. Todavía nos queda un largo camino por recorrer.

No estaba hablando de la distancia a Orison.

—Eso es lo divertido —murmuró ella—. Cuando me detengo y me tomo el pulso, tengo la impresión de que nunca he estado tan asustada en toda mi vida. Pero cuando pienso acerca de dónde vine: mi apartamento, mi trabajo, mis padres..., creo que nunca he sido tan valiente.

Al cabo de un rato, él dijo:

—Constituye una sorprendente diferencia cuando tienes unas razones buenas y claras para lo que estás haciendo. Creo que yo sufría tantos accidentes porque estaba confuso. En conflicto conmigo mismo.

Ella estaba de acuerdo, pero no lo dijo. En vez de ello, murmuró:
—No seas presumido. Te vi estar a punto de caer de ese árbol.
Eso le hizo reír. Y su risa siempre hacía que ella se sintiera mejor.

El Príncipe Kragen también tenía razones para sus acciones.

Lo que estaba haciendo carecía de precedentes. Pese a la oscuridad, pese al hecho de que sus hombres no podían ver los contraataques de Orison a tiempo para defenderse muy bien..., estaba atacando las puertas con el ariete más poderoso de que disponía.

Tenía dos razones para arriesgar tan derrochadoramente la sangre de su ejército: la una inmediata, la otra alarmante.

Su razón inmediata era que justo antes del anochecer los defensores habían dejado de derramar aceite sobre las protecciones de sus arietes. El ariete en particular así perdonado no había sido especialmente impresionante: su armazón protegía solamente a los hombres suficientes para moverlo, no a los suficientes para amenazar seriamente las puertas. Sin embargo, el hecho de haber sido perdonado sí era significativo. Sin vacilar, el Príncipe llamó de vuelta aquel ariete y envió otro mucho mayor, con toda su dotación de hombres.

A éste también se le permitió hacer su trabajo sin ser incendiado desde arriba.

Dos interpretaciones se sugerían por sí mismas de inmediato. Orison había agotado su aceite. U Orison estaba intentando conservar el aceite que le quedaba..., confiaba en la oscuridad para protección.

Bajo otras circunstancias, esta posibilidad de atacar las puertas hubiera valido el riesgo. Por la noche, protegidos por la oscuridad de los arqueros, los defensores del castillo podían descender de los muros con cuerdas y atacar el ariete en cuestión de minutos. Pero el Príncipe estaba demasiado preocupado para perderse aquella oportunidad, por costosa que pudiera resultar.

Estaba alarmado porque durante aquella tarde sus exploradores habían interceptado a dos hombres heridos, casi agonizantes, que al parecer eran los últimos supervivientes que el Perdon enviaría ya a Orison.

Ni siquiera estaban seguros de cuál había sido el destino de su señor. Cuando éste los envió a Orison, todavía tenía varios cientos de hombres a su alrededor, aún seguía luchando. Pero sabía que estaba acabado. Envío a esos dos soldados para advertir al Rey Joyse.

Estaban demasiado malheridos para sobrevivir a aquella noche; pero el Príncipe Kragen consiguió hilvanar su historia a partir de sus confusos y febriles balbuceos. Lo que al parecer había ocurrido era que el Gran Rey Festten había cambiado

repentinamente de táctica. Había detenido su inexplicable marcha hacia el Care de Tor: por un tiempo, incluso había dejado de atacar al Perdon. En vez de ello, había acampado su enorme ejército como si hubiera conseguido su objetivo, como si el único auténtico propósito de su marcha hubiera sido capturar el terreno donde se hallaba ahora..., una región relativamente deshabitada de complejas colinas y pequeños ríos no más cerca de Marshalt que de Orison.

Y entonces, mientras el Perdon estaba aún intentando imaginar lo que Festten estaba haciendo, el Gran Rey envió a casi cinco mil soldados a rodear y atrapar al señor. Al final, sólo el terreno había permitido a aquellos dos hombres heridos escapar. Se habían ocultado en un boscoso barranco hasta que la oscuridad les permitió alejarse arrastrándose hacia el norte.

¿Cuántos días hacía de esto?, deseaba saber el Príncipe Kragen. ¿Cuál era la distancia exacta? De hecho, deseaba tanto saberlo que su misma frustración lo tentó a recurrir a algunas formas más duras de interrogatorio. Pero era evidente que los hombres del Perdon habían sido torturados ya más allá del punto en que eran capaces de pensar o hablar coherentemente. El Príncipe Kragen se quedó con muy poca idea de cuándo habían abandonado a su señor, o dónde estaba Festten.

Así que atacó las puertas de Orison por la noche, pese a las pérdidas que sabía que iba a sufrir. Tenía miedo: podía sentir una especie de hado adverso avanzar a largas zancadas hacia él en la oscuridad. Un enemigo que podía hacer avanzar al menos a veinte mil hombres hasta tan lejos como en medio de la nada —en este caso, en medio del Care de Tor—, sin ninguna finalidad razonable excepto *acampar*, era capaz de cualquier cosa.

Durante las horas de oscuridad, Kragen escuchó el sordo y plano retumbar del ariete contra las puertas, los gritos de los defensores y los gritos de sus propias fuerzas..., escuchó, y rechinó los dientes para refrenar su rabia ante una guerra que no podía ni evitar ni comprender.

El Castellano Lebbick parecía estar de un talante completamente distinto. Si sentía algún deseo de ponerse furioso, no lo demostraba. Desde las almenas encima de la puerta, contemplaba el enorme ariete de Alend trabajar contra la puerta con una retorcida expresión en su rostro, como si algo dentro de él estuviera siendo desgarrado; sin embargo, no alzaba la voz ni maldecía. Ni siquiera sonreía. Por alguna razón no muy clara, murmuraba con disgusto palabras que sonaban a los guardias de su alrededor algo así como «estúpida mujer». Luego pidió cuerdas y empezó a disponer a sus hombres para defender las puertas.

Sin embargo, no se quedó para contemplar la lucha. Un buen número de sus capitanes sabían lo que había que hacer en una situación como aquélla. Se alejó como

una sombra del hombre que acostumbraba a ser, dispuesto a pasar tanta parte de la noche como fuera posible bebiendo con Artagel.

Desgraciadamente, la cerveza —ni siquiera en aquella cantidad— servía para aliviar la ardiente y seca sensación en su mente. Estaba lleno de presentimientos; su cerebro masticaba anticipaciones de desastre. Así que se sintió hoscamente sorprendido cuando a la mañana siguiente despertó y supo que algo bueno estaba ocurriendo.

Llovía.

Una lluvia intensa, tan densa que cegaba el castillo y convertía el polvo del patio en una sopa instantánea; lo que la gente allá donde Lebbick había crecido llamaba una auténtica limpiabarrancas. Y muy esperada; Mordant estaba acostumbrado a lluvias así en primavera.

Por supuesto, hacía que Orison fuera imposible de defender. Los guardias encima de las puertas no podrían saberlo ni aunque todo el ejército de Alend se acercara a un tiro de piedra de sus narices.

Por otra parte, la lluvia también hacía imposible el ataque.

Los de Alend no disponían de pie firme. Podían traer sus arietes más grandes y golpear con ellos hasta que se les partiera el corazón; pero no podían coger el impulso suficiente para conseguir algo efectivo. Las puertas resistirían eternamente contra cualquier golpeteo que pudieran recibir en aquella lluvia. Y las demás máquinas de asedio eran igualmente inútiles.

La lluvia no alegró al Castellano Lebbick. Había rebasado el punto en el que algo podía alegrarle aún. Pero le proporcionaba un respiro, un poco de tiempo en el que poder aferrarse un poco más a sí mismo.

También ayudó a Terisa y Geraden.

Eso sorprendió a Terisa. Se empapó y cogió tanto frío tan rápidamente que se sintió derrotada antes de que el día hubiera despuntado por completo. Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que ella y Geraden no corrían tanto peligro de ser descubiertos o capturados en medio de aquel aguacero. Si hubiera dejado que Geraden se adelantara tres metros con respecto a ella, no hubiera sido capaz de divisarle.

Ahora el problema no tenía nada que ver con ser detenidos. Ahora el problema era hacia dónde estaban yendo.

—¿Cómo sabes que no nos hemos perdido? —le gritó a Geraden en medio del diluvio.

—¡La lluvia! —Pese al agua que corría en arroyos por su rostro, sonrió—. ¡En esta época del año, siempre procede del oeste! ¡Estamos yendo hacia el sur, así que lo único que tenemos que hacer es ir cortando el viento!

Se hubiera sentido realmente impresionada si todo su cuerpo no se sintiera tan miserable.

Sin embargo, siguió avanzando; ella y Geraden siguieron avanzando. Mientras sus enemigos estaban cegados era el mejor momento para ganar el máximo terreno posible. La lluvia podía hacer imposible que Torrent siguiera a su madre; pero Terisa se sentía demasiado fría y empapada como para preocuparse por algo tan fuera de su control. Se concentró principalmente en Geraden y en su avance hasta que finalmente la tormenta disminuyó, una o dos horas antes del anochecer, y él tuvo la oportunidad de orientarse.

—Mañana. —Había alivio en su voz; sin embargo, ella nunca lo había oído sonar tan cansado—. Estaremos en el Demesne mañana por la mañana. Mañana por la tarde o por la noche alcanzaremos Orison.

Sólo por decir algo, ella murmuró:

—Si el Príncipe Kragen no me ofrece ropa seca, le escupiré a la cara.

Geraden asintió su aprobación.

—Simplemente no le des una patada en las partes. He oído decir que los príncipes tienden a ponerse furiosos si los patean en las partes.

—No me importa —respondió ella—. Llevo tanto tiempo a lomos de un caballo que ya no puedo recordarlo, y me duele todo el cuerpo. Voy a patear a quien quiera y en el lugar que quiera.

Él asintió de nuevo.

—Puede que tengas que hacerlo. —Era evidente que sus pensamientos estaban en otra parte—. Llevamos con nosotros un montón de preguntas desde hace un montón de tiempo. Mañana empezaremos a conseguir respuestas. Puede que tengas que patear a todo el mundo con quien nos encontremos.

Terisa se negó a preocuparse por aquello. Todo lo que deseaba en aquellos momentos era sentirse caliente y seca.

Los habitantes de Orison tuvieron una reacción opuesta: rezaron para que la lluvia siguiera.

Desgraciadamente, no lo consiguieron. A la mañana siguiente, el suelo estaba lo suficientemente seco como para que el Príncipe Kragen reanudara su ataque.

El barro era aún denso: un mar de él rodeaba Orison. Pero décadas o siglos de uso

habían compactado lo suficiente el camino de entrada al castillo; proporcionaba suficiente pie a los de Alend como para poner un poco de fuerza a los embates de su ariete.

Protegidos por el armazón y sus escudos, casi un millar de hombres se agruparon cerca de los muros para apoyar el ariete mientras martilleaba las puertas. Cada golpe parecía transmitirse a través de la piedra y ascender hasta la parte superior de las torres y descender hasta las más profundas mazmorras.

Como respuesta, los guardias del Castellano Lebbick instalaron mandrones lo suficientemente poderosos como para mellar el hierro y astillar la madera. Los mandrones destrozaban los escudos de Alend casi sin ningún esfuerzo, reducían a pulpa la carne bajo los escudos y aplastaban los huesos. Lebbick, sin embargo, no disponía de muchas ballestas lo bastante potentes. Y sus hombres tenían que disparar docenas de flechas a fin de dañar el armazón que protegía el ariete.

Lentamente, inevitablemente, golpe tras golpe, las puertas empezaron a ceder.

La madera empezó a comprimirse y a cuartearse; aparecieron las tensiones a lo largo de los refuerzos de hierro; el mortero empezó a saltar de entre las piedras que sujetaban las puertas al muro; los cerrojos empezaron a aflojarse.

En aquel momento, el Príncipe Kragen estaba pagando ya por su éxito con docenas y luego con centenares de sus hombres. Dentro del castillo, los defensores de Orison no sufrían pérdidas. Pero aquel desequilibrio cambiaría de sentido tan pronto como cedieran las puertas.

—Mañana —murmuró Lebbick, inspeccionando las maderas con ojo experto—. Esos lamemierda estarán dentro mañana. Nos queda eso de vida.

No parecía preocupado. Ni siquiera sonaba furioso.

Sonaba satisfecho.

Como correspondía, envió un informe al Rey Joyse. Luego redujo los defensores de Orison al mínimo. Cada guardia que podía ser retirado recibió la orden de alejarse para pasar todo el tiempo que pudiera con los amigos o familia que tuviera.

Su esposa hubiera aprobado aquello.

Amistosamente, Artagel le preguntó:

—¿Qué supones que hará el Rey Joyse para salvarnos?

Sin la menor advertencia, el Castellano Lebbick recuperó su ira.

—Por la forma en que está yendo nuestra suerte —tenía los dientes tan fuertemente apretados que parecía como si su frente fuera a cuartearse—, desafiará al fornicador Príncipe Kragen a un *duelo*.

Con la furia crujendo en cada músculo, abandonó las puertas y el patio. Mientras

estaba furioso, al menos, no podía soportar ver lo que estaba ocurriendo.

Como el Príncipe, no tenía ninguna forma de saber que Terisa y Geraden estaban ya en el Demesne.

Más tarde, aquella tarde, cabalgaron como si no tuvieran miedo directamente hacia la primera patrulla de Alend que encontraron, y pidieron ser llevados ante dama Elega.

Las espadas y la desconfianza les rodearon de inmediato. La montura de Terisa mostraba una inquietante inclinación a girarse en todas direcciones; tenía que luchar con ella para mantenerla bajo control. Era consciente de que el clima se había vuelto frío desde la lluvia del día anterior. ¿Hombres de Alend?, se preguntó. ¿No de Cadwal? ¿Significa eso que Orison aún sigue resistiendo? Pero no tenía intención de formular aquellas preguntas en voz alta. Después de todo, estos soldados iban vestidos como los hombres que habían secuestrado a la Reina Madin.

El jefe de la patrulla restalló:

—¿Qué mierda de cerdo os hace pensar que tenéis alguna razón para ver a la dama del Príncipe?

La boca de Geraden sonrió, pero sus ojos eran duros.

—Somos sirvientes —respondió, con un asomo de riesgo en su voz—. Nuestros padres han servido a su familia desde antes de que nosotros nacióéramos. Hemos crecido junto con ella.

»Venimos de Romish. La Reina nos envió a verla.

El jefe de los hombres de Alend gruñó una maldición.

—¿La Reina? ¿Madin, esa jodida esposa de Joyse?

El esfuerzo de controlar su caballo cubrió el rostro de Terisa tan efectivamente como una máscara. La expresión de Geraden era positivamente serena: sólo sus ojos amenazaban con traicionarle.

—Así que has oído hablar de ella —dijo blandamente—. Bien. Entonces comprenderás que a dama Elega no va a gustarle nada si nos impides entregarle nuestros mensajes.

—¿La Reina Madin? —repitió el de Alend, con la voz congestionada por la hostilidad—. ¿Traéis mensajes de la Reina Madin?

La boca de Geraden sonrió de nuevo.

—Vaya, eres rápido. —Luego, suavemente, añadió—: Llévanos a presencia de dama Elega.

Un pequeño estremecimiento recorrió el corazón de Terisa cuando oyó la

autoridad en su tono.

El jefe de la patrulla dudó; había sido cogido por sorpresa..., un hecho que pareció desconcertarle. Para compensarlo, gruñó una obscenidad. Luego dijo:

—Creo que el Príncipe deseará oír vuestros mensajes.

—Siempre que podamos hablar con ella —respondió Geraden—, no me importa quién más nos escuche. Llévanos a verlos a los dos.

»Simplemente hazlo.

Ante su propia y evidente sorpresa, el jefe de la patrulla de Alend se dio la vuelta y organizó a sus hombres para que escoltaran a Geraden y Terisa hacia el campamento. Un par de sus hombres galoparon delante; el resto formó un nudo en torno a los viajeros.

Repentinamente aturdida por el alivio —quizás a causa de que su caballo había dejado de querer actuar por cuenta propia—, Terisa se permitió el riesgo de guiñarle un ojo a Geraden. Éste fingió no darse cuenta.

Estaban más cerca del asedio de lo que habían supuesto. Al cabo de poco tiempo llegaron a la vista del ejército de Alend y de Orison.

Terisa se sorprendió de lo pequeño que parecía el castillo bajo aquellas circunstancias, rodeado por diez mil soldados, medio centenar de máquinas de guerra y un número incontable de sirvientes y seguidores del campamento. La masa de piedra gris de Orison, que hubiera debido parecer impenetrable, mostraba un inesperado parecido al cartón; las pequeñas banderas que ondeaban en las torres daban al lugar el aspecto de un juguete de niño.

Al mismo tiempo, la brecha parcialmente cubierta por el muro cortina parecía bostezar innaturalmente amplia, como si fuera más grande de lo que había sido antes, y más oscura: una herida mortal.

Los hombres que cabalgaban delante habían causado ya una conmoción: Terisa pudo ver al ejército y sus acompañantes moverse para recibirles a ella y a Geraden. La gente corrió hacia delante para mirar; se formularon preguntas que el jefe de la patrulla ignoró o respondió con un grito. El ataque a las puertas empleaba tan sólo una fracción de las fuerzas del Príncipe Kragen; el resto no tenía nada que hacer por el momento excepto aguardar y preocuparse. Algunos de los soldados sólo deseaban noticias. Pero otros ofrecían chistes e insultos que hicieron que los ojos de Geraden se volvieran tan duros como cristales. Sin embargo, mantuvo su expresión de serenidad, y siguió a la patrulla a través del campamento.

Pasaron junto a una zona de sucias y descuidadas tiendas donde vivían los más pobres de los seguidores del campamento, hundidos hasta los tobillos en la acumulación de sus propios desechos. Luego el orden y la limpieza del campamento

empezó a mejorar, de acuerdo con el creciente estatus de sus ocupantes. Al cabo de unos minutos, la patrulla llevó a Terisa y Geraden a una zona abierta como la imitación de un patio, rodeada por varias tiendas tan grandes y lujosas que Terisa estuvo segura de que ella y Geraden habían alcanzado su meta.

Su meta inmediata, en cualquier caso. Para poder entrar en Orison, primero tenían que pasar más allá del Príncipe Kragen.

Salió de una de las tiendas a las sombras del atardecer antes de que nadie hubiera tenido oportunidad de desmontar. Avanzó como si tuviera intención de dirigirse directamente a los jinetes; pero tan pronto como los vio se detuvo en seco.

Clavó los puños en sus caderas cuando Terisa cruzó su mirada con la de él; sus negros ojos llamearon como si ella le hubiera dado un bofetón. Por un momento, obligándose a ser meticuloso, volvió la cabeza y estudió a Geraden; luego miró de nuevo fijamente a Terisa.

—¿Sirvientes de la Reina? —preguntó a su hombre, en un tono que podía ser burlón o amargo—. ¿Te dijeron eso, y tú les creíste? ¿A ninguno de vosotros, estúpidos, se os ocurrió preguntarles sus *nombres*?

Sin embargo, no dio al jefe de la patrulla la oportunidad de responder.

—Oh, olvídalo. Te hubieran mentido también con sus nombres, y entonces hubieras quedado como un estúpido mayor aún que ahora.

»Al menos ten el sentido común de desarmarlos. Luego puedes irte.

Herido en su amor propio, el jefe de la patrulla se apoderó de las armas de Terisa y Geraden, las espadas que les había dado el Termigan. Luego sus hombres se retiraron.

El Príncipe Kragen dio la impresión de que la patrulla había dejado ya de existir en lo que a él se refería. Estaba concentrado exclusivamente en Terisa.

—Mi dama Terisa de Morgan —dijo lentamente, arrastrando las palabras de una forma que sugería humor o burla—. Me sorprendes por completo. Y tu compañero debe ser el infame Apr Geraden, el blanco a la vez del augurio y de las burlas. No puedo pensar en otra posibilidad.

»Sin embargo, me sorprendes también en eso. Puesto que estás *aquí fuera* —apartó un puño de su cadera para hacer un gesto hacia el terreno entre las tiendas—, cuando es obvio que deberías estar *ahí dentro* —señaló hacia Orison—, llego a la conclusión de que tenéis una notable historia que contarme.

»Me la contaréis —gradualmente, su tono convenció a Terisa de que no estaba de buen humor— ahora.

—Mi señor Príncipe —intervino firmemente Geraden, como si no estuviera

interrumpiendo al Pretendiente de Alend—, ¿dónde está dama Elega?

—Estoy aquí, Geraden.

Terisa se volvió en su silla y vio a la hija del Rey.

Elega estaba de pie entre los faldones de la entrada de una de las tiendas. Un rayo de sol incidía sobre su rostro, de modo que su palidez habitual quedaba cubierta por un rubor naranja dorado, y la luz ahogaba la vividez de sus ojos. Vista de aquel modo, parecía como si se hubiera convertido en una mujer completamente distinta desde que Terisa la había visto por última vez.

—Así que es cierto, mi dama Terisa —dijo claramente, alzando su voz como si se tratara de una ocasión formal—. Siempre fue cierto. Eres una Imagera.

La boca del Príncipe Kragen se agitó bajo su bigote en una maldición. Cuando habló, sin embargo, su tono permaneció neutro:

—¿Cómo has llegado a esta conclusión, mi dama Elega?

La mirada de Elega no se apartó de Terisa; la estudió a través de los rayos del sol.

—Como tú has dicho, mi señor Príncipe, no están en Orison. Es dudoso que hayan podido arrastrarse fuera cruzando su asedio. En consecuencia, tienen que haber utilizado la Imagería.

—Que puede habernos proporcionado otra persona —señaló ásperamente Geraden—. No olvides esa posibilidad. No creerás que Gart efectúa sus propias traslaciones, ¿verdad?

Un inesperado silencio cayó sobre las tiendas. Elega se llevó a medias una mano a la boca, luego la dejó caer. Un destello de blancos dientes apareció entre los labios del Príncipe Kragen. Desde algún lugar en la distancia, Terisa podía oír un metódico golpeteo, un profundo resonar a la vez tan duro y tan lejano que parecía llegar a través del suelo antes que del aire. Unos hombres gritaban rítmica y débilmente. Su presencia allí, y la de Geraden, debía haber constituido una completa sorpresa para Elega y el Príncipe. Ahora la idea que sugería Geraden parecía impresionarles aún más, como si hiciera que toda la situación fuese incomprensible.

Bien, pensó Terisa, esto era mejor que verse atados... o degollados. Sintió un excéntrico, casi alocado deseo de aplaudir a Geraden. Los hombres que se habían llevado a la Reina Madin eran de Alend. Y Terisa y Geraden tenían tantas preguntas... Y deseaban entrar en Orison. Si Kragen había ordenado realmente el secuestro de la Reina, su única esperanza era mantenerlo desequilibrado y rezar para que ocurriera algo inesperado.

Intentando hacer su contribución, preguntó:

—Mi señor Príncipe, ¿puedo desmontar? Llevo en este caballo desde mucho

antes de lo que puedo recordar.

Un leve estremecimiento pareció recorrer el cuerpo del Príncipe Kragen, una breve convulsión de su voluntad. Inmediatamente se tranquilizó, como si su seguridad en sí mismo hubiera sido tensada una muesca.

—Por supuesto, mi dama Terisa. —Avanzó hacia ella—. En lo que a otros asuntos se refiere, ya he dicho que las deudas entre nosotros han sido saldadas. Pero eres una amiga de dama Elega, y así eres bienvenida entre nosotros. Permíteme ofrecerte la hospitalidad del Monarca de Alend.

Alzó las manos para ayudarla a desmontar.

Aquella era una cortesía a la que Terisa no estaba acostumbrada, pero hizo todo lo que pudo por dejar que la ayudara. Geraden desmontó también y acudió a su lado; inmediatamente, hizo una formal inclinación de cabeza al Príncipe Kragen.

—Mi señor Príncipe, no he sido propiamente presentado, aunque tú me has nombrado. Soy Geraden, el séptimo hijo del Domne, un Apr de la Cofradía de Imageros.

»Como has dicho, tenemos una notable historia que contar. —De alguna forma, consiguió sonar como si no pudiera pensar en una sola razón para desconfiar del Príncipe—. Y tiene que haber un montón de cosas que tú puedas contarnos a nosotros, si podemos persuadirte de que lo hagas.

—Geraden. —Elega había avanzado hacia ellos mientras Terisa tenía la mirada clavada en el Príncipe Kragen. Su rostro y su silueta estaban en sombras ahora, con el paradójico resultado de que parecía más brillante, más aguda; más *capaz*—. ¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Por qué estáis aquí? ¿Y cómo? Seguramente no nos pedirás que creamos que esto no es más que el resultado de otra de tus colosales equivocaciones.

—No —respondió Geraden—. Por otra parte, espero que creas que me resulta difícil confiar en ti lo suficiente como para decírtelo todo.

Bien: acababa de dar el primer indicio de cuáles eran sus lealtades; en consecuencia, de sus intenciones. Terisa contuvo el aliento, temeroso de que estuviera arriesgando demasiado, demasiado pronto.

Afortunadamente, Kragen no estaba lo bastante sorprendido como para reaccionar de forma errónea. Sabía lo que le había ocurrido a Nyle en su intento de alcanzar al Perdon: probablemente era capaz de dar por sentadas las lealtades de Geraden. Antes de que Elega pudiera responder al sarcasmo de Geraden, el Príncipe Kragen se situó entre ellos y cogió a Terisa del brazo.

—Discutiremos concienzudamente estas cosas, os lo aseguro —observó—, pero no veo ninguna razón por la que no debamos hacerlo en un lugar más confortable...

y en privado. —Con su mano en el brazo de Terisa, la animó a avanzar, conduciéndola hacia la mayor de las tiendas que rodeaban el espacio—. Además, os he ofrecido la hospitalidad del Monarca de Alend, y eso no debe rechazarse. —Como si ya no se estuvieran moviendo, como si ella tuviera alguna posibilidad, preguntó—: ¿Vendrás conmigo?

Terisa asintió. Pero no dejó escapar el aliento hasta que vio que tanto Geraden como Elega les seguían.

El príncipe la introdujo en lo que al cabo de un momento se dio cuenta de que era el avance de la tienda. Estaba iluminado tan sólo por los braseros que lo calentaban, con el resultado de que su mobiliario era oscuro, vagamente ominoso; las sillas parecían agazaparse en las tinieblas, tan impredecibles como bestias. El Príncipe Kragen, sin embargo, dio unas palmadas, y pidió lámparas y vino. Los sirvientes respondieron casi instantáneamente; pronto una cálida luz amarilla llenó el avance, y el peligro se arrastró hacia atrás, ocultándose en la oscuridad de la parte superior de los postes o en las sombras detrás de las sillas.

—El Monarca de Alend se ha retirado a su cama —dijo casualmente el Príncipe Kragen—. De otro modo os hubiera dado personalmente la bienvenida. Esta tienda sirve como su sala de consejos, y dudo —sonrió— que haya ningún hombre en todo el campamento que se atreva a escuchar lo que se dice aquí. Podemos hablar libremente.

Hizo que Terisa, Geraden y Elega se sentaran. Cuando estuvo servido el vino, él tomó también una silla. Terisa bebió un sorbo de la espléndida cosecha, intentando controlar su nerviosismo; pero Elega los observaba a ella y a Geraden, mientras que Geraden observaba al Príncipe.

El Príncipe Kragen jugueteó con su vaso.

—Mi dama Terisa, Geraden, éstos son tiempos complejos. Sospecho que todas las historias son notables. Sin *embargo*, vuestra llegada aquí sugiere preguntas a las que me gustaría obtener respuestas.

—Perdoname, mi señor Príncipe —intervino Geraden, como si no hubiera oído a Kragen—. Han ocurrido tantas cosas... Lo último que sabemos es que Cadwal avanzaba hacia aquí. Un ejército enorme. ¿Dónde *está*? ¿Qué le ha ocurrido al Perdon? ¿Cómo ha sido *capaz* Orison de retenerte durante tanto tiempo?

—Geraden, yo estoy al mando de este asedio. —La voz del príncipe se convirtió en un suave ronroneo, una amenaza—. Este ejército es mío. Deseo comprender cómo habéis llegado hasta aquí.

—Por supuesto, mi señor Príncipe. —Geraden se permitió una ligera y sugerente pausa—. Por otra parte, desearía ser capaz de medir las consecuencias de lo que te

diga. Estoy hablando con un honorable enemigo y una poco honorable amiga. — Ignoró la forma en que Elega se envaró, el violento llamear de su mirada—. El conocimiento es poder. No deseo colocar un arma en las manos equivocadas.

—No lo harás. —El Príncipe Kragen podría ser muy bien un gato fingiendo que no estaba a punto de saltar—. La pondrás en *mis* manos.

Geraden no parpadeó.

—¿O de lo contrario?

El Príncipe se encogió delicadamente de hombros.

—No hay ningún «o de lo contrario». Simplemente afirmo un hecho. Me *contarás* tu notable historia.

Su tono dejó el estómago de Terisa convertido en un puro nudo. Cuando miró su vaso, descubrió que estaba casi vacío.

—Geraden —intervino Elega—, ¿por qué habéis venido aquí? Nunca habéis sido estúpidos. Sabíais que se produciría esta situación. Sabíais que tanto el Príncipe como yo deseamos la derrota de Orison. Y sabíais —pareció dudar, pero sólo por un instante— que no podemos permitirnos el lujo que mantengáis en secreto vuestros conocimientos. Nosotros también arriesgamos mucho. Mi vida quizá sea una cosa pequeña, pero el Príncipe es responsable de todo el ejército de Alend. En resumen, es responsable de la supervivencia de todo el reino de su padre.

»Y por ello —añadió firmemente— tengo mi propia responsabilidad. Como el Rey, yo he traído a todos nosotros a este lugar.

»¿Por qué os habéis puesto tú y dama Terisa en nuestras manos, si no tenéis intención de decirnos lo que sabéis?

Geraden no se lo pensó.

—Porque somos incapaces de entrar de nuevo en Orison sin vuestro consentimiento.

—¿Es eso lo que deseáis? —preguntó suavemente el Príncipe Kragen—. ¿Queréis que os permitamos entrar en Orison, para que podáis contarle al Rey Joyse la historia que pretendéis ocultarme a mí?

Geraden contempló aquel aspecto de la situación.

—Eso es esencialmente cierto, mi señor Príncipe.

—Sospechaba algo parecido. —El Príncipe juntó las manos sobre sus muslos, con las puntas de los dedos tocándose ligeramente, como si su autocontrol fuera perfecto—. Mi mente no es como la de mi dama Elega. Cuando entrasteis en mi campamento, no dije: Son Imageros. Dije: Son exploradores que desean informar a su señor.

»Si creéis que voy a permitirlos cruzar mi asedio para que podáis prestar ayuda o

información de cualquier tipo al Rey Joyse, estáis seriamente equivocados.

Geraden se encogió de hombros. A juzgar por la blandura de su expresión, no tenía ni idea de lo seriamente que acababa de ser amenazado.

Terisa estaba demasiado llena de ansiedad para permanecer quieta en su silla. Sin pedir permiso, se levantó y fue hacia la jarra de vino.

—¿Por qué no llegamos a un acuerdo? —dijo impulsivamente. El cansancio y los primeros efectos del vino podían estar hablando por ella. Había jugado al juego de intercambiar información con el Rey Joyse: sabía que era peligroso. Pero era lo mejor que podía ofrecer. Con su vaso lleno de nuevo, regresó a su asiento—. Vosotros nos decís algo. Nosotros os decimos algo. Un intercambio justo. De esa forma no tendremos que confiar los unos en los otros.

—¿Quién hablará primero? —preguntó Elega, con un tono cuidadosamente neutral.

—Vosotros —dijo Terisa sin vacilar—. Estamos en vuestro poder. Podéis hacernos cualquier cosa que deseéis en cualquier momento que deseéis. ¿Qué tenéis que perder?

Se sentó.

Geraden mantuvo oculta su reacción. Dama Elega miró al Príncipe Kragen.

El Príncipe pensó por unos instantes; no parecía ser consciente de que estaba mordisqueándose el bigote. Dos de sus dedos tamborileaban silenciosamente el uno contra el otro, midiendo la amenaza en el avance de la tienda. Luego dijo con firme tranquilidad:

—Creo que no.

»Mi dama Elega —prosiguió, antes de que Terisa estuviera seguro de que había oído bien—, tú no has escuchado los detalles de la llegada de nuestros huéspedes. Estoy seguro de que te interesará conocerlos.

»Geraden y dama Terisa no hicieron ningún intento de ocultarse. Fueron abiertamente al encuentro de una de mis patrullas —hizo una pausa ominosa—, pero no solicitaron una audiencia conmigo. No pidieron permiso para acercarse a Orison. No, mi dama, exigieron el derecho de hablar contigo.

Involuntariamente, Elega contuvo la respiración.

Sin dejar de mirar a Geraden y Terisa, el Príncipe Kragen añadió:

—Resulta claro que cualquier subterfugio o plan que hayan preparado para que les conduzca a Orison va dirigido a ti. Creen que poseen los medios necesarios para persuadirte. —De nuevo hizo una pausa; luego observó críticamente—: Incluso es concebible que sean conscientes de la existencia de un precedente.

Como respuesta, los ojos de Elega se abrieron con furia y dolor.

—Eso es injusto, mi señor. —Casi instantáneamente, sin embargo, pareció captar las implicaciones de lo que él había dicho. Precipitadamente, preguntó—: Geraden, ¿has visto...?

Tan repentinamente, tan fuertemente que el sonido hizo dar un vuelco al corazón de Terisa, el Príncipe Kragen dio una palmada, interrumpiendo a Elega; deteniéndola.

—Mi dama —articuló cuidadosamente—, he dicho que no deseo intercambiar historias con ellos. Cuando nos hayan contado todo lo que saben, decidiré qué pueden oír.

Elega contuvo su lengua; sin embargo, su rostro mostró la dificultad de su contención. Bruscamente, Terisa se dio cuenta de que deseaba oír la historia de Elega: la Elega que ella recordaba no hubiera tolerado tan sumisamente una orden de *cállate*. ¿Qué había ocurrido para cambiar a la dama, para volverla tan aquiescente? ¿Qué tipo de confrontación se estaba produciendo entre ella y el Príncipe? ¿Era sólo una cuestión de culpa porque su ataque contra el depósito de agua había fracasado? ¿O había hecho algo más para merecer la desconfianza de Kragen?

Puesto que su corazón latía aún desbocadamente y deseaba calmarlo, Terisa fue en busca de algo más de vino.

Como si desearan mostrarse educados, los demás ocupantes del avance aguardaron hasta que se hubo sentado de nuevo. Tuvo la impresión de que todos la observaban.

—Sirves un vino muy embriagador, mi señor Príncipe —murmuró suavemente Geraden—. No había probado nada así desde hace mucho tiempo.

En opinión de Terisa, aquello era algo extraño de decir en unos momentos como aquéllos.

Al parecer, el Príncipe Kragen estuvo de acuerdo con ella. Ignoró el comentario de Geraden. Hablando aún a Elega, como si fuera ella el auténtico objetivo de su escrutinio, dijo:

—En cualquier caso, mi dama, todavía no te he dicho todo lo que debes oír. Cuando Geraden y dama Terisa pidieron hablar contigo, dieron una explicación de lo más interesante. Dijeron que traían mensajes para ti de la Reina Madin, tu madre.

Elega estuvo inmediatamente en pie.

—¿La Reina? —No pareció darse cuenta de que se había levantado—. ¿Habéis hablado con la Reina? ¿Envió mensajes para mí? —Sus ojos brillaron con excitación y angustia; su voz contenía un temblor visceral—. Indudablemente le hablasteis de mi participación en el asedio. ¿Qué es lo que quiere decirme mi madre ahora?

Terisa se sintió absorta al descubrir que se había deslizado de nuevo en su silla. El vino parecía hacer su cabeza pesada.

Poniéndose en pie, dijo:

—Podemos decirnos quiénes son los traidores dentro de Ori-son. Quiénes son los Imageros renegados. Podemos decirnos cómo planearon todo esto con Cadwal. Juntos, podemos ser capaces de adivinar qué tipo de trampa planean desencadenar.

La mirada del Príncipe Kragen ardió sombría hacia ella. Sin ninguna razón en particular, Terisa añadió:

—Si deseáis intercambiar información, podemos decirnos incluso lo que Domne y Termigan y Fayle van a hacer al respecto.

Por todo lo que pudo decir, Geraden y Elega y Kragen se pusieron a hablar al mismo tiempo. Geraden preguntó:

—¿Sabes lo que estás haciendo? Parece que has bebido demasiado vino. — Sonaba como un hombre que ha perdido su sentido del humor.

Al mismo tiempo, Elega protestó:

—¡No! ¡Quiero oír los mensajes de mi madre!

El Príncipe Kragen estaba diciendo:

—Sigue, mi dama Terisa. —Pese a su autocontrol, parecía ansioso—. Estoy seguro de que podemos llegar al acuerdo de un intercambio equitativo cuando hayas terminado.

Sonriendo, Terisa agitó un dedo hacia él.

—Oh, no, mi señor Príncipe. —Realmente estaba agitando un dedo hacia él—. Seamos justos. Así no es como se juega a este juego.

Geraden estaba de pie frente a Elega; su voz había adquirido un timbre agudo para cubrir la de Terisa. Su tono, sin embargo, carecía de autoridad. Ni siquiera reflejaba confianza. En vez de ello, rozaba la histeria.

—El hecho —dijo— es que no tenemos ningún mensaje de la Reina. No tuvo tiempo de darnos ninguno. Planeaba venir aquí ella misma. Deseaba estar al lado del Rey. Pero no tuvo la oportunidad.

Pese a la presión de hablar, dudó. La mirada de Elega estaba clavada en su rostro; todo su cuerpo se concentraba hacia él.

—Sigue —dijo, con la garganta agarrotada.

—¡Continúa, mi dama! —restalló el Príncipe Kragen, aparentemente intentando arrancarle a Terisa más palabras.

Justo a tiempo, Terisa se llevó un dedo a los labios e hizo un ruido siseante.

—Elega, lo siento —dijo miserablemente Geraden—. Mientras estábamos allí, la Reina nos fue arrebatada. Emboscada. Imagería y soldados. Fue secuestrada.

Lentamente, como si apenas pudiera alzarlas, Elega se llevó las manos a la boca.

—Sabemos quién fue el Imagero.

Su respiración se hizo afanosa, siseando entre sus dientes.

—Los soldados eran de Alend.

El Príncipe Kragen se sobresaltó de tal modo que se puso en pie y ladró:

—¡Mientes! —antes de poder contenerse.

Terisa estudió a los tres.

—No. —Era maravilloso lo claro que podía hablar, a pesar del peso en su cabeza—. No está mintiendo. Estábamos allí. Por eso deseamos entrar en Orison. Eso es lo que queremos decirle al Rey Joyse. Tus hombres secuestraron a la Reina Madin.

Desde la perspectiva de Terisa, dama Elega se prendió como la llama de una vela. Sin moverse, pareció estallar en pasión; barrió a través de ella hasta el techo, lo bastante ardiente como para carbonizar. Enfrentándose al Príncipe, como si Terisa y Geraden hubieran quedado olvidados, susurró como un grito:

—¿Qué es lo que has hecho?

El rostro de Kragen se crispó; sus dientes relucieron bajo su bigote.

—Están mintiendo. Te lo digo, es una mentira.

Ella no se inmutó.

—Geraden nunca ha dicho una mentira en toda su vida..., nunca una que doliera tanto. *¿Qué es lo que has hecho?*

—¡Nada! —gritó en respuesta, intentando apartar su furia—. ¿Geraden no miente? Quizá no. ¡Yo no alzaría mi mano contra una mujer solitaria e indefensa! Nunca en mi vida.

Quizás ella no lo oyó; tal vez no podía. Sus manos estaban cerradas en puños contra sus mejillas; ardiendo, alzó su voz en un gemido.

—*¿Dónde está mi madre? ¿Qué le has hecho a mi madre?*

Con aquel grito, ardió demasiado brillantemente como para sostenerse. Era demasiado vulnerable: sus fuerzas fallaron, y se desvaneció. Delicadamente, como cera caliente, se derrumbó hacia el suelo.

Geraden la sostuvo.

Sujetándola en sus brazos, se enfrentó al Príncipe. Ahora era él quien jadeaba pesadamente, en busca de aire, como si hubiera respirado el fuego emanado de ella. Su aflicción lo había vuelto salvaje, imprudente. El Príncipe Kragen avanzó hacia él,

intentó cogerla. Él la apartó de un tirón, como si no le importara el hecho de que el Príncipe podía matarle.

—Sólo hay dos posibilidades, mi señor Príncipe, ¿no es así? O bien lo hiciste tú, así que vas a tener que atarnos a mí y a Terisa y empezar a torturarnos, o bien te lo hizo alguien, en cuyo caso vas a tener que dejarnos ir a ver al Rey.

»¿Cuál de las dos cosas vas a hacer?

Pero el Príncipe Kragen no estaba escuchando.

—Suéltala, Geraden —murmuró, casi suplicando—. Ella es sólo tu amiga. Yo la quiero. Si todo Cadwal y el ancho mar se interponen entre nosotros, me casaré con ella antes de morir. Dámela.

Tendió los brazos.

Terisa vio a Geraden arder de la misma forma que había ardido Elega; lo vio al borde de gritarle algo de lo que no podría retractarse luego a los dientes del pesar del Príncipe. Afortunadamente, ella ya estaba en pie, erguida en su furia. De otro modo no hubiera podido alcanzarle a tiempo. Apoyó una mano en su hombro, luego deslizó su brazo en torno a su cuello y lo abrazó.

—Le creo —dijo suavemente—. Tú mismo dijiste que era un honorable enemigo. No haría algo así. Y, de ser capaz de hacerlo, lo hubiera hecho hace mucho tiempo.

»Va a dejarnos entrar en Orison.

Notó que los músculos de Geraden se tensaban, tan rígidos como el grito de Elega.

Al cabo de un momento, los notó relajarse.

Suavemente, entregó a Elega al abrazo del Príncipe Kragen.

Inmediatamente, Kragen se sentó en el suelo, sujetando a Elega muy cerca de él mientras comprobaba su pulso y su respiración, la instalaba cómodamente. Inclino la cabeza sobre ella, ignorando a Terisa y Geraden.

Permanecieron de pie a su lado y aguardaron. Los lados del avance de la tienda estaban flanqueados por sirvientes y soldados, atraídos por el grito de Elega. No tenían instrucciones, sin embargo, de modo que no se movieron.

Entonces los ojos de Elega parpadearon y se abrieron. Cuando vio dónde estaba, una ligera sonrisa curvó su boca. Gentilmente, como si no deseara herirle, alzó una mano para acariciar la mejilla del Príncipe.

Él dejó escapar un tenso suspiro y alzó la cabeza.

Su voz tuvo que luchar para salir de su pecho.

—¿Por qué debo dejaros entrar en Orison?

Geraden carraspeó. Con la voz constreñida por la emoción, jadeó:

—Porque si los hombres que secuestraron a la Reina Madin eran de Cadwal o mercenarios disfrazados como hombres de Alend, el ataque apunta hacia ti además de hacia el Rey Joyse. Parte de su finalidad es impedir que nadie crea en ti. Y parte de ella es impedir que tú y el Rey Joyse confiéis el uno en *él* otro, impedir que forméis una alianza.

»Estás siendo manipulado. Por el Gran Rey Festten. Y los traidores. Y la única forma en que puedes salvarte es permitir que hablemos con el Rey.

—Y si yo no les dejo entrar en Orison —el Príncipe se dirigía a Elega—, tú creerás que soy el responsable del secuestro de tu madre.

Elega no asintió ni agitó la cabeza. La leve sonrisa permaneció en sus labios; su mano se cerró formando copa en la mejilla de Kragen.

—Tú deseas una alianza, mi señor. Siempre has deseado una alianza, no este mal concebido e inútil asedio. Quizás eso sea posible ahora. Tal vez valga la pena intentarlo.

El Príncipe Kragen dejó escapar un sonido seco, como el intento de una risa.

—La última vez que propuse eso, él me humilló. Se tomó un considerable esfuerzo en humillarme.

—Él no... —empezó a decir Terisa. Pero sus piernas se tambaleaban, y tuvo que apoyarse en el hombro de Geraden. Por un momento olvidó lo que estaba diciendo.

Luego recordó.

—Te estaba probando. Pensaba que eras su enemigo. No sabía quién era el traidor. No sabía qué alianzas se habían establecido ya. Ahora podemos decírselo.

La cabeza del Príncipe Kragen se volvió; sus ojos tenían un brillo de obsidiana que la hubiera aterrorizado si hubiera sido capaz de concentrarse en ello. Suavemente, ordenó:

—Cuéntamelo.

Geraden inspiró profundamente y se envaró.

—Yo te lo contaré, mi señor. El traidor es el Maestro Eremis. Podemos suponer cómo efectúa las traslaciones que le permiten atacar cualquier parte de Mordant..., que le permiten a él y a Gart y al Maestro Gilbur moverse a través de los espejos planos sin perder la razón. Y sabemos dónde se halla localizado su poder, dónde tiene sus espejos.

Con una intensidad que Terisa no comprendió en absoluto, el Príncipe Kragen quiso saber:

—¿Dónde?

Cuando Geraden hubo descrito Esmerel y su localización, el Príncipe bajó la cabeza.

—Mi dama —preguntó a Elega—, ¿puedes ponerte en pie?

Ella asintió.

Un gesto de sus dedos trajo corriendo a dos sirvientes. Tomaron a la dama entre sus brazos, la ayudaron a levantarse. Inmediatamente, el Príncipe Kragen estuvo en pie. Mantenía el rostro vuelto hacia un lado, de modo que ni Terisa ni Geraden pudieran ver su expresión. Casi para sí mismo, murmuró:

—Tengo que hablar con el Monarca de Alend.

Sin ofrecer ninguna explicación o esperar una respuesta, entró en la oscuridad de la tienda principal y cerró el faldón tras él.

Mientras Geraden y Elega se estudiaban el uno al otro con inseguridad y un cierto embarazo, Terisa fue a llenar de nuevo su vaso.

Estaba tendida en el suelo, profundamente dormida y roncando suavemente, cuando regresó el Pretendiente de Alend.

Su actitud había cambiado de una forma sutil. Parecía menos furioso, menos alterado por la frustración; la perspectiva de una batalla o un peligro inmediato brotaba de él como un palpable alivio. Pese a sus esfuerzos por sonar neutro, su voz era varios tonos más aguda cuando anunció:

—El Monarca de Alend ha decidido que se os permita entrar en Orison mañana por la mañana.

Cuando dijo eso, el rostro de Elega brilló radiante hacia él.

Geraden dejó escapar el aire de su congestionado pecho con un estallido que era casi una risa.

—Gracias, mi señor Príncipe. Me alegra que no estuviéramos equivocados contigo. Y me alegra que no guardes rencor hacia mí por detener a Nyle. —Miró afectuosamente a Terisa—. Ella también se alegrará..., cuando despierte.

El Príncipe asintió bruscamente y continuó:

—Yo os acompañaré, tanto para demostrar mi buena fe como para proseguir con el deseo del Monarca de Alend de una alianza.

—Buena idea —observó Geraden.

—Dama Elega permanecerá aquí para asegurarnos de que el Rey Joyse no abuse de mi buena fe.

Elega bajó los ojos, pero no intentó discutir.

—Mientras tanto —concluyó el Príncipe Kragen, llamando la atención de sus soldados con un gesto—, puede que sea aconsejable detener nuestro asalto contra las puertas. —Miró a uno de sus hombres—. Da la orden.

El hombre saludó y se fue. El resto de sirvientes y soldado; salieron también del avance de la tienda.

Para su propia sorpresa, Geraden se dio cuenta de que se sentía repentinamente mareado, con un deseo irreprimible de contar chistes y hacer tonterías.

—Con tu permiso, mi señor —dijo—, tomaré un poco más de este fuerte vino. Luego, si estás interesado en el trato que mencionó Terisa, te contaré una historia que erizará todos tus pelos.

Sonriendo como un predador, el Príncipe volvió a llenar personalmente el vaso de Geraden.

13

El cebo final

A medianoche, el Príncipe Kragen y dama Elega sabían la mayor parte de los secretos de Geraden.

El Pretendiente de Alend era un hombre honorable, sin embargo, y mantuvo su palabra.

Mientras Terisa y Geraden dormían el pesado sueño de demasiado vino, los sirvientes los llevaron a otra tienda y los metieron en la cama. Al amanecer, más sirvientes los despertaron, les ofrecieron baños y comida y ropas limpias. Según los sirvientes, el Príncipe Kragen deseaba que sus huéspedes sacaran el máximo provecho de su hospitalidad. Cuando estuvieran completamente preparados, se dirigiría al castillo con ellos.

Terisa se sentía algo aturdida y soñolienta, con la cabeza espesa por la resaca del vino. Deseaba tan urgentemente un baño que no pudo contenerse.

También se sentía considerablemente *azarada*.

Cuando se dio cuenta de que era incapaz de cruzar la mirada con la de Geraden, preguntó torpemente:

—¿Todavía me hablas?

—Por supuesto. —Había un aire vigilante tras su sonrisa, pero no una discernible irritación—. Si deseas que deje de hablarte, vas a tener que hacer algo peor que eso.

Al menos no fingió que no sabía a qué se refería ella. Terisa se cubrió el rostro con las manos.

—¿Me porté como una completa idiota?

Él rió suavemente.

—Eso es lo más sorprendente. Me asustaste, de acuerdo. Pensé que ibas a meternos en un terrible problema. Pero todo lo que hiciste resultó estupendo. Incluso beber tanto como bebiste debió ayudar. Te hizo creíble. No creo que hubiera podido manejar ni a Elega ni al Príncipe sin ti.

Ella bajó las manos. Deliberadamente, le miró con ojos furiosos.

—Deja de intentar ser amable conmigo. Fui una irresponsable. Deberías estar furioso.

Geraden la miró con la boca abierta como un payaso.

—Tienes razón. Lo siento. Oh, lo siento, lo siento. Por favor, perdóname. Me siento tan avergonzado.

Ella hizo un hosco pero semirregocijado esfuerzo por patearle las espinillas.

Riendo, él la abrazó, la apretó fuertemente contra sí, la besó. Al cabo de un rato, un extraño deseo de llorar la invadió, y se dio cuenta de que se aferraba desesperadamente a él. Afortunadamente, el deseo sólo duró un instante. Tan pronto como se desvaneció, se sintió mejor.

Tuvo que soltarse de él para sonarse la nariz.

—Gracias —dijo suavemente—. Algún día haré algo bonito por ti.

La sorprendió ver que estaba mirándola de reojo.

—Si tuviéramos tiempo, te obligaría a que lo hicieras ahora mismo.

Aquello hizo sonreír a Terisa.

—No, no lo harías. —Definitivamente, empezaba a sentirse mejor—. Apesto como una cerda. Creo que debo tener cucarachas en el pelo.

Él sacó la lengua en burlona náusea.

Terisa fue a tomar un baño.

Cuando estuvieron limpios y vestidos con las nuevas ropas proporcionadas por el Príncipe Kragen —cómodas ropas de viaje, de una piel tan suave como cabritilla—, desayunaron. La impresión de que estaban haciendo esperar al Pretendiente de Alend remordía a Terisa en el fondo de su mente; sin embargo, dejó que esperara a fin de tener una última oportunidad de hablar con Geraden. Tenía que prepararse para Orison.

—No creo que vayamos a ser muy bien recibidos, ya lo sabes —dijo entre mordisco y mordisco de pan con miel y huevos pasados por agua..., un inesperadamente sabroso ejemplo de la hospitalidad del Monarca de Alend—. Intenté conseguir que el Castellano pensara que era inocente, pero el Maestro Gilbur hizo un buen trabajo en echarlo todo abajo. —No mencionó a Artagel—. Todo el mundo allí se ha pasado todo el tiempo pensando que tú mataste a Nyle y que yo estoy confabulada con el archi-Imagero.

Geraden asintió.

—No va a ser muy divertido. Pero no estoy demasiado preocupado. Tenemos con nosotros al Príncipe Kragen. Bajo una bandera de tregua. No importa lo que Lebbick y todos los demás piensen de nosotros, nos dejarán tranquilos.

Masticó unos instantes en silencio, luego añadió:

—Lo que me *preocupa* es ese espejo..., el que atacó al Perdon cuando llegó aquí en busca de la ayuda del Rey Joyse.

De pronto, Terisa sintió un gusto amargo en la boca.

—¿Acaso Eremis no cambió todo eso? Utilizó a esas mismas criaturas para

intentar matarnos en las afueras de Sternwall. Debió usarlas también para matar a Underwell. ¿Qué puede hacer aún?

»Bien, debe haber metido espejos planos en la Imagen del mundo de donde proceden esas criaturas. De otro modo no hubiera podido atacarnos. Pero ha tenido mucho tiempo desde entonces. Puede haber vuelto a cambiar los espejos.

»En cualquier caso, lo más importante es que tiene un espejo que muestra todo lo que se acerca a Orison, el camino de acceso. Será capaz de vernos venir. Estará advertido.

Ella pensó en aquello mientras el sabor en su boca cambiaba a una vieja y bien asentada furia. Entonces murmuró:

—Al menos se sorprenderá. No tendrá ni idea de cómo hemos conseguido meter al Príncipe Kragen en esto.

No le hizo bien ponerse furiosa. Enfrentarse al Castellano Lebbick —o al Tor y Artagel, que se habían vuelto contra ella— podía ser ya bastante duro. Pero enfrentarse al Maestro Eremis podía ser peor. Cuanto más quería a Geraden, más se erizaba su piel ante el recuerdo de las cosas que el Maestro Eremis le había hecho.

Pudo ver el ansia de Geraden en sus ojos, en la forma en que se movía: estaba empezando a apresurarse. Ella nunca había sido tan confiada o tan decidida como él; pero ahora también sentía la necesidad de apresurarse. Con un acuerdo tácito, abandonaron los restos de su comida. No tenían nada que cargar, nada que empaquetar. Se besaron una sola vez, como una promesa; luego salieron de la tienda.

El Príncipe Kragen les estaba aguardando. Lo encontraron paseando arriba y abajo en una zona despejada entre las lujosas tiendas.

Iba vestido con sus galas ceremoniales: una casaca de seda negra y pantalones, con un peto de cobre relucientemente pulido; una espada en una resplandeciente vaina de cobre a la cadera; un crestado casco de cobre sobre su rizado pelo. El brillo del metal realzaba su morena piel; hacía resplandecer sus negros ojos y relucir su bigote. Y su impaciencia sólo incrementaba su porte, realzando su hábito de mando.

Tres caballos estaban atados, dispuestos ya, más allá de las tiendas. También habían sido adornados con todas sus galas, con satén y seda colgando de sus sillas y jaeces, y cordones dorados atados a sus crines y colas. En torno a ellos había ya montada una guardia de honor: diez hombres con el estandarte y el rango del Príncipe.

Terisa no vio a Elega por ninguna parte.

El Príncipe Kragen hizo una seña con la cabeza a Geraden, una inclinación a Terisa, Con voz contenida explicó:

—Dama Elega os envía sus mejores deseos a vosotros y a su padre, pero no puede

acudir a decir adiós. Ha sido puesta ya bajo guardia. El Monarca de Alend tiene intención de que no se cometa ningún error con nosotros, y dama Elega es su único medio para ese fin. Ni siquiera yo sé dónde está confinada. En consecuencia, no puedo hacer que los hombres del Rey, o sus Imageros, consigan hallarla.

Terisa tragó dificultosamente saliva. El sol estaba ya alto, pero no parecía gozar con su trabajo. La luz sobre el campamento y contra los muros de Orison era débil, poco convincente; el aire tenía un sabor frío, más como un residuo del invierno que como parte de la primavera. Las almenas del castillo parecían sombrías, como si hubieran sido abandonadas. Si algo les ocurría a ella y a Geraden allí, pero especialmente si algo le ocurría al Príncipe Kragen, Elega iba a verse en serios problemas.

—Mi señor Príncipe —cambió torpemente de tema Geraden—, seguro que debes haber oído hablar del espejo que atacó al Perdon. Si él mismo no te contó nada al respecto, seguro que Elega sí lo hizo.

—Sí. —Un sutil cambio en su expresión sugirió que el Príncipe Kragen se alegraba de poder hablar de otra cosa distinta a Elega—. Pero debo confesar que me siento desconcertado. Nuestras máquinas de guerra solamente pueden acercarse a la puertas a través del camino. Nuestros arietes deben pasar través de la Imagen que golpeó al Perdon. Sin embargo, nada ha sido trasladado contra nosotros.

»Me habéis dicho que el Maestro Eremis se halla confabulado con Cadwal para destruir Mordant..., y también Alend. Por esa razón, su poder ha sido usado para defender Orison contra nosotros. Sin embargo, ahora nos hallamos a pocas horas, a un día como máximo, de abatir sus puertas, y no ha hecho nada para impedirnoslo.

Abatir las puertas. El estómago de Terisa se retorció. As que era ahora o nunca. Si ella y Geraden no conseguían que el Rey Joyse aceptara una alianza, Orison caería casi inmediata mente.

Los músculos a lo largo de la mandíbula de Geraden se tensaron; pero, si estaba preocupado por la vulnerabilidad de Orison al Príncipe Kragen, no lo admitió.

—Probablemente no os ha creado problemas —dijo— porque no habéis estado atacando muy duramente. Si estáis a punto de derribar las puertas y aún no ha usado la Imagería, supongo que eso quiere decir que su trampa está justo a punto de ser disparada.

El Príncipe Kragen asintió sombríamente. Sin una palabra, hizo un gesto hacia los caballos y su guardia de honor.

Al cabo de un momento, a Terisa le fue ofrecido un coree tan grande que no podía ver por encima de su lomo. Oh, mierda, murmuró para sí misma. Aquella era una de las cosas que había aprendido en Mordant; tras un poco de práctica, ahora era capaz

de decir *oh, mierda* sin esperar que nadie le lavara la boca con jabón. Si caía de aquel animal, podían pasar días antes de que golpeará el suelo.

Desgraciadamente, el Príncipe Kragen había montado ya; Geraden estaba subiendo a la silla de su caballo. Aquél probablemente no era un buen momento para pedir algo *más* pequeño.

De algún modo, no supo cómo, consiguió trepar a lomos de su animal.

Las riendas llevaban tantas cintas que parecían como los flecos de un poste de mayo. Temía moverlas, podían asustar su caballo. Pero el Príncipe Kragen y Geraden no tenían ningún problema. Al parecer, aquellos animales estaban entrenados para las ocasiones ceremoniales. No ocurrió nada embarazoso mientras guiaba a su montura hasta situarla al lado de la de Geraden.

—Simplemente como precaución —anunció el Príncipe—, evitaremos el camino. Cabalgaremos directamente hacia el muro y seguiremos su línea hasta las puertas.

Geraden pareció pensar que aquello era una buena idea.

El Príncipe Kragen hizo una seña con la cabeza a su guardia de honor. Su portaestandarte alzó la bandera verde y roja de Alend, luego ató una bandera de tregua debajo de ella. Los soldados ocuparon sus posiciones formales en torno al Príncipe y sus compañeros.

En formación, los jinetes abandonaron el campamento.

Los pasos del caballo de Terisa hacían las distancias más cortas de lo que correspondía. Antes de que tuviera tiempo de acostumbrarse a los movimientos del animal, Terisa descubrió que estaban avanzando ya a lo que parecía ser un tiro de flecha del castillo. Ahora podía ver hombres sobre los muros, observando, señalando; algunos de ellos se apresuraban de un lado para otro. Intentó refrenar el temor de que ignoraran la bandera de tregua y empezaran a disparar, pero se negó a seguir aquel pensamiento.

Afortunadamente, todavía quedaba algo de buen sentido en Orison. Ninguno de los hombres en las almenas tensó su arco. Ninguno de ellos hizo ningún gesto amenazador.

En vez de ello, el trompeta del castillo hizo sonar su instrumento, enviando una desolada nota como un lamento de desafío a la escéptica luz del sol. Mientras los jinetes doblaban la esquina de Orison y se acercaban a la entrada, oyeron los grandes manubrios chirriar contra la tensión de alzar las golpeadas y deformadas puertas arquitrabe arriba.

Terisa no sintió nada que indicara que se producía ninguna traslación cerca de allí.

En formación, el Príncipe Kragen y su compañía cruzaron el terreno despejado

hasta el camino frente a las puertas.

El Castellano Lebbick y diez de sus hombres salieron a caballo a su encuentro.

Ver al Castellano llenó el estómago de Terisa con un acuoso pánico. Sus hombres estaban nerviosos; los caballos se agitaban porque les faltaba ejercicio. Como contraste, él parecía demasiado obsesionado y obcecado para el nerviosismo. Sus ojos estaban rojos y abotagados, peligrosamente agraviados; se movía como si la violencia enroscada en sus músculos pudiera estallar en cualquier momento. Sus rasgos eran duros con anticipación..., casi con ansia.

—Mi señor Príncipe. —Exhibió sus dientes; quizás estaba intentando sonreír—. Traes contigo extraños amigos. Un fratricida y una traidora. Nunca pensé que iba a volver a ver de nuevo a ninguno de *ellos*.

—Castellano Lebbick —el Príncipe Kragen carecía del aire de locura de Lebbick, pero igualó el tono del Castellano—, Geraden y dama Terisa me acompañan bajo bandera de tregua. No tengo ningún interés en tu opinión sobre ellos. Respetarás la bandera.

—Oh, por supuesto. Aquí están tan seguros como bebés. Especialmente puesto que están *contigo*. Tú eres el hombre que pretende derribar mis puertas. No levantaré un dedo contra ninguno de vosotros.

El Príncipe Kragen encajó las mandíbulas. Antes de que pudiera hablar, sin embargo, Geraden dijo acaloradamente:

—Castellano, yo no maté a mi hermano. —Su rostro estaba enrojecido; la furia brillaba en sus ojos. Asomos de autoridad hicieron eco en su voz—. Terisa no es ninguna traidora. Ya es hora de que empieces a creer en nosotros. Estás condenado si no lo haces.

El Castellano se echó a reír..., un sonido áspero, como un trozo de piedra siendo triturado.

—¿Creer en vosotros? Yo creo en vosotros. No necesito que me digáis que estoy condenado. No es ése el problema.

El Príncipe Kragen se contuvo.

—¿Cuál es el problema, Castellano?

—El problema, mi señor Príncipe —respondió ferozmente Lebbick— es que yo soy el único. A nadie más le importa lo suficiente. Nadie más está lo suficientemente *desesperado*.

Terisa se echó atrás ante su vehemencia. No deseaba saber de lo que estaba hablando; deseaba alejarse de él. Geraden, sin embargo, se inclinó hacia delante en su silla; casi jadeaba.

—¿He oído bien, Castellano? —preguntó—. ¿Acabo de oír que admites que Terisa y yo somos inocentes?

—No. —El Castellano exhibió sus dientes de nuevo—. Me has oído decir que os creo. Todos ellos piensan que estoy loco.

Si dijera que el sol brilla hoy en el cielo, la gente de ahí dentro —señaló Orison con un gesto de su cabeza— correría fuera para ver la lluvia.

»A nadie le importa lo que un loco cree. Además —se encogió maliciosamente de hombros—, puedo estar equivocado.

—Castellano Lebbick —dijo secamente el Príncipe Kragen, intentando controlar la situación—, discutiremos la cuestión de tu cordura en otro momento. Como puedes suponer, Geraden y dama Terisa han viajado mucho desde que abandonaron Orison. Traen noticias. Debo celebrar una audiencia con el Rey Joyse.

—¿Una audiencia? —restalló inmediatamente Lebbick—. ¿Tú? ¿El Pretendiente de Alend? Cualquier noticia que desees que escuche el Rey Joyse es o falsa o peligrosa. Van a empezar a gritar pidiendo la sangre de tu corazón apenas entres ahí dentro. Por supuesto que puedes celebrar una audiencia.

Hizo girar su caballo como si el asunto quedara zanjado y miró a sus hombres. Contó a cuatro de ellos y ordenó:

—Decídselo al Rey Joyse. Voy a llevar a Kragen y a esos dos a la sala de audiencias. Decidle que va a haber disturbios a menos que me respalde. Tendremos que matar a gente para mantener al Príncipe y a sus amigos vivos si el Rey Joyse no acude a la sala.

Inmediatamente, el Príncipe Kragen añadió con voz hosca:

—Y dile también que dama Elega es mantenida como rehén. Hasta ahora ha sido una respetada huésped y amiga del Monarca de Alend. Para garantizar mi seguridad, sin embargo, ha sido privada de su libertad. —Habló como si tuviera intención de hacer que alguien pagara por la necesidad que le obligaba a utilizar a Elega de aquella forma—. Si yo o alguno de mis amigos sufre algún daño, ella sufrirá daño también.

»Dile al Rey Joyse *eso*.

—Oh, por supuesto, mi señor Kragen —chirrió el Castellano sin mirar al Príncipe—. Ardo en deseos de hacer todo lo que ordenes. Mis hombres te mantendrán con vida. De algún modo.

Sus cuatro hombres regresaron al patio. Terisa los vio desmontar, los vio encaminarse a la carrera hacia una de las puertas interiores.

—Entra —añadió el Castellano. Muy bien podía estarle hablando al muro que se extendía hasta mucho más arriba de su cabeza por encima de las puertas—. O cabalga

de vuelta a Margonal y admite que no has tenido el suficiente valor como para hacer lo que tienes en la cabeza.

Volvió a entrar en Orison con sus restantes hombres.

El Príncipe Kragen contempló las espaldas del Castellano. No hizo ningún esfuerzo por bajar la voz.

—Este hombre ha perdido la cabeza.

Aún sintiendo un fuerte dolor interno, Terisa murmuró:

—El Rey Joyse minó el suelo bajo sus pies. Su esposa murió, y no ha tenido ninguna otra cosa por la que vivir excepto su lealtad, y el Rey lo ha hecho aparecer como un estúpido por ser leal.

—Una historia lamentable —gruñó el Príncipe. Evidentemente, no tenía paciencia para los problemas de Lebbick—. Desgraciadamente, no nos dice si podemos confiar en él o no. ¿Quién nos asegura que no nos hará matar apenas crucemos ese umbral?

—Decide tú mismo. —Bruscamente, Geraden dio un tirón a las riendas de su caballo—. Yo confío en él. Voy a entrar.

Rompiendo la formación, se encaminó hacia las puertas.

El Príncipe Kragen le lanzó una maldición, le ordenó que regresara. Terisa, sin embargo, ya le estaba siguiendo, animando a su montura a que casi pisara los cascos al caballo de Geraden. El Príncipe y su guardia no tuvieron otra elección que entrar en Orison detrás de Geraden y Terisa.

Mientras cruzaba el grueso muro de piedra y penetraba en el rectángulo protegido del patio, el pulso de Terisa aumentó su latir. Pese a sus numerosas ansiedades —o quizás a causa de ellas—, tenía la extraña sensación de que estaba volviendo a casa.

Las fachadas interiores del castillo se irguieron ante ella, atestadas de espectadores, puntuadas con ropa tendida. El Castellano Lebbick había desmontado en el barro. Cuando el grupo de Alend se acercó a él, saludó con fulminante sarcasmo. Inmediatamente, sus guardias sujetaron las cabezas de los caballos para que el Príncipe Kragen y los suyos pudieran desmontar de una forma ordenada.

Pasando vacilante su pierna por encima del lomo de su corcel, Terisa se halló sujeta y bajada por las fuertes manos de Artagel.

El hombre la abrazó como si fuera su ser más querido.

—¡Artagel! —Una vez él le había hecho daño, mucho daño.

Por otra parte, era el hermano de Geraden; ella conocía a toda su familia. Y su abrazo era tan elocuente como una disculpa. Instintivamente, le echó los brazos al cuello.

Al cabo de un momento, él la apartó y le dirigió una mirada de reojo, casi

azarada.

—Ve con cuidado, mi dama. —Volvió sus ojos a Geraden—. No queremos que se ponga celoso.

—*Artagel.* —Geraden saltó prácticamente sobre su hermano; lo aferró, lo sacudió, lo abrazó, palmeó su espalda—. ¿Cómo estás, cómo está tu costado, te sientes bien, qué está pasando aquí, qué ocurre con Lebbick? —El rostro de Geraden irradiaba alegría—. ¿Te das cuenta del tiempo que ha pasado desde que te vi *bien*? Puedo adelantártelo, el *Domne* tiene algunas cosas severas que decirte acerca de dejarte herir de esta manera.

—Papá —intervino alegremente Terisa—. Prometiste que lo llamarías «papá». —La sonrisa de Artagel le dijo todo lo que necesitaba saber. Se alegró de no haberle hablado nunca a Geraden de las desconfianzas de Artagel.

Sin embargo, las siguientes palabras de Artagel la tranquilizaron aún más. En vez de responder a las preguntas de Geraden, comentó casualmente:

—He oído lo que él dijo. —Señaló con la cabeza hacia el Castellano—. Todos lo hemos oído. En realidad, él no es el *único* que cree en vosotros. Pero tengo que admitir que aún estamos en minoría.

Terisa irradió placer y alivio.

—No te preocupes por él —dijo Geraden—. Arreglaremos esto tan pronto como veamos al Rey Joyse. Dime algo importante. ¿*Cómo está tu costado?*

Artagel rió francamente.

—Terrible. Todo este descanso me está dando hormigueos por todas partes. —Humorísticamente, susurró—: Si no consigo luchar contra alguien pronto, voy a terminar como Lebbick.

—Mi dama Terisa. Geraden. —El Príncipe Kragen se dirigió a ellos fríamente, pero su expresión era de sorpresa más que de irritación—. Tal vez fuera prudente dejar esta reunión para más adelante. Las actuales circunstancias son menos que cordiales. Debemos reunirnos con el Rey Joyse lo antes posible.

Artagel rió de nuevo.

—Tiene razón. Primero lo primero. Os seguiré a la sala. Cuando hayáis terminado, hablaremos.

Agitando alegremente la mano, se retiró entre los caballos y los guardias.

Cuando Terisa miró a Geraden, vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Era feliz: sabía que era feliz. Quería a Artagel. Por esa razón, le sorprendió el dolor en su rostro.

Hasta que vio el dolor de Geraden no se dio cuenta del hecho de que Artagel se

movía con una ligera cojera, como si hubiera una rigidez aún no curada en su costado.

Y no llevaba espada.

¡Oh, Artagel!

¿Tan seriamente lo había herido Gart? ¿O era su larga secuencia de esfuerzos y recaídas lo que había agravado el daño lo suficiente como para causarle aquel impedimento? Un espadachín con las proezas de Artagel no podía verse mutilado o tullido de aquella forma. Unos músculos que no sanaran adecuadamente en su costado podían conducir a aquello.

—Es demasiado, Terisa —rechinó entre dientes Geraden—. Demasiada gente ha resultado dañada. Se ha ocasionado demasiado daño. Esto tiene que detenerse. Tenemos que detenerlo.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo apretó contra sí: sabía de quién estaba hablando.

Desgraciadamente, no podía extraer de su estómago la sensación de que mucha más gente iba a resultar dañada pronto.

—Vamos —murmuró, para que el Príncipe Kragen no tuviera que llamarles de nuevo—. Si debemos detenerle, ésta es la forma de hacerlo.

Geraden asintió; borró la expresión de pesar de su rostro.

Juntos, él y Terisa se reunieron con el Príncipe y el Castellano Lebbick.

Lebbick los estudió ominosamente. No parecía un hombre que creyera en ellos. Tampoco sonaba como un hombre que creyera en ellos. Sin preámbulos, indicó:

—Dejarás a tus hombres aquí, mi señor Príncipe.

El Príncipe Kragen se envaró.

—Ésa es una idea extraña, Castellano. ¿Por qué debería hacerlo?

La boca del Castellano se crispó.

—Comprendo tu problema. No crees estar seguro aquí. Bien, yo también tengo un problema. Puede que me equivoque con ello. Pero puedes estar planeando una traición.

»Si eres honesto, puedo decirte segura una cosa. Moriré antes de que tú lo hagas. Pero si no lo eres... —Se encogió de hombros—. Dejarás a tus hombres en el patio.

Los dedos del Príncipe Kragen acariciaron ligeramente la empuñadura de su espada. Su actitud era serena, pero Terisa pudo captar su ira. Suavemente, preguntó:

—¿Tan despreocupado te sientes de la posición de dama Eremis, Castellano?

El Castellano Lebbick respondió con un bufido.

—Ella no es *mi* hija. No me importa lo que le ocurra. Estoy al mando de Orison.

Si me haces cortarte en pedazos, el Castellano nunca sabrá la diferencia. Yo le informaré de lo que quiera.

Se enfrentó al Príncipe, desafiando al Pretendiente de Alend a que dudara de él.

La ofuscación en los ojos del Príncipe Kragen asustó a Terisa. Pensó que debía hacer algo, intervenir de alguna forma. Pero Geraden sujetó su brazo; la mantuvo inmóvil.

Al cabo de un momento, el Príncipe dijo:

—Si tú hubieras venido a mí, Castellano, hubieras recibido un mejor trato.

—Meados de cerdo —observó Lebbick sucintamente.

Las mandíbulas del Príncipe Kragen se encajaron; la sangre oscureció el tono de su piel. Al cabo de un momento, sin embargo, asintió.

—Mi guardia esperará fuera de las puertas. Si no regresamos en el término de una hora, cabalgarán de vuelta al Monarca de Alend. Dama Elega será muerta. Dile al Rey Joyse lo que quieras.

El Castellano Lebbick le ofreció otra de sus risas como el triturar de una piedra.

—Que los de Alend aguarden fuera de las puertas —le dijo a uno de sus hombres—. Sed considerados con ellos. Mantened las puertas abiertas.

Sin aguardar una respuesta, se encaminó hacia la puerta más cercana.

El Príncipe Kragen miró a Terisa, luego a Geraden. Terisa se mordisqueó el labio; pero Geraden asintió rápidamente.

—Es la mejor oportunidad que hemos tenido. Nunca ha apuñalado a nadie por la espalda.

—Sois una mala influencia —murmuró el Príncipe Kragen—. Los dos. Me animáis a aceptar horribles riesgos como si fueran enteramente plausibles. Si alguna vez soy coronado Monarca de Alend, tendré que ser más cauteloso.

Sonriendo ominosamente, condujo a Terisa y Geraden tras el Castellano.

Dentro del castillo, más allá de los guardias en la puerta, los salones estaban desiertos. Los espectadores que se habían apiñado en las ventanas y balcones interiores no se veían por ninguna parte; cualquier indicación de que Orison estaba superpoblado había desaparecido.

—Toque de queda —explicó el Castellano Lebbick mientras avanzaba a largas zancadas por un pasillo lleno de ecos—. Pensé que ibais a derribar hoy las puertas. Ordené que todo el mundo se saliera del camino. Nadie tiene permitido utilizar los pasillos excepto los guardias del Rey.

Era posible que su explicación pretendiera ser tranquilizadora. No obstante, el silencio innatural del lugar crispaba los nervios de Terisa. Parecía sentir como si

hubiera un gran número de gente acurrucada fuera de su vista, en las sombras, aguardando...

Los rumores viajaban rápido en un castillo sitiado. Cuando la suficiente gente supiera que el asesino de Nyle y la asesina del Maestro Quillón y el Pretendiente de Alend estaban en Orison, el toque de queda podía no servir para nada. Ningún toque de queda serviría para nada.

Y cuando todo estallara, ¿qué haría Lebbick?

El Rey Joyse tenía que escucharles. A eso se limitaba todo. Tenía que escucharles. Tenía que creerles.

De otro modo, ella y Geraden e incluso el Príncipe Kragen podían no vivir lo suficiente como para averiguar cuál era realmente la trampa del Maestro Eremis.

Evidentemente, estaban siendo vigilados. No veía a nadie, pero podía oír voces. Sólo un murmullo al principio, una impresión de susurros que llenaba los pasillos con asomos de amenaza. Luego las voces se hicieron más fuertes, más atrevidas. Una de ellas dijo:

—Asesino.

Otra exclamó claramente:

—¡Carnicero!

El Castellano Lebbick no miró hacia ningún lado. No parecía oír las voces. O quizá las aprobaba. Aguardó hasta que se desvanecieron a sus espaldas. Luego, a nadie en particular, comentó:

—No se refieren a vosotros. Se refieren a mí.

Su forma de caminar era tan tensamente controlada que hacía parecer como si todo su cuerpo fuera quebradizo.

Llevó a Terisa, Geraden y el Príncipe Kragen directamente a la sala de audiencias.

A través de un alto y formal espacio marcado con ventanas y estandartes, se acercaron a un conjunto de puertas con la parte superior en punta. Como las del patio, esas puertas estaban custodiadas. Terisa tomó aquello como una buena señal. Sujetó el brazo de Geraden e intentó mantener su respiración regular mientras los guardias abrían las puertas que daban a la sala de audiencias.

La recordaba vívidamente..., su altura y su longitud como de catedral; las paredes cubiertas por paneles de madera tallada, sus florones que alcanzaban los seis u otro metros hacia el abovedado techo; las dos estrechas ventanas muy arriba en la pared del fondo. Apenas avisado a tiempo, un viejo y enrojecido sirviente se apresuraba a lo largo de las hileras de velas, más allá de las baterías de lámparas, intentando encenderlas tan rápido como le era posible. Aún le quedaba un largo trecho; sin

embargo, él —y las ventanas— proporcionaban ya la suficiente iluminación como para mostrar el adornado trono de caoba del Rey Joyse sobre su estrado. Una larga tira de gruesa alfombra iba desde las puertas hasta el estrado; el resto de la amplia zona frente al trono estaba despejada, rodeada por bancos como de iglesia. A cada lado del estrado, una hilera de sillas avanzaba hacia los bancos.

Debido a la poca intensidad de la luz, los balcones que rodeaban la sala por encima de los paneles estaban sumidos en la penumbra. Terisa podía ver lo suficientemente bien, sin embargo, como para observar que el Castellano tenía ya guardias apostados allí: arqueros alineados a lo largo de las paredes de la sala, cuatro en cada lado.

Dos piqueros cerraron las puertas y se situaron a sus lados. Otros cuatro estaban firmes al lado del trono del Rey. Los contó de nuevo: catorce guardias en total. Lúgubrementemente, supuso que la negativa de Lebbick de permitir que la guardia de honor del Príncipe Kragen asistiera a la audiencia tenía sentido. Si el Castellano solamente podía llevar allí catorce guardias, los diez soldados de Kragen hubieran sido suficientes para protegerle de las consecuencias de cualquier traición.

Luego, mientras el viejo sirviente seguía con su trabajo y la luz mejoraba, se dio cuenta de que los bancos y sillas no estaban vacíos.

La congregación era pequeña, comparada con la que había recibido al Príncipe Kragen en su primera visita. Terisa sospechaba, sin embargo, que la gente reunida allí era la que importaba. No había cortesanos presentes, ningún señor o dama cuya única pretensión de importancia fuera su nacimiento o su riqueza. En los bancos había varios guardias más, cada uno con la insignia de capitán: los lugartenientes de Lebbick. Artagel estaba sentado entre ellos, sonriendo animosamente. Vio algunos de los consejeros del Rey Joyse, hombres a los que sólo había conocido una vez antes: el Señor del Comercio, por ejemplo; el Embajador Local; el Señor de los Fondos Reales. Y en las sillas...

A la derecha del trono se sentaba el Tor, con su masa arrellanada sobre al menos dos sillas. Según todas las apariencias, no había cambiado sus ropas desde que Terisa lo había visto por última vez: estaban arrugadas y sucias, tan terriblemente manchadas que parecía como si nunca pudieran volver a quedar limpias de nuevo. El rojo apagado de sus ojos y la forma en que colgaba la carne de los huesos de su cara daban la impresión de que estaba borracho. Si reconoció a Terisa o a Geraden, no lo demostró.

Como para evitarlo —como si apestara o hubiera perdido la continencia—, todos los demás se sentaban a la izquierda.

Los hombres que había allí eran Maestros. Terisa reconoció a Barsonage, por supuesto: el mediador la miraba con el ceño fruncido, como si hubiera traicionado

algo valioso para él. Y había visto también a la mayor parte de los Imageros que había junto a él. Pero al menos uno de ellos parecía tan poco familiar —y tan joven— que pensó que debía ser un Apr que recientemente se había ganado su casulla.

Dos o tres de ellos respiraban agitadamente. Debían haber venido corriendo. Después de todo, los hombres del Castellano no habían tenido mucho tiempo para convocar a la gente a aquella audiencia.

La razón de la asistencia de los Maestros era evidente. El Rey Joyse había amenazado con defender Orison con la Imagería. Para hacer eso, necesitaba el apoyo de la Cofradía.

Los Imageros hicieron a Terisa pensar en el Maestro Quillón, y su corazón se encogió.

Luego se dio cuenta de que faltaba el Adepto Havelock. El Esbirro del Rey no se veía por ninguna parte en la sala.

Tampoco estaba el Maestro Eremis, sin embargo. Eso era un alivio.

Sin producir ningún ruido sobre la alfombra, el Castellano Lebbick avanzó hacia las sillas de la derecha y se sentó a unos cuantos lugares de distancia del Tor, dejando al Príncipe Kragen, a Geraden y a Terisa en el espacio despejado delante del trono. Inconsecuentemente, Terisa observó la quemadura en la alfombra, allá donde Havelock había dejado caer en una ocasión su incensario. Nadie se había molestado en reparar el daño. El Rey Joyse no había utilizado mucho su sala de audiencias en los últimos años.

Al parecer, tampoco parecía tener mucho deseo de utilizarla ahora. No estaba presente.

El Príncipe Kragen examinó la sala; escrutó los balcones. Una esquina de su bigote se alzó como si estuviera sonriendo para sí mismo. Cuando hubo completado su estudio de las defensas del Rey, dijo claramente:

—Notable. ¿Es ésta la mejor audiencia que puede conseguir el Rey? Si un embajador acudiera al Monarca de Alend, al menos un centenar de nobles conmemorarían la ocasión, independientemente de la hora..., o de la urgencia. —Un momento más tarde, sin embargo, observó educadamente—: De lo más impresionante, Castellano. Por primera vez creo realmente que no pretendes hacernos ningún daño. No necesitarías tantos hombres, y tantos testigos, para procurarnos la muerte.

»¿Qué es lo que *pretendes*? ¿Dónde está el Rey Joyse?

El Castellano Lebbick siguió sentado. Con una voz que se parecía a su risa, ladró:

—¡Norge!

Lentamente, casi casualmente, uno de los capitanes se levantó y se puso firmes. Saludó calmadamente al Castellano. De hecho, todo en él parecía calmado. Sonó como si estuviera hablando en sueños:

—¿Mi señor Castellano?

—Norge, ¿dónde está el Rey Joyse? —preguntó Lebbick.

Norge se encogió confortablemente de hombros.

—Yo mismo hablé con él, mi señor Castellano. Le dije lo que tú me comunicaste. Incluso le dije lo que me transmitió el Príncipe. Respondió: «Entonces será mejor que prepares la sala de audiencias».

Al parecer, el capitán pensaba que no era necesario ningún otro comentario. Se sentó.

Terisa oyó abrirse y cerrarse una puerta cuando el sirviente se marchó, una vez terminado su trabajo.

El Castellano Lebbick miró al príncipe.

—Ahora —dijo— sabes tanto como yo. ¿Estás satisfecho?

—No, Castellano —intervino el Rey Joyse—. Dudo que sepa tanto como tú. Y estoy seguro de que no está satisfecho.

De alguna forma, Terisa se había perdido la llegada del Rey. Debió entrar por alguna puerta oculta detrás de su trono: llegó a esta conclusión porque ahora estaba a un lado del estrado, con una mano apoyada en la base del trono, como si se preparara para subir los cuatro o cinco escalones y sentarse. Sin embargo, no le había visto llegar. Por todo lo que sabía, podía haber aparecido por Imagería.

Llevaba lo que consideró como su atuendo formal: un manto de terciopelo púrpura, no especialmente limpio; una corona de oro mantenía su pelo blanco fuera de su frente. Y de un cinto de brocado colgado de su hombro derecho pendía una funda fileteada que contenía una espada larga con una empuñadura enjoyada. Sus azules ojos eran tan vagos y acuosos como los recordaba; sus manos parecían artríticas, hinchadas e inflexibles. La forma en que se movía daba la impresión de fragilidad bajo sus ropas, como si apenas fuera capaz de soportar su propio peso; demasiado frágil para dignidad o decisión.

Sólo su barba había cambiado. Había sido recortada y cuidadosamente peinada. Bajo sus blancas patillas, sus mejillas mostraban el enrojecimiento del ejercicio o del vino.

Inmediatamente, todo el mundo se puso en pie. Un poco demasiado lentamente para el decoro, Lebbick también se puso en pie e inclinó la cabeza.

—Atención —dijo con voz lenta, anunciando el acontecimiento—. Esta audiencia

es concedida al Príncipe Kragen, Pretendiente de Alend, por Joyse, Señor del Demesne y Rey de Mordant. Es una audiencia privada. Todo el mundo aquí deberá hablar libremente..., y no decir nada cuando haya abandonado la sala. Hablar fuera de estas paredes de lo que se diga aquí constituye traición.

Amargamente, como si no sirviera de nada aguardar el permiso del Rey, se sentó.

Nadie más se sentó. Incluso los capitanes de Lebbick permanecieron de pie mientras el Rey Joyse examinaba la sala de arriba abajo como si estuviera tomando nota mental de todos los presentes. Al cruzar su mirada con las de Terisa y Geraden, frunció el ceño tan espectacularmente que Terisa estuvo tentada a pensar que no era real; tentada a pensar que fruncía el ceño para ocultar un arrebató de alegría. Sin embargo, no tenía ninguna forma de saber la verdad. En vez de dirigirse a ella o a Geraden —o a la audiencia en general—, se volvió bruscamente y subió a su trono, tirando de su espada hacia arriba como si fuera una piedra de molino. Cuando alcanzó el trono, se derrumbó en él; tuvo que hacer una pausa y respirar profundamente por un momento antes de ser capaz de decir a la concurrencia que se sentara.

Los capitanes, consejeros e Imageros reunidos obedecieron.

Por supuesto, el Príncipe Kragen, Terisa y Geraden tuvieron que seguir de pie.

La reacción de Terisa ante el Rey Joyse fue más compleja de lo que había esperado: se sintió a la vez más contenta y más afligida. El Rey tenía un extraño poder que siempre la sorprendía, una atracción de su personalidad que la hacía desear creer que aún era tan fuerte e idealista y dedicado y, sí, heroico como siempre había sido. Era por eso por lo que su apariencia la inquietaba. Simplemente era demasiado débil. Allá en su trono, con Mordant hecho jirones, y Eremis preparándose para dar el último y aplastante golpe, estaba demasiado cerca de su tumba..., el panteón tanto de su espíritu como de su decrepito cuerpo. Comprendía por qué Geraden lo amaba. Oh, sí, lo *comprendía*. Todo en su pecho le dolía porque él ya no correspondía al amor que le ofrecía la gente.

Alguien distinto tendría que salvar Orison y Mordant.

Él parecía compartir su opinión. Con un tono seco y quejumbroso que le hizo sonar casi decrepito, dijo sin preámbulo:

—Tú primero, Kragen. Y sé rápido. No tengo mucha paciencia para los hombres que amenazan a mis hijas.

Los puños del Príncipe Kragen se crisparon furiosos; retuvo su voz firme.

—Entonces tampoco debes tener paciencia para ti mismo, mi señor Rey. He venido porque tengo noticias que debes oír. Gracias en parte al Apr Geraden y a dama Terisa, y en parte a otras fuentes de conocimiento propias, tengo una sorprendente colección de amenazas que extender ante ti. Pero todas ellas son obra tuya, no mía.

Incluso dama Elega está completamente a salvo..., a menos que tú hayas perdido incluso la más pequeña honestidad necesaria para respetar una bandera de tregua.

Inesperadamente, el Tor dejó escapar un sonido bufante como un ronquido. Sus ojos parecieron cerrarse lentamente; su cabeza empezó a oscilar sobre su grueso cuello.

—Por todas las putas —comentó el Castellano Lebbick sin ninguna ceremonia—. Supongo que te habrás dado cuenta de que estamos asediados. Quizás incluso hayas observado que eres tú el que nos asedia.

Cuando el Rey Joyse no intervino para hacer callar al Castellano, el corazón de Terisa se hundió. El Rey tenía que escuchar, *tenía* que hacerlo. Tenía que comprender. Sin embargo, no parecía capaz de comprender..., y no parecía estar escuchando. Se limitaba a mirar al Príncipe Kragen como si la presencia del Pretendiente de Alend no fuera más agradable —ni más interesante— que un mal olor.

—No, mi señor Rey. —El Príncipe Kragen hizo lo que pudo, dadas las circunstancias: trató las palabras de Lebbick como si hubieran procedido del propio Rey—. Incluso esa amenaza la has traído tú sobre ti mismo. Cuando vine aquí por primera vez en busca de una alianza, me humillaste deliberadamente. Y desde entonces tu única ambición ha sido destruir tu reino antes de morir. Has olvidado que también Alend se halla atado a la necesidad de Mordant. Tú creaste la Cofradía, mi señor Rey, y ahora tienes que enfrentarte a las consecuencias. Si el poder de toda la Imagería cae en manos del Gran Rey Festten, nuestra ruina es segura. Debemos luchar por nuestra supervivencia. Incluso los perros lo hacen. Si estás decidido a dejar que la Cofradía caiga en manos de Cadwal, entonces no tenemos más elección que impedírtelo de la mejor manera que podamos.

El Príncipe había avanzado un paso hacia el Rey Joyse. Terisa y Geraden estaban cada uno a un lado de él, un poco más atrás. Por la espalda *del* Príncipe, Terisa susurró a Geraden:

—Esto no va a funcionar. Tenemos que hacer algo.

Un brillo tenso llenó los ojos de Geraden.

—Mi señor Rey... —murmuró, como si las palabras se encallaran en su garganta—. Mi señor Rey, por favor. Danos una oportunidad.

El Rey Joyse no le prestó la menor atención.

—No, mi señor Príncipe. —El Maestro Barsonage le miró furiosamente desde debajo *de* sus gruesas y densas cejas. No se puso en pie. Por otra parte, sin embargo, habló cortésmente—. Tu visión de la situación es persuasiva, pero no enteramente justa. Olvidas que la Cofradía está compuesta por Imageros..., y los Imageros también son hombres. Como tú, debemos luchar por nuestra supervivencia. Al

contrario que tú, sin embargo, somos hombres que hemos aceptado los ideales del Rey, los objetivos del Rey. Oh, hay algunos entre nosotros que sirven a la Cofradía solamente porque no les gustan las otras alternativas disponibles ante ellos. Pero son pocos, mi señor Príncipe..., sólo una minoría. El resto de nosotros valora lo que somos.

»¿Crees que nos someteremos tranquilamente al Gran Rey Festten cuando Mordant se derrumbe?

»Dices que debes impedir que la Cofradía caiga en manos de Cadwal, y ése es un buen propósito, estoy seguro de ello. Pero la suposición sobre la que se basan tus acciones es que la Cofradía es una cosa, no un conjunto de hombres..., que no podemos elegir, o crear, o tener el valor de hombres.

»¿Por qué piensas que tienes derecho a decidir nuestra supervivencia, y nuestras lealtades, por nosotros?

El Príncipe Kragen recibió esta argumentación con un rostro cerrado. Una vez más, trató lo que acababa de decirse como si procediera del Rey Joyse. Sólo el sudor en sus sienes traicionaba la presión que sentía.

—Un debate fascinante, mi señor rey —dijo con voz hosca—, pero irrelevante. No podemos dejar el futuro de Alend en manos de unos hombres que se hallan tan confundidos, ya sea por la propia Imagería o por la necesidad de llegar a decisiones a través del debate, que creen que la traslación de un campeón de batalla incontrolable es una acción sensata.

»No, mi señor Rey. Tu gente te defenderá, como debe hacerlo. Sin embargo, la responsabilidad de este asedio es tuya.

El Rey Joyse se encogió de hombros. Al menos estaba escuchando lo suficiente como para saber que el Príncipe Kragen había hecho una pausa. Dio al Príncipe la posibilidad de seguir, luego dijo bruscamente:

—Ya sé todo esto. Cuéntame algo que no sepa. Háblame de tu «sorprendente colección de amenazas».

El Tor bufó de nuevo, suavemente, y abrió un ojo.

—Así que Terisa y Geraden son unos traidores después de todo —retumbó. Estaba perdido en un mundo de vino—. Qué pena. —Volvió a cerrar el ojo inmediatamente, desentendiéndose de todo lo que ocurría a su alrededor.

—En cualquier caso, mi señor Príncipe —gruñó el Castellano, como si el Rey Joyse no hubiera hablado—, tienes otras elecciones. Ya te hemos dicho cuáles eran. Retírate a una posición segura. Aguarda y observa lo que ocurre. Si haces eso, el Rey Joyse está dispuesto a encontrarse con Margonal bajo una bandera de tregua y discutir una alianza.

Cuando oyó aquello, una pequeña llama de esperanza prendió en Terisa.

Y fue apagada inmediatamente. Antes de que el Príncipe Kragen pudiera responder, el Rey Joyse murmuró temblorosamente:

—No, Castellano. Es demasiado tarde para eso. Es demasiado tarde para cualquier cosa.

»Es el momento de la verdad.

Sus hinchadas manos aferraron los brazos de su trono; tuvo problemas para ponerse en pie. Casi gimiendo, le dijo al Príncipe:

—Háblame de tus amenazas. Cuéntame lo que saben Terisa y Geraden. Dime por qué has dejado de golpear nuestras puertas. —Bajo su gimoteo, sin embargo, había una hoja de acero, demasiado bien afilada para ser olvidada. Toda la luz de la sala parecía reflejarse en él—. Cuéntamelo ahora.

Un denso silencio se cerró sobre todos los espectadores. Terisa no podía soportar seguir mirando al Rey Joyse. Desvió la vista hacia Geraden, vio que estaba mordisqueándose la parte interna de la mejilla; sus ojos estaban muy abiertos y blancos, como si estuviera pensando desesperadamente. Puesto que el Príncipe Kragen estaba más cerca del trono que ella, Terisa no podía ver la mayor parte de su rostro; pero sí pudo observar que un estremecimiento recorría el largo músculo de su mandíbula, una cuenta de sudor resbalaba de su sien y descendía por su mejilla. Ignorando los cánones sociales de una audiencia real, volvió la cabeza y captó la mirada de Artagel; buscaba inspiración. Pero el hermano de Geraden no le ofreció ninguna. Parecía tenso y pálido, como si estuviera reprimiendo una náusea.

Aún evitando al Rey, miró al Maestro Barsonage. Estás equivocado respecto a nosotros. Eso es lo que debería decirle. Todas las suposiciones aquí están equivocadas. Geraden no mató a Nyle. Yo no maté al Maestro Quillón.

Pero no dijo nada. El silencio la envolvió.

¿Por qué sudaban Geraden y el Príncipe Kragen? Seguro que el aire era más frío que eso.

El puño del Príncipe Kragen saltó involuntariamente de su costado; lo forzó de nuevo a su sitio.

—No —dijo, apretando los dientes—. No lo haré.

Una sonrisa hendió el rostro del Castellano Lebbick. Iba a echarse a reír. O a gemir.

—¿Por qué no, Príncipe? ¿Para qué otra cosa viniste?

Kragen ignoró al Castellano.

—No soportaré este trato insensato. No canjearé mis únicas esperanzas con un

Rey tan despreciativo que no respeta a nadie. —Pese a sus esfuerzos por hablar calmadamente, su voz creció con la pasión hasta casi el grito—. Dama Elega me persuadió de que viniera. El Apr Geraden y dama Terisa me persuadieron. Todos ellos están engañados por la idea de que su señor es todavía poseedor de algún vestigio de buen juicio, o de valor..., o de simple decencia.

Cada palabra era para Terisa como un clavo martilleando la tapa del ataúd de Mordant.

—¿Me oyes, Joyse? —rugió el Príncipe Kragen—. Eres sordo a todo lo demás. Eres sordo a la miseria de tu gente, encerrado en un asedio inútil, atrapado en el sendero de Cadwal..., atacado por Imageros renegados. Eres sordo a las más simples exigencias del reino, al buen juicio y a la *necesidad* de tratar honestamente con otros monarcas. Eres sordo al amor, sordo a la lealtad que destruye a tus amigos y familia.

—Ya basta, mi señor Príncipe. —El Rey Joyse alzó una mano—. Ya te he oído. —Ahora no sonaba quejumbroso. Y tampoco sonaba irritado. Sonaba extrañamente como un hombre que está experimentando una vindicación personal—. Ya has dicho lo suficiente.

Pero el Príncipe Kragen había ido demasiado lejos para detenerse. Por un segundo, dejó que sus puños azotaran el aire.

—Por las estrellas, Joyse, no es suficiente. No arrastrarás Alend a la ruina de Mordant. No lo permitiré.

»¡No te diré *nada*!

Bruscamente, giró en redondo y se alejó del trono.

Sujetó por el brazo a Terisa y Geraden y tiró de ellos hacia las puertas.

Instintivamente, Terisa se desprendió de su presa.

No había tomado ninguna decisión consciente, ni contra él ni hacia el Rey Joyse. Simplemente se sentía tan desgarrada, tan dolida por la diferencia entre lo que era necesario y lo que estaba ocurriendo, sentía una tal urgencia de otro resultado a todo aquello, que no podía soportar el abandonar.

Geraden tenía las ideas más claras. Él también se soltó del Príncipe Kragen. Se volvió hacia el trono y exclamó, como un clarín:

—¡Mi señor Rey...! Houseldon ha sido destruido. Sternwall está cayendo. La gente del Fayle es muerta por los devoracadáveres. Es *tu* gente, mi señor Rey. ¡Por todas partes!

El Rey Joyse estaba de pie. Terisa no lo había visto ponerse de pie: sólo lo vio de pie ahora, dominándola desde el estrado, con su barba echada hacia delante y su pelo lleno de luz.

—¿Y? —preguntó—. ¿Y?

Como si no le quedara otra elección, ella respondió:

—Y la Reina ya no está. Ha sido secuestrada.

Entonces el estómago de Terisa se anudó como si estuviera a punto de vomitar.

La idea de que Joyse podía derrumbarse ahora, de que ella había golpeado al Rey lo bastante fuerte como para quebrantarlo, fue demasiado para ella. El Príncipe Kragen estaba gritando:

—¡Estúpidos! ¡Ahora me hará matar! —Demasiado tarde. Ella se volvió de espaldas al Rey Joyse, se aferró el vientre con ambas manos.

Un movimiento en los balcones atrajo su atención. Lanzó una mirada hacia arriba, a tiempo para ver a uno de los arqueros doblarse sobre sí mismo y caer al suelo.

Unas manos la aferraron, la hicieron girar en redondo. El Rey Joyse había bajado de su trono tan rápido que ella no tuvo tiempo de pensar, de reaccionar; clavó sus dedos en sus brazos.

Gritando el nombre del Rey, Geraden intentó intervenir. El Rey Joyse lo apartó.

—¿Quién la secuestró? —El Rey pareció crecer delante de Terisa. Sus ojos eran fuego azul; sus dientes destellaron; la sacudió como si su corazón fuera un saco vacío—. ¡Tendré la cabeza de ese hombre! *¿Quién la secuestró?*

Terisa luchó por volver la cabeza, para volver a mirar hacia el balcón. Pero el Rey Joyse la sacudía demasiado fuertemente; no conseguía enfocar su mirada.

—¡Los de Alend! —gritó Geraden—. ¡Fue secuestrada por soldados de Alend!

Tan repentinamente que Terisa estuvo a punto de caer, el Rey Joyse la soltó. Su espada apareció bruscamente en su mano, captando la luz como un látigo de fuego.

Terisa giró en redondo para mirar hacia los balcones.

Tres de los arqueros habían caído.

El resto estaban tan atentos a lo que ocurría abajo que no se habían dado cuenta de lo que estaba sucediendo a su altura.

El Rey Joyse y el Príncipe Kragen se enfrentaron. El Príncipe había extraído su propia hoja: las puntas de sus espadas danzaron una frente a la otra al resplandor de las lámparas y velas.

—¿Dónde está ella? —preguntó el Rey.

Alocadamente, Geraden se situó entre las dos hojas.

—¡Iban vestidos como los de Alend! —jadeó—. ¡Creemos que era un truco! ¡El Príncipe Kragen vino aquí para demostrar su buena fe! —Antes de que el Rey pudiera ensartarle con su espada, añadió—: Torrent fue tras ella. Está dejando un

rastros para ayudarnos a seguirla.

—Los balcones —dijo Terisa. Apenas fue capaz de oírse a sí misma.

Escudado por Geraden, el Príncipe Kragen bajó su espada. Mirando regiamente al Rey Joyse por encima del hombro de Geraden, declaró:

—Mi señor Rey, escupo sobre los hombres que te hicieron esto. Y escupo sobre el burdo plan que los hizo aparecer como si fueran de Alend. Antes moriría que convertirme en un hombre que sólo puede conseguir sus fines usando la violencia contra las mujeres.

Era demasiado tarde: el golpe que le hizo caer ya estaba en movimiento. Demasiado rápido para cualquier reacción —ni siquiera por parte del Rey Joyse—, Artagel avanzó por detrás del Príncipe y le golpeó tan fuertemente en la nuca que éste cayó como si hubiera recibido un hachazo.

Al mismo tiempo, el Castellano Lebbick exclamó con un aullido de alegría:

—¡Gart!

Terisa pudo ver ahora al Monomach del Gran Rey. En el momento en que caía el cuarto arquero, Gart rodeó los balcones para atacar a los del otro lado. Era negro y rápido, una cuchillada de medianoche, y su espada parecía salpicar sangre en todas direcciones.

Los restantes arqueros tenían sus arcos preparados para proteger al Rey Joyse del Príncipe Kragen. Instantáneamente, desviaron su puntería hacia Gart y soltaron sus flechas.

Desgraciadamente, Gart no estaba solo. Tenía un cierto número de sus Aprs con él. Deslizándose como sombras, atraparon a los arqueros desde atrás, derribándolos, haciendo fallar su puntería. Sólo una de las flechas partió hacia su objetivo.

Gart la desvió golpeándola con el plano de su espada.

Su próximo golpe decapitó al arquero más cercano. La cabeza rodó de lado sobre la barandilla y cayó entre los bancos con un ruido sordo.

Los hombres gritaban por todas partes. El Castellano Lebbick rugió:

—¡Ahora vengo, bastardo! ¡Ahora vengo! —y saltó hacia una puerta oculta detrás de uno de los paneles. La mayor parte de los Imageros empezaron a huir. El Maestro Barsonage los hizo volver a su lado entre maldiciones.

Geraden exclamó a Artagel, inútilmente:

—¡Idiota!

—¡No lo sabía! —respondió Artagel. Con expresión frenética y disgustada consigo mismo, alzó la mirada hacia el balcón, hacia Gart, luego escrutó la sala; no podía decidir qué hacer. Pese a su inseguridad, sin embargo, no vaciló en coger la

espada del Príncipe Kragen.

Lacónico en medio del tumulto, Norge pidió refuerzos. Dos de los capitanes salieron de la sala para cumplir la orden; el resto de los hombres de Lebbick le siguieron hacia la escalera que conducía a los balcones.

El ruido despertó al Tor. Abrió los ojos con un bufido y paseó una mirada turbia a su alrededor.

Tensa no pudo apartar los ojos de la cercenada cabeza cuando rodó por la barandilla del balcón y cayó. El sonido que hizo cuando golpeó el banco era inconfundible: lo recordaría durante todo el resto de su vida. Tenía que apartarse de en medio, pero por alguna razón era incapaz de moverse. Geraden se volvió hacia los Maestros: creyó oír que les preguntaba:

—¿Podéis luchar? ¿Habéis traído espejos con vosotros?

La tensión en torno a los ojos de Artagel era clara cuando alzó la espada del Príncipe; se movía rígidamente. Supo, como si él mismo se lo explicara, su dilema, su anhelo de ir tras Gart y su temor de hacerlo porque sabía que no estaba a la altura del Monomach del Gran Rey. Claramente, oyó a un Maestro decir:

—No trajimos ninguno. ¿Cómo podíamos saber que iban a necesitarse espejos en la sala de audiencias?

Realmente tenía que apartarse de allí. Antes de que Gart o sus Aprs tuvieran una posibilidad de ir tras ella.

En vez de moverse, aguardó hasta que sintió *el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen.*

Entonces se lanzó hacia delante, se dejó caer al suelo, rodó sobre sí misma. Cuando se puso en pie de nuevo, corrió hacia Geraden y los Maestros.

Surgidos del aire donde ella había estado de pie unos momentos antes aparecieron el Maestro Gilbur y el Maestro Eremis.

El Maestro Gilbur aferraba su daga en un puño. Su joroba y el grosor de sus brazos hacían que sus manos parecieran tan poderosas como arietes.

El Maestro Eremis llevaba una espada en una funda atada a su capa azabache. Sin embargo, su principal arma estaba ya en sus manos.

Un espejo del tamaño y la forma de una teja.

Con una precisión que parecía casi lunática, Terisa observó que ambos hombres llevaban todavía sus casullas.

Inmediatamente, el Maestro Gilbur saltó para atacar al Príncipe Kragen.

Sonriendo alegremente, el Maestro Eremis avanzó hacia Terisa y Geraden.

No había guardias que pudieran oponérseles. Los refuerzos de Norge aún no habían llegado. Y el resto de los hombres habían seguido al Castellano Lebbick.

Lebbick apareció bruscamente en el balcón con su espada en ambas manos, pidiendo sangre. Y casi atrapó a Gart. Poco familiarizado con *la* escalera, Gart no podía saber dónde se abría; además, por simple ignorancia, se había situado en una mala posición. Sin embargo, paró el primer ataque de Lebbick, lo bloqueó contra la barandilla con tanta fuerza que saltaron astillas. Retirándose ágilmente, respondió al golpe.

Eso le dio todo el tiempo que necesitaba para recuperar el equilibrio.

Detrás del Castellano, seis guardias y otros tantos capitanes, conducidos por Norge, brotaron de la escalera de uno en uno para ocuparse de los Aprs del Monomach.

Gart sólo tenía a cuatro hombres consigo: fueron abrumadoramente vencidos por el número. Pero el balcón era demasiado estrecho para que grupos de dos hombres pudieran luchar lado a lado. Gart bloqueó a Lebbick en un lado; en el otro, un Apr se enfrentaba al primer piquero que había llegado a él. El resto de los defensores fueron atrapados en medio, impotentes.

Gart golpeaba furiosamente, intentando arrojar a sus oponentes unos contra otros; casi consiguió empujar al Castellano hacia atrás. Lebbick hizo deslizarse un golpe, bloqueó un segundo que llevaba la fuerza suficiente como para descoyuntar sus articulaciones y dejar una muesca en su hoja. Pero se sentía feliz al fin, casi extático ante la posibilidad de luchar sin contención. Una salvaje alegría iluminó su rostro mientras contenía el ataque de Gart.

—¡Bastardo! —jadeó—. ¡Te enseñaré a creer que puedes hacer lo que quieras en mi castillo!

Detrás de él, desgraciadamente, el primer piquero no se desenvolvía tan bien. El guardia probablemente no había recibido ni una fracción del entrenamiento dado a los Aprs de Gart. Tropezó; y su oponente de negra armadura le clavó su arma en el vientre casi sin ningún esfuerzo, luego aprovechó el momento de sorpresa mientras caía para cortar horizontalmente el pecho del capitán más cercano.

Norge se inclinó, recogió uno de los arcos. Tan plácidamente que parecía no estarse apresurando, clavó una flecha en la garganta del Apr.

Al otro lado del pasillo, uno de los hombres de Gart lanzó frenéticamente una daga. Desde aquella distancia hubiera debido fallar: su blanco hubiera debido verla venir. Desgraciadamente, no fue así. El guardia se derrumbó con la hoja enterrada en su ojo izquierdo.

Norge acertó limpiamente al Apr en el pecho.

La mirada de Gart barrió el balcón. Captó las posiciones de la gente debajo de él. En vez de seguir atacando al Castellano Lebbick, el Monomach del Gran Rey empezó a ceder terreno.

Artagel observó lo que ocurría encima de él por un momento más, luego volvió su atención al Maestro Gilbur.

Evidentemente, Gilbur tenía intención de matar al Pretendiente de Alend.

También era evidente que no iba a conseguirlo. El costado de Artagel estaba rígido y dolorido; en cierto sentido, era un inválido. Pero era capaz de enfrentarse incluso dormido a un solitario Imagero armado solamente con una daga.

—¡Proteged al Príncipe! —gritó el Tor sin ninguna razón discernible. Estaba de pie, las piernas separadas, oscilando bajo la influencia de demasiado vino.

Sonriendo plazeramente, Artagel apuntó la espada del Príncipe Kragen..., y apenas se salvó cuando el Maestro Gilbur se volvió bruscamente, agarró uno de los bancos y se lo arrojó a la cabeza.

Una esquina del banco chocó contra su hombro, y cayó de espaldas; golpeó duramente el suelo, perdió la orientación. La fuerza del Maestro era prodigiosa. ¿Cómo era posible luchar contra alguien que podía arrojar bancos a su alrededor con una sola mano? El golpe había entumecido el hombro de Artagel, pero lo ignoró. Ignoró su costado. Suprimiendo todo tipo de dolor, se puso de nuevo en pie tan suavemente como pudo...

En dirección en equivocada.

Giró rápidamente hacia el cuerpo tendido del Príncipe justo a tiempo para bloquear la daga del Maestro Gilbur.

Rugiendo, Gilbur golpeó la hoja de Artagel con tanta fuerza que casi se la arrancó de la mano.

Casi: no completamente.

Recuperando su equilibrio, su seguridad, su vieja habilidad, Artagel apuntó su espada en la base de la garganta del Maestro Gilbur y desafió al Imagero a que se moviera de nuevo.

La lucha sobre el Príncipe Kragen no tenía al parecer interés para el Maestro Eremis. Se acercó a Geraden y Terisa y el grupo de Maestros como si se hallara al borde de una epifanía. Su sonrisa era tan afilada que parecía cortar el aire. Cuando Geraden gritó, frustrado:

—¿Tiene alguien un espejo? —Eremis se echó a reír.

Tensó los dedos, murmuró algo que Terisa no pudo oír.

Instantáneamente, una criatura del tamaño y la forma de un murciélago brotó del

espejo, aleteó hacia delante, y se lanzó contra la mejilla del Imagero más cercano.

El hombre cayó hacia atrás, chillando.

—¡*Eremis!* —aulló Geraden, como si fuera la peor obscenidad que conociera. Extrajo de debajo de su chaquetilla un cuchillo, un cubierto de mesa del que debió apropiarse durante el desayuno, y lo arrojó con todas sus fuerzas.

Por una vez en su vida, hizo algo acertado. Nunca había tenido entrenamiento con los cuchillos; pero por casualidad su hoja hizo añicos el espejo en manos de Eremis tan limpiamente como si aquello fuera lo que había pretendido desde un principio. Las astillas de cristal escaparon de manos de Eremis, brillando como joyas a la luz.

La risa del Maestro se convirtió en un gruñido.

Mientras sacaba violentamente su espada, las puertas de la sala se abrieron de golpe y veinte guardias entraron a la carga.

Los refuerzos de Norge.

Los guardias llegaban demasiado tarde para salvar a Geraden o Terisa. Sus espaldas estaban contra los paneles de la pared: no tenían escape de la rápida acción de la hoja de Eremis. Evidentemente, éste sabía cómo manejar una espada. Parecía flexionarse como una cosa viva en su mano.

Como contraste, Artagel no necesitaba ninguna ayuda. Aquél era el trabajo para el que había nacido. Primero hizo saltar la daga de manos del Maestro Gilbur. Luego empezó a efectuar pequeños y delicados cortes en el grueso cuello del Imagero, como si estuviera señalando el lugar por el que Gilbur debería ser decapitado. Todos sus movimientos eran tensos y precisos.

Arriba en el balcón, Gart perdió otro Apr. El propio Gart no había matado a nadie: Lebbick lo mantenía a raya. La furia de Lebbick parecía casi igual a la habilidad de Gart. Los Aprs se habían hecho cargo de cinco de los defensores. Examinando la situación, Gart juzgó que otro piquero moriría antes de que su último estudiante cayera. Se preparó para despachar a Lebbick, quizá abrirle el vientre de un tajo; luego miró hacia abajo, vio la llegada de los refuerzos, y cambió de opinión.

Antes de que nadie pudiera captar sus intenciones, se apartó bruscamente del Castellano Lebbick y saltó por encima de la barandilla.

Una caída como aquella hubiera podido matarle; hubiera debido romperle las piernas. Pero había estado saltando de lugares altos desde que iniciara su entrenamiento bajo el Monomach anterior: sabía cómo hacerlo.

Cuando golpeó la alfombra, se encogió sobre sí mismo y rodó para absorber el impacto. Luego, pese al hecho de que sus pies y piernas habían quedado entumecidos como si se hubiera roto la espina dorsal, se lanzó contra la espalda de Artagel.

La única advertencia que recibió Artagel fue el sonido del golpe cuando Gart aterrizó. Se volvió justo a tiempo para apartar la espada del Monomach de sus costillas.

Rápidamente, efectuó una segunda parada, un contragolpe. Sabía que no podía vencer a Gart, pero en la excitación de la acción, el mareante fluir de la batalla, no le importaba.

Desgraciadamente, nunca terminó su respuesta. La rapidez de Gilbur era como su fuerza: prodigiosa. En un instante, saltó detrás de Artagel y lo derribó al suelo con un golpe de sus dos puños.

El Príncipe Kragen seguía aún inconsciente. Hubiera podido ser muerto casi sin ningún esfuerzo.

Ahora, sin embargo, el Maestro Gilbur y el Monomach del Gran Rey tenían otras prioridades. Los guardias a la carga habían cubierto ya la mitad de la distancia desde las puertas: a los aliados del Maestro Eremis sólo les quedaban unos pocos segundos.

Tras ellos, el Castellano Lebbick cayó sobre la alfombra con un terrible impacto. Había intentado el salto de Gart, aterrizó mal. El dolor le arrancó un jadeo; ahogó el sonido de los huesos al romperse.

Juntos, Gilbur y Gart corrieron a ayudar a Eremis.

Estaba luchando por su vida.

Nadie se había opuesto a su avance hacia los Maestros, hacia Terisa y Geraden. Los Maestros eran tan inútiles y cobardes como siempre había creído que lo eran; no valía la pena molestarse en matarlos. Ni siquiera valía la pena matar al Maestro Barsonage.

Geraden, en cambio...

Pero, en el último momento, el Maestro Eremis hizo una pausa. Vio algo en los ojos de Geraden..., una amenaza inesperada; alguna especie de promesa fatal.

Hizo que el Maestro frenara su impulso.

Terisa no parecía peligrosa. Ni siquiera parecía deseable. Se había vuelto hacia su interior, con la espalda contra la pared, como si intentara desvanecerse.

Eremis alzó su espada para ensartar a Geraden y agarrarla al mismo tiempo a ella.

De pronto, una montaña de carne le golpeó con tal fuerza que casi lo arrojó de bruces al suelo.

¡El Tor...! Eremis alzó su espada justo a tiempo para impedir que la del gordo y viejo señor le partiera en dos la cabeza.

Considerando las habilidades y la edad y la embriaguez del Tor, su espada hubiera podido ser muy bien una maza. Sin embargo, había *peso* tras ella, y una loca y

burbujeante furia. El Maestro Eremis paró el golpe de la mejor manera que pudo, y de nuevo, y *de nuevo*; sin embargo, estaba siendo obligado a retroceder. Tendría que abrir en canal a aquella vieja masa de grasa para detenerla.

—¡Mi señor! —gritó Geraden—. ¡Cuidado!

El Tor no pareció oír la advertencia. Estaba aún haciendo girar su espada como una maza cuando Gart le lanzó una patada al estómago lo bastante fuerte como para reventar sus entrañas.

Eructando, se desplomó de rodillas y presentó su expuesto cuello a la hoja de Gart.

Geraden saltó contra Eremis.

Gilbur lo interceptó, sin embargo, y lo arrojó a un lado como un puñado de trapos. Como el Príncipe Kragen, Geraden no era lo bastante importante como para arriesgar la muerte. Terisa era la que importaba. Eremis cerró una mano en torno a su brazo. Gart se preparó para la rápida satisfacción de decapitar al Tor.

Humeando maldiciones y agonía, con una rodilla aplastada, un tobillo roto, el Castellano Lebbick apareció detrás del Monomach del Gran Rey. Apenas era capaz de sostenerse en pie; cada movimiento trituraba astillas de hueso unas contra otras. Su espada colgaba en sus manos, demasiado pesada para alzarla a través del dolor.

Sin embargo, impidió que Gart matara al Tor.

Para salvarse, Gart giró y lanzó su espada en un furioso golpe directamente a través del corazón del Castellano.

Los ojos de Lebbick se abrieron enormes, como si acabara de ver algo sorprendente. La sangre brotó de su boca, resbaló por la parte frontal de su cota de malla. Dejó caer su arma. Por un momento, sus manos aferraron la hoja de Gart como si deseara arrancársela de su pecho. Luego, como un hombre que ha decidido dejarlo correr todo, soltó el acero.

—Bastardo —jadeó entre bocanadas de sangre, como si estuviera hablando con alguien distinto, en absoluto con Gart—. Ahora soy libre. Ya no puedes hacerme más daño.

Lentamente, como si estuviera realizando al fin la única acción considerada de su vida, se deslizó hacia atrás, liberando la espada de Gart.

De aquella forma terminó Lebbick de llorar por su esposa.

Llena de horror, Terisa intentó soltarse de la presa del Maestro Eremis; pero no lo consiguió. Nunca había sido lo bastante fuerte con él. Geraden yacía en el suelo, sin moverse. Impotente, contempló cómo Eremis hacía un gesto extraño y familiar, una señal que había visto otra vez antes.

Sólo a un latido de corazón de distancia de los guardias que avanzaban a la carga, ella y Eremis, Gilbur y Gart, fueron trasladados fuera de la sala de audiencias.

En la confusión resultante, pasó largo tiempo antes de que nadie se diera cuenta de que el Rey Joyse había desaparecido también.

FIN DEL TERCER LIBRO DE
LA NECESIDAD DE MORDANT



STEPHEN R. DONALDSON.

Nació en Cleveland, hijo de James R. Donaldson, un médico misionero, y Mary Ruth Reeder, especialista en prótesis. Desde los tres a los dieciséis años vivió en la India, donde su padre se encargaba del tratamiento a leproso. Donaldson se tituló como Master of Arts en inglés en la universidad de Kent State en 1971.

A menudo se le ha comparado con J. R. R. Tolkien por su magnífica construcción de mundos y culturas, además de su espléndida escenificación de batallas y prodigios. Por otro lado se señalan influencias de William Shakespeare, Mervyn Peake y las óperas de Richard Wagner. Tanto las Crónicas de Thomas Covenant, el Incrédulo como La necesidad de Mordant hacen uso del paradigma del «otro mundo» ya usado por C.S. Lewis.

Su serie *The Gap Cycle*, no traducida aún al castellano, es una ambiciosa incursión de Donaldson en el género de la ciencia ficción. Como en Las crónicas de Thomas Covenant, el autor muestra la debilidad y la crueldad humanas ante situaciones de supervivencia y brutalidad.

Obras traducidas al castellano

Crónicas de Thomas Covenant el Incrédulo

La ruina del amo execrable (1977)

La guerra de Illearth (1977)

El poder que preserva (1977)

Segundas crónicas de Thomas Covenant

El reino herido (1980)

El árbol único (1982)

El portador del oro blanco (1983)

La Necesidad de Mordant

Espejo de sus Sueños (1986)

Los Muros de Orison (1986)

El Acoso de Mordant (1987)

El Jinete a través del Espejo (1987)

Obras no traducidas al castellano

Últimas crónicas

Las runas de la tierra (2006)

Fatal Revenant (2007)

The Gap Cycle (ciencia ficción)

The Gap into Conflict: The Real Story (1990)

The Gap into Vision: Forbidden Knowledge (1991)

The Gap into Power: A Dark and Hungry God Arises (1992)

The Gap into Madness: Chaos and Order (1994)

The Gap into Ruin: This Day All Gods Die (1996)